

TODOS LOS HOMBRES DE
CARMEN

2^a EDICIÓN



Lola Campos Paredes

Todos Los Hombres De Carmen

Lola Campos Paredes

Hola: Gracias por estar aquí:

Me encantara que contactes conmigo en mi blog www.lolacampos.com

O a través de lolacampos@lolacampos.com

Te espero.

Ilustración de portada a cargo de Pau Aparici Campos

*A la memoria de mi padre
de quien aprendí
a amar la palabra escrita*

Y

*A la memoria de mi madre
de quien aprendí
el coraje de vivir*

Índice

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Epílogo

Todos Los Hombres De Carmen

Prólogo

Las vidas de las personas son como tapices que se tejen con las hebras de las vidas de otros seres humanos. Es por eso que ninguna historia se puede contar haciendo referencia a un solo ser, puesto que su historia está tejida con partes de la historia de otros.

Del mismo modo no hay un tiempo real en que una historia comienza, pues para que una semil a brote alguien tuvo primero que plantarla, entonces ¿desde dónde comenzar?, ¿desde que el brote emergió de la tierra?, ¿desde que se plantó la semil a?, ¿o desde que se recolectó ésta?, ¿o desde. .? Y así iríamos retrocediendo hasta llegar al principio de lo conocido y, una vez instalados en ese límite querríamos saber ¿qué o quién propició ese principio?

Así pues, cualquier fecha es buena para comenzar una historia. Para la historia que os quiero contar he decidido que comience a principios de

febrero del 2005 con una llamada de teléfono.

Capítulo I

Ringgg... Sonó el teléfono. Luisa lo descolgó a la primera, como siempre, y en tono muy eficiente dijo:

—Un momento, por favor, enseguida le atiendo.

Al otro lado del teléfono Carmen sonrió; podía haber adivinado que iba a escuchar esas palabras. En los más de dos años que le había tratado con él a había oído esas mismas palabras cada vez que Luisa descolgaba el teléfono; eso sí, lo hacía a la primera. Escuchó apagadamente cómo Luisa terminaba de darle instrucciones a su empleada y con el mismo tono

eficiente, se dirigió a la persona que esperaba al otro lado del teléfono.

—Perdone la espera —dijo mientras miraba el número de la persona que la llamaba en el teléfono fijo de su mesa. Era un prefijo de Madrid.

—¿Qué tal, Luisa? Tan atareada como siempre. —Le respondió una voz cordial.

—¡Carmen, qué alegría! ¿Cómo estás?

—Pues ya ves, al igual que tú, tratando de que todas las cosas encajen en su debido sitio.

—Pero... ¿todo está bien, ¿no? —preguntó Luisa manteniéndose alerta.

—Oh, sí, por nuestra parte, perfecto. Espero que vosotros ya hayáis cobrado.

—Cobrar hemos cobrado, pero tu jefe es un hueso duro de roer.

El comentario provocó hilaridad en Carmen, imaginando a su jefe negociando la comisión que tenía que pagarles. Negociar era para él un *hobby*, casi un vicio; lo negociaba todo: las comisiones, los sueldos, las vacaciones, las dietas. ., cosas de las que él no tenía por qué ocuparse de ellas. Lo hacía por el mero hecho de negociar, aunque lo disfrazaba diciendo que quería tener trato directo con el personal. Pero lo cierto era que le daba la vuelta casi a cualquier tema que le presentasen. Aunque

generoso como era, lo que no daba por negociación, lo compensaba después como regalo.

—Bueno, pero . . . seguro que después os invitó a comer.

—Eso sí, y nos llevó al mejor restaurante de la zona. Fue una lástima que no vinieses el día de la firma; me hubiese gustado despedirme de ti.

—De despedirte nada —comentó Carmen triunfante—. He convencido a Eugenio para que me mande a Valencia mientras duran las obras, y te llamo para que me busques un alquiler.

—¿De verdad? ¡Qué alegría que vengas! —El tono de sincera alegría de Luisa dio paso automáticamente a su eficiencia—. ¿Qué tipo de casa quieres?

—No necesito nada muy grande. Con dos habitaciones, una como dormitorio y otra para trabajar, tengo suficiente. Me gustaría en alguna urbanización tranquila, por las afueras; si voy a estar en Valencia, me encantaría disfrutar del campo. Eso sí, sería preciso que la casa tuviera un trastero para guardar las cosas de mi piso, pues lo pienso alquilar.

La conversación se prolongó por unos minutos más sobre la eficacia del trato comercial y por la amistad que, más que existir, se intuía entre las

dos mujeres, puesto que hasta la fecha todo el trato que habían mantenido era puramente comercial, incluidas un par de comidas y algún que otro café mientras esperaban ser atendidas por los técnicos de aquel Ayuntamiento, o por alguna de las autoridades que tenían que dar luz verde al proyecto que Eugenio quería llevar a cabo en unos terrenos cuya gestión de venta recaía sobre la empresa que regentaba Luisa junto con su esposo y que, durante los casi tres años de negociaciones, de idas y venidas, había brillado por su ausencia. Al principio no pensó que el negocio pudiera cuajar, por lo que se dedicó a cosas más rentables, mientras dejó que Luisa perdiera el tiempo en esa «chorrada». Cuando el asunto ya había tomado cuerpo fue la propia Luisa la que no quiso su colaboración para no tener que compartir los laureles.

Había sido duro, pero lo había conseguido. Tuvo que llamar a muchas personas a las que apenas conocía para pedir información e incluso favores. Las visitaba en sus despachos y les hablaba de forma clara y sincera pidiendo lo que necesitaba, a veces, incluso forzando la situación para que el proyecto de Eugenio fuese una realidad. Tampoco había sido fácil la negociación del precio y condiciones de pago con la propiedad, pero al final lo consiguió y la operación, amén de una importante

inyección económica para su negocio, había reforzado su relación con ciertas personas de peso dentro de la comunidad, por lo cual su empresa no sólo ganó dinero, sino además prestigio.

En los siguientes quince días Luisa volvió a demostrar a Carmen su eficacia, pues le mando por *e-mail* información de unas cuantas propiedades que se ajustaban al presupuesto que Carmen indicó, pero con más calidad de lo que esperaba. Así que seleccionó tres para verlas. Quedaron para el próximo sábado a las doce de la mañana.

Capítulo II

A las siete de la mañana de aquel 19 de febrero Carmen se deslizaba a sus anchas por la A-3, puesto que a esa hora del sábado no había apenas tráfico. Rebasaba en apenas veinte kilómetros el límite de velocidad, que era lo máximo que se permitía a sí misma. Dejó la A-3 para tomar la A-7, después tomó la salida 872 para incorporarse a la CV-50. Minutos después sobrepasaba el Júcar. Divisó a su izquierda la locomotora Micado y en la primera rotonda accedió hacia el centro urbano por la avenida de la Hispanidad. Desde allí se dirigió hacia la calle Sueca en busca de su hotel. Aquel día el propio gerente fue quien la recibió y le dio la llave de su habitación. La saludó con cordialidad y tuteándola, puesto que después de tantas visitas se sentían algo así como amigos.

A pesar de que el gerente era el mismo, de que el hotel era el mismo y la habitación idéntica a otras que había usado en anteriores ocasiones, para ella todo parecía tener una luz nueva. Sin duda alguna era la ilusión de comenzar una nueva etapa en su vida, aunque estaba muy lejos de imaginar lo que aquello supondría para ella.

Cuando entró en la habitación describió las cortinas para dejar pasar la luz, esa luz blanca y cálida preludio de la primavera valenciana cuando sopla un viento suave con aromas de azahar.

Se descalzó para desplazarse por la moqueta, colgó la ropa en las perchas del armario empotrado, dejó que se calentara de agua caliente la bañera, se metió dentro y cerró los ojos durante unos minutos. Era duro vivir sola sin compartir nada con nadie, pero ya estaba acostumbrada. Además, ésta no era la peor época de su vida, al contrario, podía ser la mejor si no fuese por que estaba sola. Trató de no pensar en ello. Quitó el tapón de la bañera, abrió el agua fría de la ducha y dejó que ésta le tonificara el cuerpo. Se untó con aceite corporal, se secó y se echó sobre la cama envuelta en una toalla. Unos minutos después se vistió y

bajó al restaurante. Mientras lo hacía, llamó a Luisa por el móvil; faltaban treinta minutos para su cita.

Luisa descolgó al primer tono, como siempre, y Carmen le propuso invitarla a un zumo si pasaba a recogerla. Las cuatro horas de desplazamiento desde Madrid a Alzira eran suficiente coche para ella. Además, Luisa se desenvolvería con más soltura por la población.

Luisa cogió una carpeta y unas llaves, se sentó en una esquina de la mesa de su esposo y, haciéndolas tintinear frente a sus narices, le dijo con

sorna:

—Te quedas sin conocerla —a la vez que le daba un beso en la boca como despedida.

—Mientras te proporcione negocio, como si no la veo nunca —
mintió.

Luisa andaba hacia la puerta moviendo exageradamente las caderas. Antes de cerrarla tras de sí se volvió y sacó la lengua haciendo una burla a su esposo, que sonreía de verla tan contenta por encontrarse de nuevo con Carmen. Su mueca de niña traviesa provocó hilaridad tanto en Curro como en su empleada, que los miraba divertida. Tan pronto como Luisa puso el pie en la calle recobró la compostura. Era cierto que se sentía feliz de volver a ver a Carmen. A pesar de que era una mujer extremadamente estricta y su cortesía no traspasaba nunca el lumbral del protocolo, había algo en ella, un no sé qué que la atraía.

Cuando después de aparcar el coche entró en la cafetería del hotel, la buscó con la mirada instintivamente en las mesas del fondo. Carmen ya la había visto y le hacía señas con la mano al tiempo que se levantaba de su silla mientras Luisa llegaba hasta ella. Esta vez hubo besos en las mejillas como forma de saludo, en vez del apretón de manos con el que se habían saludado hasta entonces. También fue la primera vez que veía a Carmen

vestida de manera informal, con tejanos camiseta y zapatillas. Mientras tomaban nuevamente asiento una al lado de la otra, sus cabezas casi chocaron y los ojos azules de gato de Luisa se encontraron a muy poca distancia con los de Carmen. Los suyos eran unos ojos castaños salpicados de verde, expresivos y al mismo tiempo misteriosos. Reflejaban una paz y una serenidad que invitaban a meterse en ellos, pero quien lo hiciera se precipitaba a un abismo del que era difícil salir. Luisa tuvo la sensación de que eran como las aguas del Mediterráneo en los días de poniente: frescas, tranquilas, sin oleaje, que invitaban a darse un baño reparador y a

abandonarse en sus tranquilas aguas, pero que si se hacía, corrientes invisibles arrastraban más y más mar adentro.

Fue Carmen quien pestañeó facilitándole la huida a los ojos de gato de Luisa, quien terminó de sentarse y, después de cruzar unas cuantas frases de toma de contacto, pasaron a centrarse en la carpeta que Luisa traía con los informes de las casas que iban a visitar. Le explicó todos los detalles; era una repetición de lo que ya habían tratado por *e-mail*. Terminaron el exquisito zumo de naranja y se pusieron en marcha.

Eficiente como era Luisa, preparó el itinerario de visita de tal forma que el recorrido fuese lógico, dejando para la última visita una estupenda propiedad con una parcela de más de cinco mil metros. Desde la cancela de la val a que rodeaba la propiedad se accedía a la casa a través de un hermoso camino empedrado de unos tres metros de ancho y bordeado a derecha e izquierda de palmeras y campos de naranjos. El camino bordeaba la terraza de entrada a la casa, una gran zona de césped y la piscina, para esconderse detrás de la casa donde estaba situado el garaje. El césped de la piscina llegaba hasta un pequeño bosquecillo de pinos y otros árboles de la zona, como almendros, algarrobos e higueras. Junto a estos árboles longevos crecían otros frutales más jóvenes y se habían plantado ornamentales como jacarandas, mimosas y falsas pimientas; lo mismo sucedía con los arbustos y demás plantas. Junto a los romeros, las ericas y los lentiscos, crecían las plantas cultivadas como calas, rosales, hortensias y dalias, todas ellas repartidas por el terreno según la ubicación más conveniente. A parte del jardín tenía un huerto dedicado al cultivo de hortalizas.

La casa era nueva —apenas tenía cinco años—, moderna, de líneas rectas, estancias amplias y luminosas, confortable y con dos amplias terrazas. Contrastaba agradablemente con aquel jardín de especies

autéctonas tan longevas como la propia Alcira. Apartada de la casa se encontraba otra edificación de unos treinta metros destinada a los aperos del jardín y que no pudieron ver porque la llave de aquel recinto no estaba junto a las otras que sí le habían dado a Luisa los propietarios.

Aquel o era precioso pero más caro que las otras propiedades, y necesitaría un jardinero. Luisa le explicó que el jardinero entraba en el precio un día a la semana. Si podía hacer el esfuerzo, esa casa era un chol o.

—No, no. Esto es demasiado para mí.

Luisa no tuvo claro si con «demasiado» se refería al precio o a la propiedad, pero no argumentó, puesto que el tono de voz de Carmen no era de decisión sino de reflexión. Así que hizo mutis y cuando Carmen volvió a pasear por el jardín no la acompañó, la esperó en un banco de la terraza. Cinco minutos después, que a Luisa le parecieron eternos, Carmen se reunió con el a y repitió:

—Esto es demasiado para mí —y añadió con resolución—, pero lo quiero.

—¿Estás segura? —preguntó Luisa.

—Sí, por poco que me paguen por mi piso de Madrid podré tenerlo.

Aunque su estancia en Alzira corría a cargo de la empresa, Carmen pensó que podía usar parte de lo que recogería por el alquiler de su piso si se pasaba de presupuesto, aunque de momento todo estaba dentro de los límites, excepto la casa, que era demasiado grande para ella, una verdadera preciosidad.

—Ten en cuenta que ahora vamos de cara a la primavera y has encontrado los almendros floridos; en invierno será diferente.

—En invierno será encantador. Me lo quedo.

«Estupendo», pensó Luisa. El tono de Carmen era resolutivo y vencía las objeciones que Luisa le presentaba, pero aún quedaba un escollo que no pocas veces había arruinado una operación, por eso preguntó en tono bajo y pidiendo para sus adentros que la respuesta fuese no.

—¿Tiene que verlo alguien más?, ¿tu esposo o tu pareja?

—No, soy soltera y vivo sola —respondió con ese tono suyo firme y tajante que no permitía que la conversación continuara por ese cauce—, así que puedes preparar el contrato.

—Bien, en ese caso volvamos al despacho; conocerás al gerente, que es mi esposo. Se muere de ganas por conocerte, aunque no quiera

reconocerlo.

Una amplia sonrisa había iluminado la dulce expresión de Luisa mostrando unos dientes blanquísimos y perfectamente alineados, una sonrisa de satisfacción de la persona que puede alardear de un gran triunfo frente a quien siempre le ha vencido en hazañas menos gloriosas.

—¿Sí? ¿Por qué? —inquirió Carmen, que también sonreía, en parte contagiada por Luisa y en parte por la expectativa de vivir de nuevo en Valencia y en una magnífica casa como aquel a.

—¿Por qué? —repitió Luisa—. Mira, lo normal es lo de hoy. —Había dejado el tono profesional y hablaba como una amiga que le cuenta a otra lo poco que su jefe valora su trabajo, aunque sin éste la empresa no sería la misma—: Firmar algún alquiler, vender algún piso. ., pero cerrar una operación de esta envergadura, para el proyecto que tenéis y cuyo responsable de todo sea una mujer, es poco menos que chocante.

Las dos rieron satisfechas. Era cierto. Aquél era un proyecto muy ambicioso y el as habían trabajado duro dando forma al mismo, puesto que al principio nadie hubiese apostado por él, y menos cuando los físicos

visibles eran dos mujeres, una morena y una rubia como decía el chotis de la verbena de la Paloma, que cuando requerían documentación, información o ser recibidas en algún organismo oficial, eran atendidas más por ética que porque alguien creyese de verdad que ellas fuesen a hacer algo con toda aquella información. Ellas habían sabido aprovecharse de la educación de las personas que las habían atendido y haciendo acopio de toda la amabilidad de las que habían sido capaces, fueron al anando escol os. Cuando la documentación se bloqueaba en alguna mesa no les había importado incordiar a quien fuese preciso hasta dar con la persona que pudiera desbloquear el proyecto de aquella mesa, aunque luego se estancara en otra y tuviesen que volver a las trincheras de las simpatías hasta encontrar el nuevo resorte que proyectara la documentación por el cauce adecuado para su feliz culminación. Y en todo aquello Luisa había tenido mucho que ver, puesto que desde el primer momento se enamoró del proyecto que Carmen tenía para aquellos terrenos. Si Carmen lograba luz verde para el proyecto, ella vendería a muy buen precio unos terrenos que no tenían ningún encanto y que se transformarían en una zona que mejoraría notablemente la ciudad. Era un proyecto ambicioso para todos, también para Alzira, cuya alcaldesa, una eficiente joven, había negociado el proyecto con

condiciones de beneficio para el municipio. Se le tendrían que ceder terrenos que se incorporarían a zonas verdes y puestos de trabajo para sus ciudadanos.

Por su parte Carmen había tenido que pedir la colaboración de arquitectos, ingenieros y economistas de la empresa como favor personal.

Cierto era que colaborar con Carmen era como hacerlo directamente con el jefe, pues era para él como su madre y al jefe le gustaba que la complacieran. Por otra parte Carmen era equitativa y los triunfos que conseguía lo eran de todo el equipo, así que todos colaboraron con más o

menos ilusión para poder presentar a Eugenio un informe con las cifras más reales posibles, hasta que consiguió que éste le dijese:

—Si consigues que te lo aprueben, compramos.

Desde aquel momento ése fue el asunto primordial de las dos mujeres, las cuales habían mantenido frecuentes conversaciones telefónicas, algunas subidas de tono, porque las cosas no marchaban como era de esperar, pero teniendo siempre claro que las dos estaban en el mismo frente.

Aparcaron en la avenida Sants Patrons y retrocedieron andando un poco hasta la calle peatonal en donde Luisa tenía la inmobiliaria. Era una estancia medianamente amplia en la que se disponían tres mesas: la primera, situada de frente a la calle, la ocupaba la empleada, quien hacía la recepción; entre ella y las otras dos mesas enfrentadas que usaban Luisa y su esposo, la copiadora, el fax y algunos archivos; al fondo, un despacho cerrado donde tratar asuntos más privados.

Al entrar en la oficina Luisa pareció decepcionada al ver la mesa de su esposo vacía.

—¿Y Curro? —le preguntó a la empleada.

—Ha salido hace un momento con el señor Juan. Me ha pedido que cerrara si no llegaba usted antes de las dos.

Esta explicación le dejó claro que no iba a volver.

—Esta bien. —Su voz sonó contrariada y resignada a un tiempo—.

Prepara un contrato de arrendamiento de esta propiedad. —Le tendió unos papeles que había elegido de entre los que llevaba en la carpeta que la había acompañado toda la mañana—. La arrendataria es Carmen.

—¿Me permites tu D. N. I.? —Ahora se dirigía a Carmen, que había tomado asiento en la mesa de Luisa y la miraba pensando que la frustración no había interferido en su eficiencia.

Buscó en su bolso, del que extrajo una cartera, la abrió y en uno de sus compartimentos estaba el documento que Luisa requería. Lo tomó y se lo tendió.

Luisa le dio la espalda mientras se dirigía a la fotocopidora. Levantó la tapa de ésta y no pudo evitar la tentación de leer los datos de aquel documento. Posiblemente lo hacía siempre, pero esta vez se sintió como una intrusa que se adentraba en una propiedad ajena, en la que no tenía ni permiso ni derecho para hacerlo.

Era ella. Ahora lo sabía sin lugar a dudas: era ella.

Dejó rápidamente el documento sobre el cristal, bajó la tapa y presionó el botón de copiar. Agradeció estar de espaldas para que Carmen no notase el rubor que ardía en sus mejillas. Se demoró en responder a algo que Carmen comentaba por temor a que su voz la delatara, pero su empleada llenó el hueco tomando parte en la conversación. Cuando tendió la mano para devolverle el documento evitó sus ojos y se refugió en su silencio detrás de la mesa y frente a Carmen. Fue el contrato de arrendamiento el que hizo que se volviera a centrar en lo

que estaba haciendo. Carmen lo firmó después de leerlo. Era una firma que denotaba seguridad, grandeza y proyección positiva. Después tendió un cheque por el importe de dos mensualidades y quedó pendiente cuando regresara a Madrid de solicitar un aval bancario por la cantidad del importe de seis mensualidades. Luisa mientras tanto se recuperaba del impacto de conocer la identidad de Carmen y por algún motivo, aunque fuese extraño, se sentía más unida a ella.

—¿Cuándo sales hacia Madrid?

—Mañana. Esta tarde estaré por aquí y mañana me pondré en camino.

—Estupendo, así puedes venir esta noche a cenar con nosotras. —

Luisa había recuperado la compostura y el entusiasmo; nuevamente le hablaba mirándola—. Un sábado al mes salimos las amigas a cenar. Es una cena de mujeres solas. Cenamos y después vamos a tomar una copa. Sólo hay un requisito que no siempre cumplimos: no hablar de maridos ni de hijos.

— *Ummm...* Es una propuesta tentadora, pero mañana tendré que conducir.

Fue una respuesta a modo de disculpa. Excepto por las cenas de empresa, Carmen apenas sabía lo que era salir. Acarició para sus adentros la idea de una nueva vida, con amigas y salidas a cenar; si pensaba vivir

aquí, estaría bien ir conociendo a alguien.

—Oh, vamos —protestó Luisa—, pero si nos retiramos pronto. .

Somos buenas chicas. La idea surgió porque siempre que salíamos estábamos tan pendientes de nuestros esposos y nuestros hijos; apenas nos podíamos relacionar entre nosotras, así que alguien propuso una cena al mes de mujeres solas, y ya llevamos unos cuantos meses con esta rutina. Los gastos los repartimos entre todas, pero tú serás mi invitada esta noche.

Carmen fue contagiada por la ilusión de Luisa.

Era evidente que Luisa pretendía algo más que una relación puramente comercial: quería ser amiga de Carmen. Necesitaba saber qué había detrás de aquella sonrisa de anuncio que sólo se pone para salir en la foto y de aquella compostura y paz que Carmen lucía, pero que Luisa intuía como un escudo o mal a protectora.

—Está bien. De todas formas no tengo que dejar el hotel hasta las doce. ¿Qué me pongo?

—Cualquier cosa. Algunas nos arreglamos mucho, otras muy poco;

cada cual a su aire. Pasaré a recogerte a las nueve.

Capítulo III

La cena fue en verdad cordial, distendida y alegre, con muchos episodios de risas demasiado escandalosas. A decir verdad Carmen no esperaba ver a las chicas, como Luisa las llamaba, con el acicalamiento que lucían: zapatos de tacón alto, escotes generosos, demasiado maquillaje y ropa demasiado glamurosa para ser una cena sólo de amigas. Era evidente que las chicas pretendían no sólo ser vistas, sino ser admiradas por los varones que frecuentaban los locales adonde decidían ir. Excepto dos ellas que se declaraban amas de casa, todas trabajaban: cuatro como administrativas en alguna empresa de la zona, una comercial de vinos, una auxiliar de enfermería, una florista y una estetician con gabinete propio; en total aquella noche doce mujeres cenaron en el restaurante de Fina, tía de una de las chicas.

Aparcaron en la misma avenida Luis Suñer, cerca del restaurante. Accedieron al comedor recorriendo el pasil o que quedaba entre la barra y unas pequeñas mesas circulares. Al final de éste encontraron el comedor cuadrado decorado en una de las paredes con un mosaico con el nombre de la proletaria y las demás con diferentes grabados reproduciendo los parajes más emblemáticos de Alzira.

Cuando entraron al comedor Carmen se sintió un poco patito feo, pero después de las presentaciones las chicas fueron tan cordiales que el aspecto exterior perdió importancia. De todas las convocadas a aquel a cena sólo Carmen era soltera y forastera. Las demás mujeres —todas eran nacidas al í — pertenecían a esa versátil clase burguesa de Alzira que lo mismo podían sentarse con la clase alta en cualquier evento o recepción, que bajar unos peldaños para correrse una juerga con las clases más bajas, aunque en esos casos sólo reconocían hacerlo por condescendencia a los menos favorecidos. También se dio cuenta de que lo que Luisa entendía por «buenas chicas» era un clan que se cubría las espaldas unas a otras; eran mujeres cuyas edades oscilaban entre los cuarenta y ocho y los

cincuenta y cinco años con unas responsabilidades familiares y una vida de pareja que no las satisfacía plenamente, pero donde se sentían cómodas y protagonistas

Iban ya por la segunda ronda de sangría cuando alguna de las chicas preguntó dirigiéndose a Carmen:

—Así que no tienes marido.

—No, nunca he estado casada. —Carmen enfatizó el «nunca».

—Chica, pues no sabes lo que te pierdes —dijo otra entornando los ojos y mordiéndose el labio inferior con gesto lujurioso.

Carmen respondió con una ironía a la broma y todas rieron estrepitosamente; era evidente que la sangría ya causaba efecto.

—¡Qué buena eres, tía, qué buena! —dijo alguien entre risas pero con admiración.

Las chicas iban comportándose cada vez con más naturalidad frente a Carmen, explicándole los comentarios que hacían entre ellas para ponerla al día de sus asuntos. Carmen, por su parte y pese a que unas horas antes ni siquiera se podía imaginar estar en un grupo como aquél, sentía que formaba parte de ese clan, mientras que Luisa se felicitaba interiormente por cómo habían aceptado las chicas a Carmen, cosa inusual pues no les gustaban las añadidas. Elas eran las que eran.

Carmen no parecía incómoda. A decir verdad, la única que se sentía un poco incómoda era Luisa, pues ella sabía ahora quién era Carmen pero Carmen no sabía quién era ella. Lo peor era que no sabía cómo abordar el tema para darse a conocer. Además, no tenía ni idea de cómo reaccionaría cuando lo supiese, pero decidió no darle más vueltas a la cabeza, al fin y al cabo Carmen volvería al día siguiente a Madrid. Ya tendría tiempo de pensar algo para la próxima ocasión. Lo que estaba claro era que tenía que poner las cartas al descubierto.

Después del postre se dirigieron a los coches. El fresco de la noche les alivió el sofoco de la copiosa cena.

Carmen no supo adónde la llevaron pero era evidente que a un pueblo vecino; sin duda era un polígono industrial. Cuando entraron al local lo encontraron vacío, a excepción de una mesa con dos parejas y otra en la barra que hablaba animadamente con el gerente. Desde la entrada era imposible ver los límites del local puesto que todo estaba en penumbra.

Una esfera luminosa en el centro del techo manchaba de destellos de colores la pista de baile al son de la música. Dos *gintonicos* más tarde el local

estaba abarrotado y mucho más oscuro. Sólo la esfera luminosa seguía manchando de colores la pista y sus alrededores; apenas un poco de luz sobre la barra, más concurrida, como era habitual, por varones y unos diminutos puntos de luz sobre el suelo que indicaban cómo escapar de aquel laberinto o llegar al servicio, del cual regresaban ahora dos de las chicas de retocarse el maquillaje, puesto que el cansancio ya hacía mel a entre ellas y éste había perdido su frescura poniendo al descubierto aquel o que habían pretendido ocultar.

La música cambió de ritmo en ese momento y las chicas, inhibidas por los *gintonic*s y animadas por el merengue que comenzaba a sonar, se lanzaron a tropel sobre la pista, incluida Carmen, que no se permitía ser la nota discordante de aquellas ansias renovadas de jolgorio, aunque no acostumbrada a esos guisos. Iba a trompicones de acá para al á.

Una de las chicas que regresaba del servicio dijo algo al oído de Luisa que la música impidió que nadie oyese. Ésta se puso tensa y con disimulo abandonó la pista para dirigirse a la barra.

Lo vio allí, sentado en un taburete, con el codo derecho apoyado en la barra mirando con atención al grupo de chicas que era iluminado a intervalos de segundo por la esfera que emitía destellos luminosos de colores. Se acercó a él y le propinó un pel izco en los michelines al tiempo

que preguntaba:

—¿Vienes de espía o qué?

A pesar de haber llegado por la espalda él no se sorprendió de que lo hubiese pillado. La atrajo hacia sí rodeándole los hombros con el brazo izquierdo y la besó en la boca al tiempo que decía:

—No seas tonta. He cenado con Juan y antes de ir a casa he pasado a tomar una copa. No sabía que estabais aquí.

—¿Ahora bebes solo? ¡Qué raro!... —dijo escéptica.

Pero Curro no quitaba ojo a las chicas en la pista.

—Esa tía no está bien, ¿no? —preguntó refiriéndose a Carmen, que andaba a trompicones por la pista.

—¿Así que es eso? —La voz de Luisa tomó un tono de triunfo—.

Has venido a verla a ella. ¿Y bien, es ella o no?

—Pues desde aquí no se ve una leche y ya te he dicho que estoy aquí por casualidad —mintió tratando de que su voz fuese lo más jovial posible y preguntándose cómo diantre lo había descubierto entre tanta gente y con aquel a oscuridad.

—Pues ya te estás yendo. Las chicas no están cómodas si se sienten espiadas.

—Me lo termino y me marcho —dijo levantando la copa con su mano derecha mientras con la izquierda le daba una zurra cariñosa en las nalgas para que fuese el a quien se marchara.

A los dos pasos Luisa se volvió y amenazándolo con el dedo le dijo:

—Ya mismo.

Él le mandó un beso por el aire. La vio desaparecer y aparecer con los intervalos de la luz y cómo se unía en danza y risas con sus compañeras.

Pero sus ojos tercos volvían a buscar la figura de Carmen, aunque la distancia y la ambientación del local no propiciaban el que pudiera reconocerla. Tenía su mismo porte erguido que aún la hacía parecer más alta de lo que era y su mata de pelo también era similar, oscuro, rizado y abundante, tal vez unos centímetros más corto de lo que él recordaba.

La primera vez que Luisa regresó al despacho después de acompañar a Carmen a ver los terrenos, tiró sobre la mesa de Curro la tarjeta de Carmen y dijo:

—Mira qué casualidad. ¿Has visto cómo se l ama?, ¿crees que será el a?

Curro leyó la tarjeta y su rostro se ensombreció. Le devolvió la tarjeta tratando de encubrir su turbación.

—No, no creo. Es un nombre muy común y se dedicaba a la agricultura.

Y nunca más volvieron a hablar de Carmen en referencia a ese asunto, aunque a los dos les recomía las entrañas.

Pero aquel mediodía, al leer el carné de Carmen, Luisa supo que sí era el a; no sólo se l amaba igual, sino que tenía los mismos años y era de la misma ciudad, así que durante la comida le contó su descubrimiento a Curro y éste reaccionó con nerviosismo y hasta con rudeza tirando la servil eta sobre la mesa y excretándole que estaba harto de que siempre estuviera hablando de la dichosa Carmen, acusación que no era cierta ya que no había hablado de ella más de lo que hubiese hablado de otro cliente de esa categoría, y por otra parte era su deber ponerle al corriente de su descubrimiento. El que Curro reaccionara así sólo podía significar una cosa: se sentía en peligro. Así que Luisa se sintió triste y amenazada, con la sensación de que espesas tinieblas se cernían sobre el os, pero con la templanza que la caracterizaba, no se permitió comenzar a temblar antes de que l egara el fantasma, por lo que al estilo de Escarlata O'hara se

dijo: «Ya l oraré mañana», y no permitió que la reacción de su esposo le arruinase la noche.

Capítulo IV

Curro recordaba la última vez que la había visto. Fue a finales de marzo del año 1975, un lunes día 24. Lo recordaba perfectamente pues recién habían terminado las fal as.

El a tenía diecinueve años, lucía una minifalda extremadamente corta que dejaba al descubierto prácticamente la totalidad de sus larguísimas y bien esculpidas piernas, que estaban cubiertas con unas finas medias negras y que provocaba que todos tanto varones como féminas se vieran

obligados a admirar; unos con lascivia y otras con envidia, pero todos escandalizados.

Adornaban sus pies zapatos de tacón alto, más apropiados para una fiesta que para visitar un cuartel militar, de un color rojo que reclamaban la atención de cualquiera que se cruzara en su camino y que, una vez fijada la vista en el os, obligaban a seguir ascendiendo por sus largas piernas hasta llegar al borde de su minifalda que rompía el hechizo y que, no sin cierta turbación para los mirones, hacía que algunos se dieran cuenta de que hasta habían detenido su marcha para admirarla a su paso.

También era de color rojo su camisa, que le evaba ceñida al cuerpo y que abotonada con seis pares de pequeños botones de nácar de los cuales los dos pares de arriba los llevaba sin abrochar, facilitando que se abriera la camisa por el escote, dejando adivinar más que ver los jóvenes y tersos senos. El chaquetón de pañete *beige* lo lucía sin poner, sólo dejado caer

sobre los hombros.

Había escuchado por megafonía que tenía visita y sabía que era el a. Se dio prisa porque sabía que en unos minutos tenía que relevar la guardia.

El a le esperaba sentada en un banco del jardín a la entrada del cuartel.

Cuando lo vio se puso de pie con una radiante sonrisa; aún le sorprendía verlo con su melena rapada.

Curro se abalanzó sobre ella rodeándola con los brazos y besándola en la boca, incapaz de saber si era por puro deseo o por alcanzar lo que ella iba

a decirle. Los compañeros que estaban por el jardín corearon un «eeeeh» ante el efusivo encuentro de Curro con su novia, pero ignoraron al coro, pues a parte de ellos no había nada más.

Él apartó sus labios de los de ella aún con los ojos cerrados temiendo lo que venía a continuación. Cuando los abrió las hebras verdes de los ojos castaños de Carmen lo atraparon, lo zarandearon a la vez que le temblaban las piernas. Tragó saliva para aguantar lo que era inminente. Ella sonreía radiante, feliz, satisfecha, mirándolo con aquellos ojos que lo arrastraban y anulaban.

—Estoy embarazada —le dijo satisfecha y en un susurro mientras se acercaba a su oído y lo besaba en el cuello.

Le encantaba ese gesto: ella acercaba lentamente su boca hacia su oído y él notaba su aliento, tibio precursor del suave beso que dejaría en su cuello, allí, justo debajo del oído, y después apoyaría la cabeza en su hombro.

—No, no puede ser —musitó Curro como una súplica.

—Claro que puede ser: estoy embarazada —volvió a repetir con firmeza y orgullo mientras se separaba para mirarlo a los ojos.

—No, no podemos tener un hijo —dijo abrazándola contra sí para no mirarla a los ojos.

—Claro que podemos. Ya lo tenemos. —El se separaba nuevamente de él para poder verle la cara. El tono de su voz y su sonrisa no eran ahora de triunfo, sino de compasión.

—No, no puedo tener un hijo, ahora no —repitió de nuevo cerrando los ojos y volviéndola a abrazar.

A Carmen no le pasó desapercibido que ahora había hablado en singular y a partir de ese momento todo se emborronó en sus mentes.

A la pregunta de Curro «¿lo sabe alguien más?», la respuesta fue un seco «no».

—¿Y tu padre?

—No.

—Hablaré con él el viernes.

—Tú no tienes que hablar con nadie, la hija soy yo.

—Por favor, Carmen, no le digas nada hasta que yo hable con él.

—Tú no tienes nada que decirle a mi padre, se lo diré yo.

Alguien que había estado apremiando a Curro lo arrastraba ahora hacia la entrada del cuartel. El brazo que sujetaba la mano de Carmen quedó suspendido en el vacío, mientras las yemas de sus dedos intercambiaron una última caricia cuando el compañero de Curro lo empujó a través de la puerta diciendo:

—Te van a arrestar, te van a arrestar.

Las lágrimas corrían descontroladas por las mejillas de Curro.

Carmen necesitó sólo un momento para asimilar lo que terminaba de ocurrir y, aunque era huérfana de nacimiento, no recordaba haber sentido nunca una soledad semejante a la que ahora experimentaba, pero ésa sería sólo la primera de sus soledades.

Curro no había vuelto a ver a su novia desde aquel día hacia ya treinta años y la coincidencia del nombre en la tarjeta que Luisa le mostró el día que conoció a Carmen despertó en él los antiguos fantasmas.

Recordaba que al día siguiente de que Carmen le anunciara que estaba embarazada le llamó a su madre por teléfono desde el cuartel.

—Mamá, me tengo que casar —anunció esperando que su madre lo

ayudara.

—¿Cómo que te tienes que casar? ¿Qué estás diciendo?

—Carmen está en estado y nos tenemos que casar.

—Pero... ¿tú estás tonto o qué? —La voz de Elvira era crispada, mostraba su frustración—. Estás haciendo la mili —casi gritó arrastrando las palabras, como para ver si su hijo se enteraba de la situación—. ¿Qué le vas a dar de comer? Esa desvergonzada lo único que quiere es meterse en nuestra casa y adueñarse de las cuatro perras que tenemos.

«Muy en tu estilo, mamá, siempre pensando en las cuatro perras inexistentes», pensó Curro, que hacía acopio de toda su paciencia y valor para replicarle a su madre.

—Que no, mamá. . . Simplemente nos casamos porque está embarazada, pero nada más.

Durante los cinco minutos que duró la conversación Curro no hizo más que pedirle ayuda a su madre, y su madre no cejó en responder rencores en contra de Carmen. Finalmente aceptó.

—Está bien, yo lo arreglaré. Déjalo en mis manos.

A Curro le pareció más una amenaza que una ayuda, pero cuando colgó el teléfono se sintió aliviado. Se lo había dicho a su madre: iba a

casarse con Carmen y poco a poco se hacía a la idea. Al fin y al cabo Carmen en cierto aspecto era como su madre: con una voluntad de hierro y capaz de llevar a buen término cualquier empresa; sólo tenía que confiar en ella.

Aunque cuando pensaba en ella sólo era capaz de imaginar el tacto de su piel, la suavidad de su paladar, la lujuria que provocaba en él. . Un bebé no encajaba en ninguna de las imágenes que tenía ni de ella ni de él mismo. Pero se lo había dicho a su madre: había reconocido que Carmen estaba embarazada y que se iban a casar; era un ensayo para cuando hablase con el padre de Carmen.

Los tres días siguientes fueron una tortura.

Carmen no fue a verlo al cuartel ni lo llamó por teléfono; estaba seguro de que algo había pasado.

El cuarto día era viernes y tenía permiso del fin de semana. Por nada del mundo quería que al pasar la revista encontrasen sus superiores algún motivo para denegar el permiso, así que se rasuró el pelo, lustró las botas de paseo, las hebillas del cinto, repasó los botones de la camisa y la casaca comprobando que ninguno estuviese suelto, se afeitó con esmero y se

duchó dejando que el agua fría corriera hacia abajo desde su cabeza sin apenas notarla, debido a la tensión que sentía. Se vistió y tomó su lugar en la formación, firme y tenso, con la barbilla alta y mirando al frente, con los talones de las manos pegadas a los muslos. No se movía ni parpadeaba preso de una catalepsia voluntaria. Cuando por fin escucho el «rompan filas» no se permitió relajarse. Tomó el macuto con la ropa sucia y salió con prisas del cuartel. Franqueó la puerta de salida y ya en la calle vio su moto; aún faltaban unos veinte metros hasta llegar a ella.

La tarde era azul y fría, el sol brillaba como sin calentar. Quitó el candado que bloqueaba la rueda trasera de su moto a un árbol y lo ajustó al manillar. Montó sobre la máquina, presionó el pedal al tiempo que con la mano derecha aceleraba y sintió cómo la moto cobraba vida vibrando entre sus piernas. Sólo entonces se permitió una profunda inspiración, como para tomar impulso en aquel último tramo que faltaba hasta llegar donde Carmen.

La moto roja rugió a toda potencia cuando llegaron a la general enajenando a Curro de su obsesión. El viento fresco en su cara luchaba por abrirse paso por el cuello de su camisa sin conseguirlo. Piloto y

máquina eran uno solo, abriendo el viento y desafiando la gravedad en las curvas.

Cuando llegó a casa agradeció que no hubiese nadie. Se cambió la ropa de militar por unos tejanos, una camiseta de algodón azul celeste y una cazadora también tejana y volvió a montar en la máquina con el corazón acelerado, pensando en abrazar a Carmen.

Al llegar a la calle donde ella vivía intuyó que no había nadie, puesto que el vehículo que él conducía no estaba aparcado donde acostumbraba. De todas formas llegó a la puerta; era la número siete de una pequeña calle que medía unos ocho metros de anchura contando las aceras, y donde había una veintena de casas habitadas por otras tantas familias, todas al igual que Carmen, de humilde condición.

Unos segundos después escuchó la voz del padre de Carmen decir «ya voy». Cuando José abrió la puerta no podía dar crédito a sus ojos: allí estaba Curro saludándolo como si tal cosa.

—Buenas tardes, José. ¿Está Carmen?

Fue un silencio largo y desconcertante hasta que lo oyó decir:

—¿Carmen? Serás cabrón —le espetaba José al tiempo que con su mano derecha le propinaba un fuerte golpe en el pecho que, al pillarlo

desprevenido, lo hizo retroceder unos pasos y le cortó la respiración.

Si durante aquellos cuatro días había imaginado algún discurso para José, no tenía ningún sentido en aquel momento.

—José, déjeme que le explique, por favor —dijo conciliador retrocediendo otro paso al comprobar que su futuro suegro avanzaba hacia él poseído de una furia súbita.

—¿Explicarme, hijo de puta? No hay nada que explicar, está todo más que claro —decía José al tiempo que descargaba otro empujón sobre Curro con tal fuerza que lo hizo perder el equilibrio.

Curro se llenó de pánico al ver cómo la ira transformaba el rostro de aquel hombre que para él siempre había personificado la paz y la bondad, y se protegió con el brazo izquierdo para impedir otro golpe de José sobre su corazón, un golpe que ya era inminente sin casi darle tiempo a levantarse del suelo. A cada golpe el rostro de José se tornaba más rojo dilatándose y sus ojos destelaban con fiereza.

—¿Y Carmen? Tengo que ver a Carmen. ¡Carmen! —gritó Curro con la ilusión de verla correr hacia él.

—¡Serás cabrón! ¿Por qué no preguntas a tu madre por Carmen? Igual el a te dice dónde está.

El alboroto había alertado a los vecinos. Uno de ellos sujetaba los brazos de José por la espalda al tiempo que le decía a Curro:

—Chaval, coge la moto y vete.

—Pero tengo que ver a Carmen —protestó confundido.

—Ya la verás en otra ocasión, ahora coge la moto y vete —repitió en tono amenazador, al tiempo que lo apremiaba con un gesto de la cabeza, mientras el padre de Carmen no paraba de insultarle.

Quitó el cable de la moto, corrió junto a él y de un salto montó al tiempo que desembragaba y aceleraba. Se dirigió hacia las afueras del pueblo sin saber adónde dirigirse ni comprender nada de lo que había pasado. ¿Por qué estaba José en aquel estado? ¿Por qué había dicho que le preguntara a su madre? Daba vueltas y más vueltas sin saber qué hacer.

Se dirigió a casa de Ana. Vivía tres calles más arriba de Carmen y era su amiga. Tal vez él a supiese algo.

Ana montó en la moto con Curro y se alejaron del pueblo. Se apearon en una zona de recreo donde las familias solían en aquel a época del año pasear por allí. Pero aquel día, excepto unos novios con un perro, la zona estaba desierta.

—No sé nada de Carmen —dijo Ana—. Ayer vino José a preguntarme si yo sabía dónde estaba. Al parecer se ha marchado al extranjero con su vehículo. Ha sacado bastante dinero de donde lo guardaba su padre. Llamó por teléfono a casa de su tía y pidió que se pusiera su padre. Le dijo que lamentaba el disgusto que le daba y que en cuando pudiese le devolvería el dinero. Colgó sin dar más explicaciones, sin decir dónde estaba ni adónde iba. José está destrozado. Me hizo jurar que si sabía algo se lo comunicaría, pero. . si Carmen no me ha dicho nada, ya no lo hará. —Esta última frase la pronunció Ana como una sentencia y con tremenda desilusión, pues siempre pensó que eran buenas amigas.

Estaban sentados en un banco de listones de madera. Curro, con los codos apoyados sobre las rodillas, hundió el rostro entre sus manos y comenzó a sollozar.

—No lo entiendo Ana, no lo entiendo. ¿Por qué me ha hecho esto?

Ana lo abrazó.

—A ti, a José, a mí, a todos. . No sé lo que le ha pasado a esta chica.

Mientras conducía la moto de regreso a casa una frase martil eaba la mente de Curro. ¿Por qué había dicho José que le preguntara a su madre? Elvira oyó llegar la moto y cómo su hijo ajustaba el candado. Cuando entró en casa lo besó en la mejil a diciendo a modo de saludo:

—Ya era hora, ¿no?

—¿Qué sabes de Carmen? —increpó Curro seco y tajante.

—¿Que voy a saber de esa cabra loca? Nada —respondió la madre al tiempo que sacudía una mano en frente de su cara, como para borrar la imagen de Carmen de su mente.

—Pues parece que se ha marchado al extranjero y José piensa que tú sabes algo.

A pesar de la desesperación que ensombrecía la faz de Curro, la madre no pudo evitar una leve sonrisa de triunfo que trató de esconder de su hijo volviendo la cara.

Así que la muchacha finalmente había escuchado su consejo y además, por lo visto, había decidido hacerlo sola, dejando a su hijo al margen.

Tenía que reconocer que tenía agal as y eso le facilitaba a el a las cosas.

Para el próximo permiso de su hijo invitaría a cenar a Manolita, la hija del alcalde. No tenía ni las piernas ni los pechos de Carmen pero era una buena chica y se le iban los ojos detrás de su hijo. Además, el padre de

Manolita podría beneficiar en mucho a su Curro.

La voz de Curro, ronca a causa del nudo que notaba en su garganta que le obligaba a hacer un esfuerzo adicional para poder hablar, hizo intuir a la madre que no sería tan fácil aquel asunto.

—¿Qué sabes tú de eso, madre?

—Ya te he dicho que no sé nada —levantó la voz para demostrarle a su hijo quién mandaba—. Sólo fui a verla para decirle que el error que habíais cometido os podía salir caro y que había médicos que podían ayudarla y nadie se enteraría. Como ves, no sé lo ha pensado mucho.

Aquel o fue un jarro de agua fría. La sangre se le heló y durante unos segundos de confusión todas las fichas se movieron a la vez hasta tomar la posición que parecía correcta.

El estado en que se encontraba José, la huida de Carmen, la cantidad de dinero que había extraído de la cuenta bancaria de su padre. . Todo encajaba, menos una cosa: ¿por qué no se había puesto en contacto con

él? Si le era imposible imaginarse a Carmen con un bebé, lo era aún más imaginársela abortando, ¿O es que no la conocía como pensaba? ¡Dios

Santo, se iba a volver loco! Notaba su pulso en las sienes latiendo tan fuerte que le dolía. Necesitaba estar con el a, abrazarla, decirle que la amaba.

Sólo acertó a decir con un hilo de voz:

—Pero yo sólo te dije que prepararas la boda, no que hablastes con el a.

—Pues ya ves de la que te has librado. Anda, no le des más vueltas a la cabeza y vamos a cenar. —Ante el abatimiento y la confusión de su hijo, Elvira tomaba nuevamente las riendas.

—No quiero cenar, me voy a la cama.

Fue una noche larga, inquieta, en la que rememoró su primer encuentro, sus juegos, sus risas, su primer beso, la primera vez que la abrazó contra sí, la primera vez que. . ¡Dios Santo, necesitaba verla! ¿Cuándo iba a volver? ¿Dónde estaba? ¿Qué le estarían haciendo?

De madrugada salió de la casa, montó en su moto roja y enfiló hacia el pueblo de Carmen. Pasó por su calle con el anhelo de ver el vehículo de Carmen aparcado por las cercanías, pero no. No estaba. Vagabundó todo el día por el bosque, adentrándose en las pinadas por sendas polvorientas. No quería volver a casa, no quería ver a su madre, a quien por alguna razón hacía responsable de la fuga de Carmen, tal vez por no

afrentar su propia responsabilidad. Cuando al día siguiente tuvo que volver al cuartel, lo hizo vacío de todo sentimiento o emoción, a excepción de la tristeza que había al anado todo su ser.

Capítulo V

Después de recibir la llamada de teléfono de Curro anunciándole que tenía a la novia preñada y que se casaba, la madre de Curro no perdió el tiempo y aquel a misma tarde tomó el autobús que la acercó hasta el pueblo de la muchacha. Desde la parada caminó hasta su casa, l amó a la puerta con los nudil os de la mano derecha y fue recibida por José, que se extrañó de verla al í, pero que la invitó a pasar, aunque, como dijo, Carmen no estaba en la casa.

Con toda la mansedumbre de que fue capaz, la madre puso a José en antecedentes del estado de su hija. Era una lástima que por un error de juventud los chicos echaran a perder su vida, que su Curro no estaba en

esos momentos en condición de casarse y que el a, como madre que comprendía la vergüenza que eso suponía para Carmen, lo más que podía hacer era pagar la mitad de la operación. El a podía facilitarle el número de teléfono de un médico que hacía esa clase de trabajos sin preguntar nada. Era lo mejor, pues una vergüenza como esa en el pueblo sería un lastre para toda la vida.

Todas aquellas palabras fueron como un tornado para José, que imaginó a su hija preñada, la vio despreciada por Curro, que en esos momentos no estaba en disposición de casarse; la vio pasando vergüenza por su estado en aquel maldito pueblo tan estrecho de miras, la vio criando sola a su hijo y la vio en la mesa de un carnicero abortando con los muslos llenos de sangre.

Esa sangre fue la que le hizo barajar las imágenes en su mente y de pronto ya no era su hija abortando, si no su querida esposa dando a luz a Carmen, a quien la matrona, después de haber cortado el cordón umbilical y envolverla con una toalla, se la tendía para que él la cogiese con un gesto presuroso para poder centrarse nuevamente en la madre, que expulsaba la placenta y sangraba a borbotones. La matrona trató de

taponarla, pero la pérdida de sangre seguía, seguía y seguía hasta que su corazón bombeó en vacío.

El que debía ser el recuerdo más feliz de su vida era una pesadilla nauseabunda con las piernas de su querida esposa abiertas y manchadas de sangre, aquella mujer que no paraba de meterle gasas y más gasas dentro del cuerpo, todas las manchadas de sangre, los despojos del parto en un cubo y aquel olor a sangre que le producían arcadas de angustia; la hermana de su esposa junto a su cama, ayudando a la matrona y otras cuatro o cinco mujeres más en el salón por si necesitaban algo; agua hervida, más gasas o avisar al médico con urgencia y que cuando llegó sólo tuvo que firmar el parte de defunción. Su esposa pasaba a engrosar los porcentajes de mujeres que morían por hemorragia en el parto. Y aquel día en vez de la enhorabuena recibió pésames.

Un poco confuso y asustado ante la perspectiva de lo que la madre de Curro estaba proponiendo, José la tomó por su brazo izquierdo con su mano derecha apretándola e invitándola a salir de su casa con firmeza. Ni su gesto ni el tono de su voz fueron de agradecimiento, por lo que la mujer protestó molesta sacudiendo el brazo para soltarse de la zarpa de José sin conseguirlo.

—Oye, que al fin y a la postre sólo he venido a ofreceros ayuda a ti y a la rebelde de tu hija.

Pero ni siquiera la escuchó. Al llegar a la puerta la soltó con un empujón y cerró la puerta. Volvió al salón y se sentó en el único sillón que había en la estancia. Apoyó la cabeza en el respaldo y las manos en los reposabrazos con la mirada extraviada en el techo esperando lo que se le venía encima.

Pero la madre de Curro no se marchó. Esperó una calle más allá por donde sabía que tenía que pasar Carmen para llegar a su casa. Cuando vio el vehículo que conducía Carmen, hizo señas para que parase. Carmen se preguntó que hacía la madre de Curro en su pueblo. Aparcó unos metros más allá y mientras cruzaba la calle la saludó con un «buenas tardes».

—¿Qué pasa contigo, chica? —la increpó. Ni besos, ni saludos.

—¿Qué pasa conmigo de qué? —Carmen se puso a la defensiva.

—De tu estado, ¿de qué va a ser? Y no te hagas conmigo la tonta.

—No me hago la tonta pero, como usted ha dicho, es mi estado y no tengo que dar explicaciones a nadie.

Aquel o era el colmo: la madre de Curro estaba por perder los estribos, si no los había perdido ya.

—Pues que sepas que Curro no se puede casar.

—¿Y por qué se tendría que casar Curro? —repuso Carmen desafiante.

La madre de Curro la miró desconcertada. Si no quería casarse esta chica, ¿qué era lo que pretendía?

—Entonces ¿qué es lo que quieres de nosotros?

Carmen se irguió más si cabía levantando la cabeza. El desagrado que le producía aquel a mujer fue lo que hizo que su voz sonara fuerte y con soberbia.

—De vosotros nunca he querido nada y lo que quería de alguien ya lo tengo —respondió con una sonrisa burlona mientras se acariciaba la barriga.

Este gesto reafirmó en la madre de Curro el temor de que Carmen siguiese adelante con su embarazo, así que más valía mostrar todas las cartas desde el principio por si ella reaccionaba.

—Bien, pues que sepas que Curro no se va a casar contigo. Lo único que podemos hacer por ti ya se lo he dicho a tu padre.

A Carmen la sangre se le heló en las venas al pensar cómo su padre

había llegado a saber de su estado y sintió tal desprecio por aquella mujer que rayaba el deseo de verla muerta.

—Correré con la mitad de los gastos de la operación. Sé de un médico que hace ese tipo de operaciones sin preguntar nada, por lo que nadie se enteraría —siguió diciendo esa mujer.

Carmen tenía arcadas de angustia que se obligaba a retener antes de que le llegaran a la garganta.

—Tu padre no me ha dado respuesta, pero conviene que no os demoréis mucho. Cuanto antes lo solucionéis antes podrás rehacer tu vida.

Aquellas palabras eran duros golpes en la boca del estómago que la desequilibraban. Las arcadas volvían llenándole la boca de saliva amarga. Se apoyó bien sobre los dos pies pero no se alivió el mareo. Tragó saliva y respondió con el mismo tono soberbio.

—Me gusta la vida que llevo; no tengo que rehacer nada.

Una borrica, eso era aquella chica, una borrica capaz de destrozarle la vida a su hijo, y eso no lo pensaba tolerar. Había aún otra baza que podía

jugar; tal vez así reaccionara. Buscó el tono más duro y más oscuro que pudo encontrar para decir.

—Bien, también puedes irte unos meses fuera y yo adoptaré lo que sea cuando nazca.

Como una tormenta de pedrisco con golpes duros y fríos precipitándose uno tras otro, confundiéndola, dejándola maltrecha, soportaba Carmen aquel atajo de despropósitos, y sin poder controlar su rabia, respondió.

—Antes muerto que bajo su tutela.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el vehículo dando por terminada la conversación.

«Bien —pensó la mujer—, ya ha reconocido la posibilidad de muerto; ahora sólo hay que dejarla madurar».

Arrancó el vehículo y lo puso en marcha. La boca se le seguía llenando de saliva amarga y lo que había comenzado siendo un leve quemazón en la boca era ahora una lava ardiente que le abrasaba la tráquea y se le esparcía por todo el pecho. Detuvo el vehículo, abrió la puerta y sin bajar de él arrojó dos grandes bocanadas de líquido amargo. Continuó veinte metros más y aparco definitivamente.

Su pecho y su estómago eran un laberinto de emociones y sensaciones

que era incapaz de controlar o gestionar, todas negativas: desilusión, rabia, tristeza, mareo, confusión y sobre todo se sentía traicionada. ¿Cómo había podido Curro contárselo a nadie antes de que él se lo dijese a su padre? ¿Para eso quería Curro hablar con su padre, para negociar su aborto? Tenía que ser fuerte, sabía que tenía que ser fuerte si no quería que todo esto la superara. Hizo unas cuantas respiraciones y casi sintió que literalmente crecía. Sí, tenía que ser grande y fuerte.

Bajó del vehículo, las piernas le temblaron, hizo nuevamente unas respiraciones. Saludó a unas vecinas que charlaban animadamente; le pareció que la miraban de forma sospechosa e instintivamente irguió más si cabía su cuerpo. Entró en la casa, que estaba en penumbra y silenciosa. Un respingo de escalofrío recorrió su espina dorsal mientras cruzaba los apenas dos metros y medio que separaban el recibidor de su humilde casa, del pequeño salón donde su padre seguía inmóvil mirando hacia el

techo. Presionó el interruptor y la estancia se iluminó instantáneamente al tiempo que saludaba a su padre.

—Buenas noches, padre —dijo como si tal cosa.

—Serán buenas noches para quien sean, pues lo que es a mí ya me han dado la tarde —le respondió dirigiéndole la vista. Al verla tuvo la sensación de que no pasaba nada anormal, de que todo estaba como tenía que estar.

—Usted no haga caso de nadie, padre. Al fin y al cabo no pasa nada malo y eso es sólo asunto mío.

No pudo terminar de acercarse a él para darle un beso y decirle que sentía no haber sido el a quien le diera la noticia, como debía dársela, con la alegría de comunicarle que iba a tener un nieto, que ya no estarían tan solos y que a partir de entonces aquel o se parecería más a una familia. Su padre saltó del sillón como empujado por un resorte y le hablaba con una dureza que ella no podía ni imaginar en él, como tampoco hubiese podido nunca imaginar la rabia y la brusquedad con que su padre se dirigía a ella.

—¿Pero qué dices desgraciada? ¿Que no pasa nada? ¿Acaso crees que en un maldito pueblo como este perdona esa clase de pecados? Pues no...

—sentenció—. Lo llevarás a cuestras toda tu maldita vida, ningún hombre decente se acercará a ti y el que se acerque será para pasar el rato. ¿A qué pensabas que estabas jugando, ignorante?

Carmen no lo podía creer: aquel no era su padre, no conocía aquel

aspecto amenazador, ni su voz, ni sus palabras. ¿Qué podía haberle dicho la bruja de la madre de Curro?

—Padre, cálmese y hablemos —propuso conciliadora mientras la boca se le llenaba nuevamente de bilis, pero José estaba cada vez más fuera de sí al ver que su hija no desmentía su estado.

—Hablar ¿de qué?, ¿de que estás preñada de un cabrón que no se atreve ni a venir a dar la cara y que manda a su madre.? Sí que nos la ha metido bien ese hijo de puta, sí.

—Padre, por favor, cálmese —suplicó al tiempo que volvía el mareo.

—¿Que me calme? ¿Que me calme?

José se había plantado en frente de su hija y sus garras se habían cerrado como acero alrededor de sus brazos. Carmen cerró los ojos un momento esperando el zarandeo y tratando de recuperarse de su malestar. Los abrió clavando aquella súplica verde en los desesperados

ojos de su padre, aturdido por un momento al no encontrar ni miedo, ni arrepentimiento en la mirada de su hija, sino la dulzura y fortaleza propias de quien lleva razón y no va a doblegarse.

—¿Que me calme? Ya estoy calmado. —Ahora hablaba como una persona derrotada—. En el cajón tendremos suficiente dinero para pagar a uno de esos malditos médicos. Si falta algo, ya me las apañaré.

Aquel o sí que dolió a Carmen, que apenas acertó a decir en un hilo de voz:

—Pero, padre, ¿qué es lo que está diciendo?

José le daba ahora la espalda a su hija, no quería mirar en aquellos ojos, y la debilidad que había expresado con su voz consiguió que José recuperara su dureza.

—Lo que digo es. . que la mierda de los hijos siempre nos toca limpiarla a los padres. . y así será también esta vez —tronó con dureza.

Si lo que José pretendía decirle a su hija era que podía contar con él, no lo consiguió. Carmen se sintió abandonada y sola, tremendamente sola. Aquella fue su segunda soledad, más aplastante que la primera. Caía sobre ella con una fiereza que ella no conocía, y no es que ella no conociera muchas soledades, pero no como aquella, que debilitó sus tobillos y sus rodillas y consiguió que la habitación comenzara a oscilar bajo sus pies. Abrió un poco las piernas, plantándose sobre sus dos pies y cerró nuevamente un momento los ojos para dejar pasar el mareo. Cuando los abrió de nuevo allí estaba aquel hombre en que se había

convertido su padre: un pobre hombre encerrado en una jaula invisible, en una cárcel de hipocresía e intolerancia que la fuerza del pueblo había tejido sobre él, cuyas paredes, aunque invisibles, impedían que llegasen a él otros razonamientos que no fuesen los de aquel pueblo condenador y estrecho de miras.

Carmen dio media vuelta y se encerró en su habitación. Se tiró sobre la cama y lloró incapaz de soportar tanta soledad, —Madre, madre... —gemía invocando algún consuelo, alguna compañía, pero nada ni nadie acudió en su auxilio. Finalmente se quedó dormida.

Despertó pasada la media noche, con un fuerte dolor de cabeza y un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad, pero sin embargo con una lucidez tremenda.

Sabía que no podía contar con nadie.

Comenzó a guardar su ropa en bolsas. Después usó unas camisas como fardos pero no eran suficientes, a pesar de que no tenía muchas pertenencias. Con cuidado de no hacer ruido, salió al recibidor de

escasamente seis metros cuadrados, donde siempre se apilaban los cajones que usaban en su negocio. Tomó un par de ellos vacíos, volvió a la habitación y comenzó a llenarlos con sus cosas. Después en la cocina buscó en el último cajón de abajo, sacó los paños pulcramente doblados, levantó el doble fondo y buscó en el sobre donde su padre guardaba parte del dinero, puesto que sólo ingresaba en el banco una fracción de lo que ganaban; lo demás lo guardaba allí. Pensaba coger sólo una pequeña cantidad, pero finalmente se lo llevó todo.

Trataba de hacer el mínimo ruido posible para no alertar a su padre, pero su padre había tomado una pastilla pensando que si dormía bien aquella noche, al día siguiente lo vería todo con más lucidez, así que José dormía profundamente.

No fue muy cuidadosa al ir metiendo cosas en los cajones, pues tenía prisa por salir cuanto antes de allí. Cuando llegó a los efectos personales se dio cuenta de que no podía llevarse todo; entre las cosas que decidió dejar estaban sus álbumes de fotos y, pensando en ellas, abrió su cartera, sacó las fotos de Curro y las rompió a trocitos tan pequeños que no se pudieran recomponer. Sintió una punzada en el corazón mientras las rompía y tiraba los pequeños trozos en la papelera que tenía al lado de su comodín y la soledad, la tercera soledad, se apoderó de ella, pero esta vez,

aunque seguía siendo una sensación de vacío e incertidumbre, supo que era su amiga. Sintió que la cubría como una manta protectora, que salvaguardaba bajo el a su espacio vital, su derecho a vivir la vida con voluntad propia, apoyándose en su propia conciencia y no en la de los demás, guardando su derecho a ser libre.

Abrió la puerta de la calle y miró a derecha e izquierda. No tenía ningún interés de que algún vecino la descubriera sacando sus pertenencias de casa. Tuvo que hacer tres viajes de su casa a la furgoneta cargada con bultos. Cuando ya lo tenía todo, consideró conveniente llevarse algo de comida, así que, sin cerrar las puertas traseras del vehículo, volvió a entrar en la casa y metió dentro de una bolsa algunas cosas de comer y agua. Salió a la calle cerrando definitivamente la puerta tras de sí. Al darse la vuelta se dio de bruces con la hija de la vecina y el novio, que se despedían en la puerta de la calle.

—Buenas noches —saludó procurando que su voz sonara lo mas normal posible.

—Parece que os estéis mudando —dijo el joven viendo todos los

fardos que Carmen había cargado y mientras su novia, contrariada por la presencia de Carmen, no dijo nada, deseosa de que él volviera a lo que estaba haciendo.

—Sí que parece, sí —respondió con prisa mientras ajustaba el ato entre los cajones, cerraba las puertas y se ponía en marcha.

No es que tuviera el propósito de irse para siempre, es que ya nunca más volvería.

José oyó la furgoneta arrancar pero no se pudo despertar.

Carmen lloró nuevamente mientras conducía, pero no fueron lágrimas de miedo ni de rabia, fueron lágrimas de soledad, de aquella soledad que la hacía libre, lágrimas que lavaban todas las ataduras que, sin saberlo, había arrastrado hasta entonces.

Circuló por una Valencia casi desierta a aquellas horas. Llegó al mercado de abastos, que aún estaba cerrado; tuvo que esperar a que abrieran. Cuando lo hicieron, descargó la mercancía en el puesto que tenían por costumbre hacerlo y cobró la mercancía que había dejado el día anterior. Le preguntaron por su padre y él respondió que estaba indispuesto.

A las cinco de la mañana sonó el despertador de José, pero no pudo despertarse; eran casi las nueve cuando consiguió hacerlo. El sol estaba

alto y la casa en silencio. Era evidente que su hija no había salido aún de la habitación; supuso que habría pasado mala noche y, puesto que ya habían perdido el día de trabajo, no la despertó. Se preparó el desayuno: café con leche con dos magdalenas como cada día. No sabía de qué iban a hablar cuando viera a su hija, pero tenían que hacerlo y tomar decisiones. Anduvo una hora arriba y abajo de la casa; ninguno de sus pensamientos eran coherentes y sentía un terrible miedo por el futuro de su hija, un futuro nada halagüeño tomasen la decisión que tomasen. Seguramente si su madre viviera, Carmen no estaría en esa situación, pero no sobrevivió al parto y él no había sido capaz de protegerla en ese aspecto, ni siquiera había sido capaz de darle una vida como se suponía que debía darse a una chica. Desde que su cuñada decidió no seguir haciéndose cargo de Carmen cuando ésta contaba con trece años, él la había iniciado en una

vida más propia de varones que de mujeres. Carmen le acompañaba en todas las tareas del campo y estudiaba por las noches para conseguir el certificado escolar. Antes de cumplir los dieciocho años comenzó con la autoescuela y pudo tener el carné de conducir tan pronto como cumplió

los años. Compraron una furgoneta y de esa manera escandalizaron al pueblo, pues no sólo fue la primera mujer que conducía en el pueblo, sino que además lo que conducía era una DKW con motor Mercedes. Para aquel entonces ya andaba con Curro desde hacía un par de años y él la había ayudado mucho con la conducción, amén de no importarle que vistiera como un muchacho y la clase de trabajo que tenía. A José le había caído bien el chaval desde el principio. Era educado, les ayudaba cuando podía y los días en que había partido era agradable comentar las jugadas con alguien. Había atesorado la idea de que se casaría con su hija y serían ellos los que trabajarían juntos mientras Carmen atendería la casa, como todas las mujeres. ¡Sí que se la había clavado bien el chaval, sí!

A las once de la mañana optó por llamar a la puerta de la habitación de su hija; no era normal que se demorara tanto. Como no respondió abrió la puerta, preso de un súbito pánico de que algo le sucediera a Carmen. Al principio no notó nada anormal, excepto que no estaba su hija. La puerta del armario estaba entreabierta dejando ver las perchas y los estantes vacíos. Se acercó, abrió el armario y entonces lo supo: se había marchado. Se sentó en la cama y se tapó con las manos la cara, como escondiéndose de una realidad que no controlaba y que lo dejaba desconcentrado y sin saber cómo actuar. Poco a poco se tumbó en la cama boca arriba con las

manos aun cubriéndole la cara y un líquido cálido desbordó sus ojos siguiendo un cauce abrasador que se abría camino hasta llegar al pelo de sus patillas; allí se desparramaban más y abrasaban más todavía causándole picazón. Fue un llanto silencioso, sin gemidos ni reproches, sin pensamientos, como si la habitación de Carmen hubiese tragado y anulado totalmente todos sus pensamientos. Y allí permaneció hasta que a las doce su cuñada llamó a la puerta para decirle que su hija estaba al teléfono. José cruzó los ocho metros de calle que lo separaban de la casa de su cuñada de forma mecánica y con voz automática dijo:

—¿Carmen?

—Llamo para decirle que me he ido de casa. He cogido el dinero del cajón; ya se lo iré devolviendo. —Su voz era triste apagada pero firme.

—Carmen, dime, ¿dónde estás? Yo te acompañaré, no lo hagas sola.

A José se le atrapelaron las palabras al oír la voz de su hija. Había reaccionado imaginándola de nuevo tumbada en un potro mientras un medicucho le practicaba un aborto.

Carmen no pudo disimular la rabia.

—¿De qué habla, papá? ¿Qué está diciendo?

El tono de voz de Carmen alertó a José y un miedo frío invadió su cuerpo. Su voz fue una súplica cuando dijo:

—Que no lo hagas sola. Tendrás más garantías si te acompaño.

Cansada y asqueada dijo «ya le l amaré» y colgó.

José oyó el *cloc* del teléfono al colgar y se quedó allí, de pie, con el auricular pegado al oído. Lentamente colgó y se volvió hacia su cuñada. La expresión de sus ojos y su boca eran una pura interrogación. Las pocas palabras que había oído junto con el tono de la voz de José y el estado en que se encontraba la hacían entender que algo pasaba y algo grave. Y así fue como la tía de Carmen se enteró de lo que sucedía.

Cuando José se había ido, después de poner al corriente del estado en que se encontraba su sobrina y los pormenores del día anterior, no pudo evitar sentirse culpable. Era la hija de su difunta hermana y él a tenía que haberse ocupado de ella, y así lo hizo durante los primeros años, pero... la atracción que sentía por José la traicionó.

Capítulo VI

Habían sido años duros, muy duros.

Ellos eran los niños de la guerra. Tuvieron que bregar con una España rota, herida y pobre, miserablemente pobre, donde el pan nuestro de cada día se ganaba con el sudor de la frente y a veces ese sudor ni llegaba para el pan del día, pues para quienes como ellos vivían de la tierra, cualquier cosa podía echar a perder toda una temporada de duro trabajo: la lluvia, la sequía, las heladas, el pedrisco... Años en que el principal medio de transporte para su trabajo fue la carreta y el mulo, y quienes como ellos contaron con uno podían considerarse afortunados.

La cuñada de José contaba las etapas de crecimiento económico por el combustible que usaba para preparar las comidas: primero la leña, más tarde el petróleo. . Aún recordaba aquel hornillito jaspeado en azul y gris que se posaba sobre cuatro patas al que tenía que cambiarle la mecha de vez en cuando. Y después llegó el gas butano. Al principio compraron un hornillito de dos fuegos; años después uno de cuatro fuegos con horno, lo que les permitió asar en casa lo que antes llevaban a los hornos del pan,

como era el caso, cada quince días, que cocinaba el arroz al horno tan habitual en su comunidad y que a ella le salía de rechupete. El día que cocinaba ese arroz ni su madre ni su hermana tenían que hacer comida, pues ella preparaba una gran fuente y llevaba dos buenas raciones para sus padres y otras dos para su hermana y José. La suya había sido una vida de entrega dedicada a los demás.

Cuando murió en el parto su querida hermana pequeña, ella contaba con dos hijas de cuatro y dos años respectivamente y aún llevaba luto por su padre, fallecido por neumonía medio año después de haber nacido la segunda de sus hijas. El luto se prolongó otro año con velo y medias negras por su hermana. Después del año se permitió algún guardapolvo de medio luto, pero para asistir a misa y salir al paseo los domingos seguía vistiendo de negro riguroso. Y ése fue el color del traje que estrenó el día

de la primera comunión de sus dos hijas, puesto que la tomaron a la vez. Como sólo hacía año y medio que había fallecido su madre, no se permitió la frivolidad de vestir de color. Si no mostraba ella respeto por la memoria de su madre, ¿quién lo iba hacer?

Así, a golpes de buen hacer y de austeridad se había ganado una excelente reputación en el pequeño pueblo donde se sabía hasta lo que se pensaba.

Desde el nefasto día en que su sobrina vino al mundo se encargó de el a. No es que lo decidieran por acuerdo, es que era lo natural. También desde ese día se encargó de atender a su cuñado, mientras que él por su parte le daba el cincuenta por ciento del dinero que ganaba, amén de no faltar en su casa de todo lo que él producía, bien fuera aceite cuando recogían la aceituna, bien fueran productos de temporada, como los tomates, cuyo excedente el a se encargaba de guardarlo en conserva para cuando en invierno no pudiesen contar con semejante manjar fresco. Lo hacía al natural para luego freír o mezclar con huevo hervido y atún, y también lo hacía en mermeladas y confituras. Lo cierto era que las cosas en sus manos parecían multiplicarse y así, gracias a su laboriosidad, su casa prosperó más que otras. Pero esto también benefició a José, puesto que tanto él como su hija estaban bien atendidos. Al utilizar Carmen las piezas de ropa que se les iban quedado pequeñas a sus primas, José apenas gastaba la mitad del sueldo que se quedaba para él y en pocos años pudo comprar más tierra, donde plantó de naranjos navelinos que alcanzaban un buen precio en el mercado.

Ya llevaba unos tres años recogiendo algún dinero de aquel huerto cuando ocurrió aquel o por lo que la cuñada de José aún se ruborizaba. Normalmente José y el marido de su cuñada, puesto que tenían hacienda similar, compartían trabajo y producción. Así, la recolección de la almendra, la de olivas, la poda de los árboles y la recolección de la leña era compartida, como también lo era el arado de los campos, ya que sólo contaban con una cabal ería propiedad de sus suegros, así que cuando decidieron sustituirla por un pequeño tractor y un remolque, también lo hicieron a medias y lo seguían guardando en la casa de sus suegros, en el pesebre donde sus suegros apacentaron las dos vacas lecheras de las que tanto hablaban sus mujeres en los recuerdos de su niñez y donde un poco más alejado comía el cabal o. Después cada cual por su parte tenía un huerto de regadío donde cultivar plantas de temporada de manera rotativa durante todo el año, de tal forma que nunca tenían carencia de nada que

se produjera en la tierra; los productos no percederos, o que duraban más tiempo, los almacenaban en la antigua casa de sus suegros. Como las suyas eran idénticas y pequeñas, al í almacenaban los sacos de patatas para

todo el año, las cebollas, las tinajas de aceite —que con el tiempo pasaron a ser garrafas de plástico—, las almendras y las conservas, las mermeladas y los jabones que elaboraba la cuñada de José. Lo único que administraban de manera diferente los dos cuñados eran los beneficios de su trabajo: mientras José guardaba casi todo el dinero en casa y cuando tenía suficiente cantidad compraba más tierras, a su cuñado le gustaba ver crecer su cuenta en el banco, pues bastante tenía con las tierras de los abuelos.

Los dos cuñados compartían muchas horas y muchas conversaciones.

Algunas veces había surgido el tema de la soledad de José y la conveniencia o no de volverse a casar, a lo que su cuñado siempre le advertía del peligro de poner en casa a otra mujer que mirara con avidez la hacienda que les habían proporcionado los abuelos y que restara herencia a su hija, Carmen. Si sentía alguna necesidad, más valía que fuera a alguna de «esas mujeres»; si le daba reparo ir solo, él se ofrecía a acompañarlo. José siempre rehusó el ofrecimiento porque la necesidad que supuestamente podían aliviar «esas mujeres», él mal que bien la podía gestionar. Aunque le constaba que su cuñado alguna vez había frecuentado esa clase de establecimientos, a él no le apetecía hacerlo. En cuanto al otro asunto, José nunca tuvo claro si el interés de su cuñado por

Carmen era genuino o lo que no quería era quedarse sin el cincuenta por ciento de todo lo que él producía. Pero José no le daba más vueltas a la cabeza: las cosas estaban bien como estaban y las dos casas prosperaban más que la media del pueblo.

Pero aquél era uno de esos extraños días que José no salió de madrugada con su cuñado, porque tenía que verse con un comerciante que venía de Gandía a ver su huerto de Navelinas; supuestamente pagaba muy bien aquel a variedad de naranjas.

Aquel día Carmen y sus dos primas pudieron darle un beso a José antes de irse a la escuela. Sobre las nueve de la mañana José cruzó la calle y entró en casa de su cuñada a quien le pidió que le planchara la camisa al tiempo que se la quitaba. Hacía mucho tiempo que estaba colgada en el armario y se habían formado unos profundos pliegues de arriba a abajo. José quedó con el pecho desnudo y el cinturón del pantalón sin abrochar mientras esperaba que su cuñada alisara aquellos pliegues, comentándole

lo que él pensaba que se podía sacar aquel año de las navelinas multiplicando lo que supuestamente le pagaría aquel comerciante de

Gandía por las arrobas que él le había calculado de producción al huerto. Estaban en la cocina, él a frente a la mesa de planchar sin levantar los ojos de la camisa y él andando arriba y abajo mientras ella participaba de sus reflexiones. Se acercó a la pila dándole la espalda a su cuñada, que ahora clavó sus ojos en él mientras él cogía un vaso y abriendo el grifo lo llenaba de agua y bebía.

No lo premeditó, no lo pensó, ni siquiera creía que se pudiera atrever a hacer algo así, pero lo había soñado tantas veces. . Se le acercó por detrás, lo abrazó y le besó la espalda, acariciándole el pecho y bajando suavemente las manos hacia el abdomen firme y fuerte de José. Sentía una maravillosa desazón, una especie de dulce vértigo en el estómago que la arrastró durante un momento a una pasión desconocida para ella; era hermoso dejarse llevar por esta pasión. Durante un momento José se quedó quieto, petrificado, tratando de evaluar lo que estaba sucediendo, pero reaccionó con prontitud y cogiendo las manos de su cuñada, las apartó de sí y se volvió hacia ella con ojos incrédulos.

—¿Pero. . qué haces?

— *Chist...* Calma —dijo ella abrazándolo por el cuello y poniéndose de puntillas para besarlo en la boca con los ojos cerrados, pidiendo interiormente que José reaccionara y ella correspondiera.

José reaccionó, pero no como ella deseaba, sino que la sujetó con fuerza por los hombros y la separó apartándose de delante de ella. La cuñada agachó la cabeza mientras lágrimas silenciosas arrasaban la piel de sus mejillas y con voz imperceptible suplicaba avergonzada:

—José, por favor...

Pero José tomó la camisa del respaldo de la silla donde la había depositado su cuñada sin hacerle el más mínimo caso.

—¡José! —gritó su cuñada con una voz hasta entonces desconocida para todos.

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieres de mí? —gritaba también José al tiempo que metía su brazo derecho por la manga de la camisa.

—¿Que qué es lo que quiero?

Su cuñada avanzaba hacia él fuera de sí.

—He cuidado de tu hija como si fuese mi propia hija. Te he lavado la ropa, planchado y dado de comer como si fueses mi propio esposo.

Quiero alguna compensación por ello.

—¿Acaso no te pago por ello? —respondió José furioso mientras se

vestía el brazo izquierdo—. ¿Qué más quieres?

—A ti, te quiero a ti. Trabajo para ti como lo haría una esposa y quiero el débito que se le paga a una esposa, no sólo dinero.

José no podía dar crédito a lo que estaba viendo y escuchando. Su cuñada, que había pasado media vida enlutada, que nunca le miraba directamente a los ojos, que no levantaba la voz a nadie a excepción de a las niñas, que estaba todo el día metida entre pucheros y zurciendo, incapaz nunca de responder ante las brusquedades de su propio esposo, ahora no sólo trataba de seducirlo, sino que lo exigía con voz firme.

Se volvió hacia el a con la camisa aún sin abotonar y con voz fuerte y amenazadora le dijo al tiempo que la señalaba con el dedo:

—Nunca he faltado el respeto de mi difunta esposa con nadie y no lo voy a hacer con su propia hermana.

El a se abrazó nuevamente a él, posando las manos por debajo del faldón de la camisa, besándole el pecho y suplicando nuevamente:

—José, por favor... José, por favor...

José la agarró por los hombros para apartarla de sí y en aquel momento algo tronó detrás de él.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de su esposo hizo que ella se soltara, se diera la vuelta y cayera como un plomo en una silla enfrente de

la mesa de la cocina, sobre la cual dobló los brazos y escondió la cara abandonándose a un llanto histérico. José, vuelto de cara a su cuñado, que entraba en la cocina, trató de pasar por su lado ciego de indignación, no sólo por lo que había pasado, sino por lo que pudiera parecer. Todavía con la camisa y el cinturón del pantalón desabrochado daba la estampa de una situación muy diferente de lo que acababa de ocurrir. El cuñado le dio un empujón en el hombro para impedir su camino y exigir una explicación.

—He preguntado qué está pasando aquí. —Su voz era aún más poderosa, pues la evidencia hacía vanas las explicaciones.

Estaba claro que aquel hombre al que él consideraba su amigo y con quien lo había compartido todo había tratado de forzar a su mujer. Aquel hombre que entraba y salía de su casa como si fuese la suya propia, cuya

hija había cuidado desde que nació y que compartía habitación con sus propias hijas, aquel mal nacido lo había traicionado. Pero José, que en un quiebro de hombro había evitado la fuerza del golpe de manera que apenas fue más que un roce, pasó por su lado diciendo:

—Que te lo explique ella, que sabrá qué cojones pasa; yo no tengo ni idea. —Y pasó por su lado sin mirarlo y sin volverse para mirarla a él. Cruzó de cuatro zancadas la calle y entró en su casa ciego de furor. Atravesó el salón sin saber qué hacer y le arreó un puñetazo a la puerta de la cocina. La melamina cedió bajo el impacto y le clavó unas astillas en el torso de la mano. Apoyó la cabeza en el marco de la puerta mientras maldecía contra sí mismo y deseando que aquello fuera un mal sueño. De su puño, aún clavado en la puerta, comenzó a gotear un líquido tibio que lo hizo notar que aquello no era una pesadilla y lo obligó a regresar a la cotidianidad. Para evitar que se manchase el pantalón o la camisa recién planchada, se separó un paso de la puerta y levantó el codo para que la sangre no entrara por la manga de la camisa. Se arremangó, sacó el puño con cuidado para no lastimarse más y se lo envolvió con un paño limpio que encontró en uno de los cajones de la cocina. Se dirigió al baño, donde tenía un pequeño botiquín, abrió el grifo del lavabo y dejó que el agua fría le lavara la herida. Sólo era un rasguño pero tenía la mano inflamada. Se quitó un par de astillas que tenía clavadas y, cuando dejó de sangrar, se vendó la mano y salió para atender al tratante que venía de Gandía. Vieron el huerto, almorzaron y tras un regateo normal cerraron el trato sin poder estrecharse la mano, pues cada vez la tenía más inflamada.

Sólo cuando el tratante se marchó comenzó a cavilar cómo puñetas había aparecido su cuñado a aquellas horas, cuando debía de estar recogiendo olivas, qué habría pasado cuando él se hubo marchado y cómo serían a partir de entonces sus relaciones. Dicha cuestión no tardó mucho en resolverse, pues cuando llegó de nuevo a su casa encontró que Carmen, que entonces contaba con doce años cumplidos unos días antes, lo estaba esperando sentada en el salón haciendo un trabajo para la escuela.

—El tío me ha dicho que la tía no me puede hacer la comida porque está enferma, que me viniera a mi casa y que me quedara a dormir aquí también —dijo—. Que recogiera todas mis cosas y que me las trajera, que la tía ya no se iba a encargar más de mí porque está enferma. Me hablaba muy enfadado pero yo no he hecho nada.

—No, no has hecho nada, Carmen. Es cierto que la tía no está bien y que es mejor que a partir de ahora duermas aquí, en casa.

José trató de tranquilizar a Carmen para quien era evidente que algo había pasado y más cuando, después de comer sus primas, se fueron a la escuela sin esperarla. Al salir de la clase se fueron corriendo para que él a

no hiciera el camino de vuelta con el as. Así que José desde aquel día tuvo que retomar su vida y consolar mucho a su hija, que estaba tremendamente triste por los desaires de sus primas. Ambos tuvieron que bregar con la casa y la colada y para que Carmen no estuviera sola en casa a la hora de comer mientras su padre estaba en el campo, se le evaba un bocadillo y se quedaba a comer en la escuela. Así fue como se hizo amiga de Ana, una niña que vivía tres calles más arriba y que también comía bocadillos al mediodía en la escuela porque su madre trabajaba. Así, junto a Ana Carmen consiguió superar la soledad que sintió por la falta de afecto de sus primas y su tía.

En cuanto a los dos cuñados, no volvieron a dirigirse la palabra, pero aun así solucionaron de manera civilizada el asunto del tractor y el remolque. El que primero llegaba se lo llevaba, procurando no perjudicar al otro, de manera que si uno lo cogía primero para arar su campo de olivos, al día siguiente se retrasaba un poco para que el otro lo cogiera para arar el suyo. Aun así estaba el asunto del combustible, de las reparaciones y los repuestos, así que cuando surgió una reparación importante y tuvieron que hablar, se encontraron en casa de los abuelos, de madrugada, a la hora que solían recoger el tractor, sin previo aviso. Fueron escuetos y al grano. Los dos necesitaban el tractor, así que

decidieron que lo usarían por turnos, como venían haciendo solo para sus propias tierras y no para ganar jornales. Para los gastos decidieron poner una mesada que dejarían en una caja de gal etas de lata, en donde habría una libreta y un lápiz para anotar los gastos, y que guardarían en la alacena cuya puerta se cerraba con una llave que tendrían escondida en un doble fondo de uno de los cajones de un pequeño buró que había en el salón. También aquel día se repartieron sacos, capazos, tinajas y decidieron qué parte de la casa usaría cada cual para almacenar sus pertenencias. Como hombres de palabra que eran, los dos cumplieron.

José se quedó con las ganas de preguntar a su cuñado qué era lo que le había contado su mujer de lo que pasó aquel nefasto día, pero ninguno de los dos mencionó el tema.

Aunque a Carmen y a José se les había multiplicado el trabajo desde que su tía no se ocupaba de ellos, lo cierto fue que una vez que se acostumbraron, no resultó tan pesado como lo fue al principio.

Cuando terminó el curso, Carmen no se matriculó de nuevo sino que comenzó a trabajar con su padre en el campo, así que le ayudaba en la

recolección de la almendra, las olivas y la poda de árboles. La ayuda de Carmen redundó en que él terminara las tareas en menos días, por lo que podía echar más jornales trabajando para otros. Lo que José hacía solo era arar, abonar y utilizar los pesticidas.

Al siguiente año José vendió sus navelinas al mismo tratante de Gandía, pero esta vez, además, acordó que la recolección la haría él con su hija, con lo que ganaron un buen dinero extra.

Poco a poco Carmen fue acompañando a su padre también cuando trabajaba para otros. De esta forma aprendió un oficio más propio de hombres que de mujeres. Los sábados los dedicaba para la casa y los domingos salía con Ana y otras chicas. Fue uno de esos domingos cuando, recién cumplidos los dieciséis años, conoció a Curro. Él era lo mejor que le había pasado en la vida. Se enamoraron desde el principio con un amor limpio que les infundía vida y energía. Llenaban todo por donde pasaban de risa y alegría, pero las despedidas, cuando Curro tenía que marcharse, eran dolorosas, por eso supieron que su amor sería inquebrantable y para siempre.

Capítulo VII

Una vez descubierto en la discoteca por las chicas, en vez de marcharse, Curro se había sentado en un sofá en un rincón más oscuro, al lado de una pareja que no dejó de besarse ni manosearse aunque él estuviera al í. De hecho, Curro pensó que ni lo habían visto y él también se olvidó de ellos a los pocos minutos de estar al í, pues su mente viajó al pasado, abriéndose paso por todos los velos de olvido en que había querido enterrar aquel episodio de su vida.

Pero ahora Carmen estaba al í. Viva. Y venía para quedarse, al menos una larga temporada. Conociendo a Luisa sabía que no le iba a mentir y que más pronto que tarde le explicaría que ella estaba casada con el que fue su novio, el que la dejó preñada y cuya madre la instó para que abortara.

Había que joderse, ¿cómo podía la vida vapulearlos así? ¿Qué demonios hacía una chica de campo comprando terrenos por una mil onada y conduciendo ese coche? Y de entre todos los municipios de la comunidad ¿por qué había elegido a Alcira para volver a Valencia? Y de

todas las inmobiliarias de Alcira ¿por qué tenían que ser ellos quienes tuvieran esos malditos terrenos a la venta? Y lo que era más importante, ¿cómo iban a reaccionar cuando se encontraran? Porque de eso ya se encargaría Luisa; estaba seguro de que escarbaría los cimientos de aquella relación hasta dejarla al descubierto. El a siempre decía que lo que ves clarito y de frente lo puedes gestionar, pero que si el enemigo está escondido nunca sabes por dónde te vendrá el palo. «¡Malditas mujeres! Siempre queriendo lavar los trapos sucios. .» —pensaba—. Los hombres haríamos como si eso no hubiese pasado nunca y seguiríamos hacia delante».

De entre todas las preguntas y reflexiones que aquel día atormentaron a Curro, había una que no se atrevía a formularse: ¿la amaba todavía? Y no lo hacía porque la respuesta era muy evidente: sí, siempre la había

amado. Había sido su primera novia y su primera relación. Cuando la conoció le impresionó su físico: era alta, esbelta, con una espesa y oscura mata de pelo rizado y unos ojos castaños enmarañados de verde que licuaban a quien miraba. Su comportamiento era diferente al

comportamiento de otras chicas de su edad, interesadas sólo en seducir a los chicos con risitas cursis y haciéndose las ofendidas mientras contaban a estos las traiciones de sus mejores amigas, o presumían de estar a la última en cine o en música. El a, en cambio, no parecía estar muy al día en esas cosas y se retiraba pronto porque al día siguiente tenía que madrugar.

A Curro le fascinaba y cada tarde merodeaba por su calle hasta que él salía a hablar unos minutos con él. Un día le dijo que el día siguiente lo tenía libre y que podían pasarlo juntos, pero ella estaba en plena recolección de la naranja, así que lo invitó a que los acompañara. Desde entonces los acompañó muchas veces, viéndola vestida como un muchacho y con gorra de visera para protegerse los ojos del sol, pasando frío en invierno entre los naranjos y sudando en verano entre albaricoqueros y melocotoneros; cargando y descargando cajones, podando ramas, haciendo injertos y hablando de previsiones económicas y de arobas, como lo hacía su padre. Era fuerte, lozana, natural y salvaje, por eso cuando unos años después ella se dejó poseer, Curro sintió que poseía el mundo. No necesitaba nada más, lo tenía todo.

Y todo eso Luisa lo sabía. Era algo que los dos tuvieron claro cuando decidieron casarse, aunque nunca se les pasó por la cabeza que Carmen

podiera aparecer por sus vidas como por arte de magia, como lo había hecho.

¡Mierda!, las chicas comenzaban a moverse para abandonar la sala y él aún estaba allí haciendo el gilipollas. Se acurrucó un poco más en su asiento tratando de que no lo descubrieran. Las chicas pasaron a unos seis metros de él en fila india, sin verlo, pendientes de dónde ponían los pies y dejando a los maromos que habían tonteado con él en la pista con un par de narices. Esperó unos minutos y se dispuso a dejar el local. Cuando llegó a la puerta de salida, ¡mierda!, casi la caga de nuevo: las chicas estaban en la acera dándole al palique, todas en corro, todas menos dos, como comprobó al espiarlas a través del cristal de una puerta secundaria, bajo la mirada atenta de la chica del guardarropa que no le quitaba ojo de encima extrañada por el frenazo que había dado cuando intentaba salir.

Estaba claro: las dos que faltaban eran Luisa y Carmen. ¿Podría tener peor suerte? Ahora Luisa llegaría antes que él a casa y ¿qué le diría? Las chicas comenzaban a dispersarse; cada grupo hacia su coche. «Ale, ale, chicas», las animaba mentalmente Curro mientras hacía un ademán con la

mano derecha como empujando un par de veces, atrincherado detrás del cristal. La chica del guardarropa estiraba el cuello para ver desde su posición qué había en la calle y que hacía que aquel tío se comportara de una manera tan extraña.

Cuando por fin pudo salir le dedicó una sonrisa a la señorita del guardarropa, que observó cómo se paraba en la puerta, miraba a derecha e izquierda y luego echaba a correr. Después volvió a limarse las largas uñas pensando que cada vez la gente era más rara.

Mientras Curro corría en busca de su coche se le ocurrió que algunas de las chicas podría tener el suyo aparcado cerca y que si les daba por detenerse por allí a darle al palique de nuevo, lo podrían ver. Pero no fue así, por lo menos él no las había visto. Arrancó el coche y condujo a toda paleta hacia su casa con la esperanza de llegar antes que Luisa, quien había acompañado a Carmen al hotel.

Durante el trayecto habían repasado anécdotas divertidas de la noche, pero al despedirse, Carmen desde la acera introdujo el brazo dentro del coche para darle la mano a Luisa mientras le decía:

—Ha sido una noche muy divertida. Cuando llegue a Madrid te mandaré el aval. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió a su vez Luisa y ninguna de las dos

tuvo claro si eran amigas o eran clientes.

Al llegar a casa Luisa aparcó el coche al lado del de su esposo y se dio cuenta de que el coche tenía el capó caliente, señal de que terminaba de llegar. Lo encontró metido en la cama leyendo un libro, como si llevara horas en ese menester, y mientras se quitaba la ropa y se ponía el camión, comentaron sobre la cena. Cuando finalmente se metió en la cama, él la atrajo para sí y la besó en la frente.

—Entonces ¿qué?, ¿estás cansada? —preguntó con intención.

—Menos que otras veces —respondió mientras se abrazaba a él.

—Puaf. . Hueles a tabaco. —Y la besaba en el cuello.

—Tú también. —Y deslizaba su mano por dentro del pijama.

Carmen dejó el hotel sobre las once de la mañana. Era una radiante mañana que presagiaba la inminente primavera. En los últimos años había

hecho varias veces el mismo trayecto de idas y venidas de Madrid, pero por algún motivo esta vez se sintió nostálgica. De pronto reparó en el mes que estaba. Por eso se sentía así; en pocos días haría treinta años que había salido de Valencia huyendo para salvar a su hijo, puesto que Rafael

cumpliría los treinta años en noviembre. Treinta años ya desde que el a hiciera por primera vez ese trayecto, aunque, claro, no era ni la misma carretera ni la misma circunstancia. Había l ovido mucho desde entonces, y aunque algunas cosas estaban emborronadas en su mente, otras por más que lo intentaba no podía borrarlas de su cabeza.

Capítulo VIII

La primera vez que legó, sola y sin conocer a nadie, Madrid era enorme con aquel as avenidas y edificios magníficos, y el a, tan poca cosa y en tan mal estado que se sintió intimidada. Las lágrimas pugnaban una y otra vez deseosas de deslizarse por sus mejil as, pero el a no lo consintió, de manera que los ojos la abrasaban y la garganta, dura como el acero, era incapaz de servirle para respirar.

Aparcó el vehículo, buscó un kiosco y compró una guía y un par de periódicos al tiempo que preguntó a la persona que la atendió dónde

podría encontrar un sitio para dormir que fuera económico. El quiosquero le indicó que lo mejor sería un hosal de carretera, a las afueras de Madrid, de lo contrario tendría que buscar por el centro. Sintió un poco de temor ante la perspectiva de pasar la noche sola; era su primera noche sola y sin nadie conocido en aquella ciudad a quien acudir, así que optó por buscar algo por el centro.

Buscó en la guía un lugar de referencia y se dirigió hacia allí. Aparcó nuevamente en un sitio conveniente, metió en una bolsa una muda de ropa, una toalla, algo de comida y agua, los dos periódicos y un poco de dinero; el resto lo escondió en pequeñas cantidades en diferentes sitios del vehículo. Cerró bien las puertas y anotó la calle y el número donde había aparcado en la esquina de uno de los periódicos. Comenzó a andar buscando dónde pasar la noche. Encontró algo que en un principio no le pareció muy limpio, pero tenía necesidad de tenderse sobre una cama, pues comenzaba a tener dolor en las costillas y en las piernas a causa de conducir tantas horas. Era una pequeña habitación, en la segunda planta de un edificio para huéspedes. Había cuatro habitaciones por planta al menos. Carmen se alojó en la segunda. Un solo baño era compartido para las cuatro habitaciones, alicatado de pequeñas baldosas blancas hasta un metro veinte de altura desde el suelo. La pila, el inodoro y el plato de

ducha se distribuían en el apenas metro y medio cuadrado que habían

destinado a tal menester y una pequeña ventana de veinte por treinta de madera pintada de blanco y que estaba a más de dos metros de altura servía de ventilación. Pero estaba más limpio de lo que cabría esperar y él a necesitaba vaciar la vejiga con urgencia, pues hacía unas horas que un molesto dolor se le había alojado en el bajo vientre.

La habitación apenas era de dos por dos y como únicos muebles, una pequeña cama de ochenta centímetros, de metal pintado de marrón, con una mesita de noche de un solo cajón y una butaca tapizada de terciopelo rojo. Los techos, igual que en el baño, eran de tres metros.

Dejó la bolsa sobre la butaca y se tiró en la cama bocabajo. El somier crujió bajo su peso y un desagradable olor que no supo definir se desprendió de la colcha y se le introdujo por la nariz; se vio obligada a volverse boca arriba. El alto techo la hizo sentir aún más sola y lloró, lloró hasta que no quedaron más lágrimas o hasta que no pudo soportar el dolor de cabeza.

Media hora más tarde el ruido del agua de la ducha hizo que se

despejaron sus absurdos pensamientos. Cuando dejó de oír el agua correr esperó unos minutos para darle tiempo al usuario. Tomó la toalla y unas bragas limpias y se dirigió al baño. Intentó abrir pero no pudo; una voz de varón desde dentro gritó «ocupado». Se volvió a su habitación casi de puntillas y cuando oyó salir al que estaba dentro del baño entró él a.

El usuario anterior no había dejado la estancia en muy buen estado, pero cuando se miró la cara en el pequeño espejo vio que tampoco él estaba en muy buen estado: tenía la cara completamente deformada por el llanto. Sin más remilgos se duchó, se secó dentro del plato de la ducha y desde allí saltó a las zapatillas para no pisar con los pies toda aquella agua que se había desparramado. Lavó sus bragas y calcetines en la pila lavamanos, las escurrió bien y después las retorció con la toalla para quitarles más agua. Volvió a su habitación y colgó la ropa y la toalla a los pies de la cama para que se secara. Comió algo de lo que había traído de su casa y, sentada en la cama, comenzó a ver los anuncios de trabajo en los periódicos. Seleccionó uno, el que le pareció más acorde con su nuevo estado.

Al día siguiente, viernes, 28 de marzo, encontró la dirección que buscaba. Era una hermosísima finca antigua de cinco plantas situada en la calle Mayor. La impresionante fachada del edificio la cohibió un poco. El

portal estaba abierto dando paso a una hermosa estancia circular; el suelo, de mármol negro y de blanco las paredes. Dos grandes puertas de

precioso cristal con ramajes y pájaros dorados grabados daban paso a suntuosas y amplias escalinatas de mármol blanco y también circulares situadas a derecha e izquierda del mostrador del portero, quien le preguntó adónde iba. El a dio el nombre de la persona que la había atendido al teléfono y el portero, sin dejar de mirarla, marcó un número de teléfono interno y la anunció. Colgó a los pocos segundos y le dijo «puerta uno» indicándole una de las escaleras mientras salía de detrás del mostrador para sostenerle la puerta del ascensor, pero el a ya se dirigía a las escaleras mientras musitaba un «gracias».

Él la siguió con la vista hasta que se perdió por el primer recodo de la escalera. Pocas veces había visto una criatura tan preciosa. Sus largas piernas subían las escaleras con zancadas armoniosas. Nunca había visto unos ojos como aquel os de un castaño claro salpicados como de arena verde, profundos como aguas marinas. Le hubiese gustado asomarse a el os, pero la chica los había escondido, mirando hacia cualquier parte

menos a él, ni siquiera mientras hacía la llamada ni después, cuando se volvió hacia él para darle las gracias, ya que entonces había pestañeado evitando así mirarlo de frente. Pero estaba seguro de que se volverían a ver.

La señora que la entrevistó tenía cincuenta y tantos años. Tanto el a como su hermano menor tenían sus respectivas familias, amén de sus trabajos, y no podían ocuparse de su madre como las circunstancias lo requerían. El a tendría que ocuparse sobre todo de que la señora estuviese aseada, bien atendida en todos los sentidos y de que comiera apropiadamente. De la limpieza de la casa se encargaba una doncel a que iba diariamente de ocho a dos. En esas horas y después de que la señora estuviese levantada, aseada y desayunada, aprovecharía ella para hacer la compra o cualquier recado que surgiera. El os ya sabían los gastos que podían haber en la casa, pero aun así tenía que guardar todos los *tickets* de compra, pues sin ellos no habría dinero. Además, el os repasaban las listas de la compra, más que nada para asegurarse de que su madre no tomara nada que le pudiera hacer daño. Todas las tardes tendría tres horas libres, pues bien el a o su hermano irían a ver a su madre, y también los sábados. Día sí y día no debía bañar a la señora; los demás días la podía asear con una pequeña palangana que había para tal uso.

Después de toda una retahíla de quehaceres y obligaciones y de asegurarse de que Carmen no tenía que dar cuentas a nadie ni obligaciones familiares, lo cual pareció complacer mucho a aquel a señora,

además de que podía incorporarse al trabajo al día siguiente, pasó a presentarle a la señora que tendría que cuidar.

Era una señora de ochenta y pocos años, con el pelo blanco azulado.

Estaba sentada en una amplia butaca rodeada de cojines y con un mul ido escabel a sus pies oyendo la radio. Miraba a través de una gran cristalera a un terraza de casi unos cien metros con grandes macetones con arbustos.

Carmen nunca pensó que pudiera haber un jardín particular en una finca de pisos en la capital. Lo único que la señora le preguntó cuando se la presentaron fue «¿sabes leer?»; le complació que la respuesta fuese afirmativa. Después le explicaron que la señora veía poco y la televisión le cansaba los ojos, además de no verla con nitidez, así que le encantaba que le leyesen. El itinerario siguió por la cocina, la alacena, un pequeño servicio con plato de ducha que el a compartiría con la doncella, el salón, las habitaciones y la biblioteca donde la habían recibido. En todas estas

estancias le hacían notar los cuadros, las cerámicas, los objetos de decoración de plata y bronce. . Todo estaba debidamente catalogado y el a lo tenía que cuidar con esmero, lo cual la molestó porque parecía una amenaza o que la estuviesen tratando de ladrona. Pensó que quien no se fía no es de fiar, así que la única condición que puso Carmen fue que debía cobrar semanalmente y no mensualmente. Esto pareció contrariar a la señora, que dijo que lo tendría que hablar con su hermano, a lo que Carmen repuso que ella lo tenía que saber ya pues de lo contrario tendría que seguir buscando otro trabajo.

La señora se sintió contrariada y confundida ante la firmeza de aquel a chica, ya que no estaba acostumbrada ni le gustaba que los sirvientes propusieran sus condiciones, aunque había observado que en los últimos tiempos ya nada era igual que cuando ella era pequeña; ahora parecía que los señores estaban al servicio de los criados y no al contrario. Una súbita rabia enrojeció su rostro ante la perspectiva de que Carmen no aceptase el trabajo y el a tuviese que seguir atendiendo a su madre, que cada vez era más exigente e inaguantable aunque la tenía que atender con solicitud puesto que aún era la dueña y señora de todos los negocios. A pesar de que desde la muerte de su padre era su hermano menor quien los regentaba, su madre y sólo su madre era la única dueña. Aquel pequeño

imperio había pasado a manos de su madre como única heredera al fallecer el padre de ésta, y desde entonces ella lo había regentado junto con su esposo, quien tuvo una buena visión de futuro y expandió la diversidad de negocios. Siempre fue el consorte y trabajó por una mesada

nunca llegó a pertenecerle, nada de todo aquello, pues ella, orgullosa y altiva, fue siempre la única dueña y no dudaba en hacerlo saber si alguien alguna vez se le ocurría no tenerlo en cuenta.

Así que con una rabia mal disimulada le dijo que esperara en el recibidor mientras ella trataba de localizar a su hermano por teléfono para consultarle, y desapareció detrás de la oscura puerta de la biblioteca dejando a Carmen hecha un manojo de nervios, deseando para sus adentros que le concedieran el trabajo. Sabía que esa señora no tenía que consultar nada con nadie y que lo único que hacía allí en la biblioteca era tranquilizarse y recobrar la compostura para que su dignidad saliera intacta ante ella, que era la sirvienta. Entonces ¿por qué tenía miedo de que la respuesta fuese no?

Al instante lo supo. Porque entonces ella diría que no le interesaba el

trabajo y se marcharía y tendría que usar de nuevo aquel horrible baño.

Además tenía que comenzar a ganar dinero cuanto antes y devolverle a su padre lo que había sustraído del doble fondo del cajón de la cocina, pues aunque allí estaban también los beneficios de su trabajo, ella tenía la sensación de haber robado a su propio padre. Nuevamente las lágrimas acudían a sus ojos y le producían quemazón, pero respiró hondo y las hizo retroceder al tiempo que la señora salía de la biblioteca sonriendo, como si al final se hubiese salido con la suya.

—Bien, no ha sido fácil, pues el señor no quería que rompiéramos la tradición de pagar a todos a fin de mes, además de que es un trastorno para llevar las cuentas. Pero le he dicho que le has caído muy bien a la mamá porque sabes leer, que eres muy dispuesta y que pareces muy limpia. Espero que ahora no me falles —dijo esto último con dureza y arrastrando las palabras, dándole a entender que ahora estaba en deuda con ella. Le tocó en el brazo conduciéndola nuevamente al salón y le pidió que se quedara un rato con la señora mientras ella hacía la compra. Así se irían conociendo.

Dos horas y media después, cuando regresó, la señora preguntó a la anciana:

—¿Has estado bien, mamá?

—Conoce las palabras pero no sabe leer —dijo molesta y con acritud.

Aquel a señora, que parecía conocer de memoria aquel maldito libro, cada punto, cada coma, cada interrogación y cada exclamación, la había corregido.

—Ahí habrá un punto y tienes que parar. Eso es una exclamación y tienes que darle viveza a tu voz. Eso es una interrogación... Si no lo lees

como pregunta pierde el sentido. Tu voz, niña, tu voz. . Si lees una frase de amor con monotonía pierde el sentido y si lees una frase de odio con apatía ¿qué fuerza tiene?

Había aprendido a leer más en dos horas que en todos los años de colegio, pero el menosprecio con el que hablaba aquella señora la había humillado y despertaba en ella un sentimiento de rencor hacia aquellas personas que por tener más educación se creían mejores. Se sentía cansada y tenía ganas de llorar.

—Ya aprenderá, mamá, es pronto.

Carmen se despidió con la excusa de preparar las cosas para el día siguiente.

Dos meses hacía ya que estaba interna en aquella casa. Se le hizo duro coger la rutina, se le hicieron duras las muchas horas de trabajo y mucho más duro se le hizo tener que tratar a aquella mujer de más de ochenta años como si fuese un bebé: preparándole el baño, lavándola, espolvoreándola con talco, untándola con aceites, vistiéndola, peinándola. . mientras ella protestaba porque le hacía daño, aunque apenas la tocaba, protestaba por todo: porque las cosas estaban demasiado frías o demasiado calientes, demasiado fuerte o demasiado despacio, muy cerca o muy lejos. . Y todo esto se le hizo duro porque

comenzaba a engordar, aunque nadie lo notara, y porque aquella horrible mujer se dejaba caer con todo su peso sin poner nada de su parte para entrar o salir del baño, aunque no hubiera nada que la impidiera sostenerse sobre sus piernas. A ella, según avanzaba el embarazo, parecía que le abandonaban las fuerzas. Además, no había dejado de sentir el dolor del bajo vientre y las arcadas de angustia. Lo más duro de todo era estar veinticuatro horas al día en aquella casa que, por muy bonita que fuera y por muchas macetas que tuviera en aquella terraza, no tenía nada que ver con estar todo el día por el campo, como ella estaba acostumbrada, hablando con su padre de igual a igual, y por las tardes salir un rato con Curro.

Cuando sus pensamientos la llevaban hasta ese punto, se autodisciplinaba, no se permitía pensar en Curro para nada, ni bueno ni malo. Para ella había dejado de existir y el pasado no quería rememorarlo. Dolía que las personas que más querías te traicionaran y cada vez que lo

pensaba los ojos se le llenaban de lágrimas; ella cada vez les impedía aflorar.

Las tres horas que tenía libres por las tardes sólo servían para acrecentar su soledad. No conocía a nadie, no hablaba con nadie. Algunas tardes arrancaba la furgoneta y daba un par de vueltas con ella para comprobar que seguía estando bien y para que los vecinos de la zona no la viesen aparcada siempre en el mismo sitio. El dinero seguía escondido allí, al igual que el que cobraba semanalmente y que no gastaba, a excepción de alguna revista que se compraba para leer por las noches y de algún periódico para buscar otro trabajo, aunque sabía que no era fácil encontrar uno estando en avanzado estado de gestación. Además, pensaba que aquí al menos disponía de una habitación decente y un baño que sólo compartía con la doncella. Pero por otro lado pensaba que no podría esconder durante mucho tiempo su estado y además tendría que buscarse un sitio donde vivir para cuando naciera el bebé. Nuevamente las lágrimas acudían a sus ojos.

Carmen pasaba horas y horas en un estado de profunda tristeza y con un cansancio perenne, desconocido por ella hasta entonces. Por eso aquel día, cuando el hijo de la señora vino a estar con su madre las tres horas que a ella le correspondían libres, optó por quedarse en su habitación. Se quitó el delantal, la bata a rayitas azules y el sujetador y se puso una camiseta de algodón. A pesar de que era mediados de mayo y el tiempo

era mucho mejor, en aquella casa seguía la calefacción funcionando a todas horas del día, así que abrió unos minutos la ventana para refrescar la habitación. Se tumbó sobre la cama y hojeó la revista. Oyó unos pasos en el pasillo; pensó que seguramente el señor iría a buscar algo al trastero, que estaba al final del pasillo, a unos cuatro metros de su habitación.

Cuando abrió la habitación, allí estaba Carmen abandonada sobre la cama, con sus larguísimas piernas cruzadas la una sobre la otra. Vestía una braguita blanca al igual que la camiseta, que no llegaba ni a cubrirle las ingles, y sostenía una revista en la mano. Tirados sobre la silla estaban el delantal, la bata y un sujetador también blanco. La habitación olía a fresca, a carne fresca y él se sintió depredador.

Carmen se sobresaltó al verlo en su puerta. Era un hombre grande y fuerte, de unos cincuenta años, según creía haber escuchado decir a la señora, con el pelo lacio y grasiento de un color indescriptible: entre amarillo, blanco y negro. Vestía siempre buenos trajes, pero el cuello de su camisa siempre estaba grasiento. A ella le producía cierta desazón la

presencia de aquel hombre cuyos ojos febriles tenían una mirada

persistente hasta la insolencia.

De un salto se puso de pie notando el frío del suelo en las plantas de los pies.

—¿Sucede algo, señor? —le preguntó tratando de que no le temblara la voz.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era firme y autoritaria.

Cerró la puerta de la habitación tras él.

—Ésta es mi habitación y estoy en mis horas libres.

A él le molestó aquella respuesta que parecía marcar límites, pero a las chicas de pueblo se les tenía que enseñar todo, no sólo a leer.

—Eso ya lo sé, pero si decides hacer algo más en tus horas libres te puedes ganar un buen dinero extra. —Su voz seguía siendo autoritaria pero ahora melosa.

Carmen sentía que su sangre se había vuelto loca corriendo apresurada por sus venas y su respiración se hizo dificultosa, pero aun así su voz sonó firme y despreocupada.

—No, gracias, necesito el descanso.

Él pareció impacientarse.

—No te llevará mucho tiempo lo que tienes que hacer. Así podrás ganar más dinero y aún podrás descansar.

Había avanzado un paso hacia ella sin dejar de mirarla. El a se sentía aterrada. Avanzó hacia la puerta muy cerca de él temiendo que la cogiese antes de que el a abriera la puerta, pero era un movimiento imprevisto que él no había calculado y no tuvo tiempo de reaccionar. El a había abierto la puerta, pero no se había escondido detrás de el a de manera que de un manotazo la pudiera volver a cerrar, sino que se había colocado en el mismo paso de la puerta, donde si él hacia algún movimiento extraño el a podía huir. Se estiraba para decir:

—Si hay alguna modificación en cuanto a trabajo o dinero me lo tendrá que decir la señora, que es quién me contrató, así que salga de mi habitación. —E hizo un ademán con la mano para indicarle que saliera.

Él se paró frente a el a en la puerta.

—Ésta es mi casa. —El tono de voz del hombre era nuevamente amenazador, sonaba a advertencia.

Estaban muy cerca, tanto que Carmen sintió su aliento mientras le hablaba. Le miró a los ojos con tal dureza que despertó la rabia del hombre, que la oía decir:

—Pero ésta es mi habitación, forma parte del salario por mis servicios en esta casa. Así que fuera. —Esta vez le hizo el gesto para apremiarlo a salir con la cabeza, pues estaban demasiado cerca para mover las manos sin tocarlo.

Él imaginó por unos momentos cómo descargaba un fuerte golpe sobre el rostro de la chica, desestabilizándola y tirándola sobre el suelo y cómo los ojos de ella se llenaban de temor. Eso era lo que más le excitaba: verlas desvalidas, temerosas, suplicantes, acurrucadas y abandonadas en sus manos. Pero por lo visto si ahora intentaba algo así esa chica se defendería como una rata acorralada y el jaleo alertaría a su madre, quien lo que perdía de vista parecía ganar en oído, así que lo dejó para mejor ocasión.

—Ya se te bajarán los humos. —Fue la despedida del hombre en forma de amenaza mientras se marchaba.

Ella cerró la puerta y se apoyó sobre ella. Sentía que la cabeza le iba a estallar y el corazón brincaba fuerte dentro de su pecho, como dando cabezazos a una pared. Se sintió débil, muy débil. Tenía ganas de llorar, pero no podía. ¿Qué pasaría si ese hombre volvía? Al fin y al cabo era su casa, tenía llaves y podría ir cuando quisiera, incluso cuando la señora estuviese dormida en la cama. Estaba aterrada.

Se puso el sujetador, unos tejanos y una cazadora sobre la misma camiseta que llevaba. Entró en el salón, donde el señor la miró desconcertado a la expectativa de lo que dijese. Ella, dirigiéndose a la señora, le dijo que salía a dar una vuelta y que regresaría antes de que el señor tuviese que marcharse. Y salió a toda prisa de la casa. Se dirigió directamente a buscar una ferretería, compró un pestillo y un destornillador y después se dirigió al kiosco. Compró otro periódico y paseó un rato hasta conseguir que la respiración se le normalizara.

Cuando llegó a la casa se puso nuevamente el uniforme y bajó donde la señora. A los pocos minutos el señor se despidió de su madre y se marchó sin dirigirle una mirada.

Después de acostar a la señora, Carmen instaló el pestillo en la puerta. Le costó más de lo que pensaba, pues aquella puerta era de una madera muy dura. Dejó el destornillador en el cajón de la mesita, pero ni siquiera

así podía tranquilizarse y dormirse. Fue por eso que sobre las dos y media de la madrugada oyó cómo se abría la puerta de la casa.

Cuando se despidió de su madre el señor no regresó a su casa. Cenó

en un restaurante con un amigo y después charlaron en un lugar de copas.

De vez en cuando, como ráfagas que se cruzaban por su mente, veía a Carmen con aquel a altiveza suya ordenándole salir de la habitación y cómo él la abofeteaba hasta que su mirada era una súplica y se abandonaba a él. Su amigo le advirtió que estaba bebiendo demasiado, que de vez en cuando se quedaba en blanco. Él se disculpó diciendo que tenía un problema entre manos que debía solucionar y no podía quitárselo de la cabeza.

—Pues cuanto antes lo soluciones antes volverás a la normalidad. —

Fue el consejo de su amigo.

Así que cuando se despidieron dio un par de vueltas en el coche sin rumbo fijo pensando en el a. Era evidente que estaba acostumbrada a bregar con hombres, si no ¿de qué lo habría tratado con tanto desparpajo?

Aparcó cerca de la casa de su madre, se dirigió hacia allí andando, abrió el portal y subió a pie. Trató de hacer el mínimo ruido mientras abría la puerta para no alertar a las durmientes; sabía que su madre tenía un sueño pesado por la medicación que tomaba, pero nunca podía saberse. En cuanto a la chica, era mejor tomarla desapercibida. Se deslizó en la casa con cautela y encendió una luz que era imposible que llegara a

la habitación de su madre. De todas formas, pensó, si se despertaba, algo habría que decirle y era más lógico que el dueño de la casa encendiera la luz que no que fuese a oscuras. Sus caros zapatos de piel apenas se oían por el pasillo, pero Carmen ya sabía de su presencia y estaba arrimada a la pared detrás de la puerta con la luz apagada y empuñando el destornillador con la mano derecha. Nuevamente su sangre corría acelerada, de tal manera que en el silencio de la noche él era capaz de oírla en su carrera, al igual que el *toc, toc, toc, toc* de su corazón dándose

trompazos contra su pecho. Él apoyó la mano en la manivela de la puerta y trató de empujarla con suavidad para evitar en lo posible ruidos; no despertarla era fundamental. La puerta no se abrió. Giró completamente la manivela para asegurarse de que abría correctamente y empujó de nuevo. Nada. Zarandó la puerta dándose cuenta de que la muchacha había colocado un pestillo en su habitación. En aquella casa nunca habían habido pestillos interiores, ni siquiera en los baños; su madre tenía un

miedo enfermizo a que alguno de sus hijos se quedara encerrado en uno de ellos cuando eran pequeños, así que en aquella casa nunca hubo

pestil os, nunca hasta aquel día en que la muchacha previó lo que podía pasar.

Apoyó la cabeza en la puerta y susurró sabiendo ahora que ella le estaba esperando:

—Zorraaa... —Dio media vuelta, apagó la luz y salió de la casa.

Se dio cuenta de que no estaba ofendido, sino complacido. De una forma desconocida hasta entonces él que la muchacha estuviera a la defensiva y previera algo que él ni había pensado lo introducía en un juego que le complacía, un juego donde él era el depredador y ella la presa, una presa inteligente y huidiza. Llegó a su casa, se metió en la cama y despertó a su mujer para que lo complaciera.

Carmen se quedó quieta detrás de la puerta. Escuchó cómo se cerraba la puerta de la casa, pero no se fió; pensó que era una treta y que aún continuaba en la casa. Temblaba de miedo, los dientes le castañeaban y su corazón no paraba. Deseó clavarse aquel destornilador en el pecho para que parase ya, pero en aquel momento algo dio un salto en su barriga.

—Dios mío, mi hijo. . Mi hijo está conmigo, mi hijo me protege. —Y rompió a llorar.

El llanto la zarandeaba como si alguien que la tuviera cogida por los hombros la sacudiera, pero fue un llanto que le hizo bien, pues le ayudó a

desahogarse del miedo que sentía y a darse cuenta de que una profunda tristeza se estaba adueñando de él a hasta el punto de dejarla agotada y sin ilusión.

Se tumbó en la cama y se acarició la barriga. Le habló a su hijo y le prometió que siempre lo cuidaría por eso. Él no tenía que sentir miedo, él a siempre lo cuidaría. Poco a poco se durmió.

Al día siguiente todo lo sucedido le parecía una mala pesadilla y aunque la doncella era una mujer de pocas palabras, Carmen intentó sonsacarle algo. Después de un tiempo de hablar de esto y de aquello le preguntó:

—Y. . ¿qué opinas del señor?

Ni siquiera la miró cuando le hizo la pregunta, pero aun así se dio cuenta de que él a interrumpía un momento sus quehaceres para luego aplicarse con más afán a los, bajando la cabeza y sin mirarla, mientras le respondía con otra pregunta:

—¿Qué te hace pensar que tengo alguna opinión sobre el señor?

—Pues, mujer, ya llevas mucho tiempo en la casa y has debido de

tener alguna relación con él.

Ahora la mujer sí que la miraba de frente.

—¿A qué te refieres?

—No sé —titubeó Carmen—. Tal vez en un momento determinado te ha pedido que hagas un trabajo especial o algún favor. —Se daba cuenta de que cada vez lo estaba liando más—. No sé. . Llevas aquí mucho tiempo.

—Si llevo aquí mucho tiempo es porque hago lo que tengo que hacer y no me paro en chácharas, así que no me entretengas más.

La doncella volvió a bajar la cabeza y a moverse mas rápido, como dando a entender que no tenía tiempo para charlas. El que hubiese reaccionado tan a la defensiva y se hubiese puesto tan nerviosa le hizo pensar a Carmen que también el a era o había sido acosada por el señor.

Tenía que marcharse cuanto antes de aquel a casa en la que se sentía prisionera y en la que cada día, poco a poco, iba perdiendo parte de su alegría y de sus fuerzas. Pero en los periódicos no encontraba ningún otro trabajo al que pudiera acceder y pronto sería demasiado evidente su preñez, con lo que cada vez sería menos probable encontrar otro. Como tampoco podría quedarse mucho tiempo en la casa, decidió ver un pequeño apartamento cuyo alquiler anunciaba el periódico. Cuando

tuviera un sitio para vivir, desde ahí buscaría trabajo.

Después de que se hubo ido la asistenta y de servirle la comida a la señora, salieron a la terraza, donde le leyó un rato, pero se excusó un momento para ir al servicio y aprovechó el que la señora no la pudiese oír para llamar y concertar cita para ver el apartamento.

Aquel día tarde, cuando llegó la hija de la señora, después de decirle cómo comía y cómo se encontraba la señora, se cambió de ropa y salió.

Tenía tres horas por delante y se sentía ilusionada por ver el apartamento.

Era una bonita tarde de mediados de mayo; el día era más largo y le hizo bien sentir el aire fresco en el rostro. Comenzó a andar despreocupada hacia la parada del autobús. Unos minutos después y sin ninguna razón aparente comenzó a sentirse inquieta. La sangre y el corazón se le aceleraban de nuevo. Redujo el paso, pues se dio cuenta de que andaba demasiado deprisa, pero en ese momento pasó por su lado el autobús que tenía que coger y corrió detrás de él llegando justo a tiempo. Cuando

estaba subiendo los dos escalones que la introducían en el autobús, le pareció ver detrás de éste el gran Mercedes negro del señor, y aunque le

quitó importancia, puesto que no tenía ningún sentido, no pudo evitar que nuevamente la sangre y el corazón se desbocaran. Sólo intuir su presencia le desajustaba los nervios y le hacía sentir temerosa. Después de pagar con mano temblorosa, anduvo hasta el final del vehículo tratando de que el conductor del vehículo que circulaba detrás del autobús no se diera cuenta de que lo miraba y . . . sí, era él. ¿Qué demonios hacía circulando detrás del autobús que ella había tomado? Trató de calmarse; tenía que ser una coincidencia. Se mantuvo de pie mirando al frente, esperando a que el coche los adelantara. Su cuerpo oscilaba adelante y atrás, a derecha o izquierda, conforme los movimientos del autobús. Comenzó a sentir angustia y un súbito calor hizo que la frente y las manos se le humedecieran.

Llegaron a la siguiente parada y no había visto que el señor les adelantara. Trató de nuevo de ver sin ser vista: el coche aún seguía al í. No sabía qué hacer. Faltaban tres paradas para llegar a su destino y no quería que ese horrible hombre supiese adónde se dirigía. *Toc, toc, toc, toc...* Le latía el corazón fuertemente.

Bajó en la siguiente parada, a pesar de que aún faltaban dos para llegar a su destino, y se sentó en el banco. Él al verlo en un rápido movimiento adelantó al autobús antes de que éste se pusiera nuevamente en marcha.

Pero ella no pudo respirar tranquila, puesto que el señor se detuvo unos diez metros más adelante.

Carmen tenía la cabeza inclinada, como si estuviese mirando sus pies, pero por el rabil o del ojo trataba de vigilarlo mientras evaluaba cómo podía actuar. Por nada del mundo quería que la siguiese y supiera lo que iba a hacer y dónde podía encontrarla cuando dejara la casa. Al í estaba él, sin moverse. Ni aparcaba, ni se apeaba. ¡Dios mío!, ¿y si se apeaba y se dirigía hacia el a? No, no quería verle ni hablarle. Hubiese sido mejor no bajar del autobús. Lo mismo todo era una maldita coincidencia y no la seguía, pero estaba asustada recordando que había tratado de entrar en su habitación la noche anterior.

Llegó un nuevo autobús. Se apearon tres o cuatro personas y subieron otras dos. Vio que bajaba del coche y se dirigía hacia ella mirándola. Justo cuando las puertas del autobús iban a cerrarse, de un salto y haciendo un quiebro con los hombros se coló dentro, dejándole a él contrariado a

mitad de camino. Pero enseguida se sonrió; nunca había encontrado una chica así, a la que le gustase jugar al ratón y el gato.

—Miauuu. . —dijo mientras se introducía nuevamente en el coche y seguía al autobús.

Tres paradas habían pasado ya y Carmen no sabía qué hacer, pero en ese momento, justo cuando Carmen estaba a punto de perder los estribos, él no pudo rebasar un semáforo, puesto que otro coche le impedía el paso. Cuando llegó a la siguiente parada el maldito semáforo ya le permitía el paso. Bajó del autobús y corrió por la acera en la misma dirección que el vehículo unos metros hasta que pudo doblar una esquina y se detuvo pegada a la pared esperando que él no la hubiese visto. El coche pasó rápido tratando de alcanzar al autobús. Carmen entonces cruzó las piernas y se dobló llevándose las manos al bajo vientre, tratando de que se le calmara el dolor.

Después de un par de minutos anduvo muy despacio debido al dolor hasta un cabina telefónica. Llamó a la persona con la que había quedado, se disculpó y aplazó la cita para el día siguiente a la misma hora. Sujetándose el vientre todavía paró a un taxi, pues no sabía dónde se encontraba y el dolor no remitía. Le dio la dirección de aquel bonito edificio en donde se sentía prisionera y volvió a casa.

No pudo dormir tranquila aquella noche, despertándose cada dos por tres imaginando que oía cosas.

Con la luz del día todo fue mejor, aunque se daba cuenta de que cada día cobijaba más tristeza. Aquel a tarde pudo llegar a su cita sin contratiempos puesto que el señor estaba con su madre.

El apartamento era deprimente: un rectángulo de diez metros cuadrados, dos por cinco, donde en uno de sus ángulos había una cama de ochenta centímetros con una mesita de noche; a los pies de la cama, un pequeño habitáculo con un plato de ducha protegido por una cortina de plástico y un inodoro, y a continuación metro y medio de bancada seguido de una pequeña pila para el fregue y una pequeña nevera. Encima del banco, un pequeño hornillo de gas cuya bombona naranja se ocultaba debajo y a la vez detrás de una cortinita de tela de tergal a pequeños cuadritos azules y blancos, que ocultaban también el cubo fregasuelos y una pequeña jofaina. Sobre el banco, colgando de la pared, un armario de dos puertas que contenía cuatro platos, cuatro vasos, una cacerola, un cazo, cuatro cucharas —dos grandes y dos pequeñas—, dos

tenedores, dos cuchillos, un cucharón y una espumadera. Aparte de la cama y la mesita de noche, el resto de los muebles que decoraban la

«mansión» eran un pequeño ropero de una puerta y una mesita de cocina de color azul celeste con dos sillitas a juego. Si te plantabas de pie en medio de la habitación con un paso podías acceder a todas las cosas, y si te tenías que desplazar desde la pila del fregadero hasta la mesita de noche, tres pasos. Se veía viejo, pero era evidente que lo habían limpiado y le habían dado una capa de pintura blanca, puesto que todo lucía limpio. Decidió quedárselo; no creía que pudiera encontrar mucho más por siete mil pesetas.

Tenía que pagar dos meses por adelantado y uno como aval. Era miércoles; al día siguiente sería la señora la que iría a quedarse las tres horas con su madre y no saldría por miedo a que el señor la siguiera y supiera dónde iba a vivir, así que convino que el viernes, que sería él quien se quedaría con su madre, volvería para pagar y recoger las llaves. El sábado, cuando la hija de la señora le pagara, se marcharía de allí para siempre.

Capítulo IX

Antes siquiera de guardar la ropa que llevaba en la bolsa, se sentó en la pequeña silla azul celeste y comenzó a orar. Cuando le había hecho saber a la hija de la señora que se iba, ésta había tratado de retenerla, primero diciéndole que le tenía que dar un plazo para buscar a otra persona, y luego amenazándola recordándole que tenía un compromiso que cumplir y que si no lo cumplía se atuviera a las consecuencias. Terminó insultándola.

Había salido de la casa cuando la señora, presa de un ataque de nervios al ver que de nuevo se quedaban sin una cuidadora para su madre, llamaba por teléfono a su hermano para que viniese a solucionar el asunto con aquella desvergonzada, pero «la desvergonzada» salió de la casa corriendo. Por muy cerca que viviera ese hombre de su madre no llegaría antes de que ella se marchara, pensó, así que salió corriendo y no paró hasta que entró en la calle donde tenía aparcada la furgoneta. Entonces comenzó a andar muy despacio; una razón fue por el dolor en el bajo

vientre que ya no la dejaba apenas andar, y la otra, por miedo a que aquel hombre pasara precisamente por allí y la viera en su vehículo, teniendo entonces más posibilidades de controlarla. Así que anduvo muy, muy despacio, sujetándose con la mano la barriga. Cuando llegó a la altura de la furgoneta se apoyó en la pared, miró a derecha e izquierda —aquella calle los sábados por la mañana estaba muy tranquila—, montó en el vehículo, arrancó y se marchó de allí.

Cuando se tranquilizó y el dolor se le hizo soportable, bajó a la calle a recorrer el barrio. Compró agua, pan, leche y fruta, además de otras cosas con que llenar la pequeña nevera y después se centró en el lavavajillas, el detergente y los productos de higiene personal. No olvidó el periódico con la ilusión de que siendo fin de semana habría más anuncios de trabajo a los que pudiera acceder. Aunque en realidad lo que más le apetecía ahora mismo no era un trabajo, sino poder dormir días y días sin que

nadie la molestara. Estaba muy cansada y, sin ningún motivo, aparente recordaba continuamente a su madre, a la que nunca conoció. La echaba de menos imaginando que a su lado estaría segura, tranquila y descansada.

De repente se echaba a llorar hasta que todo su cuerpo se convulsionaba y después se terminaban las lágrimas. Era entonces cuando, agotada de llanto y con un fuerte dolor de cabeza, se dormía.

Aquel primer sábado que pasó en su pequeño apartamento despertó a las cuatro de la tarde. Aún no había comido ni había guardado la compra, pero se sentía bien. Entraba luz por la única pequeña ventana, situada encima de la mesita de noche. Sintió un respingo de frío y pensó que tendría que subir una manta que tenía en la furgoneta, lo cual la hizo evocar la casa de su padre y lo protegida que allí se había sentido hasta que. .

Se obligó a pensar en otra cosa y el frío que había sentido al despertarse la hizo recordar la agradable temperatura que tenían en la horrible casa de la que había escapado unas horas antes. Ese tampoco era un recuerdo fortalecedor, así que sólo le quedaba el recuerdo de Curro, de sus besos, sus caricias, su preciosa sonrisa, de sus palabras de amor que irremediablemente se truncaban. . Y lo oía decir: «No puedo tener un hijo, ahora no». De repente recordaba a su madre, seca, estirada, con la cara y la voz crispada: «¿Qué pasa contigo, chica? Lo único que podemos hacer por ti es correr con la mitad de los gastos de la operación». Y a esta imagen se sobreponía la de su padre, tosco, severo, cruel, como ella no lo

había conocido antes: «Lo que digo es que la mierda de los hijos siempre la limpiamos los padres y así será también esta vez».

Así que Carmen no conseguía consuelo evocando ningún tiempo pasado, pues a los recuerdos gratos se sobreponían los ingratos, como cuando en busca de consuelo trataba de pensar en su niñez, en sus primas y en su tía, y terminaba viendo a su tío diciendo que ya no era bien recibida en aquella casa, a su tía llorando y a sus primas esquivándola. Posiblemente fue entonces, cuando apenas tenía trece años, que anheló ser una mujer fuerte y fértil, que tendría hijos felices a su alrededor. La suya sería una familia grande y su casa, una casa donde todos pudieran tener consuelo. Y Curro. . Él había sido el elegido por ella para tan importante misión, pero, como había demostrado, no estaba preparado para semejante gesta, así que ahora ella sola tenía que ser capaz, no sólo de llevar a cabo su ilusión, sino de escapar de quienes pudieran hacerle

daño a su hijo. Por ese motivo ya no buscó más consuelo en sus recuerdos.

Los días sucesivos buscó y rebuscó en los periódicos algún trabajo,

pero no consiguió nada, así que el martes entró en aquel bar que servían comidas y que tenía un anuncio en la puerta pidiendo personal de cocina. Preguntó por el puesto de trabajo y por el sueldo. El horario era de ocho de la mañana a cuatro de la tarde. Tendría que ayudar en la cocina y después de servir la comida, limpiar tanto la cocina como el comedor, además de los baños. El sueldo le llegaría para pagar el alquiler y demás gastos, teniendo en cuenta que tenía derecho a un café con leche con bol ería por la mañana y a una comida al mediodía cuando ya se hubiesen servido todos los clientes del comedor. No tenía contrato, pero al menos le pagarían semanalmente. Además, no podía permitirse el perder tiempo. Ya no le ajustaba ninguna ropa, por lo que no tardaría en ser muy evidente que estaba preñada y tendría aún más dificultades para encontrar un trabajo, así que aceptó el empleo y al día siguiente comenzó.

En su pueblo consideraba que el trabajo más duro que había era el del campo, porque estabas expuesta a las inclemencias del tiempo y porque se necesitaba mucha fuerza física, pero en cuanto a desgaste físico aquel primer día suyo en aquel bar fue el peor que el a recordaba.

Llegó un poco antes de las ocho y en el bar ya había parroquianos desayunando atendidos por un camarero. En ese momento llegó también el jefe con un «dos cabal os» que aparcó con las dos ruedas izquierdas

encima de la acera en frente del bar. El a lo saludó mientras él abría las dos puertas traseras del vehículo y comenzaba a bajar del coche cajones con verduras y hortalizas, pidiéndole que lo ayudara a llevar el material hasta la cámara frigorífica. Lo que más a mano tenía era una caja de tomates de aproximadamente unos veinte kilos. Cogió la caja por las ranuras en forma de asa, de tal manera que los dorsos de sus manos quedaban enfrentadas. Abrió las piernas, hizo oscilar el cajón entre sus piernas para coger impulso y lo lanzó más al á de la altura de su hombro izquierdo; a la vez soltaba las asas y su mano derecha cogía el cajón por un lateral pasando el brazo por encima de su cabeza y su brazo izquierdo bajaba al tiempo que abría la mano para aguantar el impacto del cajón antes de dar con su hombro. Los tomates ni se movieron. Su jefe pensó «más de un cajón ha cargado ésta» mientras la veía perderse detrás de la puerta de la cocina.

No fue tan fácil enfrentarse a la cámara frigorífica como lo había sido cargar con el cajón. Cuando llegó ante la puerta de acero, soltó el lateral del cajón que llevaba sujeto con la mano derecha equilibrando el peso

sobre la mano izquierda. Con la mano libre manipuló la manivela y la pesada puerta se abrió liberando una fría y repugnante mezcla de olores que le produjo al instante tales náuseas que éstas hicieron que su esternón oscilara de manera violenta haciéndola abrir la boca, mientras se le escapaba de manera audible un sonido de repugnancia que casi le hace perder el equilibrio y derramar los tomates por el suelo. Pero recobró la compostura con prontitud, pues el jefe llegaba detrás de él a igualmente cargado.

El dulce olor de las frutas que se apilaban igual que las verduras, en cajas sobre el suelo de la cámara, se mezclaba con el pesado olor de la sangre de la carne fresca que ocupaba dos estantes a la altura de los ojos.

El estante de debajo de éstos lo ocupaba la charcutería y más abajo se encontraba el pescado. En el lateral opuesto se apilaban cajas de cerveza, refrescos, vinos y cavas, pero esto no despedía ningún olor.

Se apresuró a depositar el cajón en el suelo y salió rápidamente mientras notaba que le volvía la angustia. Para cuando terminó de meter las mercancías, otra mujer había entrado en la cocina, había arrastrado un saco de patatas al lado de una silla y le ordenaba que fuera pelando patatas. Después fueron cebollas; lloró a mares por el escozor que le producían en los ojos. Más tarde, los ajos tiernos y trocó los pimientos

mientras su compañera con una rapidez vertiginosa, movía y removía todo aquello que ella había pelado, cortado, enjuagado y echado sobre las grandes y humeantes sartenes, al tiempo que se producía un gran chisporroteo. Era una actividad frenética. Cuando pasaban unos minutos de las nueve, su compañera salió a la barra dejándola sola por un momento en la cocina; volvió con una humeante taza de café con leche y una ensaimada, y le dijo:

—Si quieres tomarte algo, ahora es el momento, pues enseguida comenzaremos con los almuerzos y no podremos parar. Te lo tienes que preparar tú. —Al tiempo que abría el papelito de un terrón de azúcar y se lo vertía en la taza.

Carmen se dirigió cohibida hacia la barra y le dijo al camarero:

—Quiero un café con leche pero no sé cómo se prepara.

Él la miró con simpatía y le preparó el café con leche solícito, mientras le indicaba que cogiera una ensaimada o lo que quisiera para que fuese sacudiéndose la vergüenza y le ponía dos terrones de azúcar en el plato.

El a le dio las gracias, desenvolvió uno los terrones y lo vertió en el

humeante líquido; el otro terrón lo guardó en el bolsillo del pesado delantal del que la habían provisto.

Para entonces, su compañera ya se había tomado el desayuno. Estaba llenando una sartén de salchichas y otra de morcillas y le indicaba que fuera batiendo huevos para cuajar las tortillas.

Pronto comenzaron a llenarse las mesas de gente que pedía su bocadillo y su bebida con prisas. Ella sacaba los panes de un saco de papel, los abría con un gran cuchillo y se los pasaba a su compañera, que los rellenaba de lo que el camarero le gritaba desde la barra en un frenético ir y venir. Mientras, él y el jefe servían aceitunas, cacahuetes, cervezas, aguas y cafés. A las once ya había amainado el estrés y se podían recoger las migas que se habían formado al abrir los panes, limpiar los chorretones de huevo que irremediablemente se habían derramado, las gotas de grasa. . y todos los restos que se habían desparramado por el suelo y sobre el gran hornillo. Mientras, fuera, en el bar, los dos hombres recogían los restos de las mesas, las limpiaban, barrían el suelo y fregaban los vasos, las tazas y las copas. Ellas estaban otra vez de vuelta con las patatas y las cebollas. También hacían caldo en grandes ollas y cocían macarrones. Aquel día había tres primeros para elegir: cocido, macarrones y hervido. Los segundos eran albóndigas con salsa de tomate, merluza

con guarnición o lomo con patatas fritas. El postre siempre era fruta del tiempo o flan. Sobre la una y media parecía que tenían el trabajo controlado, pero precisamente a esa hora comenzaron a venir unos comensales, nada que no se pudiese atender de un manara relajada, y a las dos comenzó de nuevo el frenético ir y venir de platos y gritos de «oído cocina». A las tres, como por arte de magia, excepto tres personas que tomaban café en la barra, el local estaba vacío y otra vez, de vuelta al friegue de platos grasientos y a la limpieza del gran hornil o para dejarlo en condiciones para el turno que entraría por la tarde noche y se ocuparía de las cenas.

A las cuatro se sentaron las dos mujeres y los dos hombres a comer.

Carmen estaba agotada. Le dolía la espalda y las piernas, y las manos, reseca, le escocían. En cambio sus compañeros no parecían tan afectados. Comieron en veinte minutos mientras comentaban cosas sobre

algunos clientes y le preguntaron a el a qué tal el primer día. El a sonrió mientras respondía:

—Bien, bien, sólo que no sabía que hubiese tanto trabajo.

Todos rieron mientras le decían que aún tenían que guardar el friegue y repasar los aseos, pero que por ser el primer día él podía marcharse ya. Llegó a su pequeñísimo apartamento sobre las cinco, oliendo a grasa y a fritura. Se dejó caer sobre la cama boca arriba y las lágrimas se le escaparon por las comisuras de los ojos corriendo a esconderse entre el pelo de sus sienes. Se durmió. Una hora después se despertó con el olor a fritura que había impregnado todo el pequeño recinto. Se desnudó, puso toda la ropa a remojo en un balde y dejó que el agua de la ducha arrastrara la capa de grasa de fritura que sin duda se había depositado en su piel y su pelo. Cuando salió de la ducha, lavó la ropa que había puesto a remojo y fue entonces cuando se dio cuenta de que no tenía dónde tender, así que colgó la ropa en perchas y éstas en la barra que sostenía la cortina de plástico de la ducha. Pero el agua que chorreaba de la ropa no caía solo dentro del plato de la ducha sino también en el suelo, por lo que tuvo que colgar las perchas en el mando de la ducha hasta que escurrieron toda el agua.

Se vistió, bajó a la calle, buscó un comercio donde comprar un cordel para atarlo de parte a parte de la barra de la cortina de la ducha y poder tender allí. Después de comprarlo siguió paseando por la calle. Había albergado la esperanza de dedicar aquellas horas de la tarde a encontrar

otro trabajo que pudiera alternar con el de las mañanas, pero eran las ocho ¿y qué clase de trabajo podría encontrar a esas horas, a no ser en otro bar para las cenas? No quiso de momento pensar en eso pues estaba cansada y comenzaba a sentir hambre. De regreso al pequeño apartamento se compró algo que leer y a partir de aquel día empleó el tiempo que no dedicó a trabajar en interminables lecturas que se sucedían unas a otras.

Pedía libros prestados en una biblioteca del barrio y en sus paseos por las calles en vez de pensar en las personas que habían formado parte de su vida, hablaba mentalmente con una amiga imaginaria a quien podía contarle toda suerte de ilusiones, frustraciones, deseos y anhelos, una amiga imaginaria como la que inventó cuando tenía cuatro o cinco años y a la que le podía contar todas las cosas sin que se riera de ella. Era una niña un poco mayor que ella, de una hermosura angelical y un pelo larguísimo, liso, del color del oro, muy diferente del suyo, negro y con

bucles. Siempre llevaba el mismo vestido: sencillo pero blanquísimo, y aunque nunca llevaba zapatos, Carmen sabía que era una niña muy rica,

alguien que parecía venida de muy lejos. Al principio esta amiga le hablaba en una lengua extraña que Carmen comprendía pero que era incapaz de repetir. Después comenzó a expresarse en un castellano sencillo pero correctísimo que la hizo asimilar esta lengua con tanta facilidad como su lengua materna, el valenciano. También esta amiga le explicaba las cosas que ella no había comprendido en el colegio con tanto amor y tanta dulzura que, para Carmen, lo que eran simplemente datos los recibía como pompas de luz provenientes de su amiga, pompas que al tocar su cuerpo eclosionaban y la impregnaban del conocimiento que le transmitía.

Pero lo que a ella más le gustaba era cuando volaban. Nunca había conseguido remontarse muy alto, pero sí lo suficiente como para contemplar desde las alturas unos hermosos prados de hierba suave y brillante donde arroyos, flores, árboles, arbustos, junto con hermosos pájaros y demás bellos animalitos, vivían una existencia feliz y sin deterioros. Entonces sin palabras su amiga le explicaba que para ser hermosa y feliz no hacía falta saber muchos datos, sólo darse cuenta de lo que se es y formar parte de tu entorno. Como la hierba sabía que era hierba y lucía verde y brillante, las flores apacibles lucían sus colores, los árboles lucían su majestuosidad, los pájaros con sus acrobacias y sus

trinos aportaban movimiento y música al conjunto. . Todos asumían lo que eran y aportaban lo mejor de ellos sin rivalizar unos con otros porque lo importante era lo que aportabas al conjunto.

Esta amiga imaginaria sólo aparecía cuando ella estaba sola, pero cuando alguien se acercaba desaparecía tan de improviso como había aparecido, de manera que nadie la había visto ni había escuchado su luminosa voz, una voz que el a más que escuchar, veía como exhalaciones de luz que salían por aquel a dulce boca. Hasta tal punto fue consoladora esta amiga en su niñez que, en ocasiones, buscaba la soledad para que el a viniera, pero, según crecía, crecían también sus relaciones sociales y sus amiguitas del cole, de tal forma que esta amiga sólo la visitaba muy esporádicamente, en tiempos de crisis emocional y en sueños. Así poco a poco dejó de comunicarse con el a o ella fue incapaz de conseguir que se comunicara. Dejó de poder ver u oír su voz y cuando en sueños volaba, lo hacía sola, pero no conseguía encontrar el verde val e, sino otros val es cada vez más resecos y agrestes. La altura que conseguía era cada vez

menor, de tal manera que una vez estuvo a punto que chocar contra unos

cables de alta tensión que no podía saber cómo habían aparecido al í, de improviso, interponiéndose en su vuelo. Sólo cuando la colisión era inminente consiguió remontar el vuelo, con suavidad y sin ningún esfuerzo. Cuando despertó, supo que a cada paso que das en la vida el paisaje cambia y que a veces surgen obstáculos como torres de alta tensión, que al final no son tan difíciles de superar. Además, estaba la posibilidad de tomar tierra y pasar por debajo de los cables; la única molestia hubiese sido el zumbido de su energía en los oídos.

Ahora, ya adulta y acercándose al ecuador de su embarazo, volvió a su amiga imaginaria. En su niñez esta amiga había crecido junto con el a, de tal suerte que siempre era un poco mayor y ahora también, sólo que ahora no podía verla físicamente, sólo notaba su presencia. Las primeras veces que recurrió a su amiga imaginaria l oró pensando que se estaba volviendo loca, pero luego pensó que su mente necesitaba asirse a alguien y, ya que de momento no podía recurrir a nadie, ni siquiera a su buena amiga Ana, puesto que sabía que acudiría a consolar a su padre diciéndole dónde encontrarla y poniendo en peligro la vida de su hijo, decidió que bien estaba que se dejase acompañar por su amiga imaginaria. Y de nuevo se abandonó a sus fantasías como cuando era niña.

Cualquiera que hubiese conocido la situación de Carmen y sus idas y

venidas entre realidad y fantasía hubiese notado que estaba entrando en una espiral que se la tragaba más y más, pero nadie sabía mucho de lo que le sucedía, pues el a no contaba nada ni a los compañeros de trabajo. A sus preguntas de «¿dónde vives?» la respuesta era «no muy lejos». Cuando su embarazo fue evidente y alguien preguntó por su marido, ella dijo «estoy soltera» sin añadir otra explicación. Entonces le preguntaron por su novio. «No tengo novio» fue su única respuesta sin dirigirle la mirada a su interlocutor y como si aquel asunto no fuese con el a. Su compañera de cocina, un poco harta de tanta intriga, le preguntó:

—¿Y entonces cómo es que estas preñada?

—Porque quería tener un hijo —le respondió mientras entraba en la cámara aguantando la respiración para que el olor no le produjera angustia, depositando en un estante una pieza de queso.

—Vete a freír espárragos —repuso su compañera mientras enjuagaba bajo un potente chorro de agua la verdura, contrariada por que sus intentos de acercamiento falaban cada vez que intentaba saber algo de su vida personal.

En los demás aspectos estaban todos encantados con ella: era trabajadora, voluntariosa, educada y obediente; nunca le habían oído una mala palabra, ni había perdido nunca la compostura. El dueño del bar estaba cada vez más preocupado y alguna vez había comentado con el resto de empleados que muy necesitados tenían que estar en casa de Carmen para hacerla trabajar en aquel estado. Carmen por su parte vivía una vida de completa austeridad: el sueldo que ganaba en el bar era pequeño pero con él pagaba el alquiler, la luz y el gas; como desayunaba y comía en el trabajo y el dueño del bar le permitía llevarse un bocadillo para la cena, a excepción de leche y algo de fruta, no tenía que comprar muchas cosas. No tuvo más gastos, pues los libros que leía los obtenía de la biblioteca de barrio, de tal manera que aún podía ahorrar unos miles de pesetas todos los meses. Pero no eran suficientes como para que se permitiera devolverle el dinero a su padre y aunque en un principio pensó en llevar dos trabajos a la vez, ni encontró nada ni creía que pudiera hacerlo, pues cuando terminaba del bar por las tardes el dolor en el bajo vientre apenas le permitía andar.

Cuando su barriga comenzó a crecer pareció no tener medida; crecía por días. La ropa se le quedó pequeña. Su compañera de cocina recordó que había guardado ropa de su último embarazo y un día apareció con un

par de bolsas de ropa que fue la que Carmen usó durante su embarazo en el verano. Al comenzar a refrescar el tiempo sobre una camisa de la que sólo podía abotonar los dos primeros botones, pero que le permitía cubrir sus brazos, resguardaba su espalda del frío. Lo peor fueron los pies, pues según crecía su barriga sus piernas fueron perdiendo su contorno y sus pies hinchándose de tal forma que parecían en las últimas fechas patas de elefante. Cuando terminaba la jornada de trabajo éstos estaban amoratados hasta más arriba de los tobillos y el mismo color tenían las venas de sus piernas, que ahora eran visibles. Su andar fue haciéndose más y más pesado y no le cabían los pies en las zapatillas, lo cual solucionó quitándose los cordones. Su cansancio era más evidente para todos que para ella misma. Por las noches el hormigueo en los pies, las rampas, el dolor en el bajo vientre, el dolor en la espalda, la acidez que también se había apoderado de ella en los últimos meses y el volumen cada vez mayor de su barriga no la dejaban descansar. Llegó un momento en que hasta su cara cambió: tenía los párpados azulados y pesados, los ojos febriles y su nariz y su boca se inflamaron. Fue entonces cuando la preocupación de sus compañeros por ella aumentó, en especial del dueño

del bar, que había vuelto a colgar el cartel en demanda de personal y blasfemaba por lo *bajini* contra los que hicieran trabajar así a una joven en esa condición. En los momentos en que el trabajo era más estresante le dirigía paternales miradas de preocupación. Carmen, por su parte, hacía como que no se daba cuenta de su preocupación y procuraba esforzarse de la manera más natural posible, pero su enorme panza le dificultaba todo: ya era incapaz de agacharse a por una barra de pan, por lo que tenía que subir el saco del pan sobre una silla para acceder mejor y no estrujarse cada vez la barriga entre los muslos y el pecho, lo cual le producía además una acidez insoportable. Pero, claro está, no podía hacer con todo igual: no podía subir a una sil a los sacos de patatas los cajones de verdura y cosas por el estilo, de manera que se encontraba mal durante toda la jornada de trabajo. Por las noches apenas sí podía dormir seguidas las dos primeras horas; después era un dar vueltas toda la noche para poder estar boca arriba, aunque así sufría de grandes dolores de lumbago, por lo que finalmente conseguía dormirse de lado. Un día en que parecía más cansada de lo habitual los compañeros intentaron de nuevo saber algo y cuando, después de recoger el comedor se sentaron los cuatro a comer, su compañera preguntó:

—¿Cuándo te toca dar a luz?

—Pronto —respondió Carmen sin levantar los ojos del plato y con un tono como si eso no tuviera importancia, tratando de que no se hablase más del tema.

Pero, su compañera insistió:

—¿Pronto cuándo es?

Los tres pares de ojos estaban pendientes de el a, pero el a no levantó la vista de la suave sopa de fideos, mientras en el mismo tono y queriendo dar por terminado el tema respondió:

—Un día de estos.

El dueño del bar no pudo resistirlo y de un salto se levantó de la mesa y tiró con rabia la servilleta sobre la mesa al tiempo que decía:

—¡ ¡Me cago en la hostia, Carmen! !

Ni ella ni el camarero lo miraron, sólo la cocinera vio cómo se sacaba la cartera del bolsillo trasero del pantalón, la abría y del fajo de billetes que había sido la recaudación de la caja hasta ese momento tomó cierta cantidad y se la tiró enfrente del plato —Carmen seguía sin levantar la cabeza—, mientras visiblemente enfadado le decía:

—Toma, te pago una semana de más. Terminas de comer, te marchas y no vuelves por aquí hasta que no estés bien. Y dile a tu madre, a tu novio o a quien sea que el tiempo de los negreros ya ha pasado. —Dio media vuelta y salió del bar preso de una rabia que no sabía hacia quien dirigir.

Carmen dejó la cuchara, apoyó los dos puños sobre la mesa al tiempo que dos chorros de ardientes lágrimas rodaron mejillas abajo y sin mirar a sus compañeros dijo:

—No tengo madre ni novio. —Agarró el dinero mientras arrastraba hacia atrás la silla en que estaba sentada y se dirigió a la cocina a la vez que se desataba el delantal.

El camarero aún no había levantado los ojos del plato de fideos. La cocinera reaccionó: se levantó detrás de ella, llenó dos fiambreras con comida y las metió en una bolsa junto a dos barras de pan mientras Carmen colgaba el delantal y se ponía la chaqueta. Cogiendo su bolso se dirigió hacia la calle. Al pasar por al lado de su compañero, que aún seguía inmóvil, le dijo adiós. Él no pudo responderle; tenía un nudo en la garganta y los ojos empañados. La cocinera la alcanzó justo en la puerta, la agarró por el brazo, le puso la bolsa en la mano y le dio un beso en la

mejil a húmeda.

—Si necesitas algo, aquí estamos.

Carmen no pudo hallar consuelo en el tibio beso de su compañera, pues el olor a aceite refrito que despidió al acercarse le produjo angustia y sólo acertó a musitar un «gracias» con voz temblorosa. A la cocinera también se le escaparon las lágrimas mientras volvía a la mesa, pero Carmen no lo vio porque no volvió la cabeza para mirar a sus compañeros. Anduvo despacio bajo un fresco chirimirí de noviembre que, poco a poco, la fue empapando de una forma agradable al principio; poco después el frío hizo que le dolieran los pezones del pecho.

La preocupación y las preguntas de sus compañeros los últimos días, junto con el crecimiento desproporcionado de su barriga, la hizo estar consciente de que estaba en los últimos días de su embarazo y de que ni una sola vez la había visto un médico. No sabía con certeza cuándo daría a luz, pero estaba segura de que sería pronto porque, según sus cálculos, ya estaba fuera de cuentas.

Se preguntó si el no querer pensar en ello era un deseo inconsciente que tenía de retrasar el momento mientras esperaba algo, no sabía el qué,

pero fuera lo que fuera que estuviera esperando nada había sucedido. Seguía sola y triste, sin poder compartir el momento más importante de su vida con nadie. Cuando naciese lo que fuera que llevara en sus entrañas, no encontraría a nadie que le diera la bienvenida, nadie que se alegrara de su nacimiento, nadie que lo tomara en brazos y comentara su hermosura o su parecido con . .

Las compuertas de los manantiales de sus lágrimas se abrieron al tiempo que la puerta de su apartamento. Y ella, tiritando de frío y de congoja, sintiendo pena por sí misma y por lo que tenía que nacer.

Se dio una ducha caliente, envolvió su larga mata de pelo en una toalla y se acostó, pero un rato después, y a pesar de tener la cabeza envuelta en la toalla, sintió frío en la cabeza y se levantó para secarse el pelo. El secador pesaba más que nunca y se cansaba de sostenerlo, pero tenía que secárselo un poco más. De repente notó que su cuerpo expulsaba un flujo tibio que la humedeció. Se miró y . . estaba sangrando.

«Santo cielo —pensó, ¿será ya el parto?» Hacía un par de días que tenía más dolor en el bajo vientre de lo normal pero . . , pero aún no estaba preparada.

De repente, se le pasó el cansancio y se apresuró por meter en una

bolsa lo que consideró que podía necesitar para el hospital. De súbito sintió un dolor como una punzada en el centro del bajo vientre que después se irradió hacia los lados y subía hasta los ovarios. Dejó lo que estaba haciendo y se sujetó la barriga con las dos manos al tiempo que aspiraba un agudo quejido y notaba el flujo caliente que la seguía humedeciendo. Tomó la bolsa que había preparado y tras cerrar la puerta, bajó las escaleras muy despacio, pues a cada movimiento notaba que se le escapaba el tibio flujo.

Ya había oscurecido; las farolas iluminaban las calles y mostraban las finas gotas del chirimiri cuando atravesaban su halo de luz. La gente andaba presurosa con sus paraguas, algunos jóvenes de su edad corrían cubriéndose la cabeza con las chaquetas mientras se reían al cruzar la calle. A ella le pareció que era un ambiente triste y nostálgico. *Aaaggg....* otra punzada la hizo detenerse acurrucada en el portal. Cuando pasó el dolor se acercó hasta el borde de la acera y paró un taxi.

Capítulo X

Un par de semanas después de volver de Valencia, Carmen consiguió alquilar su piso. En otros quince días lo tenía que vaciar, así que estaba embalando todas aquellas pertenencias que se tenía que llevar, tirando a la basura aquello que consideró que ya no tenía ningún sentido seguir conservando. Cada vez estaba más feliz ante la perspectiva de volver a Valencia. De repente sentía necesidad de su luz, de su aroma, de su aire, de su sol, de su mar. . Además, las amigas de Luisa la habían aceptado bien, por lo que presumía que podía tener una vida social más o menos normal, lo cual era todo un logro para ella, cuya vida se limitaba a los asuntos de su casa y al trabajo. Supo de pronto que no volvería a dejar su tierra y pensó que hubiese sido mejor vender el piso, pero, en fin, siempre tendría tiempo para eso.

Quien no lo tenía tan claro era Eugenio, que ante la perspectiva de que Carmen marchara a Valencia y tener que gestionar todas las obras desde Madrid, lo ponía un poco tenso, pues a él le gustaba ver la marcha de las obras personalmente. Además, tendría que desplazar más personal de su confianza a Valencia y contratar a otros de allí conforme los acuerdos que había firmado con la alcaldesa. Y aunque la distancia no era mucha, no le

apetecía estar todas las semanas en carretera. Carmen bromeaba diciéndole que ya era hora de que tuviese chofer, sabiendo que el problema de Eugenio era que le gustaba hacerlo todo a él personalmente. Con todo, corrió con los gastos del traslado, para lo cual Carmen apenas necesitó una furgoneta, puesto que no tenía que llevarse ni muebles ni electrodomésticos.

Llamó a Luisa una semana antes de dejar Madrid para que se encargara de que alguien limpiara la propiedad para cuando ella llegara y, tan eficiente como siempre, el día que llegó la estaba esperando dentro de su coche, aparcado frente a la verja de entrada al jardín de la casa, con las llaves en la mano para hacer entrega de ellas. Se saludaron con un beso en

ambas mejillas, como buenas amigas y, mientras le preguntaba por el viaje, Luisa abrió las verjas para que pasara la furgoneta hasta la puerta.

Después abrió la puerta de la casa y, sin entrar, le dio las llaves a Carmen.

Le preguntó si la podía ayudar, pero Carmen le dijo que los operarios de la agencia se encargarían de meter los bultos y que después era cosa de organizarlo, algo que haría ella misma. De todas formas agradeció el

ofrecimiento. Se despidieron con besos nuevamente mientras Luisa le decía:

—Cuando termines l ámame y tomaremos algo. El miércoles es cuando viene el jardinero. Ya le he dicho que l egabas. ¿Quieres que venga para presentártelo?

—Oh, no te molestes. Sólo dile que me l ame para decirme la hora y lo esperaré.

Cuando horas más tarde los operarios se habían marchado dejando todos los bultos donde Carmen les había dicho, se dio cuenta de que tendría que l enar la nevera con algo, así que, antes de comenzar a desempaquetar, l amó a Luisa para preguntarle dónde podía hacer la compra.

Encontró el sitio sin dificultad, puesto que era una zona comercial integrada prácticamente en el centro urbano de la ciudad. Aparcó el coche, tomó un carro de la compra y se desplazó por los diferentes pasillos del establecimiento. Se encontraba en la charcutería cuando escuchó:

—¡Eeeh, Carmen, Carmen!

Era una de las chicas, que la saludaba desde la otra punta del pasillo con la mano levantada. Carmen había olvidado que era normal en

Valencia saludarse a gritos desde la distancia. Se rió interiormente y, satisfecha, le devolvió el gesto mientras él se acercaba y de camino le iba hablando:

—¿Ya estás aquí? Nos dijo Luisa que llegabas, pero no nos dijo cuándo.

La besó en las mejillas cuando llegó hasta él.

—¿Te falta mucho? —volvió a hacer una pregunta mirando al carro de la compra de Carmen.

—Sólo esto —respondió Carmen mostrándole una porción de queso emvasado al vacío.

—Oh, espera. —Le quitó el queso de la mano y dejándolo de nuevo en el estante preguntó—: ¿Te gusta fuerte o suave?

—Suave —respondió divertida.

—Pues entonces llévate éste. Es mejor y fíjate qué precio. Ya verás cómo te gusta. —Se lo tiró dentro del carro—. Si has terminado, te invito a un zumo, porque para café es muy tarde. Sólo tengo unos minutos, pues tengo que pasar a recoger a mi hijo en el polideportivo. Juega a

fútbol como un poseso, pero después es incapaz de venir a casa andando. De todas formas prefiero pasar a recogerlo, porque si no, se entretiene por ahí con los amigachos y no tienen hora de volver a casa. Yo mañana trabajo y me apetece recoger pronto.

Ya estaban sentadas en la mesa; habían pedido los zumos. Carmen ya casi lo había terminado pero su acompañante aún no lo había podido probar, porque aún no había dejado de hablar. Tomó un sorbo y al tragárselo le preguntó:

—¿A que está bueno? —Pero no espero respuesta—. Es que es natural. Te lo preparan en el momento y, además, las naranjas son de aquí. En ningún sitio puedes tomar estos zumos tan frescos como aquí.

—Y siguió casi sin respirar—: ¿Vendrás a la próxima cena verdad?

Ahora sí hubo una pausa para que pudiera responder.

—Pues aún tengo todo sin desempaquetar y tengo que echar un vistazo a los terrenos y ponerme en contacto con. .

—Pero todo eso lo tienes que hacer durante el día, en horario de trabajo. Después tienes que aprender a desconectar. Además, la cena de chicas es sagrada y más para ti, que aún puedes pillar por ahí algún maromo.

Carmen rió divertida dejándose llevar por las ocurrencias de aquella

mujer que era un torbellino y que pasaba de una cosa a otra sin ninguna dificultad. Hablaba con él con tanta soltura como si fuesen amigas de toda la vida. En menos de cinco minutos se habían tomado el zumo, se había ofrecido a ayudarla a desempaquetar, había pagado la cuenta y, ya de pie, cuando se estaban despidiendo, cuando casi ya se estaba marchado, le soltó a bocajarro:

—Te voy a dar una fiesta de bienvenida. —Se paró un momento reflexionando—. Aunque no sé cómo nos vamos a meter todos en mi piso.

—Ah, no te molestes. —Trató de disuadirla Carmen—. No te tomes ese trabajo.

—Que sí, que sí —respondió la otra decidida—. El domingo por la tarde, tu fiesta de bienvenida, pues no faltaba más. . —Y como si estuviera reflexionando consigo misma—: Lo que sucede es que no cabremos en mi casa. —Sacudió la cabeza para ahuyentar el inconveniente, añadiendo—: Pero ya me las arreglaré.

—Bien, entonces si quieres, lo podemos organizar en mi casa —se

oyó decir Carmen y mientras pronunciaba las palabras, ya estaba arrepentida de lo que estaba diciendo, pero no hubo vuelta atrás pues a la otra se le iluminó la cara de alegría.

—Oh, fabuloso, así también conoceremos tu casa. Y no te preocupes, tú no te tienes que ocupar de nada, sólo de poner la casa. De todo lo demás nos ocuparemos nosotras. Toma, llámame dentro de un par de días. —Y tendiéndole una tarjeta de visita se alejó después de aceptar la que le tendió Carmen, quien se quedó al í parada leyéndola. Lucía era el nombre que la encabezaba. Entonces recordó que las chicas la l amaban Luci.

Cuando Luci llegó a la puerta del establecimiento, se volvió con una radiante sonrisa en el rostro y levantó la mano agitándola a modo de ultima despedida. Carmen sonrió y le devolvió el gesto sintiéndose atrapada. Iba a recibir en su casa a un montón de mujeres de las que ni siquiera recordaba el nombre, si es que en algún momento lo había sabido. Se obligó a ponerse en marcha y no pensar más en el asunto.

No resultó ser tanto trabajo como pensaba desempaquetar en aquel a casa demasiado grande para el a sola, donde las escasas pertenencias que se había traído se difuminaban en el espacio. Se sintió a gusto en aquel amplio salón con vistas a la amplia terraza que daba a la piscina y, más al á

de ésta, un agradable jardín que despertaba a la primavera. Se sentó en uno de los sofás a leer con la sensación de que aquélla era su casa y de que lo normal era vivir así, y no en un piso de ochenta metros cuadrados en una torre de ocho plantas.

El miércoles siguiente a las ocho de la mañana llegó el jardinero. Lo recibió con una cafetera preparada en la mesa de la terraza. Lo invitó a un café y a sentarse para que hablaran, pero él rehusó ambas cosas quedándose de pie mientras le informó de que hasta ahora no había cumplido un horario fijo, sino que según las necesidades del momento le

dedicaba más o menos tiempo al jardín. Como él tenía llave de la cancela, a no ser que ella decidiera otra cosa, todo podía seguir igual. Él llegaría, haría su trabajo y se marcharía. Ella estuvo de acuerdo, pues sabía que el jardinero era potestad de los propietarios de la casa, aunque le incomodó un poco la perspectiva de que cada miércoles aquel hombre que se mostraba tan distante entrase en su parcela y merodease por allí hasta que lo considerara oportuno.

A las nueve y media salió de casa y se despidió del jardinero diciéndole

que posiblemente no volvería al mediodía, que cerrase la cancela cuando se marchara.

Subió en su coche y tiró el proyecto de la urbanización en el asiento del copiloto. Se dirigió a los terrenos que habían comprado. Encontró piquetas clavadas en el suelo que se había deforestado y las líneas pintadas marcando las futuras calles. Comprobó algunos puntos que en un principio no tuvo muy claros y le pareció que algunas parcelas estaban un tanto desplazadas, pero no podía confirmarlo sin una correcta medición. Se alegró de que no hubiesen comenzado aún los movimientos de tierra, cuando se suponía que habían empezado esa misma semana. Y aunque se sintió tentada a llamar a Eugenio para comentarle sus dudas, decidió hablar primero con los ingenieros que habían supervisado la señalización. Eran las doce y media. Se disponía a abandonar la zona cuando sonó su móvil. Comprobó que era Luisa. Descolgó. La oía con dificultad por la dichosa falta de cobertura. Se desplazó unos pasos a derecha e izquierda y se tapó el oído derecho con el índice de la misma mano hasta que consiguió entender que la invitaba a café. Después de comer la esperaba a las cuatro en el Kanguro Rojo. Le indicó cómo encontrar el establecimiento y por dónde podía aparcar.

Aunque había pensado quedarse a comer fuera de casa por no

encontrarse de nuevo con el jardinero, tenía los pies recalentados y polvorientos de andar por el monte. Le apetecía descalzarse y comer relajada en la fabulosa cocina de su nueva casa. Además, aquel hombre estaría allí todos los miércoles, así que más le valía aceptar la situación. Se dio cuenta de pronto de que la presencia de aquel hombre la intimidaba, lo cual le produjo cierto desasosiego, puesto que ella no se había sentido nunca intimidada por ningún hombre; más bien ellos se sentían intimidados cuando ella clavaba toda la dureza de su mirada en ellos. Aumentó el volumen del equipo de su coche para acallar sus

pensamientos, obligándose a hacer dúo con Bárbra Streisand en «The music of the night».

Al llegar frente al chalet presionó el interruptor desde dentro de coche y, mientras se abría la cancela, se sintió nuevamente desasosegada. Aparcó frente a la puerta de la casa y, desde dentro del coche, vio que el jardinero se acercaba a la ventana del cobertizo para comprobar que era él a quien había entrado desapareciendo de nuevo tras el cristal. Él supuso que estaría comiendo, pero se sintió contrariada por que no saliera a saludarla

y al mismo tiempo desilusionada por no haber sentido su presencia más próxima.

Entró en la casa cerrando la puerta tras el a, se descalzó, se enjuagó los pies en el bidet del baño de su habitación y se dirigió a la cocina, donde se preparó una ensalada, un bistec y un zumo. Después de comer, dejó los platos en el fregadero y se tumbó en el sofá hojeando una revista. El sueño estuvo a punto de vencerla, pero recordó que tenía una cita con Luisa, así que a las tres lavó los cacharros que tenía en el fregadero, los secó y los guardó. Se dirigió nuevamente al baño y se arregló un poco.

Cuando salió el coche del jardinero aún estaba en el porche que servía de garaje para las visitas. Anduvo un poco hasta que lo encontró en el huerto. Lo llamó de lejos y, cuando él la miró, levantó la mano sacudiéndola a modo de despedida. Él hizo lo mismo al tiempo que la apremiaba en un gesto de cabeza. Estaba alegre, al fin y al cabo no era tan molesto aquel hombre y podía disfrutar de una preciosa parcela gracias a él.

Cuando aparcó el coche eran menos cinco y se dirigió hacia el establecimiento donde había quedado con Luisa. Aquella zona de Alzira parecía más pueblerina, pero se habían edificado por la zona algunos complejos residenciales que le daban un nuevo aspecto. Además, era

agradable aquel a luz blanca del sol; le recordaba las pinturas de Sorol a y la suave brisa traía ese perfume de huerta que a el a le resultaba tan familiar.

No recordaba haberse sentido tan bien nunca.

Cuando entró en el Kanguro Rojo, sus ojos tardaron un momento en ajustarse a la nueva luz, pero reconoció a Luisa al instante, sentada en uno de los compartimentos situados a lo largo y frente a la barra. Mientras se dirigía hacia ella, un hombre que estaba sentado en un taburete en la barra la seguía con la mirada. No dejó de mirarlas mientras se sonreían, se saludaban y pedían cafés del tiempo. Las dos cesaron la conversación cuando el camarero dejó frente a ellas los cafés y las copas con el hielo.

Luisa apoyó los codos sobre la mesa, abrazó con su mano derecha el puño izquierdo, situando las manos así entrelazadas bajo su barbilla, y con una media sonrisa le anunció que tenía que decirle algo muy importante.

—Tú dirás —la animó a seguir hablando Carmen mientras vaciaba un azucarillo en el café.

—¿Tú tuviste un novio l amado Curro, verdad? —Luisa no apartó la mirada cuando Carmen, visiblemente sorprendida, levantó los ojos hacia

el a. Unos segundos después hizo una mueca tonta que pretendía ser una sonrisa, apartó los ojos de el a, cogió la cucharil a y comenzó a mover el café.

Le hubiese gustado decir que no, pero era evidente que Luisa sabía de qué estaba hablando. Parecía tenerlo claro y el a tampoco tenía nada que esconder así que. . ¿qué más daba?

—¿Y tú cómo sabes eso? —Ahora sí se dibujó una sonrisa en su boca, era una sonrisa de saber estar, de cortesía, pero una sonrisa al fin y a la postre. Lo que no hizo fue levantar sus ojos del café mientras seguía dándole vueltas.

Luisa fue clara en su explicación, sin darle vueltas al asunto, en su estilo de al pan, pan y al vino, vino o el agua cuanto más clara mejor. Pero lo hizo a la vez con aquella ternura, aquel a dulzura en su voz, en sus gestos, que arropaba con comprensión los asuntos después de haberlos desnudado de hipocresía.

—Lo sé porque Curro es mi marido.

Carmen seguía mirando y dando vueltas al café sin poder hacer o decir otra cosa, por lo que Luisa continuó:

—La primera vez que me diste tu tarjeta, intuí que podías ser tú por la coincidencia del nombre y porque tu apariencia coincidía en cómo te

describía Curro.

El hombre de la barra no les quitaba ojo de encima.

—Pero cuando vi tu D. N. I. para redactar el contrato del alquiler, ya no tuve ninguna duda. No me parece apropiado que nosotros sepamos quién eres tú pero tú no sepas de nosotros.

En este punto Luisa caló a la espera de la reacción de Carmen. El silencio entre ellas se prolongó durante demasiado tiempo. Desde las otras mesas les llegaban retazos de palabras y conversaciones. Carmen había recibido la información pero no sabía cómo gestionarla. Hacía muchos, muchos años que ya no pensaba en Curro. Había sido todo un

ejercicio de fuerza de voluntad, puesto que al principio cualquier cosa hacía que su mente volara hacia Curro. Si sentía calor, en su mente surgía la imagen de ellos recostados a la sombra de un árbol; si sentía frío, pensaba en como él la rodeaba por los hombros para transmitirle su calor; si pasaba por algún establecimiento y en la tele estaban dando un partido de fútbol, lo imaginaba junto a su padre comentando las jugadas. . Los ojos se le iban detrás de cualquier hombre vestido con tejanos o con el

pelo largo y lo comparaba con su forma de andar y de balancear los brazos. Cualquier gesto de cualquier hombre era bueno para que su mente recordara a Curro y lo comparara, como si Curro fuese el patrón perfecto por el que todos los hombres debían medirse. Hasta cuando el a misma se tocaba el pelo para sujetárselo con una horquilla, su mente rememoraba los dedos de Curro deslizándose entre ellos y masajeándole la cabeza mientras la abrazaba y cuando, en pleno vigor de su juventud, su cuerpo demandaba que se satisficiera aquella necesidad tan básica de besos y abrazos. Siempre era él quien pululaba por su mente y, aunque había perdido muchas batallas, finalmente consideró que era una guerra ganada.

Su estrategia consistió en negar completamente su cuerpo y sus necesidades. Ni siquiera se permitió que sus ojos se recrearan en la visión de su cuerpo desnudo al salir de la ducha para no verse y pensar que el suyo era un hermoso cuerpo capaz de despertar las pasiones de cualquier varón. En la misma línea dejó de usar minifaldas, zapatos de tacón, maquillaje, laca de uñas y cualquier cosa que se supusiera que podía usarse para realzar la belleza de una mujer. Así consiguió las más de las veces dominar su cuerpo. Su mente la controló no dejándola ociosa y no alimentándola con nada que tuviera que ver con la pasión sexual, de tal

manera que se entregó a sus obligaciones como pocas, sin contar su jornada laboral por horas. Se obligó a lecturas culturales y científicas, de las que apenas era capaz de comprender una ínfima parte, y no se permitió entretenerse con programas televisivos o películas que la hicieran recrearse en imágenes emocionales o eróticas. Así, poco a poco condujo su cuerpo y su mente a un espacio que fue cómodo para él y que le hacía sentirse a salvo, aunque nunca supo muy bien a salvo de qué, pero había conseguido enterrar a Curro bajo muchas capas de tristeza, de trabajo, de autodisciplina, de negación. Ahora, de repente Luisa lo desenterraba, como diciéndole que siempre había estado ahí y que siempre lo iba a estar.

Era consciente de que tenía que decir algo. Luisa apartó sus ojos de ella dándole una tregua; se entretenía derramando el azucarillo en su café y removiéndolo con la cucharil a.

—Bien, pues ya lo sé. —La respuesta de Carmen sonó demasiado firme, demasiado apresurada; no había levantado aún los ojos del café.

Luisa dejó la cucharil a, apoyó las manos en la mesa y pronunció su

nombre.

—Carmen.

El a levantó sus ojos y sus miradas se encontraron.

—Quiero que sigamos siendo amigas.

Al unir sus miradas los temores de ambas se desvanecieron. Una amplia sonrisa, esta vez sincera, se dibujó en la boca de Carmen al tiempo que respondía:

—Pues claro que sí. No hay ningún motivo para lo contrario.

Luisa también sonrió. Con su mano derecha apretó la mano izquierda de Carmen y, como si aquel o fuese una señal, el hombre de la barra dejó su taburete y se dirigió hacia el as al tiempo que Luisa anunciaba:

—Curro está aquí y quiere saludarte.

—¿Aquí? ¿Ahora? —La traicionó el tono de su voz que denotó sorpresa y ansiedad, mientras intuía que alguien se acercaba a el as por su espalda.

Luisa apretó un poco más su mano para darle ánimo o apoyo, amplió su sonrisa y adelantó el cuerpo hacia el a.

Todos los sentidos de Carmen se pusieron en alerta a la espera de lo que fuera a pasar. El aroma del café se mezcló con el perfume de Luisa, que se había liberado de su cuerpo en aquel movimiento de acercamiento.

El sabor entre amargo y dulce que al chupar la cucharil a con la que había removido el café dejó en su boca se espesó. El tintineo que produjo la caja registradora al abrirse para darle el cambio a un cliente sonó dentro de sus oídos. Su espalda recibió un golpe de aire fresco cuando la puerta del bar se abrió para dar paso a unos nuevos clientes y sus pupilas registraban los golpes de luz en más o menos intensidad al tiempo que alguien se interponía entre la fuente de luz y el as. Su respiración comenzó a entrecortarse y sus manos se humedecieron. No había tiempo para nada. Unos pasos sonaban ya a su lado, al tiempo que una mano varonil

se posaba en su hombro y escuchaba una voz que creía olvidada, pero que reconoció como si la hubiese estado escuchando cada día.

—Hola, Carmen.

—Oh, Curro. ¿Cómo estás? —Se levantó y lo saludó con dos besos en las mejillas, como se saluda a un buen amigo que hace algún tiempo que no ves.

Como estaba acostumbrada a sujetar su cuerpo y sus emociones en situaciones de estrés, a negociar con simpatía, a saber estar cuando parece

que las circunstancias no son propicias, eso la ayudó a no perder la compostura. Se sentaron.

—Bien, bien. Aún no me puedo creer que Luisa y tú os encontrarais.

¡Qué pequeño es el mundo!

—Cierto, una situación remota, pero ya ves, algunas veces las circunstancias hacen posible lo que parecía que no lo fuera.

—Estabas en Madrid, apenas a cuatro horas de aquí, y yo sin saberlo.

Aquel as palabras hicieron que Carmen bajase nuevamente los ojos y le dolieron mucho a Luisa, quien era consciente de que si, años atrás, Curro hubiese sabido el paradero de Carmen, el a no hubiese tenido ninguna posibilidad con él. De hecho, nunca la había tenido; siempre había sido ella la que había tirado de esa relación: el a la que había propuesto el matrimonio y él quien dijo que no, porque no sabía como reaccionaría si Carmen volvía a aparecer en su vida, a lo que el a respondió que tal vez eso no sucediera nunca y que tenían derecho a intentarlo, que podían ser felices. Unos días después, él le dio un diario que había escrito mientras estaba en la mili donde hablaba del amor, la desesperación y la pasión que sentía por Carmen. Durante quince días no lo vio. Él no la l amó y ella tampoco lo hizo, pues el tiempo que tenía después de su trabajo lo ocupaba en leer su diario y releerlo y . l orar.

Lloraba por Carmen, por todas las cosas que Curro había pasado, por el amor que Curro sentía por Carmen y que lo había incapacitado para amarla a ella de igual manera. Lloraba y lloraba, pero se dio cuenta que no sentía celos de Carmen sino compasión. Y a Curro comenzó a verlo no como un joven soltero, sino como un viudo que había perdido a una amada esposa. Se dio cuenta de que Carmen y ella no serían rivales, puesto que no estaban en el mismo plano. Carmen había sido parte de la vida de Curro y eso nadie lo podía cambiar. Si quería a Curro, tendría que aceptar que ella formaba parte de su vida. Una vez aceptó el hecho, fue

ella la que le llamó para invitarlo a dar una vuelta y fue ella quien nuevamente le propuso matrimonio y fue ella quien le dijo que si Carmen aparecía alguna vez en su vida, él sería libre para tomar la decisión que considerase más oportuna. Aunque cierto era que nunca se le pasó por la imaginación que Carmen se cruzara en sus vidas.

—Pues sí, en Madrid estuve todo el tiempo. —Apoyó sus manos en el borde de la mesa y arrastró su silla hacia atrás—. Y a Madrid tengo que mandar un informe que aún no he redactado. —Se levantó—. Así que

tengo que marcharme. Hasta pronto, Luisa.

—Hasta pronto, Carmen —le respondió mientras Curro reclamaba su atención.

—Carmen.

—Dime. —Lo miró a la cara.

—Me alegro de verte tan bien.

—Gracias, tú también estás muy bien. Se nota que Luisa te cuida — dijo mirándola a él. Y salió del local.

Ellos se quedaron aún unos minutos como para darle tiempo a que se alejara de la zona sin volver a cruzarse con él y pudiera asimilar la situación, ahora que ya había pasado. Luisa se dio cuenta de que podía haber previsto que Carmen reaccionaría así: comedida y cortés sólo en la justa medida, sin dar pie a más confianzas, pero aún era pronto. En cambio, Curro parecía decepcionado de la cortesía de Carmen; posiblemente esperaba ver lágrimas en los ojos de él y escuchar algún reproche. Además, estaba impaciente por saber cómo había vivido Carmen y cómo había llegado a ser un miembro tan influyente dentro de su empresa.

En un principio, y puesto que era evidente que era soltera, pensaron que podía ser la amante del gerente de la empresa, aunque lo sobrio de su

forma de vestir y la ausencia de maquillaje y abalorios decían que era la antítesis de la imagen de una amante. Pero ella se refería a su jefe con suma familiaridad llamándolo por su nombre de pila, como teniendo alguna influencia sobre él, y era normal oírle decir frases como: «Eso lo tengo que consultar con Eugenio» o «me costará conseguir que Eugenio acepte esto».

Pensaron que el tal Eugenio podía ser un viejo carcamal al que no complacieran ya las veinte añeras con zapatos de tacón de aguja y sí una mujer elegante que lo pudiera acompañar en su vida social, aportándole la

estabilidad que posiblemente daría una mujer como Carmen. Pero todas esas conjeturas se fueron al traste cuando Eugenio vino personalmente a firmar la compra de los terrenos y vieron que se trataba de un joven que podía ser su hijo, pero que no lo era, ya que Luisa lo pudo comprobar por medio de la documentación a la que tenía acceso como mediadora en la venta de los terrenos. Cuando Eugenio nació, Carmen aún era la novia de Curro y vivía con su padre.

Luisa sacudió la cabeza para disipar sus pensamientos e inquirió a

Curro:

—¿Y bien?

—La recordaba más guapa y más delgada.

—Pero... ai es guapísima y está estupenda —protestó.

—No tanto como tú —dijo al tiempo que se levantaba, le depositaba un beso en su mejilla y cogiéndola de la mano tiraba de ella para animarla a que se levantara y abandonaran el local. No le apetecía que Luisa comenzara un interrogatorio, pues al final siempre le sacaba cosas que ni él mismo sabía que sentía.

Cuando Carmen entró en el coche, se permitió temblar. ¡Dios mío!, pensó. Curro estaba igual, más maduro, más desenvuelto, pero igual. Había reconocido el tacto de sus labios al besarla y su olor corporal. Estaba segura de que su olor corporal sí había cambiado con los años, en cambio él estaba igual, hasta lucía la misma melena. Sonrió para sus adentros. Podría haber imaginado al marido de Luisa más grueso, con traje clásico y corbata, el pelo pulcramente cortado, aunque no tan corto como ahora marcaba la moda, pero una melena como la de Curro. . . jamás.

Se felicitó por cómo se había desenvuelto ante una situación tan imprevista y aunque nunca hubiese esperado encontrarse con Curro,

después de lo ocurrido pensó que no era tan grave. Alzira era una ciudad lo suficientemente grande como para que no coincidiesen habitualmente y hasta ahora, por asuntos de trabajo, ella siempre había tratado con Luisa y no tenía por qué ser ahora diferente. Aun así se sintió dolida de saber que a Curro le había ido todo tan bien, de que compartiese su vida con una mujer como Luisa y de que tuvieran una preciosa hija de dieciocho años, cuya foto Luisa estaba dispuesta a mostrar a todo aquel que quisiera apreciar su belleza; lucía en un marco de plata en la mesa de su despacho. Mientras, ella había llevado una vida de soledad.

Se pasó la mano por la frente arrastrando aquel rescaldo de rencor y arrancó el coche. No era cierto que tuviese que mandar un informe a Madrid, no hasta que supiera con seguridad si las marcaciones eran o no correctas. Además, no quería regresar a casa hasta que se hubiese marchado el jardinero, así que se dirigió nuevamente al terreno, comprobó nuevamente las marcas y siguió pensando que no estaban correctas.

A las siete y cuarto de la tarde, cuando estaba camino de casa, sonó su

móvil. Apretó la tecla de descolgar del aparato de manos libres del coche al tiempo que ponía el intermitente para abandonar la última rotonda de Alzira y dirigirse por la carretera de Corvera hacia su casa.

—Dígame.

—Hola, Carmen, soy Lucía.

Ya había reconocido, su voz jovial y tintineante.

—Ya está todo arreglado. Vendrán casi todas las chicas excepto Concha, que le toca suegra. La mujer está impedida y cada fin de semana la atiende uno de los hijos. Esta semana le toca a su marido. Se ha enfadado un poco porque no lo dejamos para otra semana, pero le he dicho que otra semana le puede pasar algo a otra y que también se enfadaría si no lo pospusiéramos. Así que al final lo ha comprendido.

—Luci, Luci —la interrumpió Carmen—. Te oigo entrecortada. Si se corta la llamada, cuando llegue a casa te llamaré desde el fijo.

—Ah. . No te preocupes. —Luci había levantado la voz como si así pudiera conseguir una mejor cobertura—. Sólo quiero decirte que no tienes que ocupar de nada. Luisa dice que en el cobertizo de tu casa hay un tablero de mesa con sus respectivos cabalotes y sillones de jardín.

«Maldita Luisa —pensó Carmen—. Sabe más de mi vida que yo misma.»

Y como si Luci la hubiese escuchado continuó:

—Lo sabe porque Luisa y la dueña de tu casa son amigas, así que eso es lo que usaremos el domingo en tu terraza, con lo que evitaremos que entren mucho por casa.

Carmen la había entendido perfectamente pero la llamada se entrecortaba.

—¿Luci? Luci, te pierdo.

—Bien, ya te la amaré. —Y cortó.

Carmen tenía sentimientos encontrados. Por una parte, le agradaba Luci, tan familiar y dispuesta que transmitía confianza, y por otro lado, se sentía molesta por las libertades que se tomaba.

Cuando después de abrirse la verja vio que el jardinero se disponía a marcharse, le hizo señas para que esperara. Bajó del coche y se dirigió a su encuentro. Olía a gel de baño y le evaba el pelo mojado y repeinado, una camisa limpia a cuadros y pantalón tejano. «El típico jardinero», pensó y le preguntó por el tablero, los cables y las silas de jardín. Se dirigieron juntos al cobertizo y al entrar notó el ambiente cálido y húmedo. La

estancia olía igual que el jardinero, así se enteró de que allí había un baño que usaba él para asearse después del trabajo. El cobertizo estaba lleno de estantes con herramientas, tarros, macetas, cuerdas y los enseres propios de un lugar como aquél. De un percha colgaba por los tirantes una especie de mono azul sucio. Además, apoyada contra la pared, había una pequeña mesa con sillitas y un armario de una puerta, también un viejo sofá de dos plazas que, evidentemente, usaba el jardinero alguna vez para descansar un rato después de comer. Allí se sintió como una intrusa. Localizaron las cosas por las que había preguntado y le pidió, por favor, si podría ir algún día antes del domingo para sacarlo y desempolvarlo. Él tenía trabajo todos los días en aquellas fechas pero concordó que el mismo domingo por la mañana lo haría, rogándole que, a ser posible, lo que necesitara de él lo reservara para los miércoles, que era el día que él dedicaba para atender aquella casa.

—Oh sí, por supuesto. Esto ha sido un imprevisto.

Se disculpó y cuando él se hubo marchado, entró en la casa malhumorada por el hecho de que aquel hombre la intimidara. Se desnudó tirando la ropa sobre la cama, se puso una camisa de franela, un pantalón de pana con su cazadora y unas alpargatas y salió a pasear por el jardín. Se entretuvo mirando y admirando las plantas y arbustos. Ya

estaba anocheciendo, a pesar de que los días eran cada vez más largos y cálidos. Después se dio un baño mientras la voz de John Lennon parecía suspenderse en el vapor del agua del baño, llenando el ambiente de dulzura. Cenó en la cocina y, después de recoger, se sentó a leer en el salón. Pero, ¡maldita sea!, su mente iba y volvía a su encuentro con Curro y antiguas imágenes poblaban su mente sin darle cuartel, ¿Cómo podía ser, cómo podía aparecer así en su vida de nuevo y decir «hola, Carmen» como si tal cosa? ¿Acaso no recordaba que fue el primer hombre que la poseyó? El primero y el único. ¿Acaso no recordaba que la dejó preñada y

después pensó que él no podía tener un hijo en ese momento? ¿Acaso nada de eso significó nada para él?

Sin poderse contener comenzó a llorar. Lloró y lloró con dolor por las ofensas, con un rencor contenido que no sabía guardarse dentro de él, con unas ansias profundas de verlo sufrir y con unas ansias aún más profundas de besarlo, de sentir la pasión de ser poseída por él. Y lloró de pura vergüenza hasta que no pudo soportar el dolor de cabeza. Tomó un tranquilizante, se puso el pijama y, metida ya en la cama, retomó el libro.

Poco después dormía, un sueño angustioso.

A la mañana siguiente se levantó derrotada. Seguía con dolor de cabeza y el tranquilizante de la noche anterior le había dejado la boca reseca y espesa. Por suerte aún no tenía mucho trabajo que atender. Aparte de mandarle un informe a Eugenio, le tenía que amar y sabía que le notaría en la voz que algo pasaba, así que, después de organizar unas citas por teléfono para la mañana siguiente, con el propósito de tratar de verificar las mediciones del P. A. I., pasó parte de la mañana por el jardín tratando de recomponer su estado de ánimo y orando de vez en cuando, lo cual incrementaba su dolor de cabeza.

Sobre las doce y media sonó su teléfono móvil; la pantalla informó:

«Luisa Alzira». No le apetecía hablar con ella, pero nunca había dejado de atender una de sus llamadas; hacerlo ahora dejaría de manifiesto su malestar de una manera demasiado evidente. Respiró profundo y trató de que su voz sonara jovial.

—Buenos días, Luisa.

—Buenos días, Carmen —respondió en un suspiro sintiéndose aliviada—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, gracias.

—¿Te apetece que nos veamos esta tarde?

—Pues. . —titubeo buscando una excusa para decir que no.

—Si quieres podemos tomar algo en la cafetería del santuario del Lluch o si lo prefieres, podemos dar un paseo por las inmediaciones.

¿Qué te parece?

—Mejor paseamos.

Quedaron a las siete de la tarde.

Sí, definitivamente lo mejor era que se vieran antes de la fiesta que se daría en su propia casa y lo mejor era que dieran un paseo, así no estarían

tan pendientes la una de la cara de la otra. Además, aquel entorno era sumamente agradable.

Cuando colgó, comenzó a llorar de nuevo. Entró en la casa y se tumbó en la cama aún sin hacer quedándose nuevamente dormida.

Despertó a las cuatro de la tarde, incapaz de sacudirse la pereza y la desgana. Todavía no había comido nada ese día, así que se preparó una sopa, una ensalada con anchoas, un zumo y un café. Arregló la habitación, se duchó, se vistió y salió al encuentro de Luisa.

Las dos fueron puntuales, como siempre. Se encontraron en el lugar

establecido y, después de saludarse con besos, comenzaron a caminar.

Carmen tuvo claro desde el principio que Luisa quería darle una explicación y asegurarse de su amistad.

La voz de Luisa sonó apagada, como quien teme haber hecho daño.

Le contó cómo y cuándo conoció a Curro, cómo él le habló de ella de tal manera que siempre había sabido que fue una persona importante en su vida y que, como tarde o temprano en un pueblo todo se sabe, ella pensó que lo mejor era que se volvieran a ver como se habían visto.

Carmen estuvo de acuerdo en que había sido lo mejor preguntándose hasta qué punto Curro le había hablado de ella, puesto que no hacía mención a su embarazo, pero como ella tampoco quería ventilar aquellos asuntos, siguió dejando que Luisa hablara. Y así se enteró de que Curro se había enrolado en la legión a los pocos días de que ella desapareciera. Había estado en el Sáhara participando en el conflicto de la llamada Marcha Verde junto a Juan, el abogado que Carmen ya conocía, pues se encargaba de todos los contratos de la inmobiliaria de Luisa, además de ser su amigo de toda la vida. Fue Juan quien, años después de estar con Curro en el Sáhara, se encargó de que Curro se estableciera en Alzira y después le presentó a Luisa.

Luisa seguía hablando con voz dulce de cómo ella se enamoró de

Curro tan pronto como lo conoció y lo que le costó a él, traumatizado como estaba por la pérdida de quien había sido su novia y por sus experiencias en el Ejército, más concretamente en el Sáhara, trauma que también afectaba a Juan y, según él pensaba, a todos los que estuvieron allí. Aquello que para él apenas había sido una noticia sin mucha relevancia en algún periódico para ellos había sido una vivencia dura y cruel, en la que tuvieron que bregar no sólo contra el fuego enemigo, sino también con sus propios sentimientos, que en aquellas latitudes se descontrolaban. Tuvieron que ver a compañeros caídos y a otros que se

convirtieron en simpatizantes, e incluso colaboradores, de quienes poco antes fueron sus enemigos. Una vivencia que no pudieron compartir con ninguno de sus seres queridos, una vivencia que les produjo sentimientos encontrados, en una tierra que les era hostil y que, inexplicablemente, amaban más allá de lo racional.

Las dos rieron cuando Luisa comentó que pensaba que lo que taponaba las arterias de los que estuvieron en el Sáhara no era el colesterol, sino la arena del desierto. Después añadió con tristeza que era

por eso que el corazón de los sufría por el Sáhara, porque su sangre había sido espesada con arena del desierto que algún siroco les había introducido en sus pulmones.

Habían recorrido el lugar en círculos. Se sentaron un rato en un murete mirando el paisaje. Después, cuando se despidieron, las dos se encontraban mejor y las dos sabían que sí eran amigas, buenas amigas. Carmen aún no sabía cómo gestionar aquella amistad, pero lo cierto era que con Luisa todo era fácil.

—Bien, si no nos vemos antes, hasta el domingo —se oyó decir.

—Sí. Llegaré pronto para ayudar.

El resto de la semana pasó lento. Habló en tres ocasiones con Eugenio, que no comprendía cómo se podían haber equivocado en la medición de las parcelas, él le sugirió paciencia hasta que pudieran confirmar que había errores. Se vio con el ingeniero en el P. A. I. ,
otras cuantas llamadas y eso fue todo.

El sábado compró fiambres, frutos secos y refrescos para agasajar a las chicas el domingo.

A las siete y media de la mañana del domingo escuchó abrirse la verja y entrar el pequeño coche del jardinero. Se vistió y cuando salió a su encuentro, el jardinero ya salía del cobertizo con unas cuantas butacas de

jardín apiladas. Le ofreció café. Él depositó las butacas en el suelo y la miró obligándola a desviar la mirada hacia las butacas.

—Gracias, pero ya he desayunado —dijo al tiempo que de un vigoroso pel izco levantó el plástico que cubría las butacas causando una nube de polvo.

—Bien, entonces desayunaré yo —dijo mientras abría los brazos y palmeaba las manos con resignación, dándole la espalda y dirigiéndose a la cocina, donde había preparado dos tazas sobre la mesa, un poco rabiosa por que aquel hombre la intimidaba.

Cuando terminó de desayunar, sólo tuvo que ayudarle a bajar el tablero que estaba en lo alto de un estante metálico a un altura de unos dos metros, pero, una vez fuera, él lo cargó hasta la terraza, donde ya había dejado los cabal etes, y lo depositó sobre ellos. A continuación desató la cuerda que ajustaba el plástico que cubría el tablero. Esta vez enroló el plástico para no levantar tanto polvo y se llevó los plásticos detrás del cobertizo, donde había una pila de granito gris y cuerdas para tender. Puso a remojo los plásticos en agua jabonosa, volvió al cobertizo

y sacó una caja de cartón a la que le sacudió el polvo depositándola en la mesa que había formado con el tablero. De su interior sacó un mantel de plástico que simulaba un encaje mientras le decía sin mirarla:

—Éste es el mantel que se usa para este tablero. ¿Le bajo también la caja con las copas?

—Huum. . Sí —respondió Carmen, un poco confusa de ver que aquel hombre conocía más de su casa que el a misma y al intuir que al í se habían celebrado muchas fiestas.

Encima del tablero había otras cajas que ya se habían desempolvado y él estaba lavando y tendiendo los plásticos que había puesto a remojo, tras lo cual se dirigió hacia el a sacudiéndose la ropa como dando por terminado el trabajo, no sin antes preguntarle si necesitaba algo más. Sólo cuando ella respondió que eso era todo, le pidió sus honorarios, diciendo que eso no entraba en el precio que le pagaban. El a entró en la casa maldiciéndose por sentirse aturdida, tomó de su cartera el dinero que le había pedido y algo para propina que después no se atrevió a darle por temor a que lo rechazara. Él se despidió, tomó el coche y se fue dejándola al í resentida.

Pasó el resto de la mañana preparando unos canapés. Comió tarde y se sentó un rato frente al televisor. A las cuatro de la tarde l amaron a la

puerta. Era Luisa con Luci, Concha y los maridos de éstas, que la saludaron con besos efusivos, como si fuera un familiar al que hacía tiempo que no veían.

Luisa explicó que Curro llegaría después con Juan, que había tenido que llevar a su hija Nayara y a sus amigas a Valencia y que a la noche tenía que volver a recogerlas. Concha le contó que a su cuñada no le había hecho mucha gracia cambiarle el fin de semana para cuidar a su suegra, pero como ella no estaba dispuesta a perderse su fiesta de bienvenida, al final habían llegado a un acuerdo.

Como habían ido a ayudar se quedaron sorprendidos de que la mesa, las butacas y las demás cosas ya estuvieran fuera del cobertizo y a punto. Carmen explicó que el jardinero lo había sacado aquel a misma mañana y que ella, pensando que llegarían un poco más tarde, aún no se había arreglado.

—Bien, pues mientras tú te arreglas o haces lo que quieras, nosotras terminaremos de preparar la mesa —dijo Luci, siempre tan dispuesta—.

¿Podemos cortar flores y algo de verde? —preguntó acto seguido.

—Sí, lo que queráis —respondía Carmen mientras ya la empujaban hacia dentro de la casa para que se arreglara.

Mientras se daba una ducha rápida pensó que no había previsto que las chicas viniesen acompañadas de sus respectivos esposos. El a nunca había organizado una fiesta en su casa; en las que había ayudado de alguna manera a organizar eran las del trabajo o las que en fechas señaladas organizaba el padre Vicente en la parroquia; sólo a esa clase de fiestas había asistido como invitada. La invadió una bocanada de compasión por el a misma que trató de disipar esmerándose en su acicalamiento, un poco aterrada ante la perspectiva de que Curro también asistiría a la fiesta.

Cuando salió de nuevo al jardín, habían llegado más invitados. Todos le besaban y le daban la bienvenida. Las chicas habían hecho un trabajo excelente con la mesa. En el centro lucía un ramo de flores; a su alrededor se habían colocado las copas y pilas de platitos; delante de las copas, bandejas con los cubiertos y a ambos lados de los cubiertos, servil eteros con servil etas de papel decoradas; en la parte izquierda de la mesa, botel as de vino y refrescos; al fondo y delante de estos, los canapés y demás platos que las chicas traían: pol o frío, tortil as y pasteles; en la parte derecha, botel as de champaña y licor; al fondo y delante de éstos,

tartas y postres caseros. Detrás de un seto habían colocado una gran palangana que, al parecer, habían sacado del cobertizo, donde irían amontonando los platos y copas sucios, y un capazo de goma para los restos. Sonaba música de ambiente desde un aparato portátil que habían instalado en una mesita auxiliar y del que siempre en todas las fiestas se ocupaba el marido de una de las chicas, según se enteró después. Habían distribuido grupos de cuatro butacas en forma de «u» alrededor de pequeñas mesas auxiliares, en cuyo centro lucían gordas velas de colores aún apagadas. La idea era que se formaran pequeños grupos que pudieran hablar, pero sin darse la espalda ningún grupo.

A las seis y media ya estaban casi todos al í. Carmen nunca en su vida había recibido tantos besos y todos se comportaban con tanta naturalidad que pensó que parecían sus amigos de siempre. Con todo, Luisa y Luci la escoltaban casi de continuo. Observó que todos los hombres merodeaban la mesa, pero nadie tocó nada hasta que las chicas declararon la fiesta abierta. Entonces todos llenaron sus platos y mientras festejaban lo bueno que estaba todo, de vez en cuando alguien se dirigía a alguna de

las chicas diciendo:

—Esto lo has hecho tú, l e va tu sel o. ¡Está de muerte!

Carmen estaba encantada de ver lo bien que se lo pasaba aquel a gente y de pensar que aquel a era su fiesta. «Amistad, armonía, alegría..., esto es Valencia», pensó y se sintió feliz de haber vuelto a su tierra.

Sobre las siete y media l egó Curro con un amigo, justo cuando menos lo esperaba y cuando ya se había olvidado de él.

Todos los ojos se posaron en el os mientras Curro la besaba en las mejil as y le daba un abrazo de oso, presentándole a continuación a su amigo Juan, quien también la besó, mientras Luci le informaba:

—Es el soltero del grupo.

Juan, sujetándole aún la mano, le dijo refiriéndose a las chicas:

—¿Aún no han intentado casarte? Porque a mí me taladran.

El as rieron y ellos sentenciaron:

—Ya caerás, ya.

Al tiempo que Carmen respondía:

—Les diré que hasta que no lo consigan contigo, no lo intenten connmigo.

Todos rieron y siguieron un poco más con la broma.

Curro y Juan se acercaron a la mesa y se sirvieron generosos platos.

Juan se quedó de pie hablando con alguien sobre el trabajo.

Curro se acercó hacia donde estaba su esposa con Carmen, la rodeó por los hombros y la besó en la sien, mientras se dirigía a Carmen:

—Esto está precioso.

—Las chicas saben organizar fiestas —concluyó Carmen, satisfecha.

—Excepto por la música. ¿Pero qué le pasa a este tío hoy? —le preguntó a Luisa, quien desembarazándose de sus brazos dijo:

—Yo lo arreglo. —Y se fue a revisar la música para que pudieran hablar un rato solos. Curro aprovechó la ocasión para decir con vehemencia:

—Carmen, me alegro mucho de verte, de verdad.

Carmen clavó sus ojos en él cuando, con amable frialdad, respondió:

—Gracias.

No usó su nombre ni dijo «yo también». Curro se sintió dolido y se dio cuenta de que casi había olvidado aquella mirada, pero no, aún la conocía, por eso la aguantó.

—¡Dios mío, Carmen! ¡Cuánto tiempo sin asomarme a tu mirada!

Ese comentario la obligó a bajar los ojos mientras se ocultaba tras su risa cantarina.

—Eso es porque hace mucho tiempo que no me ves.

Juan y Luisa se acercaron, después otros se unieron al grupo. La fiesta fue pasando por diferentes etapas: la de comer, la del champaña y los licores, la de los chistes y las risotadas, la de los bailes movidos sin que faltara el *twiss* de La chica ye-ye y Paquito el chocolatero, colofón de cualquier fiesta en Valencia.

Hacia las ocho ya había anochecido. Las chicas fueron las primeras en abrigarse con suéteres o chales y una especie de sopor se había apoderado de casi todos. Algunos estaban sentados sin hablar, otros andaban por el jardín y el huerto contando confidencias familiares. Concha tomó un mechero y prendió las gruesas velas, el encargado de la música ahora puso algo suave y algunas parejas comenzaron a bailar muy pegados. Se creó un ambiente apacible y romántico que invitaba a sentarte y esperar a que no terminara nunca.

Pasaba un poco de las nueve cuando algunas de las chicas comenzaron a decir que aquel o se terminaba y comenzaron a recoger. A pesar de las protestas de Carmen acomodaron los platos y copas en el lavavajillas, repartieron las sobras entre todas las bandejas para que todas se llevaran a

casa de todo, limpiaron la mesa y pasaron la escoba. Después de las nueve y media comenzaron a marcharse. Los primeros fueron los últimos que habían llegado, Juan y Curro, que tenía que recoger a Nayara. Poco después, casi todos los demás, volviendo a quedar los dos matrimonios con Luisa y Carmen. Ellos apilaron las butacas y las llevaron al cobertizo junto con el tablero y las mesitas auxiliares apiladas. Ellos terminaron de

recoger lo demás dejando para Carmen lavar el mantel, sacar las cosas del lavavajillas y meter las cosas en las cajas dentro del cobertizo.

A Carmen le pareció que todo había sido perfecto. Aún notaba en su cuerpo la presión del abrazo de Curro y la tibieza de sus labios sobre sus mejillas y se sentía complacida. Trataba vez tras vez de apartar esa dulce sensación de su mente, pero no podía, por eso se sintió complacida de que al menos no se hubiese notado la satisfacción que le había producido aquel abrazo. Y aunque era evidente que todo el grupo sabía ya que ella fue la antigua novia de Curro, nadie había mostrado malestar y todo se había desarrollado de una manera cortés.

Capítulo XI

Los siguientes meses pasaron rápidos. En el P. A. I. se habían corregido los fallos y comenzó el movimiento de tierra. El a se entrevistó con Julio, director de una entidad bancaria, por asuntos laborales, pues ahora necesitarían trabajar con alguna entidad de Valencia. Julio era el esposo de Rosita, una de las chicas que, además, era hermana de Juan. También se vio con Juan, dejando puertas abiertas para trabajar. Tomaron un par de refrescos como amigos. No faltó a las cenas de mujeres solas.

Una tarde se marchó con Luisa y Rosita a Valencia a comprar zapatos y aquél a fue la primera vez que el a hacía algo semejante: salir de compras con amigas. El resultado fue que compró unos zapatos de tacón.

Cuando llegó a casa rió para sus adentros pensando lo fuerte que era la presión de grupo, pero sintiéndose reconfortada por tener la sensación de pertenecer a ese grupo.

Coincidió con Curro en alguna ocasión, pero siempre alguno de los dos llevaba compañía, lo que los acostumbró a verse sin sentirse molestos. Eugenio fue a Valencia un par de veces desde Madrid, pero por no molestarla, se hospedó en el hotel Reconquista, donde tantas veces se había alojado en otras ocasiones Carmen. Ella se enfadó porque no se quedaba en su casa, pero le preparaba la cena todas las noches. Eugenio, acompañado por Carmen, se entrevistó con Julio en su despacho del banco, con Juan en su despacho y con Curro y Luisa en su inmobiliaria. La última noche que pasó Eugenio en Alzira, Carmen preparó una cena a la que invitó a Julio y Rosita, a Curro y Luisa, y a Juan. Sólo esperaba que a nadie se le ocurriera comentar delante de Eugenio que Curro y ella habían sido novios de jóvenes. No es que tuviera importancia, es que sabía que Eugenio no pararía de preguntar hasta sacarle todo. Pero la cena discurrió entre asuntos de trabajo, chistes y comentarios sobre las bonitas playas de la comunidad, hasta que Rosita sacó a relucir el tema de

los hijos adolescentes y a Carmen le entró el pánico pensando hacia dónde podía virar ese tema. Mientras pensaba cómo distraerlos de esa

conversación, escuchó a Eugenio quejarse de que su esposa tenía verdaderos deseos de quedarse embarazada y aún no lo habían conseguido, por lo que pensaban pasar las vacaciones en París.

—... Por aquel o de que los niños vienen de París.

Y todos rieron.

Carmen aprovechó la ocasión para disgregar el grupo. Les pidió a las chicas que la ayudaran a recoger. A ellos los invitó a sentarse alrededor de una mesita auxiliar donde les dejó el proyecto de Eugenio para que le echaran un vistazo y volvieron a enfrascarse en conversaciones de trabajo.

A la mañana siguiente Eugenio volvió a Madrid y ella estaba totalmente integrada en el grupo.

No todas las noches tenía que mandarle un informe a Eugenio, pero sí que lo hacía regularmente, como también regularmente mantenía contacto con el padre Vicente, con Rafael y menos frecuentes con Estíbaliz.

Con la llegada del verano casi todos los días se juntaban unas cuantas chicas para ir a tomar el sol en casa de alguna de las que tenían piscina. La de Rosita, al ser comunitaria, no la visitaban mucho, de manera que siempre era Luisa la anfitriona para tal menester, pero este año se le evó el premio a la de Carmen, pues al vivir sola, podían tomar el sol desnudas sin

temor a que en el momento menos esperados apareciese el marido, los hijos o los abuelos.

En el mes de julio Carmen sólo trabajaba hasta las dos. Sobre las cuatro y media llegaban unas cuantas chicas a tomar el sol. Así fue Carmen conociéndolas poco a poco, porque ellas hablaban de todos los temas y problemas abiertamente, de sus apuros económicos, de las frustraciones por que sus hijos no se comportaban como ellas habían esperado, de sus malas rachas en el matrimonio y de cómo ellas o ellas habían coqueteado con otros e incluso de los problemas con los parientes políticos.

Carmen estaba sorprendida de que ventilasen así sus trapos sucios y de los fuertes lazos de amistad que las unía, pues nunca usaban la información que sabían las unas de las otras para hacerse daño cuando entre ellas se enfadaban, algo que hacían con más frecuencia de la que cabría esperar. Se ayudaban como hermanas con los hijos, con los padres,

con la compra, con las tareas de casa y hasta en asuntos económicos; parecían una comuna, sólo que cada cual tenía su casa.

Para Carmen todo aquello era surrealista y algunas veces hasta le resultaba molesto, pero dentro de ella pensaba que era la mejor manera de vivir sin tener que fingir nada, sin tener que esconder ningún pecado, asimilando que te puedes equivocar pero que después puedes hablar de el o sin que nadie te menosprecie.

Los miércoles no tenía visita porque era el día del jardinero y algunos otros días ponía alguna excusa para poder tener intimidad, pues algunas veces le agobiaba la presencia continua de las chicas. El las aceptaban sus excusas, aunque no era su estilo; ellas simplemente hubiesen dicho:

—Chicas, dejadme descansar unos cuantos días, que me agobiáis.

Y ninguna se hubiese enfadado.

Pero ella no estaba acostumbrada a enfrentar las cosas tal como eran; siempre ponía excusas y nunca mostraba sus sentimientos.

Aquel sábado saldría al cine con Luisa, Curro y Juan. Los había invitado a merendar. Aún no se sentía cómoda en presencia de Curro, pues no era capaz de asimilar que formaba nuevamente parte de su vida, pero ahora interpretaba otro papel mientras que se despertaban en ella unas emociones que creía olvidadas y que en aquellos momentos no eran lícitas. Aunque, maestra como era del saber estar, disimulaba sus sentimientos hasta con ella misma, de tal manera que se negaba a

reconocerlos.

Mientras Carmen estaba en su habitación con la intención de coger la chaqueta para salir, sonó el timbre de la calle.

—Mira a ver quién es, Luisa, por favor —pidió desde la habitación.

Luisa vio por la pantalla del interfono en blanco y negro un coche con la puerta abierta y dos ocupantes. Descolgó y preguntó:

—¿Qué desean?

Una voz jovial contestó:

—Mamá, ¿no nos conoces?

Sorprendida interrogó:

—Perdonen, ¿por quién preguntan?

El joven que había hablado cambió el tono de voz:

—Oh, perdone, la había confundido con mi madre. Soy el hijo de Carmen. ¿Está mi madre en casa?

—Sí, sí, pasen.

Luisa, expectante, abrió la cancela de la parcela mientras que Curro y Juan, que habían escuchado lo sucedido, no reaccionaban.

Luisa salió a la puerta y vio acercarse el coche, que paró ante la puerta.

De él descendió un joven de cuerpo esculpido por el gimnasio cuya sonrisa le resultó familiar, el cual tendiéndole la mano se presentó:

—Soy Rafael, el hijo de Carmen. Ésta es Gloria, mi esposa.

Luisa le dio la mano a él, la besó a ella y los invitó a pasar al tiempo que Carmen salía de la habitación preguntando quién había el amado.

—Mamá. —Rafael abrió los brazos de par en par.

—¡Rafael!

Carmen corrió hacia él y se fundieron en un abrazo. Después abrazó a Gloria, se separó de ella tomándola de las manos para mirarla de arriba a abajo y le dijo que estaba guapísima. Les preguntó por qué no habían avisado de que llegaban. Querían darle una sorpresa fue la respuesta.

Y vaya que se la habían dado. Y no sólo a ella, sino también a aquellos tres espectadores que miraban la escena incrédulos y mudos, hasta que Carmen, un poco incómoda de compartir parte de su vida con ellos, los presentó:

—Son mis amigos Juan, Curro y Luisa. Ya os he hablado de ellos. —Y dirigiéndose a ellos les dijo—: Tendremos que dejar el cine para otra ocasión.

—¿Te ibas al cine? Pues vete, sólo dinos donde podemos dormir —le

interrumpió Rafael.

—De eso nada —protestó—. Hace meses que no os veo.

—Seguro que hace mucho más que no vas al cine —trató de convencerla Rafael.

—El cine no es mi familia.

—¿Por qué no nos acompañáis? Así Carmen lo tendrá todo: cine y familia —acertó a sugerir Juan.

—Bien —aceptó entusiasta Gloria—. Pero permitidme primero ir al baño.

Carmen protestó. Rafael comentó que no le apetecía conducir más.

Gloria puso como condición que la tenían que invitar a palomitas y finalmente marcharon hacia el cine: Curro y Luisa, aplastados por la

sorpresa, en un coche y los otros cuatro en el Mercedes CLX de Carmen conducido por Juan, que había llegado hasta allí en el coche de Curro.

Durante el trayecto Juan se interesó por dónde vivían, por su trabajo y

lo que éste les aportaba, y terminaron comentando el efecto que producía

en Alzira que una mujer como Carmen condujera aquel Mercedes de

gama alta gris metalizado.

—Es que Eugenio la cuida muy bien —comentó Rafael en una sonrisa mientras miraba a su madre.

—Sí que la cuida, sí —concordó Juan.

—Envidia cochina que tenéis —dijo Carmen con guasa y todos rieron afirmando que sí.

Los jóvenes tomaron un sándwiches ante la atenta mirada de Carmen, mientras los demás se encargaban de las entradas. Gloria tuvo su paquete grande de palomitas que terminó compartiendo con todos y, poco después de comenzar la película, los dos jóvenes apoyaron sus cabezas el uno en el otro y se durmieron. Juan pasó su brazo por los hombros de Carmen acercando su boca a su oído para decirle en un susurro:

—No sabíamos que tenías un hijo.

—Hay muchas cosas de mí que no sabéis.

—¿Es hijo de Curro?

El a se desembarazó de su brazo y se sintió vulnerable. ¿Qué sabía Juan de eso? Recordó de pronto como única explicación que Juan había estado con Curro en el Sáhara. Sin duda, Curro le habría contado que tenía la novia preñada.

Sin dejar de mirar la pantala se llevó un índice a la boca:

— *Chi i sssttt t.*

Juan intuía que no era interés por la película por lo que no quería hablar, como también intuía que los cimientos emocionales de muchos se tambalearían si ese muchacho resultaba ser el hijo de Curro.

Ni Curro ni Luisa pudieron dormir aquel a noche cuando apagaron la luz de la habitación después de un triste «buenas noches». Curro comenzó a moverse en la cama desasosegado. De vez en cuando un flash de luz cegadora se encendía en su mente, como cuando se ilumina por unos segundos la pantalla del cine en una sala oscura sin que aún muestre ninguna imagen. Y de repente la veía acercarse a él, joven y lozana, con aquellos zapatos rojos de tacón alto que hacían interminables sus piernas,

con aquella sonrisa de satisfacción, con el embrujo de su mirada. Y escuchaba su voz jovial y cantarina, como corrientes de presurosas aguas, anunciarle:

—Estoy embarazada.

Y volvía a sentir el mareo y el desasosiego de aquel día que sólo podía aliviar besándola y abrazándola contra sí, mientras él negaba una y otra

vez aquel a realidad. De nuevo, en la oscuridad de su habitación, sintió deseos de besarla, de abrazarla, de poseerla y se revolvía en la cama y se repetía el flash. . Y se repetían las imágenes y las sensaciones.

Intuyendo que Luisa adivinaba sus pensamientos, se levantó a oscuras y marchó hasta el salón, donde dio vueltas y más vueltas en paseo interminable, como león enjaulado.

Luisa por su parte, boca arriba en su lecho, fue presa de un terror que la dejó inmóvil. Silenciosas y cálidas lágrimas resbalaban hasta sus sienes y le embargó una soledad como ella no conocía. Sintió compasión por Curro, por todo el sufrimiento que esta vez el a no podía consolar porque tenía mucho miedo. Y sintió compasión por su hija, Nayara, porque tenía un hermano cuya existencia desconocía. Y sintió compasión por Carmen, quien no había podido compartir lo mejor de su vida con el padre de su hijo. Sintió compasión por Rafael que, a saber qué infancia había tenido y a saber qué era lo que le habrían contado de su padre. Pero sobre todo y por primera vez en su vida sintió una profunda compasión por el a misma. Se sintió pobre, sola, vieja, débil, frágil y sintió deseos de morir y mucho, mucho miedo por lo que pasara a partir de ahora.

Estaba amaneciendo cuando Curro entró en la habitación con mucho sigilo, se vistió con un chándal, se calzó unas zapatillas y salió a correr.

El a fingió estar dormida y poco después se durmió de verdad. Cuando despertó el sol ya estaba muy alto. Se preparó un café y salió a la terraza. Vio a Curro dormido sobre una colchoneta en la piscina. Entró en el baño, se recogió el pelo en una coleta para no mojárselo, se desnudó y se envolvió con una toalla que al llegar a la terraza dejó sobre el suelo. Entró poco a poco en la piscina tratando de no despertar a Curro. Notó el agua muy fría, sobre todo cuando le llegó a la pelvis y después al llegarle a los senos. Hizo un par de largos a braza para no salpicar, después apoyó los brazos en la colchoneta dando lugar a que entrara agua fría sobre ella y a que Curro se despertara.

Le dio un beso en el brazo diciéndole:

—Te vas a quemar, vete a la cama.

—Huumm, no, que estoy muy bien aquí.

—Anda, yo te acerco a la escalera y te metes en la cama. Aquí te estás achicharrando.

Él anduvo en paso titubeante hacia la habitación y ella lo siguió envuelta nuevamente en la toalla. Él se despojó del bañador húmedo y

ella de la toalla. Los dos se tumbaron en la cama; él la abrazó.

—Huumm. ., ¡qué fresquita estás!

—Sí, el agua estaba fría.

Y lo besó e hicieron el amor con una profunda tristeza, con una gran pena y con la sensación de que no era lícito lo que estaban haciendo, que no era eso lo que querían hacer, por lo que emocionalmente no alivió a ninguno de los dos, pero al menos relajaron sus cuerpos. Después se quedaron nuevamente dormidos.

Luisa apenas durmió media hora. Después sonó su móvil y lo descolgó rápidamente mientras salía de la habitación para no despertar a Curro. Era Nayara; estaba con las amigas en un tenderete de feria donde había una gargantilla monísima que le gustaría lucir con uno de sus vestidos y le pedía que, por favor, viera si el bordado del bajo de dicho vestido era más verdoso o azulado.

No tuvieron ganas de ver a nadie ni de salir, así que comieron solos ensalada y restos de cosas que tenían en la nevera. Apenas les pasaba la comida, no se atrevían a mirarse y no se hablaban. Luisa sabía que tenía que aclarar el asunto, pero estaba confundida y no sabía qué hacer.

De pronto se sorprendió de oír su propia voz clara y serena que, sin ella habérselo propuesto, dijo:

—Rafael es tu hijo.

No fue una pregunta, fue una aseveración.

A Curro le pareció haber oído su propio pensamiento y miró a su mujer para comprobar que era ella quien había hablado. Sus miradas se cruzaron un momento. Curro se sintió frustrado, abrió ambas manos dejando caer el tenedor y el cuchillo sobre la mesa y repuso con voz cansada:

—¿Quién sabe? A saber qué clase de vida ha llevado Carmen todos estos años.

El a protestó dolida:

—Pero si es tu pura estampa. Además, no creo que Carmen sea de éstas.

Él se levantó de la mesa de un salto, incapaz de estarse quieto, y comenzó a pasear arriba y abajo levantando la voz para decir:

—¿Ah, no?.. ¿No crees que sea de éstas? ¿Y qué crees que habrá hecho todos estos años, bordar mantos a la virgen?

La sola idea de que Carmen tuviera una vida que él no controlaba le desesperaba, le volvía loco. Y al í estaba su propia esposa, defensora de quien le había abandonado sin dar una explicación.

Estaba fuera de sí, necesitaba patear algo y lo pagó el sofá. Luisa estaba asustada de verlo en ese estado, pero eso la hacía estar más lúcida. Sacudió la cabeza para aclarar sus ideas.

—De todas formas, no estamos hablando de Carmen sino de Rafael.

Si es tu hijo, resulta que Nayara tiene un hermano.

Ahora sí que paro en seco. Si en ese momento le hubiesen clavado un cuchillo, ni una sola gota de sangre habría brotado, pero.. ¿qué era lo

estaba diciendo esta mujer?, ¿se había vuelto loca o qué? Una cosa era que él fuese el maldito padre de ese chico y otra cosa era que ese tío fuese hermano de Nayara, su querida Nayara.

Pero... una cosa significaba la otra. Maldita sea. Cuando reaccionó se dirigió como un loco hacia las llaves del coche mientras le espetaba a su esposa:

—Vete a la mierda.

Y se dio un traspie con la silla del comedor mientras salía como alma que lleva el diablo.

Sin saber adónde ir, arrancó el coche y salió con un fuerte acelerón.

Luisa se quedó llorando en silencio y, después de un buen rato, lloró a Juan para contarle todo y hacerlo partícipe del temor de que Curro en ese estado pudiera tener un accidente.

Juan la tranquilizó, trató de animarla y finalmente aconsejó:

—Tenéis que tranquilizaros y saber esperar.

—¿Esperar qué, Juan?

—A que Carmen nos diga quién es el padre.

Luisa sonrió con amargura:

—¡Pero Juan, si es una réplica de Curro cuando era joven!

—Escucha, tranquilízate. Mucha gente tiene parecido con otras personas sin que tengan ningún parentesco entre sí.

—¿A quién pretendemos engañar, Juan? Éste no es el caso, si no ¿qué me dices de la reacción de Curro? ¿Estaría en este estado si no pensara que es su hijo?

—Luisa, Luisa. ., la reacción de Curro es normal, no te preocupes.

—¿Normal?

—Luisa, tú mejor que nadie sabes por lo que pasó Curro. Toda su vida ha llevado a sus espaldas el remordimiento del aborto de su hijo. Siempre se sintió asesino de su propio hijo, incluso a veces de la propia Carmen, pues en ocasiones también pensaba que habría muerto. Y hace unos meses aparece Carmen vivita y coleando. Cuando aún no lo hemos ni asimilado, aparece un hijo de ella. Es traumático para todos, Luisa, pero más para él.

Luisa comenzó a llorar ahora con un llanto convulsivo y entrecortado.

—¿Y qué le voy a decir a Nayara?

—Luisa, Luisa, escúchame: no tenéis que decir nada a Nayara, no tenéis que decir nada a nadie.

Luisa l oraba y Juan comenzó a alarmarse.

—Luisa, Luisa. ., ¿me oyes? No tenéis que decir nada a nadie, sólo tenéis que esperar, no podemos precipitar las cosas. Si hemos estado así treinta años, podemos esperar un poco más. Vente a mi casa. ¿Quieres venir o quieres que vaya yo?

—No, lo que quiero es que busques a Curro para que no le pase nada. Se tranquilizó un poco.

—Curro estará bien. Como mucho le dará una patada algún muro y se romperá el pie, pero nada más.

Luisa sonrió. Nadie conocía a su marido como Juan. Los meses que habían pasado juntos en el Sáhara los había unido como hermanos, y después de aquel o Juan lo ayudó a rehacer su vida: le consiguió trabajo en Alzira y poco después los presentó.

Juan siempre había formado parte de el os. A veces bromeaban diciendo que sólo les faltó llevárselo al viaje de novios.

Después que hubo tranquilizado a Luisa, l amó al teléfono de Curro.

Éste no descolgó. Cinco minutos después volvió a l amar con igual

resultado. Volvió a intentarlo cinco minutos después y nada. A la quinta vez que lo llamó escuchó la voz seca de Curro.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde estás?

—¿Dónde estoy? —dijo con sarcasmo—. Tocándome la polla. ¿Qué quieres? —preguntó con desgana.

—Pues quería tomar una cerveza contigo, pero si lo que se impone es tocarse la polla, nos la tocaremos juntos. ¿Dónde mierda estás? —su voz era potente y severa, lo cual suavizó a Curro, que ahora habló con más mesura.

—Mira, Juan, déjalo, no tengo ganas de rollos.

—Yo tampoco tengo ganas de rollos, pero cosas peores que ésta hemos solventado.

Curro, sentado dentro del coche estacionado en las afueras, cerró los ojos y levantó la cabeza. Era evidente que Juan había hablado con Luisa.

Y tenía razón, cosas peores habían solventado.

—Está bien —dijo en tono cansado, aunque Juan no suavizó el suyo.

—¿Está bien? ¿Qué está bien?

—¿Que dónde nos vemos?

—¿En qué condiciones estas? ¿Puedes conducir? —Ahora Juan usó

un tono paternal; siempre le había tocado ejercer de hermano mayor.

—Estoy hecho polvo pero no he tomado ni un trago. De hecho, ni he comido.

—Vaya por Dios, entonces en mi casa. Te prepararé algo. ¿Cuánto tardaras?

Curro se impacientó:

—Nada, nada, en unos minutos estoy ahí.

Juan le amó a Luisa para decirle que ya lo tenía controlado, que le iba a preparar una pizza y que no se preocupara, que cuando saliera de su casa la volvería a amar y que hiciera el favor de salir un poco para despejarse.

Luisa le amó a una de las chicas para tomar un helado, con lo que aquella misma noche todas sabían ya que Carmen tenía un hijo, pero no quién era el padre.

Curro llegó al piso de Juan.

Era el típico piso de soltero, con cocina americana y una sola habitación con baño. Contaba además con un balcón de unos diez

metros en el que lucían dos preciosos ficus benjamín, una hamaca blanca

y dos pequeñas mesitas auxiliares, una para el ordenador y otra junto a ésta para el paquete de *snack* y la cerveza. Juan no tenía mesa de comedor, pero tampoco comía nunca en la barra de la cocina; lo hacía siempre sobre la mesa de centro que tenía frente al sofá de tres plazas en el que se sentaba para comer y donde dormía casi todas las noches frente a la televisión o el ordenador.

Ahora había retirado de allí el ordenador y había extendido un mantelito de flores sobre el que dejó dos juegos de cubiertos, dos cervezas, un platito con almendras, otro con aceitunas y dos platitos vacíos donde depósito porciones de pizza cuando estuvo preparada, dejando el resto en el plato grande.

—¡Vaya cara que pones! —le dijo a Curro sin ni siquiera mirarlo mientras le servía la pizza.

—¿Qué quieres? Me pasé toda la noche sin dormir y estoy de una hostia que no veas.

—Sí, ya me ha contado Luisa que no es tu mejor día.

—¿Luisa? ¡Maldita sea Luisa! ¡No para tío, lo saca todo de madre!— dijo haciendo un gesto de desdén.

—Hombre, el asunto no es para menos, pero ya le he aconsejado que se calme hasta que Carmen diga algo.

—¿Carmen? ¡Otra que tal! Pero.. ¿tú sabías que tenía un hijo? ¿Y sabes que Luisa se empeña en que es mi hijo? ¿Sabes que dice que es el hermano de Nayara? ¡Me cago en la hostia!

Y tiró el trozo de pizza con rabia contra el plato. Ésta se partió al estrellarse y un trozo cayó en el plato de Juan, quien lo cogió con los dedos y se lo tiró en su plato mientras le preguntaba sin mirarlo y sin levantar la voz:

—¿Tú qué piensas?

Ahora los dos se miraron.

—¿Qué quieres que piense?

Continuaban mirándose.

—Quiero que pienses que ahora no es nada, pero que Luisa tiene razón y que Carmen tendrá que dar a conocer al padre de su hijo. Si resulta que eres tú, pues eres tú y no hay nada que esconder.

Ahora Curro perdió los estribos:

—¿Pero tú eres imbécil o qué? ¿Cómo que no hay nada que esconder?

¿Y qué hago? ¿Voy a mi hija y le digo: «Mira, es que resulta que tienes un

hermano que es un tío de casi treinta años»? «¿Cómo es eso?» «Pues verás, tú sabes que el papá tuvo una novia antes de conocer a la mamá, pues. . resulta que la dejó preñada y no tuve huevos para hacer frente a la situación. Como resulta que tu querida abuelita la quería hacer abortar, pues la chica se fue por esos mundos de Dios y nadie supo nada de ella. El disgusto le costó la vida al abuelo de tu hermano y ahora. .». — Empezó a llorar a moco tendido—. Destrozaré nuestra vida.

Juan se levantó y le abrazó dándole palmaditas a la espalda. Era evidente que la situación no era muy halagüeña y Curro la había pintado tal cual la había vivido siempre: responsabilizándose de lo ocurrido y pensando que no había dado la talla, culpando a su madre de la huida de Carmen y a Carmen de la muerte de su padre... Todo se desencadenó por él, así que siempre se sintió culpable de todo. Juan seguía dándole palmaditas.

—Curro, vamos, a lo mejor no es tu hijo y todo esto sobra.

—¿Pero tú lo has visto, Juan?

—Sí.

—¿Y qué?

—Pues que está hecho un mulo de gimnasio y tú eras muy esmirriado.

Por lo demás. . sois clavados.

Curro se convulsionó en el auto.

Cuando por fin se tranquilizó, pudieron comerse la endurecida pizza.

Una hora, dos cervezas y dos whiskys después Curro, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, confesaba a Juan que cuando se casó con Luisa ya hacía tiempo que había perdido toda esperanza de volver a ver a Carmen. Aunque pensaba que había muerto, siempre guardaba la esperanza de verla aparecer en cualquier momento.

Pero Luisa, la dulce Luisa, con su comprensión, con sus caricias, con sus gestos de ángel, fue vendando y vendando aquella herida, hasta que él olvidó que la tenía. Cuando Carmen apareció de nuevo, «maldita sea la hora», aquel vendaje cayó mostrando la fea herida. Desde entonces no deseaba otra cosa que estar con ella para saber los pormenores de su vida.

Necesitaba, realmente necesitaba saber cómo había vivido, qué le había pasado, cómo había llegado a formar parte de aquella empresa. . y si había habido algún hombre en su vida.

—Juan, ¿tú crees que habrá habido algún hombre en su vida?

—Ella les dice que no a las chicas.

—Pero ¿tú que crees?

—Que es una mujer muy hermosa y que debe de haber tenido muchos pretendientes. Aunque, es cierto que crea a su alrededor un círculo de frialdad que la protege.

—Sí, cuando era joven muchos la deseaban, pero de lejos, porque si alguien se atrevía a decirle algo, lo miraba con tal severidad y fuerza que les helaba hasta la sonrisa. El a se daba la vuelta y se marchaba, y el que se había atrevido aún estaba al í parado, más desconcertado que si le hubiesen dado un bofetón.

Su voz se endulzó mientras seguía el relato.

—En cambio conmigo su mirada siempre me daba la bienvenida. Su sonrisa me envalentonaba y me hacía sentir más hombre que ninguno que tuviese veinte años más que yo. Estar a su lado era la perfección.

—¿La quieres todavía? —El tono de Juan fue neutro, pero no fue por eso que no le importó la pregunta, sino porque estaba acostumbrado a que él fuese su conciencia.

—Siempre la he querido, Juan, pero si me preguntas si tiraría por la borda toda mi vida ahora por el a, la respuesta es no. Ninguno de los dos somos ya unos jovencitos.

A Juan le quemaron en los labios otras preguntas que no formuló pero

que le pululaban por la mente: «¿y si fueseis más jóvenes?. ¿y si no existiera Nayara?». . pero no las pronunció. En cambio sí se atrevió con otra:

—¿Y a Luisa, quieres a Luisa?

—Luisa es lo mejor que me ha pasado, es la estabilidad en mi vida. No podría vivir sin el a.

No era lo que pretendía escuchar pero se dio por satisfecho.

Pusieron la tele y la programación y los whiskis los adormeció un rato recuperando Curro la compostura. Cuando se despidieron Juan l amó a Luisa como habían quedado. Le preguntó como se encontraba y anunció que Curro estaba en camino.

Luisa había protagonizado un pequeño drama delante de su amiga, quien había l amado a dos más. Se reunieron en casa de una de el as que estaba sola y entre todas consolaron a Luisa quitándole importancia al

asunto, mientras que entre el as se miraban, levantaban las cejas y apretaban los labios. Le prepararon un par de tilas y cuando se hubo calmado, *gintonic* para todas. En un momento de reflexión una dijo:

—Lo cierto es que todos los tíos son unos cerdos. ¿Recordáis cuando estaba embarazada de mi segundo hijo y a la antigua novia de mi marido le dio por echarle los tejos? Él le decía que no y que no, pero bien complacido que se sentía de tenerla ronroneando. Hasta que un día los vi en una cafetería tomando un café y al á que me fui. Me planté en medio de los dos y le dije con toda la sangre fría de que fui capaz:

—Mira, ahora que estamos aquí los tres y nos vemos las caras, te digo que tienes una cosa que hacer: elegir entre esta caliente braguetas o yo. Si dentro de cinco minutos no estás en casa, ya se cuál ha sido tu elección y no hace falta que vuelvas.

El a se quedo muda y él sólo acertó a decir:

—¿Pero qué dices? ¿Estás loca o qué?

Pero yo ya no le escuchaba. Salí de al í con toda la compostura que pude, pues mis piernas temblaban, y cuando legó a casa tuvimos la bronca del siglo. Él me gritaba diciéndome que lo había avergonzado delante de todos los del bar y yo con sarcasmo le decía que desde cuándo se avergonzaba si era un sinvergüenza. La bronca fue tan grande que me puse a sangrar y tuvieron que l evarme al hospital. Por el camino le decía:

—Como le pase algo a esta criatura te mato a ti y a la caliente braguetas esa.

Él estaba tan asustado que ya no me decía nada y ése fue el final con su antigua novia. Pero unos cerdos son todos unos cerdos.

Después tomó la palabra otra de las chicas para contar los trapos sucios de su esposo. Aquello era un ritual que se repetía cada vez que una de ellas pasaba por una fuerte crisis conyugal. Se reunían, contaban lo malos que eran sus esposos y cómo habían salido del bache gracias a ellas y después de unos minutos alguien decía:

—Claro que si ellos tomaran tan a pecho lo que hacemos nosotras, no sé lo que dirían.

Entonces se producía un estallido de hilaridad que daba paso a sus anécdotas porque, claro está, no podían ser maldades, sólo anécdotas.

Como cuando una de ellas se enroló con su jefe, pero, claro, es que su esposo no le prestaba atención y ni siquiera cuidaba los detalles porque

¿cuándo, en todos los años que llevaba casada, le había regalado él una pulsera de oro como la que le regaló su jefe?

—Es que a veces te abandonan tanto que te obligan. —Era la excusa y todas reían nuevamente.

El asunto de la pulsera fue tema de mucha hilaridad, incluso delante de sus propios esposos, quienes habían perdido la costumbre de escucharlas. Resultó que en una cena de gala por un evento municipal a la que asistieron casi todas con sus respectivos, y a la que también asistió el jefe de la chica en cuestión, ésta lucía la flamante pulsera y todas las amigas comentaron lo preciosa que era y que debía de haberle costado una pasta.

El a contestaba:

—Pues sí, me ha costado mucho, pero para eso trabajo, ¿verdad, cariño? —preguntaba dirigiéndose a su esposo y éste respondía «lo que tú quieras» sin saber qué le había preguntado. Todas reían.

Aquel a tarde también pasaron por todas aquellas etapas y al final concluyeron que la crisis de Luisa no era para tanto. Al fin y al cabo, si el hijo de Carmen resultaba que era hijo de Curro, lo había engendrado antes de conocer a Luisa, y si Carmen no lo había dado a conocer, es que no pensaba pedir responsabilidades.

—Después de más de treinta años ¿qué va a pedir? —apuntó alguna de el as.

Luisa estaba ya demasiado embotada por las tilas y el alcohol como para aceptar todo lo que el as dijeran y si el as decían que no pasaba nada, pues no pasaba nada.

La acompañaron a casa unos minutos después de que la llamara Juan. Curro, al llegar a casa y no encontrarla, se disponía a llamarla. Cuando la vio aparecer se dio cuenta de que había bebido más de lo que tenía por costumbre y la acompañó al dormitorio, la ayudó a desvestirse y le puso el pijama. Ella se colgó de su cuello y comenzó a sollozar diciéndole que le amaba. Él le repuso que también, la besó en la mejilla, la tranquilizó y la metió en la cama. Unos minutos después dormía profundamente.

Cuando llegó Nayara y preguntó por su madre, Curro le dijo que se encontraba mal, que estaba dormida y que no la molestara. Enfatizó el que no la molestara para evitar que su hija fuese a darle un beso a su madre y percibiera el olor que despedía.

A la mañana siguiente trataron de darle a todo una sensación de normalidad, pero sus voces sonaban más apagadas que de costumbre,

evitaban mirarse. Con todo, atendieron normalmente sus trabajos y comieron con Juan en un bar, quien supuestamente tenía que informarles de un error de forma en un contrato de una venta de su inmobiliaria, aunque en realidad lo que quería era verlos juntos y comprobar que nada

pasaba. Más o menos quedó satisfecho. No se miraban, pero se hablaban con el cariño de siempre.

Luisa fue la primera en despedirse, puesto que había quedado con una de las chicas para tomar café, así que no lo tomó con el os. El os alargaron la comida hablando de esto y aquel o sin sacar a colación el asunto de la tarde anterior, hasta que Juan se despidió recordándole que el miércoles era la partida de *pádel*.

Curro no se marchó al gimnasio como era cosa de suponer, sino que se dirigió a casa de Carmen.

El lunes no era día de piscina, así que sabía que no se encontraría con ninguna de las chicas. Llamó pero nadie contestó. O no estaba o no le quería abrir. Se alejó unos cientos de metros y se apostó en una zona desde donde la vería venir si es que no estaba en la casa. Esperó más de dos horas haciendo cábalas de lo que le iba a decir o preguntar y torturándose pensando que el a le pudiera contestar algo para lo que él no estaba preparado. Sólo pensar que otro hombre la pudiera haber poseído le hacía sentirse traicionado. Pensar que el hijo de Carmen fuese de otro le volvía loco, pero el admitir que fuese su hijo significaba que era hermano de su Nayara, y eso le rompía el alma.

Cuando vio pasar el CLX de Carmen puso en marcha el motor de su

coche y se fue detrás. Él se paró frente a su puerta mientras esperaba dentro del coche a que se abriera la verja de acceso a su parcela. Él redujo la velocidad y cuando la vio entrar aceleró y acertó a pasar por la puerta cuando ésta había comenzado a cerrarse, obligando a la puerta a retroceder y, tras unos momentos, iniciar nuevamente el cierre.

Carmen se alertó al ver entrar en su casa un coche tras el suyo, pero reconoció a Curro al momento. Se sintió algo molesta de que entrara en la casa sin pedirle permiso y temió el motivo por el que estuviera allí. De todas formas se mostró cordial cuando bajó del coche y se dirigió hacia él.

—Curro, ¿venías detrás? No te he visto.

Él la saludó con dos besos y le preguntó por Rafael y Gloria.

—Marcharon después de comer. Menos mal que ahora hay muchas horas de sol, si no llegarían muy de noche.

Curro se percató de que no le preguntaba cuál era el motivo de su visita y de que no le invitaba a pasar a la casa. No es que no se estuviera bien allí, en el jardín, es que quería romper su cerco de frialdad.

—Bien. ¿Me vas a ofrecer una cerveza? —La miraba con atención.

—Lo siento, no suelo tener; yo no bebo. Las del sábado las compré justo para la merienda y las que sobraron las ha terminado Rafael, así que no tengo.

El a no ofreció alternativa y él no quería otra negativa, así que fue a lo seguro.

—¿Que tal un vaso de agua?

El a hizo un gesto de resignación con la boca.

—Está bien, siéntate un momento.

Con la mano le señaló una butaca del jardín. Entró en la casa dejando el bolso en el armario del recibidor y se dirigió a la cocina. Tomó dos vasos del armario y dos refrescos de la nevera. Cuando se volvió, al í estaba él mirándola, tranquilo, seguro, con esa seguridad que sólo él podía tener en su presencia, pero no pensaba darse por vencida. Levantó las manos mostrando los vasos y los refrescos e hizo un gesto para que pasara.

—¿Salimos?

Él tampoco pensaba darse por vencido y no se apartó para dejarla pasar, sino que le quitó de las manos los vasos y los refrescos y los dejó en el banco de la cocina.

—Cuando me digas lo que he venido a saber.

Carmen clavó sus ojos en él para decirle:

—No hay nada que tengas que saber.

Curro conocía aquella mirada, pero no era inmune a ella, así que cerró los ojos para librarse un momento de los de ella y suplicó:

—Tienes que decírmelo. Necesito saber si Rafael es mi hijo.

Ella se estiró adoptando una pose severa.

—No, no es tu hijo. —Sonó dura, fría, tajante.

Cerró los ojos de nuevo para suplicar:

—Carmen, por favor, necesito saber de quién es hijo.

—Mío, es mi hijo dijo alzando la voz y estirándose más.

La conocía, sabía que era difícil de doblegar, pero también sabía que no podría aguantar muchas noches más como las últimas que había pasado. Además, tenía el derecho de saberlo, ¡maldita sea! Tenía derecho a saberlo, y ¿quién era ella para venir, después de tantos años, con aquellos aires de condesa condescendiente que miraba por arriba del hombro a todo el que se cruzaba en su camino? Tenía derecho a saber si era el padre.

La cogió por los brazos, la zarandeó para hacerla entrar en razón y fijó sus ojos en los de ella con desesperación.

—Quiero saber quién es el padre, necesito saber si es mi hijo.

Carmen se sintió desarmada. Estaba tan cerca que notaba el quemazón de su aliento en la cara y todo el calor que despedía su cuerpo.

Volvió la cara para no ver lo cerca que estaba de su boca y sacudió los brazos para desembarazarse de sus manos. ¿Qué era lo que pretendía?

¿Acaso aquella información que pedía no se la había dado cuando fue oportuno dársela y él no quiso aceptarlo? Estaban interpretando la misma escena pero con los papeles cambiados: ahora era ella la que no quería que Curro fuese padre de su hijo.

Trató de que su voz sonara firme, pero no lo consiguió:

—No tienes derecho a saber esa información. Y no, no eres tú el padre.

Si hubiese parado en ese momento, habría vencido, pero el cinismo que pronunció a continuación la delató dejándola desarmada.

—¿O no recuerdas que tú no podías tener un hijo en ese momento?

Lo tuve yo, yo sola.

En ese momento sintió la fina y fría lluvia del día que fue al hospital, el dolor, el miedo, la soledad y todo eso se le reflejó en la mirada. En ese

momento fue una criatura desvalida. Curro no conocía aquella expresión de niña desvalida y le conmovió en lo más profundo. La abrazó contra él mientras inquiría:

—¿Quién te acompañó todo este tiempo? ¿Quién te cuidó?

El a estaba cautiva de una triste evocación, rememorando la soledad y el frío del paritorio.

—Mi padre y mi madre —dijo con una expresión ida en los ojos.

Curro la apartó para mirarla incrédulo.

—Tus padres estaban muertos —dijo con dulzura.

—No, no. —Su voz era una súplica—. Estaban al í conmigo mientras nacía Rafael. Mi madre me tomaba de la mano y mi padre me besaba la frente. —Lo dijo mirándolo a los ojos como si fuese la verdad más veraz de este mundo, mientras dos chorros de lágrimas se escapaban de aquellos océanos fríos, misteriosos y profundos que eran sus ojos.

Curro nunca la había visto l orar y fue como si aquellas lágrimas limpiaran la superficie de su alma, dejándole ver a través de ella toda la lucha, toda la indefensión, toda la amargura y toda la soledad que la

habían acercado al abismo de la demencia. Se conmovió, la abrazó fuerte contra sí y la besó en la mejilla:

—¡Carmen, mi niña!

Fue una expresión plena de ternura, como él nunca había sentido por nadie antes, ni por Luisa, ni por la propia Carmen. La volvió a besar en la mejilla.

—¡Mi niña!

Y de repente sintió el aliento de ella, precursor del suave beso que le depositó al í, en el cuello. Era la misma pose, el mismo gesto, el mismo beso que solía darle cuando eran novios.

Tratar de explicar lo que sucedió a partir de ese momento es tan absurdo como querer explicar con palabras la esencia espiritual de lo divino.

Sus cuerpos se reconocieron y sus mentes se reconocieron. Sus almas se reconocieron y actuaron con libertad despojándose de todo intelecto, de toda censura. Sus almas se conocían, se añoraban, se necesitaban. ¿Cómo arrancar a un niño que ha llorado de hambre durante horas del pecho de su madre? No pudieron, porque la ternura lo llenó todo, los envolvió como una luz mágica y protectora que impedía que les llegara cualquier censura. Sus bocas se encontraron y un haz de luz estalló en sus

pechos, diseminando minúsculos mil ones de partículas de luz por todo su cuerpo.

Curro habló con una profundidad, con un dolor y con vehemencia, no propia de asuntos terrenales:

—Carmen, te quiero.

Y a partir de ese te quiero no pudo parar

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero. .

Sus lágrimas se mezclaban con las de Carmen y la besaba, y repetía:

—Te quiero, te quiero, te quiero. —Y todos los te quiero que había ahogado en la mugrienta almohada del cuartel, y todos los te quiero que había imaginado mirando las estrellas del desierto, y todos los te quiero desesperados que había llorado en la soledad de las guardias se materializaban. Y la besaba de nuevo y repetía la letanía—: Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero. —Cesando sólo para besarla con dulzura, con vehemencia.

Mientras, ella gemía su nombre como una súplica:

—Curro, Curro. .

Y no quedó parte de su cuerpo que no se saludara. Se besaron las manos, los ojos, la boca y el cuerpo entero. Una tibia marea de espuma dorada como las burbujas del champaña envolvió sus tobillos. Desde allí subió hasta sus rodillas, ascendió hasta sus caderas y al alcanzar el cóccix, cada burbuja estalló convirtiéndose en miles de millones de partículas de luz y placer que subieron a presión por su espina dorsal. Desde allí se propagó por todo el cuerpo como una chispeante explosión de placer que los elevó más allá del tiempo y el espacio, conduciéndolos como por una ráfaga de luz a un estado de elevada paz, plenitud y conformidad, a un estado perfecto de comprensión.

Capítulo XII

Cuando Carmen despertó era de noche y se sintió complacida de aquel sueño.

Sabía que ni en sueños aquel o era lícito, pero sentía tanta paz que no le importó. De todas formas nadie podía enterarse de sus sueños y hacía muchos años que no se sentía así.

Una ráfaga de aire que entró por la ventana infló el visil o como la vela de un barco y reclamó su atención. Fue entonces, al sentir la suave caricia del fresco viento en sus pies, en sus muslos, en el vel o de su pubis y en sus pezones, cuando se dio cuenta de que estaba totalmente desnuda y de que Curro yacía igualmente desnudo a su lado. Por un momento pensó que era una quimera de su imaginación, pero en aquel momento Curro, adormilado, tendió un brazo sobre su abdomen y dijo:

—Carmen, te quiero.

Besó su hombro y se sumergió de nuevo en un profundo sueño.

A punto estuvo el a de dejar un suave beso en sus labios, atraída por el canto de sirena que eran los te quiero de Curro que giraban en su mente como un tornado de paz, que impedía que hubiese otra realidad diferente a aquel os te quiero.

Pero no.

Apartó con suavidad la mano de Curro para no despertarlo y se levantó. No era capaz de recordar cómo habían llegado al í, no recordaba ninguna acción, sólo sensaciones más propias de una alucinación que de

la realidad que aquello significaba visto desde otros ojos.

Lo miró durante un momento al trasluz de la claridad que entraba por la ventana abandonado en su lecho: aún conservaba su hermoso y fibroso cuerpo. Se vistió con chándal y recogió las ropas abandonadas por los suelos; las de él las dejó en la butaca de la habitación y las de ella las puso en la lavadora, como si estuvieran sucias. Se apresuró a guardar los vasos

y los refrescos que aún estaban en el banco de la cocina como testigos presenciales de un crimen, tratando de dar apariencia de normalidad a todo. Ese mismo gesto le indicó que no eran las cosas las que habían cambiado sino el a. Algo dentro de el a había mutado y aún no sabía lo que era.

Sonó el móvil de Curro despertándolo del sueño: la pantalla mostraba «mi cielito» y marcaba las veintidós horas. Era Luisa, tendría que contestar. Carmen apareció por la puerta, mientras él trató de que su voz sonara despierta.

—Hola —acertó a decir.

—¿Por dónde andas? Te estamos esperando.

Entendió que eran Nayara y el a.

—Lo siento, cielito. Me he encontrado con Juan y se me ha ido el santo al cielo. Cenaré con él, no me esperéis.

Se hizo un silencio prolongado.

—¿Qué dices, Curro? —inquirió Luisa molesta.

—Que me quedo a cenar con Juan. Ya sabes, estamos de confianzas. No me esperes levantada.

Luisa colgó.

—Vete. —La voz de Carmen fue dulce, comprensiva pero firme.

—Ahora no —expreso él con confianza, pero se equivocaba.

—Vístete y vete.

Con firmeza, sin alternativas.

Él se puso el slip y se acercó hacia el a pronunciando su nombre como una caricia, como una oración.

—Carmen.

—Ni te acerques, Curro —amenazó cruzando los brazos sobre sus pechos—. Ni te acerques.

—Tenemos que hablar —dijo conciliador, consciente de que estaba perdiendo terreno.

—No hay nada que decir.

—Pero Rafael es mi hijo —protestó.

—Durante estos años no lo ha sido y ahora tampoco lo será.

—Sólo tenías que haber confiado en mí, haberme esperado.

—No tuve tiempo, me traicionasteis todos a la vez.

—Pero ahora. . esto lo cambia todo —dijo haciendo alusión a lo que terminaba de pasar entre el os.

—Esto no cambia nada. No tenía que haber pasado, me siento avergonzada. Luisa no se merece esto.

Luisa fue la palabra mágica. Curro comenzó a vestirse. Comenzaba a tomar conciencia de lo que había hecho: había traicionado a Luisa. La imagen de Luisa se le presentaba unida a la de Nayara, su Nayara, y le dolió la tristeza que una cosa así podía causarles, pero no se sintió arrepentido.

Se dirigió a la puerta seguido de Carmen. Antes de salir con el torso de los dedos acaricio la mejilla de ella y con una profunda añoranza dijo:

—Siempre te he querido.

El a besó la palma de su mano.

—Yo también, Curro. De hecho creo que siempre te estuve esperando.

Lo dijo con dulzura, como en un susurro.

Curro conducía sin saber muy bien qué era lo que tenía que hacer ahora. Se le ocurrió poner sobre aviso a Juan pues Luisa pensaba que estaba cenando con él, pero no tenía ganas de hablar. Su mente iba y volvía a lo que había sentido con Carmen y nada, excepto eso, era lo que le importaba. Se recreaba una y otra vez en sus besos, en su pasión, sin podérselo quitar de la cabeza, y sintió deseos de volver a por el a.

Frenó en seco mientras giraba todo el volante y, haciendo un trompo, se quedó mirando en dirección a casa de Carmen. Hacia al í conducía de nuevo cuando sonó nuevamente el móvil. La pantalla se iluminó para informar que l amaba Juan. «La voz de la conciencia», pensó Curro con una sonrisa. Descolgó el manos libres y aminoró la marcha.

—¿Qué pasa, Juan? Estaba a punto de l amarte —dijo confiado.

—¿Sí? ¿Antes o después de decirle a Luisa que estabas cenando conmigo? —respondió con enfado.

«¡Maldita sea!», pensó Curro para sus adentros.

—¿Te ha l amado?

—Estaba con el a cuando le has dicho que estabas cenando conmigo,

so capul o.

—¡Maldita sea! —dijo ahora de forma audible.

—¿Dónde estás? —preguntó Juan visiblemente enfadado.

—¿Esta Luisa contigo? —preguntó por temor a decir algo en su presencia.

—La he dejado en tu casa.

—¿La has dejado?

Juan se impacientaba y se le notaba en la voz.

—Estábamos en tu casa cuando le has dicho que estabas conmigo.

Como nunca hasta ahora la habías mentido, ella ha supuesto que estabas con Carmen y que no querías que ella se enterara. Estaba a punto de cogerle la historia, así que me la he llevado diciéndole a Nayara que íbamos a cenar los tres juntos. Cuando se ha calmado la he llevado de vuelta a casa. Le diré a Nayara que aún no se encuentra bien y se meterá en la cama. Y. ¿ahora puedes decirme dónde estás?

—¿Qué pasa, que ahora tienes complejo de madre?

La ironía hizo que Juan se enfadara más, pero trató de ser asertivo y

pacientemente le explicó:

—Mira, Curro, no tendría que importarme en dónde estás, si no fuese porque has utilizado mi nombre para mentir y porque para mí Luisa es como una hermana. Haz con tu vida lo que quieras, pero a el as no las lastimes.

La última frase lo volvió a la realidad... «A el as no las lastimes»: a su esposa y a Nayara, su querida Nayara.

No se anduvo por las ramas; con Juan no tenía ningún sentido.

—He estado con Carmen.

—¿Y. .?.

—Me he acostado con ella.

—¡Hijo de puta! —Lo pronunció con resignación, como si estuviera confirmando algo que ya sabía.

Quedaron en un bar del polígono para estar más tranquilos. Curro se enfrentó a Juan con la culpabilidad en los ojos, pero, por algún motivo que no conseguía entender, no sentía arrepentimiento. Después de que pidieron algo, Curro sólo fue capaz de decir:

—No sé cómo ha pasado.

Juan estaba más tranquilo, pero no estaba para ambigüedades:

—Esas cosas sólo pasan de una manera. . queriendo. —Y mientras

pronunciaba estas palabras recordó que la noche anterior le había dicho que no tiraría toda su vida por la borda por Carmen. Ya casi lo había

hecho—. Nunca la había visto l orar —dijo como para si mismo—.

Nunca la había visto tan desvalida, he sentido la necesidad de protegerla.

—Pues sí que la has protegido bien, sí. —Ahora fue Juan quien ironizó y Curro quien se molestó:

—Juan, por favor.

—Tienes razón, lo siento. ¿Y qué piensas hacer ahora?

—¿Que pienso hacer de qué?

Juan pensó que Curro o era tonto o tal vez era tan inconsciente, que aún no había medido la gravedad de su acción o, lo que era peor, que no consideraba que aquello fuese grave.

—De todo, Curro, de todo. ¿Te la has tirado una vez y punto y final o va a haber algo más? ¿Qué le vas a decir a Luisa?, porque yo no quiero ser cómplice de tus mentiras ni voy a consentir que la engañes.

Curro se sintió molesto con ese planteamiento, pero tampoco encontraba otra forma de plantearlo. Agachó la mirada para decir:

—No va a haber algo más. Carmen no quiere, se siente avergonzada.

—Serás cabrón. O sea que si el a tragara, tú seguirías adelante, poniéndole los cuernos a Luisa.

—¿Te lo explico o no? —preguntó con enfado.

—Explícamelo. —Juan se debatía entre la rabia y la resignación.

—Cuando estoy cerca de el a no puedo contenerme, es como si fuese mía. No, no como si fuese mía, rectifico, como si fuese una prolongación de mí mismo. Necesito tenerla para sentirme completo. —Y le explicó cómo habían sucedido las cosas.

Juan lamentaba en su interior el dolor que todo aquello le causaba a Luisa, pero pensó que le gustaría sentir un amor como ese por alguna mujer. No era que nunca se hubiese enamorado, pues sí lo había hecho un par de veces, pero no hasta el extremo de que esas mujeres fuesen una prolongación de él. Cuando la relación se rompió fue demasiado racional para estar abatido por demasiado tiempo y cuando el as quisieron la reconciliación, él ya había asimilado que no había perdido tanto y que prefería vivir a su rol o. Si tenía una necesidad, que cada vez eran menos, sólo tenía que dejarse ver por algún garito de copas y galantear a alguna desesperada que estuviera de buen ver sin llegar nunca a comprometerse. Si el as presionaban, sólo tenía que dejar de salir algunas semanas con

cualquier pretexto y el as se daban por enteradas y comenzaban a tirar el anzuelo a otros que actuaban exactamente de la misma manera.

Conociendo como conocían a Luisa sabían que no le podían mentir. Si el a sospechaba algo, preguntaba directamente. Era evidente que sospechaba y que Curro la había mentido, así que decidieron coger el toro por los cuernos y decirle la verdad. Una vez la decisión estuvo tomada Juan l amó a Luisa en presencia de Curro.

Vibró el terminal que estaba en silencio y se iluminó la pantal a.

—Dime, Juan. —Su voz era cansada y resignada.

—Curro esta conmigo desde que te he dejado.

—¿Estaba con el a?

—Sí.

—¿Y. .?

—Rafael es su hijo.

Juan pudo imaginar en el silencio que se produjo las dos gordas lágrimas que corrían pendiente abajo por las suaves mejil as de Luisa.

—¿Y. . qué más?

—Deja que él te lo explique cuando llegue.

—¿Y qué más, Juan? —repitió queriendo que le confirmara lo que ella ya sabía.

—Luisa, él te lo explicara cuando llegue. Son cosas vuestras y las tenéis que afrontar como adultos maduros.

Juan maldecía a Curro en su interior por toda aquella situación, por aquellas lágrimas de Luisa que ahora ya eran chorros tibios que se precipitaban presurosos alcanzando su cuello y escote, y se maldijo también a sí mismo por estar siempre pendiente de ellos. ¿Quién le mandaba meterse en estos líos? ¿Acaso todas las parejas del mundo no solucionaban sus crisis sin que él estuviese pululando entre medias?

—No quiero verle esta noche, no estoy preparada para esto — protestaba Luisa mientras hipaba en su sillanto.

—Eh, eh. ., no dramáticas. —Trató de quitar hierro al asunto—.

Dentro de un rato te lo acerco y le das todas las hostias que quieras — bromeó.

Luisa sonrió en su sillanto.

—De acuerdo.

Curro había escuchado la conversación cabizbajo, con la barbilla apoyada sobre los puños de sus manos y los codos sobre la mesa que notaba un tanto fría y pegajosa.

—Está hecha polvo —le anunció Juan después de colgar.

Curro levantó los ojos para encontrarse con los de Juan y le confesó:

—No quiero que sufra.

—Un poco tarde, eso se piensa antes.

Pero Curro experimentaba en esos momentos que lo que uno piensa no es siempre lo más adecuado.

Era cierto, por nada del mundo quería causarle daño a Luisa, pero en ese mismo momento correría al lado de Carmen, la abrazaría, la volvería a besar y la volvería hacer suya.

No había tenido suficiente, no se había llenado de ella, necesitaba más y era una necesidad imperiosa, más allá de lo que él era capaz de controlar. Además, notó que era una necesidad añeja, guardada con mucho dolor porque no encontró nada en todo este tiempo que la pudiera aliviar, y ahora Carmen estaba allí nuevamente, al alcance de su mano.

Marcó su número de teléfono ante la mirada de Juan. Cuando sonó su

móvil, no conoció el número que reflejaba la pantalla, pero sabía que era él.

—Diga.

—Carmen, Luisa sabe lo nuestro.

Evaluó un momento lo que le estaba diciendo y no quiso comprender.

—¿Qué dices, Curro? —dijo despreciativa y con dureza.

—Juan estaba con Luisa cuando he hablado con el a.

—¡Dios santo!

En sólo unos segundos supo lo que aquello significaba. Luisa lo intuía, no tenía pruebas pero lo intuía y si se empeñaba en saberlo, y Luisa era de las que lo querían saber porque, como el a decía, «las cosas cuanto antes se ventilan menos huelen», así que lo sabría.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Quiero saber lo que vamos a hacer.

—¿Lo que vamos a hacer con qué? —Se impacientó.

—Lo que vamos a hacer con lo nuestro.

A Carmen le sonó infantil.

—No hay nada nuestro, Curro. Nada de nada. Lo de esta tarde ha sido un error que hemos cometido y que no se repetirá. —Después de un momento añadió—: En cuanto a Rafael, el que me dejaras preñada en un momento determinado no te convierte en padre. Rafael nunca ha tenido padre y no lo va a tener ahora. Ni se te ocurra acercarte a él —amenazó— Ocúpate de tu familia y deja a Rafael tranquilo.

Colgó y tiró con rabia el móvil sobre la butaca de enfrente, reprochándose la debilidad que había mostrado aquel a tarde y las ansias que aún sentía de ser abrazada por Curro.

Juan no salía de su asombro.

—¡Qué hijo de puta eres. ., pero qué hijo de puta! ¿Le preguntas a ella lo que tienes que hacer?

Miró a Juan a los ojos mientras éste le hablaba y supo que nadie podía entender lo que pasaba en su interior. Arrastró la silla hacia atrás y en un arrebato salió del local, dejando a Juan confuso por un momento.

Cuando después de pagar quiso salir tras él, no supo qué dirección había tomado pero intuyó que la de casa de Carmen y hacia allí se dirigió.

Entró por el acceso del aparcamiento del hospital de la Ribera. Desde allí le separaban unos cincuenta metros de la entrada a la parcela de Carmen, situada en la carretera de la Corbera, y alcanzó a ver el coche de

Curro frente a la cancela de Carmen y que él le hablaba a la miril a del telefonil o. Casi adivinó lo que pasaba.

Cuando Carmen escuchó el timbre a aquel a hora supo que era él. Lo vio por la pantal ita del interfono, de pie y con la puerta del coche abierta.

Su voz sonó más cansada que severa:

—¿Qué quieres, Curro?

—Tenemos que hablar.

—No, no tenemos que hablar.

—Carmen, déjame entrar, tengo que verte.

—¿Para qué? ¿Qué es lo que pretendes?

—Necesito hablar contigo, necesito verte. ¿Qué parte es la que no comprendes?

—¿Qué parte es la que tú no comprendes? No tenemos nada de qué hablar y no tenemos que vernos para nada.

Curro estaba fuera de sí, no podía aceptar un simple no. «¡Si no fuese por esta maldita verja!», pensó mientras se agarraba a los barrotes de la cancela, los zarandeaba y gritaba a través de ellos:

—Carmen, abre, tengo que verte. No pienso perderte de nuevo. —Y comenzó a llorar como una criatura mientras gimoteaba su nombre—. Carmen, Carmen. .

También las mejillas de ella se empaparon de lágrimas, pero después de unos momentos fue capaz de hablar con mucha calma, con dulzura.

—Curro, escúchame. Nunca nos hemos perdido, simplemente elegimos caminos diferentes. Nuestros caminos ahora han convergido, pero siguen siendo caminos diferentes. Yo tengo mi vida y tú tienes la tuya. Me alegro de que tengas una mujer como Luisa y una preciosa hija como Nayara. Me alegro de que todo te vaya bien, porque además yo también estoy bien y así es como deben seguir las cosas. De ser de otra manera muchas personas sufrirían y nadie sería feliz, ¿lo comprendes, Curro?

Claro que lo comprendía, pero no lo podía soportar. Le propinó un fuerte puntapié a la verja y pronunció su nombre en un grito desgarrador.

—Carmeen. . —Y soltó con la frente apoyada en los barrotes.

—Curro, vete a casa. Luisa te estará esperando.

Ninguno de los dos volvió a pronunciar palabra. Pasados unos segundos la imagen del interfono se apagó, pero Carmen siguió al í de pie.

Unos minutos después el coche de Curro se puso en marcha dirección a

su casa y pasó por delante del coche de Juan sin verlo. Al llegar a su casa aparcó su coche junto al de Luisa y entró en la casa alumbrándose con el móvil para no despertarlas. Se puso el pijama y se acostó de espaldas a Luisa, que fingió estar dormida por temor a lo que podía pasar. Unos minutos después lo oyó sollozar y sintió deseos de consolarlo, pero no se movió.

La dulce Luisa siempre había sido así: buena, comprensiva, compasiva, incapaz de soportar el dolor ajeno y dispuesta a aliviarlo, incluso a costa de su propio dolor.

Luisa había nacido un año después que Carmen en el seno de una familia acomodada. Su padre, farmacéutico, la educó con una dulce autoridad, le dedicó tiempo, jugó con ella y le habló desde pequeña como a una mujercita. Reflexionó en su presencia de las cosas que no consideraba que estuviesen bien en aquel gobierno y le hacía notar la suerte que ella

tenía de poder contar con una casa, una educación digna y de poder recibir atención médica cuando lo necesitaba. Aquello conllevaba una responsabilidad. Debía aprovechar las oportunidades que tenía y tratar de

ayudar a quienes no las tuvieran.

—El mundo da muchas vueltas y nunca sabemos lo que nos deparará el futuro, pero si cuidamos los unos de los otros, los problemas serán más leves —solía decirle.

Su madre, la bella y elegante mujer del farmacéutico, tenía también un corazón tierno y cuando debido a la situación de su esposo se enteraba de que alguna familia tenía algún miembro enfermo y no podían pagar medicamentos o comer como era debido, los visitaba semanalmente haciéndose acompañar de Luisa llevándoles ayuda en forma de comida y medicamentos.

Aquellas visitas producían en Luisa verdadero terror al ver en qué condiciones vivían algunas de aquellas familias. No es que fueran miserablemente pobres, es que además eran sucias. Pero su madre poco a poco le explicó que aquellas personas no disponían de un baño como el que ellos gozaban y no siempre podían calentar una habitación para asearse en un barreño, que su prioridad era comer y dar de comer a los suyos. Con el tiempo Luisa comprendió que si alguno de aquellos mugrientos niños de su propia edad tuviese unos padres y una situación como la de ella, posiblemente fuesen más limpios, más listos y más buenos que ella, por lo que desde muy tierna edad se relacionó con todos como sus iguales,

invitando a su casa a cualquier piojoso a jugar con sus juguetes que después repartía, y preparándoles bocadillos de paté hasta que su madre la tuvo que disciplinar explicándole que los juguetes eran regalos que le habían hecho a ella y que si ella los regalaba, estaba haciendo dos cosas que no estaban del todo bien: menospreciaba el esfuerzo y cariño de quien le había hecho el regalo e impedir que otros niños pudieran jugar con ellos, puesto que cuando los regalaba perdía la autoridad sobre ellos, mientras que si permanecían con ella, todos podían jugar. Luisa lo entendió, pero no siempre fue capaz de negarse cuando alguien le pedía algo y más de una vez siguió repartiendo juguetes y su propia ropa, hasta que fue creciendo y sus obligaciones escolares y extraescolares le fueron dejando cada vez menos tiempo para aquella clase de amistades y la fueron uniendo a otras. Como fue el caso de Rosita, esposa del banquero y hermana de Juan y Jaime, quienes eran hijos de un abogado del pueblo amigo de su padre.

Coincidió con Rosita en la escuela y en el bachillerato, pero al llegar a la universidad cada cual tomó ramas diferentes: Rosita, al igual que sus hermanos, terminó Derecho, pero no ejerció porque se casó y trabajar

fuera de casa no era lo suyo. Juan, tres años mayor que Rosita, tan pronto terminó Derecho lo llevaron a filas al Sáhara. Cuando regresó, después de unos meses de desconcierto sin saber qué hacer, abrió un despacho de asesoramiento jurídico para empresas. Jaime, este siete años mayor que Rosita, tenía su propio bufete en la capital.

Luisa en cambio picoteó de aquí y de allá sin centrarse en nada.

Farmacología le resultó difícil si hacía Medicina, pensó que le daría pena ver a la gente enferma; magisterio le aburría. Finalmente decidió que tampoco era lo suyo vagabundear por las universidades predicando el amor y no la guerra y que quería trabajar. Después de no pocas broncas, sus padres accedieron a que entrara en una empresa como administrativa, porque finalmente comprendieron que lo haría de todos modos y preferían que lo hiciera desde su casa y no desde la emancipación, para lo que no la creían preparada. Una vez en el trabajo se relacionó a las mil maravillas, no sólo con jefes y compañeros, sino también con los operarios, cosa que no solían hacer de igual a igual ninguno de los trabajadores de oficinas, que se creían un escalón por encima de éstos, mientras ella trataba de favorecerlos en todo lo que estaba en su mano.

A la mañana siguiente ella que sus padres hablasen con un hilo de voz apenas imperceptible, ella que evitaran mirarse y por las caras que ponían,

Nayara supuso que algo pasaba entre ellos y que el malestar que mostraba su madre aquellos días debía de ser por lo mismo, pero no preguntó. Tenía confianza en que lo solucionarían y pensó que para eso era mejor dejarlos solos. Anunció que seguramente se quedaría a dormir en casa de una amiga y que los amaría para confirmarlo. Cuando Nayara salió de casa un silencio pesado cayó sobre sus padres. Fue Luisa la que supo sobreponerse a él y preguntó:

—¿Y bien, tienes algo que decirme?

—Rafael es mi hijo —dijo sin levantar los ojos.

—Eso ya lo sé, Curro, pero ¿por qué tuviste que ir a verla? ¿Por qué fuiste sin mí?

—Porque yo. . . tenía que saber. . . —Se detuvo.

—¿El qué, Curro, qué tenías que saber que no pudiese saber yo?

Los ojos de Luisa se llenaron de lágrimas y Curro, al verla así dulce, sin rencor, llena de miedo, con la barbilla temblándole, también se emocionó.

—Lo siento, Luisa, daría años de mi vida para que no hubiese sucedido —mintió sabiendo que si en aquellos momentos sonara el móvil

y fuese Carmen, acudiría a su l amada.

—¿Y qué esperabas que sucediera, Curro? Fue tu novia, tiene un hijo tuyo y siempre la has querido. ¿Qué esperabas que sucediera, que cayera el cielo a trozos?

Sus lágrimas silenciosas chorreaban por sus mejil as mientras se incrementaba el temblor de su barbil a. Curro estaba cansado pero sacó un resquicio de rabia.

—Esperaba que me dijese que era de otro. —Y pensó que aquello le hubiese dolido mucho más, que no soportaba imaginar que hubiese pertenecido a otro.—. Esperaba no tener ningún hijo que empañara nuestra felicidad.

Eso sí era verdad y se asustó de pensar qué clase de monstruo era.

—Ni Rafael ni nadie puede empañar nuestra felicidad, sólo tú.

Ahora sol ozaba audiblemente. Él se arrojó a los pies de la sil a en que estaba sentada y la abrazó.

—No l ores, Luisa, no quiero que sufras. Por Dios, cielito, no l ores.

Soy un idiota. ¡Maldita sea!, soy un idiota. Lo siento, cielito, lo siento. No llores, haremos todo lo que tú quieras, pero no l ores.

—No sé lo que quiero, porque no sé que es lo que tú quieres.

—Yo quiero que seas feliz, cielito, que seas feliz.

Se abrazaron y la tierna escena fue interrumpida por una l amada: era su empleada, que estaba esperando para que abrieran.

—Tómate un café, tardaremos unos minutos.

Curro pensó que la cotidianeidad era lo mejor para vendar los entuertos mientras se dirigían al despacho.

Capítulo XIII

Carmen sabía que le debía una explicación a Luisa, pero esperó por si era el a quien l amaba. Finalmente decidió que no convenía demorar las cosas y, aunque no sabía qué le iba a decir, la llamó. Le ofreció que se vieran, pero Luisa se excusó aludiendo que no se encontraba bien. Carmen le rogó que no se lo pusiera más difícil de lo que aquello ya era para el a. Luisa sonrió cansada.

—Tienes razón, no sé lo difícil que es esto para ti, sólo sé lo que está suponiendo para mí y cuanto antes termine mejor. Ven cuando quieras.

—¿No puede ser fuera del despacho?

—Te vuelvo a repetir que no estoy en condiciones de lucirme por ahí.

—¿Estará Curro?

—No, y lo siento, lo apropiado sería que estuviéramos los tres.

—Bien, Luisa, en unos minutos l ego.

Poco después Carmen entró en el despacho de Luisa. Para aquel entonces la empleada de ésta ya había notado que algo pasaba y trataba de sacar sus propias cábalas, con lo que ponía especial interés en escuchar todo lo que podía. Pero en esta ocasión no pudo ser porque, por segunda vez en aquel día, la mandaron a que se tomara un café por ahí. Carmen saludó a Luisa con besos en las mejillas, como ya era su costumbre. Luisa se le quedó mirando pero fue incapaz de hacerlo con dureza.

—Siéntate y dime qué sucede —dijo después de unos segundos.

Carmen se sentó mientras miraba a Luisa. No quería dejar de mirarla, no quería esconderse. Luisa se merecía una explicación, una disculpa. El a no sabía cómo lo iba a hacer, pero sabía que no quería esconderle nada a Luisa.

—Rafael es hijo de Curro —acertó a decir.

—¿Y qué más?

—De lo demás no sé qué decir, Luisa. No sé cómo pasó, ni por qué pasó, pero quiero que sepas que por nada del mundo te haría daño. Creo que ninguno fuimos conscientes en ningún momento de lo que estaba pasando.

—¿Cuántas veces has hecho algo así? —preguntó Luisa y esta pregunta ofendió a Carmen, pero estaba dispuesta a explicarle todo lo que quisiera.

—Nunca, Luisa, ha sido la única vez en mi vida. Sabes de sobra que yo no soy de esas. .

No terminó de decir la frase porque las lágrimas que se asomaban a los ojos de Luisa la hizo comprender el propósito de aquella pregunta y la lógica de lo que venía a continuación.

—Entonces, es de suponer que aún estás enamorada de Curro. —Y las lágrimas se le desbordaron.

Carmen la miró petrificada; aún en asuntos personales Luisa era eficiente en su gestión.

—No, no estoy aún enamorada de él, porque ni yo soy aquella jovencita ni él es aquel joven que fue mi novio.

—Entonces ¿cómo explicas lo sucedido?

Se secó las lágrimas con un pañuelo de papel, ya que Carmen no la acompañaba en l oros.

—No lo se, ya te he dicho que no sé cómo pasó. Puede que nuestros cuerpos se conocieran y actuaron anárquicamente, o puede que fuese algo que nos debíamos. —Carmen no podía creer que aquellas palabras estuvieran saliendo de su boca en presencia de Luisa, y levantó la voz con enfado—. Yo qué sé, ¡maldita sea!, ni siquiera sé lo que sucedió. Lo único que sé es que no quiero hacerte daño, antes me lastimaría a mí misma que a ti.

—Pero si no sabes cómo sucedió, puede volver a suceder.

—No, Luisa, no lo permitiré, no habrá ocasión.

Luisa ahora cambió de tercio confundiendo aún más a Carmen.

—¿Por qué no nos dijiste que tenías un hijo?

—Porque no quería que me preguntarais por él, no quería que supierais que Curro era su padre y porque no quiero que Rafael sepa nada sobre Curro.

—Eso es infantil. Rafael tiene que saber que Curro es su padre y Nayara su hermana.

Carmen se levantó de la butaca, asustada ante esa insinuación, y después de unos segundos, comenzó a dar pasos por la estancia mirando al suelo y sacudiendo la cabeza para tratar de aclararse.

—Mira, Luisa, arreglemos este asunto entre tú y yo y dejemos a los chicos como están —propuso conciliadora.

—No los podemos dejar como están porque sus circunstancias han cambiado.

—Si nosotros no hablamos, para ellos nada habrá cambiado.

Luisa comenzó a impacientarse, ¿Qué era lo que le estaba proponiendo, que mintiera a su hija?

—Nayara tiene derecho a saber que tiene un hermano, aunque eso signifique que su padre no es el ser maravilloso que ella imagina, y Rafael tiene derecho a saber quién es su padre, aunque eso le reste puntos a sus ojos.

—¿No lo entiendes, Luisa? Rafael siempre ha pensado que su padre había muerto.

Luisa intentaba comprender lo que Carmen trataba de decirle, pero lo único que entendía era que había fundamentado la vida de su hijo sobre

una mentira y era incapaz de entender por qué, puesto que no la consideraba cobarde. De todas formas estaba demasiado cansada y no tenían que importarle los motivos de Carmen para actuar como lo había hecho, así que le habló con rabia arrastrando las palabras.

—Me importa una mierda lo que Rafael haya pensado toda su puta vida. Lo cierto es que es hermano de mi hija, que vendrá mucho por aquí y que algún día pueden conocerse y gustarse.

—Mi hijo está casado —respondió horrorizada ante lo que estaba insinuando.

—¿Y. .?

La alusión a lo que había pasado entre Curro y el a, siendo él casado y los dos maduros, la dejó sin argumentos.

—Esta bien, me marcharé de aquí —dijo con resignación.

—Pero ¿estás tonta o qué? Tu casa está aquí, tu trabajo está aquí y aunque te vayas al puto infierno, la realidad será la misma —grito.

Después un poco más calmada añadió—: No puedes seguir huyendo. —

Y suavizando su voz—: Tendrás que decirle a Rafael que Curro es su

padre y Curro tendrá que decirle a Nayara que Rafael es su hermano. Después tendréis que decidir qué hacéis con vuestras vidas.

Dio media vuelta y abrió la puerta del despacho para que saliese Carmen,

—Mañana nos veremos, Carmen.

Su voz sonó cansada.

Carmen caminó hasta su coche como una autómatas; no podría evitar que su hijo se enterara de quién era su padre. Arrancó el coche y comenzó a conducir sin saber lo que hacía. No podía dejar de pensar en todas las veces que le había dicho a su hijo que su padre había muerto, y no es que quisiera mentirle, es que para él a su padre había muerto. Nunca pensó en la posibilidad de que ni Curro ni nadie que tuviese que ver con él se cruzara en el camino de su hijo.

La primera vez que Rafael preguntó tenía seis años; había comenzado la primaria y hasta entonces nunca había manifestado ninguna clase de inquietud por su padre, pero aquel día preguntó al llegar de la escuela:

—¿Por qué yo no tengo papá?

El a se enterneció, lo abrazó y le dijo que su papá murió antes de que él naciera.

—Entonces ¿nunca tendré papá?

—Oh, sí tienes papá. Todos tenemos papá, pero el tuyo y el mío han muerto.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Y no los podré ver nunca?

—No, cielo, pero el que no los veamos no significan que no los tengamos o que no nos quieran.

El nudo de la garganta le dolía, la ahogaba. Rafael se dio por satisfecho con aquella explicación y no volvió a preguntar hasta otros seis años después.

En aquella ocasión no fue tan fácil:

—¿Mamá, si tengo padre ¿por qué tengo tus apellidos?

Aquella pregunta la desarmó, puesto que se dio cuenta que su hijo había estado dándole vueltas al asunto y seguramente otros chicos le habrían dicho algo.

—Porque papá murió antes de que nos casáramos.

—¿Cómo se le amaba?

—Se le amaba. . . Paco. —Titubeó centrándose en el bocadillo que le

estaba preparando para hacerlo desistir de la conversación.

Rafael se dio cuenta de que aquel lo producía dolor en su madre y no preguntó más hasta años después, cuando comenzó a tener problemas de identidad, problemas con el alcohol, problemas con la velocidad y problemas con las faldas. Esa vez su pregunta hizo comprender a Carmen que las lagunas que ella dejaba su hijo o cualquiera que le calentara la cabeza las llenaban con toda clase de fantasías, por eso tardó en reaccionar cuando preguntó.

—Mamá, ¿te violaron?

—¿Qué. .? ¿Qué te hace pensar eso? —Le asustó esa pregunta.

—Pues, por ejemplo, el que llaves tus apellidos, el que nunca hables de mi padre, el que no tengas ninguna foto de él. No pasa nada, mamá, sólo quiero saber qué pasó y qué clase de tipo era.

Se quedó muda, confusa. Allí estaba Rafael, hecho casi un hombre con sus dieciocho años, hermoso como su padre, más alto si cabía que él y haciéndole saber que lo que ella le decía y lo que él imaginaba no tenía nada que ver. Quería la verdad y ella le respondía cada vez más convencida de que aquélla era la única verdad que había.

—¿Qué tonterías dices, Rafael! Llevas mis apellidos porque tu padre murió antes de que nos casáramos. ¿Y qué quieres que te cuente, que era

bueno, guapo y que nos queríamos mucho? Pues sí, todo eso es verdad.

En cuanto a las fotos, entonces no teníamos tanta facilidad para esas cosas como ahora y la única foto que tenía se quedó en casa de mi padre cuando me vine a trabajar a Madrid. Por último, no me parece bien que te vayas inventando cosas sobre mí.

El desconcierto y el comportamiento de Rafael de los últimos tiempos la hicieron responder con aquel a severidad. Él se marchó y ella no quiso retomar el tema. Rafael nunca más volvió a preguntarle y aquello era lo único que él sabía de su padre.

Una luz oscilante en el salpicadero del coche la sacó de su ensimismamiento anunciándole que iba en reserva; de momento se sintió desconcertada. Llevaba dos horas conduciendo —eran las cuatro de la tarde— y no sabía dónde estaba, hasta que las señalizaciones de la autovía le chivaron que iba dirección a Madrid. Paró en la siguiente estación de servicio, entró en la cafetería y pidió un café con leche y un pastel.

Mientras comía, evaluó qué hacía al í y hacia dónde se iba a dirigir. Pronto llegó a la conclusión de que su subconsciente la dirigía a Madrid porque

huía de un peligro que se cernía sobre su hijo, pero ahora su hijo ya no estaba en sus entrañas y no podía protegerlo. Aunque si lo pensaba bien, en ese momento la que estaba en peligro era ella, en peligro de perder toda su credibilidad delante de su hijo. . ¿Qué iba hacer en Madrid? Ya no tenía casa allí, no podía acudir a Eugenio porque era como su hijo. . En cuanto a Estíbaliz, hacía más de dos años que había abandonado Madrid definitivamente y además nunca habían sido amigas. Trabajaron juntas, se ayudaron mutuamente, pero nunca fueron amigas. Entre el as existía un incomprensible abismo de educación y buenas maneras que sólo consiguieron salvar gracias al padre Vicente, que siempre fue un puente entre el as. Eso era: hacia el padre Vicente era adonde se dirigía. El padre Vicente era lo más parecido a un padre que había tenido Rafael, y tanto él como Eugenio se beneficiaron siempre de sus consejos y apoyo. Carmen sonrió recordando que el día que nació Rafael lo confundió con un ángel. Aguantó sin respirar mientras el taxista le daba el cambio, pues otro dolor la había encogido. Se demoró en bajar mientras se le pasaba y, muerta de miedo de frío y de cansancio, se dirigió al mostrador del hospital:

—Creo que estoy de parto —se oyó decir.

Tuvo que dar sus datos y le dijeron que esperara.

—Estoy toda mojada —informó.

—Bien, siéntese en la sala de espera; la llamarán —le ordenó la contrariada señorita que la atendía.

Unos minutos después, temblando como la hoja de un chopo de puro espanto, estaba tumbada boca arriba en una camilla con las piernas levantadas, los tobillos sujetos a los estribos de acero y sin bragas, mientras un médico se disponía a meter sus dedos enguantados en su cuerpo. Era la primera vez en la vida que la reconocían así, puesto que nunca había asistido ninguna consulta ginecológica. Notó cómo el doctor le metía el índice y el corazón de la mano derecha mientras que con la otra trataba de que mantuviera las piernas abiertas, cómo abría los dedos en forma de victoria y les daba media vuelta, cómo sacaba los dedos apuntando al techo para que no gotearan el moco sanguinolento y cómo con la otra mano le daba una cariñosa zurra en el culote mientras le decía:

—Esto va muy bien, voy a ordenar tu ingreso. Ahora vendrán para llevarte a dilatación.

Se quitó el guante, lo tiró en un cubo y desapareció después de bajarle

los pies del estribo.

A ella la incomodaba estar así, por lo que se puso nuevamente las bragas con una compresa y se colocó los vaqueros que había llevado completamente desabrochados. Los sujetaba con un cordón de la zapatilla que ataba desde el ojal al botón. Se calzó las zapatillas sin cordones, tentando con el pie pues ya no se podía agachar.

Un celador la acompañó por unos fríos y solitarios pasillos hasta que llegaron a una zona de más actividad, y nuevamente se encontró en una sala con una camilla con estribos y una enfermera diciéndole que se desnudara toda y se pusiera sólo el camisón. Cuando se fue la enfermera, Carmen se sentó un momento; el paseo por los pasillos tratando de seguir el paso del celador mientras se apretaba el vientre para tratar de aliviar el dolor la había agotado. El doctor la encontró así y volvió a repetirle la orden de la enfermera.

—Desnúdese, vístase con el camisón y tumbese en la camilla.

Después salió para darle tiempo. Ella obedeció pero se quedó de pie.

Comenzaba a sentirse alarmada: el nacimiento de la criatura que llevaba en las entrañas era inminente y comenzó a temer que algo no estuviese bien. Necesitaba a alguien a su lado. Si sólo hubiese sido más amable con su compañera de trabajo, seguro que ahora estaría allí con ella, pero el

simple hecho de pensar en su compañera le hizo recordar el olor de grasa refrita que despedía y le dio angustia, a tiempo que otro dolor la hizo encogerse. «Uuufff» fue un sonido que produjo su garganta sin que ella abriera la boca. En ese momento entró de nuevo el médico, le indicó que se tumbara y nuevamente le apoyó los pies en los estribos y le introdujo los dedos enguantados de látex. Dos lagrimones se le escaparon por la comisura de los ojos hacia las orejas. El médico le sonrió.

—Tranquila, esto va muy bien. Ahora te pondrán un gotero. —Y salió, dejándola nuevamente sola.

Unos minutos después entró una enfermera, que hurgó con una aguja en sus venas hasta lograr introducirla, ajustó el ritmo del goteo y se fue. Segundos después tuvo un dolor que le horrorizó, pues le obligó a empujar con fuerza, aceleró el ritmo de su corazón, dejó de respirar y se le hinchó la garganta mientras sus ojos se abrían desmesuradamente y se

fruncía su entrecejo. Cuando pasó, respiró y gimoteó asustada. El dolor se repitió varias veces antes de que el médico volviera con su sonrisa y repitiera el reconocimiento anterior y el comentario anterior dejándola

nuevamente sola. Cada vez se sentía más asustada, más abandonada, más débil y más cansada, y cada vez los dolores eran más fuertes y más recurrentes.

Unos cuantos reconocimientos después, cuando no tenía ya ni noción del tiempo, cuando la intranquilidad se había apoderado de ella y era incapaz de estarse quieta en aquella camilla que le destrozaba la espalda, el médico la volvió a reconocer y le anunció con su sonrisa de siempre que ya tenían quirófano. Le introdujo los dedos, pero esta vez fue diferente: notó como si un arpón tirase de algo dentro de ella. Se asustó y bocanadas de líquido tibio comenzó a fluir de ella. El doctor volvió a dejarla sola. El dolor ahora le hizo pensar que su corazón iba a estallar. Estaba demasiado asustada, demasiado sola, ni siquiera su amiga imaginaria había venido a consolarla. Para ella la soledad era una antigua conocida, pero la de ahora tenía un rostro siniestro. No solamente estaba ella sola, también lo estaba la criatura que luchaba por abrirse paso hacia el mundo exterior, una criatura que buscaba su espacio, que reclamaba su sitio, una criatura que no sabía si era conveniente, que no conocía el dolor ajeno pero que conocía su propio dolor y sabía que el esfuerzo que estaba haciendo le garantizaba un sitio en este mundo al cual se precipitaba. De pronto sintió otro dolor que se le hizo imposible de aguantar, supo que

no lo resistía y se asustó de pensar qué iba a ser de aquella criatura si ella moría. Su madre había muerto al nacer ella, no lo pudo resistir; a ella le podía pasar lo mismo. «Dios mío, Dios mío ¿qué será de esta criatura si muero?», repetía su mente una y otra vez, pues cada vez tenía menos fuerza para enfrentarse a los dolores. Estaba sudada, tenía el rostro inflamado y desfigurado por el esfuerzo y de nuevo aquella criatura quería abrirse paso a través de sus huesos. *Aaaaauggg*. Alguien llamó a la puerta entrando a continuación.

—Hola, ¿no hay nadie? —Era un párroco con alzacuellos y bata blanca quien preguntaba.

—Por favor. . —Carmen había levantado la cabeza y al ver que el sacerdote se acercaba la dejó caer pesadamente—. Escriba una dirección. Él sacó una pluma del bolsillo de su bata y en el reverso de una publicidad escribió la dirección que le dictó de un pueblecito de Valencia. No era la primera vez que le habían pedido cosas parecidas, o incluso que

efectuara llamadas a alguien, pero lo que aquella mujer de edad imprecisa dijo a continuación lo alertó:

—Si me pasa algo, l even a la criatura a esas señas —dijo ladeando la cabeza ante el desasosiego que le producía aquel a camil a.

—Tranquila, mujer, que no va a pasar nada —la consoló mientras le sonreía y le acariciaba el pelo húmedo de sudor.

Por un momento deliró que era su padre quien la acariciaba y le explicó dónde estaba aparcada la furgoneta y en qué sitios estaba repartido el dinero y. . *Auuuuggg*. . Otro dolor.

Llegó un celador y se la llevó acompañada por el sacerdote, que le tomaba la mano, hasta el quirófano. Después, las luces del quirófano, el personal con mascaril as, las piernas amarradas, alguien que la apremiaba a empujar y alguien que le clavó los puños en la boca del estómago arrancándole el primer y último grito. En ese momento dejó de ser consciente.

Cuando recobró el conocimiento, no sabía quién era ni dónde estaba.

Sentía que flotaba en medio de una neblina calida, abandonada a una placentera paz, y vio un ángel vestido de blanco, hermoso, sonriente, con un alo luminoso coronando un cabello cano perfectamente cortado. El ángel se movió para acercarse a el a, que le alargaba la mano, y en el movimiento perdió el alo, que se convirtió en un foco de luz en el techo, y su blanco vestido, en una bata médica que el sacerdote usaba cuando

visitaba a los enfermos en el hospital. Le cogió la mano que el a le tendía, sosteniéndola con una de sus manos y, acariciándosela con la otra, le anunció con una sonrisa:

—Tienes un niño precioso.

Aún pasaron unos momentos hasta que fue consciente de quién era el a, qué sucedía y quién era aquel a quien había confundido con un ángel.

—¿Puedo verlo? —Su voz le sonó débil, lejana, tan espesa como la neblina que lo cubría todo.

—Claro que sí. Te incorporaré un poco.

Giró la manivela para levantar el cabecero de la cama, se acercó para ajustarle el almohadón un poco más a la espalda y se sumergió en el mar de sus ojos, unos ojos de un verde extraño, fríos, turbios, como el mar cuando parece sereno en su superficie, pero las corrientes internas levantan oleadas de arena que pululan entre las aguas.

Un espeso olor a sudor y sangre le inundó la nariz haciendo que se retirara, y mientras se acercaba a la cuna a por el bebé, tomó conciencia de que la mujer estaba empapada en sangre.

El bebé se estiró al ser molestado de su sueño y lanzó unos suaves gemidos de placer. El sacerdote dejó el bebé en brazos de su madre, se sentó en la cama vigilando por si no lo podía sostener y apretó el interruptor de la amada. La auxiliar se demoró unos momentos en responder. Cuando lo hizo el sacerdote informó:

—Soy el padre Vicente. Vengan a echarle un vistazo a esta paciente, está empapada en sangre.

Carmen ni siquiera lo escuchó; no podía creer que tuviera a su hijo en brazos. Era una preciosa criatura rosada, suave, muy suave, con la cabeza redondita cubierta con un gorrito de lana blanco por el cual asomaba una espesa, oscura y suave pelusilla. Las manitas llamaron su atención: pequeñas y perfectas, que se movían a veces como resortes abriéndose y cerrándose, movidas por algún secreto mecanismo que mostraba la perfección de sus articulaciones, alrededor de las cuales parecía amontonarse demasiada piel de una suavidad desconocida hasta entonces por ella. Lo besó en la sonrosada mejilla: nunca sus labios habían sentido una tibieza tan blandita y suave. Si no lo hubiese amado ya, en ese momento hubiese sabido que aquello que sentía era la expresión más sublime, más perfecta del amor.

—Es precioso, precioso —repetía mientras el sacerdote era testigo de

aquel bautismo de amor de una madre a su hijo.

Entraron dos enfermeras. A simple vista vieron que estaba muy manchada, pero al retirar las sábanas hicieron un gesto de contrariedad.

Le dijeron que no podía estar incorporada, le quitaron la criatura del brazo y la dejaron nuevamente en el nido, le bajaron el cabecero y le pidieron al sacerdote que saliera porque la iban a cambiar. El sacerdote se despidió prometiéndole que volvería a visitarla. La voltearon a un lado y a otro para cambiarle las sábanas, le ajustaron compresas limpias y le dijeron con demasiada autoridad que no tenía que moverse, que estaba reciente el parto. Le ajustaron el goteo por inercia y salieron diciéndole que si necesitaba algo que le amara. Apagaron la luz al salir.

Ella trató de volver la cabeza para ver a su bebé y volvió a quedarse dormida, más por desfallecimiento que por sueño. Oyó gemir un par de veces al bebé, despertaba sobresaltada y lo miraba durante unos segundos

moverse y gemir para luego dormirse. Durante la noche se despertó innumerables veces, desorientada. La acompañante de su compañera de habitación le decía algo, pero ella tardaba unos segundos en orientarse

para a continuación sumirse nuevamente en un sueño involuntario, producto del cansancio.

Aún no había amanecido cuando la despertó una auxiliar para tomarle la temperatura. Poco después sucedieron ruidos de carros con desayunos, cambios de guardias, equipos de limpieza, enfermeras que la animaban a ponerse el bebé al pecho, visitas médicas, visitas de familiares a su compañera de habitación y un sinfín de idas y venidas de unos y otros que le impedían descansar.

A las doce de la mañana su compañera de habitación se despidió de Carmen. Iba acompañada de su esposo y de su madre, los tres, cargados con bolsas con los regalos recibidos, un ramo de flores y el bebé en brazos, un bebé que Carmen no consideraba tan hermoso como el suyo, pero que tenía muchos brazos para que lo arrullaran y muchos seres queridos con los que compartir su vida y que celebraban su venida al mundo. En cambio, su hijo sólo la tenía a ella, una mujer abandonada, sola, cansada y sin trabajo. Nadie había celebrado su nacimiento, nadie sabía de su existencia. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

El padre Vicente no pudo dejar de pensar en aquella mujer que había dado a luz la noche anterior sola, sin ningún acompañante, y en el encargo que le hizo en caso de que a ella le pasara algo. Era evidente que

no tenía muchos conocidos a los que acudir, al menos en Madrid. .

Aquel os ojos verdes, turbios y desorientados, como los de quien bebe en demasía, pero de una profundidad impresionante, que se te tragaba si mirabas en el os. . Hasta cuando celebró la eucaristía en la capil a del hospital no pudo quitarse aquel os ojos de la mente, ni atinaba a imaginar cuál sería la situación de aquel a mujer. Lo que sí podía imaginar era que no tenía a nadie.

Después de hacer su ronda por algunas salas del hospital, se dirigió hacia maternidad. Nuca visitaba aquel a parte del hospital, pues al í no necesitaban sus servicios, excepto en esta ocasión, que había prometido volver. Entrar en aquella parte del hospital era gratificante: las caras eran sonrientes, las personas se daban besos de enhorabuena, y no de duelo como en otras plantas, y en los pasil os al lado de cada puerta lucían preciosos ramos de flores que esposos emocionados habían regalado a

sus esposas por haber l evado a cabo la hazaña de hacerlos padres, sin que hasta el momento el os hubiesen podido colaborar en nada.

Antes de l egar a la puerta de la habitación de Carmen, cogió un

capullo de rosa de color salmón de un ramo de los que había por el pasillo y mientras andaba limpió el tallo. Golpeó en la puerta antes de entrar y, sin esperar respuesta, empujó la puerta y entró en la habitación decidido y sonriente:

—¿Qué tal está hoy? —preguntó mientras le ofrecía el capullo.

—Creo que bien. —Y llevándose el capullo a la nariz para olerlo añadió—: Muchas gracias.

—Y el hombre de la casa, ¿qué tal se porta? —preguntó dirigiéndose hacia el nido para mirar al bebé.

—Muy bien, pero casi no me lo han dejado tener.

—Eso lo solucionamos ahora mismo. —Y repitió la operación de la noche anterior de levantar el cabezal y ajustar el almohadón.

Nuevamente olió a sudor y sangre, le dio la vuelta al nido, tomó al bebé y se lo dio a la madre, que le dio las gracias mientras miraba embelesada a su niño y comentaba lo hermoso que era y lo perfecto que estaba. La dejó que disfrutara del momento y después le preguntó si recordaba el mensaje que le había dado la noche anterior. Ella lo miró un momento sorprendida, recordó y agachó la cabeza avergonzada para decirle:

—Lo siento, me dio miedo.

—Es normal tener miedo si estas sola en un hospital. ¿Por qué estás

sola?

Estaba tan acostumbrado a hacer preguntas que ni se le pasó por la imaginación que no debiera de hacerla. La única manera que tenía de ayudar a las personas con problemas era sabiendo qué era lo que sucedía a su alrededor.

—No tengo a nadie aquí, en Madrid —respondió sin levantar los ojos de aquella preciosa criatura que le apretaba el dedo y estiraba los labios como queriendo decir algo.

—¿Y a quién tienes en Valencia?

No dejó de mirarla, era mucho más joven de lo que le había parecido la noche anterior y le enternecía ver aquella imagen de la madre con el niño. Ningún pintor había conseguido reflejar aquel amor y aquella

bel eza en ningún retablo de ninguna iglesia que él conociera, y eso que había visto muchas representaciones de la virgen madre con el niño.

—A mi padre.

«Sólo su padre. Ni madre, ni su marido, ni tan siquiera su novio», pensó el cura.

—¿Ya sabe la buena nueva?

—No, no —dijo ella mirándolo alarmada.

—¿Creía que querías que se le avisara? Al menos eso entendí.

—No, no, fue un error —respondió bajando de nuevo los ojos.

El padre se dio cuenta que la estaba incomodando y cambió el hilo de la conversación.

—Y bien... ¿cómo se va a llamar el muchachote? —preguntó acercándose de nuevo a la cama.

El a lo miró sonriendo.

—Aún no lo he decidido ¿Qué le parecería si le pusiera su nombre?

Al cura se le escapó una carcajada espontánea.

—Un poco largo. Me llamo Vicente Rafael del niño Jesús. —Rió de nuevo el sacerdote al tiempo que el a se centraba nuevamente en su hijo.

Después de unos segundos levantó nuevamente los ojos para anunciar, como si hubiese resuelto un acertijo:

—Se llamará Rafael. ¿Qué le parece?

El sacerdote, sin dejar de reír, le aconsejó que se lo pensara, que el nombre lo identificaría toda la vida. Anunció que se tenía que marchar pero que pasaría a verla por la tarde, después del rosario. Dejó nuevamente el bebé en el nido y preguntó si necesitaba algo, a lo que el a

respondió con una negativa, dándole las gracias.

Cuando regresó después del rosario, la amó y entró sin esperar respuesta, como hacía en todas las habitaciones que visitaba. La encontró sentada en una butaca con el bebé en brazos tratando de darle de mamar.

Al verlo ella se cubrió el pecho prieto, suave y juvenil, al tiempo que decía:

—No sabe mamar.

—No te preocupes, aprenden pronto.

El sacerdote la encontró mucho más repuesta. Se había duchado y recogido el pelo en una gruesa coleta. Se sentó frente a ella y mirando la otra cama vacía preguntó:

—¿Aún no tienes compañera?

—Creo que sí porque han dejado una bolsa en el ropero, pero aún esta en dilatación.

Hubo unos segundos de silencio mientras él acariciaba con un dedo la manita del bebé, que reaccionó abriendo sus deditos ante la atenta mirada de su madre, que pensaba que el suyo era el bebé más hermoso y más

perfecto del mundo.

—He pasado a echarle un vistazo a la furgoneta. ¿Es cierto que guardas dinero al í? —El sacerdote no la miró y aguardó su respuesta con los ojos puestos en el bebé.

El a lo miró un poco avergonzada, evaluando la respuesta que tenía que dar. Era un hombre joven pero con algunas canas en las sienes que lo hacían parecer un tanto mayor. Siempre lo había visto con alzacuel os, bata blanca y correctamente peinado. Por algún motivo, a pesar de no creer en los curas, éste le inspiraba confianza y decidió ser sincera:

—Sí.

—¿No sería más seguro un banco? —Seguía sin mirarla.

—Sí, pero lo dejé al í.

—Da aspecto de abandonada. Tendrías que lavarla y cambiarla de sitio de vez en cuando.

—Tiene razón, lo haré.

El sacerdote la miró: los ojos de la chica eran una pleamar que lo inundaban todo.

—¿Por qué estás sola? —repitió la pregunta de la mañana con naturalidad, como si estuviera acostumbrado a preguntar cosas íntimas. Su rostro era pacífico y bondadoso, y su voz calmada la invitaba a

sincerarse.

—Porque no tengo a nadie —respondió dirigiendo nuevamente la mirada a su hijo.

—¿Y tu padre? —No trataba de entrometerse, sólo comprender y siempre que fuera posible ayudar, ése era su propósito en la vida.

—No puedo acudir a él.

Y sin saber muy bien cómo, le contó todo: cómo reaccionó su novio al saber que estaba embarazada, las pretensiones de la madre de su novio, la conversación con su padre, su huida de casa para preservar a su hijo, lo mal que se sintió en la casa de aquella horrible mujer que menospreciaba a todos, cómo el asqueroso de su hijo la acosó y cómo el miedo que tenía de que alguien dañara a su hijo la había llevado a no confiar en sus compañeros del bar. . Y también que tuvo miedo de morir en el parto, como le sucedió a su madre, a la que no conoció.

En este punto los océanos de sus ojos comenzaron a perder chorros de líquido que se precipitaban por sus mejil as y caían sobre su hijo. El sacerdote tomó al niño en los brazos, lo sujetó con su brazo izquierdo y

con la mano derecha le secaba las lágrimas mientras trataba de consolarla, emocionado ante el dolor de la muchacha. Desde aquel momento Carmen no tuvo secretos para con el padre Vicente y él llegó a ser como un padre para su hijo.

Se terminó el café con leche, hizo dos llamadas anulando las citas que tenía al día siguiente disculpándose por que le había surgido un imprevisto. Pagó la consumición, entró en el baño, vio su rostro reflejado en el espejo y pensó que no era normal que tuviese tan buen aspecto; debía de ser la luz de Valencia, porque las circunstancias no estaban para ese aspecto. Llenó el depósito y enfiló de nuevo por la A-3, dirección Madrid, sonriendo tiernamente mientras recordaba cómo la había ayudado y cuidado el padre Vicente.

Una vez tuvo claro que el niño se lo amaría Rafael, el padre Vicente se encargó de registrarlo y de traerle su flamante libro de familia. Era evidente que tenía influencia.

La visitó mañana y tarde durante los tres días que duró su estancia en el hospital. La aconsejó que debía de amar a su padre y darle a conocer que tenía un nieto y juntos concordaron que lo haría cuando se encontrara más restablecida. La acompañó a su pequeño apartamento cuando le dieron el alta en el hospital llevándola en su Seat 600 blanco. Carmen

adivinó aquel día la preocupación del padre Vicente cuando vio dónde vivía.

Alí no había sitio para dos, no había cuna ni ningún sitio preparado para el pequeño Rafael. Era evidente que su madre tendría que compartir su estrecha cama con él y, aunque la estancia estaba limpia, apenas había sitio para guardar las cosas y hacía mucho frío alí dentro. El padre Vicente se fue preocupado después de dejarlos en aquel sitio y, aunque no

pensaba volver, lo hizo al día siguiente después del rosario llevándole una sopa caliente y un bocadillo.

La encontró mucho más decaída de lo que la había dejado el día anterior y Rafael gemía inquieto. Le volvió a confesar que el niño no mamaba y que pensaba que tenía hambre. El cura la instó a que se lo pusiera al pecho y ella, con lágrimas en los ojos, dijo que Rafael no quería mamar. Le sujetó al niño mientras ella tomaba la sopa, observándola. Estaba más pálida y ojerosa, la cantidad de ropa que llevaba para protegerse del frío le daba una apariencia desaseada y el aspecto de Rafael en aquel entorno también le preocupó: lo vio más pálido y era evidente que había

perdido peso. Le tocó la manita: la tenía fría. Lo arropó en la mantita con la que estaba envuelto y lo apretó contra su pecho para darle calor. Rafael se tranquilizó. Cuando unos minutos después los dejó. Lo hizo con preocupación y pensando que estaban más atendidos y más calientes en el hospital.

El padre Vicente estaba acostumbrado a ver personas con hambre, enfermas y con frío. Una de sus misiones en las noches invernales en las que el frío era más crudo, se trataba de preparar termos con leche y café y llevarlos junto con su pequeño grupo de voluntarios a las bocas de metro y otros sitios donde sabía que se refugiaban los indigentes, para así confortarlos. Pero, por algún motivo, Carmen lo enternecía más de lo que cabía esperar. Además, se daba cuenta de que Carmen y Rafael no podrían subsistir mucho tiempo por sus propios medios y tendrían que acudir a una casa de acogida, aunque no creía que ella estuviera preparada para algo así, ni él pensaba que fuese lo mejor. Tenía que convencerla de que hablara con su padre y volviera a su casa.

No pudo dormir bien aquella noche y, al día siguiente, la imagen del pequeño Rafael gimiendo lo acompañó todo el día, así que por la tarde, después del rosario, volvió a visitarlos, llevándole a Carmen nuevamente sopa caliente. El pequeño apartamento olía a cerrado, a pañales y a

sangre. El padre Vicente reconocía el olor de la pobreza y la desesperanza.

Los ojos de Carmen tenían una apariencia de locura y el pequeño Rafael dormía en la cama de su madre un sueño de inanición. Le sirvió la sopa y mientras ella la sorbía con tristeza, él entró en el diminuto baño, escarbó en una bolsa de basura negra que había en un rincón del aseo y encontró lo que imaginaba advertido por el olor: la bolsa estaba llena de compresas con sangre. Salió y, mientras la observaba, preguntó cómo

estaba Rafael y si mamaba más. El a respondió que apenas chupaba, pero que al menos ya no l oraba tanto. El dijo que tenía que salir un momento pero que iba a volver. Ató la bolsa de basura y la bajó. Buscó una cabina telefónica, marcó un número, habló durante un tiempo y regresó al apartamento de Carmen. Le ordenó que se aseara, porque volvían al hospital a hacerle un análisis. El a le obedeció, autómata, como si estuviera deseando algo así.

Unos minutos después bajaban por las escaleras del edificio: el padre Vicente con Rafael al brazo y Carmen siguiéndolo, con la sensación de

que el suelo oscilaba bajo sus pies.

Al llegar al portal, le dio al niño y le pidió que lo esperara mientras iba en busca del coche.

—¿Estarás bien? —preguntó ante el preocupante aspecto de la madre y el niño.

—Sí, sí —respondió Carmen en un hilo de voz, apoyando el hombro contra la pared y suplicándole con los ojos que se apresurara.

Se dio cuenta de que no lo había visto llegar porque estaba con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados.

—Carmen, vamos —dijo sujetándole el brazo con que sostenía al niño y rodeándola por los hombros con el otro brazo.

Abrió la puerta del coche y sostuvo al niño mientras ella se sentaba lentamente con gesto de dolor. Aparcó en el aparcamiento del personal, la introdujo en el hospital, donde la reconocieron, le practicaron analíticas y, unas horas después, el doctor le confirmaba al padre Vicente sus temores: el hematocrito de Carmen había bajado mucho desde que abandonó el hospital y presentaba hipotensión y arritmias. La iban a ingresar y ordenaron para ella una transfusión de sangre, mascarilla de oxígeno y medicación para contraer el útero. En cuanto al pequeño Rafael, había perdido más peso del deseado y estaba hambriento. Hablaron con

Carmen explicándole que la iban a ingresar un par de días y que Rafael necesitaba comer. Acordaron alimentarlo con biberón en esa ocasión, pero ella seguiría intentando darle el pecho. Pero si Rafael no quiso el pecho de su madre antes de conocer el biberón, después sólo deseó el pecho de su madre para sentirse protegido y dormir, así que a partir de aquel momento se alimentó con biberón. Carmen fue ingresada pero finalmente no le administraron sangre, pues en el momento en que el gotero dio volumen a sus venas y la medicación paró el derrame de

sangre, fue capaz por sí misma de recuperar un hematocrito más aceptable.

El padre Vicente durmió mucho mejor aquella noche sabiendo que madre e hijo estaban bien atendidos, y trató de hacer su estancia en el hospital lo más prolongada posible. No dejó de visitarlos a diario aprovechando aquellas ocasiones para hacerle comprender a Carmen que necesitaba cuidados, que sería bueno que su padre supiera que tenía un nieto y que tal vez pudiera replantearse la posibilidad de volver a casa. Pero Carmen no parecía muy satisfecha de oír aquellas cosas y en lo único

que estaba de acuerdo era en que su padre tenía derecho a saber que tenía un nieto, aceptando que cuando se sintiera mejor le llamaría. Sin embargo, cuando el sacerdote le hacía notar que ella necesitaba cuidados, se ponía a la defensiva diciendo que nunca volvería, por ser incapaz de sobrevivir por ella misma; ni ella ni su hijo serían una carga para nadie. Al padre Vicente le hubiese gustado hablarle con más dureza y decirle que, si no hubiesen acudido al hospital a tiempo, seguro que ella y su hijo hubiesen corrido peligro, pero en aquellos momentos Carmen no estaba en condiciones de oír ciertas cosas. Aunque el padre Vicente apenas la conocía, se daba cuenta de que Carmen estaba siendo presa de una tristeza que parecía arrastrarla por días, sumiéndola en un abandono que sólo desaparecía cuando miraba a su hijo, pero que la incapacitaba hasta para atenderlo correctamente, dejando en manos del personal hospitalario toda la atención del niño, excepto las tomas de los biberones que Rafael comenzó a demandar regularmente cada tres horas y que tomaba con verdadera avidez, por lo que pronto comenzó a ganar peso.

Tres días después les dieron el alta y el padre Vicente los llevó de vuelta a su pequeño apartamento. Se dio cuenta que conforme llegaban el rostro de Carmen se ensombrecía, evidenciando que no le apetecía estar nuevamente sola. Trató de animarla dándole consejos para organizarse los

próximos días.

—Sal a pasear a Rafael todos los días. Es bueno que le dé la luz del día, pero no te fatigues demasiado. Sabes que aún has de guardar un poco de reposo. Lo mejor es que hagas dos salidas de media hora, una por la mañana y otra por la tarde, si el tiempo lo permite, y que, luego de los paseos, te echés un rato en la cama.

Carmen no respondía, era como si no oyese. El sacerdote los acompañó hasta el apartamento. Al í hacía demasiado frío, pero no tenía un lugar mejor donde llevarlos. Dejó en el pequeño frigorífico un menú

que había pedido en la cocina del hospital, junto con unas lonchas de queso, y sobre la mesa dejó un pan y muestras gratuitas de la leche que tomaba Rafael. Después de unos minutos se despidió y se fue sintiendo en su interior toda la soledad que emanaba de Carmen, lamentando no estar él en la piel de Dios para terminar de un plumazo con todo el sufrimiento humano.

No era la primera vez que le sucedía aquello; él sentía dentro de su propio ser el sufrimiento ajeno, pero teniendo una visión más objetiva y

siendo de miras más amplias, podía consolar, ayudar u ofrecer soluciones que otros no veían. Pero cuando se topaba con alguien tan al borde del abismo como ahora intuía a Carmen, comenzaba su desesperación por no poder hacer más, a contender con el propio Dios reprochándole que siguiera consintiendo las desventuras de sus criaturas, que fuera capaz de soportar tanto sufrimiento e injusticias sin conmoverse, que no usara su inmenso poder para zanjar todos aquellos despropósitos en que estaba sumida la humanidad. Y en su desesperación enumeraba una retahíla de guerras, hambres, enfermedades, injusticias, asesinatos y violaciones hasta que, fuera de sí, con puños apretados preguntaba:

—¿Y qué haces? ¿Qué estas haciendo ahí, en tu cielo?

Su propia mente, cual si fuese la voz de Dios, le respondía:

—Estoy capacitando a personas como tú para que los ayudéis. Os he mandado a vosotros para que confortéis a los oprimidos y os he dado fortaleza y sabiduría para que guiéis a mis criaturas.

Entonces comenzaba a l orar, se sentía pequeño y arrepentido, pedía perdón, guía, fortaleza. Esas crisis le duraban un par de días y buscaba la guía divina mediante la oración y las lecturas piadosas, hasta que finalmente recobraba el equilibrio y se dedicaba a aquel o que, pensaba, era una misión divina para él, como estaba a punto de aceptar el caso de

Carmen como misión divina. ¿O acaso sólo había sido una casualidad que su amigo el ginecólogo le dejara recado de que quería verlo con urgencia, lo cual propició que él se aventurara por esa parte del hospital que nunca visitaba, y en vez de encontrar a su amigo encontró a Carmen, que necesitaba más que nadie en ese momento alguien que la acompañara? Seguro estaba que no fue una casualidad. Él estaba acostumbrado a prestar atención a detalles que para los demás no tenían importancia pero que para él siempre habían supuesto una misión. Forcejeó con Dios durante unos días, sin que ello interfiriera en su buen hacer habitual delante de feligreses y pacientes; visitó a Carmen y Rafael a diario después

del rosario, procurando llevarles algo de comida del hospital. Una vez establecido que Carmen llamaría a su padre cuando se sintiera mejor, comenzó a preocuparse por el bautismo del niño, puesto que su madre no mostraba ninguna inquietud al respecto y se declaraba con boca ancha no creyente, al menos, con boca todo lo ancha que le permitía su estado de dejadez.

Había pasado más de una semana desde que salieron por segunda vez

del hospital: Rafael pesaba de nuevo lo mismo que el día de su nacimiento y, a juzgar por su voracidad, incrementaría su peso rápidamente. Carmen también parecía mucho más restablecida físicamente, pues se la notaba que recuperaba fuerza por días, sin embargo su semblante era de profunda tristeza y su aspecto, desaseado. El padre Vicente comenzó a hablar del bautismo de Rafael, en parte porque era su deber y en parte porque trataba de encontrar algo que sacase a Carmen de aquel estado de melancolía crónica. Carmen, por su parte, comenzó a quejarse económicamente y a decir que necesitaba encontrar un trabajo y una persona que pudiera atender a su hijo en su ausencia. Comenzó a cavilar en lo que necesitaba ganar para poder hacer frente al alquiler, la luz y los demás gastos de la vivienda, en los gastos diarios de comida e higiene y en lo que le costaría una persona que atendiera a Rafael. Se dio cuenta de que con lo que ganaba en el bar no le llegaría. Por otra parte no sabía si le volverían a dar el trabajo. Pensó que lo mejor sería acercarse por al í para presentarles a su hijo y ver cómo estaba el panorama, aunque esperaría aún una semana para que Rafael ganase algo más de peso. Pensaba y repensaba una y otra vez lo mismo, como si no hubiese más solución que ésa, para terminar dándose cuenta de que ese trabajo no cubría las necesidades que tenía, y una sombra de

duda de poder ser capaz de sacar a su hijo adelante emborronaba su capacidad de pensar y frecuentemente l oraba.

Le pedía al padre Vicente que la ayudara a conseguir un puesto de trabajo. Él respondía que lo estaba intentando, pero no encontraba nada apropiado. Además, pensaba que tenía que terminar de reponerse y que lo mejor sería que l amara de una vez por todas a su padre. En una de esas conversaciones estaban, mientras él le servía un menú del hospital, cuando Carmen, en un arrebato de ira que la sorprendió a ella misma, le gritó:

—¡Maldita sea! No quiero que me mantenga mi padre.

De un manotazo barrió el menú que el padre Vicente le había preparado sobre la pequeña mesa.

—Y no quiero vivir de caridad, quiero un trabajo. ¿Es eso tan difícil de entender?

El padre Vicente la miró un momento, sorprendido, y después él también gritó para que se diera cuenta de lo que acababa de hacer:

—No es difícil de entender, no, pero sí de conseguir. Y si no quieres

vivir de caridad, ¿por qué no sacas el maldito dinero que tienes escondido como una usurera y vives dignamente hasta que te recuperes totalmente? ¿De verdad piensas que estás en condiciones de aguantar una jornada de trabajo normal? ¿Y quién va a atender a Rafael cuando tengas que ir al trabajo?

Rafael, que estaba dormido en la cama que compartía con su madre, se despertó sobresaltado por los gritos, prestó unos segundos de atención y, asustado, comenzó a llorar a pleno pulmón.

El padre Vicente se acercó a él, lo tomó en brazos y lo meció con cariño mientras le ponía el chupete en la boca para disuadirlo del llanto.

Carmen se quedó petrificada mirando fijamente lo que había derramado por el suelo, incapaz de asimilar que aquel niño lo había hecho ella y que le había levantado la voz a la única persona que se estaba interesando en ella.

Cuando Rafael aceptó el chupete y se aferró a él para encontrar consuelo entre hipos de llanto, el padre Vicente volvió hablar, esta vez con un hilo de voz y con los ojos clavados en Rafael para no mirarla a ella y sin dejar de mecerlo:

—Hay una solución—hizo el anuncio seguido de una larga pausa—:
que ingreses en una casa de acogida para madres solteras.

Carmen se agachó lentamente, comenzando a recoger las cosas tiradas por el suelo, mientras chorretones de lágrimas silenciosas se precipitaban hacia el suelo. El sacerdote volvió a dejar al niño nuevamente dormido en la cama, lo arropó, dirigió la mirada hacia la patética escena que protagonizaba aquel a joven que comenzaba a jadear sol ozos convulsivos, se acercó a el a, la sujetó por los hombros para levantarla y la abrazó tiernamente.

—Carmen, no l ores. Estas situaciones no te hacen bien, aún no tienes que pensar en trabajo, sino en reponerte. La próxima semana le pediré al doctor otra analítica para ver cómo vas, pero tienes que poner de tu parte,

te tienes que alimentar bien y no tomar sólo leche con cacao. Tienes que pasear mucho por el sol. Estoy tratando de conseguirte un carrito para Rafael para que no tengas que l evarlo siempre en brazos. Tienes que descansar todo lo que puedas y tienes que cuidar tu aspecto y el de Rafael. El aspecto de Carmen dejaba mucho que desear. Aún l evaba las zapatil as sin cordones, a pesar de que ahora sus piernas estaban volviendo a la normalidad y no estaba justificado; su pelo largo, oscuro y

ondulado daba la impresión de no haber sido cepilado en días; su piel tenía el tono verde grisáceo de las hojas del olivo; sus ojeras, de un gris plomizo oscuro, parecían llenarle todo el rostro. Lo perezoso de sus ojos, que se quedaban estáticos mirando un punto fijo no viendo nada, le decían al sacerdote que, aunque aquella chica se recuperaba físicamente, estaba mucho de estar bien, y estar todo el día sola regodeándose en su situación no la beneficiaba, pero tampoco consideraba que estuviese lo suficiente recuperada como para poder pedirle algo más que atender al niño.

Cuando se calmó, limpiaron todo el desperfecto. Al día siguiente, cuando fue a verlos, además del menú del hospital, le llevó un tarro de medicación a base de las vitaminas del tipo B, que debía tomar por las noches, de lo cual él mismo se encargaría. También le llevó un libro de relatos cortos para que no se fatigara en demasía con largas lecturas y juntos acordaron una hora para el día siguiente mover la furgoneta, lavarla y así no diera sensación de abandono.

Cuando Carmen llegó al día siguiente donde estaba la furgoneta, el padre Vicente ya estaba allí esperando. La furgoneta estaba cubierta de una capa de polvo gris y alguien había escrito mensajes insultantes en los cristales. Siguiendo las recomendaciones del sacerdote, lo primero que

hizo fue comprobar que los diferentes sobres con dinero que había escondido estaban en su sitio y en buenas condiciones, mientras él, con el niño en brazos, se alejaba unos metros para no ver los lugares donde el a miraba. Tomó de uno de los sobres tres billetes de cien pesetas y los demás los dejó tal cual. Rebuscó un poco entre los cajones de ropa y comprobó que todo estaba bien, excepto por el olor. Introdujo la llave y le dio al arranque, pero sólo consiguió que el motor desprendiera unos ronroneos agónicos. Le cedió el lugar al sacerdote, que consiguió arrancar el vehículo, pero fue ella la que condujo por donde le indicaba el sacerdote, fue el a la que tuvo que dar las órdenes de lavado y fue el a la que pagó cuando volvieron a recoger el vehículo después de dar un

paseo, pues lo que el sacerdote pretendía, era que el a fuera tomando decisiones, aunque fuesen sugeridas. Por eso decidieron que el vehículo se tenía que poner en marcha regularmente y decidieron que el próximo domingo saldrían a tomar un café a un pueblo vecino con la furgoneta.

Dejaron el vehículo nuevamente aparcado. El sacerdote la acompañó hasta el portal llevando el niño, pues Carmen parecía cansada, aunque

algo más animada.

El domingo, cuando ella llegó a la hora establecida adonde habían quedado, al lado de la furgoneta el sacerdote la estaba esperando con una amplia sonrisa y empujando un carrito para Rafael, tal y como prometió.

Era un carrito alto, con grandes ruedas y llevaba capazo y silla; el sacerdote ya había acoplado el capazo. Carmen le dio las gracias con un beso, lo cargaron en el vehículo y se pusieron en marcha. Carmen, siguiendo las indicaciones del sacerdote, tomó la N-1 y se dirigieron a San Sebastián de los Reyes, donde tomaron chocolate con churros.

El padre Vicente volvió a plantear el tema del bautismo de Rafael. Carmen bajó los ojos para objetar que no conocía a nadie que pudieran ser sus padrinos. El sacerdote dijo que él se encargaría de eso. También se encargaría de conseguirle un mantil para Rafael y, ya que no necesitaba nada más, no podía poner más excusas.

El bautismo de Rafael fue registrado el 20 de diciembre de 1975; era una mañana soleada pero fría.

El padre Vicente, cinco días antes, le consiguió un mantil para vestir a Rafael el día en que tenía que ser acristianado, con la condición de que después la tenía que devolver. Llegó con una preciosa caja de cartón y en su interior estaba todo lo necesario para aquella ocasión: un precioso

faldón de seda natural con delicadas puntillas, entredoses de tul bordado y vainicas hechas a mano. Era de manga larga y estaba forrado delicadamente. Llevaba bajo faldón, leotardos, cubre pañal, gorrito, capa y botitas de charol, todo de un blanco immaculado. Cuando el padre Vicente se marchó, Carmen abrió nuevamente la caja para admirar aquella ropita. Estaba embelesada pensando lo hermoso que luciría aquella ropita en su hijo. Metió los dedos índice y corazón por el bajo de las manguitas y acarició la suave confección. Encontró dentro de la caja una especie de tarjeta de color salmón que parecía ser una garantía de calidad y que garantizaba que aquel aguar había sido confeccionado artesanalmente. Sin duda, aquel pertenecía a una familia rica. Guardó de nuevo todo en la gran caja y comenzó a imaginar cómo se desarrollaría la ceremonia, y en

ese momento se dio cuenta de que no sabía si tenía algo digno con que vestirse ella para esa ocasión.

A la mañana siguiente revolvió entre los cajones de la furgoneta buscando algo decente que ponerse, y... ¡porras! Sólo tenía pantalones, minifaldas y zapatos de tacón alto o zapatillas. Tenía un abrigo largo de

pañete beige entalado y con grandes solapas, pero los meses que lo llevaba tirado dentro de aquel cajón lo habían deslucido, a pesar de que lo había estrenado el 1 de noviembre del año anterior para ir a visitar la tumba de su madre, como hacían cada año el día de Todos los Santos. Después de revolver las cosas varias veces, se dio cuenta de que aquel era lo más apropiado, por no decir lo único decente que tenía, así que lo llevó a la tintorería para que lo adecentaran. Al día siguiente volvió a revolver entre los cajones y eligió la misma blusa roja que llevó el día que anunció a Curro que estaba embarazada, los mismos zapatos y una minifalda de un color beige muy claro. En el fondo de un cajón encontró aquella caja de galletas de lata que ella usaba como joyero y que ni siquiera recordaba haber cogido el día que salió de su casa. En el fondo de la caja joyero encontró un estuche de nácar tapizado y en su interior de terciopelo granate, la gargantilla y los pendientes de perlas finas que su madre lució el día de su boda y que su padre le regaló en su último cumpleaños, para que ella también las luciera en un día muy especial, pensando en la boda de su hija. Carmen lamentó haber tenido aquel tesoro allí abandonado y pensó que el próximo sábado iba a ser un día especial. El que ella luciera esas joyas sería como estar acompañada de su madre. Sintió deseos de volver a amar a su padre para invitarlo a la ceremonia, pero inmediatamente se lo

quitó de la cabeza, pensando en las explicaciones que tendría que dar en el pueblo por su viaje. Sintió lastima por aquellas personas, estrechas de miras, que ni vivían ni dejaban vivir.

La aproximación del bautismo de Rafael consiguió lo que el padre Vicente le evaba tiempo tratando de conseguir de Carmen: que se pusiera en marcha, que tomara decisiones, que se organizara.

Carmen desconocía quiénes serían los padrinos de su hijo, pero pensó que sería justo que tuviera un detalle con ellos y aunque no tenía dinero y no quería gastar el de su padre que guardaba escondido por la furgoneta, no tendría más remedio que echar mano de él para invitarlos a comer.

Compró un manojito de diminutas florecitas secas, cintita de color azul celeste, papel de celofán, cartulina celeste, caramelos y peladillas, y fabricó unas tarjetas conmemorativas que prendió junto con algunas florecillas

alrededor de los paquetitos de caramelos envueltos con el celofán y que sujetó con la cinta celeste en un pequeño lazo. Le quedaron preciosos, o al menos a él se lo pareció.

Con todo seguía cansada, pues aunque Rafael comía bien y ganaba

peso por días, tenía los antos interminables que la destrozaban emocionalmente. Un día se sorprendió zarandeándolo en alto mientras le gritaba:

—¿Qué quieres? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué más quieres de mí? —

Y lo tiró sobre la cama, fuera de sí.

El niño lloró entonces por temor y ella se arrodilló en el suelo, escondiendo su rostro entre las manos, llorando más asustada que su hijo por lo que había hecho. Unos minutos después llegó el padre Vicente encontrándolos a los dos fatigados de llanto. Carmen le contó que Rafael no paraba de llorar y que ella había perdido los nervios. Los volvió a llevar al hospital para que le dieran un vistazo al niño. El pediatra no le dio importancia: «Los cólicos del lactante», dijo y le dio una medicación asegurándole que no durarían mucho, pero el remordimiento de ella por haber zarandeado a su hijo la acompañó siempre.

El padre Vicente desconocía los preparativos de Carmen y aquel sábado en que tenía que bautizar a Rafael se sentía desasosegado. Le había pedido al párroco con el que compartía la parroquia que celebrara él la misa de diez para poder celebrar seguidamente el bautizo, pero no tenía mucha fe de que la muchacha acudiera. Recordaba que el domingo anterior, que habían salido al campo a pasear con Rafael, le había dicho

que se sintiera libre, si deseaba hacerlo, de acercarse a la parroquia a confesarse y que ella lo miró entre sorprendida y divertida:

—No sé qué tendría que contarte, si ya sabes toda mi vida.

—Me has contado tu vida como se cuenta a un amigo, pero no te has confesado ni te has arrepentido —le respondió sin mirarla, centrándose en empujar el carrito del bebé.

El a lo miraba divertida. Se sentía bien en la compañía de aquel hombre y en aquel mismo momento la imagen que daba era como para plasmarla en una fotografía: con su nariz roja a causa del frío, su sotana negra, su alzacuelos y empujando el carrito de Rafael por la campiña, mientras le hacía muecas con la cara para llamar su atención, sin darse cuenta de que Rafael aún era muy pequeño para tales menesteres.

—No tengo nada que confesar.

El padre Vicente la miró sorprendido. Su cara era pura interrogación y ella se divertía.

—No creo que amar sea pecado y no me arrepiento de tener un hijo.

¿Es a eso a lo que te refieres?

—No. No es que te tengas que arrepentir de tener un hijo, pero sucede que algunas veces se confunde el deseo sexual con el amor y entonces se peca.

—Pues no ha sido mi caso. —Seguía divirtiéndose—. Pero aunque lo hubiese sido, no creo que contarle en confesión sirva de algo, ni creo que tú ni nadie pueda perdonar pecados.

—¿Entonces para qué crees que estamos los sacerdotes?

—¿Para disfrazaros del conde Drácula? —Rió mientras observaba la oscilación de su sotana a cada paso que daba.

—Eh, eh, un respeto. ¿Acaso menosprecias mi trabajo y mi ministerio? —protestó el cura visiblemente contrariado.

Carmen se puso seria y lamentó haberlo ofendido:

—Por supuesto que no, realizas una labor extraordinaria. Me refiero a tu labor social —aclaró—. Pero para eso no necesitas ser sacerdote ni vestirte diferente.

Él seguía contrariado:

—Si no fuese sacerdote, no podría llevar a cabo mi ministerio.

—¿Por qué? ¿Qué cambiaría? ¿Tu manera de vestir?

Ahora hablaba completamente en serio. En las semanas que conocía al padre Vicente se dio cuenta de que atendía a los feligreses que tenía a su

cargo, visitaba a los enfermos graves del hospital para apoyarlos, tanto a ellos como a sus familias. Junto con unos voluntarios se encargaba de los indigentes del barrio, y no lo hacía como el que da limosna para acallar su conciencia o para demostrar que estaba por arriba de los demás, sino porque sabía que si las circunstancias cambiaran, aquellas personas podían desempeñar trabajos dignos, incluso estar en puestos de responsabilidad, al igual que sucedió con un joven, al que sacó de la calle. En poco tiempo le consiguió un trabajo en el que ascendió y en esos momentos su sueldo era mucho más alto que el del padre Vicente. Como éste había varios

casos.

Sí, estaba convencida de que la labor del padre Vicente era importante y que la desempeñaba bajo una óptica correcta, pues, aparte de ayuda

física, les enseñaba a vivir decentemente por sus propios medios y les transmitía que en este mundo cada cual ocupa un sitio, pero el puesto que ocupan no los convierte en mejores o peores que los demás, por lo que cualquier indigente podía mantener su dignidad delante del padre Vicente, quien no dudaba de pedirles algo si consideraba que lo podían ayudar.

Pero. . ¿para qué porras tenía que ser sacerdote?

—Pues cambiarían mis circunstancias, mi economía y mi tiempo. Esta manera de vestir —dijo pel izcando y sacudiendo la falda de su sotana— abre muchas puertas y consigue muchas cosas para los necesitados que de otra forma no podría conseguir.

—¿Y no es eso injusto? ¿Acaso no serías el mismo sin ir disfrazado?

¿No tendrían las personas las mismas necesidades?

—Pero yo amo a Cristo y quiero seguir sus pasos —argumentó el padre Vicente tratando de que ella fuera capaz de entenderlo, puesto que

las preguntas que él le planteaban no tenían ni respuesta ni solución rápida.

Carmen no pretendía enfadarlo ni tenía ganas de conversaciones serias, así que dio por terminada la conversación diciéndole con una sonrisa de oreja a oreja y con toda sinceridad:

—Lo haces muy bien. Eres lo más parecido a Cristo que conozco. —

Y en un arrebato le dio un beso en la mejilla mientras añadía entre risas—

: Si no fuera por la sotana. . Jajajaja.

Era el segundo beso que le daba y le hubiese gustado decirle que no era apropiado que se comportara con él de ese modo, pero se calló porque era el primer día que la veía contenta y era muy agradable verla así.

Desde que la conoció la mencionaba en todas sus oraciones, pero aquella última semana no cesó en hacer súplicas por él y por el niño casi de una manera obsesiva.

Los padrinos llegaron puntuales un poco antes de que terminara la misa. Les dijo que su ahijado aún no había llegado. Él tenía que ir a vestirse para la ocasión, pero la reconocerían en cuanto la vieran por su mata de pelo oscuro y por sus hermosos y extraños ojos. Después rectificó diciendo que la conocerían por llevar a un niño vestido para el bautismo y todos rieron.

Estíbaliz se sintió molesta porque el sacerdote estaba visiblemente nervioso por aquel a joven, pero no hizo ningún comentario y se limitó a sonreír junto con el doctor que actuaría como padrino. Los dos

colaboraban de manera regular en casi todos los proyectos del padre Vicente, pues valoraban su obra, y cuando les propuso ejercer de padrinos de Rafael, aceptaron sin condiciones. Conocían el caso de la muchacha y sabían el trabajo que el padre Vicente estaba haciendo con el a.

—Ahí l ega —dijo el sacerdote mirando a lo lejos.

La había conocido por el carrito de altas ruedas, pues su apariencia lucía diferente. Había despejado el óvalo de su cara sujetándose parte del pelo con una hebil a, mientras que por la espalda los oscuros y largos bucles oscilaban al son de su paso, encogiéndose y distendiéndose cual suaves muel es. Vestía un abrigo de color beige de grandes solapas muy ental ado y zapatos rojos de tacón alto grueso y cuadrado con un par de centímetros de plataforma, lo cual la hacía parecer aún más alta y delgada. El maquillaje ocultaba sus ojeras; sus ojos, de por sí ya hermosos y

extraños, refulgían como estrellas enmarcados por el lápiz negro y el rimel en las pestañas, y el carmín de sus labios era apenas un tono más oscuro que el de su boca, dando toda ella, a pesar del maquillaje, sensación de naturalidad y lozanía.

El sacerdote se adelantó unos pasos para recibirla, observando que lucía unos pequeños pendientes de perlas que la hacían parecer más madura, aunque no pudo ver la gargantilla porque la cubría una bufanda de lana roja que había tejido ella misma pocos meses antes de quedar embarazada. Después de saludarla y decirle que estaba muy guapa, miró al interior del carrito y destapó la mantita para ver mejor a Rafael. El blanco luminoso de la ropa que llevaba lo envolvía en un halo de luz resplandeciente por los efectos del sol de aquella mañana, resaltando los anillos oscuros de la pelusilla de su cabecita. Ni Miguel Ángel había pintado un ángel como aquél, pensó el sacerdote mientras se acercaban a los otros dos y presentaba a la madre y al niño complacido visiblemente cuando, después de besar a Estíbaliz, Carmen alargó la mano para saludar al doctor. Observó que también se había arreglado las manos y lacado sus uñas en un tono muy claro, dando apariencia de limpieza y pulcritud. Les dijo que podían entrar a la iglesia y sentarse, mientras él se cambiaba, y que, tan pronto como terminara la misa, comenzarían la ceremonia.

Desapareció tragado por las puertas de la iglesia mientras los otros se centraban en Rafael.

Estíbaliz se sintió incómoda por lo bien que lucía el traje de bautismo de su hijo Eugenio en aquel niño. Sintió deseos de comentar lo hermoso

que había estado el día de su bautismo su hijo con aquel traje para fastidiar a Carmen y borrar de su rostro la sonrisa de satisfacción de ver a su hijo con aquellas hermosas ropas, pero supo controlarse diciéndose que aquello era impropio de él. Hurgó en su interior para averiguar por qué motivo quería humillar a Carmen y se dio cuenta, horrorizada, de que le tenía celos porque últimamente acaparaba toda la atención del sacerdote.

El padre Vicente entró en la sacristía e inclinó la cabeza ante el crucifijo a modo de reverencia. Aquella era una sacristía amplia, iluminada con luz natural que entraba a través del gran ventanal que daba al patio interior, y con un gran armario ropero que ocupaba toda una pared. No había pensado usar ninguna casaca especial, pero aún estaba emocionado por haber encontrado a Carmen tan hermosa, tan elegante y con aquella

aparición de normalidad, puesto que aquella nube que emborronaba sus ojos hacía unos días estaba desapareciendo y hoy se mostraban luminosos.

Cuando alargó la mano para descolgar el alba, sus ojos se posaron en la funda de tela que guardaba un precioso vestido que le regaló Estíbaliz para que oficiara el bautismo de Eugenio, y que no llegó a estrenar porque finalmente Estíbaliz y su esposo decidieron bautizarlo en otra parroquia. Allí seguía, arrinconado contra la pared izquierda del armario, colgando dentro de una funda de tela blanca ribeteada de negro. Si alguna vez lo tenía que estrenar, aquél era el momento. Iba a bautizar a un niño que llevaba su segundo nombre y cuya madrina era Estíbaliz. Sí, se lo pondría para él. No había sido con Eugenio, pero hoy se lo pondría para Estíbaliz. Descorrió la cremallera de la funda y sacó la casaca, que apoyó en el respaldo de la silla; encima de ella, apoyó el alba. Se despojó de la sotana, pasó un gamuza sobre los zapatos para darles brillo, se vistió el alba, se ceñó el cíngulo e introdujo la cabeza por la abertura de la rica casaca, confeccionada en un precioso tejido lampas de color blanco elaborado en oro y con tres representaciones bordadas: la anunciación, el nacimiento y la presentación del niño Jesús al templo, tanto en el delantero como en la espalda. La estola, también blanca, llevaba bordados

una representación de la pila bautismal con agua, y por encima de ésta, una paloma representando al Espíritu Santo y encima de ella un sol, el Dios Padre.

Había celebrado muchos bautismos pero no recordaba en ninguno de ellos una emoción como la que lo embargaba ahora. No era capaz de

saber si se debía a lo mucho que se había desgastado emocionalmente por Carmen, o por la presencia de Estíbaliz, quien hubiese deseado que él bautizara a su hijo, aunque finalmente no pudo ser porque su esposo se opuso. El caso es que para el sacerdote fue un bautismo especial. Desde que se vistió aquel día casual a todo sucedió como si estuviera en trance.

Vio acercarse a Rafael en brazos de Estíbaliz, se oyó pronunciar la exhortación de renuncia a Satanás y sus obras, y mientras los padrinos respondían, hizo las cruces en la frente y en el pecho del pequeño Rafael, para lo que tuvo que estar muy cerca de Estíbaliz, respirando su perfume, que se mezcló con el aroma del aceite de unción, con el aroma del cirio pascual, con el susurro de su propia voz musitando oraciones, con el suave tacto de la lengua del niño, que probaba por primera vez en su vida

la sal y recibía tres chorreones de agua por su cabeza ante la atenta mirada de su madre, que se sentía fuera de contexto y que hubiera salido corriendo de allí en aquel mismo momento con su hijo en brazos.

Estíbaliz participaba en todo el ritual con una elegancia pasmosa, sabiendo en todo momento cómo tenía que actuar y sin que su rostro mostrase ni un ápice del malestar que sentía por que el sacerdote se hubiese puesto aquellas ropas que ella le regaló para agasajar a aquella muchacha que últimamente le robaba tanto tiempo, sintiendo que unos celos absurdos hacia aquella desgraciada la vapuleaban, sin ser capaz de reprimirlos de ninguna manera. En cambio, para el doctor aquel o no fue más que otra manera de colaborar con el extraordinario trabajo que realizaba aquel sacerdote, a quien le unía además de cierta amistad, un gran respeto.

Mientras el padre Vicente volvió a la sacristía para cambiarse de ropa nuevamente, los padrinos aguardaron en la puerta de la iglesia junto con Carmen, quien mecía el carro de Rafael, que comenzaba a sentirse molesto por tanto incordio, y les anunció que estaría encantada de invitarlos a comer. Cuando saliera el padre Vicente decidirían dónde, pero el doctor se excusó diciendo que ya tenía un compromiso y Estíbaliz con que la esperaba su marido. Carmen dijo que él también podía venir a

comer, pero él fue muy tajante en su negativa, como dando a entender que aquello no era apropiado, de manera que Carmen se sintió incómoda y fuera de lugar. Sacó del bolso que llevaba colgado del manillar del carrito dos de las bolsitas de caramelos y peladillas que había preparado y les dio una a cada uno, al tiempo que el padre Vicente se acercaba a ellos nuevamente con su sotana. Se alegró al ver las bolsitas de caramelos, pues

el que Carmen se hubiese ocupado en ello demostraba que efectivamente estaba mucho mejor. Se alegró mucho más de saber que había planeado invitarles a comer, aunque comprendió que no pudieran aceptar y se le ensombreció por un momento el rostro cuando Carmen insistió en que también podía venir el marido de Estíbaliz. Finalmente concordaron que ya quedarían para otro día. Los padrinos se marcharon juntos, como habían legado, y el padre Vicente aceptó la invitación. Como aún tenía que celebrar la misa de doce, se verían a la una y media en la calle donde él vivía, a no ser que quisiera esperarlo escuchando misa. Decidió que era mejor cambiar de ropa a Rafael y esperarlo en el sitio convenido. Cuando el padre Vicente legó, él lo esperaba hacía ya unos minutos.

Caminaron juntos hasta la calle de la Cava Baja, donde comieron en una tasca. Al entrar agradecieron la tibia temperatura del establecimiento. Carmen se despojó del abrigo y la bufanda y el sacerdote le dijo que aquel día estaba muy guapa. Él a con una luminosa sonrisa dijo:

—Tú también estabas muy guapo vestido de angelito —haciendo alusión a la hermosa casaca que había lucido en el bautizo y añadió entre risas—: Mucho más que con el traje de conde Drácula.

Él la miró contrariado, por lo que ella se tragó su risa, alargó su mano por encima de la mesa en la que se habían sentado y apretándole la mano lo miró a los ojos:

—Gracias de verdad. Ha sido una ceremonia preciosa. No sé cómo podré pagarte todo lo que estás haciendo por mí.

El sacerdote aprovechó la cercanía de un camarero para desembarazarse de su mano y hacer un ademán para llamar su atención, mientras le decía sin mirarla.

—No me debes nada, así que no me tienes que pagar nada, pero está bien que pienses que soy tu amigo y que si te doy un consejo, es porque pienso que es lo mejor para ti y al menos deberías considerarlo.

El camarero se acercó, recitó una letanía de platos y tomó nota de su pedido, sorprendido de que no se lo hubiesen hecho repetir, pues en

todas las mesas lo tenía que hacer hasta tres veces.

Cuando se alejó, Carmen confesó:

—Siempre medito en lo que me dices. —Se hizo una pausa, se miraron a los ojos, estudiándose mutuamente—. Pero es muy duro para mí las opciones que me planteas y sé que no tengo más alternativas.

Desvió la mirada hacia el plato vacío que tenía frente a él. El sacerdote se sorprendió, siendo ahora él quien le apretaba las manos, sujetándolas entre las suyas:

—Pero tu padre tiene derecho a saber que tiene un nieto.

—Sí, pero no volveré al pueblo. No les daré a nadie la oportunidad de que le digan a mi hijo que es un hijo de puta.

Alguien que pasaba al lado de su mesa vio a un cura con sotana tomar de las manos a una jovencita que tenía un niño y oyó que ésta terminaba una frase diciendo «hijo de puta». Por vergüenza ajena no se paró a reparar en más detalles, pero ya tenía suficientes, ¿para qué más?

—Pero tú no eres eso. —La consoló el sacerdote con dulzura.

—Ya lo sé. —Volvió a levantar la cabeza en un ramalazo de orgullo—

. Pero el que no lo sea no impedirá que alguien lo diga. —Con tristeza añadió—: No sabes cómo es la gente de pueblo.

Les sirvieron los platos y de común acuerdo dejaron esa conversación, recobraron la alegría, centrándose en la comida. Hablaron del trabajo que tenía él durante esas fechas en la parroquia y de la importante labor que hacían el doctor, Estíbaliz y otros voluntarios.

—¿Los conoces desde hace mucho tiempo?

—Al doctor, desde que llegué al hospital. Él también llevaba poco tiempo al í. Desde el principio me allanó el camino y estuvo dispuesto a ayudarme en toda campaña que se me ha ocurrido organizar. Es muy activo y partidario de no sólo curar el cuerpo, sino también la mente y el espíritu. Es una inspiración para otros profesionales que están comenzando a plantearse que la medicina es algo más que vendar huesos quebrados.

—¿Y Estíbaliz? —preguntó sin levantar los ojos del plato para que no fuese tan evidente la curiosidad que sentía por aquella mujer que vestía tan elegante, lucía joyas tan costosas y reflejaba una paz que a veces desmentía el tono de su voz.

Una oleada de calor se posó sobre el rostro del sacerdote, quien también se entretuvo mirando las viandas de su plato, confiando en que

fueran éstas o el sorbo de vino lo que le había provocado la súbita sudoración en frente y manos.

—A Estíbaliz la conocí hace unos cinco años en una de mis campañas para recaudar fondos y voluntarios. Gracias a ella conseguí fondos de varias empresas y nunca me falta gente para trabajar.

—¿Es rica?

—Sí, bastante y muy laboriosa —añadió para darle a entender que ser rica no era una virtud.

Después del postre que ambos comieron con deleite tomaron café.

Carmen se ofreció, por si podía ayudar en algo esos días. El sacerdote aceptó complacido diciendo que le vendría muy bien la furgoneta para ir a recoger los donativos de algunas empresas para repartirlos entre los menos pudientes, de manera que pudieran celebrar unas navidades dignas.

El lunes 22, a las diez de la mañana, comenzó.

El sacerdote le presentó a quien sería su compañero de fatigas los próximos tres días. Se llamaba Óscar, era alto y extremadamente delgado,

de expresiones y palabras joviales pero ojos tremendamente tristes. Vestía vaqueros estrechos en el muslo y muy acampanados en el bajo, y camisa salmón con un largo cuello que asomaba por el escote de un suéter azul marino. Era de su misma edad, pero parecía de vuelta de muchas cosas.

Él sujetaba a Rafael en brazos mientras él lo conducía por donde él le indicaba. Cuando llegaban a la dirección, él lo detenía el vehículo pero no bajaba, se quedaba allí con el niño. Óscar bajaba con una felicitación del padre Vicente para la empresa y volvía con algunos bultos que cargaba en la parte trasera de la furgoneta, algunas veces ayudado por algún operario de la empresa que hacía la donación. A las doce hacían un alto para darle el biberón a Rafael y ellos tomaban un café con leche en algún bar. Después entregaban una tarjeta más, regresaban a lo que ellos llamaban el cuartel general y descargaban todo lo que habían recaudado, junto a otros paquetes que llegaban allí por medios similares. Por la tarde tres mujeres, entre las que se encontraba Estíbaliz, iban repartiendo aquello en cajas más pequeñas de la manera más equitativa posible. El miércoles 24, a partir de las 15,30 horas, se repartieron entre todos los que habían formado una cola frente la puerta del cuartel general. Sobre las seis de la tarde ya se habían atendido a todos y los voluntarios se sentaron alrededor de una mesa a tomar un chocolate con churros. Después

limpiaron el recinto y se despidieron deseándose feliz Navidad.

Al regresar al apartamento después de aquellos días de trabajo, Carmen se sintió sola y triste. El apartamento le parecía más pequeño que nunca y ésa era la primera Nochebuena que estaría sin su padre. Añoró a Curro, miró a su hijo y lo oró porque no le daba ningún consuelo. Pensaba en todas aquellas personas con las que había compartido la ilusión de

preparar regalos para los más necesitados. Óscar y ella también habían tenido caja, pero la necesidad de ella no era de turrón, chorizo o champán, sino de familia, besos y abrazos. Deseó la presencia de Curro, lo oró de pena por ella misma y lo oró porque ella causaría en su padre aquella misma sensación de soledad. Entre sollozos le decía que lo amaba y pedía que la perdonara por el sufrimiento que le causaba. Fue una noche triste, muy triste.

A la mañana siguiente sobre las doce, había quedado con el padre Vicente en el despacho de la vicaría. Desde allí le daría a su padre la noticia de que era abuelo. Pensaron que el día de Navidad era un precioso día para tal noticia. Cuando la vio entrar, para el

sacerdote fue evidente que la muchacha no había pasado una buena noche: estaba nuevamente ojerosa y parecía tensa, cohibida. Tampoco para el padre Vicente había sido una noche de descanso. Después de celebrar la misa de gallo, se entregó a la oración arrodillado al pie de la cama y, con las manos plegadas, hizo ruego por los pobres, y por los enfermos, por quienes habían perdido seres queridos y por Carmen y su hijo, para que todo les fuera bien cuando ella amara a su padre, para que pudiera volver a casa con él, para que formaran la familia que ella tanto deseaba. . Era una buena chica. Cada vez la conocía mejor y sabía que era una buena chica, y por lo que ella contaba, su padre era un hombre de corazón noble. Tiempo había tenido aquel hombre de reflexionar y estaba seguro de que le pediría a su hija que volviera a casa, seguro de que todo saldría bien si ella no se empeñaba en no volver al pueblo.

Rafael dormía en el carrito cuando Carmen llegó al despacho de la parroquia, situado en la calle Alcalde Sainz de Baranda. Sentada en la silla de visitas del despacho del sacerdote, marcó el número de teléfono sin levantar los ojos de las teclas. Era un modelo góndola rojo que contrastaba por su modernidad en aquel ambiente austero. El sacerdote la miraba tenso, tratando de hacer fuerza para transmitirle ánimo. El primer tono casi la asustó y miró por un momento al sacerdote, desviando

seguidamente su mirada a la derecha. Otro tono; lo miró de nuevo: sus ojos seguían clavados en el a. Otro tono; nada. Al cuarto descolgaron y una voz lánguida y desganada respondió:

—Diga.

Carmen reconoció la voz de su tía. Seguramente estaría cansada por la fiesta de la noche anterior y por eso sonaba tan apagada.

—¿Tía?

Silencio. Largo, tenso, aplastante, sofocante. Tal vez no la había reconocido.

—Tía, soy Carmen.

Silencio.

—¿Puede decirle a mi padre que se ponga?

Silencio.

El sacerdote se puso tenso al darse cuenta de que aquel o era un monólogo y que nadie le respondía.

—¿Tíaaa?

Finalmente hubo respuesta, pero no la que Carmen esperaba.

—¿Tía? Mal nacida —oyó Carmen que le espectaba su tía con voz siniestra—. Tu padre hace cuatro meses que está enterrado. Lo mataste a él igual que mataste a tu madre.

A Carmen le dio un vuelco el corazón y tuvo la sensación de que toda la sangre se le bajaba a los pies como si tuviese una herida abierta en los tobillos y la perdiese por allí rápidamente. Su palidez rayó el blanco de la cal y sus ojos, abiertos, espantados, se quedaron fijos, sin cambiar de dirección ni pestañear. Su cuerpo rígido no mostraba ni la oscilación de la respiración, su expresión hizo que también el corazón del sacerdote diera un vuelco y la mirara aún con más expectación, mientras aquel a voz no paraba en su retahíla de despropósitos.

—Tú tenías que haber muerto en lugar de mi hermana, mal nacida, mal nacida. Te tenían que haber parido muerta.

Carmen no respiraba. El sacerdote se asustó y le arrancó el teléfono, que se llevó al oído justo para oír a una mujer llorando que decía:

—Los has matado a los dos, primero a mi hermana y luego a tu padre, mal nacidaaaa —gritaba—. Ojalá te hubiesen parido muerta. —Y se abandonó a un llanto histérico mientras repetía—: Mal nacida, mal nacida.

El sacerdote colgó de un golpe, se plantó en frente de Carmen, que

seguía sin respirar y, con la mirada perdida, la sujetó por los hombros y la zarandeó.

—Carmen, Carmen...

El a no reaccionó. La volvió a zarandear:

—Carmen, mírame.

La respiración de la joven era casi imperceptible. Lo miró con ojos extraviados sin verlo, se levantó, agarró el carrito y salió a la calle. El sacerdote la había dejado hacer pensando que estaba reaccionando, pero su mirada extraviada y su andar de autómeta le sugirieron su estado de *shock*.

—¡Por Dios bendito! —exclamaba mientras abría un cajón del escritorio donde guardaba las llaves para poder cerrar el despacho y presuroso corría tras la chica—. Carmen, Carmen —la llamaba, pero nada.

Llegó a su lado jadeando, más por los nervios que por la pequeña ventaja que ella le daba, y se dio cuenta que andaba sin rumbo. Lo único que le ocurrió hacer, y gracias a Dios que dio resultado, fue poner una

mano al lado de las suyas en el carrito. Ejerció una leve presión para dirigirla hacia donde él quería. Debido a que era un día de fiesta familiar, había poco tránsito y llegaron al hospital sin contratiempos, a pesar de haber cruzado por algún semáforo en rojo en la calle Ibiza, pues Carmen no detenía su paso. Había intentado hablarle durante todo el camino pero ella no reaccionaba. Carmen tampoco paraba ante los obstáculos, sino que los esquivaba sin dirigirles la mirada. Por ello cuando llegaron a la puerta del hospital, tuvo que gritar a alguien que les abriera la puerta y, sin dejar de andar con ella, por el pasillo dio órdenes de que buscaran a un médico.

—Está en estado de *shock* —les hizo saber.

Un médico se asomó por una puerta entreabierta y los vio.

—Pásamela a la consulta —dijo mientras abría las puertas para facilitar el paso de los dos y andar a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—Ha recibido la noticia de la muerte de su padre.

El doctor abrió los brazos en señal de santa paciencia y resopló mirando al techo.

—Encárgate tú del niño mientras yo me encargo de ella.

Se puso al lado de la joven y le preguntó al sacerdote.

—¿Cómo se la ama?

—Carmen —respondió él mientras sujetaba el carro con más fuerza.

—Bien, Carmen, ahora vas a venir conmigo. —Y trató de que diera un giro en su dirección, pero ella se aferró al carrito de Rafael mientras

hizo una oscilación con los hombros para desembarazarse del doctor. El carrito recibió un empujón brusco, pero Rafael siguió durmiendo—. No va a ser fácil —reconoció el doctor negando con la cabeza y pidió a dos celadores que lo ayudaran y al sacerdote que sujetase bien el carrito. Uno de los celadores se puso detrás de Carmen y, en un rápido gesto, pasó sus brazos por debajo de las axilas de la chica, subió los antebrazos hacia arriba y cruzó sus dedos en la nuca de la joven obligándola a bajar la cabeza, mientras el otro celador y el médico intentaban abrirle los dedos, que se aferraban al carrito, mientras el sacerdote trataba de mantenerlo firme. La muchacha tenía una fuerza de mil demonios. Se le tensaron los músculos de los brazos, todos los tendones de su cuello estaban rígidos y sus ojos extraviados se inyectaron de sangre. No podían abrirle las manos. —Coja al niño y lárguese de aquí —ordenó el doctor al sacerdote,

quien lo obedeció.

En un acto reflejo cogió a Rafael del interior del carrito, apretándolo contra sí, y se separó un paso de él, asustado por el estado de Carmen. Aquel o fue lo que le hizo reaccionar: soltó el carro y se abalanzó hacia su hijo consiguiendo que, por poco, el celador que la tenía cogida perdiera el equilibrio, pero no, aguantó. Carmen estiró los brazos en dirección a su hijo y gritó:

—Mi hijo, mi familia, mi familia. .

Los gritos de Carmen retumbaron en toda la planta. Llegaron dos enfermeras y otro médico corriendo, alertados por los gritos. El médico preparó un vial conforme las indicaciones que su compañero le pedía presuroso, mientras ellos tres trataban de reducir a Carmen, que se retorció, queriendo escapar y coger a su hijo en brazos.

—Mi familia, mi familia. . —seguía gritando con voz desgarrada mientras el sacerdote miraba desconcertado y Rafael, al oír los gritos de su madre, le oraba a pleno pulmón, asustado.

Una enfermera tomó al niño en brazos y le ofreció una silla al desconcertado sacerdote, que, una vez hubo desaparecido Carmen de su presencia, arrastrada por los celadores y los médicos, escondió el rostro entre sus manos y comenzó a orar. Mientras, seguía oyendo los gritos de

Carmen y el llanto de Rafael. Unos minutos después los gritos de Carmen fueron gemidos, pero ni una sola lágrima salió de sus ojos; seguramente las había vertido todas la noche anterior. Cuando Carmen se hubo dormido y una enfermera consiguió un biberón para Rafael, que le dio

ante la mirada expectante de sus compañeras, que habían convertido a Rafael en su regalo de Navidad —todas querían tenerlo en brazos—, el doctor habló con el sacerdote. Gracias a éste nuevamente fue ingresada unos días, puesto que no tenía a nadie que la atendiera y, por Rafael, consiguió que lo hicieran en la sala de maternidad. Cuando terminó de hablar con el doctor fue consciente de la hora que era.

Hacía más de una hora que lo esperaban para comer una familia de su parroquia. Carmen estaría dormida muchas horas y Rafael estaba muy atendido con las enfermeras, así que tomó un taxi y dio la dirección de donde lo esperaban. Al llegar se disculpó, pero la familia se dio cuenta por su aspecto que no venía de echarse una siesta.

La familia había preparado todo un festín para celebrar la comida de Navidad con el sacerdote, pero él tenía la imagen de Carmen gritando fija

en la mente. Nunca ninguna persona de las que había atendido lo había absorbido tanto como esta chica y su niño. Ahora no había más opciones: tendría que ir a una casa de acogida para madres solteras.

Carmen pasó una semana en el hospital, los dos primeros días sedada, pues cuando despertaba lo hacía entre gimoteos, inquieta y sin saber dónde estaba o quién era. El tercer día despertó porque creyó oír el llanto de su hijo. Cuando después de un gran esfuerzo consiguió despertar, vio a Rafael tomando el biberón en brazos de una enfermera.

—Hola, Carmen. Este crío es un tragón —le dijo con cordialidad y cariño, puesto que, después de tres ingresos, ya eran conocidos por el personal de la planta y su historia formaba parte de las tertulias de enfermeras que simpatizaban con la valentía de una joven dispuesta a todo por tener a un hijo cuyo padre no quiso reconocerlo.

Hizo un gran esfuerzo por incorporarse para verlo. Cuando terminó su toma, la enfermera se lo dio. Lo abrazó contra sí, lo besó y miró a la enfermera para darle las gracias. En ese momento trajeron la comida pero la rechazó sin verla. La enfermera le acarició y le dijo:

—Carmen, tienes que comer, tienes que ponerte fuerte para cuidar a este hombretón.

La miró extrañada. Hacía mucho tiempo que nadie le acariciaba el

pelo.

Fue un poco más consciente de su situación. Aquella mujer diminuta, con el pelo cortado a lo chico y las mejillas salpicadas de pecas, tenía razón: necesitaba fuerzas, pues se sentía muy débil. Intentó engullir el

insípido puré de verduras, pero no pudo con todo. Después pelizó la merluza, desmigándola por el plato sin conseguir terminarla, y la naranja, que sí comió entera. Comer había sido un tremendo esfuerzo y se volvió a dormir.

Aquel día consiguió despertar varias veces tranquila, sin gimotear, cada vez más expectante de su hijo y tomando conciencia de su alrededor. Al cuarto día pidió a las enfermeras un poco de gel para ducharse, y tras hacerlo se sintió mucho mejor. Paseó con su hijo por la sala de espera y por los pasillos y comió un poco más. El doctor de planta habló con ella diciéndole que no la podrían tener muchos más días allí y que ella tenía que poner de su parte tratando de comer bien y tomando regularmente la medicación, con la que debería seguir durante unas cuantas semanas sin interrupción. Ella asentía molesta sin saber muy bien de qué le hablaba. Se

mantuvo casi todo el día despierta, pero después de la cena y la medicación, se durmió profundamente.

Cuando llegó el sacerdote vio que su aspecto era mucho mejor, pero se preocupaba porque aún no la había visto despierta desde el día del ingreso.

Le dio el biberón a Rafael como había hecho algún que otro día y media hora después se marchó contrariado, haciendo planes para visitarlos por la mañana con la ilusión de verla despierta. Así que a la mañana siguiente, en vez de ir directo a ver a los enfermos de las plantas que él visitaba, fue primero a la de maternidad, llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

Carmen estaba sentada en una butaca, al lado de la cama, leyendo una revista; Rafael dormía sobre la cama de su madre.

—Buenos días, Carmen. ¿Cómo te encuentras?

Carmen quedó petrificada de pura sorpresa. De repente comenzó a recordar todo. Ver al padre Vicente y romperse en pequeños fragmentos el cristal opaco que impedía el acceso al recuerdo de los días pasados fue uno.

Durante aquellos días no recordó para nada al padre Vicente, ni cuál había sido su vida antes, nada de nada. Sólo sabía que ella era Carmen y que Rafael era su hijo. Le parecía normal estar en el hospital, como si aquél fuera su casa y su único propósito en la vida fuese mecer a su niño y pasearse por los pasillos del hospital. Cuando el doctor le había dicho que

no podía quedarse muchos días, no entendió nada porque no sabía dónde podía ir si no estaba allí. Aquel hospital era todo el mundo que ella recordaba, un lugar donde se sentía segura, bien y donde no se preocupaba por nada.

El sacerdote titubeó un momento al ver su cara de espanto, pero aun así se acercó mientras ella se tapaba con ambas manos la boca, como para

reprimir el impacto de la sorpresa. Se agachó delante de ella, le apartó las manos de la cara y volvió a preguntar, mientras cobijaba las manos de ella entre las suyas:

—¿Estás bien?

Ella seguía recordando. Recordó la llamada que había hecho a su tía, aunque no estaba del todo segura de que no hubiese sido un mal sueño debido a la medicación, pero las imágenes en su mente seguían tomando su posición recomponiendo sus vivencias.

—¿Ha muerto mi padre? —preguntó.

De pronto fue consciente de que aquel hombre era su amigo. Sintió cómo le apretaba las manos para transmitirle ánimo.

—Sí, en septiembre. Fue un accidente de tráfico: él conducía un ciclomotor y lo arrojó un camión.

El día después de Navidad, el padre Vicente llamó al mismo teléfono que lo había hecho Carmen y preguntó por el padre de la chica. Le contaron los pormenores del accidente y que pensaban que había sido un suicidio, que desde que la joven había desaparecido José no había dormido ni comido en condiciones debido a la pena que sentía, empleando todas sus horas en el trabajo.

Capítulo XIV

Desde que su hija se marchó de casa, una tremenda tristeza se había apoderado de José. Además de la preocupación por la suerte de la chica sola por esos mundos de Dios, sentía también una especie de rabia que iba casi al odio por todos los hombres que miraban con lascivia a una mujer, o que hablaban de ella como si se trataran de una cerveza que se

tomaran para aliviar el calor o para pasar el rato. El odio que le llegó a sentir por Curro y su madre crecía día a día haciéndole daño, pues se regodeaba en pensamientos en los que les sucedía algo mucho peor de lo que él estaba sufriendo. Después de imaginar mil perversidades para ellos, sabía que nada podía causarles tanto dolor como el que él estaba sufriendo, con lo que cada día se sentía más mortificado.

Su cuñada trató de ayudarlo, invitándolo a comer a su casa como cuando Carmen era una niña, tratando de que volvieran a ser una sola familia, pero él rehusó con acritud. «Quien necesitó siempre apoyo y una familia fue Carmen y no supe dársela», se martirizaba una y otra vez con ese pensamiento. Se preguntó si no había sido egoísta al no tratar de casarse de nuevo, mientras Carmen aún era un bebé y pudiera asimilar a la nueva esposa como su madre. Había amado tanto a su esposa que supuso que casarse de nuevo sería traicionar su memoria. Pensó en su esposa muerta y en el amor que le tenía, pero no pensó que Carmen necesitaba una madre; dio por sentado que su cuñada la trataría como a hija propia, como así fue durante algún tiempo. Por otro lado su casa había sido un regalo de sus suegros, ¿cómo iba a meter en ella a una mujer extraña?

Era un caluroso día de principios de septiembre. Despertó al alba y se dirigió con su ciclomotor al cañaveral que había a las afueras del pueblo.

Estuvo cortando cañas de las que aprovechaba la parte más fuerte, dejándolas de más o menos con un metro de altura y con forma de horca en la punta superior. Cuando consiguió limpiar un buen haz las ató en el portamaletas y se dirigió al campo de las navelinas. Una vez allí clavaba la

base de las cañas en el suelo y apoyaba en la parte de la horca las ramas que por el peso de las naranjas, que ya empezaban a engordar, arrastrarían al suelo echándose a perder, o las que debido al peso podían quebrarse.

Era una tarea tranquila, sin prisas, que hacía que su mente fuera y viniera a toda clase de suerte que estaría corriendo Carmen. Se maldijo por no haber denunciado a la Guardia Civil su fuga, puesto que no podía denunciarla por el robo de la furgoneta que puso a su nombre cuando la compraron. Así seguro que la habrían localizado al intentar cruzar la frontera y la habrían traído de vuelta a casa, pero, ¡maldita sea! pensó que recapacitaría y volvería por voluntad propia. De todas formas tuviera que hacer lo que tuviera que hacer ya hacía demasiados meses que faltaba de casa y. . . ¿por qué no había vuelto? ¿Por qué no había l amado? ¿Qué le había pasado? ¿Dónde estaba? A todas aquel as preguntas su imaginación

daba respuestas funestas que lo torturaban; en ninguna conseguía imaginársela llena de salud y feliz. Su hija era una joven de pueblo, demasiado sencilla para las maldades de este mundo y demasiado hermosa para pasar desapercibida, y viajaba sola con una considerable suma de dinero. Eran demasiadas cosas golosas para no ser el blanco de algún desaprensivo. Sólo tenía una baza a su favor: era inteligente y fuerte de carácter, pero, maldita sea, estaba embarazada, y si una mujer en condiciones normales ya es vulnerable, en ese estado lo era mucho más. La imaginaba víctima de un atraco, apaleada y violada o ensangrentada en la mesa de operaciones de cualquier médico ilegal. Era horrible, se volvía loco y el dolor emocional lo debilitaba y le robaba el sueño. Pronto sería su cumpleaños, en pocos días cumpliría los veinte.

De repente tuvo un rayo de esperanza por encontrarla. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Carmen era menor de edad, no podía cruzar la frontera sin una autorización paterna y también el vehículo necesitaba un permiso para poder hacerlo. Eso significaba que estaba dentro del territorio nacional y una chica como ella conduciendo una furgoneta no pasaría desapercibida por ningún sitio. Tenía que encontrarla, tenía que saber que estaba bien, tenía que decirle cuánto la quería, tenía que apoyarla en las decisiones que tomara, tanto si quería tener al hijo como si

no.

Arrancó el ciclomotor para dirigirse al cuartel de la Guardia Civil y denunciar la fuga de Carmen mientras aún fuese menor de edad. Se dio cuenta que, en su rencor y frustración, su mente se había nublado creyendo que ella volvería y que había perdido un tiempo precioso.

—Ojala no sea tarde, ojala no sea demasiado tarde —repetía en un murmullo mientras era víctima de una prisa irracional.

El ciclomotor levantaba una estela de polvo a su paso por los caminos de huerta. Comenzaba a declinar la tarde y la luz del sol se tornaba rosada. Su mente, debilitada por lo poco que comía y por la ausencia de sueño, abandonaba de vez en cuando la lucidez, reproduciendo el día de la muerte de su esposa, sus muslos separados el uno del otro manchados de sangre, sangre que lo llenaba todo, cuya olor espesa y tibia penetraba por su nariz y se adhería a las paredes interiores de su garganta. En un último esfuerzo por despojarse de aquello que le vivaba dentro la mujer, lanzó un grito exhausto expulsando al exterior la criatura que, durante meses, había crecido en sus entrañas, al tiempo que con el impulso levantaba la cabeza

y . era Carmen, era Carmen la que estaba dando a luz. Aturdido por la visión tomó en sus brazos lo que la matrona le ofrecía: el bebe recién nacido. Al mirarlo vio el rostro de su esposa en el cuerpo de aquel bebé. Horrorizado, dirigió sus ojos hacia la parturienta: de entre sus muslos salía sangre a borbotones. Una fuerza siniestra le dio un empujón arrojándolo de bruces entre los muslos de la parturienta. Sangre, color de sangre, olor de sangre, sabor de sangre.

Paz.

Paz . Mucha paz.

Un camión volquete viajaba por la N-340 en las cercanías de Meliana, a la que se tendría que incorporar José de regreso del campo de las navelinas. Rebasaba en unos pocos kilómetros el límite de velocidad y en muchos kilos la carga de arena. Era el último viaje y terminaría el día sin que lo hubiese parado la Policía de tráfico, que parecía no tener más cosas que hacer que perseguir a los camioneros. «Maldita sea mi suerte», masculaba de vez en cuando. Si los veía aparecer, no tenía forma de evitarlos. «Todo el día asándote dentro de esta cabina y tragando polvo para que ahora aparezcan estos hijos de puta y me multen. A ellos los quisiera ver yo ganándose la vida con un volquete», pensaba.

Aquél había sido un día caluroso pero tranquilo. Descargaría sin

contratamientos y limpiaría de polvo, como hacia cada día, la cabeza de su camión de un precioso color rojo sangre en cuya visera se leía: «Por mis hijos». Tenía tres hijos varones de nueve, ocho y cinco años. Cuando tres años antes compró el camión, lo hizo pensando que sería una inversión para sus hijos. Ahora no tenía tan claro que aquel o fuese tan buena inversión, pero a lo hecho, pecho. Por hoy ya había terminado: unos

veinte kilómetros más y a casita. De repente, de uno de los caminos de huerta que desembocaban en la N-340 salió un ciclomotor a toda velocidad. No hubo reacción posible por parte de ninguno de los dos conductores. Cuando el camionero frenó y tocó el claxon, el impacto ya se había producido; el motorista sólo tuvo la impresión de que algo lo había empujado entre las piernas de una parturienta y no supo más.

—No se enteró, la muerte fue instantánea, no sufrió —añadió el padre Vicente mientras seguía sosteniendo las manos de Carmen entre las suyas.

—¿Cómo lo sabes? —Su voz era dulce y calmada.

—Llamé por teléfono, hablé con tu tío. Me pidió que disculparas a tu tía; está muy afectada y la pil aste por sorpresa, pero te quieren mucho —

mintió el sacerdote.

Cuando el tío de Carmen respondió al teléfono, su voz tronó áspera, seca y cansada. Después de enterarse de quién y por qué le llamaba, le refirió el accidente diciéndole como despedida:

—Esa chica ha traído mucha desgracia sobre esta casa y ahora resulta que es la legítima heredera de la mitad de la hacienda de sus abuelos — dijo esto último con resentimiento. Si Carmen estuviera muerta, o al menos no hubiese aparecido, en unos años todo hubiese sido de su mujer y, por lo tanto, suyo.

—Sí lo sé, la tía siempre me ha querido. Pero algo tuvo que suceder para que el tío no quisiera verme por su casa.

—Óscar pregunta por ti. ¿Quieres que venga a verte? —Cambió de tema para que no se centrara en recuerdos negativos. Él sacudió la cabeza negativamente.

—Aún no, no sabría qué decirle. Además, la medicación que me dan me deja adormecida casi todo el día.

El sacerdote sabía que aquel o era cierto. Era la primera vez que la veía despierta desde que la ingresaron y, aunque su mirada era turbia a causa de la medicación y era evidente que nuevamente había perdido peso, se alegró de comprobar que razonaba con juicio.

Consiguió alargar tres días más su estancia en el hospital, dándole tiempo a que cada día permaneciera más horas despierta y se ocupara un poco más de su hijo, y poco a poco fue diciéndole que ahora tenía una propiedad que atender y que tendría que volver al pueblo. Pero ella seguía empeñada en que nunca volvería al í.

Cuando le dieron el alta, el regreso al apartamento fue tan traumático y triste como las veces anteriores. Además, le daba miedo tomar la medicación por si se dormía tan profundamente que no pudiera atender a Rafael en caso de necesidad. En el hospital sabía que lo hacían las enfermeras, pero aquí estaba sola de nuevo y no se podía permitir el lujo de que la medicación la dejara fuera de juego, así que la primera noche durmió mal, la segunda apenas sí consiguió dormir y la tercera, acobardada de frío y soledad, a pesar de que Óscar había ido a verla y habían paseado a Rafael juntos aquel a mañana y el padre Vicente la había visitado como siempre después del rosario para asegurarse de que tomaba la medicación —el a simulaba que lo hacía—, aquella tercera noche sintió más frío y que aquel a maldita habitación era mucho más pequeña. Pensó,

en un desliz de su conciencia, que para librarse de la opresión que le causaba aquella habitación, lo mejor quizás sería tomar una ración doble de pastillas y disolver parte de una en el biberón del niño para asegurarse de que no se despertara mientras ella dormía. Se asustó de sus propios pensamientos y, para evitar estar sola, tomó al niño en brazos y salió a la calle, pero hacía demasiado frío y las calles a aquellas horas estaban desiertas. De modo que volvió al apartamento y se tomó la mitad de la dosis de la medicación y finalmente consiguió dormir mejor.

Ahora que el dinero lo consideraba suyo y no tenía que pensar en devolvérselo a su padre, no le costaba tanto disponer de él. A la mañana siguiente, acompañada por Óscar, compró una pequeña estufa que funcionaba con gas butano. Tuvo que adquirir junto con ella dos pequeñas bombonas azules de dicho gas. Esto propició que el tiempo que pasaba en el pequeño apartamento fuera más confortable, aunque seguía siendo deprimente aquella estrechez donde no cabía ni una cuna para Rafael. Durante el día o las horas de vigilia en la noche, retazos de conversaciones y recuerdos venían a su mente sin previo aviso.

«Ahora tienes una propiedad que atender en Valencia», le había dicho el padre Vicente. Sonrió con amargura. «¿Una propiedad?» Cuatro olivos, cuatro almendros, cuatro naranjos y un trozo de huerta que sólo el duro

trabajo de su padre, junto con su ayuda, hacía rentable y sólo porque su padre trabajaba de jornalero muchas veces para otros. ¿Cómo iba el a a subsistir de aquel o? Y menos ahora que con un bebé no podría dedicarle el tiempo que la tierra necesita. Además, nunca expondría a su hijo a los comentarios de gentes de mala fe, y el a misma se sentía incapaz de afrontar la mirada de su tía y descubrir en su mirada los sentimientos que

se había atrevido a expresarle por teléfono. No podía borrar esas palabras de su mente: «Mal nacida, mataste primero a tu madre y ahora a tu padre. Te tenían que haber parido muerta, mal nacida, mal nacida». Se tapaba los oídos para evitar oír aquellos gritos, y después se frotaba la frente al darse cuenta que estaban dentro de su cabeza, como grabadas en una cinta de magnetófono.

No, nunca volvería y ahora que su padre no estaba, menos aún.

El padre Vicente pidió nuevamente su colaboración para la campaña de Reyes en un nuevo intento de ponerla en marcha, pero, temeroso esta vez de que condujera bajo los efectos de la medicación, le pidió encarecidamente a Óscar —que nuevamente hizo equipo con ella— que

la vigilara. Si se daba cuenta de que la joven necesitaba dormir, deberían parar. Pero como Carmen no estaba tomando la medicación de la manera que le había prescrito el médico, no tuvieron que interrumpir el trabajo más que para los biberones de Rafael.

Los días fueron pasando. El padre Vicente se ocupó de que a Carmen y a Rafael no les faltara toda clase de asistencia médica en el hospital. Tampoco cesó en su empeño de que Carmen supervisara su herencia, pero él no lo escuchaba en ese aspecto, como tampoco quería escuchar lo de trasladarse a una casa de acogida para que pudiera trabajar y Rafael pusiera estar atendido. Aunque era necesario que pensara en algo, pues el dinero escondido en la furgoneta comenzaba a menguar de manera considerable y no podría subsistir mucho más.

Como siempre, el padre Vicente apareció un día con una solución. Era una solución temporal, pero al menos ganaba tiempo. La ayudante de cocina de la guardería de Estíbaliz había sufrido un accidente y estaría un tiempo de baja. Estíbaliz aceptaba que el puesto lo ocupara Carmen. Podía llevar al niño y darle las tomas. El resto del tiempo se haría cargo del niño una de las cuidadoras del centro. Lo hacía como favor a su ahijado.

Carmen se adaptó bien al trabajo. En realidad fue la mejor medicina

para ella: empezar a ganar dinero y tener a su hijo cerca era lo mejor que le podía pasar. Aunque no era joven piadosa ni de rezos, de vez en cuando se sorprendía rogando:

—Dios mío, que no sufra esta mujer, pero, por favor, que se le alargue la baja laboral.

Desde que comenzó su trabajo el padre Vicente dejó de visitarla después del rosario, puesto que iba cada tarde al parvulario. Tomaba a Rafael en brazos, después de dedicar caricias y palabras a los demás niños, y, junto con el pequeño Eugenio, hijo de Estíbaliz, salía al jardín. Los paseaba y le contaba algún cuento al pequeño Eugenio, que a la sazón cumpliría pronto los dos años. Incluso le daba la merienda, quitándole así trabajo a la cuidadora quien de vez en cuando, si la tarde era soleada, sentaba a todos los niños alrededor del sacerdote para que escucharan el cuento mientras él supervisaba que tomaran la pequeña merienda. Estíbaliz, por su parte, hizo la vista gorda a todas estas incursiones del sacerdote, refugiándose en su despacho, cosa que extrañó al personal que sabían lo estricta que era con su trabajo y que no permitía el paso al

centro a personal ajeno al mismo.

Carmen era de las últimas en abandonar el centro, pues siempre se quedaba hablando un poco con el sacerdote. Antes de marchar, llamaba al despacho de Estíbaliz, asomaba la cabeza y le informaba:

—Ya se han marchado todos. Yo me voy también. El pequeño Eugenio está en una de las aulas con el padre Vicente.

—Bien, bien —respondía Estíbaliz sacudiendo la mano con impaciencia y sin levantar los ojos ni la cabeza del escritorio, como si estuviera muy centrada en su trabajo.

Carmen se sentía molesta, como si fuese una intrusa. Aquella mujer la intimidaba y no sabía por qué. La había visto trabajar junto con otros voluntarios a favor de los más desfavorecidos y aunque se mantenía distante, sus palabras eran cordiales y sus rasgos faciales se suavizaban. Pero allí, en su propio negocio, sus rasgos faciales eran tensos y sus palabras y gestos educadamente correctos, aunque sumamente distante, sin permitir ni un ápice el acercamiento.

Finalmente y a instancias del padre Vicente, Carmen otorgó poderes a un abogado amigo del sacerdote para que registrase a su nombre su herencia. La convenció cuando le dijo:

—No puedes descuidar lo que sea que tengas en Valencia. No puedes

descuidarlo porque algún día será el patrimonio de Rafael.

—Está bien —acepto la muchacha—, pero encárgate tú, yo no quiero saber nada.

El abogado hizo un buen trabajo. No sólo inscribió a nombre de Carmen las propiedades de sus padres, sino que revisó las que aún

figuraban a nombre de sus abuelos y cuya herencia compartía al cincuenta por ciento con su tía, visitando las propiedades y haciendo un meticuloso inventario de todo, acarreando con esto el desprecio de la tía hacia Carmen, puesto que imaginaba no sólo que fuese conocedora de lo que el abogaducho aquel estaba haciendo, sino que el a misma lo había ordenado. Cuando el abogado expresó el deseo de ver los campos de su cliente, el tío de Carmen se ofreció a acompañarlo. Además, le informó de cierta cantidad de dinero que el tratante de naranjas le había pagado por la recolección del campo que ahora era de Carmen. Como no había podido localizar a su sobrina lo había guardado él, aunque de esa cantidad debía descontarse los gastos del mantenimiento del huerto del que él se estaba ocupando para que no se echara a perder todo el trabajo de su

cuñado. Informada Carmen de esto por teléfono, le pareció ideal que su tío se encargara de sus tierras. Si aceptaba a ello, cobrando él los productos y después de descontar los gastos y sus jornales, le ingresaría el dinero en la cuenta bancaria que él tenía junto a su padre. El abogado propuso el trato al tío de Carmen, quien estuvo de acuerdo, arrendándole además el pequeño huerto y acordando que le pasaría regularmente cuenta de todo. Aproximadamente medio año después, el abogado recibió una llamada del tío de Carmen ofreciendo una cantidad por la casa en la que Carmen había vivido y que estaba cerrada y sin uso desde el fallecimiento de su padre. El abogado respondió que lo consultaría y le devolvería la llamada, pero antes de consultarlo mandó peritar la casa y pidió un precio más elevado del que había ofrecido el tío de Carmen, puesto que el perito lo tasó por un precio mucho más alto del que había ofrecido aquel hombre. Cuando llegaron a un acuerdo, le hizo saber a Carmen que sus tíos pretendían comprar su casa, pues una de sus primas que se casaría en breve, y le dijo el precio acordado. El padre Vicente le aconsejó que, visto que no pensaba volver a Valencia y que ella necesitaba una vivienda decente, ya que no podía estar toda la vida durmiendo con su hijo en aquel camastro, que vendiera y que el dinero lo diera como entrada de un piso a él, en Madrid. Carmen aceptó y nuevamente lo dejó

todo en manos de los dos hombres, de tal manera que su casa se vendió a buen precio y el padre Vicente le encontró un piso en la calle de las Huertas del que pagó más de la mitad con lo que sacó de la venta de la casa. El resto lo financió, puesto que finalmente trabajaba en la guardería de Estíbaliz como empleada fija. Se lo amuebló de manera sencilla y el

resto del dinero lo guardó en la cartil a en la que aún figuraba el nombre de su padre como titular junto al suyo.

Para cuando Rafael tuvo algo más de un año, tanto él como su madre tenían su propia cama, aunque seguían compartiendo habitación, puesto que Carmen había amueblado la habitación principal con dos camas gemelas, una para ella y otra para su hijo, ante las protestas del sacerdote, que pensaba que aquel a habitación tenía que tener una cama de matrimonio por si la chica se casaba algún día, y porque el tiempo pasaría muy rápido y no sería apropiado que madre e hijo compartieran la habitación. A lo que ella respondía entre risas que no pensaba en casarse y que dentro de un par de años sólo tendría que cambiar la cama de Rafael de habitación y asunto solucionado. Esto fue algo que nunca sucedió ya

que no fue Rafael quien salió de la habitación, sino Carmen. Se acomodó en una de las habitaciones más pequeñas unos años después, puesto que consideró que si algún amiguito de Rafael, como hizo el pequeño Eugenio algunos viernes, venía alguna noche a dormir en su casa, necesitarían más espacio que el a.

Era evidente el cariño que el sacerdote les tenía a los dos niños, pues buscaba cualquier momento que pudiera estar con ellos. Pero sus muchas obligaciones le impidieron conciliar su tiempo con el de los niños conforme éstos fueron creciendo y teniendo más obligaciones. Coincidió la entrada en la educación básica de Eugenio y sus clases extraescolares con el distanciamiento del sacerdote al centro de Estíbaliz por falta de tiempo para sus regulares visitas, pero trató de compensarlo quedando los sábados por la tarde para pasear a los niños por el Retiro junto con Carmen, puesto que por aquel a época a Estíbaliz le surgió un asunto.

Un sábado por la mañana le preguntó a Carmen si Eugenio podía comer en su casa y pasar la tarde con su hijo, a lo cual Carmen accedió sintiéndose alagada de que Estíbaliz, siempre tan distante, tuviese la suficiente confianza con el a como para permitir que su hijo frecuentase su casa, siendo de posiciones sociales tan dispares, máxime cuando Estíbaliz tenía una persona contratada para atender a su hijo. Aquel as comidas del

sábado terminaron por hacerse casi habituales. A Eugenio lo traía un sirviente con varias bolsas de comida para todos y por la noche era Carmen quien lo devolvía a la casa, dejándolo en la puerta, la cual abría un sirviente pues el a nunca la traspasaba. Así pasaban normalmente los cuatro los sábados por la tarde, juntos jugando por los jardines del Retiro a las escondidas, al balón o a las carreras.

Una vez dado el paso por Estíbaliz de que su hijo comiera en casa de aquella mujer muchos sábados, fue fácil dejarlo también algunas noches, cuando tenía algún compromiso al que asistir. A los niños les encantaba estar juntos, puesto que el día que no comía Eugenio en casa de Carmen significaba que los dos estaban solos con mayores y eso no era divertido. Ni siquiera los cumpleaños de Eugenio, a los que no estaban invitados ni Rafael ni el padre Vicente eran divertidos. Aunque había muchos juguetes y otros niños de su nivel social, no eran divertidos porque, después de desempaquetar todos los regalos, se suponía que tenían que estar entretenidos con ellos y ningún adulto les prestaba atención. Así que Eugenio sólo quería que su madre le dijese que comía en casa de Carmen, y

Rafael se sentía feliz cuando él llegaba, porque le enseñaba muchas cosas que aprendía en los colegios a los que asistía y porque jugaban a dar saltos encima de la cama por las noches cuando se quedaba y su madre los mandaba a dormir.

El padre Vicente, por su parte, fue un amigo muy cercano para los dos niños. De Rafael se ocupó en gran manera y se preocupó por que consiguiera plaza en un buen colegio. Cuando Carmen miraba hacia atrás se daba cuenta de que aquellos primeros años de la vida de Rafael se le habían pasado en un suspiro. Apenas recordaba el sarampión, los resfriados, las diarreas, las rodillas raspadas y todos los problemas que afrontó. Sólo los buenos momentos se esforzó por guardar en su mente.

Capítulo XV

Miró la hora en el salpicadero de su coche, que marcaba las seis y media. Estaba entrando a Madrid por la A-3 y en pocos minutos estaría

aparcando en la zona. El padre Vicente no la esperaba, pero él sabía dónde encontrarlo. Los muchos años compartiendo actividades con él hacían que supiese por dónde se movía a cada hora.

Apenas había unas cuantas personas, pero el padre Vicente seguía celebrando el rosario. A pesar de que la parroquia estaba en penumbra, sus ojos, acostumbrados a él, la vieron apenas cruzó el umbral de la puerta y tomó asiento en los últimos bancos. Supo que algo sucedía para que apareciera así en Madrid, sin avisar, para que se sentase a escuchar el rosario, cosa que no había conseguido en todos aquellos años en que habían compartido amistad, trabajo, confidencias y, sobre todo, la educación de los niños que hoy ya eran hombres casados. Tuvo la sensación de que se aceleraba en sus rezos por las ansias de estar con él; no era capaz de imaginar qué podía estar haciendo allí cuando apenas hacía dos días que había recibido un *e-mail* de él sin hacer referencia para nada a esa visita.

A pesar de sus prisas, a Carmen aquellos rezos le parecían interminables. Trató de relajarse pensando que aquellas oraciones la beneficiarían. Pero. . ¡qué porras!, él nunca se había apoyado en oraciones, y si alguna vez había participado en algo de la Iglesia — exceptuando el trabajo de voluntariado que no contaba, porque ahí lo

único eclesiástico que había era él—, si en algo había participado, pensó, había sido por no hacerle un desaire y no porque él sintiera esa necesidad.

Cuando terminó, el padre Vicente entró presuroso en la sacristía para evitar tener que saludar a doña Encarna, que siempre tenía algo que contarle o alguna queja que hacer de lo mal que estaba el mundo —«Si hubiese más hombres como usted en este mundo, otro gal o nos

cantaría»—. Imaginó a doña Encarna haciendo una última plegaria como despedida y calculó la velocidad a la que andaría para abandonar la parroquia, cómo se santiguaría mirando al sagrario al llegar a la puerta y cómo la empujaría para salir. Contó hasta cinco para salir, pero cuando que se disponía a ello, oyó su voz después de escuchar unos golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar? —Abrió la puerta, se abrazaron y se besaron en ambas mejillas como buenos amigos.

—¡Carmen, qué alegría! ¿Pasa algo?

—Pues. . . que quiero invitarte a cenar —bromeó, pero su sonrisa triste

le dijo que no era ése el motivo—. ¿Te espero fuera?

—Dame dos minutos y estoy contigo.

El a cruzo la iglesia en sentido inverso a cuando había entrado. La soledad de aquel os edificios repletos de imágenes implorantes la sobrecogía. Salió a la cal e sin volverse al sagrario ni santiguarse. Fuera aún había luz y la temperatura era alta, aunque seguramente en Valencia haría más calor. El sacerdote no se demoró, y cuando se encontró nuevamente con ella, le volvió a manifestar su alegría.

—¿Qué sorpresa, Carmen! ¿Cómo es que estás aquí?

—Vine a cenar contigo, ya te lo he dicho. —Se detuvo un momento para mirarlo—. ¿Tienes algún compromiso?

—No, no, y si lo tuviera, lo anularía. ¿Y bien..., dónde vamos?

—Pues tengo que buscar un sitio para dormir; vayamos a algún hotel. Andaban por la acera sin un rumbo predeterminado todavía. El sacerdote detuvo su marcha y la sujetó por el brazo.

—¿Qué sucede, Carmen?

Se miraron a los ojos, él tratando de leer en los de ella y ella tratando de encontrar un refugio.

—Curro es el padre de Rafael.

Tardó unos momentos en comprender. Él siempre había sabido que

el padre de Rafael se le amaba Curro, así que no era eso lo que le estaba diciendo. Curro. . Curro... era el marido de Luisa, la dueña de la inmobiliaria que le había vendido los terrenos a Eugenio y que se había convertido en la mejor amiga que Carmen había tenido nunca.

—¿Curro? ¿El de la inmobiliaria? ¿El marido de Luisa? —interrogó con asombro.

—El mismo.

Reanudaron la marcha.

—¿Cuándo lo has sabido?

—Lo supe apenas llegué. Luisa sabía nuestra historia y por mis datos supo que yo era la que había sido la novia de su marido, así que me informó de que Curro era su esposo y se encargó de que nos saludáramos.

—¿Y cómo estás?

—Bien, bien. . Fue algo surrealista. Nos saludamos como si tal cosa, como si nunca hubiese pasado nada. Yo salí de allí temblando como una hoja, pero poco a poco conseguí vencer ese desasosiego y verlo como a

cualquier otro marido de las chicas. De vez en cuando se nota que hemos tenido un pasado en común, porque hacemos referencia a alguna cosa recordada por los dos, pero todo dentro de la tónica de buenos amigos.

Sólo. . —Hizo una pausa como si no hubiese sido consciente hasta ese momento de lo que iba a decir—. Sólo si estaba muy cerca de mí o me tocaba, me sentía extrañamente vulnerable, como si todo a mi alrededor se emborronara y lo único real fuese su presencia.

El sacerdote la escuchaba cabizbajo, con las manos cruzadas en la espalda, fijando su mirada en las punteras de sus zapatos, siempre negros, que se adelantaban el uno al otro con parsimonia, ondulando en su vaivén el bajo de la sotana.

¿Cómo no comprenderla? ¿Acaso él mismo no se había sentido vulnerable cuando la presencia de ella emborronaba todo lo demás y sólo el ofrecerse a él a tenía sentido en esos momentos? ¿No hubiese sido él capaz de dejar su sacerdocio, de abandonar su ministerio, si él a hubiese consentido? Pero no. Nunca consintió que él colgara los hábitos, obligándolo a vivir en perpetuo pecado, puesto que la Iglesia se demoraba en abolir el celibato obligatorio. Sí, la comprendía perfectamente y ahora más aún, porque durante todos estos años Carmen no había permitido que ningún hombre se le acercara. No había sido por miedo a que la

lastimaran, sino porque era un territorio marcado por Curro. Tenía una sensación de pertenencia a él porque se había entregado voluntaria e incondicionalmente. Había un código de acceso a ella y la clave de entrada sólo estaba en poder de Curro. El a había ocultado ese código, impidiendo que nadie conociera su existencia despojándose de toda arma de seducción que legítimamente usaban las mujeres, rodeándose de

indiferencia y frialdad hacia el sexo opuesto y actuando con severidad si, a pesar de todo, alguien trataba de acercarse a ella como mujer.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? Me escribes casi todos los días y de repente vienes inesperadamente a Madrid para decírmelo. ¿Por qué?

El sacerdote sabía que ella no era de dar muchas vueltas a los asuntos, pero aun así estaba acostumbrado por su trabajo a andar el camino en las confesiones.

—No lo sé. Posiblemente pensé que si no lo sabías, sería menos verdad, o que podría controlar la situación yo sola. —Carmen también fijaba sus ojos en sus chancletas playeras, muy apropiadas en Valencia

pero no tanto en Madrid.

—¿Y no lo has podido controlar?

El a comenzó el relato con una voz trascendental, pero poco a poco se fue tornando más frívola, como para restarle importancia al asunto.

—El sábado Luisa, Curro y Juan, ya sabes, el abogado de Luisa. .

El sacerdote la miró de soslayo.

—... Estaban en mi casa cuando llegaron Rafael y Gloria de imprevisto. —Se detuvo mirándola para encajar lo que le tenía que decir.

El a también se detuvo devolviéndole la mirada—. Nos fuimos todos al cine.

—¿Y. .? —Ése era su trabajo, ir apostilando para que a las personas les fuese fácil decir lo que temían decir.

—Curro ya sabe que Rafael es su hijo —dijo mientras bajaba nuevamente los ojos y reemprendía la marcha.

Él no se movió, sabía que estaban hablando del asunto.

—¿No se lo habías dicho?

El a se paró de nuevo mirándolo desafiante. Conocía esa actitud defensiva de él a cuando se sentía amenazada.

—Claro que no. ¿Por qué tenía que haberlo hecho? —dijo con dureza, resentida.

—Es su padre.

—¡Y una mierda! —Había levantado la voz y llamó la atención de un transeúnte que los miró durante unos segundos. Él siguió espectándole—: Él no es su padre, él no quería tener un hijo.

—Lo que uno quiere y la realidad a veces no se corresponde. Y la realidad es que Rafael es su hijo.

Lo miró desconcertada. ¿Cómo podía decir eso después de todo lo que sabía de él? Él mejor que nadie sabía que había estado a punto de morir por tener aquel hijo, cómo había mal vivido, cómo había trabajado, todo lo que dejó atrás por Rafael. Había renunciado a su juventud, había dejado a su familia, había soportado los sentimientos de culpabilidad por el fallecimiento de su padre, había dejado de tener vida propia para vivir por su hijo. Por su hijo. El suyo y de nadie más.

—Vicente, ¿de qué parte estás?

Era la única mujer que lo llamaba por su nombre a secas; sólo cuando hacía referencia a él delante de terceros lo nombraba como el padre Vicente.

—De la tuya, Carmen, siempre estaré de tu parte.

No fueron palabras vacías; sabía sobradamente que, aunque el a estuviera equivocada, seguiría a su lado. El a seguía mirándolo. El sacerdote l evó su mano hacia el hombro de ella, obligándole a reanudar la marcha y viró de conversación para darse una tregua. Carmen estaba al í porque necesitaba apoyo, y se suponía que él tenía que ser capaz de ayudarla.

—¿Estás segura de que quieres un hotel? Eugenio se enfadara si no te quedas en su casa.

—Eugenio no tiene por qué saber que estoy aquí.

—Bien, entonces un hotel. Reservemos la habitación y sigamos hablando.

—¿Lo ves a menudo? —preguntó ella refiriéndose a Eugenio.

—Menos de lo que desearía. Se ha convertido en un importante hombre de negocios y está muy ocupado. Cuando tiene un momento es para Laura, como es normal.

—¿Qué tal les va?

—Seguramente tú lo sabrás mejor que yo. Pero creo que, como siempre, Laurita incordia con los celos. Si Eugenio viene a verme, siempre es porque algo va mal entre el os. ¡Esa niña no sabe lo que hace

desconfiando de él de esa manera! Le está amargando.

—El pobre arrastra la fama de quien fue su padre.

Se miraron fijamente. Carmen se dio cuenta de que no tenía que haber hecho aquel comentario que mortificaba al sacerdote.

—Dejémoslo así.

—Lo siento, perdón —se disculpa ella.

—No pasa nada, no pasa nada, dejémoslo.

Reservaron en un hotel de las cercanías y buscaron un sitio tranquilo para la cena.

Mientras cenaban, retomaron la conversación.

—¿Y qué opina Luisa?

Sus ojos alternaban entre el verde de las verduras de su plato y el extraño verde de los ojos de Carmen.

—Bien, ya te he contado que es una persona muy eficiente, le gusta que todo esté en orden, limpio y en el sitio que le corresponde, así que está empeñada en que Rafael sepa quién es su padre y que tiene una hermana. Lo primordial para ella es que los jóvenes sepan que son

hermanos.

—Y a ti eso no te parece bien. —Buscó sus ojos y los haló: ella le miró con impaciencia e incredulidad.

—¿Qué quieres, que vaya y le diga a Rafael: «Pues resulta que tu padre está vivo. Si te mentí, es porque él no quería saber nada de ti, y mientras todos estos años tú estabas deseoso de saber cómo había sido tu papá y penabas su ausencia, él se dedicaba a mecer entre sus brazos a su otra hija a la que sí ha querido, así que resulta que tienes una hermana monísima, la pura estampa de la esposa de tu padre»? — Su voz cínica estaba llena de rabia y frustración.

—¿Es eso lo que tanto te molesta, que tenga una hija a la que ama?

Aguantó su mirada. Ella dejó caer los cubiertos en la mesa dispuesta a marcharse, visiblemente ofendida, pero el sacerdote se dio cuenta y cubrió con sus manos las de ella sobre el mantel, obligándola a guardar la compostura.

— *Chiss*. Tranquila, tranquila.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las aguantó.

—No quiero que hagan sufrir a Rafael.

—Yo tampoco, Carmen, pero debes ver las cosas en su justa perspectiva. Rafael ya no es un niño a quien puedas proteger. Además,

creo que Luisa tiene razón al decir que los jóvenes tienen que saber que

son hermanos. No ha pedido que se conozcan, ni siquiera que ejerzan de hermanos, sólo que estén informados de algo que tienen derecho saber.

—Pero ¿tú sabes lo que eso significa?

—Sí, que Rafael sabrá que tiene una madre muy valiente que ha luchado mucho por él.

A el a se le escaparon dos chorretones de lágrimas que se limpió con la servil eta.

—Querrá saber de su padre y por qué no lo quería cuando más tarde sí fue capaz de querer a otra hija.

—Rafael es un hombre. Entenderá que las situaciones de las personas en algunos momentos son difíciles, y que no puedes juzgarlas durante toda la vida porque no supieran afrontar una situación en un momento determinado de su vida. Seguro que ahora Curro actuaría de forma diferente.

El a levantó sus ojos con tristeza para asegurarse de que le prestaba atención. Si había algo que deseara en ese momento era volver a escuchar

la voz de Curro diciéndole que siempre la había amado, sentir que la abrazaba y abandonarse a sus besos. Sí, sin duda aquel era su más vehemente deseo.

—Ojala tuvieras razón y Curro actuara ahora con más juicio, pero no lo creo. La situación de Curro ahora es diferente, pero sigue descargando sobre mí el peso de un error.

El sacerdote se había perdido y la miró interrogativo, por lo que el a tuvo que continuar con lo que realmente quería confesar. ¿Para qué esconderlo?

—Nos hemos acostado y quiere seguir viéndome —dijo mientras bajaba los ojos.

El padre Vicente se quedó de una pieza mirándola con ojos desorbitados. El camarero se acercó a retirar los platos vacíos. Al sacerdote le tomó un momento reaccionar. Nuevamente Carmen había tropezado con la misma piedra, o tal vez amase de verdad al tal Curro. En ese supuesto ¿qué otra cosa podían hacer?

Carmen suplicó sin levantar los ojos del mantel, mientras se masajeara la frente con los codos apoyados en la mesa.

—Por Dios, di algo.

—Mucho debes de quererlo —afirmó con admiración.

—Ja. —Levantó la mirada con sonrisa amarga—. Ni siquiera me lo he planteado, ni siquiera sé cómo sucedió. No fui consciente del cómo, sólo del qué, y te aseguro que estuvo más cerca de ser una experiencia espiritual que física. No pretendo con esto ni disculparme ni ofenderte, pero... esa paz, esa plenitud, ese gozo... No es propio de la carne.

Paz, plenitud, gozo. Pronunció esas palabras con tal vehemencia que el sacerdote la envidió, pues deseaba poder experimentar lo que esas palabras significaban. El sexo en ese caso debía de estar muy cerca de la perfección. Él, al contrario que otros sacerdotes, pensaba que el sexo era una hermosa dádiva de Dios para el disfrute del mismo y que unía al hombre y la mujer en una comunión especial que los convertía en uno solo; ya no eran dos, sino uno solo, y lo que Dios había unido nadie lo podía separar, exactamente igual que la vista, el gusto y los otros sentidos, que demostraban que nuestro hacedor deseaba que disfrutáramos de todo aquel o para lo que estábamos debidamente dotados. Pero para él el sexo siempre había sido un problema y algo de lo que avergonzarse, ocultarse o negar. Recordaba a su madre severa palmeándole en las manos cuando

era un niño mientras lo recriminaba y amenazaba: «Eso no se toca o te volverás loco». Después, cuando las primeras emisiones nocturnas involuntarias, cómo se sintió sucio y avergonzado. En el seminario debían tener siempre las manos en el pupitre, no podían llevarlas en los bolsillos y no podían dormir boca abajo. Evocaba aquellos pensamientos y deseos impuros que lo torturaban haciéndolo pensar que era un depravado y que ocultaba la mayoría de las veces a la hora de confesar para no parecer que no calificaba para sacerdote. O aquella primera vez, cuando cansado de aguantar toda aquella presión, bebió en demasía para envalentonarse y al mismo tiempo, en la playa, con una muchacha que había conocido pocas horas antes, arropados por la noche y arrullados por el oleaje que siseaba al perder fuerza sobre la arena, desató todas sus ansias sobre ella con tal prisa y tal lujuria que no tuvo tiempo de satisfacerse debidamente. Fue a la par la descarga y el llanto por el remordimiento, llanto que ahogó metiéndose en el mar a darse un chapuzón, mientras ella divertida le gritaba que estaba loco, que seguramente el agua estaría muy fría. Cuando salió del agua le dijo que se le hacía tarde, que tenía que marcharse y nunca la volvió a ver. Pero aquella experiencia, en vez de aliviarlo, le incrementó las ansias de manera que la presión era tal que le impedía centrarse en sus quehaceres cotidianos. Finalmente sucumbió a la

manipulación solitaria y se acostumbró al remordimiento.

Fue consciente de que Carmen esperaba que dijese algo.

—¿Qué piensas hacer? —Fue lo único que se le ocurrió.

—Volver a Madrid me parece la mejor opción.

—¿Y qué hay del trabajo que habéis comenzado en Valencia? Eres tú quien lo supervisa, ¿no?

Carmen reconoció un tono de reproche.

—Sí, pero no tiene por qué ser así. Cualquiera puede hacerlo.

—Pero Eugenio se metió en ese asunto por ti. A él no le hacía falta un negocio en Valencia que le obligara a viajar más de lo debido, fuiste tú quien se lo metiste por los ojos.

El a se defendió:

—Eugenio ganará mucho dinero. Le propuse un buen negocio, pero no es necesario que sea yo quien me encargue de el o. Aunque. .

—¿Qué?

—Luisa opina que no puedo salir huyendo, que tengo que dar la cara, pero. . no sé si soy capaz de enfrentarme a todo esto.

—De una manera u otra tendrás que hacerlo. Lo más importante es saber qué piensas hacer en relación a Curro. Si piensas seguir con él, tal vez sí que sería lo mejor que pusierais tierra de por medio, pero tendrás que plantearte si esa decisión no perjudicará a Eugenio. Si lo vuestro sólo ha sido una debilidad, lo mejor es que des la cara.

Se miraron a los ojos y aguantaron la mirada.

—Podías haberlo dicho más alto, pero no más claro. —Hizo una pausa—. ¿Crees que Curro y yo podíamos ser felices?

El sacerdote pensó en cómo había definido su relación: «Paz, plenitud, gozo». Aun así, lo que dijo a continuación era lo que en realidad él pensaba. Siguió mirándola.

—Nadie puede ser feliz si lastima a los demás, y tomes la decisión que tomes alguien será lastimado.

A Carmen se le llenaron nuevamente los ojos de lágrimas, que reprimió:

—¡Dios mío! ¿He venido a este mundo para hacer daño a quienes más quiero?

—No, Carmen, has venido a este mundo, como todos, para solucionar lo mejor que puedas tus circunstancias, y lo has hecho muy bien hasta ahora.

El camarero les sirvió el postre, mientras a ella se le escaparon dos lágrimas que el camarero disimuló no haber visto.

Cuando se hubo marchado, cerrando los ojos preguntó:

—¿Qué puedo hacer?

—Siempre hay muchas cosas que se pueden hacer, pero. . sólo hay dos maneras de hacerlas: bien o mal. Sólo tú puedes tomar decisiones conforme te dicte tu conciencia.

—No me estás siendo de mucha ayuda.

—No puedo tomar decisiones por ti, pero tomes la decisión que tomes, aquí estoy.

—Le he dicho a Curro que no. —Su miraba vagaba perdida sin ver nada.

—¿Es eso lo que quieres?

De nuevo se encontraron sus ojos. Respondió muy despacio, como si estuviese leyendo las palabras con las que expresaba sus sentimientos:

—Lo que quisiera es estar con él, que no hubiesen pasado todos estos años, volver atrás y empezar de nuevo sin que nada de esto hubiese

pasado. Lo que quiero es que me abrace, creerme que me quiere, llenarme de ese amor del que estoy tan hambrienta. —Se le escaparon otras dos lágrimas y no pudo seguir hablando. Cuando recobró la compostura continuó—: Pero no puedo volver atrás. Lo que ha pasado, pasado está. Para mí Curro ahora es el marido de Luisa y el padre de Nayara, y, por muchas ansias que tenga de sus caricias no puedo olvidar que no quiso a mi hijo. No, no puedo volver con él; me sentiría incómoda. Aunque huyéramos a un lugar donde nadie nos conociera, yo seguiría teniendo un hijo que él no quiso y él seguiría teniendo una hija a la que ama muchísimo. Los dos tenemos vidas a las que no podemos renunciar aunque quisiéramos, no podemos olvidar el pasado. No. Nunca volveré con él —sentenció.

El padre Vicente estuvo convencido de que mantendría su sentencia.

Desde que la conoció supo que era así: de pensamiento claro, de decisiones firmes, sin hipocresía. Apostaba fuerte en la partida de la vida, que jugaba con valentía, pero nunca hacía trampas, nunca jugaba con dos barajas. El único engaño que él conocía fue no decirle a su hijo la verdad sobre su padre, aunque en aquel tiempo lo que le dijo era una verdad para él: su padre estaba muerto.

—Bien, veo que para uno de los frentes que hay ahora abiertos en tu vida ya has tomado una decisión. Sólo hace falta que decidas cómo llevarlo a cabo.

—¿Qué quieres decir?

—Que entenderé que quieras volver a Madrid. Imagino que no será fácil decir no a una persona y estar expuesta a verla por motivos de trabajo o por cercanía de residencia.

—Hasta ahora no habíamos tenido problemas; ha sido la presencia de Rafael la que ha zarandeado nuestras conciencias y nuestros sentimientos.

—Está claro que erais una bomba de relojería. Rafael sólo ha sido el detonante, pero la metrala ya estaba dispuesta. Y ése es otro de los frentes que tienes abiertos: Rafael. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Carmen terminó de masticar lo que se había introducido en la boca, dándose tiempo para ordenar debidamente sus pensamientos.

—Con Rafael no tengo opción. Si no se lo digo yo, lo harán el os. Ahora ya saben que existe y dónde encontrarlo. Luisa sólo me da la opción de salvar mi dignidad y que pueda explicarlo de manera que cause el menor daño posible. ¡Santo cielo, no sé por dónde empezar! —

exclamó desbordada ante la perspectiva de contarle a Rafael la verdad sobre su padre.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció el sacerdote.

—Sería estupendo, pero no. Quiero ser yo quien se lo diga y estar presente por si me quiere preguntar algo o decir lo que sea.

Nuevamente se le asomaron las lágrimas ante la imagen de perplejidad y tristeza que, intuía, sentiría su hijo al recibir la noticia.

No. Realmente no deseaba resucitar a Curro, pero aunque Curro muriera de verdad, seguía estando Nayara y, era cierto, tenían derecho a saber que eran hermanos.

—Pero gracias por el ofrecimiento.

Tomaron el postre, rechazaron el café, pasearon un poco fueron al hotel y tomaron una tisana en la cafetería del mismo. Mientras el padre Vicente removía el azucaril o en su té, Carmen preguntó casi por cortesía:

—Bien, hemos hablado mucho de mí, pero ¿y a ti qué tal te van las cosas?

Él levantó la vista pero no la cabeza. La miró y por un momento evaluó lo que tenía que decir. ¡Qué puñetas!, Carmen sabía todo sobre él y, tarde o temprano, se enteraría. Levantó por fin la cabeza, dejó la cucharilla, entrelazó los dedos de sus manos y anunció:

—Me voy a jubilar y me voy a vivir a Bilbao.

La cara de Carmen hizo una mueca entre sorpresa, divertida e incrédula, que hizo sonreír al sacerdote.

—¿Qué? Pero. . no puedes.

Nunca había pensado que Vicente pudiera dejar todo aquello en lo que llevaba tantos años trabajando y que tanto consuelo daba a las personas. Estaba segura de que a él tampoco se le ocurriría tirar por la borda todo aquello.

—¿Qué va a pasar con las visitas al hospital, con la recogida de alimentos, con las campañas navideñas, con los jóvenes que ayudas?

—Sabes de sobra que ya nada es como antes. Los hospitales tienen psicólogos y asistentes sociales para dar apoyo a enfermos terminales o dolientes. En cuanto a los jóvenes, hay mucha más información sobre las drogas y muchos centros a los que acudir; los padres son más conscientes de ayudar a sus hijos. Ni siquiera los pobres son como antes. ¿Sabes que ahora el mayor problema son los inmigrantes sin papeles? Vendrá un

sacerdote joven con más fuerzas para ayudar al padre Venancio en la parroquia y se hará cargo de el os. Incluso, si lo considera necesario, seguirá con alguna de las cosas en las que aún se puede trabajar.

Carmen no salía de su asombro:

—Y te vas a. .

—Sí.

—¿Con el a?

—Me alquilaré un pisito. Aún no sabemos cómo actuar; lo decidiremos cuando esté al í.

Capítulo XVI

La mente de Carmen retrocedía vertiginosamente.

Era el último año de Rafael en el parvulario; el curso siguiente comenzaría la educación básica y, para entonces, Eugenio pasaría a

segundo.

A pesar de que los niños ya no estaban todo el día juntos, un par de días a la semana, cuando no tenían otras actividades, Eugenio iba para estar junto a Rafael en casa de Carmen. Poco después llegaba el padre Vicente para revisar las tareas escolares de los dos niños, y los sábados salían a jugar por los jardines del Retiro.

Fue uno de aquellos sábados. Hacía semanas que habían terminado la campaña de recogida y entrega de juguetes de Reyes. Los dos niños habían participado al estar de vacaciones y, como premio, el padre Vicente les regaló un balón de reglamento que él guardaba en el maletero de su Seat 600 cada sábado después de jugar con los niños, y allí se quedaba hasta el siguiente sábado. Aquel sábado los niños, después de un tiempo jugando con los mayores, se entretenían solos. El padre Vicente y Carmen, sentados en un banco, los miraban. Mientras, el sacerdote hacía comentarios halagüeños acerca de Estíbaliz y su buen trabajo. Carmen sabía que Estíbaliz era una buena mujer y una excelente trabajadora, pero era tan reservada, tan distante, tan extraño su comportamiento, que no entendía que aquel sacerdote hablara con tanto conocimiento de ella. Aquel día comentó divertida medio en broma:

—Me gustaría saber qué puerco tienes tú a medias con Estíbaliz para

saber tanto de el a.

El sacerdote no dejó de mirar a los niños, que corrían tras el balón.

El silencio se prolongó. Carmen siguió la mirada del sacerdote, intrigada por su repentino silencio. Los niños jugaban. No había nada

extraño ¿Qué era lo que miraba? De repente, oyó su voz profunda, pausada, grave:

—Eugenio es mi hijo.

Tardó unos segundos en asimilar lo que había escuchado. Aquello era demasiado serio para tratarse de una broma. Le miró incrédula.

—¿Queeé. .? .?

Él seguía mirando a los niños, como hipnotizado:

—Estíbaliz es. .

No le dejó terminar; ella completó la frase:

—¿Tu amante?

El sacerdote se volvió hacia el a como un resorte. El tono de voz de Carmen era un puro reproche. Tenía que darle una explicación y no sabía por dónde empezar. Se le atropelaron las palabras ante la cara de

incredulidad de la muchacha:

—Estíbaliz es una mujer que sufre mucho. La conocí en una campaña de Navidad que fui a su guardería a pedir un donativo por recomendación del doctor Álvarez. El a se interesó mucho por mi trabajo, me asignó un donativo, me recomendó otros contactos a los que acudir y se ofreció como voluntaria para ayudarme en campañas especiales. El a tenía su párroco, por lo que nunca se confesó conmigo, pero comenzó a venir mucho por mi parroquia para ayudarme. Yo consideraba que era una mujer fuerte, por lo que me extrañaba que, de cuando en cuando, le evara moratones o hematomas que decía hacerse por tropezones o accidentes domésticos. Al año de conocernos vino un día con un pequeño corte en el labio inferior que llevaba hinchado; parecía más triste que de costumbre y a mí me dolía aquella tristeza porque la amaba en secreto. Cuando se disponía a irse con los otros voluntarios, le pedí que se quedara con la excusa de que teníamos que solucionar algo de un contacto que el a me había facilitado; le pedí que le llamara por teléfono desde al í. El a entendió que era una excusa y se entretuvo organizando unos libros mientras los demás se marchaban. Cuando nos quedamos solos, pude preguntarle por el corte de la boca. Al principio me respondió con una excusa, como siempre, pero yo no podía soportar su sufrimiento. La

sujeté por los hombros obligándola a mirarme y le pedí que me dijera la verdad. —El sacerdote hizo una pausa y volvió a mirar a los niños correr tras el balón. Sus ojos se ensombrecieron y sus mandíbulas y sus manos se pusieron rígidas mientras rememoraba la escena—. Estíbaliz se echó a

l orar y me contó que su esposo le pegaba cada vez que tenían relaciones sexuales. Después, según el a, era maravil oso. Pero en esos momentos se trasformaba en una fiera que la ofendía con sus palabras y hasta que no la lastimaba no conseguía satisfacerse. Me contó entre l antos el miedo que pasó su noche de bodas y que al día siguiente su esposo era el hombre amable y correcto que ella conocía, lo que le l evó a pensar que había sido una pesadil a provocada por los nervios del día de la boda y por el mucho alcohol que bebió en el banquete. Pero no, su marido sufría una metamorfosis cada vez que tenían relaciones sexuales, y lo que en un principio habían sido pequeños bocados, tirones de pelo y palabras obscenas que la humil aban, con el tiempo se endurecía cada vez más. Carmen tenía también los ojos clavados en los niños que jugueteaban, pero no los veía. Su mente estaba demasiado pendiente de las palabras del

sacerdote. ¿Qué era lo que pretendía decirle? ¿Que el que Estíbaliz estuviera casada con un loco les daba licencia para ponerle los cuernos? Rafael resbaló en su carrera y se dio de bruces contra el suelo. Miró a su madre. Cuando comprobó que lo había visto pero no había reaccionado, se levantó, se sacudió las briznas de hojas secas y la tierra que se le había pegado a la ropa y volvió a mirar a su madre sonriendo, para demostrarle lo mayor que era pues no lo oraba. Ella le devolvió la sonrisa sin ser consciente de que lo hacía y el niño siguió corriendo. El sacerdote seguía su explicación con la sensación de haberse equivocado y de que no tenía que haberle dicho la verdad, pero Carmen no era una de sus feligresas, nunca había confesado, ni con él ni con nadie. Era su amiga. Compartían el desarrollo y la educación de los niños. No había nada de la vida de Carmen que él no conociera, así que ella también tenía derecho a conocer parte de la suya, pero esa parte implicaba también a Estíbaliz y eso le hacía tener la sensación de que se había equivocado. Pero continuó:

—Trató de comentar el tema con su madre sin darle demasiados detalles. Ésta le aconsejó que tuviera paciencia, que algunas parejas tardaban un poco en adaptarse en ese sentido. También trató de hablar con su marido una mañana, cuando él volvía a ser el respetable señor que

se suponía que era, pero él sólo sonrió y, dándole un beso en la frente, le dijo: «No seas tonta, nena, si eso es lo mejor. .» y se marchó dejándola desolada.

Miró a la joven, tratando de que comprendiera el sufrimiento de Estíbaliz, y siguió:

—¿Te das cuenta? No podía hacer nada. En otros países se hubiera podido divorciar pero aquí no. No había nada que Estíbaliz pudiera hacer.

El a le devolvió una mirada llena de rabia:

—¿Que no? Menuda patada en todos los huevos le daría yo a ese tío. «Ésta es Carmen», pensó el sacerdote, algo preocupado ante su reacción. Una vez superada la depresión después del nacimiento de Rafael, había aflorado la personalidad fuerte, clara y pueblerina de la muchacha.

—¿Y qué es esa pamplina de que no se puede divorciar? ¿Qué clase de personas sois que necesitáis una autorización para amar a alguien y una autorización para defenderte de un maltratador? ¡Que no Vicente, que no!

Que a los toros hay que cogerlos por los cuernos y dejarte de pamplinas. Además, no me creo que haya ninguna ley que te obligue a vivir con un maltratador.

El sacerdote miró nuevamente a los niños, tratando de encontrar un razonamiento lógico que la hiciera comprender, y divago dándose tiempo:

—Las cosas no son siempre o blancas o negras. Hay matices, existen compromisos de los que no es fácil desprenderte.

—¿Como el que tú tienes con la Iglesia? —preguntó con acidez.

Él volvió a mirarla, desarmado por su reproche:

—De ese compromiso. . —Hablaba pausadamente y en un susurro, alargando unas palabras llenas de verdad y de dolor que pesaban demasiado para ser pronunciadas—. De ese compromiso me hubiera librado, a pesar de lo mucho que significa el sacerdocio para mí. Lo habría dejado todo por el a. La amo.

Los ojos del sacerdote se llenaron de lágrimas, pero Carmen estaba demasiado ofendida para prestarles atención:

—¿Y ese amor es el que te da licencia para ponerle los cuernos a su marido, para pasar por alto tus votos y para usarme a mí como excusa para estar cerca de Eugenio y de el a?

Se sentía ofendida, utilizada. Ahora lo entendía todo. No trabajaba en

el parvulario de Estíbaliz porque fuera una buena trabajadora, sino porque era una buena excusa para que el sacerdote fuera por al í a diario sin levantar sospechas, puesto que todos sabían que el a era su protegida. Y el trato de favor de Estíbaliz hacia su hijo sólo era para favorecer que el

verdadero padre de Eugenio estuviera cerca de él. Y todo el interés que él mostraba con el a, sólo era una manipulación para conseguir sus intereses, pero no se daban cuenta de que la habían obligado a aislarse de los demás. El a comprendió sin necesidad de que se lo pidieran que tenía que ser discreta con su relación con Estíbaliz, y cuando ésta le pedía que Eugenio se quedara en su casa, ella no lo comentaba con ninguna compañera, como tampoco comentaba sus salidas con los niños y el sacerdote o los muchos fines de semana tenía que atender a los dos niños y salir al campo con el sacerdote. Cuando alguna compañera la invitaba a salir algún rato, ella siempre buscaba excusas. Finalmente dejaron de contar con el a, de modo que, a pesar de los años que llevaba en Madrid, no tenía ni una sola amiga.

—¡Carmen, por Dios! Sabes de sobra que eso no es cierto, nunca te

usaría para nada —le reprocho el sacerdote ofendido. Pero conforme pronunció sus palabras se dio cuenta de que la muchacha tenía razón: la habían utilizado. No lo había planeado, ni siquiera había sido consciente de que lo había hecho. Una cosa había llevado a la otra de una manera lógica y normal. Nunca pensaron utilizarla, pero aprovecharon la ocasión, sin darse cuenta del sacrificio que eso supuso para Carmen.

Ella se levantó del banco incapaz de estarse quieta, cruzó los brazos sobre su pecho y anduvo dos o tres pasos a derecha y dos o tres pasos a izquierda frente del sacerdote, que seguía sentado, anonadado ante todos los reproches que salían de la boca de Carmen.

—Eres un hipócrita. —Enfatizó la palabra hipócrita con rabia—.

¿Cómo puedes llevar esta doble vida? ¿Cómo eres capaz de subirte al púlpito a leer la palabra de Dios y recomendar a los demás que no hagan daño al prójimo? ¿Cómo se te ocurre meterte en el confesionario a escuchar las faltas de los demás sin que se te caiga la cara de vergüenza? ¿Cómo puedes salir a la calle vestido así?.. —Se paró un momento delante de él, haciendo un ademán con la mano para que reparara en que iba siempre vestido de sotana, y reanudó el pequeño paseo arriba y abajo—. ¿Para que te identifiquen con un ser casto, cuando eres un maldito adúltero? ¿Es que no tienes cojones para reconocer lo que has

hecho, o es que te faltan agallas para aceptar que eres un hombre normal y no tienes nada de especial?

Y seguía y seguía. El sacerdote estaba abrumado, casi asustado al ver su propio pecado a través de los ojos de la muchacha. Durante todo el tiempo que hacía que mantenía relaciones con Estíbaliz, sólo al principio

tuvo remordimientos, pero el amor que sentía por ella y el notar que la hacía feliz, ver el gozoso centellear de sus ojos cuando la abrazaba y la besaba, cambió el remordimiento por la sensación de que lo que hacía era lo correcto, que no había obra mejor en este mundo que hacerla feliz a ella. Y puestos a buscar culpables, ¿por qué la ley no permitía el divorcio?, ¿por qué el Vaticano se dilataba en aprobar que el celibato fuera voluntario?

Pero ahora Carmen lo ponía cara a cara con su pecado, sin excusas, sin atenuantes. El adulterio era adulterio, en las circunstancias que fuera que lo hubiesen provocado y quienes lo cometían. Eran adúlteros. Adúlteros, con todas las letras.

No pudo retener las lágrimas ante la perspectiva de en qué había

convertido a Estíbaliz y lo que el mismo era, visto a través de los ojos de Carmen.

Los niños vieron a Carmen ponerse en pie y notaron que levantaba la voz. Se acercaron corriendo. Rafael preguntó:

—¿Qué pasa mamá?

El sacerdote enjugó sus lágrimas con las manos. Carmen reprimió el deseo de coger a su hijo de la mano y marcharse dejando al í al sacerdote con el suyo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —titubeó nerviosa—. Pues que el padre Vicente me dijo que iríamos al cine y no ha traído las entradas.

No supo de dónde salieron esas palabras, puesto que nunca habían ido al cine, ni lo habían mencionado siquiera. Eugenio se arrojó al cuello del sacerdote, para que no se sintiera apenado por el olvido, diciendo:

—No pasa nada, hagamos un teatro.

De vez en cuando, el sacerdote junto con los niños escenificaban algunos cuentos en casa de Carmen.

—Bien pensado —atinó a decir el sacerdote, apretando los labios y aspirando por la nariz para que no se le escaparan nuevamente las lágrimas por el gesto de cariño de su hijo, al tiempo que se desembarazaba de sus brazos y dándole una zurra cariñosa los animaba a

que siguieran jugando—. Pero aún podéis jugar un rato. Después iremos a casa y haremos el teatro de Pedro y el Lobo, ¿vale?

—¡Bieeen!

Carmen se dejó caer derrotada en el banco. Apoyó su frente en su mano y cerró los ojos mientras escuchaba la voz del sacerdote, como un tembloroso susurro.

—No pretendía hacerte daño.

—Lo sé, lo sé —susurró el a también.

Suspiró como si estuviera cansada, estiró la espalda y levantó la cabeza hacia el cielo con los ojos cerrados.

—Sólo es que no comprendo por qué a las personas les cuesta tanto ser consecuentes con sus actos. —Añadió—: No me lo esperaba de ti.

—Lo siento, no debí contártelo.

—Prefiero que lo hayas hecho, no soportaría que me mintieras.

Los dos miraban nuevamente a los niños.

—El marido de Estíbaliz es un enfermo.

—Déjalo, Vicente, déjalo.

—No quiero disculparme, sólo quiero que comprendas a Estíbaliz.

«Estíbaliz, otra vez Estíbaliz —pensó Carmen—. Es como si fuera el eje del mundo y todo girara en torno a el a».

—Es un enfermo, esa clase de hombres que sólo pueden satisfacerse si hacen daño y que convierten a sus parejas en sus víctimas.

Pero Carmen era incapaz de comprender aquel o.

—De verdad, Vicente, no quiero saberlo. Me hace daño pensar que aguantáis esa situación sin hacer nada al respecto.

El sacerdote se dio cuenta de que cuanto más trataba de explicar, menos sentido tenían las cosas para Carmen, así que no insistió más.

—Nunca he pretendido hacerte daño.

Carmen no sabía si el lunes siguiente iba a poder ver a Estíbaliz sin sentir rencor hacia el a. Por algún motivo, a pesar de sentirse utilizada, no era capaz de sentirse enfadada con el sacerdote, por lo que dirigió toda su frustración hacia ella.

Aquel lunes despertó antes a Rafael, le preparó el desayuno y lo abrigó bien, pues a aquellas horas hacía frío. Cuando arrancó el motor de la furgoneta eran las 7,45 horas.

A aquel as horas aún no había mucho tráfico, así que no tuvo problemas para llegar al sitio convenido, donde aparco el vehículo. Entró

en la cafetería y le dio las 11 aves al dueño, diciéndole que Óscar pasaría a

recogerlas. El señor ya estaba al tanto del asunto, puesto que Óscar, quien era un cliente habitual y buen amigo, lo había advertido de que le llevarían unas 11 aves. Óscar tenía un trabajo nocturno que había conseguido por medio del padre Vicente en una imprenta, en el que terminaba a las cuatro de la madrugada. Después llegaba a casa, se duchaba y sobre las cinco se acostaba hasta más o menos las diez o diez y media de la mañana, hora en que se levantaba para tomar un bocadillo o en la cafetería de su amigo donde Carmen dejó las llaves. Después, si podía, hacía algún trabajillo; algunas veces, como ese día, de repartidor de mercancías, por lo que frecuentemente le pedía el vehículo a Carmen y que finalmente terminó por comprarle.

Carmen, después de entregar las 11 aves, le ajustó bien el gorro de lana y la bufanda a Rafael y comenzó a andar con pasos presurosos, más por el frío que por las prisas, pues apenas eran más de las ocho.

El viento frío les daba de frente obligándolos a bajar la cara, pero Carmen la levantó subiendo un poco los hombros, para protegerse la

garganta y las orejas del viento, cuando vio que, en sentido contrario a él, un guardia civil andaba con elegante paso y mirada ausente. Cuando se cruzó con él, de manera instintiva apretó la mano del pequeño Rafael. Nunca había sentido simpatía por los guardias civiles, porque había escuchado a su padre contar que, en los primeros años de dictadura, uno de ellos pegó a su abuelo por no saber hablar en castellano. Su jovenmente no entendía, y nunca llegó a entenderlo, qué autoridad le daba licencia a un hombre para maltratar a otro por tener un idioma diferente. Así desde niña los guardias civiles fueron para ella hombres malos, con los que evitaba cruzarse, por lo que cuando los veía de lejos se escondía de ellos como si de asesinos se tratase, de tal suerte que nunca había visto a uno de tan cerca, así que lo miró con detenimiento conforme se acercaba a ella, sorprendida de que no reparara en su presencia. Era la primera vez que ella miraba a un hombre y éste ni reparaba en su presencia. Era un hombre de apariencia nítida, ojos claros de grandes órbitas y espeso bigote. Tenía facciones de buena persona, de soñador, de romántico. Ella se lo imaginó con pantalones tejanos, un amplio blusón, paleta y pincel en mano frente a un lienzo, derrochando todo el ingenio que seguramente bullía en aquella mente. Sí, para ella aquellos rasgos eran más propios de un artista que de un guardia civil. Se volvió para seguir

mirándolo cuando ya lo había rebasado. Lo vio quitarse el tricornio con la mano derecha y sujetarlo bajo el brazo izquierdo mientras entraba en la

iglesia del Santísimo Cristo de la Victoria, que pareció engullirlo arrebatándosele de su vista.

El hombre se santiguó inclinando levemente la cabeza, recorrió con paso reverente el tramo que lo separaba de la imagen del Cristo, apoyó el tricornio en el banco al tiempo que se arrodilaba ante la imagen y musitó una plegaria en busca de su ayuda para sus quehaceres de aquel día, día en que se escribiría una gloriosa página de la historia de su amada España.

Una grande y libre. Y él tenía un papel a desarrollar, el de allanar el camino para los que vendrían después:

—Al igual que hizo tu primo San Juan el bautizante, contigo tengo que preparar el camino para los que vendrán después —le dijo al inerte Cristo y un escalofrío le zigzagueó por la espalda al recordar cuál fue el final de San Juan el bautizante: su cabeza separada de su cuerpo fue mostrada en una bandeja a vista de todos los que celebraban el poder de Herodes.

Terminó sus oraciones y volvió a persignarse agachando la cabeza. Después levantó la vista a la imagen y tuvo la sensación de que el Cristo apartaba sus ojos de él, cual nefasta señal. Otro escalofrió zigzagueó de nuevo su espalda.

De no ser porque aquel día volvería a ver el rostro de aquel hombre en una actitud muy diferente de la que él se imaginaba —de poeta escribiendo romances bajo una arboleda—, hubiese olvidado pronto al guardia civil, ya que después de dejar a Rafael en su aula, se dirigió hacia su trabajo, tensa ante la perspectiva de encontrar a Estíbaliz.

Estíbaliz, por su parte, no dio muestras de estar enterada de la confesión que el sacerdote le había hecho a Carmen, aunque ella estaba segura de que lo sabía, por lo que aún le molestaba más su comportamiento de gran señora, elegantemente vestida y enjoyada, que trataba a los demás con corrección exquisita, pero con distanciamiento y frialdad.

Para Carmen fue un lunes como cualquier otro, pero interminable por la incomodidad que sentía de saberse en la presencia de Estíbaliz, aunque ella rara vez vigilara su trabajo en la cocina. Pero para Estíbaliz fue un lunes de malos augurios desde que el padre Vicente le llamó a primera hora para confesarle que Carmen sabía lo suyo, provocando con ello el

disgusto de Estíbaliz y una pequeña discusión que terminó con aquella sentencia:

—El a no tiene ningún derecho de saberlo. Has puesto en peligro a Eugenio.

Colgó el auricular con severidad y sus palabras martil earon todo el día la mente del sacerdote.

El a, por su parte, se debatía entre hablar con la muchacha para pedirle discreción o dejar pasar el tiempo para ver cómo se resolvían las cosas.

Pero no, no podía dejar las cosas al azar, no era capaz de prever cómo reaccionaría su esposo si descubriese que Eugenio no era su hijo. Aquel hombre era un psicópata, multimil onario, pero psicópata. Algún día toda aquella fortuna pasaría a manos de su hijo, pero ¿que sucedería si su esposo descubriese que Eugenio era el hijo de otro hombre?

Posiblemente no sólo la fortuna corriese peligro, sino también la integridad del niño.

Recordaba cuando lo conoció. Vivían en ciudades diferentes, pero él iba regularmente a Bilbao a verla, y nunca llegaba con las manos vacías.

Era correcto, educado y, sobre todo, apuesto y encantador. Le hacía sentirse como una princesa. Cuando se casaron, el padre de Estíbaliz invirtió una gran suma de dinero en una de las empresas de él como regalo de boda, comprando el uno por ciento a nombre de su hija. Todo había sido como un cuento de hadas... hasta la noche de bodas, en que todo se hizo añicos bajo sus pies. Al principio estuvo desconcertada, pensando que seguramente era ella la que fallaba. trató a tientas de explicar su problema a personas de confianza, lo cual sólo reforzó la idea de que era ella la que fallaba. Por suerte, su esposo perdió pronto el interés sexual en ella, pero ella era apasionada y necesitaba los abrazos de un hombre y algunas veces lo buscaba, sólo para terminar herida y arrepentida. Entonces comenzó a cavilar que un hijo la ayudaría. Se volcaría en él y dejaría de pensar en su esposo. A él le gustó la idea, pero el deseado hijo no llegaba, así que ambos se sometieron a reconocimientos médicos. Una semana antes de que llegaran las pruebas por correos, ella sabía que estaba embarazada. Aquella noche salieron a celebrarlo. Estíbaliz le pidió que a partir de entonces tenía que ser cuidadoso con ella. Y lo fue: no le puso la mano encima en todo el embarazo. Cuando llegaron las pruebas y ella supo que su marido no podía ser padre, destruyó los documentos junto con la carta que los

emplazaban para una nueva visita con el propósito de sugerir un tratamiento. Después le pidió para decir que anularan la cita, pues desistían del asunto. Su esposo nunca más preguntó por las pruebas, y así supo ella

que el hijo que llevaba en las entrañas era del padre Vicente, con quien mantenía relaciones desde hacía unos meses. Si estar embarazada le hacía feliz, que el hijo que llevaba en sus entrañas fuese prole de una persona tan dulce, tan noble y tan buena como el padre Vicente le hizo sentirse radiante. No cabía en sí de felicidad y no cortó su relación con el cura, como pensó hacer cuando creía que la criatura era de su esposo. Su aspecto triste y decaído cambió por un aspecto alegre y su actividad y energías parecían no tener fin. Se volvió más tolerante con su esposo y no le importaba a las horas que regresara por las noches a casa. Él, por su parte, la trató con más deferencia que de costumbre, homenajéandola con regalos y no la buscó sexualmente durante todo el tiempo que duró el embarazo. Se sentía feliz de ser padre y amaba a su esposa, así que lo demostraba como mejor sabía: inundándola a regalos. Cuando nació el niño, después de la euforia, comenzó a sentirse un poco celoso de la

atención que Estíbaliz le brindaba al niño, y eso lo llevó a poseerla con el sadismo con que lo había hecho otras veces, hasta que notó que ella perdía parte de su interés en el niño para centrarse en él, pues muchas veces lo mandaba con una de sus sirvientas para poder disfrutar de intimidad con él. Entonces fue él quien volvió a perder el interés en ella y se centró nuevamente en las prostitutas por las que pagaba importantes sumas de dinero, aunque después de que aceptasen el servicio se cobraba con creces. Eugenio, por su parte, fue para él como un trofeo del que podía presumir delante de todos. Era un bebé hermoso, sano y alegre. Delegó toda la responsabilidad del niño sobre Estíbaliz, encargándose él de la parte alegre de ser padre: comprándole regalos. Inconscientemente evitaba la presencia del niño. Cuando llegaba a casa, si el niño estaba despierto, él se aislaba en la biblioteca hasta que le llevaban al niño para que le diera un beso de buenas noches. En aquellos momentos hubiese dado la mitad de su fortuna para no recordar los golpes y las humillaciones a los que su madre los sometió tanto a él como a su hermana y los largos períodos en el internado, donde sólo se podía relacionar con jóvenes de su clase y donde aprendió todas las miserias de sobrevivir a la soledad, donde las reglas eran estrictas y el personal sólo era cortés con los padres de los chicos que mantenían aquellos

instalaciones a golpe de chequera.

Eran las tres y media de la tarde cuando sonó el teléfono del despacho de Estíbaliz: era el chofer que se encargaba de recoger a Eugenio del colegio. Los lunes tenía que llevarlo a clases de piano, pero lo había

llevado el señor para ordenarle que hoy lo llevara directamente a casa. Como aquello no era habitual, lo ponía en su conocimiento. A Estíbaliz se le cortó la respiración, tardó unos segundos en reaccionar sobresaltada, aunque finalmente su voz sonó calmada:

—Está bien, pero manténgase alerta al teléfono, por si aún cambiamos de parecer. —Hizo una pausa y añadió—: Gracias por llevarme.

Colgó el teléfono desasosegada. Era la primera vez que su esposo interfería en las actividades de Eugenio; aquello no tenía ningún sentido.

Llamó a su despacho para preguntarle el motivo y él, con su encanto habitual, dijo que no había más motivo que el deseo de pasar la tarde con su hijo y que esperaba que ella también llegase pronto.

—Iba a llevarte cuando ha sonado el teléfono para pedirte que hoy llegaras pronto. Le he comprado un cuento y hace mucho tiempo que no

estamos los tres juntos.

Estíbaliz pensó que aquel o era muy extraño y protestó un poco porque Eugenio no podía faltar así a sus clases. El a no podía salir antes de que todos terminaran de limpiar y dejarlo todo en orden para el día siguiente y. .

—Eh, eh, tienes que aprender a delegar. Deja que el personal haga lo que tenga que hacer y vente pronto a casa, ¿vale?

Finalmente concordó con un hilo de voz.

Cuando colgó el auricular se sentía derrotada. Después de unos segundos llamó al sacerdote. Tuvo que esperar unos momentos mientras iban a avisarlo de que tenía una llamada. Finalmente escuchó su reconfortante voz:

—El padre Vicente al habla, dígame.

—Eugenio no irá hoy a clases de piano. Alberto ha ordenado que lo ll even directamente a casa.

—¿Por qué?

—Supuestamente quiere que pasemos una tarde los tres juntos. Dice que hace mucho que no lo hacemos. Me ha pedido que deje el trabajo antes y esté pronto en casa para que veamos un cuento que le ha comprado. Esto es muy raro.

—¿Qué quieres decir?

No sabía lo que quería decir, pero alguna explicación debía de tener el comportamiento de su marido y, puesto que la paternidad de Eugenio ahora estaba en conocimiento de otras personas, se sentía desprotegida.

—No lo sé, pero es la primera vez que me pide que llegue a casa pronto y que él pretenda estar en casa cuando Eugenio salga del colegio.

Es muy extraño.

El sacerdote la tranquilizó. Era normal que un hombre deseara pasar una tarde con su familia, y más si en los últimos meses había viajado mucho dejándolos solos, como era el caso de Alberto, que últimamente había viajado más de lo habitual e incluso en fines de semana a Valencia, donde no se le conocían negocios. Seguramente estaría tratando de emprender alguno por esas tierras, y si ahora quería pasar la tarde con el os, sería porque se daba cuenta de que los había descuidado.

—De cualquier forma, como Eugenio estará pronto en la casa, tú también tendrías que llegar pronto. Si lo consideras oportuno, llámame.

Cuando después de despedirse ella colgó el auricular, el sacerdote se

sintió triste y pesado, desando los siete pasos que lo separaban del diácono que lo avisó de la llamada. Palmeándole la espalda, le dio las gracias sin detenerse, salió de la sacristía, bajó del altar y se arrodiló en el primer banco. Apoyó la cara entre las manos y se entregó a una oración desesperada. Sabía por Estíbaliz que Alberto pocas veces cenaba en casa y pocas veces la buscaba sexualmente, pero cuando lo hacía la lastimaba y no había opción. Para él, no. Se volvía loco si pensaba en que le ponía la mano encima y más si pensaba que la lastimaba o humilaba. No podía soportarlo. Se sentía herido, con un dolor que le producía angustia, le enándole la boca de saliva amarga que le abrasaba la garganta. Susurraba las oraciones con frenesí, mientras su mente se regodeaba con el sufrimiento que le producían aquellos pensamientos.

—Santa madre de Dios, compadécete de nosotros, pecadores.

Compadécete de Estíbaliz. Líbrala del malvado, del enfermo, del loco, del sádico.

Apretaba tanto los dedos contra su frente que los tenía completamente blancos. Sentía tanto odio por aquel hombre si lo imaginaba tocándola, que necesitaba bramar para expulsar todo aquel dolor. Dos lágrimas tibias se escaparon de sus ojos y se precipitaron mejillas abajo. Después de estar un momento suspendidas, saltaron al

vacío, estrellándose contra el apoyabrazos.

—Venga sobre mí todo el dolor y todo el sufrimiento, pero que no la toquen a ella, que ella no sufra. Caiga sobre mí toda culpa, porque soy pecador.

Otras dos lágrimas se le escaparon siguiendo la senda que habían marcado las primeras. El sacerdote nunca había sentido animadversión por nadie. Sabía que había personas buenas y malas. A las buenas las admiraba y por las malas sentía compasión por estar incapacitados hacia los pensamientos y las acciones nobles. Pero hacia el esposo de Estíbaliz sentía una repulsión que se transformaba muy fácilmente en odio, lo cual hacía aflorar todos sus malos instintos. Incapaz como era de hacer él mismo mal a nadie, deseaba su muerte como fin de sus sufrimientos y de los de Estíbaliz, sólo para después sentirse horrorizado y sucio por sus propios pensamientos.

Después de hablar con el sacerdote, Estíbaliz fue en busca de Carmen.

Abrió la puerta de la cocina y la encontró recogiendo el menaje. Sin traspasar el umbral de la puerta le pidió que cuando pudiera se personara

en su despacho, cerrando nuevamente la puerta. La muchacha se desató el delantal, se alisó el guardapolvo azul que usaba el personal de cocina de dos manotazos, y sujetó un mechón de pelo que se le había escapado de la cofia encaminándose hacia el despacho, un poco cohibida por lo que iba a pasar. A aquel as horas parte de la indignación por lo que le había contado el sacerdote ya se le había pasado, y se sentía privilegiada de que le hubiese mostrado tanta confianza. Llamó a la puerta y esperó a que le dieran permiso:

—Siéntate —le dijo señalando a una de las dos butacas que habían frente a su mesa.

La muchacha se sentó tímidamente, sin atreverse a apoyar la espalda en el respaldo. Se miraron. Los ojos de Estíbaliz reflejaban angustia y temor. Carmen bajó los ojos, avergonzada de ser el a la que provocaba aquellos sentimientos, mientras escuchaba su voz pausada, firme, fría.

—Sé que el padre Vicente te ha hecho partícipe de una información que no tenías derecho a saber.

—Así es.

Nuevamente sus miradas se encontraron.

—Lo cual demuestra que eres una persona de su total confianza y que está seguro de que usarás esa información sólo para beneficiar a Eugenio.

Carmen no entendió la segunda frase, pero Estíbaliz le explicó a continuación:

—Nadie más tiene que conocer esa información —anunció tajante.

—No soy una cotil a —se defendió la muchacha ofendida.

La voz de Estíbaliz se suavizó.

—Ya lo sé, Carmen. En los años que llevas trabajando aquí has dado sobradas muestras de lo que eres y de lo que no eres. —Hizo una pausa y, por primera vez, la miró como a una igual—. Pero el padre Vicente no sólo te ha hecho participe de una confidencia. —Otra pausa antes de continuar—: Además ha puesto el futuro de Eugenio en tus manos. — Pausó de nuevo escrutándola con la mirada—. ¿Comprendes a qué me refiero?

Carmen no estaba muy segura de a qué se refería, pero por nada del mundo traicionaría la confianza que el padre Vicente había puesto en el a, así que respondió:

—No se preocupe, mis labios están sel ados.

—Ni siquiera en sueños puedes mencionarlo.

Carmen la miró irritada. ¿Pero qué se creía aquella mujer? Estibaliz se dio cuenta de que la había ofendido y suavizó nuevamente su voz mientras apartó sus ojos de él y los dirigió hacia la pluma que sujetaba entre los dedos jugueteando con ella.

—Por otra parte estoy satisfecha por que conozcas el asunto — mintió—, pues eso te permitirá comprender ciertas cosas que, tal vez, no tenías muy claras. En fin, que agradezco tu colaboración.

Se levantó de su butaca dando por terminada la conversación. No tenía mucho sentido insistir sobre lo mismo, puesto que la muchacha se

ofendía, y amenazarla sólo hubiese empeorado las cosas. Era mejor tenerla como amiga que como enemiga.

Carmen también se levantó.

—La agradecida soy yo por su confianza.

Se dirigió hacia la puerta y antes de llegar escuchó:

—Otra cosa, Carmen, esta tarde tengo que marcharme pronto. ¿Te puedes quedar a supervisar todo y después cierras?

—Por supuesto.

Estíbaliz llegó a su casa sobre las cinco y media, casi a la vez que Eugenio. Unos minutos después llegó Alberto con un cuento para

Eugenio y una bandejita de pasteles. Le pidió a su expectante esposa un café, mientras él y Eugenio desembalaban el cuento para poder hojearlo. Poco después Estíbaliz entró con la bandeja del café y los pastelitos y se sentó junto a Eugenio, que ocupaba el centro del sofá, mientras Alberto lo rodeaba por los hombros. Después de un momento lo liberó para añadir una diminuta cucharadita de azúcar a su café y degustar un pastelito. Minutos después abandonaba el salón para dirigirse a la

biblioteca en la habitación contigua. Estíbaliz lo siguió después de un tiempo y lo hal ó repantigado sobre la butaca, detrás del gran escritorio escuchando un pequeño receptor de radio. Ni siquiera se movió cuando el a, cerrando la puerta tras de sí, avanzó hacia él preguntando:

—¿Qué haces?

—Han secuestrado el congreso.

—¿Queeé. .? —dijo ella con incredulidad.

—El Ejército ha tomado el congreso de los diputados. Estamos en toque de queda —respondió sin mirarla.

El a dirigió sus ojos al pequeño receptor. Escuchaba sin entender nada cuando de pronto algo iluminó su mente:

—¡Lo sabías!

Él reaccionó ante aquel a exclamación: se movió y la miró:

—No seas absurda, ¿cómo iba yo a saber una cosa así? —Y después de una pausa—: Ve con Eugenio y procura que se acueste pronto.

Estíbaliz deseó quedarse en algún momento sola en la biblioteca para poder l amar al sacerdote, pero Alberto no salió de al í en toda la noche.

Aquél a fue una noche larga, de cal es frías y vacías en todo el país, de preparar maletas para salir corriendo en caso necesario, de cal es tomadas por el Ejército en algunas ciudades, de soldados de reemplazo

acuartelados, de destruir las listas de los invitados a la puesta de largo de la democracia, de miedo. . donde todos los fantasmas de la pasada guerra civil resucitaron a la vez. Noche donde algunos olieron nuevamente el poder que despertó la bestia del odio que llevaban dentro y preparaban linchamientos. Noche de miedos y de no encontrar refugio, donde algunos padres abrazaron a sus hijos como si fuese una despedida.

Y para Carmen fue una nueva noche de soledad y desamparo.

Entendió, por lo que le había oído contar a su padre, que de manera parecida comenzó la pasada guerra civil en España, donde todos sufrieron y penaron. Si algo así volvía a suceder, ¿sería el a capaz de cuidar

y proteger a su hijo? ¿Cómo era posible que aquel hombre, que unas horas antes a el a le había parecido una buena persona, fuera capaz de algo así? Lo reconoció nada más verlo por televisión, sólo que ahora en aquel a misma mano que había usado para quitarse respetuosamente el tricornio antes de entrar en la iglesia, empuñaba una Star BM 9 mm., y aquel a boca que el a había imaginado recitando romances gritaba: «Todo el mundo al suelo». Mal durmió aquella noche frente al televisor y a la

mañana siguiente no sabía cómo actuar. Estaba vacía de opciones y llena de incertidumbres, por lo que, tomando a su hijo de la mano, se dirigió al parvulario como siempre, como cualquier día.

Capítulo XVII

A la mañana siguiente, dejó el hotel de madrugada. Cuando comenzó a circular por la A-3 se relajó, sonrió al pensar en la decisión que había tomado Vicente, se alegró por él. Tenía derecho a vivir unos años para sí, y aunque nunca llegó a comprender totalmente a Estíbaliz, al menos sí sabía qué clase de problema había sufrido con su esposo. Tenía los recuerdos un poco emborronados por el tiempo y el deseo de olvidar, pero las sensaciones eran tan vividas, que aún le producían respingos de

frío por la espina dorsal.

Rafael aún no había cumplido los diez años, pero ya le evaba llaves de casa, pues él salía antes del colegio que su madre del trabajo. Algunas veces lo recogía Óscar y otras hacía el camino hasta su casa junto a una vecina. Cuando llegaba, ponía la tele para ver dibujos hasta que llegaban los demás: dos días a la semana Eugenio y el padre Vicente; los demás días, sólo su madre.

Trató de sacudirse los recuerdos y centrarse en lo que le esperaba cuando llegara a Valencia, aunque la primera reacción fue le amar por el manos libres mientras conducía. Decidió parar en la próxima estación de servicio y hacer las le amadas con la agenda en la mano. Además, aún era demasiado pronto para hacer le amadas de trabajo.

Eran las nueve de la mañana cuando aparcó en el área de servicio, pero consideró que aún no debía hacer le amadas de trabajo, aunque sí podía le amar a Rafael. ¡Dios santo!, no sabía qué decirle. Tenía un mensaje en el móvil de Gloria del lunes que decía: «Hemos llegado a casa. Estamos bien. Besos». Cuando se dio cuenta de que lo había recibido ni siquiera le prestó atención, pero en unas pocas horas su vida había dado un vuelco que ponía patas arriba la vida de todos ellos. ¡Dios Santo!, ¿qué le diría? Se alejó un poco del aparcamiento al tiempo que marcaba el

número de su hijo, y mientras escuchaba los tonos, buscó la sombra de un árbol; ya comenzaba a notar el calor.

—Buenos días, mamá —escuchó la voz de su hijo a través del teléfono.

—Buenos días, Rafael. Recibí el mensaje de que habíais llegado bien. ¿Qué tal la carretera?

—Mucho mejor, más tranquila que a la ida.

—¿Se te hizo muy pesado el viaje?

—No, ya te digo, se me hizo más pesado al ir el sábado, pero porque trabajé y se nos hizo demasiado tarde.

—Pues. . . el caso. . . —titubeó. No sabía qué decirle, pero tenía que hacerlo—. Es que. . . yo... quería... que si pudieras, vinieras otra vez.

—¿Por qué? ¿Te sucede algo?

—No, no. —Daba vueltas alrededor de un árbol; era incapaz de hablar por el móvil sin moverse—. Sólo es que tengo algo que decirte.

Cruzó un trecho de sol hasta otro árbol incapaz de estarse quieta.

Rafael la escuchaba mal, aunque la había entendido perfectamente, o al

menos eso creía. Pero era tan absurdo que su madre le pidiera que hiciera un viaje de seiscientos kilómetros porque tenía algo que decirle cuando hacía dos días que habían estado juntos. .

—Mamá, no te oigo bien. ¿Qué dices?

Paró y dio media vuelta en pleno sol. Era algo que siempre hacía cuando alguien con quien hablaba le decía que no la escuchaba bien, como si el dar media vuelta fuese garantía de que la iban a escuchar mejor, y lo cierto es que algunas veces sucedía.

—Te digo —repitió alzando la voz y olvidando por un momento por qué estaba haciendo aquel a petición, centrándose solamente en que su hijo la oyera bien— que quiero que vuelvas porque tengo algo que decirte.

—¿Y no me lo puedes decir por teléfono? —sugirió Rafael mientras se ponía tenso, recordando las bromas de Gloria en el camino de regreso, sugiriendo que entre Juan y su madre había algo. Aunque él en un principio había asegurado que aquello era poco menos que imposible, después aceptó de mala gana que algo así pudiera suceder, pero al fin y a la postre aquel o era asunto de su madre y a él poco le importaba. Mientras, Gloria se reía de su cabreo. Después, compadecida, se disculpó y cambió de tema. Ahora, de repente, su madre tenía algo que decirle.

—Pues. . lo cierto es que no. Es algo demasiado personal para tratarlo por teléfono —respondió Carmen, moviéndose de nuevo para librarse del sol.

—Mamá, no soy ningún niño. Si tienes algo que decirme, aunque sea personal, dímelo y punto.

Rafael hablaba contrariado, imaginando la risa de Gloria bromeando sobre su madre y una posible relación romántica.

—Y si tienes novio, pues ya iremos en otra ocasión y lo celebraremos con champán.

Carmen se quedó de una pieza ante la reacción de su hijo. Si lo hubiese tenido delante, le hubiese dado un cachete.

—¡Pero Rafael!, ¿qué tonterías estás diciendo?

El joven quedó desarmado. ¿Tal vez se había precipitado al sacar conclusiones? Se sintió aún más molesto con su esposa por haberlo llevado a hacerse esas cábalas y más irritado con su madre por una petición tan absurda.

—Es que. . no sé, mamá. ¿Qué asunto puedes tener que no me puedas

decir por teléfono —espetó con rudeza.

Carmen se impacientó. ¿Pero qué le pasaba a aquel muchacho?

Terminaban de pasar un fin de semana estupendo, se habían despedido con mucho cariño. ¿A qué venía ahora esa hosquedad? Estiró la espalda poniéndose firme; su voz sonó suave pero autoritaria.

—Mira, Rafael, para lo que tengo que decirte quiero estar cerca de ti y mirándote a la cara. Si tú no puedes venir, yo haré el viaje.

Rafael reflexionó en qué podía querer decir aquel o. ¿Qué tendría su madre que decirle que debía estar cerca de él para hacerlo? De repente, una intuición lo aplastó, lo debilitó, quitándole el mal humor de un zarpazo y tensando todo su cuerpo, preparándolo para un golpe. ¿Tal vez estuviera enferma y fuese algo grave? Su voz fue ahora blanda, casi suplicante.

—Mamá, por favor, dime lo que sea. Si es algo urgente, no voy al trabajo y ahora mismo salgo para Valencia, pero, por Dios, dime qué te pasa.

Su hijo era la releche. O se enfadaba con él porque le pedía que viniera, o dejaba el trabajo y lo hacía de inmediato. Aunque debía reconocer que algo tenía que decirle, no podía dejarlo así. La mano con

que sostenía el teléfono comenzó a temblarle, al igual que la barbil a, lo que hizo que su voz sonara trémula.

—Hijo, quiero verte porque tengo algo que decirte. . —Se le ahogó la voz—. De tu padre.

—¿Queeé. .? .?

Él joven no sabía cómo reaccionar. «¿De mi padre? ¿Qué sabes de mi padre?». .».

—Rafael, no me obligues a hablar por teléfono. —Temblaba—. Si no puedes venir, l ámame y yo iré. Te quiero —dijo como si temiera que su hijo, a partir de ese momento, lo fuera a cuestionar.

Colgó sintiéndose derrotada.

Rafael pasó una mañana de mil demonios. Cuando se encontró con Gloria a la hora de comer, le refirió la extraña conversación con su madre.

—Durante todos estos años no me dice nada, pasamos todo el domingo con el a tan normal y, de repente, quiere verme para decirme algo de mi padre. ¿Tú lo entiendes?

Gloria trivializó para quitar hierro al asunto:

—Lo mismo es que tu padre era rico y te ha dejado una herencia. —

Rió.

Rafael la miró contrariado:

—Gloria, por favor.

Se dio por enterada de que no estaba para bromas y cambió su actitud.

Acarició su mano sobre la mesa.

—¿De verdad nunca te dijo nada de él?

—Que se llamaba Paco, que era guapo y bueno. —La voz de su esposo sonaba triste, con añoranza—. ¿Qué me va a decir ahora después de llevar treinta años muerto?

—Pues la verdad es que sólo se me ocurre que te haya dejado una herencia —respondió su esposa ahora totalmente en serio y tan confundida como él.

Rafael la miró con severidad y desgana, se levantó de la mesa y se marchó, dejándola apesadumbrada.

Pero ella tampoco sabía cómo reaccionar, ¿Qué porras pretendía de ella, que se riera, que llorara? ¿Que le hiciera un *striptease*? ¡Qué puñetas!, ya se le pasaría.

Los días siguientes los pasó huraño y malhumorado; la incertidumbre lo carcomía. Resistió la tentación de amar a su madre, pues seguramente no le adelantaría nada. A Gloria le dolía verlo en ese estado y poco a poco ella también se contagió de su inmensa tristeza.

Cuando el viernes a las doce sonó el móvil de Rafael, éste no se extrañó de que su pantalla reflejara «padre Vicente», aunque nunca se la amaban, ni siquiera para felicitarse por Navidad, puesto que también eso lo hacían por *e-mail*. Así que, de repente, intuyó que el sacerdote estaba al tanto de lo que su madre tenía que decirle y que no había sido una casualidad que el día anterior le hubiese mandado por *e-mail* unas instantáneas de su infancia. En una de ellas aparecían él y su madre corriendo tras el balón. En otra su madre abrazaba con un brazo a Eugenio y con el otro a él mientras paseaban en barca por el lago del Retiro; otra en los tenderetes de libros de la cuesta de Molano, que su madre recorría periódicamente en busca de libros interesantes a un precio que ella pudiera pagar. . Aquellas fotografías habían despertado recuerdos de su infancia y pensó en ella con añoranza. Se dio cuenta de que el sacerdote, su madre, Eugenio y él habían formado una especie de familia, una extraña familia en donde cada cual tenía su casa, pero donde todos habían participado de los buenos y malos momentos de los otros. Habían

sido el os, Eugenio y él, quienes al crecer se habían distanciado de los adultos, pues ya no les apetecía su compañía y preferían salir solos o con otros amigos. Pero pronto se distanciaron también entre el os porque sus círculos sociales no tenían nada en común, y aunque los amigos de Eugenio acogían bien a Rafael, él no estaba económicamente a su altura, no podía frecuentar los mismos lugares. Las diferentes universidades también los distanciaron, aunque cuando coincidían en algún sitio, lo celebraban y disfrutaban el uno de la compañía del otro, prometiéndose que tenían que verse más a menudo, lo cual después de unos años hicieron más habitualmente: cuando llegaron los fines de carrera y Rafael consiguió plaza en un pequeño pueblo de Sevilla. Entonces parecía que se distanciarían, pero no fue así. Al í conoció a Gloria. Cuando ambos tuvieron novias, se veían cada vez que Rafael iba a Madrid o las algunas veces en que Eugenio lo visitaba junto con Laura. Para entonces Eugenio estaba al frente de la constructora de su padre y comenzaba a intuir algo oscuro en la vida de éste.

Llevaba al í unos seis meses cuando una empleada de su padre visitó a Estíbaliz. Era una jovencita de unos diecinueve años que lucía un

generoso escote. Le dijo que hacía unos diez meses que trabajaba como secretaria personal de su marido en las líneas aéreas. Estíbaliz sabía lo que significaba «secretaria personal de su esposo», aun así la dejó hablar. La muchacha le contó cómo su esposo la lamaba a su despacho obligándola a cerrar la puerta y que después la instigaba a desnudarse, la amordazaba con una corbata y la forzaba a practicar sexo de manera humil ante. Estíbaliz escuchó todo pacientemente, con frialdad, luchando contra el instinto sarcástico de preguntarle: «¿Y qué te obligó a volver al día siguiente?» En vez de eso preguntó:

—¿Por qué viene a contarme eso a mí?

La joven se removió en la silla, estiró la espalda y alzó la cabeza, ladeándola, mirando hacia otra parte. Cruzó las manos sobre su regazo y dijo:

—Porque estoy embarazada.

En aquel mismo momento Estíbaliz hubiese lamado a la asistenta para que la acompañara hasta la puerta. No obstante, preguntó con frialdad:

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

La muchacha se removió de nuevo nerviosa y mirándola desafiante

dijo:

—Su marido es el padre.

Se desconcertó al ver que la mujer no se inmutaba y de pronto pensó que lo mismo ya había vivido alguna otra vez una situación así. De pronto sintió miedo.

Estíbaliz no podía dar crédito: que hubiera personas con tanta desvergüenza... Pero ni un solo músculo de su faz delató su repulsión por aquel a joven. Su voz sonó nuevamente sarcástica:

—¿Está segura?

—¿Qué quiere decir? Yo no sabía lo que era un hombre hasta que él. .

—Se tapó la cara con las manos y comenzó a l orar.

Pero Estíbaliz no se conmovió lo más mínimo. En aquel mismo momento le hubiese dicho que era una maldita embustera, puesto que su esposo no podía ser padre, pero eso era un secreto que guardaría siempre, costase lo que costase, o al menos eso pensaba el a.

—Sigo sin entender qué tiene esto que ver conmigo.

La joven no daba crédito ante la frialdad de esa mujer. El miedo hizo

que perdiera los nervios y que se le atropelaran las palabras.

—Pues se lo diré muy clarito: quiero un chalet, una paga para mí y otra para el niño durante toda la vida. Démenlo y no volverán a verme nunca.

«Sinvergüenza, sinvergüenza. .», pensaba Estíbaliz.

—¿Por qué no se lo pide a él?

La joven entrecerró los ojos con maldad para decir:

—Porque si se lo digo a él, le pediré que reconozca a su hijo y entonces la mitad de su herencia será de mi hijo, la misma mitad que perderá el suyo, ¿le ha quedado claro?

—Como el agua cristalina. Déjeme un número de teléfono y unos días para que lo piense. La amaré —dijo mientras se levantaba y con la mano le indicaba que saliera.

La joven dejó sobre la mesa su número anotado junto a su nombre en un trozo de papel.

—Tiene una semana para pensarlo —dijo en son de amenaza y salió sintiéndose aliviada por haber terminado con aquella situación, convencida de que se saldría con la suya. Si bien no había dinero que limpiara las porquerías a las que aquel tío la había sometido, al menos sus padres, su novio y ella vivirían en un buen chalet y no tendrían que trabajar nunca más en la vida.

Aquel a noche Estíbaliz esperó a Alberto despierta. No llegó tarde ni había bebido demasiado, así que pudo contarle lo sucedido. Él la escuchaba entre contrariado y divertido:

—La muy zorra... ¿No la habrás creído, verdad?

—No te he dicho esto para que te disculpes ni para saber la verdad, sólo quiero saber qué chalet tienes lo más lejos posible de aquí y qué sueldo se le puede dar.

Él la miró incrédulo y divertido.

—¿Eh...? ¿Pero qué dices? ¿No estarás hablando en serio, verdad?

—Estoy hablando muy en serio. Quiero mandarla muy lejos de aquí y no volver a saber de ella ni de su hijo nunca más.

—Pero, no seas tonta. Si quieres, le exijo una prueba de paternidad.

A Estíbaliz le dio un vuelco el corazón.

—No, no quiero que le exijas nada. Sólo quiero darle lo que pide y no verla nunca más.

Aquel momento de pánico que habían reflejado sus ojos hizo que Alberto tuviera una erección. Aquella mujer aún era muy hermosa y la

única a la que realmente él había amado.

Lo vio acercarse. Con el brazo izquierdo le rodeó la cintura y con la mano derecha la agarró del moño que llevaba recogido, estirándole la cabeza hacia atrás. Su larga garganta se tensó arqueada dificultándole el tragar. Él acercó su boca y succionó, notando cómo su piel se hinchaba dentro de su boca. Le mordió. Notó en su cuello el gesto de dolor y adivinó la expresión de miedo. Su erección aumentó al notar el sabor a sangre en la boca. La soltó para desabrocharse el pantalón y ella aprovechó para suplicar:

—¿Te encargarás de la chica?

—Claro que sí. No te preocupes, me encargaré de la chica, me encargaré de ti, me encargaré de todo. —Y la atrajo de nuevo hacia él.

A la mañana siguiente Alberto y su secretaria tomaron el avión privado. Durante los meses que llevaba trabajando para él lo habían hecho en varias ocasiones: viajaban a otras provincias o a otros países. A ella no le extrañó, sólo que no lo tenían previsto. Cuando el avión despegó ella quiso saber adónde se dirigían esta vez, pero él no le respondió. La miró; estaban sentados el uno frente al otro.

—Me dijo Estíbaliz que estuviste hablando con ella.

La joven se descompuso atemorizada. Él le tomó las pálidas manos y

las besó con dulzura mientras preguntaba:

—¿Es cierto que estás embarazada?

—Sí —respondió quedamente.

—Bien, no te preocupes, yo me encargaré de todo. Así que ¿quieres un chalet?

—El piso de mis padres es muy pequeño; no hay sitio para el niño.

Necesitaremos algo más grande. Si he de cuidarlo, no podré trabajar y .

—Hablaba con un hilo de voz.

—Está bien, pero no podré regalártelo. ¿Tienes algo de dinero?

—No.

—¿Y tus padres?

—No,

—Pero tienen un piso, ¿no?

—Sí, pero su valor nunca alcanzaría para un chalet.

—De eso no te preocupes. Inflaremos el precio del piso y ofertaremos

el chalet. Además pondremos que me das una cantidad en efectivo.

Llama a tus padres, diles que pasaran a recogerlos para ver el chalet, que

cojan la escritura del piso y si el chalet les gusta, se lo cambiamos por el piso. El dinero que falte, diremos que me lo has dado en efectivo.

Seguía besándole las manos con dulzura. El a se había relejado, dándose cuenta del poder que ahora tenía sobre aquel hombre. Sí, quedarse embarazada había sido lo mejor. Su posición había cambiado: ahora era la madre del hijo de aquel hombre. Llamó a sus padres y les avisó de lo que tenían que hacer. Él llamó a un empleado y dio instrucciones de qué chalet tenían que ver cuando recogieran a las personas que lo esperaban en la dirección que les había dictado. Si les gustaba la propiedad, tenían que valorar el piso de el os por mucho más de lo que valía y ofertar el chalet por menos. Después tenían que l amarle para informarle de cuánto tenían que pagar en efectivo. Una hora después l amaron para informarle que aun así tendrían que darle cierta cantidad de mil ones de pesetas en efectivo.

—Está bien, me los están dando en este momento —dijo mientras volvía a besar las manos de la joven, que estaba radiante de felicidad.

—Pásame con los señores —ordenó y le tendió el teléfono a la joven para que pudiera hablar con sus padres y le explicaran cómo era el chalet. Explicar el estado de exaltación y regocijo de la joven sería difícil hasta para ella misma.

Alberto la miraba complacido:

—Diles que ahora los llevarán al notario para firmar las escrituras.

El a se lo comunicó.

Alberto le hizo señas para que le devolviera el teléfono:

—Pásame con mi empleado.

El a se despidió de sus padres y les pidió que se pusiera de nuevo el agente que los acompañaba, quien recibió ordenes de Alberto:

—Llévalos a la notaria de Eduardo y que formalice las escrituras. Yo mandaré a mi apoderado para que firme. Y dile a Eduardo que no los haga esperar; tendrán prisa por comenzar la mudanza y yo quiero comenzar la reforma del piso cuanto antes.

Aterrizaron en Londres y tomaron un taxi. Alberto le pasó al taxista una tarjeta con la dirección a la que se dirigían. El a apoyó la cabeza en su hombro; él le beso el pelo. De pronto el a dijo:

—Necesitaré ropa especial.

Le besó el pelo de nuevo.

— *Chisss...* No quiero que te preocupes por nada.

La joven se acurrucó complacida en su brazo.

Cuando llegaron al destino, se apeó mientras Alberto pagaba al taxista.

Miró los edificios. No había nada que le indicase adónde se dirigían, no vio ningún hotel, ni empresa, ni restaurante, que eran los sitios donde normalmente Alberto se encontraba con posibles clientes. Tomándola por la cintura la dirigió hacia el edificio de enfrente.

—¿Vamos aquí? —preguntó extrañada.

—Sí.

Llamó al número uno. La puerta se abrió al cabo de un momento y subieron al primer piso a pie por la escalera. La puerta parecía de una vivienda particular, pero la abrió una mujer con uniforme blanco que los invitó a pasar. Detrás de un mostrador una joven también uniformada de blanco saludó a Alberto, quien intercambió con ella unas palabras en perfecto inglés. Los invitó a sentarse en la sala de espera.

—¿Esto es una consulta médica? —preguntó sorprendida mientras tomaba asiento.

—Van a ser tus médicos —anunció—. No permitiré que nadie en Madrid comente nada sobre ti. Vendremos cada vez que haga falta. Aquí tenemos todas las garantías, son los mejores.

—Pero yo no quiero venir aquí —trató de protestar mientras una

nueva enfermera le tendía una carpeta con un documento que debía firmar.

—Son los datos para tu ficha médica. Debes firmar —le animaba Alberto solícito.

—Pero, Alberto... —protestó como una niña mimada.

—No seas tonta. Aprovecharemos las visitas para pasear por la ciudad sin temer quién pueda vernos.

El a firmó mientras seguía protestando como una niña. La enfermera les indicó que la siguieran. Le tomaron muestras de sangre, la tensión y le practicaron un electro. El a se sentía molesta y algo nerviosa. ¿Qué

significaban todas aquellas pruebas? ¿Y si resultaba que Alberto no era el padre, sino su novio, como el a le había hecho creer a éste? Esperaba que ninguna de las pruebas a las que la estaban sometiendo pudiera arrojar luz sobre ese asunto, aunque a aquellas horas sus padres ya debían de ser los dueños de un buen chalet en una población cercana a Madrid y eso ya no se lo podría quitar. Después vendría todo lo demás.

La enfermera le dio un comprimido con un vaso de agua.

—¿Qué es esto? —Dirigió la pregunta a Alberto y éste, a su vez, la dirigió a la enfermera.

El a respondió mientras sonreía y Alberto tradujo:

—Es un relajante. Dicen que estás muy tensa. Tienes que relajarte para que te reconozcan.

—¿Van a reconocerme? —preguntó alarmada—. No quiero que me veas en esa situación. —Se tragó el comprimido y le devolvió el vaso a la enfermera.

—No seas tonta. Tendré que ir acostumbrándome.

La besó en la frente. La joven estaba tensa y contrariada.

—Por favor, Alberto —suplicó—. Yo también tendré que acostumbrarme, pero que no sea hoy.

—Está bien. Cuando llegue el momento, saldré, pero sólo por esta vez.

La enfermera, que había desaparecido con el vaso vacío, reapareció al cabo de unos minutos y les pidió que la siguieran. La joven se mareó al levantarse para seguirla y una oleada de calor recorrió su cuerpo. La enfermera les introdujo en una habitación. En el centro de ésta una camilla tipo potro con estribos esperaba bajo un foco que aún estaba apagado. La enfermera señaló un biombo y, con la misma sonrisa tonta

de antes, le dijo algo que Alberto se encargó de traducir:

—Tienes que desnudarte y ponerte una bata que encontrarás dentro de una bolsa.

—¿Del todo? —protestó.

Alberto subió los hombros dando a entender que al í las cosas serían así. El a desapareció detrás del biombo. Un minuto después volvió a protestar:

—No quiero que me veas con esta apariencia.

Cada vez se sentía más mareada; tenía la impresión de que se debilitaba por momentos.

—Pero tendré que traducirte lo que te digan —argumentaba divertido ante su comportamiento infantil.

—Está bien, pero no mires.

Mientras estaba al í había oído entrar a alguien que saludaba a Alberto e intercambiaba con él unas palabras. Al salir vio que se trataba del doctor. Era un hombre joven alto y de piel sonrosada traslucida, que le sonreía con jovialidad. Se sentía tan mareada que, por un momento, todo

se oscureció a su alrededor. La enfermera, solícita, la aguantó por la cintura y, cogiéndola de un brazo, la acompañó hasta el potro, mientras le decía palabras llenas de ánimo y cariño que ella no entendía. El doctor seguía hablando con Alberto. Se dio cuenta de que la enfermera le estaba poniendo un goteo, pero se sentía tan debilitada que sólo pudo mirar a Alberto suplicante. Él le sonrió:

—Pronto te sentirás mejor.

Ella lo escuchó muy lejos.

Cuando despertó, tardó unos minutos en recordar qué había pasado, pero se dio cuenta de que estaba en la habitación de un hospital. El goteo seguía introduciendo el precioso líquido en sus venas. Alberto, de espaldas a ella, estaba pendiente de la pantalla de su portátil.

—¿Qué ha pasado?

Su voz sonó débil, a pesar del esfuerzo que le costó el pronunciar esas pocas palabras. Alberto se demoró aún un momento en prestarle atención. Se acercó, la besó en la frente y pasó sus dedos por su pelo.

—Amor mío, lo siento, no estás embarazada —anunció.

Ella lo miró perpleja y desconfiada.

—Las pruebas me dieron positivo.

—Estás sangrando. De todas formas el doctor te ha reconocido y

pasará a decirnos algo.

Dos hilos de lágrimas se precipitaron hacia sus sienas. Él intentó besarla de nuevo, pero ella le giró la cara, así que volvió al ordenador. Ya se le pasaría.

Lo sabía, lo había intuido desde el principio: aquel cerdo le había hecho abortar, pero no se saldría con la suya. Se quedaría nuevamente en estado y esta vez esperaría, pediría pruebas de paternidad y exigiría la

mitad de todos sus bienes. ¡Maldito viejo asqueroso! No podía dejar de llorar.

En el viaje de regreso, Alberto le sugirió que se tomara unos días de descanso, así podía dedicarse a amueblar su nueva casa. La joven tenía la sensación de estar sumergida en un pozo muy hondo, donde las palabras de Alberto apenas podían llegar. Tenía que esforzarse mucho para estar atenta.

—No puedo amueblarla, no tengo dinero.

—Fináncialo, tienes una buena nómina. Sabes que yo tengo que justificar todos mis gastos frente a la empresa, pero es más fácil justificar

pequeñas cantidades mensuales que grandes.

Los siguientes días la joven se dedicó a trasladar desde el piso que sus padres habían vendido a Alberto todo aquel o que les podía aprovechar.

En dos días habían vaciado el piso y entregado las llaves. Después de el o, mientras sus padres ponían orden a todo aquel o, el a se dedicó a comprar muebles de terraza, muebles de salón, cortinas, objetos de decoración y demás cosas que el a consideraba imprescindibles. Gastó todo el crédito que le financiaron con su nómina y que tendría que pagar durante cinco años. Le daban escalofríos de repugnancia si pensaba que tenía que aguantar a aquel viejo asqueroso durante cinco años más, pero después sonrió con satisfacción pensando que, cuando se quedase embarazada y demostrase que era su hijo, ya no permitiría que le tocara y sería inmensamente rica.

Durante los siguientes días él la l amó interesándose por su salud. El a, diez días después, pudo decirle que ya había terminado con las compras, pero que aún no lo tenía todo en la casa. Alberto la tranquilizó: podía tomarse todo el tiempo que hiciera falta, pero tenía ganas de verla, así que la citó en su despacho a la mañana siguiente a la una y media de la tarde. Cuando l egó y él le pidió que cerrase la puerta, sintió deseos de salir de al í corriendo, pero cerró y se sentó frente a él. Le dijo que estaba más

guapa que nunca, pero ella se sintió incómoda. Le preguntó por el chalet y, conforme él le iba contando y explicando, se iba animando. Se relajó, estaba alegre y feliz de vivir allí. Él estaba complacido de verla tan animada. Después hablaron de los muebles que había comprado.

—Me dijeron que tardarían tres meses, pero yo argumenté que los necesitaba para ya y que si no me los servían, anulaba la compra, así que me los servirán la próxima semana.

—¿Y el seguro? ¿Te has encargado del seguro de hogar?

—Aún no —reconoció él—. Primero quiero terminar de amueblarlo.

—Está bien. No te preocupes por el seguro, ya me encargo yo.

Se dirigió hacia ella, la tomó por las manos y la levantó de la butaca.

Comenzó a desabrocharle los botones de la blusa; ella lo abrazó apoyando la cara en su hombro para que no le viera la cara y pudiera notar la repulsión que sentía. Pensó que, cuanto antes se quedara embarazada mejor. Pero aquel día él no la penetró y se satisfizo de la manera que ella a él más repulsión le causaba. Pasó el resto del día

carraspeando la garganta y escupiendo.

Pasaron otras dos semanas y aún no había vuelto a su puesto de trabajo. Finalmente pudo informarle de que ya tenía todos los muebles organizados. Él le pidió que mandara al día siguiente a sus padres lejos con algún pretexto y que no volvieran hasta la noche, así él podría acercarse para ver cómo había quedado todo.

Llegó al chalet que ahora pertenecía a los padres de la joven sobre las once. Estaba en una urbanización a las afueras de la zona este de Madrid. Era un lugar tranquilo y la vivienda en cuestión estaba en una zona discreta. Se accedía a ella por una calle privada de unos veinticinco metros de largo y unos tres de ancho, que se ensanchaba al final en una especie de plazoleta y que permitía el estacionamiento de algún coche sin que fuese visto desde la calle que daba acceso a la entrada del chalet. Las parcelas colindantes estaban protegidas por altos muros vegetales, lo cual daba a la zona una agradable sensación de privacidad. La vivienda era una pequeña casa de ciento cuarenta metros cuadrados repartidos en dos plantas, más un garaje de dos plazas. Alberto sonrió con maldad pensando que aquello a la joven le parecía un palacio. Había amueblado la vivienda con muebles vistosos y de estilo moderno, pero exentos de calidad. Él presumía por que la decoración era cosa de ella, pero allí sólo

había muebles arrimados a las paredes, láminas enmarcadas con pésimo gusto y objetos sin ningún valor. En el garaje, adosado a la cocina, se amontonaban cajas con ropas y zapatos traídos desde el viejo piso que aún no habían encontrado su sitio en ningún armario, amén de muebles viejos y enseres. Tenía prisa por largarse de allí. Le dijo que tenía que solucionar algo urgente en el despacho y que la vería allí.

Conducía por la avenida principal de la urbanización y en sentido contrario un hombre con gorra de béisbol vestido con chándal, cuya sudadera le cubría el cuello subido, de manera que no pudo saber si era joven o mayor aunque tenía porte atlético, montaba en una bicicleta color azul, al igual que la deslucida mochila que cargaba a su espalda. No lo conocía, pero supo quién era y lo que iba a hacer. Miró por el retrovisor y vio que él la conducía a pocos metros tras él. Alberto aparcó en el sótano de su empresa; ella dio un par de vueltas hasta que encontró aparcamiento, sacó el tique de zona azul, lo dejó sobre el salpicadero de su coche y anduvo hasta lo que había sido su trabajo.

Su mesa estaba ocupada por una nueva joven que le anunció a Alberto

que ella estaba al í. Tuvo que esperar unos minutos. Finalmente el despacho de Alberto se abrió y éste la invitó a pasar. Cerró la puerta tras el a.

—¿Has visto? He tenido que contratar a una persona para tu puesto.

El a estaba desconcertada.

—¿Y yo? ¿Cuál será ahora mi puesto?

—No puedes estar aquí. Estíbaliz está muy recelosa desde que hablaste con el a. Me está causando muchos problemas —mintió—.

Nunca vuelvas a hablar con el a de nada. —Fue como una amenaza—.

No sabes lo perversa que puede ser una mujer celosa.

—Pero entonces. . ¿cuál será mi puesto? —le interrumpió hablándole con sequedad.

Él se sintió molesto. ¿Quién se creía la niñata aquel a que era para hablarle así? Deseó lastimarla, pero se contuvo. Todo a su debido tiempo.

—Te contrataré en otra de las empresas.

—Pero entonces no nos podremos ver —protestó como una niña mimada acercándose a él y acariciándole la cara.

—Quieta, fierecil a, que no hemos echado el cerrojo. No tendrás que ir al trabajo, sólo estarás en nómina y pendiente todo el día de mí. Ni siquiera pensarás en otra cosa.

Complacido, se apartó de ella, sentándose en su butaca, tendiéndole un documento y un bolígrafo.

—Ahora, sólo tienes que decirme en qué empresa quieres estar de alta y firmarme el finiquito en ésta.

A la joven aquel o no le olía bien, pero no podía hacer otra cosa. Tomó el bolígrafo y firmó. Trató de ponerse cariñosa, pero Alberto tenía cosas que hacer. Le dijo que le esperara en un restaurante de las afueras de Madrid y que fuera encargando la comida para que, cuando él llegara, ya estuvieran apunto de servir y no tuvieran que esperar. Antes de salir, volvió a repetirle que nunca, nunca tenía que volver a ver a Estíbaliz, puesto que eso le crearía muchos problemas.

Eran las dos del mediodía. Hacía dos horas que habían salido de la urbanización. Mientras llegaba al coche y conducía hasta el restaurante que le había indicado Alberto, pasaría casi otra hora. Estaba contrariada.

Ella pensaba que comerían en el chalet. Había preparado un estofado la noche anterior con la intención de lucirse y aquella mañana sus padres habían salido pronto para pasar el día en casa de su tía, sabiendo que no

tenían que volver antes de las nueve de la noche. Y todo ¿para qué, para comer en un restaurante de las afueras procurando que nadie los viera? En cuanto a la maldita Estíbaliz, no volvería a verla. Se daba cuenta de que había cometido un error y que hubiese sido mejor hablar con Alberto, pero lo cierto es que hasta que supo que estaba embarazada, él sólo había sido para él un objeto. Sólo cuando supo de su embarazo la trató como a una princesita, con cariño y deferencia. Pero entonces. . ¿por qué la había hecho abortar? Tal vez fuera para que la maldita Estíbaliz estuviera tranquila, igual que el despido y el que la tuviera que ser contratada por otra empresa era por culpa de esa mujer. Sí, hubiese sido mejor confesarle el embarazo a él en vista de su reacción, aunque nunca hubiese podido imaginar que Alberto podría reaccionar así y a la vez ser tan cariñoso. Pero. . ¿por qué la había hecho abortar? Sacudió la cabeza para no pensar más en ello, aunque sabía que no lo conseguiría.

Puso el coche en marcha. El tráfico en Madrid siempre era denso, pero a aquellas horas todavía lo era más. La gente conducía con prisas, los peatones esperaban impacientes a que los semáforos se pusieran verdes, a lo lejos se oía la sirena de los bomberos, los bares comenzaban a llenarse. .

A las tres y media continuaba esperando, pero por algún motivo supo

que no vendría. No podía llamarlo puesto que ningún empleado conocía el número de su móvil. Tuvieron que dar las cuatro para poder llamar al despacho, pero le dijeron que no estaba y que no lo esperaban aquella tarde. Los que habían sido sus compañeros le hablaban con desdén: supo que no tenía que volver a llamarlo y que tendría que esperar a que él la

llamara. Estaba ofendida, deprimida y hambrienta. Se marchó y buscó un bar. Pidió un café con leche y una ensaimada, sintiéndose mejor. Después condujo en dirección a su casa. Cuando llegaba a la urbanización, se coló al interior de su coche un nauseabundo olor a humo y cenizas mojadas.

Su preciosa casa con todas sus pertenencias había ardido. No tenía seguro, había contraído una deuda por cinco años y había firmado un finiquito cuyo importe no había cobrado.

Fue una noche horrible. Tuvo que ser atendida por crisis nerviosa.

A la mañana siguiente fue a la empresa donde había trabajado para ver a Alberto y contarle lo sucedido, pero el seguridad dijo que tenía orden de no dejarla pasar y que si armaba jaleo tendría que llamar a la Policía. Se alejó evaluando qué podía hacer. No conocía la dirección de la clínica de

Londres. Además, seguramente lo que firmó fue una autorización para que le practicasen un aborto. El piso de sus padres pertenecía a Alberto. La habían despedido por ausentismo laboral y ella había firmado dando su conformidad. Tenía una deuda que no podía pagar y una casa en ruinas que no podía reedificar, porque no tenía dinero.

Se marchó y nunca más se supo de él ni de sus padres.

Dos días después de recibir la visita de la joven tratando de extorsionarla, Estíbaliz supo que era falso que la muchacha estuviese embarazada y que había sido despedida.

Descolgó.

—Buenos días, padre Vicente. ¿Cómo estás? ¿A qué debo el placer de tu llamada?

Rafael se sentía complacido de recibir la llamada de aquel buen hombre.

—Rafael, muchacho, ¡qué placer oírte! ¿Y Gloria? ¿Cómo está?

—Está bien. Un poco cansada; ya sabes que el pasado fin de semana viajamos a Valencia. Está toda la semana trabajando y mañana salimos para allá de nuevo. —Hizo una pausa—. Mi madre quiere decirme algo de mi padre. ¿Tú sabes algo de ese asunto?

Rafael siempre se debatió con la idea de que su padre fuese el padre

Vicente, al tiempo que pensaba que eso era lo más improbable del mundo. Pero el comportamiento que el sacerdote tenía para con él daba pie para pensar en el o. Claro que igual comportamiento tenía con Eugenio y eso echaba por tierra esa absurda suposición. Cuando él y

Eugenio acordaron, en plena adolescencia, preguntarle al sacerdote sobre su padre, su respuesta fue la de siempre.

—Yo no conocí a tu padre, sólo sé lo que tu madre me cuenta, pero lo importante es no centrarnos en las cosas de las que carecemos, sino en las que tenemos, y tú tienes una madre muy buena, muy valiente, que te quiere mucho y se merece todo tu respeto.

—Pero nunca me cuenta nada de él —protestaba Rafael.

—Eran muy jóvenes, hace mucho tiempo y desde entonces tu madre ha tenido que trabajar mucho. Sus recuerdos sólo se centran en el amor que se tenían y gracias a ese amor tu viniste al mundo; fue una relación que valió la pena.

—Pero a mí me gustaría saber cosas de él.

—Entonces estás en tu derecho de preguntarle, pero sé considerado

con ella. Piensa que puedes despertar en el a el dolor de su ausencia.

De esta manera ni su madre ni el padre Vicente pudieron satisfacer nunca su deseo de conocer detalles sobre su padre. Y ahora, cuando él ya no sentía ninguna necesidad de ello, su madre tenía algo que decirle, y además con urgencia.

—Lo único que sé es que a tu madre no le apetece remover el pasado.

Debes ser muy comprensivo con ella. —Lo dijo en tono reverente, dejando a Rafael totalmente confundido.

—Si pretendías explicarme algo u orientarme de alguna manera, no lo has logrado. ¿Quieres hacer el favor de decirme qué está sucediendo? —exigió severo.

El sacerdote se dio cuenta de golpe de que ya no estaba hablando con un muchacho. Rafael era un hombre y, como tal, se dirigía a él de igual a igual, exigiéndole claridad. Se arrepintió de haberlo amado, puesto que sólo podía enredar más las cosas.

—Lo siento, Rafael, no tengo autorización.

Rafael perdió los estribos.

—¿Autorización? ¿Desde cuándo alguien te tiene que dar autorización para decirme algo? ¿Qué sucede? ¿Os habéis vuelto todos locos o es que pretendéis volverme loco a mí?

El sacerdote pensó que Rafael tenía razón, pero no podía pasar por alto a Carmen, quien le dijo que él personalmente se lo diría y sólo

cuando Rafael estuviera delante de ella para poder responder a las preguntas que su hijo deseara hacerle.

—Rafael, te diré una cosa, sólo una cosa, y piensa que para tu madre ha sido muy traumático después de tantos años. —Titubeó como si no quisiera seguir adelante.

—¿El qué? ¿Qué es lo que ha sido tan traumático? —apremió levantando la voz con impaciencia.

Silencio. Cerró los ojos y después de unos segundos escuchó:

—Tu madre ha conocido a la familia de tu padre.

Tardó unos segundos en reaccionar.

La familia de su padre. Nunca había pensado en eso. Desde pequeño dio por hecho que si su padre había muerto, también estarían muertos sus abuelos. Lo cierto es que nunca pensó en nadie más que en su padre, y ahora resultaba que había alguien más. ¿Tendría su padre hermanos? Y si fuera así, ¿era eso motivo para tanto revuelo?

—¿Y para que me diga eso tengo que ir hasta Valencia? —El desconcierto era mayor que el enfado.

—Para ella está siendo una situación muy difícil.

—Está bien, está bien. No quiero darle más vueltas. Iré a Valencia y que me diga lo que me tenga que decir —aceptó resignado sin dar crédito a que las cosas fuesen así.

Capítulo XVIII

Eran las doce cuando llegó a su casa. Sabía que, como todos los miércoles, el jardinero estaría pululando por allí. Presionó el mando a distancia y la cancela comenzó a abrirse. Lo vio recortando el césped de alrededor de la piscina. Se apeó del coche, lo saludó con la mano, ya que

el ruido del cortacésped impedía que se escucharan sus voces, aunque sólo los separaban unos pocos metros de distancia. Se dirigió hacia la casa, pero se detuvo porque un paquete encima de la mesa del jardín reclamó su atención.

El cortacésped enmudeció y el jardinero le dijo:

—La señora de la inmobiliaria trajo ese paquete para usted hace un rato.

Cuando se volvió para darle las gracias, él ya había puesto nuevamente el cortacésped en marcha y no pudo escuchar su voz, pero con un gesto de la cabeza le hizo saber que sabía que le había dado las gracias.

Entró en la casa con el paquete en las manos. Era una caja como de botas forrada con un antiguo papel de regalo y atada con un cordón de algodón trenzado con tres colores —rojo, amarillo y verde— deslucidos por los muchos años y el polvo acumulado. Desató el cordón y, en los espacios que habían quedado ocultos en los pliegues de nudo, descubrió el brillo de los colores originales; también los colores del papel que envolvía la caja lucían más vivos en su interior. La caja contenía fotografías de Curro de su época del servicio militar en el Sáhara, insignias, una gorra, una pulsera que tenía grabado su nombre junto al de Curro y varios blocs, —al hojearlos, se dio cuenta de que eran una especie

de diario—, así como algunas cartas. Se sintió vulnerable; deseaba curiosear todo aquello, conocer la vida de Curro, pero sabía que no tenía ningún derecho a tener aquel tesoro entre sus manos y, desde luego, no comprendía para qué puñetas Luisa le había mandado aquello.

Algunas fotos eran pequeñas, en blanco y negro, y otras, un poco más grandes en color. Al ver al Curro de entonces, Carmen apercibió que sí habían cambiado. Las fotos le mostraron el rostro del joven, casi un niño demasiado delgado del que ella estuvo enamorada; ahora se había convertido en un apuesto caballero más atractivo que en su juventud.

Recordó que el día que Luisa propició su encuentro, él se pensó que estaba igual que cuando eran novios, en cambio ahora que tenía una imagen suya de entonces entre sus manos, podía comprobar los años que habían pasado. Aunque, para decir verdad, en el caso de Curro el tiempo le había beneficiado, puesto que estaba mucho más atractivo.

En algunas de las fotos también reconoció a Juan. Eran las típicas fotos de los jóvenes haciendo el servicio militar: en una Curro y otros dos jóvenes posaban sosteniendo un pez de grandísimas dimensiones a orilla

de una playa, en otra Curro y Juan aparecían en lo que parecían unos lavaderos haciendo la colada. Ambos mostraban sus calzones a la cámara con una amplia sonrisa. En algunas Curro aparecía junto a otros jóvenes en pantalón corto y con camisa sin mangas; en otras estaban dando cuenta de un buen festín a base de salchichones y otras viandas. Las barbas descuidadas, la indumentaria informal y el aspecto desaliñado de sus pelos no tenían nada que ver con lo que Carmen conocía del ejército en la península; parecía como si fuesen un ejército de otro país. Una de las fotos en color mostraba un grupo de jóvenes que posaban con grandes puros en sus bocas y botellas de cava en las manos; todos lucían amplias sonrisas y al fondo se distinguían adornos navideños. Carmen imaginó la celebración, las risotadas de los jóvenes que tratarían de acalorar con aquel jarana la nostalgia de sus familias, amigos y novias. . En el reverso de la foto había una fecha que la impactó: Curro estaba brindando con cava el mismo día que ella supo de la muerte de su padre. Impresionada se sentó en una butaca, incapaz de mantenerse de pie apoyó las manos que aún sostenían la fotografía en su regazo. Su mirada se perdió por unos momentos. Después, abandonando la fotografía sobre su regazo, se cubrió la cara con ambas manos y lloró. Lloró por la pérdida de su padre, lloró por la jovialidad que Curro mostraba en la fotografía, lloró porque

Rafael nunca había tenido padre ni abuelo, l oró por lo que ella sufrió aquel día, l oró por la vergüenza de haberse entregado nuevamente a él y por el dolor causado a Luisa, y sobre todo l oró porque se sentía desvalida, sin fuerzas para decirle a su hijo lo que tenía que saber y porque no comprendía cómo algo que había pasado hacía tantos años se

presentaba de pronto como algo nuevo, zarandeando la vida de quienes no tuvieron que ver nada con ello. Sintió compasión por Luisa, por Nayara y por Rafael convulsionándose por el l anto. Después de unos minutos, el l anto remitió dejándola agotada. Devolvió las fotos a su lugar y miró el remite de algunas de las cartas: cinco de ellas eran de su antigua amiga Ana; estaban ordenadas por fechas. La primera, de apenas poco más de un mes después de llegar ella a Madrid, parecía la respuesta a alguna carta que Curro le debía de haber mandado, pidiéndole que cuando ella regresara, se lo hiciera saber y le confirmara que la amaba. Pues Ana escribía desde una sentida emoción, aconsejándole que se cuidara y que no desesperara, puesto que el a sabía que Carmen lo amaba a él tanto como él decía en su anterior carta que la amaba a el a, y que no

se preocupara, que tan pronto como tuviera alguna noticia de él, se lo haría saber. Decía que, cada vez que lo recordaba llorando el día que supo que Carmen se había ido, se le rompía el corazón, y que para unos seres que se amaban tanto como ellos era imposible que estar mucho tiempo separados, así que sólo era cuestión de tiempo. Por lo tanto lo más importante era que él se cuidara para poder estar en condiciones cuando ella volviera.

Carmen comenzó a llorar de nuevo recordando aquel tierno amor juvenil. Dobló de nuevo la carta con cuidado, pues los años habían resecaado el papel.

Había una segunda carta más o menos en los mismos términos, en donde Ana le decía que podía escribirle tantas veces como quisiera. Una tercera carta le comunicaba que el padre de Carmen había muerto en un accidente de tráfico. Le comentaba lo que la gente del pueblo comentaba al respecto y lo que ella pensaba de todo aquel asunto. Lo seguía animando a que se cuidara y a que siguiera confiando en Carmen —quien era fuerte y sensata—, puesto que ella estaba segura de que volvería a su casa tal como las golondrinas volvían, irremediabilmente, a sus mismos nidos todos los años. La cuarta carta le rogaba que le escribiera, puesto que estaba muy preocupada por no tener noticias de él, lo que le dio a

entender a Carmen que Curro no respondió a la noticia del fallecimiento de su padre, seguramente porque estaría demasiado dolido ya que su padre y Curro se tenían un afecto sincero. Los ojos le ardían, pero ya no le quedaban lágrimas en los ojos. Su corazón, sin embargo, se desgarraba sintiéndose culpable de haber desencadenado todo aquel cúmulo de despropósitos y haber roto todas aquellas hermosas relaciones. Una

quinta carta de Ana le daba a conocer una nueva dirección a la que su familia se había mudado en un pueblo vecino.

También había unas cuantas cartas de la madre de Curro. En la primera le recriminaba la decisión que había tomado de ir al Sáhara. Estaba segura de que se arrepentiría de esa decisión, pero así aprendería a pensar con la cabeza. Las demás cartas eran más humanas: le aconsejaba que se cuidase y que pasara desapercibido de los mandos: «No te hagas notar ni para bien ni para mal», repetía hasta la saciedad. Se quejaba de sus pocas y escuetas cartas, cosa que extrañó a Carmen, puesto que Curro siempre había mantenido una muy buena relación con su madre, de quien estaba muy encariñado, lo cual a él siempre le molestó mientras fue su

novia. Algo que también repetía en todas las misivas era los recuerdos de Manolita, la hija del alcalde.

Carmen no tenía ni idea de quién era aquella Manolita, pero seguro que era una persona muy allegada a ellos para que, en todas las cartas, le mandaran sus recuerdos y recados de una manera tan explícita. En una de ellas decía:

Manolita, la hija del alcalde, siempre pregunta por ti. Dice que le gustaría mucho que le contaras cosas del Sáhara y que le mandarás alguna foto de esos para que yo le he dado tu dirección para que te escriba, pero ella, recatada como ella, esperará a que tú le escribas primero. Por eso te mando su dirección, para que le mandarle alguna foto.

Carmen no tenía forma de saber si Curro le había escrito alguna vez a la tal Manolita, pero intuyó que no, puesto que no había cartas suyas y Curro seguía recibiendo noticias de ella en las de su madre.

Cuando Elvira, la madre de Curro, supo que Carmen se había fugado, trató por todos los medios que tenía a su alcance que su hijo saliera con Manolita, la hija del alcalde. Aquella sí era un buen partido para su hijo: una chica de buena familia, educada y refinada, y no aquella cabra loca con la que salía su Curro, que conducía como si fuese un hombre, trabajaba como un hombre y vestía como un hombre. Además, si se

casaba con Manolita, lo lógico era que cuando el suegro se retirara, su Curro fuese el alcalde. Pero no tuvo tiempo, porque pocos días después, su hijo partió hacia el Sáhara, disfrutando sólo de unos días de permiso. Pero Curro no sentía ni la más leve inclinación por Manolita. Le exasperaban todos aquellos tejemanejes de su madre y que la muchacha se prestara a ellos. Así que en más de una ocasión se comportó con ella

con una descortesía que revelaba la mala educación, excepto aquella noche, que era la última que pasaba en su casa antes de partir hacia el Sáhara, y que Manolita cenó con ella invitada por Elvira. Él sintió por ella un arrebato de compasión al darse cuenta de lo que la joven estaba sufriendo por él, por lo que al terminar la cena, en vez de subir a su habitación y dejarlas plantadas, se ofreció a acompañarla a su casa.

Caminaban el uno al lado del otro tratando de seguir una conversación, sin llegar a conseguirlo, por lo que se hacían silencios interminables en los que le parecía que ella estaba a punto de ponerse a llorar. Entonces se obligaba a decir algo para que ella se centrara en contestarle. Manolita llevaba un cómodo abrigo con amplios bolsillos,

pero no resguardó en el os sus manos del frío, sino que balanceaba sus brazos a lo largo de su cuerpo al andar lo más cerca posible de Curro, tratando de que su mano tropezara con la de él, con la esperanza de que así lo animaría a tomarla de la mano. Pero Curro terminó metiendo sus manos en los bolsillos traseros de sus tejanos para evitar que, finalmente, fuese el a la que lo tomara de la mano. Cuando llegaron a la puerta de su casa, Curro, a forma de despedida, le dio las gracias por haberlos acompañado en la cena y el a preguntó con los ojos brillantes de lágrimas:

—¿No vas a darme un beso de despedida?

—No, Manolita. Los besos son para mi novia. ¿Sabes que tengo novia, verdad? —Lo dijo con mucha dulzura para no herirla.

—Lo que sé es que el a se ha ido y te ha dejado.

—Se ha ido, pero no me ha dejado, y cuando vuelva nos casaremos.

—Su voz seguía siendo dulce pero sonó insegura.

El a miraba al suelo, porque si lo hubiese mirado a los ojos no hubiese podido retener sus lágrimas. Cerró los ojos y se acercó a él, temerosa de que la rechazara.

—Yo no tengo novio para quien guardar los besos, así que sí que te los puedo dar.

Lo besó en la boca con suavidad. Después dio media vuelta, abrió la

puerta de su casa y desapareció.

Él se quedó allí plantado un momento mientras asimilaba el tacto del cálido pétalo de rosa que se había deslizado por sus labios, y cerró los ojos deseando que hubiese sido Carmen quien lo hubiese besado. Su ausencia se hizo más desesperante.

Al día siguiente partió de su casa, y tres días más tarde, después de una peregrinación por algunas bases en la península, aterrizó en el Sáhara. Llegó a El Aaiún en las entrañas de un Hércules junto a otros jóvenes y un montón de mercancías, con destino a los diferentes cuarteles del Sáhara. A todos les habían dado una chapa de identificación que debían colgar del cuello con un trozo de hilo de palomar. «Menudas chapuzas», pensó Curro mientras tomaba el suyo para colgárselo, y sonrió pensando qué quedaría de aquel o en caso de incendio.

Él era el único de todos los jóvenes que ya tenía hecho el periodo de instrucción, el C. I. R., como se llamaba en la península, aunque en el Sáhara lo llamaban el B. I. R. Después de dos días en El Aaiún partió hacia su destino en un convoy en el que se hacían llegar mensualmente

los víveres y todo lo necesario para el mantenimiento de los cuarteles donde iban destinados. Al í, a pesar de que había hecho el C. I. R. en la península, tendría que asimilar la vertiginosa marcha de los legionarios. En total eran dieciocho jóvenes. Los subieron en la parte trasera de un camión habilitado para tal menester con una especie de bancos adosados a los laterales del camión, y cubierto con una lona que se suplementaba con otras dos bandas de lona para cerrar la parte trasera del camión, cuya supuesta misión era protegerlos del polvo y el calor. Pero ambos se colaban por toda rendija que les permitiera paso y, a las pocas horas, tenían la impresión de estar en una celda en el infierno, una celda que se deslizaba lenta por una carretera de asfalto reblandecido por el imponente sol y tan bacheada que los hacía saltar irremediabilmente con tanta brusquedad que no sólo se resentían sus nalgas, sino también su espalda y sus cabezas, lo cual aún desencajaba más las caras de aquellos pobres infelices, que iban acojonados de miedo y que apenas se atrevieron a decir algo en todo el largo trayecto.

Curro, al igual que los otros, estaba sudoroso y tenía el gáznate tan seco que aunque quisiera, no hubiese podido hablar. Entre salto y salto atinó a sacarse del bolsil o del pantalón una pequeña caja de pastil as de regaliz. La depositó sobre la palma de su mano izquierda ahuecada para,

cuando la destapara con la derecha, poder cerrar los dedos sobre el a y evitar que se desparramaran con los saltos. Tomó una y les ofreció a los compañeros de viaje. Las pequeñas pastil itas de regaliz en forma de rombo de color negro suavizaron sus gargantas y pareció reconfortarlos, pero aun así nadie habló en todo el trayecto.

Poco podían imaginar sus compañeros de viaje a quienes les había tocado aquel destino por suerte —o mejor dicho, por suerte mulana, como aprenderían poco después de los saharauis—, que él estaba al í por voluntad propia. Necesitaba huir de todo aquel o que le recordara a Carmen y cómo la había perdido. Necesitaba también huir de su madre, cuya presencia no soportaba desde que supo lo que le había propuesto a Carmen. Después de unos días sin que nadie supiera nada de ella, incluso había pensado que podía haber muerto, pero aun así le atormentaba el deseo de tenerla, de besarla. La suerte que el a y lo que crecía en sus entrañas habían corrido se difuminaba ante la imperiosa necesidad que tenía de su presencia. Maldecía mil veces no haberse casado tan pronto como la conoció, maldecía mil veces todo el tiempo pasado que no había

ocupado en el a y maldecía aquella existencia suya sin la perspectiva de verla el fin de semana. Por eso, cuando le ofrecieron la posibilidad de pasar dos años de mili en el Sáhara, se le antojo la mejor solución; incluso con un poco de suerte hasta le pegaban un tiro. Sonrió con melancolía cuando tuvo este pensamiento, imaginando que tanto Carmen como él morirían lejos de casa y entre extraños. Acarició la visión en la que sus espíritus se unían en un lugar apacible del cosmos como dos haces de luz que se mezclan y que es imposible volver a separar, porque no se puede saber a quién pertenece cada partícula de luz. Y así existirían como una sola masa de luz que viaja alegre y juguetona, gozando por todo el cosmos por toda la eternidad.

La caravana se detuvo por fin, y sudorosos y doloridos pudieron poner pie en tierra.

Su destino era la VII bandera del tercio Don Juan de Austria, cuyo cuartel se encontraba en la ciudad santa de los saharauis: Smara.

—Smara significa lugar de juncos —le había informado un legionario veterano tomando unas cervezas en la cantina del B. I. R. de El Aaiún. Curro pensó que aquel nombre se debería a que, seguramente, estaría ubicada en un oasis, pero el veterano lo sacó de su error comentándole que, aunque había un pequeño oasis, Smara era uno de los lugares más

inhóspitos de todo el Sáhara y que el nombre se debía a que estaba ubicada en un afluente de Saguia El Hamra y porque su fundador, quien era conocido por el Sultán Azul, plantó un palmeral, excavó pozos y comenzó a cultivar cereales cerca de la residencia que se construyó, la alcazaba. Todo hacía suponer que aquel lugar sería un lugar de descanso

para quienes acudieran a pedir consejo al Sultán Azul, quien era un gran líder y descendiente de Mahoma.

Curro fantaseó en su imaginación que de las miles de haimas que el veterano le dijo que se asentaron alrededor del Sultán Azul, salían hermosas saharauis en dirección a los pozos en busca de agua, envueltas en *melfas* multicolores que la brisa mecía. Veía a los niños correteando a la sombra de los palmerales y a los galardos hombres azules montando sus dromedarios. Y aunque el compañero veterano le explicó que todo aquel o fue destruido por los franceses, y que la alcazaba era poco más que una ruina, él razonó que sí en el Sáhara había un paraíso, ése tenía que ser Smara.

—Sí, sí, paraíso. Paraíso con harén y todo. Ya verás, ya —le repuso el

veterano con sorna al tiempo que abandonaba la cantina.

Nada más bajar del camión, estiró los brazos hacia arriba en un desperezo, después se llevó las manos a las caderas y estiró la espalda, mientras daba una vuelta sobre sí mismo para echar un vistazo a los alrededores. A pesar de que iba sudoroso, un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando miró a su alrededor. «Joder... ¿Qué es esto?»

Se podría decir que casi toda Smara eran cuarteles, a excepción de un poblado con pequeñas construcciones de barro y algunas haimas en las afueras, donde vivían los saharauis menos pudientes. Alí estaban ubicados el Regimiento Mixto de Ingenieros nº 9, la VII Bandera del tercio Don Juan De Austria 3º de la Legión, el Cuartel de Intendencia, el Cuartel de Tropas Nómadas —a quienes se conocía con el nombre de «fantasmas del desierto»— y el Cuartel de la Policía Territorial, encargada de la vigilancia de las fronteras del territorio en Fergas, además de lo que parecía un pequeño aeropuerto. Y todo eso a cientos de kilómetros de cualquier sitio; era evidente que la estrategia militar no era lo suyo. No entendía nada. ¿Y qué mierda tenía que entender, si alí no había nada? Ni palmerales, ni agricultura, ni pozos. Nada. La alcazaba era un montón de ruinas a las que nadie prestaba atención; en el peor de los barrios de la ciudad más pobre de la península las casas eran mejores que aquel o. Por

no haber no había ni gama de colores. Hasta donde alcanzaba la vista, todo era un lano cubierto de piedras negras quemadas por un sol inmenso e implacable. Decir que aquella visión fue como un jarro de agua

1 Tela que cubre totalmente a las mujeres saharauis a modo de prenda exterior

fría sería bonito e incluso útil, teniendo en cuenta las circunstancias y el lugar, pero pasado el primer escalofrío al que sucedieron otros dos o tres, le quedó una sensación de incredulidad, de lejanía, de soledad surrealista. En su mente no existían ni las dimensiones ni las coordenadas donde ubicar aquel o. Y si la ausencia y la pérdida de Carmen lo habían sumido en una tristeza desesperada, Smara lo sumía en un vacío enloquecedor. El calor del sol desdibujaba los contornos de los edificios de una sola planta con una especie de brillo ante trémulo, como si hasta los edificios se estuvieran evaporando con cada bocanada de sol que recibían. Nunca en el resto de su vida supo Curro explicar qué le sucedió aquel día a su

cuerpo, a su mente y a su alma. Sólo después de unos cuantos días supo que aquello no era una pesadilla, que aquello era real y que él estaba allí. Pero fue duro, realmente muy duro. Había cosas que no sabía encajar, como lo que vio a la mañana siguiente de su llegada a Smara. Unos cuantos hombres, cuya edad era difícil de precisar, estaban andando a cuatro patas por los patios del cuartel con una carga de veinticinco kilos atada a su espalda con cuerdas y con un pequeño saquito de tela de petate colgada al cuello, recogiendo del suelo con sus manos cualquier pequeño desperdicio, colilla, piedrecilla, cáscara de pipas y demás que depositaban en el saquito. Cuando preguntó le comentaron que eran reos de muerte o que cumplían cadena perpetua en el pelote, una especie de cárcel subterránea situada al lado de la alcazaba enfrente del cuartel. Casi todos estaban allí por delitos de sangre, pero para él aquello no tenía explicación. Ni siquiera les podían hablar. Andaban a cuatro patas como los perros, pero a los perros se les podía dar alguna palmadita en el lomo, hacer alguna caricia o jugar con ellos; en cambio a los presos ni los miraban, como si no estuviesen. Educado para respetar a los mayores, ayudar a los desfavorecidos y ser compasivo con el sufrimiento ajeno, Curro no podía soportar la humillación y el sufrimiento de aquellos hombres, ni podía entender que otros hombres los denigraran o

maltrataran. Sabía que era justo que si alguien comete un mal, pague por el o, o restituya y enmiende el mal cometido, pero aquel os hombres ni pagaban, ni restituían, ni enmendaban nada, simplemente eras humildos y maltratados para vergüenza no sólo de el os mismos, sino también de los supuestos carceleros, de quienes mandaban, de quienes obedecían y de quienes no hacían nada al respecto, como era su caso. No era posible que aquel o entrara dentro de la condición de humanos, y si no eran humanos, ¿qué eran al í?

Lo cierto es que algunos de los rostros de aquel os hombres eran más fieros que humanos. Le recordaban a las jaurías de perros en la caza del jabalí, cuando todos a tropel se abalanzaban sobre el puerco y, coreados por sus propios ladridos en la excitación de cobrar la presa, animados por el olor a sangre del bicho, retiraban sus labios para mostrar el poder de sus colmillos mientras sus bocas expulsaban espuma y el os se cegaban borrachos en la lujuria de la caza, de tal manera que ni obedecían las voces de sus amos, quienes algunas veces se vieron obligados a disparar a sus propios perros que se rehacían contra el os mismos disputándose la

pieza. Fue en una de aquellas ocasiones en que un perro se rehizo contra su dueño, que trataba de separarlo de la pieza a patadas, puesto que el animal se había cegado con el cochino y lo estaba destrozando. Los demás cazadores habían conseguido retirar sus perros, pero éste seguía tirándole denteladas al jabalí que, agonizante ya en el suelo, se defendía con embestidas de cabeza contra el perro, que recibió una patada de su dueño en plena barriga que lo hizo caer de espaldas a un par de metros con un quejido. Pero apenas su lomo dio contra el suelo, se lanzó como por un resorte, esta vez contra su dueño, lanzándole una dentelada contra la garganta que el cazador esquivó retrocediendo un paso y apartando la cabeza. Los compañeros reaccionaron prestos, evitando lo que podría haber sido una desgracia mortal y sacrificando después al animal. Aquel día entendió que aquel o no era un deporte sino una vileza, puesto que incitaban a los perros a despertar sus instintos más primarios para después robarles el premio y someterlos a golpes, así que ya no volvió a participar en una cacería.

Sí, aquellos hombres le recordaron a los perros, separados de la presa a golpes y atados en cadenas mientras seguían ladrando. Lo que no sabía era si también a éstos se les había instado a despertar su instinto animal o si habían actuado por pura maldad, pero, fuese como fuese, era

humil ante. Trató de mirar hacia arriba pero el ardiente sol le hizo volver a bajar la cabeza. ¿Cuánto tiempo podría soportar una persona a pleno sol con aquel a carga a la espalda y quemándose las rodil as y las manos cada vez que las apoyaba en el suelo? No quiso pensar más en el o. Puesto que no podía hacer nada, se esforzó por centrarse en aquel a nueva realidad, tan alejada de sus valores, y poco a poco fue centrándose en sus rutinas diarias.

En su calidad de mecánico había sido destinado a la trasportada. Tendría a su cargo el buen funcionamiento de todos los vehículos del

cuartel de la legión y, por el o, ocuparía la penúltima compañía, donde se alojaban todos los que tenían por destino oficios, bien fueran carpinteros, herreros o, como era su caso, mecánico. Ocupó la parte baja de la segunda litera de la derecha según se entraba a la compañía. Antes de llegar a su litera, y después de bajar los dos escalones de acceso a la compañía, se encontraba el armero, donde se depositaban los cetmes. Aquel o no había sido siempre así, pero, debido a que estaban viviendo un estado de excepción, en cada compañía guardaban su armamento con

su correspondiente munición. Después se encontraba la cama del cabo de la compañía; ésta no era litera y, al estar más cerca de la puerta, era la más fresca durante el día, pero también la más fría durante las noches de invierno. El techo de las compañías era abovedado, como casi la totalidad de los edificios en el Sáhara. Las compañías eran lugar de lectura, de tertulias, de juego de cartas y también desde allí se escribían las cartas a padres y novias. Pero Curro no sabía a quién escribir; no quería hacerlo a los amigos, pues no sabía qué patraña contarles, y . Carmen no estaba. ¿O tal vez habría vuelto? Se maldecía por no encontrarse en un lugar propicio por si él volvía; ¿cómo se iba a poner en contacto con él?, ¿cómo iba a saber dónde estaba? Esa inquietud, y la inmensa soledad que le embargaba, fue lo que hizo que escribiera a su madre. Pero fue una carta escasa, seca y carente de cariño. Para su madre, más que una carta, fue una venganza redactada en términos de «estoy bien, no necesito nada. Si alguien pregunta, dale mi dirección».

Después escribió a Ana. Él sí que supo de su desesperación, de su soledad, de sus deseos de encontrarse nuevamente con Carmen, del infierno que estaba pasando —pensaba que se estaba volviendo loco— y de sus repetidas súplicas de que si Carmen volvía, le escribiera. Una y otra vez le rogaba, le suplicaba, que lo avisara cuando Carmen volviera. Que

aunque había pensado que podía haber muerto, no era posible que eso hubiese sucedido porque si no, él no quería tampoco vivir. Se estaba volviendo loco. Fue una carta desesperada que sumió a Ana en un llanto interminable, y más porque nadie había vuelto a saber nada de Carmen, de manera que en su respuesta se limitó a darle ánimo y a pedirle que fuese fuerte para que, cuando él regresara, todo fuese como antes.

Cuando recibió la carta de Ana llevaba veinte días en el cuartel de Smara, veinte días en los que aún no había podido descansar en aquel horrible sitio, no sólo por las chinches, sino porque el compañero de la litera de al lado la había tomado con él, aparte de haberle robado un par

de flamantes botas que Curro había señalado con una muesca en la suela —aun así él siguió negando que fuesen las de Curro—. Además, no lo dejaba dormir y cuando Curro se echaba en la cama, el otro de vez en cuando arreaba una patada al cabecero de la litera de Curro y decía sin mirarlo:

—Valencia, no te duermas que te quemarán como a un ninot de fal a.

En la compañía había andaluces, gallegos, maños, valencianos. . y a

casi todos era posible identificarlos por su pronunciación del castellano. Pero aquel hijo de puta hablaba un castellano tan correcto que Curro no podía identificarlo por su manera de hablar y tampoco sabía por qué la tenía tomada con él por ser valenciano. Ni lo sabía, ni le importaba, ni caso que le hacía, sólo tenía que esperar a que el sueño le venciera; cuando el otro se dormía, él podía dormir. Pero aquel día sabía que no podría soportarlo, porque las lágrimas le venían una y otra vez a los ojos, así que, después de salir del comedor, se fue al taller y se tumbó detrás de un banco para que si alguien entraba, no pudiera verlo con facilidad. De esta manera pudo trabajar sin que lo importunaran hasta que se quedó dormido. Pero su sueño no fue reparador. Tuvo una pesadilla horrible. Vio a los presos del pelote andando a cuatro patas con el saco de arena cargado a la espalda y el pequeño saco colgado del cuello, en donde iban introduciendo toda pequeña suciedad que encontraban en el patio del cuartel, con sus horribles y fieras caras cruzadas en todas direcciones por profundas arrugas, con sus pelos enmarañados y sus manos encallecidas por andar a cuatro patas. Los presos formaban a derecha e izquierda dejando un pasillo por el que él andaba despreocupado comiendo un bocadillo del que se iban desprendiendo miguitas, mientras éstos, a cuatro patas, rugían como leones, aunque no se atrevían a hacerle ningún daño.

De pronto aquellos rugidos le sonaron a risas y él se dio la vuelta para ver qué provocaba aquellos «rugidos de risa». Vio que alguien a cuatro patas le seguía recogiendo con su lengua las miguitas que se le iban cayendo. Esta visión le producía repugnancia. Aquel ser de pelos enmarañados, cuyos bucles parecía conocer, levantó el rostro. . Era Carmen. Con aspecto fiero, con colmillos de león, recogía las migas con la lengua. Sus dulces manos se habían transformado en zarpas y a su espalda, en vez de un saco de arena, montaba una pequeña criatura con la misma apariencia que cualquiera de aquellos presos: la piel surcada de arrugas, aspecto fiero y una fusta con la que iba arreando a Carmen, que rugía como un león mientras de sus ojos se desprendían lágrimas. Horrorizado, él trataba de

huir corriendo de espaldas, pero se cayó y todos los presos que habían formado el pasillo se reían en un rugido infernal, burlándose de su temor, mientras Carmen rugía y lloraba desde su posición. Y él, retrocediendo y retrocediendo, tratando de huir, incapaz de redimir a Carmen de aquella condición de fiera. El corazón se le rompía en pedazos y amenazaba con saltarle por la boca, mientras seguía retrocediendo hasta que caía a una

velocidad vertiginosa en un pozo. Bajaba, bajaba y bajaba cada vez más rápido, hasta que de un salto se despertó empapado en sudor y lágrimas y con el corazón desbocado.

Lloró profusamente acurrucado detrás del banco. Después de unos minutos se enjuagó la cara con el dorso de la mano, restregó sus manos por el suelo y después se frotó con ellas la cara, tratando de que el polvo mitigara los brillos que le habían producido el llanto.

Tendría que ir al médico. Cada vez estaba más claro que se estaba volviendo loco y aunque en esos momentos se encontraba tremendamente cansado, no quería volver a dormirse ni estar otra vez solo. Anduvo a paso muy lento por el patio que le separaba de su compañía y al bajar los dos escalones, le pidió al cabo su cete para limpiarlo, algo impensable unos meses antes. Pero Curro estaba demasiado trastornado por su propia realidad personal como para reparar en detalles que él no sabía si eran normales que funcionaran de determinada forma, y se sentó sobre su cama para despiezar el arma. La única forma que tenía de retener su cordura era centrándose en algún trabajo, así que trataba de hacerlo en el despiece del arma. En la fila de literas de enfrente un joven de otra compañía tocaba la guitarra, mientras otros dos lo acompañaban con palmas, lo cual parecía recomponer el

estado de agitación en que se encontraba Curro unos minutos antes. Frotaba las diferentes piezas con el raído paño amaril o que tenía para tal uso, después montaba la baqueta con su correspondiente escobila y la introducía por el orificio del cañón, sacudiendo arriba y abajo enérgicamente. Cuando la sacaba tomaba el cañón con las dos manos, como si fuera un prismático, y guiñando el ojo izquierdo se lo acercaba al derecho, comprobando que el ánima ralada estaba immaculada, con su suave espiral, así que comenzaba a montarlo de nuevo.

En su taquilla tenía un cargador con una bala que no había disparado en las últimas prácticas y que tampoco había devuelto. Esto era una práctica bastante habitual entre algunos de ellos y les podía suponer un buen arresto en caso de que, en un registro de taquillas sorpresa, fueran

descubiertos. Introdujo la bala en el arma y se la llevó al hombro, como si el mero hecho de haber introducido una bala hiciera que el peso del arma hubiese cambiado tanto que tuviera que tantear el esfuerzo a realizar. Después apoyó el arma en sus rodillas acariciando con el índice derecho el cañón y con la palma abierta de la mano la culata. En ese momento

Le egó el hijoputa que siempre estaba metiéndose con él y fingiendo que se tropezaba, le dio una patada en el tobillo y repitió la cantinela:

—¡Valencia, que estás más quemado que un ninot!

Curro saltó como un resorte. Con su mano izquierda lo agarró por la pechera y, de un empujón, lo arrinconó entre su litera y su taquilla. La mano derecha sujetaba el arma con el dedo índice en el gatillo mientras que, con su cadera derecha, empujaba la culata, clavándole el cañón en la barriga y mirándolo a los ojos le dijo:

—Mira, hijo de puta, estoy hasta los huevos de ti. Si tú no te metes más conmigo, yo no me meteré contigo.

El otro, asustado, levantó las manos en señal de rendimiento, mientras trataba de calmarle.

—Tranquilo, tío, tranquilo.

La guitarra dejó de sonar, pues los ojos del guitarrista estaban pendientes de lo que ocurría. Curro le soltó la pechera en un gesto de desdén y volvió a sentarse sobre la cama, fijando los ojos sobre su arma y quitando la bala de la recámara, mientras el otro salió de nuevo de la compañía, cabizbajo, cruzándose a mitad del camino con el cabo, que se acercaba a Curro para advertirle que su actitud podía haberle metido en un buen lío. Curro le devolvió el cete escondiendo la bala, mientras el

guitarrista se acercó y le dijo en tono conciliador:

—Así que eres de Valencia. Yo también.

—Pues qué bien —respondió con fastidio y sin mirarlo.

—Sí, de Alzira —le informó el guitarrista ignorando el tono de su voz.

—Buen pueblo. —Su voz denotaba que no quería cháchara. Abrió la taquilla y guardó la bala, dándole la espalda.

—Bien —añadió el guitarrista, dando a entender que había recibido el mensaje—. Me llamo Juan. Ya nos veremos.

Dio media vuelta, dejó la guitarra, se despidió de sus amigos, que no se habían movido de la cama, como si cosas de esas fuesen el pan nuestro de

cada día, y salió de la compañía saludando al cabo, que se había vuelto a enfrascar en la lectura de una novela del Oeste.

Dos días después Curro fue requerido para una misión. Trató de escabullirse explicándole al comandante que los que tenían oficio no salían de campaña, pero éste, sentado detrás de la mesa de su despacho, lo miró incrédulo y, levantando la mirada pero no la cabeza, irguió su espalda en el asiento y le gritó:

—¡Posición de firmes, ar!

Curro, desconcertado, se cuadró mientras el comandante se levantaba y comenzaba a dar vueltas a su alrededor con las manos entrelazadas a la espalda. Daba los pasos muy lentos, como evaluando lo que tenía que hacer o decir, sin quitarle los ojos de encima. Curro se acojonó, no se atrevió ni a parpadear en posición de firmes, con la cabeza erguida y la mirada al frente clavada en un retrato del generalísimo Franco que colgaba de la pared presidiendo la estancia. Finalmente el comandante se plantó frente a él, apoyó sus castrenses posaderas sobre su mesa y en tono solemne y paternal comenzó su discurso:

—Mire, cabal ero, l evo muchos años en el Ejército y esto. . —Se dio unos golpecitos en el hombro donde lucían las estrel as—... Esto no lo he ganado en el casino. Conozco el reglamento y. . —En este punto alzó la voz para decir—: Sé en todo momento qué cojones tiene que hacer mi tropa, por lo que no necesito que ningún soldado me sugiera si es o no conveniente que mande a un mecánico a una misión.

Hizo una pausa. Tenía los brazos cruzados sobre su pecho y miraba con dureza al soldado, que no osó desviar la vista del generalísimo. Después de un momento, levantó el culo de la mesa, la rodeó y se sentó de nuevo en la butaca.

Era consciente de que aquel joven no era un militar, ni lo sería nunca.

No sabía qué motivos le habían empujado a unirse a la Legión. El hecho de que llevara un uniforme y que desfilara a un paso vertiginoso no lo convertiría nunca en un militar, pero era lo que había. Casi la totalidad del ejército español, exceptuando los mandos, eran jóvenes que hacían el servicio militar obligados, y para asegurarse de que cumplirían con sus deberes, pues de ello dependería en numerosas ocasiones la vida del resto de sus compañeros, los sometían a una disciplina férrea, algunas veces denigrante y humil ante. Así tenía que ser por el bien de ellos mismos, por el bien de sus compañeros y en honor a la patria. Un honor, por otro

lado, que ya se encargaban de mancillar a los políticos en Madrid, mientras algunos de sus jóvenes seguían abonando el desierto con su sangre.

«¡Maldita sea!», masculló para sus adentros compadeciéndose de aquel joven, de todos los jóvenes que pululaban por el cuartel y cuyo destino les tocó por suerte en una papeleta.

Pero allí no se podían andar con rositas, así que siguió el discurso para demostrarle quién mandaba allí:

—Lo pasaré por alto sólo por esta vez, sin que sirva de precedente y porque no quiero volver a verle en este despacho, ni aunque se le ordene comer mierda.

Curro pensó que eso era lo que comían cada día en aquel maldito sitio.

—Le diré que usted va a la misión precisamente como mecánico y porque me han informado que es el mejor mecánico de la Legión, ¿entendido?

El comandante había ido subiendo el tono poco a poco, y Curro había ido acojonándose más y más, por eso cuando quiso responder «sí, señor», le salió un gal o, dando un tono cómico a su voz.

El comandante volvió a preguntar, casi en un grito:

—¿Entendido?

—Sí, señor.

Esta vez sí que le salió firme su profunda voz varonil.

Su superior volvió a levantarse y a caminar a su alrededor. Su voz ahora parecía dirigirla a un confidente más que a un subordinado;

—Ayer hubo una incursión del Frente Polisario por la frontera de Mauritania. Atacaron a un grupo de las tropas nómadas, han tomado cinco prisioneros y han herido a varios de los nuestros que ya están de camino para ser atendidos en sanidad. En el lugar quedan diez hombres y

un Land Rover averiado. El Polisario no tiene infraestructura militar; son cuatro muertos de hambre, pero conocen cada piedra y cada grano de arena de este maldito desierto. Su misión es desestabilizarnos, haciendo prisioneros, si son nativos mejor, pues en poco tiempo los convencen para que pasen a engrosar sus filas, así pueden disponer de hombres que han sido entrenados por el Ejército español, que conocen nuestra forma de actuar y nuestros cuarteles.

No tenía sentido contarle la verdad: que habían sido los propios soldados españoles saharauis los que se habían amotinado contra sus

propios compañeros, haciéndolos prisioneros para entregarlos al Polisario.

—Una de sus prioridades es la posesión de armas, que consiguen

atacando nuestras *fergas* y robando el armamento. El vehículo averiado

contiene armamento. Su misión será llegar al í para tratar de arreglar el vehículo. Si lo consiguen, lo conducirán hasta su destino, si no, pasaran el armamento a otro vehículo. Se asegurará que el vehículo averiado no pueda ser usado por el Polisario y seguirán con la misión. El Polisario

siempre actúa de noche; surgen de improviso en mitad de nuestros campamentos como si las piedras, de repente, se transformaran en hombres. Disparan en ráfagas, causando confusión, y desaparecen de la misma forma, sin dejar rastro, pero llevándose armas y prisioneros, por lo que es fundamental que lleguéis cuanto antes y que trabajéis antes del anochecer.

Otra larga pausa para dar paso a una advertencia.

—Ni que decir tiene que esta conversación es confidencial y que ninguno de sus compañeros tiene que saber ni media palabra.

La voz del comandante sonaba ahora cansada, como la de un padre que confía parte de la hacienda a un niño que apenas puede con el peso del arado.

—¿Ha entendido?

—Sí, señor. —Su voz sonó tan firme como rígido estaba su cuerpo, pero en su mente reinaba la misma confusión que pánico sentía en sus entrañas.

Durante el tiempo que le estaba allí había oído innumerables historias de ataques del Polisario y de cómo los soldados nativos desertaban del ejército español y se unían al Polisario. No sólo desertaban, sino que se comentaba que hacían prisioneros a sus propios compañeros europeos, lo

que había propiciado una desconfianza de los unos a los otros y que se licenciara a muchos de los nativos que en otras circunstancias se habrían mantenido dentro del ejército. Pero lo cierto es que, aislado como estaba en su taller del cuartel, su estado de ánimo lo hacía rechazar la compañía de sus compañeros, por lo que solamente en las instrucciones y demás quehaceres de los que no podía escaquearse tenía una relación normalizada con ellos. En otros asuntos no les prestaba mucha atención, amén de que todo lo que allí sucedía le parecía surrealista. Así que no tenía mucha idea de lo que era la vida de un legionario, de patrulla ni a lo

que tenía que enfrentarse en sus misiones. Pero ya comenzaba a entrever que allí no se estaba haciendo la mili, sino participando en una especie de guerra no declarada.

Mientras Curro trataba de escaquearse de la misión, el capitán de transmisiones recibía una misiva de mano del cartero de los legionarios. Una vez recibida le dio el visto bueno y traspasó la orden al teniente, que se encargó de seleccionar dos operadores de radio con sus respectivos ayudantes y dos chóferes. Cada uno de ellos recibió un parte de patrulla,

donde figuraba el tipo de misión a desempeñar y el trayecto a cubrir. Uno de los operadores de radio seleccionado fue Juan; acababan de comunicarle la salida para dar apoyo a los legionarios. Las órdenes que había recibido no eran claras, eran muy escuetas. El lugar al que se dirigían no estaba tan bien definido como debiera, así que estaba algo preocupado cuando junto al resto de su equipo se presentó al teniente de los legionarios que estaba al cargo de la misión. Éste era uno de los militares más menudos que Juan conocía. Tenía la cara redonda, el pelo negro grasiento y lacio y los ojos rasgados de un oriental, por lo que le apodaban teniente Oriente.

Los caballeros legionarios eran disciplinados y valientes. Sus gestas de unión y valor eran conocidos no sólo en el Sáhara, sino en todos los cuarteles de la nación y entre los militares de muchos ejércitos de otros países. Juan los admiraba, pero ir a una misión a las órdenes del teniente Oriente le ponía los pelos de punta. Todos comentaban que al teniente Oriente lo que le faltaba en tamaño le sobraba en bravura y fiereza, arrostrando los conflictos que tenía que resolver, como si él y sus hombres fuesen inmunes al enemigo. No es que pusiera a sus hombres en peligro de manera gratuita, es que confiaba en ellos y en sí mismo, y transmitía las órdenes con tanta seguridad que no cabía pensar que no

fuera la decisión más acertada, de tal suerte que sus hombres las ejecutaban como si su misión en este mundo fuera aquella a la que él los mandaba. Era el teniente que más victorias y menciones honoríficas tenía en su hoja de servicios, y también el que más hombres había perdido. Aunque si se comparaba la dificultad de sus misiones con otras, había perdido menos de los que cabía esperar. De cualquier forma, a Juan no le agradaba salir con él; no se quitaba el miedo de encima hasta que no volvían a la base.

Curro reconoció a Juan cuando, junto con el resto de los componentes de transmisiones, se unieron al convoy. Era el joven de la

guitarra, el valenciano de Alzira; seguramente tendría ocasión de conocerlo. Habían recibido seis C. P. D.2, así que pasarían algunos días juntos.

Era la primera vez que Curro salía a una misión, también era la primera vez que salía del cuartel. Su tristeza por la ausencia de Carmen hacía que buscara la soledad a todas horas para regodearse en su pesar y añorarla, de tal suerte que aún no había experimentado la incidencia del

ardiente sol durante todo un día entero sin tener dónde refugiarse, ni el polvo incrustándose en el vel o de sus fosas nasales y en sus oídos, a pesar de que los vehículos avanzaban en línea horizontal.

Después de un tiempo que no supo si eran pocas o muchas horas.

Tuvo la sensación de que desandaban el camino, pero no dijo nada. A pesar de que durante algún tiempo había participado en la cháchara con los compañeros, tenía la sensación de haberse adormecido durante unos segundos. Tal vez había recibido órdenes de volver a la base. Pero no; poco rato después el vehículo del teniente Oriente se acercó al suyo y le habló a gritos, para que pudieran oírse a pesar de rugido de los motores. Entendió que el vehículo averiado se encontraba a unos dos kilómetros, que los acompañarían hasta al í y después el os tratarían de encontrar rastros de los desertores.

«¿Los desertores? ¿Qué desertores?», se preguntó Curro, pero no dijo nada. De repente se espabiló y fue más consciente de todo. No volvían a la base, lo que sucedía es que él se había desorientado. Ya había oído que esas cosas sucedían en el desierto y se puso tenso al darse cuenta de que aquel o era verdad. Las personas perdían la noción del espacio y el tiempo en el desierto y, si eso era verdad, todo lo demás que contaban, y a lo que él apenas había prestado atención, también lo sería.

Cuando llegaron adonde se encontraba el vehículo averiado, los compañeros apostados allí los recibieron con gran júbilo. Durante todo aquel maldito día habrían sido vulnerables a cualquier ataque del enemigo. Eran pocos y no tenían lugar donde atrincherarse, excepto las fosas que habían abierto en la arena. En caso de haber sido atacados habrían hecho saltar por los aires aquel Land Rover lleno de armamento, antes que dejar

2 Comida por día. Eran las raciones que se asignaban por hombre, tantas como que estar fuera de la base. Consistían en una lata de cabal a, una de atún y un sa

que cayera en manos enemigas, y su muerte estaría asegurada, puesto que no tenían otro vehículo con el cual huir.

Aunque seguramente tenían la edad de Curro, aquellos hombres parecían tremendamente viejos; estaban quemados por el sol. A sus pelos, demasiado largos para un soldado, se les había ido adhiriendo arena día

tras día, dándoles una apariencia fantasmal; recordó que les l amaban los fantasmas del desierto.

A pesar de que él se apresuró por tratar de poner el vehículo en marcha tan pronto como llegó mientras los demás cambiaban impresiones, pudo hacerse una idea de lo que había pasado. Según le pareció entender, la *ferga* de tropas nómadas iba a aprovechar una de las patrul as para escoltar un envío de munición a la base de Mahbes. Parece ser que, en un momento determinado, los nativos aconsejaron una ruta que los condujo hasta donde ahora se encontraban, unos kilómetros dentro de la frontera Mauritana. Al í se detuvieron y, sin que mediaran palabra, los nativos tomaron por sorpresa a los mandos de rehenes y trataron de l evarse el armamento. Quiso la suerte que en ese preciso momento el vehículo no quisiera arrancar. Se armó una pequeña refriega entre los compañeros desertores y los leales, que, por temor a herir a los superiores, no recrudecieron más el ataque. Los desertores huyeron con los rehenes y el grueso de vehículos, quedando al í el armamento y los vehículos con que habían evacuado a los heridos.

«Esto es una puta guerra, esto es una puta guerra. ¿Qué coño hago yo aquí?», se preguntaba Curro mientras inspeccionaba las tripas del Land Rover.

Juan comenzó a transmitir en código Q a la base el parte que le había pasado por escrito el teniente Oriente. Se identificó como Ramiro y se dirigió a su interlocutor como Burgos. Dio la posición en la que se encontraban en kilómetros recorridos e informó que, puesto que estaba anocheciendo, pasarían allí la noche y a la mañana siguiente saldrían tras los rebeldes.

Los conductores movieron sus vehículos dibujando con ellos un gran círculo alrededor del cargamento de armas con los faros hacia fuera y cavaron huecos bajo ellos para pasar la noche. Se apostaron centinelas que se relevarían por turnos. Poco a poco la noche los envolvió. Se apagaron todos los ruidos, excepto el ronquido de los que iban siendo vencidos por el sueño. Curro no podía dormir; sabía que el desierto era habitado por víboras a las que les amaban las ranas y por escorpiones, pero no

sentía miedo de ellos; normalmente no se acercaban. El miedo se lo producía el saber que por aquella zona andaban los desertores con su armamento y, a pesar de los centinelas, no podía dormir. Él hizo el segundo turno de guardia. Estaba a unos treinta metros de los vehículos,

pero aunque hubiese estado a dos, no los hubiera visto de oscura que era la noche. Hasta al í l egaban los compases de los ronquidos de algunos y los gemidos temerosos de las pesadillas de otros que algún compañero trataba de acal ar, chisteando y diciendo »Tranquilo, tranquilo», cual si fuera una madre.

Curro se cubrió con una manta. Hacía un frío de mil demonios pero, a pesar del frío, a pesar de la soledad en aquella guardia y a pesar de la situación, entró en una especie de trance. Estaba tan absorto en lo que estaba viendo que se le olvidó sentir miedo. Nunca pensó que se pudiera abarcar con la vista tanta extensión de firmamento y ver tantas estrel as: grandes, bril antes, con diferentes matices, como él ni siquiera había imaginado que podían verse. Estaban suspendidas a diferentes alturas dándole profundidad al firmamento, mostrándolo inmenso. Debería haberse sentido pequeño, muy pequeño ante aquel espectáculo de luces que le hacía guiños, pero no; simplemente se sintió bien. Por primera vez en mucho tiempo se sintió bien. Como si estuviera donde debía estar, como si él formara parte de aquel o, de aquella inmensidad profunda, hermosa, enigmática. De repente sintió la presencia de Carmen, como si las estrel as fuesen sus ojos. Estaba bien, estaba completo, no necesitaba nada. Descubrió aquella noche que sólo su materia física tenía

necesidades y carencias, pero que había algo más en él que trascendía lo físico y que formaba un todo con el cosmos, algo perfecto que estaba en comunión con las leyes que regían aquel inmenso espacio del que el formaba parte.

Cuando termino su guardia, pudo dormir plácidamente.

Apenas había comenzado a clarear cuando el campamento comenzó a despertarse. De repente alguien pidió silencio; estaba convencido de que había escuchado disparos, pero a pesar de que todo enmudeció por unos momentos, nada lo pudo confirmar. De cualquier forma todos se alertaron. Los que estaban aún dormidos en sus nichos de arena fueron despertados y se levantaron del suelo cual muertos resucitados, preparándose para lo que pudiera pasar. Cuando hubo la suficiente luz, Curro volvió a su trabajo. Si no conseguía repararlo, cambiarían la carga de vehículo y seguirían todos juntos. Se mandó una patrulla de

reconocimiento hacia donde parecía que habían oído los disparos con una emisora de corto alcance. Poco más de media hora después informaron de que divisaban lo que parecía un grupo de hombres; estaban inmóviles

y pedían permiso para acercarse al objetivo. El permiso les fue denegado; podía tratarse de una trampa y el objetivo ser la carnada. Les pidieron posición del objetivo y les ordenaron no avanzar hasta recibir órdenes.

Otros dos grupos de tres vehículos salieron en direcciones opuestas, separándose cada vez más el uno del otro. Se perdieron de vista hasta que no fueron más que una imperceptible nube de polvo al á a lo lejos. Cuando llegaron al punto adecuado, las tres patrulas se acercaron al objetivo desde sus respectivas posiciones, acorralándolo por tres puntos diferentes.

Había desaparecido la magia de la noche anterior descubriendo nuevamente la realidad. Curro le pedía a su ayudante que volviera a intentar poner el vehículo en marcha. Nada. Sólo se oía el *cli, cli* de la

presión que ejercía la llave sobre el motor de arranque.

—Me cago en la leche —masculó entre dientes con frustración, dándole una patada a una gran llave inglesa que había dejado caer en el suelo.

¿Por qué no arrancaba? No había motivos para que no lo hiciera. ¿Por qué leches no arrancaba? El teniente Oriente había visto su gesto desde el camión de transmisiones, donde Juan recibía sus órdenes. Desde allí anduvo los treinta metros que lo separaban de otro vehículo y se montó

junto al chofer que, siguiendo sus órdenes, condujo colocando la parte trasera de su vehículo junto a la trasera del que estaba Curro tratando de reparar. El teniente le ordenó que lo dejara ya y que traspasaran la carga de un vehículo a otro. Curro le pidió que le permitiera terminar lo que estaba intentando. Quince minutos después el motor ronroneaba normalizado.

—Bien —exclamó el teniente, complacido—. Ahora procura que no se pare. Recoged todo esto y preparaos para partir.

Una hora después llegaban las tres patrullas. Traían de vuelta a los hombres que habían caído prisioneros dos días antes, dos de ellos mal heridos y uno de los nativos desertores muerto. Al parecer sólo querían los rehenes para poder llevarse el armamento y garantizarse que no les dispararían mientras éstos estuvieran con ellos. Pero el vehículo del armamento no arrancó y el resto de los hombres que se mantenían leales

podían intimidarlos, por lo que huyeron con los rehenes, pensando que los abandonarían maniatados cuando estuvieran a cierta distancia. Tal vez los europeos decidieran ir a rescatarlos con el único vehículo disponible

que aún conservaban, que era el de la emisora, abandonando el armamento, y el os pudieran aprovechar ese tiempo para cargar el armamento en otro vehículo de los que se habían robado. Sabían que si salían tras el os no quedarían muchos para custodiar las armas. Lo que desconocían es que habían dejado varios heridos, motivo por el cual no los siguieron. De modo que, después de conducir medio día, se extrañaron de que no los siguieran. Decidieron volver atrás y a una distancia prudencial comprobaron que sólo quedaba el vehículo averiado con algunos hombres. No sabían dónde estaba el resto de los hombres. Posiblemente emboscados. Estas cábalas les hizo perder un tiempo precioso hasta que se dieron cuenta de que un gran número de vehículos se dirigía hacia al í; eran demasiados ya no podían enfrentarse a el os. Al clarear el nuevo día decidieron darse a la fuga, dejando a los rehenes maniatados a su suerte. Pero uno de los nativos se la tenía jurada a uno de los sargentos que le evaban como rehenes, e intentó matarlo en varias ocasiones, acción que el nativo que ahora yacía muerto impidió, diciéndole que el os no eran asesinos. Aquel amanecer, cuando los iban a abandonar, el sargento en cuestión les dijo:

—Sois unos desgraciados. Estáis cortando la mano que os da de comer y os moriréis de hambre.

El nativo, que le odiaba, al escuchar aquello se ofuscó y le disparó. Su compañero trató de impedirlo interponiéndose entre la bala y el sargento. Cuando comprobaron que estaba muerto, se alejaron de allí cagando leches.

El teniente Oriente dispuso que los heridos, después de recibir los primeros auxilios, fueran trasladados a Smara con vehículos de apoyo. Los demás terminarían la misión de entregar las armas en la base de Mahbes. Curro tuvo que ir al í.

Cuando llegaron a la base de Mahbes descargaron el armamento en el polvorín. Eran minas antipersona, pero para entonces Curro ya estaba tan traumatizado con todo aquel asunto de desertores, heridos y el compañero saharauí muerto, que se le embotó la mente y desempeñó el trabajo como si fuesen cajas con sandías, sin plantearse nada más.

La base de Mahbes, como algunas otras, contaba con una piscina de una profundidad que no llegaba a los dos metros y que apenas tenía

metro y medio de agua no totalmente transparente. Pero fue todo un lujo poderse dar un baño y jugar un poco con los compañeros. Hasta

entonces no había tenido la oportunidad de hablar con Juan como había pensado, pero ahora estaban junto con casi todos los compañeros en apenas unos metros. Juan dio unas brazadas hasta llegar a su altura, se puso de pie y le preguntó:

—¿Qué tal tu primer *nomadeo*?

Era evidente que sabía que nunca había salido de la base. Lo miró mientras él se pasaba los dedos por el pelo arrastrando el agua hacia atrás.

—Alucinante. —No quiso mentir; estaba impresionado, deseaba saber cosas y aquel chico parecía saber qué se cocía por ahí—. ¿Es siempre así?

—Más o menos, aunque en estos tiempos más que menos. —Pausó un momento y añadió—: Pero yo prefiero salir de *nomadeo* a quedarme en la base. Ahí tengo la sensación de estar en una cárcel, temiendo a todas horas un ataque y no saber hacia dónde escapar, puesto que se supone que es ahí donde debemos estar.

Curro pensó que estaba loco, puesto que él había estado en tensión durante todo el *nomadeo*, como Juan le había amaba al salir de patrulla, y sólo después de llegar a la base se sintió relajado.

—Pues yo me siento más seguro dentro de la base.

—Yo también, sobre todo cuando regreso después de un *nomadeo*.

Entonces paso unos días más relajado y con sensación de estar en casa,

pero transcurridos los primeros días comienzo a ponerme nervioso y necesito salir, así que me presento voluntario para todo.

Hablaron un poco más hasta que alguien les pasó un balón y se integraron en el juego.

Después del toque de retreta se dirigieron a la cantina. Cenaron allí unos huevos fritos con patatas, compartiendo mesa con algunos soldados de la base. Refirieron sus experiencias desde la salida de Smara y lo sucedido con los desertores. Los compañeros de Mahbes les contaron que ellos estaban siendo agredido por los marroquíes, agresiones que se estaban recrudeciendo y que el Ejército marroquí no reconocía, de tal forma que si hacían prisioneros, el Ejército marroquí decía que no eran sus soldados —puesto que no usaban uniforme—, que eran grupos incontrolados sobre los que no tenían potestad, de tal suerte que hacer

3 Salir de patrulla.

prisioneros en vez de ser una victoria, era todo un problema para nuestro

Ejército. Curro escuchaba a unos y otros empezando a tomar conciencia de lo que al í estaba sucediendo. Aquello era una guerra no declarada por nadie, no admitida por nadie, pero una guerra. Una guerra que el Ejército español libraba a tres bandas: contra los marroquíes, contra el Polisario y contra las deserciones de su propio ejército nativo, unos nativos que amaban a España y a los españoles, pero que anhelaban su independencia, lo mismo que los vascos, los catalanes y otras zonas españolas. Se preguntó ¿cuántas insurrecciones, cuántas guerras y cuántas muertes se habrían cometido en nombre de la independencia? ¿Y si ser independiente era sinónimo de libertad? ¿Y si había algo o alguien que pudiera ser libre? Él pensaba que ni siquiera los pensamientos eran libres, puesto que estaban condicionados por la educación y las vivencias de las personas.

Tres días después llegaron a la base de la legión en Smara sin más contratiempos. Había quedado con Juan para salir a dar una vuelta por la ciudad el siguiente sábado. Juan había llegado a Smara cuatro meses antes que él y conocía casi toda la ciudad, aunque, a decir verdad, no había mucho que conocer, puesto que casi todo eran cuarteles militares y todo lo demás giraba en torno a ellos. Por ejemplo, la calle principal de Smara llegaba a una plaza en donde algunos canarios tenían casas de comida

cuya clientela eran los soldados. En aquella plaza se montaba el zoco con toda clase de tenderetes. Las verduras y frutas se amontonaban sobre cajones, luciendo sus contrastes de colores. Especies que Curro ni sabía que existían se mostraban en sacos de arpillera cuyas bocas se doblaban hacia fuera. Sobre cestas y capazos trenzados con fibras, vegetales, dátiles, higos secos, extrañas raíces, rocas y resinas curativas de hermosos veteados grises y ámbar cautivaban la mirada de Curro, lo mismo que las enigmáticas mujeres saharauis, envueltas en sus *melfas*, mostrando solamente sus ojos, cuya mirada bajaban para no encontrarse con la de ellos mientras procuraban evitarlos apartándose de su camino. La nota discordante en toda aquella lujuria de colores y aromas eran los puestos de carnicería, que no eran otra cosa que las ventanas de la vivienda donde se había sacrificado un camello o una cabra; una vez desollado el animal se colgaba a la espera de clientes. Cierta era que apenas pasaban unas horas hasta que toda la carne se había vendido, pero los chorretones de sangre negruzcos que se deslizaban desde la ventana hasta la calle, los cientos y cientos de moscas que allí se congregaban y el olor espeso y

penetrante de la matanza eran vomitivos. A pesar de que a aquel as horas de la tarde ya no había carne a la venta, el olor y las moscas persistían. En aquel sitio los soldados podían comprar de todo: relojes, transistores, ropas y, sobre todo, plata. Eran puestos de primorosas joyas trabajadas artesanalmente. Curro no sabía de dónde podían los nativos sacar la plata, pero tuvo la visión romántica de una caravana de mercaderes que cruzaba el desierto trayendo el preciado metal.

Le gustó una pesada pulsera formada por unos eslabones trabajados imitando una soga que sujetaban una pletina, donde hizo grabar el nombre de Carmen junto al suyo y en el reverso la fecha. Fue Juan quien regateó para que consiguiese pagar un precio justo, lo cual molestó a Curro, quien se sentía violento, como si estuvieran estafando a aquella pobre gente. Cuando se alejaron de al í le hizo saber su malestar, a lo cual Juan respondió:

—Mira, todos somos españoles, pero cada cual tenemos nuestra propia cultura y no tenemos por qué imponerles nuestras costumbres a nadie. Si el os vienen a Valencia a comprar una joya, pagarán por ella el precio que ponga en la etiqueta, puesto que se supone que en Valencia nadie regatea y que el precio de salida es el justo. Pero aquí no, aquí el precio de salida es mucho mayor que el que finalmente se paga por el

producto y si no regateas, te estás estafando a ti mismo. No son ellos los que estafan, puesto que ellos están dispuestos a aceptar el precio justo que tú les ofrezcas. Si consideran que tu oferta no es justa, no aceptarán el precio. Además, puedo asegurarte que has pagado por la pulsera más de lo que él esperaba.

A Curro apenas le dio tiempo de asimilar lo que le decía, pues apenas hubo terminado la explicación preguntó:

—Por cierto, ¿quién es Carmen, tu novia?

—Sí.

Sólo sí. No hubo nada más. Lo normal era que después del sí explicara cómo era ella físicamente, en qué trabajaba o si estudiaba, de qué localidad era y todas las virtudes que poseía, para después pasar al «si no fuera por su padre o por su hermana. .», para de esa forma dar paso a una larga conversación sobre los parientes, que ayudaba a dar tu opinión sobre ciertos asuntos y entablar lazos de amistad con tus compañeros. Pero parecía que con Curro sería diferente.

Cenaron en El Loro, el bar de un canario cincuentón, barrigudo y

buena gente, de voz cantarina, que los trató con suma amabilidad, puesto que conocía a Juan de otras ocasiones. Cuando salieron nuevamente a la calle ya era noche cerrada. Dejaron atrás las calles principales y anduvieron por las polvorientas calles formadas por pequeñas casas de adobe. Entraron en una de aquellas casas. Colgando sobre la puerta, un letrero pintado sobre una delgada plancha de madera anunciaba: «Bar la Chemi». Cuando entraron les envolvió el sonido de Danny Daniel, «Por el amor de una mujer», el humo de tabaco y la presencia de las nueve jóvenes que componían el personal de atención del establecimiento, vestidas con pantalones tejanos muy ajustados en las caderas y acampanados en los bajos, con camisas que clareaban sutilmente su sujetador o suéteres cortos que mostraban sus ombligos, y calzaban zapatos de tacón alto que estilizaban aún más sus esbeltas figuras. Curro hubiese podido imaginar que estaba en cualquier discoteca de Valencia. El humo, la luz mortecina de las bombillas rojas, la barra del bar hecha de ladrillo visto y rematada con un mostrador de Raelite rojo, la música. . . Ahora sonaba «Angie», de los Rolling Stones. El ambiente era similar, pero aquí los clientes sólo eran militares, todo hombres; las únicas mujeres, las camareras. De pronto fue consciente de que era la primera vez desde que llegó al Sahara que había visto a una mujer occidental;

aunque sabía que en el cuartel vivían las esposas de los oficiales, él aún no las había visto nunca. De cualquier forma verlas al í en aquel ambiente, con aquella ropa que mostraba sin enseñar, con aquellos contoneos en sus andares, aquellas sonrisas que dejaban ver sus perlados dientes, aquellas matas de pelo que parecían flotar como el humo, era todo un lujo para los ojos. Se acercaron a la barra y Juan pidió dos cubatas. La chica de la barra parecía conocerlo y dijo que hacía días que lo echaban de menos, mientras le pasaba el dedo índice bajo la barbil a a forma de caricia.

—Ya sabes, esto es el ejército y hemos estado unos días de *nomadeo*. ¿Y la Chemi?

—Estará dentro. Cuando pueda la aviso de que estás aquí; le gustará verte.

Aunque era un saludo normal entre personas que se conocían, el tono de voz y los gestos sugerentes, así como la sonrisa perpetua que lucían aquellas chicas, le hizo pensar a Curro que no estaban en un bar de copas normal. Juan dio un momento la espalda a la chica, señaló con el índice

una pequeña mesa que aún no estaba ocupada y le indicó que les sirvieran

al í.

Cuando se sentaron, Curro preguntó:

—¿Esto es. .? —No terminó la frase. Se sentía cohibido y molesto.

—Sí, es de una paisana nuestra. Mikela. ¡Che, Mikela! Chemi —le explicó con jocosidad para que entendiera en nombre del bar, pero a Curro lo único que le preocupaba era que Juan entendiera que él no quería lo que al í se ofrecía.

—Pero. .yo no quiero. .

—Tranquilo. —Río Juan—. aunque quisieras, posiblemente no podrías permitírtelo. Sólo están al alcance de los oficiales que tienen buenos sueldos, pero tienes todas las garantías y ducha. El preservativo entra con el precio y son de obligado cumplimiento para quien quiera gozar de una de estas preciosidades.

En aquel preciso momento una mujer de unos veintiséis o veintisiete años se acercaba a ellos con los brazos abiertos. Juan se levantó y abrió también sus brazos para recibirla. Se fundieron en un abrazo mientras ella exclamaba:

—¡Ay. ., mi Juanín, cuánto tiempo sin verte! Me tenías preocupada.

Se esperaron y se sentaron mientras Curro era presentado como un *valensianet*. Chemi le ofreció que si alguna vez necesitaba algo, al í tenía su

casa y después, con ojos maternales, volvió a mirar a Juan.

—Y tú, ¿qué tal estás?

—Todo lo bien que se puede estar aquí y contando los meses que me faltan para volver a casa, a la *terreta*.

El tono de voz de Juan seguía siendo jocoso.

—Por aquí, ¿cómo andan los asuntos?

La voz de Chemi se tornó de pronto profunda y sus ojos escrutaron el rostro de Juan, que bajó la cabeza; vio cómo sus dedos repiqueteaban sobre la mesa al son de la música. Su rostro se había ensombrecido, parecía vacilar sobre lo que tenía que decir. Por fin habló sin levantar la cabeza. Respondió lentamente, como si las palabras no quisieran abandonar su boca, porque no era lícito salir de allí:

—Mal. —Pausó—: Muy mal.

Por fin la miró.

—Las órdenes que llegan de Tenerife son claras, pero aquí no todos están por la labor de aceptarlas.—Hablabla pausadamente, en un susurro—. Las cosas son difíciles. . y dolorosas. —Volvió a bajar la

cabeza—. Yo en tu lugar iría preparando los bártulos.

El sabía que Juan no podía hablar —aquel o ya era más de lo que debía haber dicho— y sintió compasión por aquel joven. Le pasó los dedos de su mano izquierda por el pelo, alisándoselo hacia atrás, como para que sus dedos arrastrasen los malos augurios y las tristezas de un soldado de reemplazo en el Sáhara.

De pronto sonrió de nuevo, se levantó de la silla y les dijo:

—Ahora os traerán vuestra consumición. Os mandaré a Luna. ¿La vais a invitar? —les preguntó mientras se alejaba.

—Claro que sí. Curro lo hará, que cobra más.

Poco después, cuando sonaba «She loves you», de The Beatles, llegó Luna con los tres cubatas con hielo y se sentó un rato con ellos mientras bebían. Juan sabía que el cubata de las chicas apenas tenía unas gotas de ginebra y algunas veces ni siquiera unas gotas, pero lo pagaban como cubata. Luna tomó las riendas de la conversación hablando de los últimos éxitos musicales, de los últimos estrenos de cine y contando algún que otro chiste. Cuando unos treinta minutos después se levantó preguntando si alguien quería tomar algo más y se alejó para preparar la segunda ronda, cuatro soldados más se habían unido al grupo y reían los chistes que ahora fluían espontáneamente. Regresó con seis nuevos cubatas. Mientras

el os se desternilaban de risa, les dijo que no podía quedarse porque la habían invitado en otra mesa, pero que quería que le contaran ese chiste que tanta hilaridad había causado, así que los esperaba al día siguiente. Curro la vio alejarse hasta la barra. Observó que, al igual que la vez anterior, se detenía al lado de un capitán legionario sentado sobre unos de los taburetes de la barra, quien la miraba con ojos tiernos a través de los bucles de humo de su cigarrillo. Él le comentaba algo sonriendo, mientras su compañera detrás de la barra dejaba sobre su bandeja lo que tenía que servir en otra mesa. Luna tomó la bandeja con los cinco largos vasos, sosteniéndola con gracia sobre la palma de la mano izquierda mientras hacía quebros para pasar entre las mesas sin que el capitán le quitara ojo de encima, mientras agotaba cigarro tras cigarro y cubata tras cubata. Más tarde Juan le contó que el capitán se enamoró de Luna en cuanto la vio recién llegada a Smara. Incapaz de soportar que ella tuviera relaciones con quien requiriera sus servicios, y puesto que él

también le correspondía, pactó un precio con la Chemi para que sólo él la pudiera gozar, puesto que Luna tenía un contrato que no podía rescindir

y además necesitaba el sustancioso sueldo que le pagaba la Chemi para mandarlo a su familia. Era una historia de amor triste, como seguramente lo era todo allí en el Sáhara. El capitán pagaba por ella más de lo que su economía le permitía. Si se hubieran casado hubiesen podido vivir bien, pero entonces ella no habría podido mandar su sueldo a la familia, pues de lo único que podía trabajar una española en el Sáhara para ganar el sueldo que ella ganaba era de lo que ella hacía, aunque en su casa pensarán que estaba de asistenta en casa de un mando del Ejército y que pagaban tan bien porque las mujeres de allí no sabían limpiar como las españolas.

Después del segundo cubata Juan y Curro se despidieron de sus compañeros, pero en vez de dirigirse a la calle, sortearon unas mesas hasta una especie de habitación que estaba a la derecha y que parecía ser el ecuador entre el bar y las estancias de las chicas. Se accedía a ella por una abertura en forma de arco y, a forma de puerta, una manta con anillas cosidas en uno de sus extremos y pasadas por una varilla de hierro que colgaba sobre el arco de la abertura. En el interior la Chemi les hizo un ademán de que pasaran; olía maravillosamente a masa frita.

La Chemi les había preparado buñuelos y chocolate a la taza, al estilo de su tierra. Aquella pequeña estancia era a la vez la cocina y la oficina de la Chemi. Desde allí controlaba a las chicas que pasaban con sus clientes y desaparecían detrás de las cortinas confeccionadas también con mantas del Ejército y anillas que se pasaban por un tubo de hierro de los que se usaba para canalizar el agua, sujeto con anclajes al techo. En total había cuatro estancias, cuyas paredes y puertas eran cortinas de mantas, en donde las chicas ofrecían sus servicios de tal forma que sólo una manta separaba las estancias y podía escucharse todo lo que sucedía en la estancia continua. A pesar de ello, la forma que tenía la Chemi de regentar aquello hacía que la gente se comportara con civismo. La sencillez, la limpieza y la naturalidad con que se hacía todo daban sensación de

intimidad y sosiego.

Durante el tiempo que degustaron el chocolate no pararon de pasar las chicas con los clientes. A Curro al principio le daba vergüenza ajena hasta mirar a las chicas pasar con los clientes, pero finalmente se relajó, puesto que todo sucedía con naturalidad y nadie prestaba atención. Comenzó a comprender que se trataba de sobrevivir en el Sáhara, y cada cual lo hacía

lo mejor que sabía. Comenzó a pensar que aquellos hombres, más que satisfacer una necesidad física, trataban de satisfacer una necesidad emocional. Al í estaban solos, abandonados en un medio hostil, bajo una disciplina militar que no siempre se aplicaba de manera adecuada, donde no existía la intimidad. Comían, dormían, se duchaban y cagaban a la vista de cientos de tíos con quienes compartían todo; miedos, risas, frustraciones, trabajo, los paquetes con gal etas y chorizo que mandaban las madres, y el placer de vez en cuando de achicharrar con el soplete a las chinches que vivían en sus camas. Algunos más necesitados o más atrevidos compartían hasta la piel, como dos de los cocineros de Smara que eran pareja, y aunque Curro nunca los había visto en ninguna

situación anormal, el asunto era de conocimiento público. Sí, la realidad en el Sahara no tenía nada que ver con la realidad de la península. En los cuarteles de la península había ducha diaria y podían hacer sus necesidades en la intimidad de un inodoro más o menos limpio, donde al terminar tiraban de la cadena para dejar correr el agua. Si se salía del cuartel, se podían relacionar con normalidad con las chicas: todos te entendían y tú entendías a todos. Podían regularmente visitar a familia y amigos o podían recibir su visita. Pero en el Sáhara no. El Sáhara era una parte de España desgajada de España, no sólo porque estuviera en otro continente —puesto que otras provincias españolas estaban en el mismo continente y formaban una unidad con España—, no porque tuvieran un idioma propio —puesto que otras zonas españolas tenían idioma propio—, no porque sus costumbres o su religión fueran diferentes, sino porque los saharauis evitaban mezclarse con el os, no permitiendo que ningún europeo se acercara a sus mujeres. Poseían un documento de identidad español, pero no se sentían ni querían ser españoles. Sentían hacia España una mezcla de amor odio que enrarecía toda relación, y sólo una cosa tenían clara: su deseo de independencia, su deseo de demostrar a aquel os europeos que el os no eran sus amos, que aquel as tierras les pertenecían y que no querían rendir vasal aje a ningún europeo.

Cuando aquella noche sus pensamientos volaron en busca de Carmen como cada noche, como cada noche las lágrimas abrasaban sus ojos. La imagen de la mata de pelo de Carmen flotando en el viento se desdoblaba en la mata de pelo de Luna. El terso rostro de Carmen se transformaba por unos momentos en el de Luna. Y sus ansias por Carmen se mezclaban con el contoneo de las caderas de Luna en su mente. Tuvo una erección que lo hizo sentirse culpable y se desbordaron las lágrimas, que rodaron

por sus mejillas causándole quemazón. Apretó contra su boca la pulsera con el nombre de Carmen que guardaba en su puño cerrado y la besó una y cien veces, mientras mentalmente gemía: «Carmen, te quiero. Carmen, te quiero». Su aliento, su saliva y sus lágrimas humedecieron la pulsera y la calentaron a tal grado que, por un momento, tuvo la ilusión de que la pulsera latía como si tuviese vida propia y los profundos ojos de Carmen, salpicados de brillante arena verde, le sonrieron desde su cielo, sosegándolo. Llevó la mano con la pulsera hasta su pene y poco a poco se durmió.

Después de aquel primer *nomadeo*, supo que Juan tenía razón y

tampoco él se sentía bien dentro del cuartel, por lo que se presentaba voluntario para cualquier cosa, coincidiendo en muchas ocasiones con Juan, quien llegó a ser su mejor amigo, su confidente, su consejero, y quien poco a poco supo de Carmen, de su embarazo y de su huida, espantada por la propuesta de la madre de Curro.

Patrulló la cinta transportadora de fosfatos de Bucraa, acompañó el camión cisterna a los pozos, llevó víveres a fuerte chacal, cazaron y comieron gacela —también comió lagarto y aquella víbora carnuda a la que le amaban *lefa*—, cocían el pan en el desierto. . En varias ocasiones prestaron ayuda a algunos saharauis nómadas de quienes aprendió que el único propósito de la vida es precisamente ése, vivir. Los saharauis poseían camellos y cabras que se alimentaban de los arbustos espinosos del desierto y que les proporcionaban todo lo que ellos necesitaban, hilaban el pelo de las cabras que tejían para confeccionar sus *haimas*; sus principales alimentos eran la leche de camello o cabra y su carne; las pieles eran sus mantas y sus odres. Cuando mataban un animal, cortaban su carne a tiras muy finas que se secaban rápidamente al sol, lo que les permitía almacenarla por un tiempo, con la grasa del animal fabricaban ungüentos. Recogían hojas, piedras y resinas que usaban como medicamentos, aunque en más de una ocasión fueron las medicinas de los

soldados los que les habían salvado.

A los pocos meses de estar allí, Curro se había enamorado de aquellas lunas pedregosas que eran el desierto, de aquellas noches cuya oscuridad parecía tender una escalera hacia la tierra por la que descendían las estrellas hasta que estaban al alcance de su mano, de aquellos oasis que brindaban su sombra y frescor a cualquiera que quisiera acercarse a ellos, cual paciente amante que sosiega y reconforta a su amado sabiendo que éste lo abandonará después para volver a una realidad árida y reseca. La

vida que había tenido antes de llegar allí se le antojaba un sueño y ningún futuro se abría ante él, pues sin Carmen no había nada que anhelar, ni era capaz de pensar ningún proyecto. La única realidad y la única quimera que lo mantenía atado a la lucidez era Carmen. ¿O tal vez lo mantenía atado a la locura?

Desde que comenzara a participar en los nómades, su comportamiento se normalizó. Trabajaba, cumplía órdenes, jugaba al póquer, fumaba sustancias prohibidas por todos aceptadas, reía con los chistes, aceptaba desafíos. . Pero las noches, las noches seguían

perteneciéndole a Carmen. Su ausencia lo envolvía, lo zarandeaba, sintiéndose el ser más desgraciado del universo. Solamente cuando podía disfrutar del espectáculo nocturno que le brindaban las tintineantes estrellas, se sentía en paz y notaba la presencia de ella junto a él y jugueteaba con la pulsera que le evaba siempre, como si fuese un talismán. Fue en una de esas noches en que las estrellas inmensas, brillantísimas, lo envolvieron tan de cerca que le pareció notar la oscilación de su tintineo en su piel, que creyó oír su delicado y chispeante sonido, fue en una de esas noches que al rozar sus dedos la pulsera, supo que sí tenía una misión para el futuro: entregarle la pulsera a Carmen y asegurarle lo mucho que la amaba.

La situación era más difícil cada día que pasaba. Juan y él se buscaban a cada momento que podían y se contaban todo, de tal modo que Juan llegó a saber toda su historia con Carmen y él llegó a conocer a toda la familia de Juan por sus confidencias. Él sabía que Juan, al igual que todos los radioperadores, tenía la correspondencia censurada y que cada día estaba más nervioso. Los últimos días solía decir:

—Estamos jodidos. Estamos bien jodidos y en casa no tienen ni puñetera idea.

Por lo que Curro se ofreció a mandarle una carta a su madre con un

sobre cerrado que contuviera una carta de Juan para su familia, diciéndoles lo que quisiera sin pasar por la censura. Juan desestimó la idea, diciendo que si su madre supiera aquel o se le rompería el corazón. Curro estaba desconcertado pues Juan siempre se comportaba con entereza. Entendía que no pudiera contarle todo lo que sabía, pero no comprendía su creciente desazón. Al participar en más *nomadeos*, le fue

evidente que las refriegas con los marroquíes se recrudecían cada vez más y que nunca más podría apartar de su mente lo que al í estaba viviendo, pues las imágenes de aquel as vivencias se proyectaban ante sus ojos en

cualquier momento sin previo aviso, como si tuvieran vida propia, haciéndolo experimentar una y otra vez el mismo horror.

Especialmente vividas se presentaban anárquicamente las escenas en que participó en aquel reconocimiento de uno de los puestos cerca del paralelo 27^a, 40. Habían circulado por la noche, una noche de luna clara.

Atravesaron la antigua pista de los petrolitos cuando ya casi estaba amaneciendo. Circulaban muy despacio y con las luces apagadas. El vehículo de Curro iba a la izquierda del de su capitán, no muy cerca pues

otros dos vehículos los separaban. Nunca supieron si el reflejo de la luna hizo que su capitán viera algo o fue aquella intuición que él tenía lo que le hizo gritar para ordenar que su vehículo se detuviera, pero la rueda izquierda del vehículo pisó la MA-4 y la parte delantera del vehículo voló por los aires levantando una gran nube de polvo, arrojando el parachoques en la distancia y mutilando la pierna derecha del capitán. Curro no supo si después de la explosión hubo gritos, el chirriar de los frenos o algún otro sonido. Él no oyó nada. Aquella nube de polvo que levantó la mina anticarros pareció envolver su cerebro junto con un rugido que le impedía escuchar nada. El terror lo paralizó, vio volar el parachoques, las piedras y el polvo, y lo vio descender como a cámara lenta, rebotando en el suelo. Pero aparte del rugido que crecía, en su cabeza no oía nada. Sólo cuando su sargento gritó su nombre dándole órdenes para que ayudara a apagar los focos de fuego y evitar ser vistos por el enemigo, fue consciente de lo que había pasado. Corrieron de un foco a otro con frenesí, apagando las llamas con una manta, y después se quedaron allí, pegados al suelo, atentos a cualquier sonido, esperando verse en cualquier momento rodeados por el enemigo. La tensión estaba a punto de hacerle estallar el corazón. Siguiendo órdenes, acomodaron al capitán gravemente herido en el vehículo de Curro y a su conductor, no

sólo muerto sino destrozado, lo envolvieron en una manta y lo acomodaron en otro. Se reagrupó toda la compañía y salieron pitando hacia una base próxima donde los helicópteros trasladaron a los heridos. Los días siguientes anduvo como un autómata; sólo era capaz de obedecer órdenes, de hacer lo que le mandaban hacer. Después poco a poco fue capaz de pensar. Pensó que aquel o era una cobardía y llegó a la conclusión de que todas las guerras eran una cobardía. Las personas tenían que ser lo suficientemente valientes como para resolver los problemas cara a cara y personalmente, y no mandar a terceros a poner

trampas y a pegar tiros sin saber por qué lo tenían que hacer, como le sucedía a él.

En aquel momento supo que se había equivocado y que firmar dos años con la Legión no le convertía en militar; nunca estaría capacitado para ser militar y lo había hecho por no saber reaccionar con decisión ante las circunstancias. En eso tenía mucho que aprender de su capitán.

Él era capaz ante una situación de ver las posibles salidas, las posibles consecuencias de éstas y decidir rápidamente qué era lo mejor para

solucionar la situación que arrostraba. Curro no tenía esa capacidad pero aprendería. Trataría de aprender de lo bueno que había en el Ejército, aunque sabía que aquél no era su sitio. Cuando finalizaran los dos malditos años buscaría a Carmen donde fuera que se encontrara, le entregaría la pulsera y se uniría a ella para siempre, como las estrellas se unían a la noche y no podían ser la una sin las otras.

Capítulo XIX

Los cuadernos que Luisa le dejó en la caja de botas junto al resto de recuerdos de la mili de Curro eran una especie de diario que estaba escrito como si fuesen cartas dirigidas a ella. Después de la fecha se dirigía a ella en términos de «querida Carmen» o «amor mío» para, a continuación,

pasar a relatarle sus sentimientos, vivencias y estado de ánimo. Había tanto amor, tanta pena y tanta desesperación, que las lágrimas afloraban a los ojos de Carmen una y otra vez y no pudo retenerlas cuando leyó:

Amor mío, al aterrizar la estafeta antes de ayer no pensaba que iba a ser un momento diferente de cualquier otro, pero cuando me han entregado la carta de nuevo me he puesto nervioso. Siempre espero que me escriba para decirme que has vuelto y que estás bien y que te ha hecho saber lo mucho que te quiero, pero por algún motivo hoy he intuido algún desastre y me he puesto muy nervioso, aunque me he solo he leído su carta.

Ojala, amor mío, me hubiese quedado ciego antes de leerla. Ojala yo hubiese estado antes de saber que lo había hecho tu padre. Al principio me he quedado desorientado, después, presa de un pánico irracional, me he arrodillado en mi litera boca abajo y he comenzado a orar como si eso fuera lo único que tuviera que hacer. He perdido la noción de dónde estaba y de que mis compañeros estaban pendientes de lo que hacía, así que cuando han venido a consolarme, me he revuelto contra ellos y les he dado puñetazos; han hecho falta unos cuantos para sujetarme. Después alguien me ha dado un botelín de coñac diciendo que me haría bien un trago. Creo que me la bebí toda, la mayor cogorza de mi vida, pero aquí es la única manera de mitigar el dolor y la frustración.

No puedes imaginarte la angustia que siento por la pérdida de tu padre.

*imaginar el dolor que tú sentirás. Sólo una cosa podría aliviar mi desazón: e
abrazar, el poder l orar sobre tu hombro, aunque no creo que fuese capaz de .
la cara si te imagino reprochándome que todos estos desastres los he provoc
estoy volviendo loco y no tengo fuerzas para seguir adelante. Pensar en abra
besarte, en verte de nuevo es lo que me da fuerza para seguir adelante, pero :*

*más. Necesito saber de ti, saber que estás bien. Necesito que me digas que m
como yo te quiero a ti.*

Carmen. . Carmen. . Amor mío. Te quiero, te quiero. .

¿Dónde estás?

A través de ese diario escrito en forma de cartas, Carmen pudo conocer los sentimientos de Curro por su huida, el estado mental en el que se encontraba, su sentimiento de culpa y el vacío emocional que no podía llenar con nada. Supo que Curro había hablado con su madre para encargarle que preparase su boda, supo que él no podía desear algo más hermoso que tener un hijo con ella. Le pedía a través de esas cartas perdón por no haber sido capaz de transmitirle sus verdaderos sentimientos y por no haberse alegrarse con ella por la concepción su

hijo:

Sólo el no sentirme capaz de atenderte como debiera ha sido lo que me ha da miedo, pero te amo, Carmen, te amo a ti y a nuestro hijo, y mi más imperioso poder abrazarte y decírtelo personalmente.

De no haberlo leído en aquel diario, él no hubiese imaginado que un hombre podía llorar tanto como Curro confesaba que lo hacía.

También a través del diario supo cómo conoció a Juan y llegó a saber un poco de aquella tierra que un día fue España y a sus lugareños. Curro, en las interminables cartas en las que le expresaba lo mucho que la amaba, le contaba la difícil situación del Sáhara hasta donde él sabía. Le explicaba anécdotas vividas con los saharauis, así como su forma de vivir y costumbres. Además lo ilustraba con muchos dibujos de *haimas*, dromedarios y atuendos propios de la zona.

Según las fechas del diario, Curro no llegó a permanecer un año completo en el Sáhara, pero aquellos meses habían estado tan llenos de vivencias —algunas de ellas del todo absurdas y surrealistas— que daba la sensación que había estado allí toda una vida. Al principio el diario era un llanto desesperado por la ausencia de su amor, por desconocer la suerte que ella y su hijo habían corrido, por la incertidumbre de no saber si continuaba con vida. Después, poco a poco, fue intercalando las

sensaciones que le producía estar en aquel sitio de clima inhóspito y de belleza en estado puro, al menos así calificaba Curro a los amaneceres y las puestas de sol. Según avanzaba el diario, cada vez había más mención del Frente Polisario y de la F. A. R. marroquí. Relataba más incursiones de unos y otros, más tiroteos, más explosiones de minas. .; parecía que

estaban en un peregrinar continuo, ahora aquí, después al á. En más de una ocasión mencionaba a una familia saharauí que Juan había conocido tras redactarles un documento en español. Al parecer era normal que cuando un saharauí necesitaba redactar cualquier documento, si no sabía escribir en español, el Ejército mandaba algún soldado de ingenieros para que lo ayudara en tal menester. Así conoció Juan a la familia, con la que simpatizó y a la visitó con cierta asiduidad, acompañado en alguna ocasión por Curro, aunque se les aconsejaba que no confraternizaran con los saharauís. También hablaba en alguna ocasión de un prostíbulo, «casa Chemi», que regentaba una valenciana afincada desde su juventud en Canarias, una muy buena persona que les preparaba buñuelos cada vez que la visitaba junto a Juan, pues él sólo salía del cuartel a instancia de

Juan; cuando no, se quedaba en el pabel ón jugando a las cartas.

Seguramente todos aquel os dibujos con que ilustraba su diario eran los que le entretenían y le liberaban de una inquietud demasiado severa, pues de vez en cuando expresaba su confusión cuando escribía:

Amor mío, aquí se está cociendo algo. No sé lo que es, pero algo se cuece, y r por el calor, que estos días es insoportable.

Y pasaba a relatarle que en Smara se estaba evacuando al personal civil, a las esposas de los oficiales y también a la Chemi con sus chicas.

Cada día que pasaba parecía tener más claro lo que pasaba, pero no por qué sucedía.

Le relataba sus *nomadeos* y dibujaba los cuarteles o emplazamientos que visitaba en alguna misión. Había muchas ilustraciones sobre insignias de los diferentes ejércitos con los que compartía alguna misión y que acompañaban los relatos de sus vivencias. Una fracción de la 12^a compañía de la III bandera paracaidista ocupaba varias páginas de su diario con dibujos de insignias y de vestuario. Al parecer estuvieron en Smara a mediados de julio, pero no les permitían hablar con la tropa de al í. Después de pasar la noche recibieron cobertura de los legionarios hasta la base de Hausa. Curro, alertado por Juan, quien siempre parecía tener información privilegiada, se presentó voluntario y de esta manera

participaron en un nuevo *nomadeo* juntos. Los paracaidistas eran especiales, buena gente, íntegros y derrochaban serenidad, seguramente porque sus misiones necesitaban de mentes despejadas y serenas.

Intimaron con un joven que a buen seguro no solía hacer amistades rápidas, pero Juan, como siempre, supo ganárselo. Era un joven reservado que procuraba pasar desapercibido, pero a él no le pasaba

desapercibido ningún detalle: todo lo analizaba minuciosamente y guardaba las conclusiones para sí. Al igual que el oso, solía presentarse voluntario para todo lo que fuera salir de las bases y fue el primero destinado a buscar agua en el pozo. Curro lo acompañó y lo imitó cuando, aparte de recoger el agua, aprovechó la ocasión para lavarse el cuerpo y la ropa, que se puso de nuevo mojada y se le secó puesta. De él aprendió también a mantener el agua algo fresca, llenando la botella por la noche, cuando bajaban las temperaturas y dejándola a la intemperie. De madrugada, la envolvía en bandas de tela que mojaba; metía la botella en una lata que llenaba de arena fresca que también humedecía trasportándola en el lugar más fresco del vehículo, o si estaban

acampados, en un agujero en el suelo a la sombra. Una vez los paracaidistas tomaran posición de la base, ellos volvían a Smara dando cobertura a quienes se retiraban de la base de Hausa, que estaban exhaustos pues habían sido atacados en alguna ocasión, pero todos seguían con vida. No corrieron la misma suerte los paracaidistas, pues en los cuarenta y cinco días que duró su estancia en Hausa, perdieron muchos vehículos y la vida de un compañero. Curro apenas estuvo en Hausa un par de noches, pero lo sucedido una de ellas le hizo comprender la dureza de la misión de sus compañeros. Lo relató en su diario tan vividamente que a Carmen le parecía estar viviendo la experiencia de Curro.

Acurrucado, cubriéndose con la áspera manta dentro de una trinchera en Hausa, en una oscura noche a cientos de kilómetros de ningún sitio, sin ninguna luz, su propio aliento dentro de la manta lo adormecía. Trataba de embotar sus sentidos, pues cualquier pequeño lagarto que se moviese o cualquier pequeño hierbajo reseco que el viento arrastrase le desquiciaba los nervios. Y de pronto, *ratatatá...*, unas metralletas disparando a discreción a ras de suelo. Del impulso del sobresalto se golpeó la cabeza contra la pared de la trinchera y notaba cómo pequeñas piedras y arena levantadas por las balas le caían por encima. Mientras se

oía un alboroto de voces árabes, pasos y disparos, escuchó una explosión. Sabía que algo estaba ardiendo. Su cuerpo, todo en tensión, se preparó para hacer un barrido con su cete y de repente fue consciente de que nadie respondía al fuego enemigo. Seguía en tensión, pero quieto. «¿Acaso los han matado a todos y no queda nadie en la base?» Pegó su espalda fuertemente contra la pared de la trinchera en un intento de no ser descubierto. Se esforzaba por no producir ningún sonido, pero

escuchaba su propia respiración ansiosa y exaltada como un huracán. Poco después lo único que seguía escuchando era el fuego y su propia respiración. Todo había terminado. Desaparecieron igual que aparecieron. Cual fantasmas.

La voz de un mando resonó en la noche:

—Reunión, reunión. A pasar revista. ¿Estáis todos bien?

Pero no. No estaban ni bien, ni todos.

Cada vez era todo más complicado: un cúmulo de despropósitos, de órdenes y contraórdenes hasta que a principios de noviembre fueron movilizados en una operación que llamaron Marabunta.

Amor mío, nos hemos quedado de una pieza cuando hemos sabido que el enemigo que teníamos en frente eran civiles: trescientos cincuenta mil muertos, fanáticos que enarbolaban banderas marroquíes en una mano y en la otra el Korán. Ha sido alucinante verlos, ahora gritando, ahora en un reverente silencio, tozudos y, de vez en cuando, pidiendo comida a nuestros soldados.

He oído decir que su rey los ha movilizado diciendo que Alá en un sueño le ha revelado que tiene que tomar posesión de la tierra y librar a sus hermanos de la mano de los extranjeros. No llevan armamento y su consigna es salvar a los españoles, sabiendo que nunca atacaremos a la población civil, pero ¿te imaginas que reciéramos órdenes de disparar?, ¿qué tendría que hacer, amor mío? ¿Qué pasa así sucede? Aquí, en esta frontera, son civiles, pero lo cierto es que los marroquíes nos están atacando en otros puntos y que sólo están usando a los españoles como escudo humano, sabiendo que no somos asesinos y no disparan contra civiles.

Después de este relato Curro comenzó a mostrarse deprimido y a Carmen se le encogía el corazón cuando le contaba que otras bases ya habían sido evacuadas, incluso por el personal militar, y que eran tomadas por el ejército marroquí. Que al fin, en Smara, ellos los aguantaban, pero cada vez llegaba menos comida: las raciones menguaban cada día; los últimos días de Smara sólo comían una vez al día. Pero eso no era lo peor, lo peor

era que cada noche el ejército marroquí bombardeaba las cercanías de Smara. Tenía miedo. Mucho miedo. Más del que había pasado en cualquiera de los *nomadeos* y en cualquiera de las refriegas en las que había participado. Era un miedo irracional porque no comprendía lo que sucedía. Los mandos estaban nerviosos, deseosos de responder a aquel fuego, pues se sabían muy superiores. Pero las órdenes eran de no responder a la provocación del enemigo, que no se atrevió ni una sola vez

a tirar a dar, sólo disparaban para hacerles saber que tenían que irse ya. La situación era muy tensa, pues cada noche los marroquíes iluminaban el cielo de Smara con los Sam-7 que disparaban a discreción desquiciándoles los nervios. Fue una de esas noches que escribió:

*Carmen, amor mío, tal vez muera aquí, en Smara, y no es que me importe, de hecho con gusto daría mi vida por defender este trozo de España de los marr
le pido a Dios que me permita darte un último beso y poder decirte que te qu
sólo supiera dónde estás y qué ha sido de tu vida... Si tan sólo pudiera mand
carta repleta de besos. . Si pudiera mandarte todas las lágrimas que he derr
ti, nunca te morirías de sed, Carmen. mi Carmen.*

«Soy un hombre al que la suerte

hirió con zarpa de fiera.

Soy el novio de la muerte

que va a unirse en lazo fuerte

con tal leal compañera.»

Después de esta estrofa de la canción legionaria «El novio de la muerte» Curro se desgranó en te quieros y lágrimas. Carmen tampoco pudo reprimir las suyas.

Dos días después relató cómo abandonaron Smara a su suerte. Muy de mañana todos desfilaron al son del himno del legionario antes de arriar la bandera. El nudo que se le había formado en la garganta le impedía cantar y se preguntaba qué sería a partir de entonces de aquel a familia saharauí que tanto apreciaba a Juan y de todo el resto de población civil. Cierto era que ellos nunca se habían considerado españoles, pero... ¡abandonarlos así, en brazos de su peor enemigo!

Curro lo explicaba así:

Amor mío, no he sido capaz de cantar el himno del legionario, donde debemos luchar con denuedo hasta conseguir vencer o morir. Y no he podido porque no estábamos haciendo ni una cosa ni la otra. Hace apenas de motivo del aniversario de la fundación de la Legión, nos visitaron algunos m

*algún alcalde de la península. Les hacía mucha ilusión disfrazarse de
parecían alumnos de un colegio que se disfrazan para representar una obra
Estaban tan ilusionados con su uniforme, gafas y siroquera incluidos. .
acompañamos a un reconocimiento cerca de la frontera. Se ve que nuestra mi
día era entretenerlos. Desde lejos con los prismáticos pudieron divisar una p
ejército marroquí. Estaban emocionados de ver un ejército enemigo tan de ce*

*la dureza del terreno, de experimentar el arrojó y la valentía de los legionari
volvíamos escuché a uno de los ministros decirle a mi capitán, pensando que
los oía, que era una lástima la sangre que estábamos derramando en aquel te
que ya no era España, que estaba entregado a Marruecos. A mí se me heló la
pesar del calor agobiante. ¿Será eso lo que esta pasando, amor mío, que los
capaces de regalarse unos a otros parte del territorio que se supone que deb
defender? En ese momento sentí angustia y la imagen de mi antiguo capitán
por los aires a causa de una mina me torturó unos momentos volviéna
punto estuve de descargar la munición de mi cetme contra todos aquel os me
gritar: «¡Hijos de puta. . Hijos de puta. . Aquí los hombres pasan ham
mueren por sacar adelante un territorio que vosotros regaláis como si*

mequetrefes, hijos de puta». Pero en lugar de eso, sólo lo oré. Si hubiese el eva impulso, me habrían hecho un consejo de guerra. Mientras esperara la atarían a la espalda un saco de arena de veinticinco kilos y me obligarían a ir a recoger las gatas recogiendo la basura del cuartel.

Cuando alguien te diga que los legionarios somos borrachos o tomamos drogas, piensa que sólo es un analgésico para un dolor muy específico e insostenible. Aquí, en el Sáhara y en el ejército, he experimentado todos los sentimientos nobles y negativos. He sentido humillación, miedo, desesperación, pero también el cariño, la amistad, el altruismo, la disciplina, el honor. Posiblemente dirás que esos sentimientos los experimenta todo el mundo, pero aquí se multiplican su intensidad por cientos de miles, de tal manera que sólo somos capaces de sentir y no hay lugar para el raciocinio. Pero al abandonar a Smara, he experimentado un sentimiento que nunca había tenido, un sentimiento que me estrangulaba la garganta y me ha impedido cantar, un sentimiento que no hubiese querido experimentar. Me he sentido un cobarde; es el peor sentimiento que he tenido y, a excepción de la vergüenza y la tristeza, ha anulado todo lo demás a mi alrededor. De hecho, ahora sólo buscaría la muerte para huir de estos sentimientos, si no fuera por la pulsera que tengo siempre en mi bolsillo y que me recuerda que tengo una misión pendiente: la de volver a casa y decirte que te amo.

A partir de aquí el diario se hacía un poco confuso. Parecía que Curro

perdía el contacto con Juan, que pasaba por varios cuarteles y que bebía demasiado. Ya no había dibujos que ilustrasen por donde pasaba ni referencias de interés, lo único que seguía perenne era que los escritos los dirigía a su amada Carmen, a quien le oraba de añoranza y daba muestras de que su estado mental. Había convertido la pulsera que un día compró como regalo en una especie de talismán que llevaba siempre con él, como recuerdo perpetuo de su misión de buscar a Carmen y confesarle su

amor. Por último se situaba en El Aaiún, que es ahora una ciudad llena de ejércitos acampados, una ciudad alambrada llena de controles y con toque de queda. En su puerto, al igual que en los otros puertos del Sáhara, la actividad es frenética, sacando todas las pertenencias de España. Aquí se reencuentra nuevamente con Juan, quien le hace saber que su licencia esta próxima:

—En cuestión de días este infierno habrá terminado para mí.

Se intercambiaron direcciones y Juan le dio el número de teléfono de su casa en Alzira. Se despidieron con abrazos, pues podía ser que nunca se volvieran a ver. Pero dos días después Juan lo buscó, le preguntó si

podía desaparecer un día y coger un vehículo. Había dos personas que tenían que sacar de la ciudad y llevar al desierto donde las estarían esperando. Discutieron:

—Es una locura. No puedo robar un vehículo y desaparecer. Se nos puede caer el pelo —argumentaba Curro.

—Pues ya nos volverá a crecer. —Aunque la frase parecía jocosa, Juan estaba tenso y lo miraba desafiante.

—Estás a punto de licenciarte. Si nos pilan, nos harán consejo de guerra y nos fusilarán.

—Pero puede que no nos pilen y nuestras vidas no valen más que las de el as. Exponemos dos vidas para salvar dos vidas.

—¿Las de el as, son el as? —Hizo la pregunta con incredulidad.

—Son la madre de mi amigo, el saharauí de Smara, con una de sus nietas, una niña de seis años. No tuvieron ocasión de huir. Están solas y no quieren caer en manos de los marroquíes.

—No podremos hacerlo. Está todo lleno de controles —argumentó ya sin convicción.

—Tú sólo tienes que preocuparte de salir de tu base, yo te esperaré en el otro control; todo está planeado.

Sus voces habían languidecido.

—Lo intentaré, sólo lo intentaré —advirtió Curro severo.

Juan lo abrazó con efusión y le pidió que cargara algunas garrafas de combustible de más.

No fue tan complicado como pensó. Pidió la ayuda de los compañeros para que le cubrieran las espaldas si alguien preguntaba por él, sin explicar por qué tenía que ausentarse con un vehículo. Fue fácil,

pero estuvo todo el tiempo en tensión, la cual iba en aumento conforme se cruzaba con otros vehículos del ejército, temiendo que lo pararan y pidieran explicaciones. Pero sólo una vez vio a lo lejos a la policía territorial; entonces viró y se detuvo ante una tienda, como si estuviera esperando algún mando que estuviera comprando algo. Vio por el retrovisor cómo pasaban de largo y reanudó la marcha ansioso por llegar a su destino. Pero cuando desde lejos vio el puesto de control que tenía que pasar, el corazón se le aceleró y disminuyó la marcha del vehículo.

¿Qué pasaría si Juan no estaba al í como habían quedado? No llevaba ninguna orden que le permitiera salir de El Aaiún, ni se le ocurría qué podía decir. Los compañeros le detendrían, avisarían a su base y le

joderían bien jodido. Maldita sea. ¿Quién le mandaba a él meterse en esos berenjenales? Vio cómo el militar que estaba en el puesto miraba hacia dentro de la garita diciendo algo. De dentro salieron otros dos; uno era Juan. El que lo acompañaba y el que estaba fuera del puesto se retiraron detrás de la garita. Cuando se acercó lo suficiente, Juan abrió el paso. Curro lo rebasó y se detuvo para que subiera.

—¡Qué macho eres, tío! —lo saludó Juan con satisfacción, mientras tiraba dentro del vehículo unas bolsas llenas de víveres y de un salto entraba, cerrando la puerta tras él.

—¿Dónde están el as? —preguntó mientras reanudaba la marcha, deseoso de terminar con aquel o.

—Las encontraremos un poco más adelante —respondía mientras le palmeaba la espalda y le decía—: ¡Eres un fiero, tío, un fiero!

—¿Y éstos qué? —preguntó haciendo un gesto con la cabeza hacia el control que dejaban atrás.

—No te preocupes. No nos han visto, estaban meando.

A Curro le hubiese gustado repetirle que estaba loco y echar una risotada, pero estaba demasiado tenso y siguió conduciendo en silencio.

Unos kilómetros después Juan le pidió que parara. Curro obedeció. Miró a su alrededor pero no vio a nadie. Juan, asomado por la ventanilla, lanzó

una especie de grito gutural, como el que usaban los saharauis. Después de unos segundos bajó del vehículo y anduvo unos pasos hacia la parte trasera del vehículo saludando en *hasanía*. Curro, desconcertado, bajó también del vehículo. ¿De dónde puñetas habían salido? Alí no había ningún sitio donde pudieran esconderse. Abrió la parte trasera del vehículo para que se acomodaran, mientras Juan seguía con su especie de

saludo. Una vez acomodadas, Curro le tendió una manta a Juan diciéndole:

—Si notan que nos detenemos o algo raro, que se tapen y se acurruquen lo más que puedan.

Juan le pasó la manta a la mujer diciéndole unas palabras ininteligibles.

Después subieron y reanudaron la marcha.

—¿Hablas el *hasanía*? —preguntó sorprendido.

—Ja, ja. —Rió—. No, sólo cuatro palabras sueltas que me han ido enseñando.

Hacía más de ocho horas que se alejaron de El Aaiún. En algunos tramos consideraron que seguir por carretera era demasiado peligroso y lo

hicieron por el desierto. Estaban agotados cuando divisaron a lo lejos, desperdigados por el desierto, unos doce camiones repletos de población civil. Un Land Rover circulaba dirección a ellos a demasiada velocidad, dando unos saltos impresionantes en el terreno pedregoso del desierto. Si encontrarlos les había producido alivio, sólo había durado unos minutos, pues aquel vehículo no presagiaba nada bueno. Curro y Juan tantearon sus armas. El vehículo se detuvo frente a ellos con una nube de polvo a su alrededor. Un saharauí vestido de militar y armado bajó presuroso gritando:

— *Isconder* el camión. *rifugiaros siparados*. Avión, avión marroquí.

Tardaron sólo unos segundos en comprender, mientras veían a los saharauís ponerse a cubierto. Juan llevó a las mujeres hasta un arbusto y las apostó allí. Curro trató de camuflar el vehículo bajo la copa inclinada de una *thaja* y corrió a refugiarse a unos treinta metros del vehículo. Le hubiese gustado estar cerca de Juan, pero cuanto más desperdigados estuvieran, mejor. Desde su posición lo veía: se había separado de las mujeres unos metros, refugiándose él también en un arbusto, desde donde le hacía señas indicándole que había actuado bien. A pesar de la situación, sonrió. Poco después comenzaron a oír el rugido de la aviación: eran tres cazabombarderos F16 de las fuerzas reales marroquíes, de

fabricación estadounidense. Pasaron justo por arriba del grueso de la caravana; todos contuvieron la respiración. Pasaban, pasaban, pasaban. . Parecía que el tiempo se hubiese detenido, todo se había detenido en el desierto: ni el viento se movía, nadie respiraba. Por fin comenzaron a alejarse, pero nadie se movió. De repente viraron.

—¡Mierda, nos han visto! —exclamó Curro en voz alta—. Sólo esperaban recibir órdenes.

Juan miró a las mujeres. La abuela había introducido a su nieta bajo su *melfa* de color negro y, arrodillada sobre ella, miraba a Juan angustiada.

Éste le indicó con la mirada que no se movieran. Desde sus posiciones pudieron ver el retorno de los F16 y cómo se desprendía de sus panzas aquella masa mortífera, primero una, después otra y la tercera, impactando una tras otra. El suelo osciló bajo sus cuerpos y se produjo un gran estruendo. Se levantó una inmensa masa de polvo que se expandía en altura y volumen, mezclándose con cuerpos mutilados, piedras y hierros arrancados de los vehículos. El viento dirigía el polvo hacia el oeste; los aviones viraban de nuevo para dar otra pasada. Curro vio

entre la cortina de polvo cómo Juan abandonaba su refugio, corriendo tras los aviones y disparando su cetme mientras gritaba:

—¡Hijos de puta, hijos de puta! ¡Son civiles! ¡Nosotros hemos respetado a vuestros civiles, hijos de puta! .

Era la primera vez desde que lo conocía que le veía actuar presa de los nervios, sin evaluar sus actos. Lo suyo era retransmitir los partes de las refriegas como si de un partido de fútbol se tratara, aunque oyera el silbido de las balas que le pasaban por arriba de la cabeza. Corrió en dirección a él. Estaban protegidos por la cortina de polvo y a la retaguardia de los aviones, así que tal vez no los hubieran visto. Se tiró sobre él, derribándolo al suelo, y lo aplastó literalmente con su cuerpo tratando de calmarlo.

—Juan, tranquilo, tranquilo. No puedes darles y tal vez no han visto a la abuela.

Otras tres bombas impactaron. Juan las sintió estallar dentro de su pecho, estrelló su cabeza contra el suelo de pura desesperación y comenzó a llorar en un llanto convulsivo que asemejaba la tos de un perro.

—Tranquilo, Juan, tranquilo. Ya se marchan.

Aflojó un poco la presión que ejercía sobre él. Ahora su llanto se

normalizó, sin dejar de repetir:

—Hijos de puta, hijos de puta. .

Una nueva cortina de polvo los envolvió. Esperaron sin moverse un tiempo. El polvo comenzaba a desvanecerse, el rugido de los aviones era

imperceptible, pequeños focos de fuego aquí y al á salpicaban el paisaje.

Vieron que algunos comenzaban a moverse.

—Vamos con las mujeres —sugirió Curro y al mirarlo se dio cuenta que a Juan le sangraba la nariz.

—Los marroquíes no te matarán, pero otro cabezazo de éstos y no lo cuentas.

Consiguió que Juan esbozara una sonrisa. Se acercaron a las mujeres, que aún no se movían. La abuela puso su mano sobre el rostro de Juan.

— *Sukran* 4 —dijo mientras lo acariciaba—. *Sukran* —repitió mirando a Curro.

Juan tomó su mano huesuda de gruesa piel reseca como aquel pedregoso desierto y se la besó. La niña seguía bajo la *melfa* de su abuela, viendo todo como a través de un *burca*. Su abuela se apresuró a sacársela

de al í; la niña no había llorado, tenía la mirada perdida, estaba conmovida. La abuela la abrazó y le dijo en *hasanía*:

—Estamos a salvo, estamos a salvo. Ya pasó todo. —Y miró a Juan con ojos suplicantes ante el estado de su nieta.

Nuevamente llegaron hasta ellos los hombres de antes, apremiaron a las mujeres para que montaran en su vehículo y a ellos les dieron las gracias.

Curro, mirando dónde estaban los demás, preguntó:

—¿Podemos ayudaros con los heridos? ¿Habéis sufrido muchas bajas?

—Ya *habís hecho* mucho. *Tinéis* que *marcharos* y nosotros también.

Juan dejó junto a las mujeres las bolsas de víveres y las garrafas de combustible. El vehículo arrancó y la abuela, sentada en la parte trasera, agitó la mano mientras decía:

— *Sukran, sukran.*

Juan le mandó un beso al aire.

Vieron cómo se detenían junto a los demás y cómo se afanaban en recoger a los heridos y muertos. Se hacinarían todos en los vehículos que aún les quedaban y marcharían a una suerte incierta. Ellos también marcharon en dirección contraria, de vuelta a El Aaiún. Dormirían por el desierto, pues era peligroso circular por El Aaiún después del toque de

queda. En el control de entrada, si no habían surgido imprevistos, no

4 Gracias.

tendrían ningún problema a la mañana siguiente, y en su base esperaba que fuese alguien conocido, que no le pusiera muchas pegas.

Cuando a la mañana siguiente se abrazaron nuevamente en despedida, sabían que ya no volverían a verse en aquellas tierras.

La actividad en el puerto seguía sin descanso. Se tenía mucha prisa por sacar de allí todas las pertenencias de España y los buques no paraban de hacer viajes de ida y vuelta a las islas, con enseres y ejércitos. Curro fue de los últimos en salir, pues se quedó como voluntario para dar protección al aeropuerto. Finalmente, también él embarcó rumbo a puerto Rosario, pero sólo para volver unos días después, puesto que aún quedaban personal civil en la zona.

Se ubicaron en el acuartelamiento Rayen Masur, pues otros

acuartelamientos ya estaban ocupados por los marroquíes. Fueron días tensos, pues ahora ya se sabían solos y por la zona pululaban dos ejércitos enemigos de los españoles: el Polisario y los marroquíes. Con todo, tomaron champán y fumaron Farias el día de Navidad. Por fin, el 12 de enero, un día frío y gris, desde la borda del buque Aragón vio cómo el Sáhara se alejaba de él. No supo qué era más grande, si su desierto o la losa que aplastaba su alma. Lo que sí tenía claro es que su espíritu siempre estaría con el Sáhara.

Poco más de un año estuvo aún con los legionarios por diferentes cuarteles de la península, teniendo cada vez más claro que el Ejército no tenía nada que ver con él. Por fin quedó libre de su compromiso al finalizar los dos años y volvió a su casa. Trajo consigo dos cosas desde su estancia en el Sáhara: una pulsera de plata que unos años después iría a parar al fondo de una caja de botas, junto con otros recuerdos de la época, y unas pesadillas sobre bombardeos, territorios minados y explosiones que lo acompañarían para toda la vida

Capítulo XX

Estaba exhausta cuando terminó de leer el diario. Aquel amor juvenil que sintió por Curro hacía tantos años la invadió de nuevo como si nunca hubiese desaparecido y sólo hubiese estado guardado dentro de una caja, como el diario de Curro, y al abrir la caja la había invadido de nuevo con la misma fuerza. Deseaba ver a Curro y abrazarlo para compensarlo por todos aquellos sufrimientos y amarlo hasta que él se sintiera complacido, sereno y en paz.

Se acercó hasta la ventana que daba a la terraza. El jardinero ya se había marchado, por lo que supuso que debían de ser más de las seis de la tarde, y ella ni siquiera había comido. Desandó los pasos que la separaban de aquellos recuerdos de Curro, miró la pulsera y la acarició entre sus dedos, guardó todo dentro de la caja y la tapó sin atarla. Después de coger una toalla, se dispuso a tomar un baño en la piscina. El agua fresca le hizo bien; se recreó unos momentos en las sensaciones que le transmitió Curro

la última vez que estuvo con él y, sin poder separar una cosa de otra, visualizó también a Luisa y a Nayara. Supo que siempre sería así, lo que la reafirmó en que aquella había sido la última vez. Salió de la piscina decidida y después de secarse se preparó una ensalada y un café. Una vez reconfortada físicamente l amó a Luisa, quien como siempre descolgó a la primera:

—Dime, Carmen. —Sin saludos, sin preámbulos.

—Te l amo por la caja que has dejado en mi casa. No entiendo qué propósito tienes.

No sabía cómo continuar así que cal ó.

—Bien. . —Pausó Luisa mientras reflexionaba—. Te dije que hoy hablaríamos. Me acerqué a tu casa para que lo hiciéramos y, de paso, darte esa caja que te pertenece.

Carmen fue tajante al responder:

—Son cosas de Curro, no mías.

—No quiero tratar esto por teléfono. ¿Podemos vernos?

—Estoy en casa. Puedes acercarte cuando quieras.

—Está bien. Salgo hacia al í. Lo que tarde en llegar.

Pocos minutos después las dos mujeres se encontraron. Las dos daban muestras de cansancio emocional y las dos sabían que la otra había llorado hasta la extenuación; no tenían que fingir. Estaban sentadas en la terraza de Carmen, frente a la piscina; las separaba una pequeña mesa auxiliar sobre la que Carmen había depositado una bandeja con dos vasos y una jarra de zumo recién exprimido. Era una calurosa tarde de verano, pero aquella terraza era fresca y olía al césped recién segado, se respiraba paz. Carmen sirvió los vasos y le acercó uno a Luisa. Sus ojos se encontraron. Ninguna de las dos dio muestras de rivalidad, se respetaban la una a la otra. Los ojos de Luisa se perdieron sobre el suave balanceo del agua de la piscina cuando preguntó:

—¿Lo has leído?

—Sí.

—Te amaba mucho.

—Eso parece. Yo también lo amé mucho. Éramos jóvenes. Fuimos nuestra primera experiencia —confesó con sinceridad y dulzura.

Las dos se recostaron en sus respectivos sillones. Carmen cerró los ojos y Luisa, con la mirada perdida, comenzó a decir aquello que tenía que decir:

—Cuando Curro volvió a su casa después de dejar el ejército, encontró un par de cartas que Juan le había mandado y que su madre no se tomó la molestia de hacerle llegar, pensando que él iría a casa en algún permiso. Así que, pasados unos días, cuando ya había arrancado su moto, que después de tanto tiempo parada se mostraba perezosa, tras ir a tu pueblo y pasar por tu calle a diferentes horas, después de encontrarse con sus amigos, con los que le pareció que ya no tenía nada en común, se amó a Juan y quedaron para verse. Juan apenas hacía unos meses que había abierto su despacho y cuando Curro lo vio todo trajeado, se sintió incómodo. Pero Juan lo abrazó con la misma emoción con que lo abrazó cuando se separaron en el Sáhara y comenzaron a conversar de sus recuerdos y de sus secuelas emocionales. Para Curro fue como encontrar en un país extranjero a alguien que hablara su mismo idioma, de modo que buscó la compañía de Juan en más ocasiones. Le contó que no se

sentía a gusto en su casa, pues su madre lo seguía tratando como un niño; no terminaba de encontrar su sitio en su propia casa. Juan le confesó que a él le pasó lo mismo, por lo que se había independizado y, aunque vivía

en el mismo Alzira y visitaba regularmente a sus padres, tenía su propia casa. Acordaron que eso mismo sería lo mejor en el caso de Curro. Poco después Juan supo de un trabajo de mecánico en un taller de Alzira y llamó a Curro, buscaron un piso en alquiler y Curro se vino definitivamente a Alzira. Yo fui de las primeras en conocerlo cuando llegó, puesto que he sido amiga de Juan y de sus hermanos desde siempre.

»Supe que le amaba desde el primer día que lo conocí, pero a él le costó integrarse en el grupo: era muy reservado y sólo parecía sentirse cómodo cuando estaba con Juan. Me costó mucho trabajo, pero al final conseguí hacerme su amiga: conseguí tomar un café con él a solas, ir al cine con él a solas y hasta conseguí besarle; lo que nunca conseguí fue que él tomara la iniciativa. Me desesperaba y me sentía avergonzada de ponerme tan en evidencia por un muchacho que no mostraba ningún interés en mí, pero al mismo tiempo intuía que mis muestras de cariño le hacían bien y yo quería hacerle feliz. Le rogué a Juan que me contara qué pasaba con Curro, pero me respondió que sólo Curro tenía derecho a hablar de su vida, que le preguntara a él clara y llanamente lo que yo quisiera saber, y que si conseguía a Curro, tendría al hombre más fiel de la Tierra. Estaba irritada con Juan por no haberme contado nada, intrigada por lo que Curro ocultaba y alentada por que Juan me había animado a

preguntarle a él directamente. Lo que no estaba era preparada para lo que tuve que oír al principio, y a punto estuve de echarlo todo a perder.

Luisa cerró los ojos y sonrió con dulzura al recordar lo sucedido.

Carmen guardó silencio esperando que retomara el relato:

—Estábamos dentro de mi coche. Yo lo besaba. Sabía que estaba a mi merced porque respondía a mis caricias casi con desespero, de modo que me lancé y dije:

»—Curro, cielito, quiero ser tu novia.

»Fue como clavarle un navajazo. Se quedó quieto, tenso. Después se dejó caer hacia atrás en su asiento, pegó la cabeza al respaldo, cerró los ojos, como si terminara de suceder algo que temiese y que estaba esperando al mismo tiempo, y dijo:

»—No puede ser, yo ya tengo novia.

»Ahora el navajazo lo recibí yo. Durante un tiempo ninguno de los dos dijo nada. Después le pedí:

»—Vete. Baja de mi coche y vete.

»No quería que me viera llorando, pero las lágrimas se precipitaban

mejil as abajo sin darme tregua. Hasta que fuese un criminal habría admitido, pero que saliera conmigo teniendo novia no cuadraba con mis expectativas. Además, su reacción daba a entender que prefería a la otra en vez de a mí; no podía soportar tanta humil ación y tanto dolor. Exasperada volví a repetir que bajara de mi coche. Él entonces me miró y me pidió que lo dejara explicarse, pero.. ¿qué había que explicar? Tenía novia y no estaba dispuesto a romper con el a por mí.

»—Hace años que no la veo. —se apresuró a decir ante mi estado de ánimo y en previsión de que la humil ación me cegase y no tuviéramos una nueva ocasión para hablar.

»En mi ofuscación tuve la lucidez de pensar que si Juan hubiese sabido que tenía novia me hubiese prevenido; la amistad que tenía con Curro no empañaba la que tenía conmigo. Además, me había animado a preguntarle, así que me quede cal ada, dándole ocasión a que él hablara. Curro me contó vuestra historia: cómo te quedaste embarazada, cómo tu embarazo no fue recibido con agrado, cómo su madre te animó a abortar, cómo tú desapareciste y que no había vuelto a saber de ti. Yo no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Curro no sabía dónde estabas, ni siquiera si continuabas con vida o si habías rehecho tu vida con otra persona, pero él se sentía comprometido contigo. Nos dimos una tregua

para pensar en el asunto y quedamos en vernos dos días después. Antes de despedirnos le pedí que me contestara a una pregunta.

»—¿Me quieres?

»—Sí, pero no sé cómo reaccionaría si viera aparecer a Carmen —me respondió. Bajó de coche y se alejó dejándome hecha un mar de llantos.

»Dos días después nos vimos como habíamos acordado. Me dijo que no quería lastimarme, pero tampoco quería mentirme, entonces me dio todo lo que has encontrado en la caja diciéndome que siempre se sentiría atado a ti, al menos hasta saber qué había sido de tu vida, y que si te volvía a encontrar, no podía asegurarme que no se fuera contigo. En esa ocasión no nos emplazamos para ninguna fecha; yo sólo tenía que devolverle su diario cuando terminara de leerlo. Seguramente pensó que yo no querría saber nada de él después de aquello y que le devolvería el

diario con un recadero. Pero cuando asimilé lo que os sucedió, le I amé, le dije que lo entendía y que estaba dispuesta a correr el riesgo. Si tú alguna vez aparecías, él sería libre para actuar como considerara oportuno. Lo cierto es que nunca pensé que pudieras aparecer por nuestra vida. Así que

seguí tomando la delantera y le pedí que nos casáramos. Después conseguí que aceptara tener un hijo, cosa a la que en un principio se negó. Pero después del nacimiento de Nayara pareció que encontramos el equilibrio. Él fue un padre ejemplar y se entregaba en nuestra relación como si se hubiese librado de un sentimiento de culpabilidad. De lo que nunca se ha librado son de las pesadillas de su estancia en el Sáhara. Sé que a Juan le sucede lo mismo. Años después del nacimiento de Nayara dejamos nuestros respectivos trabajos y nos aventuramos a abrir nuestro propio negocio. Todo nos ha ido muy bien y hemos sido muy felices hasta .

Carmen tomó la palabra:

—Hasta que yo aparecí.

—Hasta que hemos tenido que cumplir promesas. Yo prometí que aceptaría la decisión que él tomara si tú algún día aparecías, y así lo haré.

Lo que no consentiré es que me engañéis. —Habló con decisión tajante, pero no había rencor en sus palabras.

Ahora fue Carmen la que comenzó su relato:

—Conocí a Curro en el momento que más falta me hacía la compañía de un amigo. Yo vivía sola con mi padre y aunque era una cría, trabajaba como un hombre en un mundo de hombres. La mayor parte del tiempo

mi aspecto no era el que se supone que tenía que lucir una jovencita. Los chicos me miraban con ojos lujuriosos, pero yo no era lo suficientemente refinada para que se acercaran a mí con algún propósito que no fuera desahogar su lujuria, de manera que tuve que protegerme siendo lo más fría y áspera que podía. Lo conocí a través de Ana. Ya sabes, a la que le mandó aquel as cartas mientras estuvo en el Sáhara. Tal vez Ana le había explicado un poco cómo yo vivía y trabajaba, pues desde el principio la mirada de Curro fue diferente. Él me miraba con curiosidad y hasta a veces con admiración. Comenzó a visitarme mucho, pero yo no tenía tanto tiempo como él para salir, así que lo invité a que nos acompañara al trabajo. Él nos acompañaba siempre que podía; mi padre se sentía encantado con él y yo fui más feliz que nunca había sido. Nos declarábamos amor eterno, proyectábamos nuestra vida, planeábamos

tener hijos. Él quería al menos dos varones, puesto que él no tenía hermanos. Solía decir:

»—Primero dos varones y después todas las niñas que tú quieras, pero que sean como tú, preciosas.

»Yo me reía pensando que sería una mujer rodeada de hombres. Era muy feliz y fui muy feliz cuando me di cuenta de que podía estar embarazada. Él estaba terminando el periodo de instrucción y no mostró tanto entusiasmo como yo. Me pidió que me asegurara antes de decir nada a nadie. Me hice una analítica en una farmacia de la capital, por aquel o de las habladurías del pueblo, y cuando tuve la confirmación me fui pletórica de felicidad al cuartel a darle la noticia. No sabría definirte su reacción, pero por supuesto no tenía nada que ver con lo que yo esperaba después de las conversaciones que habíamos tenido al respecto, pero pensé que sería por la presión que tenía en el cuartel, puesto que no podía salir a no ser que le dieran permiso y no podíamos vernos cada día como hacíamos antes, así que trate de no darle más vueltas.

»Al día siguiente, cuando llegaba a casa, la bruja de su madre me esperaba unas calles antes de llegar a mi casa. Era evidente que yo no era lo que él deseaba para su hijo, así que nunca me tragó, motivo por el que Curro pasaba más tiempo en mi casa que en la suya. Me hizo el alto con la mano y cuando bajé de la furgoneta me espectó que Curro no se casaría conmigo, pero que estaban dispuestos a pagarme el aborto, cosa que ya había hablado con mi padre. Sentí tal angustia de pensar cómo mi padre se había enterada de mi estado que a punto estuve de devolver al í

mismo. Cuando llegué a casa discutí con mi padre. Me sentí acorralada y tuve miedo por mi hijo. Recogí mis cosas y me fui de allí para siempre. Cuando llegué a Madrid me sentí desvalida. Las cosas no fueron fáciles pero me las arreglé bastante bien dadas las circunstancias. Cuando nació Rafael fue cuando comencé a tener verdaderos problemas, pero junto con Rafael llegó a mi vida un ángel de la guarda, el padre Vicente, un sacerdote que nos cuidó y ayudó más allá de lo que se consideraría normal. —Carmen pausó para reír—. Ja, ja, ja. . Pobre Vicente, hasta ayer fui a llorar en su hombro.

Luisa la miró interrogante.

—Ayer estuve en Madrid. Vicente me dejó como una balsa de aceite, pero seguro que él está hecho un manojo de nervios —aclaró. Y añadió hablando como para sí—: Tengo que llamarlo y tranquilizarlo. —Acto seguido reanudo su monólogo—: Durante estos años en Madrid he

tenido varios trabajos de poca monta, hasta que comencé a trabajar para Eugenio. El resto ya lo sabes.

—¿Cómo conociste a Eugenio?

—Lo conocí apenas nació Rafael. Es hijo de Estíbaliz, una mujer muy rica que colaboraba con el padre Vicente en sus obras benéficas. Gracias a él me contrató en su centro de educación infantil, lo cual permitió que me ganara su confianza y propició que su hijo pasara mucho tiempo con nosotros, de manera que Rafael y Eugenio crecieron juntos, casi como hermanos. Después, cuando Eugenio estuvo al frente de la promotora, me contrató para que supervisara las compras que se hacían y poco a poco tomé soltura en este trabajo.

—Y. . ¿nunca estuviste con ningún hombre? —interrogó Luisa incrédula.

—No, nunca tuve ni tiempo, ni ganas.

—¿Y. . el tal Vicente, el sacerdote? —se atrevió a preguntar.

Carmen rió de nuevo pensando cuánta gente en Madrid no habría pensado alguna vez lo mismo.

—No, no. Vicente es para mí un ángel. —Y su mirada se perdió en los recuerdos del pasado.

Las dos guardaron silencio. Unos momentos después Carmen entró en la casa. Cuando salió lo hizo con la caja de botas forrada en papel de regalo deslucida por los años en las manos y se la entregó a Luisa:

—Bien, aquí tienes las cosas de Curro. Gracias por dejar que las vea.

Luisa la rechazó mirándola a los ojos con tristeza.

—Son tuyas. Curro escribió ese diario para ti.

Carmen se arrodiló con parsimonia como si estuviese realizando un ritual frente a ella, dejó la caja sobre sus rodillas y le dijo con ternura:

—La chica para la que fue escrito ese diario ya no existe. Las cosas de Curro tienen que estar en su casa.

Luisa abrió la caja, sacó la pulsera y, después de acariciarla entre los dedos, se la tendió.

—Toma, quédatela, Curro prometió una y mil veces que te la entregaría. —Su voz sonó triste—. Curro ya ha cumplido su promesa.

Bajó los ojos avergonzada. La pulsera sólo fue algo por lo que aguantó en tiempos difíciles, sólo tuvo significado para él. Mintió. El relato de la pulsera también había llegado a ser muy importante para ella, pero la

pulsera en sí misma sólo era un trozo de plata que pertenecía a Curro. La dejó caer dentro de la caja y la tapó. Luisa ató el cordón a su alrededor.

Ambas se pusieron en pie. Luisa dejó la caja dentro del coche. Oyó la voz casi suplicante de Carmen:

—¿Sigues pensando que los chicos tienen que saber que son hermanos?

—Sí. Y que tú y Curro tenéis que hablar.

—Luisa, déjalo ya. —Estaba cansada de aquel o—. No hay nada de qué hablar.

—Eso tenéis que decidirlo juntos.

Entró en el coche sin mirarla. Cuando puso el motor en marcha, la miró y le sonrió con tristeza. Carmen vio cómo abandonaba su casa, después cerró la verja. Estaba cansada, muy cansada, y el día siguiente tenía trabajo acumulado de dos días. Sabía que no sería fácil que durmiese aquel día a la noche, pues lo único que había hecho en todo el día era conducir y leer, así que se vistió unas bermudas elásticas, se calzó unas zapatillas de deporte y salió a caminar un par de horas, pero ni siquiera así tuvo un sueño reparador, pues las vivencias de Curro en el Sáhara cruzaban a su mente una y otra vez, cual relámpago que ilumina un momento una noche oscura de tormenta.

Los dos días siguientes se entregó a su trabajo obligándose a no pensar en nada más, pero apenas lo pudo conseguir, y de repente ya era sábado; su hijo llegaría a la hora de la comida y aún no sabía qué le iba a decir. Curro, en cambio, había hablado con Nayara la noche anterior. La

joven había pasado la semana durmiendo en casa de una amiga y esa misma noche del viernes salía junto a la familia de su amiga a pasar el fin de semana en el apartamento que poseían en Benidorm. Ya tenía la maleta preparada, pero su madre le había hecho sentarse en una de las butacas del salón, pues su padre tenía algo que decirle antes de que se marchara. Resultó mucho más fácil de lo que Curro había pensado en un principio. De cualquier forma, lo había repetido tantas veces mentalmente que le salió todo de retahíla.

—Bien, cariño —comenzó su discurso Curro dirigiéndose a Nayara—. Ya sabes que el papá tuvo una novia varios años antes de conocer a la mamá.

Pausó. Nayara estaba impaciente por marcharse a Benidorm, que en aquel as fechas era un hervidero de gente y de posibilidades de conocer a

algún chico del que enamorarse, y toda aquel a puesta en escena que habían preparado sus padres sonaba a problemas de adultos y a confesiones para las que el a no estaba preparada. No, el a no quería saber de problemas, el a deseaba que todo siguiera igual, que sus papás fueran

una pareja moderna y no tener más problemas que el de aprobar los estudios y elegir los zapatos adecuados para cada vestido. Aun así presto atención. Sus padres estaban tensos, sentados ambos frente a él. Miró a su madre para ver cómo encajaba el que su padre le hablara de su antigua novia y de repente cayó en la cuenta de que él ya sabía lo que iba a contarle su padre:

—¿Y? —Lo apremió para que siguiera hablando y terminar con aquel teatro.

—El caso es que ella desapareció de mi vida poco antes de que yo marchara al Sáhara y nunca más la volví a ver.

—¿Y? —Se impacientó.

Curro miró a Luisa, tragó saliva y en un hilo de voz continuó:

—Ella estaba embarazada y nunca supe si dio a luz, si había muerto o qué era lo que había ocurrido con ella.

Volvió a pausar.

Nayara tuvo la impresión de que los ojos de su padre se llenaban de lágrimas, o por lo menos a ella le pareció. Su madre estaba tan rígida que de haberle dado un golpe en un costado, la habrían tumbado toda de una pieza.

—¿Y? —volvió a preguntar, esta vez con desespero.

Curro miró nuevamente a Luisa y ahora sí, visiblemente emocionado, continuó:

—Pues que tienes que saber que tienes un hermano mayor. Es el hijo de Carmen, nuestra clienta de Madrid.

Pausó, pero ahora Nayara no dijo nada. Tenía la mirada clavada en su padre, una mirada incrédula, llena de interrogantes que no acertaba a materializar. Escuchó lejana la voz de su madre:

—Hemos sabido de su existencia esta semana y creemos que tienes derecho a saberlo. Se llama Rafael y está casado. Si quieres puedo conseguir una foto para que lo conozcas.

Miró a su madre como si estuviera en otra galaxia. No sabía cómo tenía que reaccionar. No quería saber nada de aquello. Entendía que sus padres debían decírselo, pero ella no quería saberlo.

—No, no quiero conocerlo.

Se levantó, le dio un beso a su madre en la mejilla y a Curro ni lo miró.

—Me voy, me están esperando.

—¿Estás bien? —preguntó Luisa mientras vio cómo su hija arrastraba

la maleta y salía de la estancia.

—Sí... Sí, mamá, bien. Hasta el lunes.

La puerta se cerró tras el a.

Curro secó sus mejillas con la mano, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el respaldo de la butaca.

Luisa llamó por el móvil a los padres de la amiga de su hija, alertándolos de que la joven salía de casa y pidiéndoles que la llamaran al día siguiente para saber cómo se encontraba Nayara. La tranquilizaron diciéndole que Nayara estaba en buenas manos y que Benidorm era una buena medicina.

—Bien —dijo al fin—. No ha sido tan difícil.

Curro no respondió, no abrió los ojos, pero a través de sus párpados escaparon dos chorretones de tibias lágrimas. Luisa le dejó solo.

Rafael, junto con Gloria, llegó a casa de su madre pasadas las dos de la tarde. Después de dejar las bolsas en la habitación, Carmen sugirió que se dieran un baño mientras arreglaba la mesa para comer. Juguetearon en el agua; Gloria rozaba insinuante a Rafael en sus juegos. Su esposo había tenido una semana difícil y ella quería transmitirle que podía contar con ella, aunque no siempre supiese estar a la altura de lo que él necesitaba. Carmen se demoró un poco mientras observaba sus juegos desde dentro

de casa. Se sentía orgullosa de ellos: eran una pareja magnífica, jóvenes, trabajadores, dialogantes y llenos de vitalidad. De pronto pensó que tendrían hambre y ya no se demoró más: arregló la mesa en la terraza frente a la piscina y pocos minutos después estaban dando buena cuenta de aquel guisado de ternera que tanto le gustaba a Rafael. Gloria también comía con buen apetito, aunque en un tiempo, antes de conocer a Rafael, había sido vegetariana. Después, al relacionarse con él, consiguió que Rafael cambiara mucho sus hábitos alimenticios, pero parecía que al fin habían conseguido el equilibrio. Hablaron de sus respectivos trabajos, de la cercanía de las vacaciones, de esto y de lo otro, y fue en los postres,

cuando estaban degustando un delicioso helado de pistacho, que Rafael mirando a su madre dijo:

—Habíamos quedado en que tenías algo que decirme de mi padre. Estoy esperando.

Carmen se sobresaltó interiormente. Aquella firmeza en la voz de su hijo le hizo entender que ya no era un niño al que proteger, era un hombre con la misma voz profunda y varonil de su padre y ante quien

tenía que confesar sus faltas. Gloria dio un respingo en la butaca y descruzando las piernas se levantó anunciando:

—Bien, yo me echaré un rato la siesta.

Su suegra la sujetó por el brazo.

—Puedes quedarte.

—Sólo si tú quieres que lo haga.

—Sí, quédate, por favor.

Estaba tratando de ganar tiempo, pues aún no sabía por dónde empezar. ¿Cómo decirle a su hijo que huyó de casa porque su padre no quería tener un hijo? Ahora, después de leer el diario y de lo que había pasado con Curro, no sabía distinguir si aquel o había sido una realidad o una quimera suya. De lo que sí estaba segura era de que tanto su abuela como su abuelo pretendían que abortara. ¿O simplemente la estaban probando para ver si ella deseaba realmente tener aquel hijo? Hacía ya demasiado tiempo, había intentado olvidar todo aquel o, había sufrido demasiado emocionalmente y las imágenes y los hechos parecían distorsionarse en su mente. ¿Cómo explicarle a un hijo el error de antaño de una madre? Habló trémula en un hilo de voz:

—Verás, Rafael, ya sé que siempre te he dicho que tu padre había muerto antes de que tú nacieras, pero lo cierto es que estaba cumpliendo

con el servicio militar, que en aquel entonces era obligatorio, y no estaba en condiciones de asumir la obligación de un hijo. Yo me sentí un poco decepcionada y en mi enfado huí. Él no volvió a saber nunca más de mí ni de ti, pero al regresar a Valencia nos hemos visto y sabe de tu existencia. Como sea, él está casado y tiene una hija. Su mujer considera que tienes que saber que tienes una hermana. —Paró en seco, en parte porque no sabía cómo continuar y en parte porque Rafael comenzó a pedir explicaciones.

—Mamá, mamá, para un poco. ¿Estás diciéndome que mi padre está vivo?

—Sí.

—¿Dices que está casado con otra y que tengo una hermana?

—Sí.

—¿Qué te hizo, mamá? ¿Te abandonó?

Rafael estaba indignado y parecía dispuesto a vengar la ofensa a su madre. Gloria lo miraba entre asustada y compasiva.

—Oh, no, Rafael —se apresuró a responder—. Yo me fui.

—¿Por qué, mamá? ¿Se aprovechó de ti y después no quiso hacerse responsable?

—No, no se aprovechó de mí; nos amábamos mucho.

—Entonces ¿por qué te fuiste?

Carmen abrió la boca desmesuradamente. Hacía ademanes con las manos, pero no acertó a decir nada.

—Mamá, no me mientas más. Dime qué pasó.

Rafael se había puesto en pie y daba pequeños paseos alrededor de su madre y de su esposa. Hablaba con tanta firmeza que Carmen y Gloria se sentían intimidadas. Su madre sólo acertó a decir:

—Nos amábamos mucho, nos amábamos mucho.

Rafael se agachó en cuclillas frente a su madre y la sujetó por los hombros, mirándola a los ojos.

—Entonces ¿por qué te fuiste, mamá, por qué?

Era la primera vez que él recordaba ver a su madre en tal estado de confusión, pero no se iría de aquella casa sin saber aquello que su madre nunca había querido contarle, sin saber qué le llevó a su madre a no querer hablarle de su padre. Su madre titubeó para decir, en voz demasiado apagada:

—Tuve miedo.

—¿De quién mamá?, ¿quién quería hacerte daño? —preguntó pausadamente bajando el tono. No quería interrumpir los pensamientos de su madre, no quería forzarlos, lo que pretendía era que fluyeran y poder saber de una puñetera vez el secreto de su madre.

Su madre lo miró extrañada:

—A mí nadie quería hacerme daño.

Rafael se levantó de un salto, incapaz de soportar la incoherencia de su madre. Abrió las manos como para recuperar la paciencia y levantó la voz:

—Entonces ¿de qué puñetas tenías miedo?, ¿por qué huiste?

Carmen comenzó a hablar apresuradamente sacudiendo la cabeza en negación, mientras su mente luchaba por encontrar una imagen positiva de aquel día para relatarle a su hijo. Pero no, no la encontraba y seguía sacudiendo la cabeza.

—Yo no quería que te mataran. La madre de Curro quería que abortara; habló con mi padre y lo convenció. Mi padre no quería que yo pasara por aquel a vergüenza. No me dejaron hablar, no pude explicar. Mi

embarazo no era una vergüenza. Nos amábamos tanto, habíamos hablado tanto de nuestros hijos. . Aquel o no tenía nada que ver con el matrimonio, eran cosas diferentes, pero no querían escuchar, sólo pensaban en el aborto, y yo no quise exponerme. Aquel a misma noche me fui para siempre. —Carmen l oraba entrecortada.

La mente de Rafael trataba de asimilar las palabras de su madre: «La madre de Curro», había dicho. ¿Era Curro su padre?, ¿sería el mismo Curro con el que había estado en el cine la semana anterior?

Se agachó nuevamente frente a su madre:

—¿Y Curro?, ¿qué dijo Curro al respecto?

Carmen dejó de l orar, se enjugó las lágrimas, recobró la compostura y dijo:

—Cuando supo que efectivamente estaba embarazada, sólo dijo que en ese momento no podía tener un hijo.

—¡Maldito hijo de puta! —Se puso de nuevo en pie, mientras se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra.

—Fue la última vez que lo vi. Al día siguiente su madre fue a ver a mi padre.

Carmen, ahora completamente serena, hablaba con una visión clara de lo sucedido y, a pesar de que junto con los hechos de aquel día contó

también la buena relación que tenía con su padre y lo mucho que Curro la amaba, Rafael seguía con la impresión de que Curro fue un sinvergüenza que se aprovechó de su madre.

—Curro nunca se aprovechó de mí —argumentó Carmen.

—No, mamá —respondió Rafael con impaciencia—. Sólo te hizo una barriga y te abandonó.

—Él no me abandonó; yo me fui.

—Porque él no quiso hacerse responsable.

—Él no tenía que hacerse responsable de nada. Sólo le di una información que tenía derecho a saber; no le pedí ninguna responsabilidad.

Ahora, los dos levantaban la voz.

—¡Eres tremenda, mamá! ¡Qué fácil lo tendrían los hombres si todas las mujeres fueran como tú!

—¡Rafael! —Carmen gritó su nombre como una censura—. Me estás ofendiendo. No entiendes lo que trato de explicarte.

—¿Yo te ofendo y él te quería? ¿Por qué lo defiendes? —gritó Rafael

incrédulo y fuera de sí.

—No lo defiendo a él, te estoy defendiendo a ti —sentenció Carmen con voz comedida.

—¿A mí?, ¿me estás defendiendo a mí? ¿De qué, de quién?

—De ti, te estoy defendiendo de ti mismo, de que equivoques tu juicio. Tu madre no fue una cabeza loca y tu padre no fue un sinvergüenza.

Pero Rafael no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, se sentía demasiado ofendido:

—¿Que no quieres que equivoque mi juicio? Durante toda mi vida me has estado mintiendo acerca de mi padre. Ahora me dices que él no estaba dispuesto en ese momento a ser padre y que tuviste que huir porque no te sentías segura. ¿Qué juicio crees que puedo hacerme? — Cal ó sólo un momento para con voz queda decirle a su madre—: ¿Sabes cuántas veces deseé tener un padre?, ¿cómo deseaba saber cosas de él? — La miró a los ojos—. ¿Sabes cuántas veces pensé que el padre Vicente era mi padre?

—¡Rafael! —gritó incrédula su madre.

—¿Qué quieres, mamá? Fue lo más parecido a un padre que tuvimos Eugenio y yo. Nos explicaba las lecciones, jugaba al balón con nosotros,

nos llevaba de excursión, nos integraba en sus trabajos. . Él fue quien nos corrigió en nuestra primera borrachera, él fue quien nos ayudó con el tema de las chicas, él fue quien nos enseñó a bailar. Fue el único hombre

que tuvimos como referencia... ¡y era un sacerdote, maldita sea! ¿Sabes cuántas veces deseé que él fuera mi padre? ¿Y sabes cuántas veces lo odié por entrometerse en nuestra vida? No, no lo sabes porque tú vivías protegiendo tu aura de misterio, y cuando alguien quería acercarse a ese misterio, lo protegías con mentiras. Pero yo necesitaba saber quién era mi padre, necesitaba saber que me amaba y que me hubiera protegido como lo hacía el padre Vicente. —Derrumbado, se arrodiló frente a su madre, apoyó los brazos en sus piernas y l oró como un niño.

—Mamá, yo quería un padre. Quería contar a mis amigos cómo era, quería. . —Sol ozó.

Gloria seguía cal ada. Nunca había visto a su esposo en aquel estado, nunca lo había visto l orar. Era doloroso ver a aquel hombretón de un metro noventa, aquel os ochenta y cinco kilos de musculatura arrodil ado frente a su madre, l orando en su regazo como un bebé. Gloria también

solozaba.

Carmen, en un intento desesperado por consolar a su hijo, le acariciaba el pelo.

—Rafael, Rafael, hijo. . Yo lo único que pretendía era que no sufrieras.

Perdóname, perdóname.

Y buscó en sus adentros algo por lo que pedir perdón pero no lo halló; quería consolar a su hijo. Cuando la crisis remitió, siguieron hablando, esta vez de manera más comedida. Carmen sabía que era difícil para un joven de esta época, educado en libertad en una capital como Madrid, comprender la mentalidad de sus abuelos y las circunstancias de un pequeño pueblo de provincia, pero lo intentó de nuevo. Lo único que consiguió fue que su hijo le hiciera notar que en su pasado había muchos puntos oscuros.

—¿Tienes familia aquí en Valencia y tienes tierras? —le preguntó.

—Sí, lo que producían esas tierras es lo que me permitió pagar el piso y tus estudios en un principio, pero ya hace años que no producen nada y ya nadie se encarga de ellas.

—Ahora que estás en Valencia, tendrás que solucionar también esas cosas.

La conversación iba discurriendo por otros senderos ya más relajados,

pero Carmen no se sentía satisfecha. Ciertamente era que Rafael ya sabía que tenía una hermana y quién era su padre, pero no había conseguido disipar la idea de que éste fuera un sinvergüenza y sabía que eso le haría daño a

su hijo toda la vida. Se excusó un momento, entró en la casa y desde la habitación llamó a Luisa. Después de saludarla le informó de que Rafael estaba allí y que ya sabía lo que tenía que saber, pero que le costaba entender que en toda aquella relación hubiese habido algo de amor, y que él pensaba que esa visión del asunto podía hacerle daño.

—Tal vez sería conveniente que pudiera leer el diario de Curro.

Se hizo una pausa muy prolongada. Carmen no sabía qué podía estar pensando Luisa y a punto estuvo de colgar, pero en aquel momento la oyó:

—Claro, puedes pasar a recogerlo cuando quieras.

—Estoy con los chicos, que se marcharán mañana. ¿Podías acercármelo tú?

—Está bien, en unos minutos estoy en tu casa. ¿Quieres que se acerque Curro y hable con él?

—Oh, no, no creo que esté en condiciones de soportar su presencia, y menos sus explicaciones.

—Como quieras.

Colgaron.

Minutos después, sonó el timbre. Carmen se disculpó de nuevo mientras se dirigía al interior de la casa para abrir la cancela.

Su hijo preguntó:

—¿Esperas a alguien?

—Sí, pero será sólo un momento.

Vieron el coche dirigirse hacia el os y detenerse junto a la terraza. De su interior bajó Luisa; los jóvenes no podían dar crédito a semejante desfachatez. Luisa había valorado quedarse fuera y que fuese Carmen la que recogiese el diario, pero llegó a la conclusión de que era mejor para los jóvenes que los adultos actuaran con normalidad y aceptando los hechos. Saludó primero a Gloria dándole dos besos; ésta le devolvió el saludo sin saber si estaba actuando con corrección.

—Hola, Gloria.

Después besó a Rafael, quien la miraba desconcertado y no le devolvió los besos. Luisa no lo tomó en cuenta. Lo miró a los ojos con dulzura y le tendió un sobre abultado que sujetaba en la mano.

—Sé que os marcháis mañana, así que he traído esto para que puedas echarle un vistazo antes de irte. Es un diario que tu padre escribió mientras estuvo en el Sáhara.

—No, gracias. No me interesa —respondió con desprecio, pensando que aquello era el colmo de la desfachatez.

Carmen intervino:

—He sido yo quien le he pedido que te lo traiga. ¿Querías conocer a tu padre?, pues conócelo —dijo con firmeza.

Pero Rafael no se movió. Tuvo que ser Carmen la que tomó el sobre y quien se lo tendió a su hijo, que, por fin, lo tomó. Ante la severidad de la mirada de su madre, le dio las gracias a Luisa, quien, después de besar a Carmen, se despidió diciendo:

—Os dejo, que tendréis mucho de que hablar.

Arrancó el coche y desapareció tras la cancela, que se cerró nuevamente.

Rafael tendió el sobre a su madre diciendo:

—Mamá, yo no quiero. .

Pero ésta no lo dejó terminar. Su voz sonó casi severa cuando le explicó:

—Mira, Rafael, este asunto no ha sido fácil para nadie. El os han tenido que explicarle a Nayara que tiene un hermano. Ahora, a agua pasada, es fácil admitir que nos equivocamos y que debimos de actuar de manera diferente, pero por mucho que nos arrepintamos no podemos cambiar lo sucedido. Lo único que podemos hacer ahora es tratar de que vosotros no os equivoquéis mucho en vuestros juicios.

Rafael tendió de nuevo el sobre a su madre.

—No temas, mamá, no pienso juzgarte.

—No temo que me juzgues a mí, que he vivido contigo todos estos años. Estás juzgando a tu padre y puede que te equivoques. De cualquier forma, saber cómo se sentía te puede ayudar a entender.

Dio por terminada la conversación entrando dentro de la casa y dirigiéndose a la cocina para ponerla en orden después de la comida.

Pocos minutos después, se le unió Gloria, quien la ayudó a guardar los cacharros.

—¿Lo está leyendo?

—Sí, lo he dejado solo por eso.

—Bien, ¿te apetece ver la tele?

—Prefiero leer un rato.

Había pasado muchas horas leyendo el diario de su padre y releiendo algunas partes más de una vez, aunque no le resultó difícil comprender que su padre se alistó en los legionarios porque no sabía cómo enmudecer el dolor que sentía por la pérdida de su novia y la incertidumbre de la suerte que ésta habría corrido. Este hecho lo incapacitaba para relacionarse normalmente con las personas de su alrededor, en especial con su madre, por lo que pensó que la distancia y una disciplina más severa lo ayudaría a recobrar el equilibrio. Pero no fue así y en pocos meses se vio envuelto en un dolor aún mayor, pues tuvo que asumir la muerte de compañeros y la vileza de abandonar a personas cuyo documento de identidad rezaba «Nacionalidad española, provincia Sáhara» en manos de sus enemigos, teniendo que ver con sus ojos cómo éstos bombardeaban a la población civil.

Tampoco le fue difícil llegar a la conclusión de que el amor que sus padres manifestaban en aquel entonces era un amor sincero, que mantenían una buena relación con su abuelo José, del que él no sabía

nada, y que todo eso se frustró en un momento de tensión. «Cuán vulnerables somos los humanos», pensó.

Cuando al día siguiente el joven matrimonio se despedía de Carmen, Rafael abrazó a su madre.

—El diario de Curro está sobre la mesilla de la habitación. No sé qué decirte, mamá; necesitaré tiempo para asimilarlo.

—Lo comprendo.

Asintió varias veces con la cabeza y él la miró.

—Pero no quiero dar este asunto por zanjado, quiero que sigamos hablando.

Los vio alejarse y sin darse tregua l amó a Luisa.

—Rafael y Gloria ya se han ido. Creo que leer el diario le ha hecho bien. Gracias. Dentro de unos minutos te lo devuelvo.

No quería tenerlo más tiempo del debido para que Luisa no pensara que deseaba poseerlo y no consideraba oportuno pedirle que fuera el a quien viniera a recogerlo, aunque albergaba la esperanza de que Luisa la eximiera del compromiso, pero no fue así.

—Te estaré esperando.

El a, junto con su hijo y Gloria, habían comido pronto, pues los jóvenes aún tenían por delante varias horas de carretera. Cuando llegó a casa de Luisa eran las tres del mediodía de un domingo de principios de verano. Si Luisa y Curro habían comido en casa, lo normal era que quisieran echarse una siesta para después al atardecer salir a dar un paseo. Vivían en Respiral , en unos nuevos chalets independientes que habían construido en la zona, todos idénticos, con una pequeña cancela por la que se accedía a la puerta principal, al lado de la cual estaba el acceso al garaje. Era una casa de dos plantas, aunque a pie de calle parecía de una sola, puesto que la parcela tenía un desnivel, de manera que parte de la casa quedaba al nivel de calle y parte en otro nivel no visible desde fuera. En la parte trasera, trescientos metros de parcela se dividían entre terraza, un pequeño jardín y la piscina.

Aparcó en la cancela de acceso a la puerta principal; sólo se trataba de entregarle un sobre y darle las gracias, pero Luisa la obligó a pasar y a que tomara un granizado de café con los dos. No le apetecía ver a Curro, y menos en presencia de Luisa; todo estaba demasiado reciente, era demasiado embarazoso, pero Luisa insistió. Curro la saludó con dos besos como si tal cosa, aunque estaba visiblemente cansado. Luisa entró

en la cocina en busca del café para Carmen, mientras comentaba lo encantadora que parecía Gloria. Gloria, con su pasado de vegetariana y pacifista, fue un tema de conversación neutro durante unos minutos. Luisa se ausentó de nuevo, seguramente para visitar el baño, pensó Carmen. Cuando regresara se despediría y asunto concluido.

Sonó el móvil de Curro, que lo descolgó descuidado sin ver quién lo llamaba. Su rostro se crispó cuando escuchó a quien le hablaba:

—Vuelve aquí ahora mismo —ordenó enfadado—. No puedo creerme que nos estés haciendo esto.

Pero quien quiera que fuera ya había colgado. Él se levantó nervioso, le arreó un puntapié al sillón que lo había alojado mientras tomaba el granizado de café, mientras lo llamaba al número con el que terminaba de hablar.

—Maldita sea, lo ha apagado. —Y arreó otro puntapié.

Carmen lo miró un poco fuera de lugar y preguntó por cortesía:

—¿Sucede algo, Curro? —Se le quedó mirando mientras negaba con la cabeza en un gesto desesperado, como para aclarar las ideas.

—Estáis locas, todas las tías estáis locas —exclamó al fin.

Ahora Carmen sabía que aquello también iba con el a.

—¿Se puede saber qué sucede? —Aunque trató de ser neutra, estaba demasiado expectante. Aquel o de «todas las tías estáis locas» la incluía a el a.

Luisa se estaba demorando y la situación era incómoda. Curro arrojó su móvil al lado de Carmen en el sofá, se sentó a su lado y dijo contrariado:

—Lo que sucede es que tu amiga Luisa ha salido a dar una vuelta para que hablemos de lo nuestro y tomemos una decisión, porque no tendremos mejor ocasión que ésta. ¿Tú lo entiendes?

Palideció, se sintió vulnerable. Las rodilas de Curro habían chocado con las suyas al sentarse. Estaba demasiado cerca y el a aún no había podido quitarse de la cabeza aquellos «te quiero» que escuchara de su voz y de los que tan hambrienta estaba; la atraían como cantos de sirena y quería mecerse en ellos. Fue la mirada contrariada de Curro lo que esta vez le dio fortaleza.

—Sí lo entiendo. —Se levantó como un resorte—. Vayámonos al club social.

—¿Queé?. . —«Locas, están todas como cabras».

—Que vayamos al club social. Desde al í la veremos cuando vuelva.

—Se supone que tenemos que quedarnos aquí a solucionar lo nuestro.

—Pero no hay nada que solucionar porque no hay nada nuestro, así que no tenemos el por qué estar aquí.

Curro se puso de pie, se plantó frente a ella y con voz queda le dijo:

—¿Estás segura?

Lo miró a los ojos y él se dejó engulir por ellos. Conocía aquella mirada, conocía aquel vértigo y deseó besarla de nuevo. Ella habló casi en un suspiro:

—¿Cómo crees que se sentirían Luisa y Nayara si hubiese algo nuestro? —Y apartó la vista de él.

—¿Y tú?

—Yo estoy acostumbrada a estar sola. Siempre he estado sola y, como ves, no me va mal. —Se permitió bromear, pero él estaba trascendente.

—¿Y yo? Yo me volveré loco.

—No, Curro, no te volverás loco, porque tienes una familia estupenda y porque aprenderemos a ser amigos.

—¿Tú crees? —Ahora fue él quien se permitió bromear.

—Claro que sí —dijo tratando de convencerse a el a misma mientras se dirigía a la salida.

Cruzaron la calle y anduvieron los pocos metros que los separaban del club social, que estaba vacío. Pidieron té y jugaron al dominó durante casi tres horas. Comenzaron a llegar padres con niños; algunos saludaron a Curro. Por fin vieron el coche de Luisa pararse frente a su garaje mientras se abría la puerta de éste. Curro salió a l amarla.

Luisa miró a Carmen de frente según se acercaba: parecía tranquila, mucho más de lo que lo estaba ella, aunque se había relajado bastante después de que Curro la besara, mientras le recriminaba con cariño.

—¡Vaya tarde nos has dado!

—¿Qué tal? —se dirigió a Carmen.

Cuando llegó frente a ella, Carmen no sabía cómo lo tomaría pero optó por bromear.

—He aborrecido el dominó para toda la vida.

—¡Pero si te he dejado ganar la mitad de las veces! —le siguió la broma Curro.

Luisa los miró interrogativa.

—¿Habéis estado aquí toda la tarde?

—Tres horas —se apresuró a responder él.

—Y tres horas de dominó con tu marido son estresantes —enfaticó el «tu»—. Necesito relajarme. Me voy —continuó bromeando.

—¿Nos veremos? —preguntó Luisa.

—Claro, tenemos negocios.

—¿Y fuera de los negocios?

—Siempre que quieras.

La besó, le estrujó la mano a Curro a modo de despedida y salió dejándolos al í de pie. Curro rodeó con un brazo los hombros de Luisa y la besó en la frente, mientras la vieron perderse tras la puerta.

El calor de la cal e la envolvió como un manto al dejar la fresca sombra de la terraza del club, pero aun así se sintió aliviada. Aunque sola, muy sola.

Capítulo XXI

Agosto legó demasiado pronto, aunque ya hacía muchas semanas que se estaba anunciando, pues la gente repetía incansable «para después de las vacaciones», lo cual provocó que un día Carmen preguntara con sorna a quién menos debía:

—¿Y antes de las vacaciones no trabajáis?

La muchacha tras el mostrador la miró desconcertada.

—Es lo que me han dicho que debo decir.

—Pues muy bien, mona, lo has hecho muy bien.

Y salió de allí resoplando.

Así que por fin estaban allí las anunciadas vacaciones. Tenía todo un mes por delante para no hacer nada ni ver a nadie. Literalmente no tenía a nadie que ver: el trabajo se había paralizado, incluso antes de que llegara agosto, y los amigos. . ¿qué amigos? No tenía a nadie.

Desde lo sucedido con Curro, no había visto apenas a las chicas, pues también las cenas de mujeres solas se habían suspendido por «las vacaciones», aunque ella sabía que era por lo que había pasado entre Curro y ella. Aquello había causado división en el grupo, y algunas chicas

no estaban dispuestas a compartir mesa con quien le había puesto los cuernos a Luisa; otras opinaban que quien le había puesto los cuernos a Luisa era Curro, y que si Carmen aquel o lo hubiera hecho con otro, ahora lo estarían celebrando con vítores, pero el caso era que lo había hecho con Curro y que Luisa, la ofendida, era amiga de ellas de toda la vida, mientras que Carmen, la otra, era una intrusa recién llegada. Aunque lo cierto era que si Luisa y Carmen se seguían hablando, ¿quiénes eran ellas para negarle la palabra a nadie y bla, bla, bla y bla, bla, bla. .? I manera que no hubo acuerdo más que el de aplazar las cenas de mujeres solas por las vacaciones.

Rafael y Gloria pasarían unos días con él a cuando regresaran de un viaje y después de estar unos días con los padres de Gloria, es decir, la última semana de agosto. Claro que tenía a sus viejos amigos, los libros. Aún no conocía la biblioteca local; esperaba que no estuviese también cerrada por vacaciones y, desde luego, tenía el Messenger para charlar con el padre Vicente.

Los últimos acontecimientos flasheaban por su mente sin orden ni

concierto en aquellos primeros días inactivos torturándola. Recordó que Rafael se había sorprendido al saber que su madre aún tenía familia en Valencia, y recordó también que Luisa solía decir que las cosas encerradas huelen mal y que los trapos sucios había que lavarlos y ventilarlos para poder vivir dignamente. Así que decidió que iría a visitar a su tía y a sus tierras.

Decir que aquel pueblo había cambiado era mentir. Cierto era que, como todos los pueblos en aquellos años, estaba experimentando un notable crecimiento urbanístico, pero tenía las mismas escuelas, con aquellos patios de recreo carentes de árboles, los cuales habían asfaltado y, como solución para guarecerse de la lluvia cada vez más escasa en Valencia y del sol cada vez más fiero, habían colocado cuatro vigas de hierro con chapas metálicas onduladas en medio del patio. A Carmen le pareció un pueblo triste y patético, con los mismos establecimientos de siempre a los que cada vez acudían menos clientes, pues los grandes centros comerciales ubicados a pocos kilómetros de allí y el que casi todo el mundo dispusiera de automóvil propiciaban una fuga considerable de clientes. La ubicación de un par de fábricas que daban trabajo a unas doscientas personas, entre ellas algunas mujeres, y una gasolinera nueva era lo único que daba sensación de progreso.

Aparcó su coche un par de manzanas antes de llegar a la que un día fue su calle; no quería dar la apariencia de ostentación si alguien la reconocía. Vestía tejanos, camiseta, chancletas, gafas de sol y un bolso bandolera también de tela tejana.

Cuando dobló la esquina para entrar en su calle, se detuvo a mirarla.

Al igual que el resto del pueblo, le pareció más estrecha, más sucia y más pobre. Era una calle de las antiguas del pueblo, una calle de plantas bajas, cuyas fachadas cada cual repujó como mejor le pareció, dando sensación de anarquía y desorden, pero que, al mismo tiempo, daba una pincelada de color y alegría. Algunas de aquellas casas ahora se habían transformado en casas de dos plantas, con ostentosas fachadas de mármol, ladrillo o de

caravistas y balconadas, que ponían más de manifiesto sí cabía la desdichada visión de «tanto tengo, tanto valgo» de los lugareños. Esas casas empequeñecían y empobrecían las que no habían sufrido cambios, al menos en el exterior, como era el caso de la de su tía.

El corazón se le aceleró cuando con paso firme se dirigió a casa de su tía. No sabía a quién encontraría; había la posibilidad de que la tía ya

hubiese muerto y entonces no tenía ningún sentido que él estuviera allí, porque con sus primas no sería lo mismo; ellas no podrían darle la información que ella quería de primera mano.

Eran las cinco de la tarde, la gente estaría despertando de la siesta. El sol despiadado perlaba su frente y sus brazos. . . ¿o ¿sería la emoción de estar tan cerca de su infancia? Estaba a punto de reencontrarse de nuevo con la vida de la que años antes huyó y a la que se había prometido no volver. Al tratar de hacer que Rafael tuviera toda la información para que no juzgara precipitadamente unos hechos que él no vivió, entendió que a ella misma le faltaba información de algunos hechos, que, al igual que a su hijo, la habían lastimado, que siempre se sintió abandonada y rechazada por ellos. Ahora era una mujer madura, podría entender lo que fuera que sucedió y quería saberlo.

Sólo tres pasos la separaban de su pasado, apenas un par de segundos. La puerta estaba entreabierta, como él lo recordaba. La casa de su tía siempre tenía la puerta entreabierta; sólo los meses de más frío se cerraba, pero entonces la llave estaba puesta para que nadie tuviese que esperar a que le abrieran, pues para su tía todos eran siempre bienvenidos. Ella golpeó con firmeza a modo de aviso.

—¿Se puede?

— *Avant*. Pasa, pasa.

Reconoció su voz, algo más languidecida pero el mismo tono humilde, la misma bondad. Con aquel valenciano cerrado de quien no ha hablado en muchas ocasiones en otra lengua, a pesar de saber leer y pronunciar el castellano con bastante corrección. La había invitado a pasar, como hacía siempre, como hacía con todos, sin saber si era una vecina, alguien conocido o alguien desconocido. Su puerta estaba siempre abierta para todos.

Cuando hubo cruzado la puerta y sus ojos se ajustaron a la penumbra del recibidor, descubrió que lo único diferente allí eran dos marcos plateados con sendas fotografías de sus primas en los que debían de ser

los días de sus respectivas bodas. De no ser por esas fotos, hubiese corrido a tirarle del delantal a su tía para pedirle la merienda como cuando tenía seis o siete años, y ésta le llenaría un trozo de pan de confitura de tomate que, al morderlo con su pequeña boca, rezumaría el dulce alimento por la abertura del pan y por las comisuras de su boca, pringándola toda. Era increíble, todo estaba igual; hasta le pareció que olía

a los arroces que su tía solía guisar, y la boca se le ensalivó.

— *Passa, avant, que estic en la cuina* —volvió a oír su voz.

Avanzó hasta la cocina y se paró en la puerta abierta. Su tía, sentada en una silla a baja frente a la mesa que presidía la cocina, tenía la cabeza gacha y los ojos fijos sobre la labor que estaba confeccionando de ganchillo.

—Hola, tía. ¿*Cóm estas?* —preguntó en valenciano, que había vuelto a hablar desde que se estableciera en Alcira con cierta dificultad, después de casi tres décadas sin pronunciarlo. Ahora brotaba de su garganta con la fluidez que tienen las lenguas maternas.

La tía levantó los ojos. Aquel a persona le era familiar, pero no caía en la cuenta de por qué.

—¿*Quí eres?*

—Soy Carmen, tu sobrina.

La tía la miró de abajo a arriba. Chancletas, unas piernas muy largas enfundadas en vaqueros, unas manos cuidadas que sujetaban unas gafas de sol, una larga melena que sujetaba con una hebilla y unos ojos. .

Al llegar a los ojos, la mente de la tía le jugó una pasada y durante unos segundos vio primero a su padre, después a su hermana difunta y por último a. . Tiró la labor sobre la mesa, se puso de pie y tendió los brazos hacia el a.

Carmen la abrazó.

—¡Carmen, mi sobrina Carmen! —repetía la anciana llena de júbilo—.

Estás igual: los mismos inconfundibles ojos de tu madre y tu abuelo. —

La besaba sonoramente—. Y la misma mata de pelo —añadió

manoseándole el pelo que le colgaba por la espalda. Estiró ahora los

brazos para apartarla de sí y verla con más perspectiva—. ¡Qué guapa

estás! Siéntate, siéntate y dime qué haces por aquí. —De pronto se puso

seria—. Si has venido a ver los campos, te llevarás un buen disgusto.

—He venido a verla a usted —se apresuró a responder.

—Pues ya ves, hija —dijo la anciana abriendo los brazos para

mostrarse—. Estoy hecha una abuela que no sirve para nada.

—Yo no diría eso, esta labor es preciosa —la consoló mientras

examinaba la filigrana de ganchillo.

—Lo hago para entretenerme. Como casi no salgo de casa desde que

falta el tío, pues así me distraigo.

—¿Hace mucho que falta?

—El mismo año que las pesetas. —Hablaba con resignación, como

quien acepta lo que es normal, sin dolor—. Ni tiempo tuvo de ver los euros del demonio, ni tampoco quiso. Poco antes de año nuevo ya sabíamos que no duraría, y tres días después de Reyes lo enterramos. Fueron pocos días, pero aún sufrió demasiado: la morfina apenas le calmaba el dolor, le hacía perder la cabeza, en fin. . —Suspiro—. Para estar sufriendo fue lo mejor que pudo pasarle.

—¿Y usted vive sola desde entonces?

—Sí. Como tu prima mayor vive en la que fue vuestra casa, aquí enfrente, se pasa a diario y me echa una mano en lo que yo no puedo. La pequeña también viene de vez en cuando, aunque no tanto porque trabaja en una fábrica. Cuando se casó compraron un pisito en la plaza, pero después hicieron unos pisos muy hermosos en el arrabal y se metieron en una hipoteca porque eran muy caros, así que se puso a trabajar en la fábrica y al í continúa. ¿Y tú, qué ha sido de tu vida?

—Pues trabajando sin parar. —Bajó la mirada para añadir en sonsonete—: Tuve un hijo, me establecí en Madrid. .

—¡Y el disgusto que nos diste! —Frunció los ojos la anciana mientras asentía con la cabeza al recordar—. ¡Lo que sufrió tu padre cuando te fuiste! Lo que no comprendo es por qué no viniste a mí en un momento como ése. —La tía la miraba inquisitiva y Carmen la traspasó con sus

ojos, que, al revivir los tiempos pasados, la miraban con crueldad.

—Eso es lo que yo quisiera saber, tía, y a eso he venido. Quisiera que me explicara por qué de la noche a la mañana ya no fui bien recibida en esta casa. ¿Por qué el tío no me permitió quedarme nunca más junto a mis primas? ¿Por qué mis primas me evitaban? ¿Qué os hicimos, tía?

La anciana enroló el algodón que se había soltado de la madeja para escapar de la mirada de Carmen, tratando de que su voz sonara sorprendida.

—Pero... ¿qué es lo que dices? Si te crié como a una hija hasta que fuiste bien mayor.

Carmen le sujetó las manos.

—Sí, tía, me criaste como a una hija y te estoy agradecida, pero de repente, un día, no se me permitió la entrada en esta casa y mis primas no me hablaban. ¿Qué pasó, tía?

La mujer respondía atropeladamente sin mirarla:

—No pasó nada, pero te hacías mayor y tenías que aprender a llevar tu casa.

Carmen le apretó las manos obligándole a mirarla.

—Tía, ¿qué pasó? ¿Qué te hicimos? ¿Te ofendió mi padre de alguna manera?

Sus caras estaban muy cerca; sus ojos, frente a frente. Durante unos segundos sus miradas rivalizaron, pero los ojos de la anciana eran unos ojos cansados de tanto, sin fuerza que de repente brillaron de humedad.

—Ni tu padre ni tú hicisteis nunca nada que me ofendiera —le dijo con sinceridad, con fuerza, como para tranquilizarla y darle ánimo, mirándola de frente, pero no era suficiente.

—Algo pasó. Dime, ¿qué es lo que sucedió? —preguntó de nuevo con dulzura e impaciencia sacudiéndole las manos que aún mantenía apretadas.

La mujer desvió la mirada dirigiéndola hacia el grifo del que José tomara agua aquel nefasto día en que ella no supo reprimir las ansias que sentía de él. Nunca más desde aquel día sintió un deseo tan irrefrenable, ni siquiera deseo sintió a partir de entonces.

—Nada que pueda importarte. Eran cosas de mayores y nadie tuvo la culpa, excepto yo, así que no le des más vueltas —le aconsejó conciliadora.

—No quiero darle vueltas a nada, no me importa si eran cosas de

mayores o de niños y no pretendo saber quién fue culpable. No soy ningún juez, sólo pretendo entender por qué tuve que sufrir aquella soledad, por qué perdí de repente lo que yo consideraba mi familia, por qué había tanto rencor de repente en los ojos de mi tío y de mis primas.

Ahora dos lágrimas escaparon de los ojos de la anciana, en un principio presurosas, como si estuvieran impacientes por limpiar un antiguo dolor, pero luego se detuvieron a mitad camino, como negándose

a seguir o como recordando que no podían hacer nada. Miró a su sobrina con ojos añorantes.

—Me enamoré de tu padre desde el primer día que lo vi, cuando tu madre me lo presentó eran las fiestas del pueblo en la procesión del patrón. Tenía pensado traerlo a casa para que lo conocieran nuestros padres y quería mi colaboración para que el momento no fuera tenso. Yo estaba casada hacía unos meses. Entre las dos tramamos que el día en cuestión yo iría a casa de mis padres como de casualidad y metería baza en la conversación para que ésta no fuera muy formal y forzada. —Sonrió al recordar—. Era como cuando de pequeñas nos disculpábamos la una a

la otra delante de nuestros padres por alguna falta que la otra hubiera cometido. Ni que decir tiene que tu padre les encantó a los abuelos y yo, por primera vez en mi vida, envidié a mi hermana pequeña y deseé algo que le pertenecía. —De repente su voz sonó firme y decidida—: Pero nunca, nunca, permití que ese sentimiento empañara nuestra relación. Nunca nadie supo lo que mi corazón sentía. Yo me mortificaba y ofrecía los rosarios como penitencia por mi pecado. —Volvió a dulcificar la voz y las lágrimas decidieron terminar su trayectoria—. Después tu madre falleció y yo me ocupé de vosotros. Aquel o fue un deleite para mí: podía compartir una hija con el hombre que amaba y convivir con él, cuidar de su casa, de su ropa, de su comida... Y él compartía conmigo el fruto de su trabajo. Era como estar casados pero sin dormir juntos. Para mí fue una época feliz, a excepción de la pérdida de mi hermanita pequeña. Mi mente me engañaba diciendo que todo aquel trabajo yo lo hacía con tanto gozo por ella, por mi hermana, pero mi corazón me condenaba diciendo que lo que me movía era el amor secreto que sentía por mi cuñado. Cada vez que mis ojos se posaban en él, se me desbocaba y sentía rubor en mis mejillas, así que evitaba mirarlo cuando había alguien presente o lo tenía de frente.

La anciana hizo una gran pausa que Carmen no interrumpió, pues se

dio cuenta de que estaba viajando al pasado. Le pareció ver la luz de la ilusión en sus ojos y que una leve sonrisa arqueaba sus labios.

—Un día que estaba sola vino para que le planchara una camisa. No recuerdo de qué me hablaba, pues toda mi atención estaba presa de aquel pecho desnudo, de aquellos brazos, de aquellas espaldas, y todos los deseos que me invadían en la oscuridad se desataron de repente en su presencia, todos los manantiales de mi cuerpo se desbordaron y traté que me hiciera suya, hasta con súplicas, pero él me rechazó mencionando a mi

hermana. Yo lo oraba llena de pasión y de ansias incontroladas, y en ese momento entró tu tío. Todo era demasiado evidente para negarlo. Tu padre y tú ya no pudisteis entrar libremente en mi casa, y tu tío no volvió a dormir conmigo nunca.

De pronto recobró la lucidez del presente.

—Mis hijas nunca han sabido a ciencia cierta lo que pasó y nunca preguntaron. Bastó que su padre les dijera: «El tío y la prima, para nosotros, como si hubiesen muerto. No quiero ni que os acerquéis a él, ni que él se acerque a vosotras». El resto de la historia ya la conoces.

Ése ha sido mi gran pecado. Pensé que me iría con él a la tumba, pero ahora te pertenece. Sólo espero que no lo uses contra inocentes.

Un poco confusa por la última frase respondió:

—No te preocupes, tía. Tu historia seguirá siendo un secreto. Siento todo lo que has tenido que sufrir.

Le hubiese gustado decir que amar no era pecado, al menos eso era lo que el a siempre había creído, pero sí, había ocasiones en que amar era pecado, un pecado que el a también había cometido. Recordó un pasaje bíblico que solía citar el padre Vicente: «Si tus ojos te escandalizan, arráncalos y échalos fuera de ti» y pensó que arrancarse los ojos sería fácil, pero. . ¿cómo arrancarse el corazón y seguir viviendo?

La anciana interrumpió sus pensamientos, preguntándole por cosas prácticas mientras sacaba dos vasos y una botella de horchata de la nevera.

—¿Has ido a ver tus tierras?

—No, aún no, pero tendré que hacerlo.

Sirvió los vasos. Después, mostrándole la botella, dijo:

—No es como la de antes, pero es más cómoda y refresca igual.

—Gracias.

Asintió con la cabeza dando aprobación al refrigerio con que la

obsequiaba la tía, quien retomó el tema de las tierras.

—Te llevarás un buen disgusto cuando las veas.

—De momento no es un asunto que me preocupe.

—La tristeza terminó con la mayoría de los huertos de naranjos.

Algunos arrancaron los naranjos enfermos, voltearon la tierra y plantaron variedades de pie tolerante, pero eso era algo que el tío solo no podía

hacer. Cuando le dijo a tu abogado lo que te iba a costar, éste le dijo que no.

—Yo no disponía en ese momento de dinero. Apenas me las arreglaba con lo que cobraba, así que decidí dejarlos perder.

—Tú decidías —le recrimino la tía, pasando a otra cosa—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—No, sólo he venido de visita. —No quiso confesarle que vivía a tan solo cincuenta kilómetros de al í.

—¿Quieres ver la casa de los abuelos?

Carmen había olvidado que la mitad de aquel a casa era suya.

—Hoy sólo he venido a verla a usted, tal vez en otra ocasión.

—Hay un promotor que quiere comprarla. —Agachó la mirada avergonzada—. Tus primas necesitan dinero; tienen hijos y los hijos tienen gastos, ya sabes, entre los estudios y que hoy los jóvenes no encuentran trabajo que les acople. . —Pausó—. Me gustaría tratar el asunto contigo y no con tu abogado.

—Pero el abogado entiende más de esas cosas y nos asesorará mejor.

—Como quieras —respondió sintiéndose ofendida.

—Volveré a verla y lo hablaremos —prometió Carmen para reconfortarla—. Ahora tengo que irme.

—¿Vas a saludar a tus primas?

—La próxima ocasión.

Se acercó para despedirse con un beso, pero la anciana la interrumpió.

—Ve a mi habitación. En lo alto del armario hay una caja de cartón, tráela.

Carmen se dispuso a complacerla. A mitad camino escuchó su voz:

—Súbete a la silla que hay al lado del armario para poder alcanzar.

La habitación de la tía estaba como ella la recordaba: la misma colcha de piqué blanca, las mismas alfombrillas de grandes flores rojas a ambos lados de la cama de matrimonio, el mismo visillo, la misma butaca tapizada en seda granate, la misma cómoda con un barniz casi negro

sobre la que colgaba un espejo a juego. . Lo único nuevo era otra vez los marcos de fotografías luciendo los rostros de dos niñas y un muchacho. Seguramente eran los hijos de sus primas cuando eran niños.

La caja estaba rebozada de una gruesa capa de polvo, sobre todo en la parte superior. No era muy voluminosa ni pesaba demasiado, pero a

punto estuvo de perder el equilibrio al bajar con el a de la sil a. El susto le hizo dar una profunda aspiración, mientras sujetaba fuertemente la caja, como si el a pudiera evitar el accidente. Parte del polvo que cubría la caja pasó al interior del organismo de Carmen, que carraspeó para librarse de la seca sensación.

Por fin entró a la cocina con el encargo. La tía, en previsión del polvo que contenía la caja, ya la esperaba con un paño húmedo en la mano, con el que limpió las cinco caras visibles de la caja, mientras hablaba en tono neutro:

—Éstas son algunas cosas que rescaté de casa de tu padre. Las escondí al principio por no enfadar al tío y después ya nunca más las saqué. Cuando yo muera, todo esto irá al contenedor de la basura; tal vez quieras

l evártelo.

A punto estuvo de decir que si todos estos años había podido vivir sin aquel as cosas, era porque no las necesitaba, pero la tía ya estaba abriendo la caja. Lo primero que extrajo de su interior fue una preciosa fotografía de su madre el día de su boda, otra de su padre y una tercera, un primer plano donde posaban los dos juntos: su madre, como si apoyara la cabeza en el pecho de su padre, con la mirada al frente en sentido contrario de donde su padre tenía orientada la mirada. Durante unos segundos un peso fuerte pareció estrujarle el pecho. Intentó respirar profundo, pero le salió una respiración entrecortada; aun así se recompuso al momento. Por un instante visualizó donde lucían aquel as fotografías en casa de su padre. Las que los mostraban a el os solos adornaban el comodín de la habitación de sus padres y la que estaban juntos lucía colgada en una pared del pequeño salón. En el interior de la caja había otras fotos ya sin marco, algunas de la infancia de Carmen. También había guardado la tía una colcha muy parecida a la que lucía en su cama —era la colcha de la noche de bodas de sus padres—, una toquilla y unos peucos que su madre tejió para arroparla el día de su nacimiento, las alianzas de boda de sus padres y un sobre con documentos que no abrieron para no entretenerse. Finalmente lo guardaron todo otra vez y Carmen se lo l evó,

despidiéndose de su tía con un sentido beso.

Al dejar la caja en el portamaletas de su coche, pensó que había recuperado parte del pasado que le había negado a su hijo y que ahora podría mostrarle. Mientras se dirigía a ver sus campos, no dejó de pensar en su tía, que durante toda su vida estuvo enamorada de un hombre que nunca pudo poseer. ¿Qué era comparado con aquel o lo que el a estaba

pasando con Curro? Si su tía había sido capaz de apoyar a su madre en todo, a pesar de estar enamorada de su padre, ¿no sería el a capaz de hacer lo mismo con Luisa? Claro que lo haría, estaba resuelta a el o.

Cuando salía de la carretera para tomar los caminos de campo, supo que aquel coche de alta gama que conducía no era lo más apropiado para tal menester, pero ya estaba al í y no tenía sentido dar vuelta atrás. El morro rozó en el suelo al entrar en el huerto, si es que se le podía dar ese calificativo a aquel trozo de tierra reseca. Se quedó anonadada ante aquella visión desoladora. Lo que tiempo atrás había sido un lozano huerto donde su padre laboraba, mientras con voz varonil entonaba los sentimentales tangos de Carlos Gardel, se había convertido en un

espectro terrorífico de tierra reseca y hierbajos quemados por el sol, que seguramente en tiempo más húmedo reverdecerían imposibilitando el paso entre los frutales, que ahora muertos, sin folaje, levantaban sus cenicientas ramas enmarañadas al cielo como implorando una sepultura para no mostrar su desnudez vergonzosa. Ahora entendía el tono recriminatorio de su tía por no prestar la debida atención a sus tierras: la visión de aquel huerto era una vergüenza y justo era que si durante algunos años ella había recibido beneficios de aquellas tierras, ahora les devolviera parte de lo que había recogido. Decidió que hablaría con el esposo de Rosita para que le aconsejara qué tipo de préstamo sería conveniente para devolver su antiguo esplendor a aquellas tierras.

Dejó el camino y se dirigió al cementerio. Recordaba perfectamente dónde estaba la sepultura de su madre. Ahora la lápida contenía un nuevo nombre y unas nuevas fechas: el nombre de su padre y las fechas de su nacimiento y muerte. Un dolor en forma de piedra se le alojó en medio de la garganta, impidiéndole siquiera tragar saliva. Deseó que el padre Vicente estuviese allí para oírle una oración, pero ella no rezó; no creía en esas cosas, aunque sí creía en la fe del padre Vicente, y escucharlo siempre la reconfortaba.

Y agosto fue pasando lento, perezoso, bochornoso, con sus

interminables días en que soplaba el poniente y respirar aquel aire ardiente era peor que aguantar la respiración. Las calles quedaban casi desiertas hasta el anochecer, cuando las terrazas se llenaban de gentes deseosas de relacionarse, de exhibir sus nuevos bronceados y de reír después del agónico día en que, hasta la más sencilla de las tareas se convertía en algo fatigoso, y los niños volvían a corretear por las calles con energía renovada.

Por fin llegaron Rafael y Gloria y juntos bucearon en aquella caja que la tía de Carmen rescató de la casa del padre de ésta. Rafael no sólo pudo ver fotos de sus abuelos, sino que también tuvo pinceladas de la infancia de su madre por medio de las fotografías en las que aparecía siendo niña junto con sus primas, o aquella otra donde toda la familia posaba junta, alrededor de una comida familiar en la que ella, niñita, aún era sostenida por los fuertes brazos de su padre. Después de los primeros momentos de euforia ante aquel tesoro, Rafael preguntó por qué no la protegió su tía cuando ella quedó embarazada. Si hubiese sido suficiente responder que «porque en aquel momento no nos hablábamos», lo hubiese hecho, pero supo que después vendría el «¿por qué?». De modo que le explicó que ella había asegurado a la tía que su secreto estaba seguro, por lo que sólo le daba esa información para que pudiera saber lo ocurrido, aunque no pudiera comprenderlo, y pasó a relatarle lo que ella hacía tan poco tiempo que sabía.

Al día siguiente, de manera imprevista, llegaron Eugenio y Laura. Habían pasado diez días recorriendo mundo y disfrutando el uno de la compañía del otro, pero ahora que regresaban y era inminente que Eugenio se reincorporara a sus obligaciones. Laura de repente se

entristeció, por lo que decidieron pasar por Valencia antes de regresar a casa. Eugenio sólo pretendía compartir con su esposa algo de su trabajo, puesto que ella se molestaba por sus frecuentes ausencias. Junto con Carmen, fueron a ver los terrenos que la empresa había adquirido y Eugenio verificó lo que ya estaba hecho, puesto que en una semana aquel o tenía que retomar su ritmo de trabajo. Después comieron todos juntos en un asador donde ya los esperaban Rafael y Gloria.

Volvieron a casa. Las chicas se tumbaron juntas en el césped a tomar el sol y contarse sus confidencias y los chicos se refrescaron en la piscina. Después de unos chapoteos, apoyaron sus codos en el rebosadero de la piscina y relajaron sus cuerpos. Carmen, desde el interior de la vivienda, contemplaba a los cuatro con visible satisfacción. Dirigió su mirada a los muchachos y se regocijó por que, a pesar de sus diferencias sociales, siguieran siendo buenos amigos. Por sus caras adivinó que Eugenio se estaba enterando de que Rafael había encontrado a su padre.

Aquel a misma tarde, y como si se hubiesen puesto de acuerdo de antemano, el padre Vicente llegó sin previo aviso. Aunque él sabía que Rafael y Gloria estarían allí en aquellos días, su gozo fue pleno al encontrar a Eugenio y Laura. Después de los besos y abrazos de saludo,

la alegría era manifiesta en todo el grupo. Pasado un tiempo, hablaron de salir a cenar fuera. Carmen se negó; estaban en su casa y quería que cenaran allí. Después de no pocas deliberaciones, los cuatro jóvenes salieron para comprar carne para la barbacoa y Vicente se quedó con Carmen para organizarla.

Mientras iban en busca del carbón el sacerdote preguntó:

—¿Cómo se tomó Rafael el saber que su padre vivía?

—La situación fue un poco traumática para los dos. —Y añadió con tristeza—: No sé si ha sido capaz de comprender lo que sucedió. —Recobró el ánimo—: Pero sé que me ha perdonado. Quiere saber todo lo que pueda de mi pasado y mi familia, quiere que vayamos a ver la casa de mis abuelos. . Le he dicho que me estoy planteando poner en marcha nuevamente los huertos y está conforme.

—¿Crees que es una buena decisión? Eso te supondrá un gran desembolso.

—Lo que tengo claro es que no los puedo dejar en el estado de abandono en el que están.

—¿Ya sabes lo que te va a costar y cómo lo vas a pagar?

—Aún no. Cuando tenga claro lo que tengo que hacer y lo que cuesta hacerlo, hablaré con el banco. Al fin y al cabo, estoy ganando más dinero que nunca en mi vida y estoy sola; en algo tendré que gastarlo —bromeó. El sacerdote sabía que aquel o era cierto. Desde que Carmen estaba trabajando con Eugenio, su vida económica había experimentado un gran cambio, pero ella seguía siendo la misma mujer austera que él conoció. Durante unos momentos se mecía en el pasado de Carmen que conocía, en el nacimiento de su hijo y lo que le costó superar el posparto en aquel cuartucho, su negativa a volver a su pueblo y cuando consiguió un puesto como cocinera en la guardería de Estíbaliz con un trato excepcional. A pesar de las reticencias de ésta, cómo supo ganarse su confianza por su laboriosidad y buen hacer. . Recordó también con una sonrisa lo tozuda que era en cuanto a sus valoraciones y sus puntos de vista en cuanto a los logros sociales que la nueva democracia lograba. Evocó la época en que toda España se agitaba y Madrid, de una manera especial, en todas direcciones como el licor en una coctelera sacudida por manos de unos y otros que se creían expertas, conduciendo a las masas a toda clase de manifestaciones y reivindicaciones que a ella en muchas ocasiones le parecían vergonzosas y a las que le daba la vuelta en todo

sentido. Para ella los derechos de la mujer se conseguían ejerciéndolos, y no pidiéndolos, como si alguien te los tuviera que conceder. De repente aparcaba los derechos de la mujer para preguntar:

—¿Y los hombres, qué me dices de los hombres? ¿Acaso no tienen el os derecho a tener una vida digna sin depender de que una mujer les arregle la cama o zurza los calcetines? —Poniendo así de manifiesto la simbiosis en que unos y otros habían vivido.

Pero si algo le hizo daño en su condición de mujer y madre fue el tema del aborto. No el que se legislara, pues entendía que era bueno que las cosas se legislaran, sino ver a toda aquella masa de personas, la mayoría mujeres, diciendo que su vida era más importante que la de un ser indefenso que no podía expresar su opinión como el os estaban haciendo.

En aquella ocasión confesó que sentía vergüenza ajena, aunque el sacerdote, a pesar de la postura de la Iglesia, se convirtió en alguna ocasión en abogado del diablo para tratar de explicarle que en muchas ocasiones, aquellas criaturas no podrían desarrollarse en una vida digna.

El a arremetía contra él como ser humano y como sacerdote, para terminar la discusión con alguna grosería pueblerina como:

—Pues si no pueden criarlos, que se lo piensen antes, o que se la cosan con hilo de palomar.

Tampoco el tema de los malos tratos y las violaciones era tan grave para ella, pues pensaba que a nadie le pueden pegar más de una vez, a no ser que ella consienta, y en ese sentido tuvo que morderse la lengua en muchas ocasiones puesto que el padre Vicente también ayudaba a esta clase de mujeres maltratadas por hombres. Además tuvo que sufrir en propia piel una agresión, claro está que ya habían pasado los años tumultuosos y eufóricos del principio del felipismo, y las gentes, una vez desahogados sus deseos de manifestarse por todo, después de una dictadura en la que los mismos que ahora gritaban toda clase de lemas no se atrevían ni a estornudar sin el correspondiente permiso, se dedicaron a envolverse en el floreciente comercio, a comprarse coches y a presumir de sus adquisiciones. Mientras tanto, Rafael pronto cumpliría los quince años y se enfrentaba en más ocasiones de las que a ella le hubiese gustado a las normas de su madre. Ciertamente era que ella apenas estaba en casa, pues con el tiempo fue la encargada además de en la cocina, de que todo estuviese correcto para el día siguiente, por lo que tenía que supervisar que todo estuviese en orden antes de cerrar el parvulario, normalmente cuando ya hacía una hora que todos los demás se habían marchado.

Cuando el al egaba a casa, el muchacho o había salido o no había vuelto de la escuela; l egaba a la hora de la cena y después se metía en su habitación. Los fines de semana apenas podían conseguir que los acompañasen un rato por el Retiro, pues siempre habían quedado con amigos, y así, poco a poco pero inexorablemente, aquel a ficticia familia de cuatro se fue dispersando. Fueron años duros para Carmen y el sacerdote, que eran incapaces de conocer a ciencia cierta por qué sendas andaban los jóvenes, y en su imaginación siempre vislumbraban las peores sospechas para después consolarse el uno al otro diciendo: «Son buenos chicos, los hemos educado bien. Tenemos que tener confianza en el os».

Sí, fue en aquel año en que Rafael cumplió los quince en que el esposo de Estíbaliz l egó hasta el parvulario sobre las doce del mediodía.

—Buenos días, don Alberto —lo saludó el conserje tras el mostrador—.¿Aviso a doña Estíbaliz de su l egada?

—No hace falta, Damián. Me está esperando.

Pero Damián estaba bien aleccionado y de todas formas dio el aviso.

Alberto no fue directo al despacho de su esposa, sino que se dirigió a la cocina para picotear un poco de queso, aunque lo que en realidad le apetecía era fisgonear un poco por el territorio que Estíbaliz guardaba con tanto celo. «Yo no superviso tus instalaciones, tú no tienes que supervisar las mías. Además, en las aulas hay niños pequeños y nadie, excepto las cuidadoras, tienen acceso a ellas», le había dicho hacía años con severidad una vez que se personó por allí de sorpresa, entrando en el aula donde Eugenio jugaba con los demás niños. No, no quería que Alberto merodeara por las aulas de los niños, y menos que algún día coincidiera con el sacerdote. Alberto iba por allí en muy contadas ocasiones y alguna de ellas ni siquiera entraba, se limitaba a esperarla en el coche después de avisarla con una llamada.

Alberto empujó la puerta de la cocina y la traspasó con una amplia sonrisa en los labios.

—Buenos días, chicas. ¿Qué tenéis por ahí para un muerto de hambre? —saludó con jovialidad.

Sólo una de las mujeres de la cocina lo conocía; las demás no lo habían visto nunca. Fue ésta la que le devolvió el saludo con igual jovialidad.

—¡Don Alberto! ¡Cuánto tiempo sin verlo! Dichosos los ojos. En un santiamén le preparo unos canapés.

Las demás de las chicas lo miraban con disimulo y curiosidad, pero Carmen clavó los ojos en él, no dando crédito a lo que estaba viendo.

—No, no me prepares nada, sólo un trocito de ese buen queso que tenéis reservado para los padres.

Notó la mirada de Carmen sobre él y se volvió hacia ella, que aún no había pestañado. La miró de arriba a abajo y de abajo a arriba. Le resultaba familiar, pero no sabía de qué la conocía.

—¿Tú y yo nos conocemos, verdad? —preguntó sonriendo mientras pensaba que no era normal que hubiese olvidado un bombón como aquél. Trató de recordar dónde la había visto, y cuando su mirada se detuvo en los ojos de ella, duros y fríos como el hielo a pesar de la sorpresa, la reconoció.

—Claro que nos conocemos. Tú eres. .

No terminó la frase, pues la puerta se había abierto de nuevo y Estíbaliz, mirándolo de frente, le espetó a forma de reproche:

—Te estoy esperando.

Él, tomando un trocito de queso de la bandeja que le habían servido,

lo mordisqueó.

—Sólo quería degustar tu queso y saludar al personal.

—Vamos.

Con una mano abrió la puerta sujetándola para que no se volviera a cerrar, y se apartó a un lado para facilitarle la salida. Él hizo un ademán señalando la salida.

—Tú primero, querida. —Y mientras ella salía, se despidió del personal, levantando una mano de espaldas—. Hasta la vista, chicas.

Y se cerró la puerta tras el os.

La que había servido el queso comentó:

—No sé cómo doña Estíbaliz puede ser tan vinagre con el encanto de marido que tiene. ¿Es cierto que os conocéis?

—No, debe de haberse confundido.

Y procuró recobrar la cotidianidad, a pesar de que aún no salía de su asombro.

Así que don Alberto era el señor, el hijo de aquella mujer insufrible que cuidó nada más llegar a Madrid y de cuya casa tuvo que huir por que él la acosaba. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta? ¿Cómo era posible que no los hubiese relacionado?

Recordó que ella lo llamaba tanto a él como a su hermana por el apellido de la madre. El apellido del padre no era relevante porque seguramente era ella a quién pertenecía la fortuna de que disfrutaban, mientras que el padre sólo había sido el consorte. Por eso la vieja había manejado todos los asuntos de su casa, bienes y personas con mano férrea.

Claro, al no conocer el apellido paterno del que fuera su jefe, no pudo asociarlo al de Eugenio. Durante todo el día estuvo taciturna. Su mente iba y volvía a aquellos desagradables días que tuvo que pasar junto a aquella mujer, cómo su hija y su hijo sólo iban a verla en horas establecidas, y por qué estaban bajo esclavitud económica. Para aquel entonces, aún era ella la única propietaria de todos sus negocios, y sólo tras su muerte ocho años después, los hermanos se repartieron sus posesiones, aunque algunas de ellas eran indivisas y asumieron juntos la regencia de dichos bienes.

Alberto tampoco pudo en todo el resto del día sacarse de la cabeza a Carmen. La recordaba pura, lozana, como un capullo que ha comenzado a mostrar sus colores pero que aún no se abrió definitivamente.

También recordaba su frialdad, su altiveza, cuando le obligó a salir de su habitación y nuevamente sintió el deseo de lastimarla, de someterla a temor. Nunca había conocido a nadie que no temiera algo, y pensar que pudiera haber alguien así, le producía inseguridad. La recordó ligera, subiendo de un salto al autobús y luego ya no supo más de ella. Ciertamente que tampoco la buscó, pero... ¿para qué hacerlo? Había cientos de mujeres con las que resarcirse de la ofensa de esa niña. En cambio ahora era diferente, pues para más ofensa resultaba que había estado comiendo todos estos años de la mano de su propia esposa. Sintió deseos de estrangularla y trató de apartarla de su mente, pero no pudo. Sabía que eso era lo que más asustaba a las mujeres y deseaba imperiosamente verla sometida.

Era algo que había experimentado recientemente, por casualidad. Él siempre las había golpeado para asustarlas. Morderlas y succionarlas era su forma de amar, pero las golpeaba para ver en sus ojos aquel desconcierto que producía el temor. Entonces las sometía y el acto era tremendamente placentero, pero aquella vez su contacto era una pelirroja bastante brava, dispuesta a someterse, como todas, a ciertas exigencias. Sus ojos eran fuego inquisitivo que lo menospreciaban y él no conseguía con ella el efecto deseado, pues aquella altiveza en su mirada lo

empequeñecía, de manera que la golpeó y ella se rehizo como una fiera, aunque sin mostrar miedo, hasta que él la sujetó por la garganta y apretó, y apretó mientras sujetaba su cuerpo usando sus piernas como pinzas a su alrededor. Él ya no le golpeaba con sus manos, sólo trataba de que él aflojara las suyas alrededor de su garganta, horrorizada ante la impasibilidad de su rostro. Entonces él sintió una erección impetuosa, soltó una de las manos de la garganta, que llevó al pene y la penetró mientras ella jadeaba, tratando de reponer el oxígeno que le faltaba. Fue sublime. Sí, estaba seguro que eso no fallaría con Carmen. Los días siguientes se obsesionó con esa fantasía. Finalmente merodeó como un vulgar ratero por las inmediaciones del parvulario, y así supo que Carmen era la última en salir, puesto que comprobaba antes de irse que todas las ventanas estuvieran cerradas, al igual que las llaves del gas y los interruptores de la luz. No tenía que ver los frigoríficos ni las luces de la cancela que permanecían toda la noche encendidas, pues el conserje se encargaba, una vez que ya no quedaba personal, de revisar los patios y jardines. Algunas veces coincidía con Carmen a la salida y se despedían en

la acera, pero la última siempre era el a, puesto que era quien tenía las llaves del local.

Aquel día Alberto se apostó en las inmediaciones del centro. Estíbaliz hacía quince minutos que había salido. Se preguntó adónde iría hasta que volviera a casa y se la imaginó preparando comida para niños mugrientos llenos de mocos; siempre había sido muy compasiva con los necesitados. Trascurrido ese tiempo, salió el conserje; Carmen no tardaría mucho más. Tenía poco tiempo. Cruzó la cancela, anduvo los pasos que lo separaban de la puerta de entrada, introdujo la llave que había conseguido y entró. El interior ya estaba oscuro, pues Carmen ya había desconectado las luces. Pensó en esperarla agazapado en el corredor, pero Carmen ya estaba allí y lo había oído.

—¿Aún estás aquí, Damián?

Oyó su voz confiada y de repente estaba allí frente a él. Se sintió descubierto, pero al ver la sorpresa y el desconcierto reflejado en la cara de la mujer se relajó.

Cuando Carmen lo reconoció, un vacío vertiginoso se apoderó de su estómago. Sintió un atisbo de pánico al darse cuenta que «el señor» había entrado sabiendo que el a estaba sola, pero se envalentonó y con voz severa dijo:

—Doña Estíbaliz ya se ha marchado.

Evaluó rápidamente las posibilidades que tenía de huida. Ninguna.

El a misma terminaba de comprobar que todo estaba cerrado y por mucho que corriera, él la alcanzaría mientras tratara de abrir la puerta trasera que daba a un patio que se comunicaba con el jardín mediante una puerta nuevamente cerrada. La única puerta que no estaba cerrada con cerrojo era la que él flanqueaba y tenía que intentar llegar a ella. Anduvo con decisión mientras seguía hablando:

—Y yo ya me disponía a hacer lo mismo, así que si es tan amable. . —

Y trató de alcanzar la puerta pasando por su lado, pero apenas él se dio cuenta de lo que pretendía, la agarró por la parte trasera del escote de su suéter y la empujó primero contra la puerta estrellándole contra el a la cabeza, y después hacia atrás, arrojándola al suelo al tiempo que decía:

—No, esta vez no harás lo mismo. —La miró con desprecio mientras sus nalgas se golpeaban contra el suelo.

Carmen, confundida por el golpe y aterrada por la acción, intentó pensar con lucidez. ¡Dios Santo!, no tenía escapatoria. Aunque intentara

llegar al despacho de Estíbaliz, le sería imposible marcar un número de teléfono sin luz; el otro teléfono por el que Damián recibía todas las llamadas que se hacían al centro estaba al mismo, al alcance de su mano con sólo dar una zancada, pero era evidente que no tendría ocasión de usarlo. Comenzó a temblar, notó que había perdido el dominio de su cuerpo y que sus manos y su barbilla se convulsionaban anárquicamente. Él la contempló sobre el suelo, pálida, asustada, desvalida, hermosa y deseable. Sintió cómo se mezclaban en su interior el desprecio junto a unas ansias añejas; comenzó a moverse para acercarse a ella. Fue como una señal: ella se puso en pie de un salto con tanta destreza y rapidez como si fuera un maestro en artes marciales, desconcertándolo sólo un momento. Se abalanzó sobre el mostrador. Él pensó que quería alcanzar el teléfono y se arrojó sobre la espalda de ella. El teléfono se estrelló contra el suelo mientras aplastaba el cuerpo de ella sobre el mostrador, haciendo que una arista de la madera se clavara en sus pechos, aunque todavía tenía las manos libres y había conseguido lo que quería. En un flash de lucidez, al pensar en usar el teléfono, visualizó a su lado el busca por el que Damián localizaba a Estíbaliz donde fuera que estuviera si llegaba alguna visita al centro y ella no estaba en su despacho. Con desesperación activó el busca y realizó la llamada, consciente de que sus

posibilidades eran nulas. Alberto aplastó con sus fuertes brazos la cabeza

de ella contra el mostrador. Después de un momento elevó su mano derecha hacia el abdomen de la mujer y palpó buscando la forma de desabrocharle el pantalón tejano. Ella supuso que no le resultaría fácil desabrochar el complicado cinturón que la ceñía, pero estaba aterrada de notar aquella mano sudorosa en su vientre. Apretó como pudo la pelvis contra el mostrador para dificultarle la maniobra, arrastró el brazo izquierdo sobre el mostrador y lo condujo hacia atrás. Tanteó por la pierna del hombre en busca de su bragueta; era de botones, por lo que tampoco a ella le iba a resultar fácil su maniobra. Por un momento Alberto se desconcertó; podía haber imaginado cualquier cosa de aquella mujer, menos que se excitara con aquellos juegos. Retiró su pelvis hacia atrás para facilitarle un poco el trabajo sin ser consciente de que también aflojaba la presión que ejercía sobre ella. Carmen consiguió desabrochar el primer botón mientras la manaza del hombre seguía aplastándole su dolorido rostro sobre el mostrador y apoyaba su frente sobre la cabeza de ella. Notaba la respiración espesa del hombre sobre su pelo y un

escalofrío recorrió su cuerpo. Otro botón desabrochado y otro. . Metió la mano a través de la abertura. Él se separó un poco más aflojando un poco la tensión de sus piernas. Carmen tanteó asqueada el bulto a través del slip y supo que no era suficiente, subió la mano hacia arriba, buscando el elástico y de un tirón lo bajó. Volvió a tantear aquel enorme miembro no del todo endurecido. Rebuscó hasta encontrar los testículos y le enó con éstos su mano mientras con el dedo pulgar sujetaba el pene. Alberto comenzó a morderle la nuca le enándose la boca del pelo de él a.

Después de tomar un café Estibaliz entró en la peluquería y le sonó el busca. Extrañada, pues a aquel as horas ya nadie tenía que estar en la guardería, pidió permiso para hacer una llamada de teléfono. El busca volvió a sonar. Marcó el número, pero daba señal de comunicando, prueba evidente de que alguien estaba en la guardería y atendiendo una llamada. Colgó, esperó unos segundos y volvió a marcar mientras el busca sonaba nuevamente y el teléfono seguía dando señal de ocupado. Se disculpó diciendo que no podía quedarse y rápidamente enfiló en dirección a la guardería, incapaz de imaginar quién requería su presencia, puesto que prácticamente todos los niños habían salido ya cuando él a marchó a su cita con la peluquera. De lo que estaba segura era de que se trataba de algo grave, de lo contrario Damián no estaría a aquel as horas

en el centro ni, por supuesto, la l amaría.

Apenas tardó unos minutos en llegar, pero desde la calle se dio cuenta de que aquel o estaba vacío, puesto que las luces del edificio estaban apagadas, como era de esperar, y las de la cancela, que eran las últimas que encendía Damián antes de irse, estaban encendidas, como era de esperar. Así que pasó con su coche de largo, pero el busca sonó de nuevo en el preciso momento que él intuía que algo raro debía de pasar. Frenó, puso la marcha atrás y, desando el camino hasta la puerta del centro, coreada por los claxon de los demás conductores que le advertían del peligro de la maniobra que estaba realizando, entró decidida en el centro. Cuando abrió la puerta vio por la luz que aún entraba de la calle a través de la puerta acristalada el teléfono en el suelo, y supo por qué daba tono de comunicando, no esperaba que nadie contestara, pero de todas formas gritó:

—¡Damián!, ¿aún estás aquí?

Mientras, recogía el teléfono y lo ponía en su sitio. Entonces reparó en las manchas del mostrador que había dejado el aliento y las babas de

Carmen. El busca volvió a sonar: era evidente que alguien la estaba alertando de algo y, presa de un miedo irracional, marcó el número de un amigo policía, el cual le aseguró que no tardaría mucho en llegar, pero que saliera del recinto y le esperara fuera por si aún quedaba alguien dentro.

Se dispuso a hacerlo a toda prisa cuando le pareció oír unos pasos y unos sonidos repetitivos con la voz de Carmen; sonaba ronca, pero era la voz de Carmen. El miedo le aconsejaba salir, pero su raciocinio le hizo pensar que tal vez Carmen se había sentido enferma repentinamente y no la podía dejar al í. Lo único que tenía que hacer era andar unos pasos hasta la cocina y activar las luces, que posiblemente era lo que Carmen había tratado de hacer al sentirse indispuesta sin conseguirlo. Por algún motivo sentía miedo, aunque no sabía por qué. Aun así, no estaba dispuesta a que el miedo le impidiera prestar ayuda a Carmen si ésta estaba indispuesta.

Con mucha precaución se acercó hasta el corredor y trató de mirar a la derecha: no se veía nada. Sabía que a unos ocho metros a mano izquierda del corredor se encontraba la cocina. Aguzó el oído y oyó la voz de Carmen, que recitaba una letanía repetitiva, pero no entendía sus palabras. Comenzó a andar a tientas por el corredor.

—Carmen, ¿estás bien? Soy yo, ya he llegado. —La voz le temblaba.

De repente sus pies tropezaron con algo. Se agachó para tantear. Notó

el ramaje y los cascotes rotos del gran jarrón chino que adornaba esa parte del corredor. Apenas podía tragar saliva y deseó salir corriendo, pero se

obligó a seguir adelante. Entró en la cocina. Tanteando la pared izquierda encontró el panel de luces. Durante años había hecho aquel o mismo. No comprendía por qué ahora sentía aquel extraño miedo que le impedía respirar. La voz de Carmen era ahora audible.

—Él está aquí, él está aquí, él está aquí. . —repetía como un autómeta desquiciando los nervios de Estíbaliz, quien por fin acertó con el interruptor general. Lo accionó y la luz inundó la cocina, cegándola por un momento.

—¿Carmen, Carmen? —l amó, pues seguía escuchando su letanía pero no la veía.

Rodeó la barra de la cocina y la vio agazapada entre los muebles de la cocina y los frigoríficos, con la cara desencajada e inflamada y con un gran cuchillo de cocina en la mano.

Mientras el pulgar de Carmen sujetaba el pene, sus otros dedos tanteaban los testículos, en lo que a Alberto le pareció un juego erótico.

Comenzó a tratar de morderle la nuca, pero la boca se le llenaba del oscuro pelo de la mujer. Con su propio rostro trató de apartarlo hasta encontrar la fina piel de su nuca que ya notaba en sus labios. Abrió la boca para morderla y notar así la tensión que el dolor producía en aquel cuerpo que estaba a su merced, sin percibir que cada vez era menos la presión que ejercía sobre el a. Carmen también había encontrado la posición: su dedo corazón estaba al final del cordón que separa ambos testículos, pero el hombre estaba demasiado cerca de el a para permitirle maniobrar. Notó su aliento baboso sobre la nuca y que había aflojado la presión. En un gesto rápido se escapó de debajo de su cuerpo, girando sobre su brazo izquierdo al tiempo que clavaba sus uñas en un apretujón fuerte, y estiraba de aquel miembro en un ademán seco, rápido y con tal fuerza que pareció capaz de arrancarlo.

—¡Aaaggg. ! —gritó el hombre doblándose sobre su cintura y juntando las rodillas.

Durante unos momentos que le parecieron eternos el dolor se amplificó expandiéndose más allá de su cuerpo con unas punzadas agudas que apenas fue capaz de soportar en pie y tuvo que apoyarse contra el mostrador para no caer al suelo de dolor. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Tragó la saliva que tenía en la boca y de repente se le secó

tanto que apenas podía soportar su propia lengua. Carmen corría a tientas por el corredor y él se obligó a seguirla, presa de un desprecio hacia

aquel a mujer que le empujaba a desear verla sufrir. Conforme el a avanzaba por entre aquel a oscuridad, iba visualizando en su mente dónde se encontraba y lo que al í había, por eso pudo a tientas volcar el gran jarrón en medio del pasil o y seguir su camino hasta la cocina. Sabía que no tenía tiempo literal para huir y la luz le beneficiaría más a él, que era más fuerte. Sólo cabía ganar tiempo y defenderse. Abrió a tientas un cajón y se armó con un gran cuchil o. Procuraba no hacer ningún ruido, aunque el latido de su corazón y su respiración eran sonoros. Le oyó tropezar con el jarrón y cómo maldecía. Por el sonido de sus pasos supo que se dirigía a la salida trasera; lo imaginó comprobando que estaba cerrada a cal y canto y, cuando volvía sobre sus pasos, oyó el rechinar de la puerta de la cocina al ser empujada por él. Después de un momento en que su corazón pareció pararse, comenzó una carrera de latidos golpeando contra su pecho. Él estaba entrando en la cocina seguro de que era al í donde se escondía. Su voz, como un susurro profundo, l enó

la estancia:

—Sé que estás aquí, zorra. Te gusta jugar, ¿eh? Pues en cuando te encuentre sabrás a qué saben tus juegos.

Avanzaba despacio arrastrando los pies, temiendo que el a hubiese desparramado algo más por el suelo. No conectó las luces, por lo que Carmen supuso que desconocía su ubicación, pero se acercaba inexorablemente hacia el a. Cada momento sus pies sonaban más cerca.

Cuando ya le notaba a su lado, quería acal ar su respiración, pero no podía; estaba segura de que era ese sonido el que lo guiaba para acercarse a el a.

El único sonido que Alberto percibía en su rabia era el ronroneo de las dos cámaras frigoríficas. Se acercó hacia el as con la intención de que, al abrir la puerta, la luz de su interior permitiera ver dónde estaba escondida aquel a maldita mujer. Tanteó la fina y fría superficie del frigorífico hasta dar con el mando que le permitió abrir la puerta, volviéndose rápidamente para abarcar con su mirada toda la estancia, sin cerciorarse de que la propia puerta del frigorífico ocultaba a Carmen, que temblaba y mantenía la lengua entre los dientes para que éstos no repiquetearan con el temblor, delatándola. En aquel preciso instante se escuchó cómo se abría la puerta de entrada y la voz de su esposa dirigiéndose a gritos a

Damián. Cerró el frigorífico para que no le descubriera, sin ver a Carmen. ¿Qué mierdas estaba haciendo Estíbaliz al í? ¿Es que no dejaba de trabajar nunca? Ahora que había comprobado que no existía nada por el suelo

que impidiera su paso, de dos zancadas salió de la cocina y se refugió tras la puerta que enfrentaba con el a. En ese momento escuchó la voz de Carmen y acto seguido presintió a su esposa por el corredor. Supo que el a también había tropezado, y poco después, un reflejo se coló por debajo de la puerta. Había activado las luces. La oyó dirigirse a Carmen y aprovechó el momento para sigilosamente escapar; el as sólo oyeron cerrarse la puerta de salida.

Cuando Estíbaliz la vio en aquel estado, el corazón le dio un vuelco.

—¡Carmen! ¿Qué ha pasado?

Intentó acercarse a ella pero el gran cuchillo y la expresión ida de Carmen la persuadió de lo contrario, mientras le escuchaba decir.

—Él está aquí, él está aquí, él está aquí. .

—¿Quién, Carmen? ¿Quién está aquí?

Entonces Carmen la miró con el rostro desencajado.

—El señor, el señor. . Alberto está aquí.

—¡Alberto! ¿Pero qué dices? —Levantó la voz extrañada. Por fin se arrodiló a su lado y trató que soltara el cuchillo, pero no pudo: la mano de Carmen estaba agarrotada aferrándolo con fuerza, de modo que la ayudó a levantarse.

—¿Por qué dices que Alberto está aquí?

—Él está aquí, él está aquí. Me ha golpeado, me mordía. —Sus labios temblaban al hablar.

Estíbaliz la sujetó por los codos mientras la dirigía al mostrador de recepción. Desde allí llamó a su amigo el doctor y al padre Vicente.

Llegó su amigo policía de paisano, pero con el revólver en la sobaquera. Consiguieron quitarle el cuchillo a Carmen; aunque estaba más confiada, su cuerpo se convulsionaba en un temblor sin fin. Estíbaliz le explicó que Carmen había sido atacada, pero que el agresor ya no estaba allí. De todas formas, cuando llegaron el Doctor y el sacerdote, recorrieron todas las estancias. Con cuatro preguntas que les había formulado el policía a las dos mujeres, se hizo una composición de lo que había pasado y de quién era el agresor. Estaban los cinco reunidos en el despacho de Estíbaliz, cuando el policía anunció:

—Tendréis que poner la correspondiente denuncia.

Estíbaliz se apresuró a responder mientras todos los ojos se clavaban en él, algunos con incredulidad y otros no tanto:

—Ya veremos. Cuando Carmen se encuentre mejor lo decidiremos.

En fin, no ha sido nada grave.

—Cuando un hombre satisface sus perversiones con prostitutas que se prestan a ello no es nada grave. Esto sí lo es —sentenció el doctor.

—Oh, vamos, querido, no dramatices. —Estíbaliz trató de quitar importancia al asunto.

El doctor clavó sus ojos en él, quien supo que estaba rompiendo una preciosa amistad.

—Esto se te escapa de las manos Estíbaliz y puede que lo lamente.

En fin, yo me voy. Procurad que no pase la noche sola si no la pensáis llevar a un hospital; el golpe en la cabeza puede ser grave.

El sacerdote, avergonzado, no se atrevía a mirar a nadie. Sentado en el sofá al lado de Carmen, acariciaba entre las suyas la mano de la mujer, adormecida por la medicación que el doctor le había hecho tragar.

Pasados unos minutos se dispuso a llevarla hasta su casa. Al despedirse

Estíbaliz le rogó:

—Que no se entere Eugenio.

Él la miró con severidad.

—Eso no depende de mí.

—Tu obligación es protegerlo —le espetó con un atisbo de arrogancia provocada por la necesidad de proteger a su hijo.

—No a costa de los demás. No, si perjudico a otros.

El a se impacientó.

—Pero si no ha pasado nada, no es para tanto.

Un dolor interior arrasó la faz del sacerdote que la miró compadeciéndola.

—Estás enferma, Estíbaliz. Tú también estás enferma.

Y la dejó allí, en su despacho, requemada de situaciones y sintiendo celos por aquel a mujer que, medio adormilada, se apoyaba en el hombro de su amado.

La llevó a casa y la acostó vestida sobre la cama. Un gran moratón estaba cercando sus ojos. La tapó con una manta y la amó para que lo sustituyeran en sus obligaciones al día siguiente. Rafael llegó a las nueve.

El sacerdote le contó que su madre había sido asaltada, pero omitió todo detalle hasta que ella se sintiera mejor y lo pudiera contar.

—Está bien, pero ha recibido un golpe en la cabeza y tiene la cara amoratada. Ahora tienes que ayudarme a desnudarla y meterla en la cama. Rafael se puso nervioso. Andaba sin parar por el salón dando puntapiés a las butacas, preguntando insistentemente quién había sido para vengar a su madre. Finalmente consiguió tranquilizarse y ayudó al padre Vicente a acostar a su madre, mientras le chorreaban las lágrimas al ver desfigurado el rostro de su madre.

Le quitaron las botas, le desajustaron el cinturón y quitaron los tejanos; en su lugar, la vistieron con un pantalón de pijama mientras ella seguía dormida. Sólo cuando la incorporaron para sacarle el suéter y la camisa, abrió los ojos y les facilitó la tarea, mientras decía algo incoherente sobre preparar la cena. Una vez despojada de la ropa le bajaron los tirantes del sujetador, le vistieron el pijama y una vez cubierto su pecho, desabrocharon el sujetador y estiraron de uno de sus extremos. Por fin abrieron la cama y la metieron dentro, arropándola, mientras ella volvía a decir palabras incoherentes. El sacerdote entendió que pedía agua. Le acercó un vaso a los labios, que apuró de un trago, y se quedó

profundamente dormida.

Cenaron mientras planeaban cómo actuar al día siguiente. El sacerdote le comunicó que pasaría la noche al í en el sofá. Rafael le ofreció su cama, pero él la rechazó. Entonces el joven ofendido dijo que él tampoco la usaría. Por fin, a las dos de la madrugada, después de que su madre bebiera otro vaso de agua, Rafael aceptó irse a dormir, mientras que el sacerdote se arropaba con una manta en el sofá. Durante la noche entró varias veces en la habitación para comprobar que la respiración de Carmen era normal.

El a despertó a las nueve de la mañana. Rafael hacía apenas media hora que se había marchado al colegio. El dolor de cabeza era insoportable, sentía el cuerpo entumecido y, agotado, se sorprendió de ver al sacerdote en su casa al salir de la habitación.

—¿Acaso no recuerdas lo que te sucedió ayer?

—Lo recuerdo todo perfectamente, excepto cómo llegué a casa.

Hizo una mueca, pues la cabeza le dolía más cuando hablaba. Se sentó.

El sacerdote le preparó el desayuno y le dio un analgésico. El dolor remitió poco a poco, mientras el os seguían conversando.

—Tendrás que plantearte si denuncias y cómo afectará eso a los chicos.

—¿Me estás pidiendo que no denuncie? —preguntó incrédula.

—No, sólo estoy tratando de valorar cómo afectara a dos amigos el que la madre de uno acuse al padre del otro, cómo puede afectarles a uno ser hijo de la víctima y al otro creerse hijo del agresor.

Carmen no quería que su hijo la viera como una víctima, ni quería que Eugenio pensara que su padre era un agresor, entre otras cosas porque su verdadero padre era una persona maravilosa, pero aquel o no podía quedar así.

—Pero ese tío es un loco.

—Ya te dije que era un enfermo.

—No, un enfermo no, ese tío lo que está es mal de la azotea y lo tienen que meter entre rejas.

—Nadie lo meterá entre rejas. Aunque pudieras demostrar que estuvo allí, que no podrás, nadie lo vio golpearte. —Se adentró compasivo en aquellos ojos que lo miraban incrédulos—. Lo siento, Carmen. No puedes desear más que yo que ese hombre desaparezca de la existencia, pero las leyes no se miden por nuestros deseos.

De repente Carmen lo evaluó todo desde una nueva perspectiva y supo que el sacerdote tenía razón y que lo importante eran los jóvenes, dado que de cualquier forma Alberto saldría indemne. A partir de ese momento no fue difícil montarse una historia creíble para los jóvenes.

Después de unos días, los dolores ya habían desaparecido y lo único que persistía eran los ojos amoratados.

Estíbaliz la amó dos días después del suceso, cuando ya sabía que no pensaba interponer ninguna denuncia, interesándose por su estado.

Carmen le agradeció la amada y el que acudiera en su ayuda el día de los hechos. Estíbaliz pensaba que no tenía importancia, que era su obligación. Después de una pausa añadió:

—Quiero que sepas que estoy muy agradecida por tu discreción.

Carmen se sintió ofendida.

—No ha sido discreción, ha sido sentido común. Si de alguna manera pudiera cargarme a ese loco, ten por seguro que lo haría sin detenerme a pensarlo dos veces.

—De todas formas, gracias —reiteró Estíbaliz.

Cuando colgaron, Carmen supo que sería incapaz de trabajar nuevamente en aquella casa. Dos días después se lo comunicaba a

Estíbaliz y ésta trataba de convencerla para que regresara al trabajo. Finalmente aceptó que no volvería, por lo que le preparó un generoso despido y fue a entregárselo a su casa. Cuando después de la pequeña charla que tuvieron, en la que Estíbaliz le volvió a ofrecer su puesto de trabajo y Carmen volvió a rechazar la oferta, Estíbaliz le alargó un cheque diciendo con satisfacción.

—Esto es para ti, en agradecimiento por los servicios prestados.

Carmen miró la cifra con incredulidad y después la miró a ella con severidad. Se estiró sobre su espalda para decirle:

—Siempre me has pagado puntual por mi trabajo y yo siempre agradeceré los favores que me has hecho, pero nunca, nunca, aceptaré un dinero por el que no haya trabajado. —Y dicho esto, rompió el talón en cuatro trozos que le tendió.

Estíbaliz se levantó, con aquel gesto, Carmen había roto mucho más que un talón, había roto una amistad que nunca había llegado a florecer.

—Como quieras, Carmen. Si alguna vez necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

Y se marchó.

Poco después Carmen consiguió un trabajo de comercial de productos de peluquería. Le asignaron una amplia zona por los municipios limítrofes a Madrid, por lo que nuevamente tuvo que poseer un vehículo; se compró uno de segunda mano que financió por letras.

Se sintió feliz de tener un trabajo en el que no tuviera que estar todo el día encerrada en un establecimiento.

Años después, cuando Eugenio terminó Arquitectura y Alberto lo puso al frente de su empresa promotora, Carmen comenzó a visitarlo en su despacho para hablar con él sobre terrenos que encontraba en sus viajes como comercial de peluquería. De esta manera se enteró de cuáles eran las necesidades de la empresa que Eugenio dirigía.

Por aquel tiempo Estíbaliz y Alberto pasaron una de aquellas crisis conyugales que se presentaban cíclicamente. Fueron los días en que se tuvo que despedir a una de las empleadas de Alberto por ausentismo laboral y que Estíbaliz decidió deshacerse del centro de preescolar para ir a Bilbao a cuidar a su madre muy enferma. Aquel o no fue un divorcio, ni siquiera una separación, era una necesidad familiar, pero Alberto no lo encajó bien y trató de calmarse con aquello que más le funcionaba, las prostitutas, sólo que ahora aderezaba su estado de ánimo con más alcohol

del que él tenía por costumbre y encontró la muerte al salirse de la carretera por exceso de velocidad. Al día siguiente los periódicos difundieron la noticia necrológica, aunque pocos supieron de su estado de embriaguez, ni de la prostituta que encontró la muerte junto a él. Estíbaliz tuvo que volver a Madrid y quedarse bastante tiempo, a pesar de la gravedad de su madre. Ahora el a, junto con su hijo, eran los herederos de todos los bienes de Alberto, algunos de los cuales compartían con su cuñada. Los abogados tuvieron que emplearse a fondo y finalmente, después de más de un año, Estíbaliz consiguió que las dos familias quedaran separadas en cuanto a bienes materiales.

Entonces tuvo que preparar la boda de Eugenio. Después de ésta y antes de volverse a su tierra, cedió a su hijo todos sus bienes y acciones que tuvieran que ver con el patrimonio de Alberto, a cambio de una renta vitalicia para el a y para el padre Vicente, que era una persona que siempre los había ayudado mucho, no sólo a el os, sino a las personas menos favorecidas, sin pedir nunca nada a cambio. El padre Vicente nunca quiso aceptar aquel o, pero de todas formas, se le ingresaba en una cuenta bancaria, como un plan de inversiones del que nunca tocó ni un céntimo.

En su testamento figuraba Eugenio como único beneficiario. Fue entonces, meses antes de la boda de Eugenio, cuando Carmen aceptó trabajar en su empresa.

Entró por la puerta grande con un sustancioso sueldo y un amplio despacho para ella solita, como jefa de compras. Eugenio había comprobado que muchos de sus empleados aceptaban comisiones de las empresas a las que tenían que hacer pedidos, de tal manera que no eran los mejores servicios o los mejores precios lo que los movían a trabajar con una u otra empresa, sino las comisiones o regalos que recibían de éstas. Eso cambió cuando todos tuvieron que pedir la conformidad de Carmen, quien pedía presupuestos a otras empresas y después las exponía abiertamente. Aquel o causó al principio algunas tiranteces, pero una vez todos asumieron la nueva forma de trabajo, el personal se relajó y a quien no le convino, se marchó voluntariamente. Carmen fue meticulosa en su trabajo: estudiaba los catálogos e informes de manera minuciosa, asistía a todas las ferias de muestras con los técnicos y visitaba todas las obras que podía junto con los arquitectos y aparejadores. Aunque aquel o no era parte de su trabajo, lo hacía para tener una visión más amplia de su cometido.

Todos aquellos años entregada a lecturas tediosas para tener su mente ocupada habían hecho que su mente fuera perceptiva y estuviera capacitada para asimilar nuevas cosas. En poco tiempo su trabajo llegó a ser rutinario y le sobraba tiempo, que empleaba en tratar de conseguir nuevos proyectos, y eso propició que conociera a Luisa. Después de la boda de Eugenio, su nómina vino engordada con una bonificación. Aunque nadie lo supo nunca, excepto los administradores, cuando Eugenio trató el tema de los sueldos vitalicios para su madre y para el sacerdote, consideró que Carmen era para él como una segunda madre, por lo que decidió engrosar su sueldo y arreglar los asuntos para que nunca le faltaran esos ingresos, también de forma vitalicia. El sacerdote reconoció para sus adentros que Carmen tenía razón, al menos sentimentalmente, al querer reactivar sus tierras, pero también sabía que de la tierra ya no se ganaba lo que antaño. Al contrario, muchas veces las tierras pedían más de lo que producían, sobre todo para quienes como ella, tendrían que recurrir a contratar la mano de obra que atendiera las tierras.

—Piensa que ya no somos niños. Antes o después tendrás que dejar

de trabajar y tus ingresos no serán los mismos. No te vendría mal para entonces tener unos ahorros.

Carmen lo miró con dulzura mientras el sacerdote cargaba el pequeño saco de carbón. Él siempre preocupándose por su futuro.

—Eso es algo en lo que últimamente pienso más de lo que debiera, por eso primero me asesoraré de lo que debo hacer y después veré con el banco que sea viable.

—Bien.

Estuvieron unos momentos en silencio.

—¿Cómo has encontrado a los chicos? —Preguntó refiriéndose a Eugenio y a Laura—. Ha sido una sorpresa encontrarlos aquí.

—Muy bien, el viajecito les ha favorecido. Eugenio está tratando de que el a esté al tanto de su trabajo para que comprenda por qué tiene que ausentarse algunas veces.

El sacerdote asentía a modo de aprobación de aquel comportamiento, fijando su mirada en el borde oscilante de su sotana.

El a preguntó después de una pausa:

—¿Y vosotros, no pensáis decirle nunca la verdad?

Sabía que lo estaba mirando para arrostrar su respuesta, pero aquel a pregunta era del todo impropia, puesto que el a conocía perfectamente la situación. No le devolvió la mirada; siguió centrándose en la oscilación de su sotana sobre las punteras de sus negros zapatos.

—La situación es diferente,.Eugenio siempre ha tenido a su padre.

—No al verdadero.

Ahora si que la miró.

—Sí, al verdadero también, sólo que no ha sabido que lo era.

—¿Y. .? Cuando te vayas con ella, ¿qué pensáis hacer?

—Aún no lo hemos decidido. Seguramente yo me alquilaré un pisito, pero viviré con el a, al í nadie tiene por qué saber que soy sacerdote, aunque para entonces ya estaré jubilado y habré colgado la sotana. Si Eugenio viene alguna vez a visitar a su madre, yo me marcharé al pisito.

—¿Y vais a representar esa farsa toda vuestra vida?

—¿Qué quieres? ¿Cómo le explicamos que su madre aguantó a un hombre que la maltrataba, primero por inexperiencia y después porque quería todo el patrimonio de aquel hombre para su hijo, cuando posiblemente lo que Eugenio desearía ahora sería un puesto de maestro de escuela como el de Rafael y que Laura no tuviese la cabeza l ena de los

fantasmas que la fama que Alberto ha dejado para él?

—Pero ahora Eugenio ya tiene todo aquel o por lo que os habéis sacrificado.

—Sí, pero tiene también una escala de valores que no le permitirá aceptar lo que hemos hecho como correcto. Temo que si llega a saberlo lo perdamos.

—¡Dios mío! —exclamó consternada—. Pasamos toda nuestra vida de sacrificio en sacrificio para nuestros hijos que después se vuelven en contra. No es justo, no es justo.

—Sí, es justo y lógico. La palabra de Dios dice: «Quien siembra vientos, segará tempestades». Sólo podemos recoger lo que sembramos.

La conversación se estaba poniendo dramática y el sacerdote no deseaba seguir con el tema, por lo que añadió en tono más jovial:

—Lo que no es justo es que tú tengas esta preciosa piscina y yo no me haya dado un baño. ¿Crees que me dará tiempo antes de que regresen?

Aunque no quiso que encendiera las farolas de la piscina, Carmen pudo ver sus enérgicas brazadas por la luz que las farolas de la terraza

dejaban llegar al agua. Cuando salió del agua sacudió la cabeza salpicando a su alrededor, exclamando de satisfacción mientras se ceñía una toalla.

Carmen entre divertida y pícaro, con amplia sonrisa, le piropeó:

—Eres un viejete muy apuesto.

Él le devolvió la sonrisa. Aún mantenía aquella frescura de niña traviesa a la que ya se había acostumbrado hacía mucho.

Fue una cena alegre y cordial en la que los jóvenes compartían vivencias y hacían planes juntos para el futuro próximo. De vez en cuando reparaban en la presencia de los mayores y los incluían en sus proyectos, como tratando de disculparse por no tomarlos en cuenta en todo lo demás, pero Carmen y Vicente estaban demasiado satisfechos con el sólo hecho de tenerlos allí reunidos y aceptaban que el futuro les pertenecía a los jóvenes.

Decidieron tomar el café en una terraza de una cafetería. El sacerdote, aún con bañador y camiseta, se vistió nuevamente con sotana. A Carmen le pareció excesivo y pensó que nunca colgaría la sotana dijese él lo que dijese. ¿Qué mejor ocasión que aquella en que disfrutaba de unos días de asueto para relajarse y vestirse de paisano?

Aparcaron los coches en Luis Suárez y pasearon un poco por las aceras bordeadas de palmeras, cuyas ramas más altas acariciaban apenas una

suave brisa casi imperceptible en aquella cálida noche veraniega. Andaban en grupos de dos: Gloria y Ana, Rafael y Eugenio y detrás de ellos, el sacerdote con Carmen. Carmen les propuso dirigirse a la plaza Mayor para tomar algo, pero ellos preferían seguir con el paseo, por lo que sólo el sacerdote y ella se dirigieron hacia allí, donde esperarían a los jóvenes sentados en una terraza. En el interior de la cafetería que eligieron una de las chicas, Rosana, junto a su esposo y otra pareja que Carmen no conocía degustaban un helado. Carmen estaba segura de que todas las chicas estaban al tanto de lo que había sucedido entre Curro y ella, por lo que saludarla en público sin saber cómo iba a reaccionar le pareció arriesgado. Por suerte una de las mesas que permanecían vacías en la terraza estaba ubicada junto a la fachada de la cafetería y separada de la puerta de entrada por otra mesa ocupada por dos parejas. Fue allí donde se sentaron, pues Carmen razonó que si salía Rosana, no era muy probable que repararan en ellos y si lo hacían, podían disimular que no los habían visto.

No llevaban allí ni cinco minutos, ni tan siquiera habían pedido su

consumición, cuando vio que se acercaban al establecimiento Curro y Luisa, quienes la vieron a un tiempo y ni siquiera titubearon en acercarse a saludarlos.

Aquel año Curro y Luisa se decidieron por un crucero al que no les acompañó Nayara. Era la primera vez que no les acompañaba en muchos años y era una de las pocas veces que hacían las vacaciones de verano totalmente solos. Fue una decisión de última hora: cancelar lo previsto e irse solos. Tenían muchas cosas de qué hablar y Nayara prefería quedarse con su amiga en Benidorm.

Entre puerto y puerto hablaron mucho. Ninguno quería equivocarse.

Sus decisiones afectarían a muchos, pero sabían que tenían que ser consecuentes en que debían tener la fortaleza de llevar a cabo sus determinaciones. Luisa era muy firme en sus aseveraciones.

—Nayara ya es una mujer y lo asimilará. Si quieres irte con Carmen, terminará por comprenderlo, pero nunca juegues con dos barajas, porque eso no lo comprenderá nadie. Antes de tomar una decisión piensa si serás capaz de cumplir con tu parte, actúen como actúen los demás.

Curro por su parte trató de explicar que lo sucedido con Carmen no fue premeditado, que ni siquiera era capaz de saber cómo ocurrió, que posiblemente estaba trastornado por conocer de la existencia de Rafael,

que le dio lástima verla llorar. Y juró y rejuró hasta la saciedad que Luisa era a quien amaba y que no podía vivir sin ella. Después de esto decidieron cómo debía ser su comportamiento para con todos. Los chicos ya sabían que eran hermanos. Ahora era cosa de ellos que quisieran o no tener algún tipo de relación; ellos no forzarían ninguna situación en ningún sentido. Tampoco ellos tenían que forzar ni rechazar ninguna relación que surgiera con Rafael, y si sucedía, como había pasado, que se encontraran por alguna circunstancia, lo tratarían con todo el cariño que merecía. Incluso si el muchacho quería tener algún acercamiento hacia Curro, lo aceptarían. En cuanto a Carmen, era responsable junto con Curro de lo sucedido, pero no era justo que nadie la menospreciara o juzgara como única culpable, y mucho menos cuando fue Curro quien la siguió a su casa. Así que ella tenía la firme resolución de comportarse con Carmen de manera normal, no sólo por los negocios, sino por que no estuviera dispuesta a hacerle pagar a una amiga un precio que no exigía de otros. Y hablaron, y hablaron perfilando todos los posibles que pudieran presentarse y cómo comportarse ante ellos,

selando después de días sus acuerdos con caricias y ansias renovadas, regocijándose de continuar poseyendo aquello que tan cerca estuvieron de perder.

Luisa fue la primera en saludar y besar a Carmen, quien presentó al padre Vicente. Éste les invitó a compartir mesa con ellos, preguntándose si eso sería apropiado. Ellos aceptaron con visible satisfacción. Hablaron del tiempo, se preguntaron por las vacaciones. . Luisa miraba de tanto en tanto a aquel hombre que lucía alzacuellos, recordando que Carmen le contó que en una ocasión le pareció un ángel y comprendió por qué, puesto que el rostro del sacerdote reflejaba una paz y una templanza no propia de humanos. Poco imaginaba que el sacerdote sacaba conclusiones parecidas en cuanto a ella, al contemplar tanta dulzura en su rostro. Mientras tanto, Curro también observaba en demasía al hombre del alzacuellos, haciéndolo como quien mira a un rival. Luisa le contó en el crucero que Carmen le había confesado que no había tenido relaciones con ningún hombre, pero. . ¡vete tú a saber! Y si no, ¿qué porras estaba haciendo aquel hombre a ella? Por mucho alzacuellos que llevara, no dejaba de ser un hombre. Se sorprendió de sus pensamientos y supo que todas aquellas resoluciones tomadas en el crucero, lejos de la presencia de Carmen, no serían tan fáciles de realizar cerca de ella. Por algún motivo

deseaba saber cada momento de su vida y le producía celos el pensar que aquel sacerdote sí tenía aquella información. Por un momento los ojos de los dos hombres se encontraron; el sacerdote trató de ver en él lo que tanto amaba Carmen. No lo encontró. Era un hombre apuesto, eso sí, de una altura considerable y cuerpo bien formado que en ese momento lucía ropa de *sport* y chancletas. Lo que más destacaba de su rostro era su boca grande y aún carnosa. Sus ojos huidizos estaban enmarcados por unas espesas pestañas negras al igual su pelo, que ya canecía por las sienes, y que recogía en una larga coleta en la nuca. Lo imaginó atendiendo su negocio con un impecable traje y supo que aquella coleta era su nota discordante, una señal de rebeldía a la que no quería renunciar, o una muestra de aferrarse al pasado del cual aún estaba preso, pero fuese lo que fuese que Carmen viese en él, para el sacerdote no era algo evidente. La terraza fue llenándose. Estaba atestada; la gente aprovechaba los últimos días de vacaciones. Los cuatro jóvenes llegaron andando despreocupadamente, sabiendo que Carmen y el padre Vicente estaban allí. Cuando se dieron cuenta de quiénes eran los que les acompañaban, era demasiado tarde para dar la vuelta, pues les habían visto. Curro se

levantó para estrechar la mano de Eugenio, al que sólo había visto en otra ocasión después de la firma de los terrenos. Mientras éste hacía los honores de presentar a Laura, Curro estrechaba la mano de Rafael con efusión y le palmeaba el hombro.

—¿Qué tal, Rafael? Me alegro de veros. Sentaos, sentaos —decía al tiempo que se retiraba para que una de las mujeres tomase su asiento mientras con la vista buscaba alguna butaca vacía en las mesas vecinas—.

¿Qué vais a tomar?

—No vamos a tomar nada —se apresuró a responder Rafael—. Sólo hemos venido a decirle a mi madre que nosotros ya nos marchamos, que los esperamos en casa.

Los tres acompañantes de Rafael apoyaron las palabras de éste, a pesar de que su decisión inicial era tomar una horchata. Después Rafael y Gloria volverían a su casa en el coche de Carmen, puesto que los demás se quedaban al í en el hotel Reconquista a pasar la noche.

Curro intentó tener una nueva ocasión para ver a Rafael de cerca y disimuló dirigiéndose a Eugenio.

—Pues entonces os invito a comer mañana. Encargaré arroz con bogavante para ocho en el Portón, que es donde mejor lo guisan. ¿A las

dos y media es buena hora?

Fue Eugenio quien se disculpó tratando de ayudar a Rafael.

—Es una tentadora invitación, pero nosotros saldremos por la mañana. Aún tenemos que visitar a otros familiares antes de regresar a casa. Pero me anotaré que tengo que verte antes la próxima vez que venga a Alzira.

Todos rieron. Curro se dirigió ahora al sacerdote.

—Entonces ¿para el resto del grupo?

El sacerdote se disculpó de la misma manera. Él también tenía que partir por la mañana y Carmen se apresuró a sugerir que mejor sería dejarlo para la próxima visita de Eugenio, por lo que Curro no insistió más.

Apenas cinco minutos después de que los jóvenes se alejaran, también Carmen y el sacerdote se despidieron, dirigiéndose adonde un par de horas antes habían dejado los coches aparcados. Los cuatro jóvenes esperaban charlando; nadie hizo comentarios al respecto de Curro y su invitación, como si algo así no hubiese ocurrido, y se emplazaron todos a la mañana siguiente en casa de Carmen.

Aquel a noche, Luisa y Curro yacían boca arriba en su cama. La luz estaba apagada y sólo el resplandor de la noche iluminaba cuanto apenas la alcoba. Ambos tenían los ojos cerrados, pero no dormían, pendientes cada uno de las imágenes de su propia mente. Nunca se habían mentido hasta el nefasto día que sucedió lo que sucedió, y para Luisa no fue un engaño, pues supo desde el principio lo que sucedía; para el a fue una traición. De cualquier forma, decididos a llevar a buen término su vida de familia, habían quedado en que nunca más se traicionarían, pero... ¿qué era una traición?, ¿un hecho o un sentimiento celosamente guardado? La voz de Curro sonó aún más profunda en el silencio quedo de la madrugada, arrastrando fuera de su mente las cábalas de Luisa, sabiendo que no dormía:

—Parece un buen muchacho, ¿verdad?

—Sí —respondió apenas en un susurro.

—Carmen ha hecho un buen trabajo con él.

—Sí. —El mismo susurro.

Él se dio media vuelta hacia el a, la miró en la oscuridad apoyando su peso sobre un codo y dejando su otra mano sobre el estómago de el a, acariciando entre sus dedos el tejido de su camión.

—He sentido deseos de abrazarle. Quisiera estar todo el tiempo con él, saber todo de él.

El a lo escuchó con los ojos cerrados. Los abrió al tiempo que dibujaba una dulce sonrisa y con la mano le acariciaba la cara.

—Es normal, Curro, lo que sientes es normal. Has encontrado un hijo que no sabes cómo ha vivido todo este tiempo. Es normal que desees saber cosas de él, pero puede que sus sentimientos no se correspondan con los tuyos; tendrás que saber sobreponerte.

Hablaba con tal dulzura, que Curro la amó más que nunca.

—Quisiera que supiera que puede contar conmigo para lo que quiera.

—Seguro que lo intuye. —Seguía acariciándole el pelo.

—Pero... yo quisiera decírselo.

—Pues hazlo, Curro, pero cuando sea apropiado. Ahora déjale que asimile todo lo que tiene que asimilar, seguro que se presentará la oportunidad.

Él acarició su mejil a con el torso de su mano.

—Te quiero, Luisa.

El a cerró los ojos para guardar aquellas palabras en su mente y que no pudieran escapar, como si las palabras fueran una garantía que el a necesitaba retener. Notó el rostro de Curro aproximándose al de el a y entreabrió la boca para recibir su beso.

Carmen se levantó muy de madrugada, pues apenas había dormido a intervalos, inquieta por el encuentro de Rafael con Curro. Aún no brillaba el sol y en el jardín hacía fresco. Se preparó un café con leche muy caliente, como los que solía tomar en invierno, se arropó los hombros con un chal y salió a tomarlo a la terraza mientras esperaba la escalada del sol por el firmamento. Cuando ésta comenzó, el césped húmedo brilló como una gema, atrapando en cada gota de humedad la intensidad de la luz del sol y multiplicándola en cientos de destellos. Carmen supo que, a pesar del fresco de la mañana, el día sería caluroso.

A las diez ya estaban todos reunidos de nuevo, y después del refrigerio con que Carmen los obsequió, Eugenio y Laura se despidieron con abrazos, emplazándose con Rafael y Gloria para un fin de semana próximo. Poco después fue el padre Vicente quien se despidió, confesándole a Carmen que, aunque no había sido una visita premeditada, se alegraba de haber ido por la oportunidad de ver de nuevo a los jóvenes juntos y haciendo planes para próximos encuentros. Y que

después de conocer a Luisa y Curro pensaba que sí que conseguirían poder vivir como amigos.

Aquel a tarde Carmen l amó a su tía para decirle que al día siguiente iría para visitar la casa de los abuelos con su hijo, que pasarían por la mañana para recoger las llaves.

—¿Quieres que te acompañe tu prima? —preguntó la mujer.

—Si no tienes inconveniente, preferiríamos ir solos.

Llegaron sobre las once de la mañana. A pesar de que su madre le pidió a Rafael, que conducía el coche de Carmen, que aparcara unas cal es antes de l egar, él paró enfrente mismo de la casa de la tía sin entender por qué no quería lucir su precioso coche.

—Entre otras cosas, porque no es mi coche sino el de la empresa — dijo molesta—. Además, aquí la gente es sencil a; lucir este coche es una ostentación innecesaria. Ni estoy atendiendo a ningún cliente ni estoy representando a mi empresa. Así que ahora baja y saluda a tu tía. —le espetó a forma de castigo por aquella niñería.

Rafael se negó en un principio, pero después complació a su madre,

quien golpeó con los nudillos la puerta entreabierta y entraba llamando a su tía. El joven la siguió, arrastrando a Gloria de la mano. La mujer estaba en la cocina con el mandil puesto. Les había preparado un refrigerio; no esperaba a Gloria, pero sólo tuvo que sacar otro vaso. La anciana miraba a Rafael con descaro. Reconocía en él al jovencuelo que dejó preñada a su sobrina y pensó con rencor que era una lástima que la casa que con tanto esfuerzo habían levantado sus padres ahora beneficiaría al hijo de aquel sinvergüenza sin haber hecho ningún esfuerzo por merecerlo. De pronto recordó por qué tenía necesidad de vender y que sus nietos tampoco habían hecho ningún esfuerzo para que pudiera considerarlos más merecedores, sino que, al contrario, todo lo que hacían era comer y beber de lo que las generaciones anteriores habían guardado. Sobre todo beber. Apenas probaron lo que la mujer les había preparado, cogieron las llaves y se despidieron. La prima de Carmen los espiaba a través del visillo de la casa de enfrente, la que un día perteneció a Carmen, pero no salió a saludarla. Si ella no quería verla, ¿por qué iba a hacerlo? Le hubiese gustado abrazarla y que supiera que ella siempre la había querido, pero... se apegó a la decisión de su padre cuando les prohibió ella ni siquiera saludarla, pues ese hecho la hizo sentirse superior, como si ella que les negaran la palabra fuera un reconocimiento de que Carmen y su padre

habían cometido algún mal imperdonable. Aunque el a nunca supo lo que pasó, el amor que sentía por su padre la obligaba a obedecer sin plantearse si aquel o era o no apropiado, aunque estaba segura de que sí lo era, porque si su padre, que los había aceptado en su casa como parte de el os, ahora tomaba esa decisión, razón tendría para el o. Así que se regodeaba de menospreciarlos por la ofensa cometida. Sentía junto con su padre un rencor enfermizo cuando sabían de lo bien que les iban las cosas. Entonces menospreciaban sus triunfos criticando la forma en que vivían y recordaba haber escuchado de su padre con menosprecio y rencor decir:

—Ya le puede ir bien, si se está aprovechando de esa pobre criatura haciéndola trabajar como si fuese un hombre. Si la educara como a una señorita como hago yo con mis hijas, otro gal o cantaría.

Acostumbrada a aquel ejercicio pueblerino se comparó con su prima.

Nunca había imaginado volver a verla, y menos así. Vestía camiseta, vaqueros y chancletas como si fuese una jovencita, y lucía la misma oscura mata de pelo sujeta en la nuca con un prendedor. Se sintió un

poco avergonzada de su aspecto, con aquel guardapolvo de estar por casa y el mandil sujeto atrás de la cintura con una gran lazada, que ponían de manifiesto la enormidad de sus caderas, que se ensancharon más después de los partos. Pero lo que más la avergonzó fue aquel pelo que lucía de corta melena y tintado a anchas mechas de un amaril o casi blanco, que recordaban las rayas de una cebrá, y que la identificaba, junto con una gran mayoría de mujeres del pueblo, como una de las modernas que estaban al tanto de las últimas tendencias que adoptaban casi todas al unísono de manera impersonal.

Los vio entrar en aquel coche, un Mercedes CLK de alta gama, gris metalizado, y calmó su malestar por el buen aspecto de su prima y por aquel a aparente prosperidad pensando: «A saber qué habrá tenido que hacer para poseer un coche así».

Rafael quedó impresionado por la casa de los abuelos de su madre. Tenía una anchura de unos trece metros por unos diez de profundidad; la casa estaba dividida por un gran pasil o central desde la gran puerta de madera de Mobila maciza de la fachada hasta la gran cristalera que daba al patio, por donde en su día entraron la cabal ería con el carro. Nada más entrar en la casa, dos habitaciones a mano derecha y otras dos a mano izquierda; la primera de éstas, cuya ventana daba a la calle, era la que la

madre de Carmen compartió con su hermana hasta que dejaron el hogar paterno al casarse. A través de esa habitación y por una abertura de no llegaba a un metro de largo por unos treinta centímetros de ancho, abierta casi al ras del alto techo, se aireaba la habitación contigua, que se había construido en previsión de hijos varones que nunca llegaron a nacer vivos, pues cinco fueron los abortos de varones que sufrió su abuela. Con el último, abortó después que nació su madre, además del feto perdió la capacidad para volver a concebir, lo que hizo a los abuelos resignarse a que su hacienda tendría que repartirse entre varones que no conocían y que, gracias a Dios, fueron buenos trabajadores que atendieron bien los campos.

Cuando estal ó la guerra, se alegraron de no tener varones, pues al menos dos de el os hubiesen tenido que participar en la contienda, y era mejor que hubiesen muerto en el sereno seno materno que en violencia contra un hermano. Fue en aquel turbulento período que participantes en uno y otro bando saquearon su casa requisando sus víveres, diciendo ser para el ejército, sin saber el abuelo si eso sería cierto, pues amparándose en la contienda, muchos hicieron riquezas con el pil aje, por lo que la

abuela envolvió sus joyas, los pendientes, medallas y anillos de sus pequeñas en trocitos de tela por separado y los escondió en diferentes lugares. Casi al final de la maldita contienda, cuando en la casa sólo quedaba una vaca, cuando no había cerdo en la pocilga y los animales del corral podían contarse con los dedos de las manos, el abuelo se plantó en la puerta de su casa ante un nuevo grupo de requisamiento para impedirles la entrada, mientras éstos, fusil en mano, lo amenazaban de muerte, y les dijo:

—Bien está que queráis dar de comer a los hombres que luchan, pero no a costa de que matéis de hambre a mi familia. Ya me habéis robado bastante ahora, iros a otra puerta.

Mientras, la abuela, arrodillada ante la imagen de los desamparados que presidía el aparador del salón, abrazando a sus dos pequeñas contra sí, hacía ruegos para que no matasen a su marido por su atrevimiento.

Nunca supieron si fue un milagro de la virgen, o uno de los hombres de aquel grupo de requisamiento que sabía que el abuelo era un buen trabajador y hombre que no se entremetía en asuntos políticos, intervino, librando al abuelo de la muerte y a la casa de ser saqueada de nuevo.

Las dos habitaciones de la derecha eran idénticas a las de la izquierda y

se comunicaban de igual manera, siendo la primera cuya ventana daba a la calle y la de los abuelos y cuyo suelo, de un precioso mosaico, era el más trabajado y rico de todos.

Después de las habitaciones, el pasillo se ensanchaba a ambas partes por la profundidad de las habitaciones dando lugar al salón, cuya chimenea y alacena escavada en la pared, estaban a mano derecha, y en la izquierda una pequeña mesa, un aparador y seis sillas, pegado a la pared de la cristalera que daba paso al patio. Ascendía una empinada escalera de unos escasos ochenta centímetros de ancho y unos peldaños, cuya huela no permitía a ninguno de ellos apoyar todo el pie, debido a su poca profundidad, cuando subieron por ella hasta la cámara, estancia diáfana con dos grandes ventanas que daban a la calle y por la que entraba casi todo lo que allí se almacenó en sus buenos tiempos: el maíz, las almendras, las algarrobas, las judías, las hojas del tabaco arrancadas de sus cañas y atadas en ristras para su secado, melones colgados de las vigas de madera del techo cuyo cañizo, sobre el que descansaban las tejas del tejado, había cedido, dejando un boquete por el que se distinguía el cielo. Carmen había oído hablar de las ristras de tomates y ajos que allí se almacenaban, junto a las conservas y todo aquello susceptible de ser

conservado, que el abuelo arrancaba de las tierras contratando braceros en algunas épocas ya que no tuvo hijos varones.

Cuando cruzaron la cristalera para salir al patio, se dieron cuenta de que éste era el doble de grande que la casa. Pegada a la medianera de la parte del salón que albergaba la alacena se había construido una pequeña cocina, de techo muy bajo, a la que no se podía acceder desde dentro de la casa. En el a antiguamente estuvo el banco sobre el que se encendía la lumbre para guisar y una pequeña y profunda pila sobre la que pendía un grifo del que apenas salía un hilo de agua, por lo que la abuela, al igual que todas las mujeres, hacía el friegue y la colada en la lavadero público y traía el agua para beber en un cántaro de la fuente de la plaza del mercado.

Con este agua rel enaba después el botijo del cual todos bebían y que apoyaba sobre un plato que recogía el agua que rezumaba.

Al lado de esta especie de nueva cocina y a través de el a se accedía a una especie de cuarto de baño que sólo tenía una taza de váter y un plato de ducha a ras de suelo; como lavamanos servía el fregadero de la cocina.

En el último ángulo de la parte derecha del patio encontraron lo que en su día les sirvió de habitación donde defecar: un pequeño cuadrado de

apenas metro y medio de lado, con una especie de poceta pegada a la pared del fondo, sobre la que se alzaba una especie de tubo de casi sesenta centímetros por encima del suelo en el que sentarse y que después de usado se tapaba con una tapadera de madera. La abuela tiraba al í el agua sucia cuando fregaba las habitaciones, puesto que no tenían cisterna de agua, ni por supuesto papel higiénico, usando para tal propósito cualquier resto de periódico. En el ángulo izquierdo del final del patio se conservaba lo que fue el establo, con un gran pesebre en el que en su época de esplendor comieron dos vacas y el caballo de labor. En un rincón, una porqueriza en la que engordaban un cerdo. Los demás animales de corral —galinas, patos y pavos— acampaban a su antojo por el patio, escarbando en el montón de estiércol de los demás animales que se amontonaba entre el establo y el retrete antiguo, hasta que era cargado en el carro y conducido al huerto para abonar la tierra.

Aunque Carmen de todo eso sólo tenía referencias contadas y lo único que ella conoció de pequeña fue el mulo con el que su padre y su tío trabajaban los campos. Para cuando ella correteaba por allí jugando a las escondidas junto con sus primas mientras la tía preparaba conservas o remendaba descosidos, el patio estaba lleno de macetas con jazmines, geranios y grandes helechos.

Cuando salieron de allí impregnados de aquella antigua manera de vivir, Rafael estaba entre impresionado y emocionado. Su madre tenía un pasado, pertenecía a una familia, tenía una historia de la cual él era una continuación.

—Mamá, no consientas que esta casa se venda —dijo con vehemencia, sorprendiendo a Carmen.

—Si la tía necesita el dinero, no habrá más remedio.

—No podéis permitir que derrumben esta casa para construir un bloque de pisos.

—Lo que no puedo es permitir que la tía sufra siendo que tiene un bien que le puede solventar su necesidad.

—Por favor, mamá.

Carmen se dio cuenta de que su hijo estaba impresionado en ese momento. Seguramente en unos días se le habría olvidado todo, así que no titubeo al decir:

—Intentaré posponerlo todo lo que pueda.

Los días siguientes Rafael no cesó de hacerle preguntas a su madre,

deseoso de conocer todo aquel o que su madre recordaba de su pasado, y una y otra vez se daba cuenta de que había un eslabón roto, así que nuevamente le pidió a su madre que le dijese la verdad. Finalmente Carmen le contó la historia que su tía le relató de lo pasado entre el a y su padre. Ahora Rafael tenía el privilegio de conocer todos los detalles, pues conocía la vida de su madre y había leído el diario de su padre. Durante mucho tiempo recordó lo uno y lo otro hasta que lo asimiló como parte de él y como si él mismo hubiese participado activamente de todos aquellos acontecimientos. Se sintió en paz, pues comprendió que eran personas buenas que simplemente se habían equivocado en algún momento de su vida.

Capítulo XXII

Agosto terminó. Rafael se despidió de su madre después de comer, emocionado, dejando a Carmen entre agotada y deprimida por el

esfuerzo de revivir todo aquel o que había querido enterrar durante tantos años, por lo que una vez sola, puesto que el jardinero no trabajó las tardes de ese mes, se tumbó a tomar el sol desnuda, respirando la agradable fragancia del césped recién segado, con la confusión de no saber cuál debía ser su próximo movimiento. Sonrió al pensar lo segura que estaba de todo cuando tenía veinte años y ahora, treinta años después, estaba confundida.

Septiembre no empezó con la eficacia que cabría esperar, pues los que se reincorporaron al puesto de trabajo traían la resaca, las fotos y las anécdotas de las vacaciones y otros no se reincorporarían hasta el próximo lunes.

El viernes la llamó Luisa invitándola a tomar un café. ¿Qué mierdas querrían ahora?, ¿es que no la iban a dejar tranquila?. Pero fue puntual.

En esencia Luisa le explicó la resolución que habían tomado Curro y ella de lo sucedido, pero, como sabía que algunas de las chicas tomaban partido a favor de uno o de otro, lo más sensato era demostrarles que el asunto estaba zanjado y que la relación entre ellos era normal, por lo que habían decidido que la fiesta que solían hacer para despedir el verano, este año se celebraría en casa de ellos y era conveniente que ella no faltara.

Concordaron que sería de las que llegaría pronto para ayudar en los

preparativos y que llevaría unos canapés. Cuando se despedían, Luisa puntualizó:

—Será una fiesta ibicenca, vestiremos de blanco riguroso.

El día en cuestión llegó a la hora acordada. Los únicos que ya estaban al í eran Rosita con su marido, pero comenzaron con los preparativos. Carmen ya sabía cómo tenían por costumbre arreglar la mesa, de manera que el único inconveniente era encontrar las cosas en una casa que no

conocía, pero se esforzó pensando que se trataba de demostrar que eran buenos amigos, así que abría las puertas de los muebles hasta dar con lo que buscaba.

Nayara fue obligada a quedarse, al menos hasta saludar a todos los amigos; después podía marcharse. No podía creer que aquella mujer estuviese al í en su casa. ¿Cómo podía mostrar tanta desfachatez? Se sentía tan ofendida que hubiese deseado echarla de su casa, pero lo único que hizo fue retirarse a su cuarto sin devolverle el saludo. Luisa se disculpó y salió tras su hija, mientras Carmen, hecha un manojito de nervios, se preparó para lo que pudiera pasar aquella tarde. Rosita quitó

hierro al asunto, comentando la vulnerabilidad de los jóvenes e indicándole a Carmen dónde encontrar los cubiertos.

Luisa, dentro de la habitación de Nayara y a puerta cerrada, la regañó: —¿Cómo has podido ser tan maleducada con nuestra amiga? —le dijo con brusquedad, pensando que su hija iba a tirar por la borda los esfuerzos que estaban haciendo por solucionar el asunto como personas civilizadas.

—¿Vuestra amiga? ¿Cómo puede ser vuestra amiga? Fue la novia de papá y tiene un hijo con él. No puede estar aquí —repuso Nayara llorosa.

De repente Luisa vio la situación a través de los ojos de su hija. La presencia de Carmen representaba un peligro para su hija, pues hacía tambalear la pacífica y tranquila vida que había llevado, y no se sabía con armas para hacer frente a aquella amenaza. En su interior rogó para que ninguna de las chicas se fueran de la lengua y Nayara no se enterara de lo sucedido entre su padre y Carmen.

Se sentó a su lado en la cama y la abrazó.

—Vamos, vamos, Nayara. Eso sucedió hace muchísimos años, mucho antes de que el papá y yo nos conociéramos. No pretendieron hacernos daño porque no nos conocían. No podemos sentirnos mal por algo que pasó hace muchos años. Debes sobreponerte y no juzgar una situación

que no viviste.

—No quiero verla, mamá, no quiero verla, ahora no, aquí no —
rogaba l orosa.

Luisa se compadeció y la besó en la frente.

—Esta bien. Cálmate y vete a casa de tu amiga. Cuando llegues,
l ámame; quiero saber que estás bien.

Mientras tanto, ya habían llegado dos parejas más y Juan, quien
hablaba con su cuñado de trabajo.

—Por favor, el trabajo para mañana —les regañó Luisa cariñosa
mientras besaba a Juan.

—¿Y Nayara? —preguntó éste, para quien Nayara era su ojito
derecho.

—Se está arreglando. Ha conseguido convencerme para que la deje
marchar a casa de su amiga.

Cuando Nayara bajó ya estaban prácticamente todos al í. Sonaba la
música y parecían animados. Juan se acercó a el a para despedirse.

—Así que nos dejas.

—No quiero ver a esa bruja —dijo mirando a Carmen con despecho.

—¿Bruja? A mí me parece muy guapa —bromeó Juan, arrancándole a la joven un gesto de repugnancia que le hizo reír, mientras la acompañó a la puerta.

Cuando Juan regresaba al jardín comenzó a sonar «Love me do», de the Beatles. Vio cómo Curro tomaba a Carmen de la mano y tiraba de ella para bailar mientras decía:

—¿Recuerdas esta canción, Carmen?

Luisa sintió una punzada en el corazón, pero se sobrepuso al pensar que eso era lo acordado; tenían un pasado en común que todos tendrían que aceptar con naturalidad.

Carmen se dejó llevar sonriendo turbada, notando todas las miradas clavadas en ellos. Juan, quien estaba al tanto de lo que Curro y Luisa pretendían, les echó una mano, arrastrando a bailar a una de las chicas, que le sacó la lengua a su marido, haciéndole una burla porque él iba a bailar. Otras tres parejas se animaron, mientras Carmen notaba la presión de la mano de Curro en su espalda y todos los vértigos del mundo en la boca de su estómago. Curro reconoció el tacto del cuerpo de Carmen a través de la blusa y supo que era algo suyo. Acercó su boca al oído de ella, notando el cosquilleo de su pelo en su nariz:

—¡Dios mío, Carmen, me vuelves loco! Si estoy cerca de ti, no respondo. Ahora mismo los mandarí a todos a la mierda y te besaría. Carmen no supo si la sangre se le heló en las venas o le hervía en el rostro o ambas cosas a la vez, pero se sentía desfallecer. Vio por encima del hombro de Curro el sonriente rostro de Juan bailando con su pareja y

supo qué hacer. Soltó una sonora carcajada como si Curro terminara de contarle un chiste y le dijo en un susurro:

—Entonces no debemos estar cerca. Sígueme la corriente.

—Cambio de pareja —gritó soltándose de Curro y agarrándose a otro hombre, mientras reía con una risa nerviosa.

—Cambio de pareja —gritó la que bailaba con Juan para cogerse a su marido que estaba bailando con otra, armándose un pequeño y jocosos revuelo, de estirones de parejas y risas, mientras ya Rosita había cogido una escoba y gritaba:

—Cambio de pareja.

Tres cambios de pareja más y la canción terminó quedando la escoba en manos de Carmen, que seguía riendo y todos la aplaudieron por

quedarse con la escoba. Fue a dejar la escoba en su sitio y Juan la siguió. En un impulso le tocó la cara con la palma de su mano como para librarla de aquel sofoco.

—¿Estás bien?

—Oh, sí, muy bien —dijo un poco confundida.

—Eres muy valiente.

—Bueno, bailar con una escoba no es muy difícil, se deja llevar.

—¿Quieres un refresco?

—Sí, por favor. —Y respiró profundo tratando de sosegarse.

Hablaron un rato de nada en concreto mientras sonaba «Sound of silence», de Simon and Garfunkel.

Poco a poco, según pasaba la tarde, tuvo ocasión de hablar con todas, del calor, del verano, de que ahora tenían que ponerse las pilas. . A alguna más atrevida se le ocurrió preguntar por su hijo, causando que se produjera un silencio expectante, a lo que Carmen respondió:

—Está muy bien. Él y su esposa han pasado la última semana de vacaciones en mi casa. Se fueron apenas hace unos días.

Luisa intervino:

—Sí, Curro y yo tuvimos la ocasión de saludarlos una noche en la terraza de la plaza Mayor. Tu nuera es muy agradable.

A partir de aquí la bombardearon a preguntas: «¿cómo se llama?», «¿cuántos años tiene?», «¿y tu nuera?». . Pasados unos minutos todo se estabilizó. No había secretos, no había tabú, todo estaba asimilado.

Lo acordado era que se despidiera de las últimas y así fue. Sólo Rosita, su esposo y Juan quedaban cuando ella marchó. Llegó a casa agotada, pero no fue fácil dormirse.

Septiembre pasó lento y perezoso, como si las cosas no terminaran de arrancar. Fue un septiembre de días muy calurosos y noches muy frescas, que dio paso a un octubre de cielo plomizo pero seco, un octubre en el que por fin se celebró de nuevo una cena de mujeres solas.

Durante ese tiempo Carmen y Luisa se mantenían en contacto regular.

Carmen coincidió en algunos sitios con algunas de las chicas y junto a ellas asistió a las celebraciones locales el día 9. Todo era fantásticamente normal, menos el par de veces que coincidió con Curro en la cafetería y compartieron mesa; entonces se sintió incomoda, como si estuviese traicionando a alguien.

En noviembre comenzaron las lluvias, dificultando la marcha de las

obras. Fue uno de esos lluviosos días que Carmen entró a desayunar en la cafetería y allí estaban Curro y Juan. La invitaron a su mesa. Fue un desayuno cordial, pero aun así ella terminó rápido y se despidió. A ellos les costó retomar una conversación, como si ella los hubiese dejado vacíos de palabras, o llenos de palabras impronunciadas.

De pronto Curro rompió el silencio con una pregunta sorprendente:

—Y tú, ¿cuándo piensas casarte?

Lo miró desconcertado. Ésa era la típica pregunta que periódicamente le hacían las chicas para bromear con el soltero del grupo, pero nunca la hubiese esperado de Curro, y menos sin son de guasa.

—Cuando encuentre una mujer como Luisa —respondió al fin mirándolo a los ojos.

Curro sonrió. Sabía que Juan quería mucho a Luisa; era como una hermana para él, así se lo dijo el día que los presentó, pero también le dijo que Luisa era especial, irrepetible, así que sabía que no esperaba encontrar otra Luisa.

—¿Y Carmen? ¿Qué me dices de Carmen? Es perfecta para ti.

A Juan le dolió algo dentro del pecho. No era posible que Curro estuviese diciendo aquello, no era posible. Le miró con severidad pero Curro no calló:

—Independiente, decidida, valiente. . Gana mucha pasta, no la tendrás que mantener y encima está buena.

Juan no lo pudo soportar. Era normal que entre hombres hablaran así de alguna mujer cuando las chicas no estaban presentes, pero nunca, nunca, nombraban a ninguna de las chicas. Arrastró la silla hacia atrás y se levantó con ímpetu, diciéndole:

—Vete a la mierda.

Curro se quedó desconcertado, se levantó, pagó en la barra y salió corriendo tras su amigo.

—Juan, Juan —le llamó mientras corría. Después de una carrera le alcanzó, sujetándolo por el brazo para que se detuviera un poco mientras trataba de explicarle.

—Juan, espera, yo sólo trataba. .

No pudo terminar. Con un brusco ademán Juan se libró de su mano y le arreó un empujón para que no se acercara a él, mientras visiblemente ofendido gritaba:

—Tú no tienes que tratar nada. Tú eres un mierda que has gozado a

las dos mejores mujeres que conozco y no te mereces a ninguna de las dos.

Arrastró la palabra mierda con rabia y le dio la espalda, dejándolo plantado en mitad de la calle, anonadado.

Curro trató de comprender la reacción de Juan, pero no acertaba a creerse que aquello que él había imaginado como conveniente para Juan fuera algo que ya hubiese arraigado en el corazón de Juan y aún no se atreviese a manifestarlo.

Al día siguiente seguía lloviendo, con desgana, intermitentemente. No hubiese sido extraño que Curro y Juan comieran juntos y haraganearan hasta la hora de la partida de pádel, pero aquel día ninguno llamó al otro. Curro llegó pronto al polideportivo, se cambió y se entretuvo viendo jugar a otra pareja. A la hora en punto se presentó Juan dispuesto para la partida. Su saludo fue escueto y traspiraba rabia por todos sus poros. La partida fue dura. Más que una partida fue un duelo. Golpeaban la pelota como quien infringe una herida a un enemigo, tirando a matar. Parecían dos búfalos embistiendo la cabeza del uno contra el otro, disputándose los favores de la hembra elegida. Terminaron sudorosos, jadeantes, agotados. Después de la ducha se sentaron en la cafetería como siempre; aún no se habían dirigido la palabra desde que comenzaron a jugar. Fue

Curro quien rompió el silencio, mirándolo a la cara, pero Juan no quería encontrarse con sus ojos, temía que le volviera la rabia.

—Deja que me explique —exigió.

—Explícate —concedió sin mirarlo.

—No quise ofenderte ni a ti ni a el a. Lo siento si di la impresión de frívolo.

Ahora lo miró para replicarle:

—Sí, la diste, y sí, ofendiste. Parecía que estabas ofreciendo algo que te perteneciera, y ninguna mujer es algo ni pertenece a nadie.

—Lo sé, lo sé. Tú sabes que lo sé— —repuso con rabia hacia sí mismo—. Lo que sucede es que no me la puedo quitar de la cabeza. No porque quiera liarme con el a, no. —Se apresuró a explicar—: Es como si tuviera la necesidad de protegerla, de cuidarla, necesito saber que está bien, saber que está completa, y sólo soy capaz de verla completa contigo, con nadie más, no lo soportaría.

—¿Por qué no lo soportarías Curro? ¿Por qué?

—Porque la conozco a ella y sé cómo son los tíos. O dime, ¿con que

tío de los que conocemos eres capaz de imaginarla feliz?

—No la imagino con ninguno, porque no creo que el a esté buscando nada de eso. Déjala como está, el a ha elegido su vida. Si quisiera otra forma de vida, no te necesitaría ni a ti ni a nadie para ir tras ella. Siempre lo ha hecho y siempre lo seguirá haciendo. Déjala tranquila y ocúpate de tu mujer.

Siguieron hablando más sosegadamente. Curro abrió su corazón a Juan en relación a Carmen y a su hijo, y éste, al igual que Luisa, le ayudó a tener un punto de equilibrio en cuanto a las cosas.

Noviembre continuó en la misma línea de chubascos intermitentes. Los días eran demasiado cortos, haciendo las noches interminables, acrecentando la soledad de Carmen. Fue un miércoles, después de la partida de pádel, que tampoco Juan tuvo ganas de enfrentarse a la soledad de su apartamento y, después de comprar cena y coger una película del videoclub, se dirigió a casa de Carmen. Chispeaba nuevamente. Llamó y esperó su respuesta.

—Hola, Juan. —Le conoció en la pantala del interfono.

Él levantó una bolsa, mostrándosela a la cámara y dijo:

—Traigo comida china y una película.

Después de un momento, Carmen pulsó el interruptor y la verja de

acceso comenzó a abrirse sonoramente. Se preguntó por qué estaba Juan

al í. Sabía por el diario de Curro que Juan conocía su historia desde su época del Sáhara, por eso había podido preguntarle aquel a noche en el cine si Rafael era el hijo de Curro, y era evidente que también conocía lo sucedido entre Curro y el a cinco meses atrás. No fue capaz de encontrar una razón por la que Juan estuviera al í, pues la que parecía evidente, si se tratase de otro hombre, no cabía en su pensamiento referente a Juan. Dejó el coche en frente de la terraza de acceso a la casa y corrió hacia la puerta, escondiendo la cabeza entre los hombros, mientras cruzaba las manos ocupadas con la bolsa de la cena y la película sobre el pecho para protegerse de las finas gotas de lluvia.

El a le esperaba con una amplia sonrisa.

—¿Y esto a qué se debe? —le preguntó divertida mientras él la besaba en forma de saludo.

—Pues es que no me apetecía ver esta *pelí* solo, y mi cuñado y mi hermana ya la han visto, y Curro y Luisa también.

—O sea, que soy tu última opción —fingió un tono de ofendida.

Los dos rieron mientras se dirigían a la cocina. Al entrar en ella olía a comida recién guisada, y Juan se sintió decepcionado.

—¿Ya has cenado?

—A él o iba cuando has l amado. ¿Te apetece compartir mi sopa de fideos?

Cenaron al í, en la cocina. La sopa de fideos, los rollitos de primavera, el cerdo agridulce y lo demás lo guardaron en el frigorífico. Tomaron la infusión en el salón, y mientras Carmen la preparaba, Juan ponía el DVD en el reproductor y pasaba con el mando las advertencias legales acerca de la reproducción y distribución ilegal de las cintas. Se sentaron el uno junto al otro en el sofá, Carmen había sacado una manta para que Juan se arropara las piernas, para que no compartiera la suya que siempre tenía al í, doblada sobre el sofá. Juan la rechazó porque la temperatura dentro de la casa era muy alta. Carmen explicó que el a era muy friolera y le dejó la manta por si más adelante le apetecía usarla. Cal aron de repente y se acomodaron, pues la película comenzaba. Habían apagado la luz del salón. La copiosa cena con la copa de vino, la agradable temperatura y lo cansada que últimamente se mostraba Carmen, amén de la agradable compañía que impidió que su mente volara con pensamientos extraños como le sucedía cada noche, propició que, pocos minutos después,

estuviera profundamente dormida, apoyada la cabeza en un cojín que

descansaba sobre el apoyabrazos del sofá. La ronroneante y profunda respiración de ella le hizo saber a Juan que estaba dormida, y, con cuidado de no despertarla, él también alcanzó un cojín que descansaba en una butaca, desplegó la manta e imitó la pose de Carmen al otro lado del sofá, dejándose voluntariamente vencer por el sueño. Era agradable estar al lado, muy agradable. Ella despertó sobre las tres de la madrugada. Miró por la ventana: afuera lloviznaba y hacía frío. Apagó el reproductor y el salón quedó completamente a oscuras. Juan se despertó en ese momento pero no se movió. Ella oyó salir del salón y entrar en su habitación. Ella imaginó abriendo la cama y metiéndose en ella, arropándose, acurrucada y deseó abrazarla para transmitirle calor. Dejó que sus fantasías durmieran junto a Carmen en su cama y él volvió a dormirse. A Carmen le costó un poco más, pero por algún motivo la presencia de Juan neutralizaba sus fantasmas nocturnos y también se durmió.

La alarma del móvil de Juan los despertó a los dos. Ella lo encontró doblando la manta mientras se disculpaba.

—Lo siento, Carmen, no era mi intención molestarte.

—No te preocupes. En todas las situaciones hay una excepción y ésta ha sido una de ellas. ¿Café o zumo? —Se disponía a preparar el desayuno.

—Nada, gracias. Me voy pitando. Hoy tengo juicio y mientras paso por casa para vestirme y todo lo demás, se me hará tarde.

Se vestía la chaqueta. La besaba en despedida, mientras se dirigía a la puerta y seguía disculpándose:

—Eres un cielo. De verdad que siento haberte molestado.

Entró en el coche, lo puso en marcha y se dirigió a la salida. Carmen tardó en abrir la cancela, como deseando prolongar la presencia de Juan en aquella casa. Finalmente la verja se abrió. Cuando tuvo suficiente espacio, Juan salió rápidamente. Carmen sintió frío y se arropó más con la bata, pero no era un frío físico, era el frío de la soledad que ella tanto conocía. Se preparó un humeante café con leche, se sintió agradecida por la compañía de aquella pasada noche y el frío desapareció. Además, las nubes aquel día dieron una tregua y dejaron ver el sol. Se sentía bien.

Pero aquel día no fue la única noche especial que Carmen viviría aquel húmedo mes de noviembre. Sólo tres días después, sobre las siete de la tarde, recibió una llamada de Luisa invitándole a cenar. No podía negarse, pues tenía otros invitados que habían llegado para estar expresamente con

el a. No podía revelarle su identidad porque se trataba de una sorpresa.

Carmen aceptó. Había aprendido a confiar en la buena de Luisa.

Sonrió pensando cómo le gustaban todas aquellas cosas de agasajos a personas y sorpresas. En fin, tendría que esperar para saber quiénes serían sus compañeros de mesa. Compañeros, sí; Luisa los había nombrado en plural. ¿Quiénes serían?

Carmen estaba lejos de imaginar que aquella cena había causado un pequeño drama familiar en casa de Luisa cuando fue anunciado a su hija Nayara. Luisa trató de explicarlo desde todos los puntos que creyó que su hija podía comprender, pero una y otra vez tropezaba contra el mismo muro de intolerancia, debido a la inseguridad que la situación producía en la joven, que volvió a repetir:

—No puedo creerlo, mamá. Que traigas a esas personas a casa, que las sientes en nuestra mesa. . No lo trago, mamá, no puedo.

Finalmente, al igual que Curro, Luisa también cedió ante su hija.

Entendió que exigía de el a una madurez para enfrentar una situación que su falta de experiencia en asuntos humanos hacía imposible, y que ni

siquiera ella misma lo llevaba tan bien como parecía visto desde fuera, así que le abrió una puerta de escape.

—Está bien, Nayara. Si quieres, puedes ir a cenar a casa de tu amiga.

El papá pasará a buscarte cuando hayamos terminado, pero tendrás que ir comprendiendo que no puedes menospreciar a unas personas por un error que cometieron hace treinta años, y menos hacerle pagar a Rafael un pecado que él no cometió.

Salió de la habitación de su hija desolada, preguntándose por qué Curro no había pensado en él a antes de hacer lo que había hecho aquel a tarde.

Habían cerrado la inmobiliaria antes de las dos, pues aquel sábado apenas entraron clientes. Comieron con Nayara en un restaurante y después, mientras ella iba con sus amigas en busca del nuevo disco de Melendi —«Que el cielo espere *sentaó*»—, ellos hacían la compra de la

semana. Fue al í donde se toparon con Gloria y Rafael. Curro los abrazó y saludó con una efusividad exagerada. Les preguntó cuándo habían llegado, cómo había sido el viaje con aquel tiempo tan inestable y sí se quedarían mucho tiempo. Los chicos explicaron que terminaban de llegar, que se marcharían nada más comer al día siguiente, que Carmen no los esperaba, por lo que ellos estaban comprando algo para la cena, pues

habían venido para darle una sorpresa. A Curro se le ocurrió la brillante

idea de que cenasen en su casa. ¿Qué más sorpresa que Carmen llegase y los encontrara allí? Luisa sintió en su pecho toda la desesperación de Rafael, buscando una buena excusa para rechazar la oferta, y aunque al principio secundó la idea de su esposo para no parecer que no deseaba su compañía, ahora se disponía a apoyar a Rafael en sus excusas, para brindarle ayuda. Cuando Gloria, tocando con la mano el pecho de su esposo, le obligó a mirarla, situándose frente a él y sugirió:

—Tal vez sea una buena idea. Será una sorpresa por partida doble y estaremos todos los que tenemos que estar.

A Luisa la mirada que cruzaron los dos jóvenes le pareció demasiado trascendental para estar hablando de una cena. Después Rafael siguió empeñándose con sus excusas pero había perdido fuerza, y Curro aprovechó los titubeos del joven para insistir.

Gloria conocía que, después de leer el diario de Curro, a Rafael no le costó asimilar que éste amó mucho a su madre y que, si las circunstancias hubiesen sido otras, habría sido un buen padre. Pero la sensación de

abandono seguía latente en él, y aquel sentimiento parecido al rencor que esa sensación le causaba, incapaz de proyectarla contra su madre, lo hacía contra Curro. Él deseaba que su esposo no sufriera más por aquello que arrastraba toda su vida, y viendo los esfuerzos que Curro hacía por acercarse a Rafael, pensó que tal vez la solución sería que se conocieran mejor y aceptaran su nueva relación, por lo que apoyó la idea de Curro de una cena juntos. En realidad sería una cena familiar.

Nayara se sintió ofendida por la alternativa que le ofreció su madre. Era la segunda vez en pocos meses desde que conociera la existencia de otro hijo de su padre, que su madre la invitaba a salir de casa para recibir a aquel a mujer, y ésta vez no sólo a ella, sino también a su hijo. ¿Qué era lo que estaba haciendo su madre? ¿Acaso no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo? Aquel a gente no sólo le habían robado la exclusividad en cuanto a su padre, sino que también trataban de usurparle el puesto, al í mismo, en su propia casa. Lloró incapaz de comprender la actitud de sus padres. Pensó que si ya no les importaba a él, lo mejor sería morir. Eso sí, morir. Así se darían cuenta del mucho daño que le estaban causando. Caviló cómo hacerlo. Con las cuchillas de afeitar de su padre. Con los medicamentos del botiquín. Recreó las escenas en su mente y siguió llorando. Las palabras de su madre se habrían hueco entre sus imágenes

de suicidio de tanto en tanto: «No puedes menospreciar a unas personas por un error que cometieron hace mucho».

¿Estaría también ella cometiendo un error al intentar morir y todos la menospreciarían como a una demente por aquel error que pensaba llevar a cabo? Pero ella no estaba loca, lo que sucedía era que no podía aguantar aquel dolor emocional y lloraba y recreaba de nuevo imágenes en las que yacía muerta, desangrada por las cuchillas de afeitar de su padre.

«No debes hacer pagar a Rafael por un pecado que él no cometió», le había dicho su madre. ¿Y ella? ¿Ella sí que tenía que sufrir las consecuencias de aquel error? ¿Acaso nadie pensaba en ella?

Nayara lloró hasta que no tuvo más lágrimas y dejó de recrear imágenes de suicidio, incapaz de aguantar el dolor de cabeza que le producían. De repente decidió que se quedaría y defendería su puesto en aquella casa, nunca más huiría de su casa por aquellas personas. No, nunca más. Si se sentía capaz de sufrir la muerte, sería capaz de sufrir viviendo para defender su territorio. Se tomó un analgésico, se arregló y bajó al salón. Encontró a su padre hojeando los álbumes de fotos de

cuando el a era un bebé. Se asomó a la puerta de la cocina: su madre se afanaba en la preparación de la cena.

—Mamá, que me quedo —le oyó decir sin que llegara hasta donde el a estaba, pues Nayara regresaba donde su padre y hojeaba las fotos junto con él.

Curro no se había dado cuenta del dolor que le causaba a Nayara y de repente, ante el arrebato de cólera que el a había hecho gala al enterarse de quiénes eran los invitados aquella noche, se sintió vencido, destrozado. ¿Era ese el precio que tenía que pagar? ¿Tenía que perder el cariño de su hija por tratar de conocer a su hijo?

En otras circunstancias estaría él mismo en la cocina, dando su toque especial a lo que Luisa preparaba, pero en ese momento se sintió incapaz de hacer otra cosa que no fuera buscar los recuerdos de los momentos felices con su hija.

El a se sentó a su lado, se arrimó mucho a él para que la rodeara con el brazo por los hombros, y su padre la besó en la frente, dilatándose en el beso.

—Has crecido muy rápido —le dijo volviendo nuevamente los ojos a las fotos de aquel bebé que mostraba la foto, abriendo mucho los brazos para guardar el equilibrio de sus primeros pasos.

Y ambos fueron recreando la historia de Nayara por las imágenes que mostraban aquellas fotos. Luisa, acalorada en la cocina, se asomaba de

vez en cuando y sonreía al verlos compartir aquel momento, deseando estar ella también con ellos, pero no tenía tiempo, tenían invitados y alguien tenía que preparar la cena.

A las ocho y media de la noche sonó el timbre. Eran los invitados pero ni Curro ni Nayara se levantaron. Clavaron sus ojos en las fotografías sin ver nada; ambos estaban tensos de repente. Fue Luisa la que salió de la cocina en dirección a la puerta, mientras les reprochaba, cariñosamente:

—¿Estáis sordos? Podíais levantar el culito y abrir la puerta.

Curro cerró el álbum y se levantó junto con Nayara, a la que llevaba por los hombros, mientras seguían a Luisa y ésta abría la puerta y saludaba a los recién llegados. Después hizo las presentaciones.

—Ésta es nuestra hija Nayara.

Rafael le tomó la mano como para estrechársela y le dio dos besos en las mejillas. Se sentía cohibido, extraño, no sabía cómo comportarse.

Aquella jovencita era su hermana, pero era una extraña por la que no

sentía nada, excepto un poco de envidia y rencor.

—Me alegro de conocerte —acertó a decir al fin.

Fue Gloria quien rompió la tensión del momento abrazando a Nayara con efusión sin ser correspondida, mientras decía con entusiasmo fingido:

—¡Qué contenta estoy de tener una cuñada con la que poder hablar de cosas de chicas! —Y le dio dos sonoros besos mientras notaba un nudo en la garganta al darse cuenta de que ni su esposo ni Nayara tenían recursos para reaccionar ante aquel encuentro.

—Enseñadles la casa mientras me arreglo un poco —sugirió Luisa, perdiéndose después por la escalera y dejándolos a los cuatro desangelados.

Quince minutos después llegó Carmen, con champán y dulces para la ocasión. Fue Luisa quien le abrió la puerta y le preguntó mientras abría la puerta del salón:

—¿Preparada para la sorpresa?

Carmen se quedó durante un momento paralizada por la sorpresa, viendo a su nuera y a su hijo junto a su padre y hermana. No podía dar crédito a lo que estaba viendo, pero se sobrepuso y los abrazó.

—¡Pero bueno. ..! ¿Qué hacéis aquí? ¡Sí que ha sido una sorpresa, sí!

Después de unos minutos, Luisa anunció que se sentaran a la mesa

como quisieran. Era una mesa redonda que ya estaba preparada para seis

comensales. Curro tomó asiento y le ofreció a Rafael sentarse a su lado.

Nayara dejó libre el del otro lado de su padre diciendo:

—Éste para mamá. —Y ella se sentó a continuación.

Gloria tomó posición al lado de Nayara, dejando entre ella y Rafael la silla que usaría Carmen, ante la mirada de aprobación de su esposo, que, aunque se sentía un poco desamparado de no tenerla a su lado, comprendió por qué su esposa se sentaba allí. Cuando comenzaron a cenar, y después de la primera copa de vino, la conversación se hizo más distendida y normalizada. Hablaron del trabajo de Rafael y Gloria, de los estudios de Nayara, de esto y de lo otro, pasando de una cosa a otra con naturalidad. De vez en cuando, Gloria se acercaba al oído de Nayara para decirle que le gustaba mucho su pelo, o que tenía que decirle dónde había comprado aquellos preciosos pantalones, consiguiendo entablar durante algunos momentos una conversación privada con la joven, quien ya se sentía a gusto en su compañía, aunque seguía mirando a Rafael de soslayo y apuñalando a Carmen con sus ojos.

Estaban en los postres cuando Gloria le pidió a Nayara que la acompañara, pues necesitaba coger algo del bolso. Nayara la acompañó hasta el armario del recibidor donde habían colgado sus abrigos, y Gloria la hizo partícipe de su secreto que ahora iba a anunciar, mientras sacaba un pequeño paquete de su bolso. Pero Nayara aún no estaba preparada para compartir intimidades, y no fue muy expresiva ante la confidencia. Volvieron al salón y Gloria dirigiéndose a Carmen, mientras la besaba y la felicitaba, le dio el pequeño paquetito envuelto en papel de regalo. Carmen se quedó sorprendida, pues no sabía a qué venía el regalo; aquel día no era una fecha significativa para el a. Desenvolvió el paquete ante la atenta mirada de todos los comensales, que tampoco sabían qué se celebraba, a excepción de Nayara y Rafael.

La pequeña caja envuelta en el papel de regalo guardaba en su interior unos pequeños patucos blancos. Tardó sólo unos segundos en comprender, y miró a su nuera con emoción:

—¿Esto es lo que yo imagino?

El a asintió con la cabeza mientras se abrazaban, y el resto de los presentes comprendían que Gloria estaba embarazada. Carmen abrazó a su hijo, Luisa a Gloria y Curro a Rafael. Luisa entró en la cocina para preparar el café y Carmen la siguió. En el salón, los que quedaron

hablaban de que el embarazo ya estaba avanzado, pero que como Gloria

había sangrado, no lo habían anunciado antes por si perdían al niño.

Gloria se centraba en hacer partícipe de todo a Nayara, hablándole como a una confidente.

Cuando Luisa notó tras de sí a Carmen le dijo:

—Sal con el os, Carmen. Enseguida estoy con vosotros.

Pero Carmen no se fue. Le tocó el hombro obligándola a volverse hacia el a. Luisa bajó la cabeza para no mostrarle sus lágrimas, y Carmen la abrazó.

—Lo siento, Luisa, lo siento. No tenía que haber sido así.

—Me alegro mucho por vosotros, de verdad que me alegro. Curro está tan feliz. .

Carmen cerró los ojos mientras la apretaba contra sí y se le escapaban dos lágrimas. Pensó: «Hijo de puta, hijo de puta. . No podías tener un hijo y ahora estás disfrutando de los buenos momentos que sólo me correspondían a mí y haciendo pasar este trago a Luisa» Después, un poco más serenas las dos, sirvieron el café.

Finalmente los invitados se despidieron. Gloria le reiteró a Nayara que se sentía feliz de conocerla e intercambiaron sus direcciones de *e-mail*.

Después hizo el viaje de vuelta a casa de Carmen en el coche de ésta, y trató de explicarle por qué había aceptado la invitación de Curro.

Carmen se limitó a asentir sin hacer comentarios y preguntó pormenores de la marcha del embarazo.

Nayara le pidió a su padre que le acompañara a la habitación, y cuando estuvieron solos le pidió:

—Cuéntame lo que sucedió.

—Ya te lo he contado. Antes de conocer a mamá, Carmen fue mi novia.

—¿Qué clase de novia, de esas para roce?

Curro sintió deseos de amonestar a su hija, pero fue comprensivo y le dio explicaciones.

—No de las de roce, sino de las que se quiere.

—¿La querías más que a mamá?

—Nunca he querido a nadie como a mamá y ya te he dicho que aún no la conocía, fue mucho tiempo antes.

—Si la amabas, ¿por qué desapareció sin decirte nada?

«Dios mío, eso no. De eso no quiero dar explicaciones», pensó.

—El a creyó que yo no quería el niño.

—¿Por qué?

Curro se dilató en responder, no quería responder, pero sabía que tenía que hacerlo, sólo esperaba que su hija no malinterpretara sus palabras.

—Cuando ella me dijo que estaba embarazada yo exclamé que en ese momento no podía tener un hijo. No pretendía que el a entendiera que no quería al niño, sólo era una reflexión conmigo mismo y mi situación.

Yo terminaba de empezar, como quien dice, el servicio militar, tenía por delante todo un año de incertidumbre en el que no podría ocuparme de el os, pero no quería decir que no quisiera a aquella criatura.

Nayara lo interrumpió, pues tenía otra pregunta primordial.

—¿Le quieres más que a mí? —Bajó los ojos avergonzada.

—¿A quién?, ¿a Rafael? ¡Pero si prácticamente no lo conozco! Me alegra saber de su existencia y de que todo le vaya bien. —Curro bajó un poco el tono de voz, como hablando para sí mismo—. Me gustaría saber cómo ha sido su infancia y que me perdonara si le he causado algún

dolor. Pero no, nunca podré quererlo como te quiero a ti, a quien conozco desde antes de nacer.

Nayara, por un momento, imaginó a su madre en el lugar de Carmen y a él en el de Rafael, llenándose de compasión por él, pero enseguida se despojó de él pensando que su madre sabía hacer las cosas mejor, que primero se casó y que le dio una hija cuando él estuvo preparado para ella.

Y siguió su interrogatorio:

—De todas formas no entiendo por qué huyó sin dejar rastro.

—Ya te he dicho que él malinterpretó mis palabras y después tampoco encontró apoyo de quienes él pensaba que la ayudarían. Tuvo miedo de no poder llevar su embarazo a buen término y se fue sin dejar pistas. De todas formas, esa decisión que tomó propició que mamá y yo nos conociéramos y que pudiéramos tener una preciosa hija, así que no hay mal que por bien no venga. Y no te puedo decir más, porque no sé más.

Pero para Nayara era suficiente. Su padre no quiso hacer daño a nadie; fue Carmen quien se fue, negándole el derecho de reconocer a su hijo. El que esa mujer, después de vivir en Madrid todos aquellos años, estuviera

de nuevo en Valencia, había sido sólo una nefasta casualidad. No había por qué darle más vueltas.

Capítulo XXIII

Diciembre sucedió como agosto. Mucho antes de llegar las fiestas, la gente ya no pensaba en otra cosa, las calles se habían llenado de luces y reclamos comerciales. Las personas comenzaron a hacer compras y más compras, los comercios estaban abarrotados, los vitelancicos se repetían una y otra vez, los coches aparcaban en doble fila y el tráfico era más caótico por todos los sitios, como si la gente no parara de moverse de

aquí para al á.

Carmen recibió una llamada desde Madrid de su abogado, quien le dijo que lo habían llamado sus familiares de Valencia porque querían vender la casa de los abuelos y deseaban ponerse en comunicación con ella. Entonces recordó que su tía no sabía que ella vivía en Alzira y que ni siquiera le había facilitado su teléfono. Le rogó que les dijera que esperaran a que pasasen las fiestas y que entonces se pondría en comunicación con ellos. Se dio cuenta de que había postergado un tema usando la misma excusa que todo el mundo, y se sintió molesta consigo misma. Aquella noche mandó un correo a su hijo diciéndole que la familia quería vender. Rafael respondió con una llamada de teléfono:

—Mamá, no vendas, no puedes vender esa casa.

—¿Y qué quieres que haga? Si venden es porque necesitan el dinero.

Estoy segura de que a mi tía se le romperá el corazón por vender la casa donde pasó su infancia.

—Entonces cómprala tú, es una buena inversión.

—¿Pero qué dices, Rafael? ¿Tú sabes lo que vale esa casa?

—Mucho más de lo que cuesta, mamá. Por eso debes comprarla.

—No puedo, Rafael. Tú sabes que no tengo dinero ni para reactivar mis tierras y que tendré que pedir un préstamo.

Rafael pausó. Sabía que lo que iba a decir escandalizaría a su madre, pero pensó que era lo mejor.

—Entonces ¿por qué no vendes las tierras? De todas formas tú no podrás ocuparte de ellas y tendrás que estar siempre pagando jornaleros.

—No, nunca venderé las tierras que con tanto esfuerzo cultivo mi padre, nunca, Rafael.

—Lo sé, mamá, pero tenía que intentarlo. Es una lástima que pierdas esa casa.

Aquel diciembre fue el más ajetreado socialmente que Carmen había tenido en su vida. Hubo cena de mujeres solas, dos salidas al cine —una con Rosita y su esposo y la segunda con Luisa y Curro—. En las dos ocasiones la acompañó Juan, con quien también salió una noche a cenar.

La Nochebuena y el día de Navidad los pasó junto a Rafael y Gloria, hablando nuevamente de la casa de los abuelos. Después los jóvenes marcharían para pasar el Año Nuevo con los padres de Gloria, por lo que Carmen pasó la Nochevieja con todo el grupo de las chicas y sus esposos en una sala de fiestas, emparejada, como si fuera natural para todos, con

Juan. Fue una noche delirante, donde todos comieron, bebieron, bailaron, rieron y bromearon hasta la saciedad, como si la vida les fuese en el o. Era la primera vez que Carmen celebraba un año nuevo así, y de vez en cuando trataba de analizar por qué aquel as gentes vivían con tal frenesí aquel a noche. No encontró otra respuesta que la de que sólo hacían lo que se suponía que debían hacer, sin plantearse si era o no apropiado o si había alguna otra manera de hacer las cosas. Aquellas personas hacían siempre lo que se suponía que tenían que hacer, y lo que se suponía que tenían que hacer aquel a noche era divertirse hasta caer extenuados. Pensó que todos los hijos de el os estarían celebrando fiestas similares, con las consecuencias de esos excesos en sus jóvenes organismos, lo cual parecía no importar mucho a todos aquel os padres, y añoró la presencia de Vicente, la compañía del sacerdote siempre la imbuía de una alegría apacible y reconfortante.

A las cinco y media de la madrugada se disponían a irse a desayunar, a no sabía qué sitio. Juan le preguntó si a el a le apetecía ir al desayuno; el a dijo que se acomodaría a lo que él prefiriera, puesto que viajaba en su coche.

—Pero ¿a ti que te apetece? —la instó a que expresara su opinión sin considerar que viajaba en su coche.

—Yo estoy agotada y tengo ganas de meterme en la cama, pero puedo aguantar un poco más.

Se despidieron del grupo. Juan condujo despacio y en silencio, respetando el cansancio de ella, que se había abandonado en el asiento apoyando la cabeza contra el respaldo y cerrando los ojos, que sólo abrió cuando notó que el coche se detenía. Entonces buscó en su bolso, pulsó el mando a distancia y la cancela comenzó a abrirse. El coche entró deteniéndose en la terraza de acceso a la puerta. Carmen lo besó en la mejilla a soñolienta.

—Gracias por todo. Nunca me había reído tanto.

No era eso lo que él esperaba, no que lo despidiera ya.

—¿No vas a invitarme a pasar?

Ella se sorprendió. No quería ser descortés pero. .

—A estas horas lo único que puedo ofrecerte es un café, y si piensas irte a la cama, no creo que sea lo más conveniente.

—Un café estará bien.

Ella cerró nuevamente la cancela y entraron en la casa. Se dirigieron a

la cocina. Juan se derrumbó pesadamente sobre una de las sillas mientras Carmen preparaba el café. Se disculpó un momento y poco después volvía vestida con pijama y bata. Abrió el frigorífico mientras decía:

—También puedo ofrecerte zumo o yogurt.

—No, gracias, sólo el café.

Sirvió dos tazas y se sentó frente a él en la mesa de la cocina. Él alargó sus brazos sobre la mesa, le tomó las manos y se las llevó a la boca, besándolas.

—¿Nunca has pensado en casarte? —le preguntó mientras la miraba,

comprobando que la había sorprendido.

Carmen sabía que Juan había bebido y que estaban muy cansados, pero la situación y la pregunta eran demasiado trascendentales para ser debido a ninguna de las dos cosas; parecía que tras aquel a pregunta había una intención real. Trató de quitar importancia al asunto.

—No, nunca. —Rió—. Ni siquiera se me pasó nunca por la imaginación. —Volvió a reír.

Él besó nuevamente sus manos, que aún no había soltado.

—¿Y si yo te lo pidiera?

El a retiró las manos, que él trato de retener. La sonrisa se le congeló en el rostro mientras lo miraba. Él tenía los ojos fijos en ella, obligándola a parpadear y a apartar su mirada. No quería aceptar que aquello fuera cierto, por eso trató de dar a su voz un tono desenfadado.

—Si tú me lo pidieras, sería un honor para mí y todas las mujeres del mundo me envidiarían, pero estoy tan acostumbrada a vivir sola que no sabría adaptarme. No sé compartir mis decisiones. No, nunca podría casarme.

Rió de nuevo.

Pero él no estaba dispuesto a que ella pensara que sólo se trataba de una broma, quería que comprendiera que hablaba en serio. Deslizó su mano en el interior de la chaqueta, que había apoyado en el respaldo de la silla, y sacó un pequeño estuche que le tendió.

—Esto es para ti, para que pienses seriamente en la respuesta que quieras darme. Ábrelo.

No era difícil imaginar que lo que aquel estuche contenía era un anillo de compromiso, que posiblemente había comprado días antes, lo que significaba que él llevaba tiempo pensando en eso y que no era ni el cansancio ni el alcohol lo que hablaba. Se sintió alagada e insegura al mismo tiempo. De repente se dio cuenta de que lo que terminaba de decirle era una verdad aplastante. Era un honor que alguien como Juan la pretendiera como esposa, pero ése era un papel que ella no sabía desarrollar, no sabía ceñirse a las necesidades de nadie. Con la mano derecha cubrió el pequeño estuche y con la mano izquierda la derecha y arrastró el obsequio hacia él, rechazándolo.

—No, Juan. No tengo que abrir nada, ni tengo que pensar nada. Es cierto que no sabría ajustar mi vida a la de otra persona —dijo mirándolo a los ojos, bajando luego la mirada hacia su taza de café y añadió—.

Pero. . me siento muy alagada.

—No pretendía alagarte. —Hizo una pausa y tomó el estuchito que le tendió nuevamente, suspendiéndolo en el aire—. ¿Ni siquiera quieres verlo?

El a negó con la cabeza, sin levantar los ojos. Él devolvió el estuche a su lugar original, se tomó el café de un sorbo y se puso en pie, descolgando la chaqueta del respaldo de la silla.

—Gracias por el desayuno.

El a de repente tuvo la sensación de estar perdiendo algo muy importante y tuvo miedo. Se levantó con brusquedad y lo tomó por el brazo. Él miró su gesto de soslayo, demasiado brusco, demasiado impetuoso; era evidente que estaba acostumbrada a tomar decisiones. Deseó desembarazarse de el a con un ademán igualmente brusco, pero la voz de el a sonó tan suplicante cuando dijo:

—No quisiera perder tu amistad, Juan.

La miró: estaba ojerosa, cansada, abatida. La besó en la mejilla y le dijo con dulzura:

—Claro que no. Seguiremos viéndonos.

Pero el a sabía que si lo dejaba marchar sin un compromiso, lo perdería.

—Me gustaría que vinieses a comer mañana.

—El Año Nuevo como con mis hermanos. —Después de una pausa continuó con naturalidad—: Esperaba que tú también vinieras y presentarte a Jaime, pero no ha podido ser.

El a bajó nuevamente los ojos, pero insistió terca:

—Entonces el próximo sábado. Te espero sobre las dos.

—Bien, aquí estaré.

Cuando ese mismo día Juan se presentó en casa de su hermano Jaime solo, Rosita supo que su hermano había sido rechazado y se alegró por él. Sentía simpatía por Carmen y deseaba que su hermano encontrara una buena mujer con la que decidiera casarse, pero con Carmen, quien le había puesto los cuernos a Luisa, no. Poco a poco, comenzó a darse cuenta de que Juan estaba más afectado de lo que quería demostrar y deseó que la decisión de el a hubiese sido diferente. No soportaba ver a su hermano tan triste.

El sábado siguiente comieron juntos, como habían quedado y como Carmen se encargó de recordarle llamándole por teléfono. Después

salieron a pasear y más tarde encargaron cena, que tomaron nuevamente en casa de Carmen. Aquel tipo de cenas se convirtieron casi en una rutina de todos los miércoles, de tal forma que si algún miércoles Juan no la llamaba para proponerle llevar a su casa cena y película, se sentía desasosegada. Comenzaba a darse cuenta de que la presencia de Juan junto a ella le producía una especie de sensación de plenitud, de completo, que añoraba su presencia y deseaba sus muestras de cariño.

Juan no la llamó ni la última semana de febrero ni la primera de marzo, porque él también se dio cuenta de que aquellas cenas se habían vuelto demasiado habituales y no quería que llegaran a ser una obligación que a ella le molestara, ni tan siquiera una rutina. Por eso se alegró de que fuera ella quien lo llamara aquel primer viernes de marzo.

—Si te apetece sopa y bistec, te invito a cenar.

Le hubiese gustado rechazar la invitación, pero él también tenía deseos de compartir aquellos momentos de intimidad viendo una película, medio adormecidos, tirados en el sofá con el salón en penumbra, como seguramente pasaba en todos los hogares de todas las familias que,

después de un día de trabajo, se abandonaban al relax, compartiendo ese momento con el resto de la familia. Eso mismo en la soledad de su apartamento era triste, pero compartido con Carmen era completar un día de existencia con plenitud.

Se asombró de aquellos pensamientos, puesto que él siempre había tenido una vida muy rica. Pero desde que conocía a Carmen parecía que si no la podía compartir con ella, no tenía sentido, aunque sólo compartieran un rato de descanso, algunas generalidades relacionadas con su trabajo y poco más, puesto que esa vida de riqueza interior que todos los humanos tienen aún no había aflorado.

Después de cenar en la cocina, como siempre, se dispusieron a ver la película. Pasados unos minutos, Carmen en vez de apoyarse en el reposabrazos de su parte del sofá, se apoyó en el brazo de Juan. Él la miró de reojo, sintiendo cómo un cosquilleo bajaba desde su estómago.

Levantó el brazo y la rodeó por los hombros para acomodarla en su seno, disfrutando de aquel momento. Ella notaba la calidez de su cuerpo a través de la ropa, su olor corporal y lo confortable de su presencia. Se sentía un poco temerosa de lo bien que se sentía junto a aquel hombre y de su deseo de compartir con él mucho más, todas aquellas cosas que se había negado incluso a ella misma. Por eso esperaba que él supiera

comprender lo que suponía para ella aquello que estaba haciendo. Cuando deslizó su mano hacia el rostro de él obligándole a ladear la cabeza hacia ella, mientras estiraba el cuello para alcanzar a besarle los labios, él cerró los ojos, consciente de lo que aquello significaba. La sensación del suave roce de ella se extendió por toda su piel y todo su cuerpo se puso en tensión. Tuvo la impresión de que se precipitaba al vacío y deseó aferrarse al cuerpo de ella como la única manera de escapar de aquel torbellino de luz que lo arrastraba tras un vehemente deseo de

gozo, abandonándose por un momento en un prolongado beso y luchando después contra su propio cuerpo, contra su propio deseo de seguir así por toda la eternidad. Finalmente la asió por los hombros, la apartó de sí abriendo los ojos y le suplicó:

—No juegues conmigo.

Ella intentó con la mano acercarse de nuevo a su boca, ejerciendo presión sobre su mejilla, mientras susurraba con voz cálida y ojos cerrados:

—No estoy jugando.

Era toda una lucha verla así, abandonada en sus brazos, deseosa, suplicante, acercándole su boca entreabierta. Pero eso sólo tenía valor si era una entrega total.

—Entonces. . ¿te casarás conmigo?

El gesto de Carmen se congeló un momento. Abrió los ojos; los de Juan estaban muy cerca, reflejando en su iris los cambios de luz que llegaban desde la televisión: su expresión era vehemente. Cerró la boca, lo miró confundida. ¿A qué venía aquel o? Que el a supiera, Juan había tenido al menos dos novias formales con las que incluso convivió en los pisos de ellas, y que sin duda hubiesen querido casarse, pero él nunca les dio la oportunidad.

—¿Qué tiene que ver? —Fue lo único que acertó a responder.

El desconcierto de el a lo llenó de ternura, comprendiendo lo que aquella situación tenía que suponer para ella, y deseó abrazarla para compensar el mal rato que estaba pasando, pero no podía ser débil.

—Mucho, Carmen, tiene mucho que ver. Sé que me amas, si no, no estarías comportándote así.

El a se sintió abatida, desnuda, avergonzada, rechazada. Apartó los ojos de él y trató de desembarazarse de sus brazos, pero él la sujetaba para obligarle a enfrentar la situación y seguía hablando:

—Y yo también te amo mucho, si no, no estaría ahora aquí. Pero tengo que saber que te casarás conmigo.

Por fin se desembarazó de sus brazos y posó sus manos en el regazo mirándolas con fijeza con la cabeza agachada.

—No puedo, Juan, no puedo —dijo con tristeza.

—¿Por qué? —insistió inquisitivo.

El se levantó incapaz de notar sus ojos tan de cerca.

—Ya te lo dije, Juan: de la única persona que me he tenido que ocupar ha sido de mi hijo. Pero en mi casa no he tenido ninguna autoridad por encima de mí. ¿Cuánto tiempo crees que me duraría la ilusión de llegar a casa y saber que mis obligaciones aún no han terminado?, ¿de pensar que aún tengo que preparar cena para alguien aunque a mí no me apetezca cenar?, ¿de ocuparme de la ropa de otra persona?, ¿de hacer la compra pensando en los gustos de otro?, ¿de llegar a casa y no poder hacer lo que me venga en gana porque tengo que ajustarme a los deseos de otro? ¿Qué pasaría si tengo ganas de tumbarme en el salón, como suelo hacer deseosa de soledad y silencio, y tú desearas ver el partido y comentar las jugadas?

¿Durante cuánto tiempo crees que. .?.

No pudo terminar. Juan la estaba mirando durante todo su discurso, incrédulo. ¡Carmen tenía miedo! Todas aquellas objeciones era lo que ella deseaba hacer, pero tenía miedo a cansarse de ellas, a que aquel deseo de compartir su vida no durara siempre. La interrumpió al preguntarle:

—¿Me estás diciendo que no quieres compartir conmigo tu día a día, tu cotidianidad, que me quieres contigo pero sólo en algunos momentos, que no te sientes capaz de que comparta contigo mis aficiones, que sólo aceptas parte de lo que se supone que debe ser una convivencia, pero no su totalidad?

Ella se daba cuenta de que sonaba absurdo, pero era cierto. No tenía otra excusa: tenía miedo a la convivencia cotidiana, a perder aquella independencia que le daba estar sola, puesto que los inconvenientes de aquella soledad ya estaba acostumbrada a gestionarlos. No tenía otros argumentos.

—Piensa lo que quieras —le espetó contrariada.

—Está bien —aceptó. Fue lo único que se le ocurrió para no perderlo todo.

Ella lo miró sorprendida.

—¿El qué?

Él encendió la luz y, tomándola por las manos, la obligó a sentarse. Se aseguró de que ella lo miraba antes de comenzar a hablar:

—Carmen, hace muchos años que vivo solo y no he necesitado que nadie me zurza los calcetines, ni que me prepare la cena. Tú no quieres que nadie te prive de tu independencia, ni necesitas ningún hombre que te defienda de nada. Tú tienes tu casa y yo tengo mi casa, tú tienes tu

trabajo y yo tengo mi trabajo. Seguiremos viviendo del mismo modo, sólo que estaremos casados.

Carmen no salía de su asombro. Aquel hombre debía de ser una broma, y él no estaba para burlas.

—Por favor, Juan, no digas chorradas —dijo contrariada.

Él se puso serio. ¿Qué más quería?

—¿Se te ocurre otra idea mejor? ¿Qué más quieres?

Ante la severidad de su tono, le miró incrédula.

—Eso es una locura.

—¿Por qué? Muchos comparten vida y casa sin estar casados. ¿Por qué no podemos nosotros casarnos y vivir cada cual su vida en su casa?

—Porque es una locura —respondió con decisión.

Él la miró con severidad, sabiendo que lo que le iba a decir no era agradable, pero no le dejaba otra opción.

—Carmen, lo que tú me ofreces me cuesta dos cubatas un sábado por la noche.

Ella bajó los ojos avergonzada, ofendida. Le hubiese dolido menos que se hubiera marchado cuando intentó besarla, pero no se marchó sino que... allí estaba, conduciendo una conversación totalmente surrealista, para tratar de demostrarle ¿qué? ¿Qué era lo que pretendía decirle?

Él sintió la vergüenza que ella estaba pasando con la mirada baja y sin decir nada. La abrazó contra sí, pero ella no respondió. Le susurró al oído, a través de su pelo:

—No quiero que te conviertas en mi amante. Si alguna de las chicas me pregunta qué tipo de relación tengo contigo, le diré que eres mi esposa o mi amiga, pero no mi amante.

A ella, que mantenía apoyada la frente en su hombro, le brotaron las lágrimas al tiempo que le escuchaba.

—Te quiero, Carmen. Cásate conmigo.

Aunque no veía sus lágrimas, sabía que estaba llorando, sabía que la había lastimado mucho y la presionó un poco más fuerte. Le habló de

nuevo a través de su pelo, con mucho cariño:

—Si después no te satisface, el divorcio te resultará gratis; recuerda que soy abogado.

El a se convulsionó, ahora entre risas y lágrimas abrazándolo.

Él tomó el gesto como una respuesta afirmativa.

—¿Quiere eso decir que sí? —Y alargaba sus brazos para rodearla mejor.

—No lo sé, Juan, no lo sé —respondió emocionada, llena de pronto de regocijo.

—Entonces, es que sí. —Y buscó su boca para besarla; estaba salada de lágrimas.

Juan ya no le dio tregua: cuando ella ponía alguna objeción, él presentaba alguna solución. Si el a decía que no tenían edad para aquel o, Juan respondía que tenían la mejor edad: no eran ni jovencitos, ni viejos, estaban en la mejor edad y el a reía como una niña. Si ella objetaba: «¿Qué dirán nuestras familias?», él respondía: «Se sentirán aliviados de que por fin sentemos la cabeza».

—¿Realmente crees que pensarán que hemos sentado la cabeza cuando sepan que cada uno vamos a vivir en nuestra casa?

—Eso no se lo diremos.

Y los dos reían como niños que están preparando una travesura. Pero surgió un nuevo tema espinoso cuando, hablando de la fecha de la boda,

Juan sugirió:

—Nos casaremos tan pronto tengas el traje de novia.

—¿Qué traje de novia?

—El tuyo.

—Juan, ¡que tengo cincuenta años! No pensarás que me voy a vestir de blanco.

—Por supuesto. Mi novia el día de su boda irá vestida de novia.

—Juan, ¡que voy a tener un nieto!

—Estarás preciosa de novia. . con tu nieto en brazos.

Carmen no fue capaz de saber si estaba bromeando, pero ella estaba molesta: ¿cómo se le ocurría pensar que ella se podía vestir de novia?

Las semanas siguientes su vida estuvo llena de actividad social, al igual que estaba Valencia en plenas fiestas. Conoció a la familia más inmediata de Juan. Fue una suerte contar con la presencia de Rosita y su esposo cuando todos se reunieron en casa del hermano mayor, Jaime. Hubo

comida con todo el grupo de amigos para anunciar lo que todos ya sabían. Rafael, Gloria, Eugenio, Laura y Vicente vinieron el mismo fin de semana para celebrarlo con una comida y al tiempo visitar las falas.

Carmen no supo si su hijo estaba contento o contrariado, pues su comportamiento sólo fue correcto. Quien sí sabía lo que pensaba era de Gloria, a quien le había dicho:

—Mi madre se ha vuelto loca desde que ha regresado a Valencia. Es como si no la conociera. —Mientras que Gloria se regocijaba porque ella lo intuyó desde el primer día que los vio juntos.

El sacerdote, por su parte, recordó que le había parecido notar una cierta dulzura en la voz de Carmen cuando nombró a Juan el verano anterior. Eugenio se alegró porque pensaba que era bueno para Carmen no vivir sola, y Juan era un buen tipo.

Entre comidas, falas, *disparás* y fuegos artificiales, Rafael y su madre siguieron hablando de la casa de los abuelos de ésta. Rafael y Gloria habían pedido plaza en Valencia; se habían propuesto comprar la mitad de la casa a la tía de Carmen y querían saber si de hacerlo, ella les

permitiría vivir al í. Carmen trató de disuadirlos, pues aunque el a les daba permiso para vivir al í, la mitad de aquella casa seguiría siendo muy cara y, además, necesitaba una reforma integral que no podrían pagar. Pero finalmente dejó la decisión en sus manos.

Gloria, que mandaba regularmente correos a Nayara, aprovechó la ocasión para quedar con el a y que la acompañara a comprar algo para el futuro bebé. Había entendido desde el principio el esfuerzo que Luisa estaba haciendo para que aquel escol o en la vida de Curro no lastimara a su familia, y fue solidaria con el a. Además, estaba convencida de que una vez sabido por su esposo que tenía una hermana, era bueno que tuviera algún tipo de relación con el a. También se dio cuenta de que a Nayara le apetecía saber cosas de su hermano, aunque nunca las preguntaba, por lo que Gloria goteaba pequeños detalles sobre su esposo para que Nayara lo fuera conociendo. A quien no soportaba Nayara era a Carmen, y que Juan se casase con el a era toda una traición, así que Gloria procuró no tocar mucho ese tema. Al fin y al cabo, para que una senda quede establecida, se debe pasar muchas veces por el a, y ya tendría tiempo.

La primavera pasaba rápidamente dando paso al verano. Carmen tenía tantas cosas que atender que los días pasaban en un suspiro. Habían comenzado a comercializar diferentes tipos de viviendas en el P. A .I. de

Eugenio, sobre proyecto, con muy buena aceptación. Tuvieron que buscar una sala donde celebrar el banquete de bodas. Trató nuevamente con Rafael el asunto de la casa, por lo que se puso en contacto con su abogado en Madrid para que hiciera las gestiones oportunas en nombre

de Rafael. Conforme Carmen iba hablando con unos y otros de la boda, percibió que los de su edad daban por sentado que una novia tenía que ir vestida como tal el día de su boda y que sólo los muy jóvenes, para quienes no sólo el amor sino también el tener años era algo vergonzoso, no se sentían tan conformes con lo del traje de novia. Finalmente Carmen aceptó que a ella no era que no le apeteciera vestirse así, sino que le daba vergüenza lo que los demás pensarán de ella, y decidió que si cuando era más joven lo que pensarán los demás le importaba un comino, no tenía por qué preocuparle ahora. Si encontraba un traje que considerara apropiado, vencería su sentido del ridículo y se vestiría de novia para Juan. Lo encontró y Juan quiso celebrar la boda el 28 de julio, pues para el día siguiente, sábado, no encontraban salón de banquetes.

Para entonces, Ricardo, el nieto de Carmen, ya contaría con más de

dos meses; había nacido el 24 de mayo del 2006. A Carmen no se le olvidaría nunca que a las seis de la madrugada Rafael la llamó diciéndole que iban camino de la clínica, que la volvería a llamar cuando su hijo hubiese nacido. Pero media hora después Carmen ya estaba en carretera al encuentro de su nieto. Hizo un alto en el camino tres horas después, anulando sus compromisos de esa semana. También llamó a Eugenio, después al sacerdote y ya por último a Juan, advirtiéndole que no estaría aquel a noche en casa, ni todo el resto de la semana, puesto que iba a estar con su nieto, que estaba apunto de nacer. Mientras hablaba con Juan fue consciente de que aunque habían acordado que cada uno seguiría con su vida, ella ya le estaba dando explicaciones a alguien de lo que hacía y por qué, sintiéndose molesta por perder parte de su independencia. Para Juan fue un jarro de agua fría que ella no le hubiese llamado en el mismo momento en que Rafael le anunció que Ricardo ya estaba en camino. Significaba que ella no compartía con él los momentos importantes de su vida. El que no hubiese esperado para ver si él podía hacer el viaje con ella significaba que para ella Juan no formaba parte de su familia. Encajó con dolor esa realidad y entendió que ella no estaba preparada para que compartiesen todo, pero no se daría por vencido y lucharía por ser parte de ella, con las únicas armas que ella sabía manejar, las de la

independencia.

Carmen llegó a la clínica pocos minutos antes de que naciera su nieto.

Aquel a noche durmió en el pequeño apartamento de los chicos, viendo entre sueños el precioso rostro del recién nacido. Durmió mal, extrañando la cama y soportando el barul o de aquel a bul iciosa cal e. El

día anterior había conducido durante muchas horas y después, en el hospital, apenas se había movido, por lo que tenía los pies hinchados y notaba un hormigueo irritante en las piernas que no le permitía conciliar el sueño. Ya de madrugada se preparó una de esas infusiones a las que era tan aficionada Gloria, los sonidos que llegaban de la cal e le dieron una tregua y por fin se durmió. Cuando despertó eran más de las diez de la mañana. Fue un despertar pesado, perezoso, uno de esos despertares primaverales, cuando la luz del día te invita a actividad pero no puedes abandonar las sábanas. La imagen de Ricardo, con aquellos mofletes regordetes y rosados, flotaba como entre nubes frente a sus ojos, meciéndola en una mul ida pereza. De repente fue consciente de dónde estaba y por qué estaba al í. ¿Cómo era posible que a aquellas horas aún

estuviera en la cama en vez de estar arrullando a su nieto entre sus brazos? Dejó la cama con dificultad, debido al tirón que le dio la espalda al moverse con brusquedad, se metió en la ducha, aseó un poco todo lo que había usado y salió presurosa a la calle. Le costó más de media hora llegar al hospital. Cuando aparcó ya eran las doce y ni siquiera había desayunado. No podía entenderlo: el día anterior había llegado desde Valencia relativamente pronto, antes de que naciera Ricardo, y hoy, que ya estaba allí, todo se dilataba y parecía que no podía llegar. También los ascensores del hospital fueron lentos. Por fin pudo golpear la puerta de la habitación de Gloria y al entrar vio sonriente a Juan, quien había llegado con un precioso ramo de flores para la nueva madre.

Después del dolor que le causó saber que Carmen había iniciado el viaje sin contar con él, hizo todo lo posible por cancelar él mismo todos sus compromisos. El día siguiente, jueves, era un día complicado para él —todos los jueves eran complicados porque solía ser el día en que se le acumulaban muchos casos que cerrar antes del viernes—, pero finalmente consiguió posponerlo todo para la siguiente semana, y muy de madrugada salió con destino a Madrid para demostrarle a Carmen que él formaba parte de su núcleo familiar.

—¡Juan! ¿Qué haces aquí? —Estaba alegremente sorprendida.

—Pues ya ves, a conocer al retoño.

Se besaron y Carmen fue directamente a la cuna, apartando un poco la sabanita para ver mejor a su nieto.

—¿Lo has visto? Es una hermosura. —Se dirigía a Juan sin dejar de mirar a Ricardo. Después, dirigiéndose a Gloria, le preguntó cómo habían pasado la noche y se disculpó por su tardanza.

Juan comentó que Rafael y él se disponían a salir a tomar algo y le preguntó si quería acompañarlos, pero ella prefirió quedarse con su nieto a pesar de que su estómago, de vez en cuando, rugía. Cuando salieron, Gloria comentó que Juan demostraba ser un gran tipo al haber hecho todos aquellos kilómetros para ir a conocer a Ricardo, y la felicitó por su suerte de haber encontrado un hombre así. Carmen fue en ese momento un poco consciente de lo que aquel o habría supuesto para Juan y se sintió alagada al comprobar el amor que sentía por él; se preguntó si sería merecedora de tal amor. Un poco después, llegó la madre de Gloria, y Carmen, al igual que el día anterior, comprobó la complicidad y cariño que las unía. Se sintió un poco intrusa, intuyendo que madre e hija

desearían disfrutar de unos minutos a solas, así que se disculpó y salió en busca de Rafael y Juan. Una vez en la calle se dispuso a localizarlos por el móvil, pero pensó que tal vez se estaban conociendo y no quiso interrumpir. Se sintió sola al pensar que otros estaban disfrutando de su familia y ella no. Guardó el móvil, entró en una cafetería y pidió un desayuno. Terminaban de servírselo cuando vio dirigirse hacia ella a Rafael y Juan, que la habían visto a través de la puerta de cristal, de regreso a la clínica.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Rafael.

—He bajado a desayunar. Gloria está con su madre.

—¿Y... por qué no nos has buscado? —quiso saber Juan.

Ella hizo un gesto muy expresivo, como de una niña que la pillan haciendo una travesura, levantando las cejas y los hombros.

—Tenía tanta hambre que he entrado en el primer sitio que he encontrado.

Los dos ladearon la cabeza, sonrientes, sabiendo que ése no era el motivo.

Rafael se despidió para volver junto a Gloria y Juan se quedó con Carmen, quien no le agradeció los esfuerzos que había hecho para estar allí, a pesar de lo feliz que se sentía por contar con su compañía. Sólo dijo:

—No tenías que haberte molestado en venir.

—No ha sido una molestia. Tenía mucha curiosidad por saber cómo era la personita por la que mi futura esposa lo deja todo y sale pitando a su encuentro.

Y después de una pausa, mientras la miraba dar un enorme bocado a la tostada, le tomó la mano que tenía libre y le dijo con sobriedad:

—Ya sé que no es lo acordado, pero quería que compartieras esta experiencia conmigo.

El a le devolvió la mirada, concentrándose en arrastrar con la lengua una miguita de pan con mantequilla a que se le había quedado pegada en el labio superior y, reconfortada por el desayuno y la presencia de él, respondió:

—Ya sé que no es lo acordado, pero me alegro de que estés aquí.

El día siguiente Gloria recibió el alta, pero decidieron pasar unos días en casa de la madre de ésta, en un pueblo vecino, para que la nueva madre pudiera descansar un tiempo y se recuperara debidamente.

Carmen y Juan pasaron la tarde recorriendo la ciudad. Después de

cenar la acompañó al apartamento de Rafael, donde él pasó la noche; él marchó al hotel. El sábado comieron en casa de la madre de Gloria, que tuvo la gentileza de invitarlos junto con Eugenio, Laura y el padre Vicente, que llegaron aquel día para conocer a Ricardo; él no consintió que comieran en un restaurante.

Carmen se despidió de su nieto y de todos los demás hasta el día de su boda, aunque aquella noche durmió nuevamente en el apartamento de los chicos y Juan en el hotel. El domingo, después de desayunar, tomaron la carretera hacia Valencia cada cual en su coche, comunicándose de tiempo en tiempo por el manos libres y decidiendo dónde pararían para pasear un poco, paseos en que Juan aprovechaba para abrazarla y besarla, dejándola sorprendida de que nunca pasara más al á.

Horas después de que naciera su hijo, cuando por fin Gloria fue un poco más consciente de lo que sucedía a su alrededor, le mandó una foto de Ricardo por el móvil a Nayara, anunciándole que su sobrino ya había nacido y esperó su reacción. Nayara se sintió alagada de ser de las primeras en saberlo y de que Gloria se hubiese acordado de él en esos momentos, pero no quería demostrar esa alegría delante de sus padres; además, no quería que su padre se sintiera feliz por el nacimiento de aquel niño. Esperó paciente a ver cuál era la reacción de él, pero a la hora de

la cena ya no pudo resistirlo más y, como quiera que sus padres parecían no saber la buena nueva, él a por fin se decidió a contarles los detalles y enseñarles la foto, convencida ya de que no era rival de nadie ni contra nadie, de que el cariño de los demás se puede recibir pero no poseer, de que las personas no son posesiones que nos pertenezcan, de que el que su padre pudiera amar a Rafael o al pequeño recién nacido no significaba

que a él le amase menos. Pero, a pesar de haber entendido todas esas cosas de una manera racional, aún le dolió un poco la ilusión que les hizo a sus padres conocer la noticia, y cómo la apremiaron a responder al mensaje, aunque se sintió protagonista por ser ella quien dio la nueva.

Al día siguiente, jueves, Carmen y Juan se pusieron en comunicación con ellos para darles detalles del feliz acontecimiento. Curro deseó estar en el lugar de Juan y junto a Carmen poder contemplar la carita del hijo de su hijo. Se sintió desasosegado y se acercó a Luisa para abrazarla. Ella respondió a su abrazo tirándole de la coleta obligándole a mirarla y le dijo, cuando arrojó sus ojos con una sonrisa:

—Enhorabuena, abuelito.

En los ojos de ambos dentel earon lágrimas que no permitieron que se escaparan.

Capítulo XXIV

Faltaban pocas semanas para el día de la boda. Rosita y Luisa se ocupaban en pensar todo aquello que a Carmen no se le ocurría, arponeándola con un sinfín de sugerencias que ella de normal atendía, pero que ahora parecía obligada a acudir a una profesional: limpieza de cutis, pedicura, depilación, manicura, peluquería. . Le sugirieron un poco de rel eno en los labios, a lo que ella se negó. Hasta le regalaron el camisón y el perfume que supuestamente tenía que usar la noche de bodas, en la fiesta que le prepararon de despedida de soltera. Carmen tenía la sensación que en vez de prepararse para firmar un contrato matrimonial, se estaba preparando para superar alguna prueba en la que pudiera ser rechazada. Con todo, disfrutó de la camarería de las chicas,

aunque llegó agotada al día de la boda y con deseos de que todo terminara ya.

Rafael, junto con Gloria y el pequeño Ricardo, llegaron el día 24, pues el 25 firmaban como nuevos copropietarios de la casa de los abuelos de Carmen, en una notaría de la calle Colón de Valencia. Se quedarían ya en Alzira hasta la boda, y después de ésta hasta que su madre volviera del viaje de novios, aprovechando la casa de Carmen para pasar unas vacaciones. Eugenio y Laura también se quedarían unos días en el hotel pasada la boda, para poder echarle un vistazo a la nueva propiedad de Rafael y asesorarle en lo que más le conviniera. El padre Vicente y Estíbaliz llegaron el día antes de la boda por la tarde. Estíbaliz se alojó en el mismo hotel que su hijo. En un principio pensó en denegar la invitación de Carmen, pero después se dio cuenta que en muy pocas ocasiones tenía la oportunidad de disfrutar a un tiempo de la presencia de su hijo y de su amado, anhelante de verlos juntos. Los días de espera se le hicieron largos, pero fue tal el regocijo de ver a aquella pequeña familia junta, festejando la boda de Carmen que también ella decidió, junto con el sacerdote, quedarse unos días más en Valencia para propiciar más

ocasiones de estar juntos. Así, la mañana en que los cuatro jóvenes visitaron la casa de Rafael, Estíbaliz se quedó en casa de Carmen con el pequeño Ricardo, y poco después de salir los jóvenes llegó el sacerdote. Fue una mañana entrañable en la que desearon poder estar así algún día, con su propio nieto.

El día de su boda Carmen despertó de madrugada. Era consciente de que aquel día su vida iba a dar un vuelco y no sabía si realmente estaba preparada para aceptar a alguien como parte de su familia. No conocía tanto a Juan como cabría esperar y se había dejado embaucar por él en un momento de debilidad emocional. Después, alagada por la situación, no supo dar marcha atrás y ahora, cuando faltaban apenas unas horas, cuando los invitados que llegaban de fuera ya estaban en su hotel desde el día anterior, cuando casi todos habían tenido que hacer arreglos en sus respectivos trabajos para poder acompañarlos en ese día tan especial, ahora ella se daba cuenta de que todo aquello era una farsa, una pantomima y que ni siquiera tenía claro si quería firmar aquel compromiso con Juan. Se preguntó si lo amaba. Amor significaba deseos de compartir con alguien todo lo tuyo, tu vida, y ella no estaba dispuesta a hacerlo. Entonces, ¿sería suficiente con el amor de Juan para mantener

aquel a especie de pacto que habían acordado? Se dio cuenta de que Juan no consentía en tener ninguna relación con el a más al á de la amistad sin estar casados, porque el a era una de las chicas. Las novias que había tenido no formaban parte del clan, y aunque él intentó integrarlas acudiendo con el as a las fiestas que celebraban, nunca consiguieron integrarse, nunca llegaron a formar parte del clan; para las chicas siempre eran las novias de turno del soltero del grupo, no una de el as. Pero Carmen había formado parte del clan desde el principio, de tal manera que, a partir de su llegada, eran dos los solteros y no se entendía ninguna relación entre el os como pareja, a no ser la que mantenían el resto del grupo, la de casados. Así todo estaba equilibrado y en orden.

Estaba demasiado inquieta para seguir en la cama. Se levantó, se preparó un café con leche y salió a la terraza. La noche empezaba a despojarse de la oscuridad y las copas oscuras de los árboles del jardín dibujaban su contorno contra un cielo que comenzaba a clarear. Se tomó el reconfortante líquido de la humeante taza y se arropó en una manta, tumbándose sobre una hamaca de la terraza. No seguiría adelante con aquello, no ataría su vida a la de nadie, no quería darle a nadie la oportunidad de que tuviera el derecho de valorar las decisiones que el a

tomara, ni a que sufriera o se sintiera mal por causa de el a, no quería ser el centro de nadie. Ser el centro de algo significaba estar rodeada de algo, y para el a eso era sinónimo de estar acorralada, sin espacio propio para medrar. No quería vender su vida a cambio de la reconfortante presencia de Juan, de sus caricias, de sus besos, de sus palabras de cariño que apenas duraban un pequeño espacio de tiempo en su día a día... A pesar de sus pensamientos, supo que no podía renunciar a Juan, que le era imprescindible saber que él estaba allí. No era que necesitara su presencia física, pero necesitaba su esencia, su energía, y supo que el a ya no podía ser sin Juan. Deseó que estuviera a su lado en ese momento para acallar sus temores como siempre hacía, deseó sentirse abrazada por él. Se despojó de la manta y del pijama y se tiró a la piscina. El agua, demasiado fría a aquellas horas, se clavó en su cráneo como agujas de hielo; el resto del cuerpo se sintió envuelto por ella como la envolvían las caricias de Juan. Era algo fuera de ella que sentía como parte de ella, en todo su ser. Al emerger por el otro lado de la piscina vio a su nuera de pie, sonriéndole cerca de la piscina con una taza entre las manos, preguntándole:

—¿No está el agua muy fría a estas horas de la mañana?

—Sí, pero me he dejado vencer por el impulso de probarla. ¿Me acercas unas toallas?

Y mientras Gloria buscaba las toallas, ella se sumergió de nuevo, notando cómo el fresco del agua comenzaba a entumecerla. Gloria depositó las toallas cerca de la piscina y después se alejó unos pasos, sentándose en una butaca de espaldas a la piscina para preservar la intimidad del baño de Carmen. Ésta se envolvió con una toalla y con la otra se frotó enérgicamente la cara y el pelo, envolviéndolo después en ella y fue a sentarse junto a Gloria.

—¿Cómo es que estás despierta?

—Ricardo se despertó. Le he dado el biberón; ahora duerme junto a su padre, pero yo ya no he podido. ¿Y tú?

—Yo me he despertado asaltada por mil dudas, y ya ves —dijo alzando los hombros.

Gloria rió comprensiva.

—Ja, ja, ja. . . ¿Te dio el miedo escénico?

—¿El miedo escénico?

—Sí, está a punto de levantarse el telón y tienes miedo de no ser capaz de representar el papel que tienes en la obra.

—Sí, algo de eso debe de ser. De todas formas no es normal montar todas estas pantomimas a los cincuenta años.

A Gloria le pareció notar un rescaldo de amargura en sus palabras.

—Yo no pienso que el matrimonio sea ninguna pantomima, ni creo que los años tengan nada que ver.

—¿No? —la interrogó Carmen mientras se frotaba de nuevo la cabeza con la toalla, interesada en su punto de vista.

—No. El matrimonio es una de las muchas opciones que las personas tenemos para dar riqueza a nuestras vidas, y aunque recientemente se han incorporado otras formas, ésta es la más sólida y duradera para crear un núcleo familiar, se tenga la edad que se tenga.

—Pero. . . todo esto del banquete, del vestido y todo lo demás, ¿qué tiene que ver?

—Para mí es muy importante, si dejamos a parte lo de la sociedad de consumo y que los precios de todo son desorbitados y abusivos. Pero una vez aclarado ese inciso, creo que es muy conveniente que dos personas que caminaban solas y tenían una vida social como seres únicos, den a

conocer que a partir de una fecha ya no están solos, que posiblemente tanto su vida como sus costumbres se verán afectadas y que nadie puede pensar en ellos como lo hacía antes, puesto que al unirse a otro forman un nuevo ser compuesto de dos, pero que es uno. Ambos hacen una inflexión en sus caminos y en su forma de vida para dirigirse hacia una meta común, y es muy alentador ver cómo los invitados les dan su apoyo y su energía para que despeguen con éxito hacia su destino.

—Ja, ja, ja. . —rió Carmen. Parece que estás hablando de un rito de una civilización diferente de la nuestra.

—Lo que sucede es que pocas personas reflexionan sobre lo importante que es una boda, seas el invitado o el anfitrión, y sólo están pendientes de la fiesta.

—¿Qué me dices del vestido blanco, símbolo de pureza?

Y la miró de soslayo, sabiendo que ninguna de las dos eran vírgenes antes de casarse.

—Creo que es lo más hermoso de las bodas. Fíjate que todos los trajes distinguen a las personas por lo que son y destacan el valor de sus hechos.

Así, en un vistazo se puede distinguir al juez de un alguacil por su uniforme. El uniforme de un policía, un soldado o un bombero destacan sus hechos; lo mismo sucede con el traje de novia. El papel de la mujer es muy importante dentro del matrimonio. Sobre ella recae mucha de la responsabilidad de hacia qué meta o sobre qué valores dirigirán ahora su nueva vida, por eso es apropiado que su vestido la identifique como la novia y que destaque toda la hermosura física como simbolismo de su hermosura interna o espiritual. El vestido puede ser blanco o no, pero el color blanco representa la pureza de sus propósitos. —Captando la suspicacia de su pregunta añadió—: No todas las mujeres vírgenes son puras, ni todas las puras son vírgenes. Así que lo de elegir el traje de color blanco es un asunto de conciencia, no de años.

Las dos callaron de pronto como si estuvieran reflexionando en lo que Gloria terminaba de decir, mirando hacia el cielo, que ya clareaba totalmente. A pesar de que Carmen se había arropado nuevamente con la manta, sintió frío, por lo que recogiendo su pijama, se despidió de Gloria, dejándola en la terraza, mientras ella se cobijaba de nuevo en su habitación.

Sobre el comodín, las joyas que usara su madre el día de su boda, y que ella lució cuando bautizó a su hijo, esperaban pacientes la nueva

ceremonia. Al lado del cabecero, colgado de su percha, el hermoso vestido de novia lucía impersonal junto a los zapatos. Carmen se miró en el espejo sintiéndose desvalida y deseando con impaciencia la presencia de Juan, que tanto la reconfortaba. Comenzó a ordenar la habitación y a centrarse en lo que tenía que hacer para acallar sus inquietantes pensamientos.

A las nueve y media la actividad en la casa fue creciendo. Ricardo reclamó un nuevo biberón que Carmen, complacida, le dio. Rafael se fue a engalanar el coche con que la novia llegaría a la casa consistorial. Sobre las diez llegó la peluquera, poco después la maquilladora y sobre las once y media llegaron Luisa, junto con Luci, Concha y sus respectivas familias para ayudar a la novia y atender a los pocos invitados de Carmen cuando fueron llegando.

Aquel hecho produjo nuevamente una discusión con Nayara, que no entendía por qué tenían que acudir a casa de aquella mujer en vez de ir a casa de Juan, quien era el amigo de toda la vida. Aunque le explicaron que Juan tenía hermanos y muchos amigos que lo acompañarían, no sucedía lo mismo con Carmen, por lo que habían acordado que algunos de los

amigos la acompañarían a él. Pero aun así Nayara no entendía por qué, de entre todos los amigos, tenían que ser ellos los que acudieran al í. La cuestión quedó zanjada cuando Luisa explicó:

—En primer lugar, porque somos los amigos más allegados que Carmen tiene aquí. En segundo lugar, porque a Juan le ha parecido que es lo mejor. —Y suavizó la voz para darle una vía de escape—. De todas formas, si prefieres acudir a casa de Juan, te dejaremos al í antes de ir a casa de Carmen.

No, no permitiría que la desgajasen de su familia, así que acudió a casa de Carmen con sus padres, sólo que no bajó del coche hasta que Gloria se acercó para mostrarle a Ricardo y la invitó a tomar un refresco en la terraza. Poco después llegó el padre Vicente y a continuación Eugenio con Laura y Estíbaliz. Aquéllos eran todos los invitados de Carmen, junto a siete compañeros de trabajo de Madrid y sus respectivos cónyuges, por lo que Luci y Concha no tuvieron mucho trabajo que atender. Luisa se ocupó de ayudar a vestirse a la novia.

A las doce y cuarto Curro recibió una llamada mientras tomaba un refresco en la terraza de Carmen junto al padre Vicente. Era Juan, informándole de que él ya salía hacia el juzgado y preguntándole qué tal

iba todo por al í. Curro lo tranquilizó diciéndole que todo estaba bien, pero que él aún no había visto a Carmen. En ese preciso momento, se armó un pequeño barul o de admiración en la puerta. La novia estaba saliendo, por lo que anunció:

—Ya sale la novia, ahora mismo estamos ahí. —Y se quedó en silencio para después añadir—: ¡Dios mío, Juan, está preciosa! —Y colgó dirigiéndose hacia Carmen, sin apartar la vista de ella.

La novia lucía un sencillo vestido de seda salvaje repujado en el bajo de su hueca falda y el contorno del generoso escote y de las sisas de pedrería, tan pequeña que era imperceptible al ojo, pero que captaba los rayos de luz envolviéndola en un aura de luminiscencias. En la cabeza lucía un casquete que cubría parte de su cabeza hasta la nuca, trabajado con pequeñas perlas, bajo el cual por la parte de atrás escapaba un manojo de tirabuzones en flexible cascada. Como únicas joyas, las que su propia madre usó el día de su boda, y el anillo que Juan le regaló para formalizar su compromiso y que ella, en una primera instancia, rechazó.

Curro se abrió paso para besarla, diciendo:

—¡Estás preciosa, Carmen, preciosa!

A partir de ese momento todo se difuminó para Carmen, como si la luz que la envolvía impidiera que las cosas llegasen realmente hasta ella.

Oyó muy lejana la voz de Luci:

—Se mira pero no se toca, si no, llegará deslucida a la ceremonia.

Pero sí que supo que recibió el afectuoso beso del padre Vicente y que su hijo le entregó el pequeño ramo de flores de azahar que, aunque en aquel a época del año tenía que ser artificial, habían conseguido que despidiera igual fragancia. Supo que el fotógrafo estaba haciendo su trabajo, intentado captar los buenos momentos. Oyó protestar a su nieto cuando lo introducían en el coche, pero no pudo prestarle atención porque ella misma estaba ya montando en su coche, que conduciría el padre Vicente, mientras el a compartía asiento en la parte de atrás con su hijo. Oyó el disparar de una traca, vio el humo envolver la cancela por donde salía su coche, y el olor de la pólvora se mezcló con el del ramo de azahar. Gloria viajaría hasta el ayuntamiento en su propio coche con el pequeño Ricardo, pero le pidió a Nayara que la acompañara, puesto que sería la última en abandonar la casa, para comprobar que todo estaba cerrado y en orden. Cuando el coche de Carmen cruzó la cancela y circuló en busca de la carretera, seguida por la comitiva que la

acompañaba, oyó a Rafael preguntarle:

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, sí, muy bien —respondió fijando la mirada en el ramo que sostenía entre las manos, azorada por ser el centro de atención y por qué su hijo de preocupara por el a, cuando se suponía que lo contrario era lo normal.

Pero el sacerdote le preguntó algo a Rafael, quien se centró en darle las indicaciones del camino a seguir que él ya había recorrido en previsión de contratiempos y el a se relajó al pasar inadvertida. Pocos minutos después, el coche se detenía frente a una gran multitud en la plaza del Sufragi, presidida por la torre gótica, y otra traca anunciaba que ya había llegado.

Juan salió a recibirla. La vio apearse del coche ayudada por su hijo y por el sacerdote, y luego a Luisa palmearle el traje para que recobrar su posición. Juan consideraba que Carmen era una mujer hermosa y la había animado a que vistiera el típico traje de novia el día de su boda, pero cuando la vio, quedó agradablemente sorprendido. Nadie que no lo supiera sería capaz de adivinar que aquel a mujer ya había cumplido los cincuenta y que aquel joven que la llevaba del brazo era su hijo. Se acercó a el a y la besó en la mejilla, diciéndole al oído:

—¿Ves todas estas personas? Todos ellos me envidian a mí y todas ellas te envidian a ti, porque nunca una novia lució tan bella.

Carmen sonrió, sabiendo que no era cierto, pero la sinceridad con que se lo dijo la hizo sentir especial. Juan siempre la hacía sentir especial. Durante los pocos segundos que duró aquel pequeño acto de intimidad entre los novios, Rafael, que la llevaba a su madre del brazo, no supo a quién mirar, pues no conocía a nadie. Después Rosita tomó a su hermano del brazo y se dirigieron hacia el interior de aquel hermoso edificio que era la casa consistorial de fachada gótica, en la que Carmen había entrado tantas veces pisando firme para tratar asuntos de trabajo y que ese día, a no ser porque se sujetaba del brazo de Rafael, le habría sido imposible de cruzar.

Subieron por la escalinata hasta el segundo piso. Se habían abierto de par en par las puertas del salón noble para que los novios y su séquito entraran con comodidad. Los dos ángeles que remataban el marco de la puerta parecían sonreírle comprensivos mientras sostenían los frutos en sus regazos. Carmen no conocía aquel salón, pero sí otros de aquel recinto, posiblemente más hermosos que aquel que denominaban «salón

noble». De cualquier forma, no fue capaz de reparar en nada, ni siquiera en la cornisa dividida en tres franjas, una de las cuales repetía de trecho en trecho el escudo de la villa, y en la superior, unos canecillos sustentaban el hermoso artesonado de los techos, cosa que a ella siempre le gustaba admirar en aquella clase de edificios.

Después de cerrar la puerta con casetones de estilo al mudéjar que comunicaba con el despacho de la alcaldía, el juez que oficiaría la ceremonia sonrió a los novios. Era un buen amigo de Juan. Comenzó su discurso diciendo lo satisfecho que se sentía aquel día de celebrar aquel acto, algo que para muchas personas era un fin en sí mismo pero que, en realidad, era el principio de una nueva vida. Carmen recordó las palabras de su nuera: «Forman un nuevo ser compuesto de dos, pero que es uno. . . Ambos hacen una inflexión en sus caminos y en su forma de vida para dirigirse hacia una meta común». La tenía cerca de su campo de visión, sólo tuvo que ladear un poco la cabeza para verla con Ricardo entre los brazos. Pensó que ese era el propósito del matrimonio: formar un núcleo familiar donde los hijos pudieran medrar de manera adecuada. Pero ella ya no podía engendrar hijos y el hijo que tenía no era de Juan. ¿Qué tipo de chapuza era aquel o que estaban haciendo? ¿Qué propósito tenía todo aquel o?, ¿acallar las malditas lenguas del pueblo?, ¿que nadie en el clan se

sintiera en la necesidad de tomar partido? Las ideas bulían en su cabeza mientras el juez terminaba su discurso de treinta minutos y preguntaba algo a Juan, que respondió:

—La acepto. —Sin dilación.

Después, la misma pregunta a ella, que también respondió de manera afirmativa. Se intercambiaron besos y Juan la besó en la boca dulcemente, ante el aplauso de todos los presentes. Le susurró al oído.

—Hoy es el día más feliz de mi existencia —espantando con esas palabras todas sus cábalas.

Firmaron el registro y les fue entregado el nuevo libro de familia en la que figuraban los nombres de los dos. De repente fue rodeada por una multitud que le besaba, le daba la enhorabuena y le decía lo guapa que estaba, mientras algo en su interior corría desesperada lejos de allí. No quería lastimar a Juan y deseaba hacerlo feliz, pero quería huir de aquel pozo que la tragaba inexorable. Luego, más traca y lluvia de arroz, mientras era abrazada por quien ya era su marido. Y fotos. ., y más fotos junto a personas que apenas conocía. Después, mientras algunos de los

invitados comenzaban a dispersarse, montaron en el coche, ahora conducido por Jaime, que los llevó hasta la Murta para la sesión de fotos. Una vez terminado el camino de asfalto, trascurrido entre huertos de naranjos, les abrieron la vala que daba paso al camino forestal que los llevaría hasta las ruinas del monasterio de Jerónimos y para lo que necesitaron un permiso especial. Aquel vía forestal discurría entre pinos y un denso manto de arbustos. Por fin llegaron al puente de Felipe II, que atravesaba el frondoso barranco y por el cual accedieron a las ruinas. Jaime se quedó allí, esperando pacientemente en el interior del coche, mientras los novios y el fotógrafo se adentraban en las ruinas del monasterio. Fotos en los arcos, en el claustro, a los pies de la torre de las palomas, en los báculos que contenían el agua que bajaba por el acueducto.

Aquel paraje siempre le había resultado especial a Juan, a quien le gustaba andar por aquellos alrededores, pero aquel día tuvo la ilusión de que todo estaba impregnado de magia, pues Carmen, con su precioso vestido, parecía un hada de los bosques, a cuyo paso todo cobraba vida propia. El trino de los pájaros parecía más armonioso, los granados y las higueras silvestres perfumaban la brisa que zarandeaba suave; sus esbeltas ramas dando movimiento a sus sombras sobre el suelo. . El glugluteante

sonido del agua que bajaba por el acueducto daba sensación de frescor a pesar de lo caluroso del día.

Después de no pocas fotos, Carmen suplicó:

—Juan, podemos darnos un respiro.

Él la miró preocupado.

—¿Te encuentras mal?

—No, sólo quiero estar un momento sola.

Juan habló con el fotógrafo para decirle que ya no se fotografiarían más al í, y que podía dirigirse ya al salón del banquete, volviendo seguidamente con Carmen, a quien rodeó por los hombros, mientras ajustaba su paso al de el a, diciéndole:

—No te dejaré sola, hoy no. Dime, ¿qué te sucede?

Andaban despacio, mirando al frente por el desigual terreno que ensuciaba el bajo del vestido de Carmen, quien rodeó su cintura por debajo del chaqué del frac, apoyando la cabeza sobre su hombro.

—Estoy asustada —reconoció.

Él se plantó frente a el a tomándola por los hombros para que le

mirara, pero apenas lo consiguió un momento.

—¿Por qué, Carmen?, ¿qué es lo que te asusta?

El a se había vuelto a abrazar a su cintura, apoyando la mejil a en su hombro. Hacía mucho calor, pero necesitaba sentirlo cerca:

—No lo sé, Juan. Te quiero, pero estoy asustada.

Juan cerró los ojos mientras la abrazaba. Carmen no podía saber cuánto daño le causaban sus palabras.

—No te arrepentirás, Carmen. Te prometo que no te arrepentirás.

—Otras veces he estado asustada, pero he visto lo que me producía el temor y he valorado las opciones que tenía para librarme de lo que fuera, pero ahora no sé lo que me asusta, no sé de qué tengo que huir.

Él la apretó un poco más.

—No hay nada de qué temer y no tienes que huir de nada porque eres libre. No estás atrapada por nadie ni por nada.

El a levantó la cara, buscando sus ojos.

—¿Me dejarías irme ahora mismo? ¿Me dejas que me marche a mi casa?

A Juan las lágrimas le quemaban los glóbulos de los ojos, pero no se permitió l orar.

—No, Carmen, no te dejaría, porque entonces serías prisionera de ti misma, de tus propios temores, y tú quieres ser libre, y sólo puedes ser libre si arrostras tus decisiones con valentía, sin importarte los demás. Pero tienes que ser tú quien decida. Si quieres irte, no te detendré.

En el pecho de Carmen estal ó una enorme burbuja de gozo que se había formado de forma repentina l enándola de amor por Juan. ¿Cómo era posible que la amara tanto? ¿Cómo era posible que la conociera tanto? Oh, Juan, Juan. . Lo besó sintiéndose libre, lo besó porque deseaba besarlo hasta fundirlo bajo sus labios, lo besó porque lo amaba sin pensar si era o no apropiado comportarse así a vista de aquellos excursionistas que pocos minutos antes habían llegado sedientos y cansados por la larga caminata.

Una nueva traca anunció que los novios llegaban al salón Rex, donde celebrarían el banquete de bodas. Era un emblemático edificio de casi cien años de antigüedad, de estilo modernista, que los lugareños conocían como «la cotonera» y cuyo interior había sido reformado para convertirlo en un salón de banquetes. Entraron cogidos del brazo por el pasillo que a tal menester habían preparado entre las mesas de sus invitados, que se

levantaban y aplaudían a su paso al son de la marcha nupcial, seguidos por Rafael y Rosita, que los acompañaron hasta la mesa que compartieron con el os.

Poco después comenzó el desfile de camareros por entre las mesas sirviendo a toda aquel a gente a la que Carmen apenas conocía. A decir verdad, a muchos de los invitados ni siquiera los había visto antes, ni sabía quiénes eran, ni cómo se llamaban. El a sólo se había ocupado de elegir el menú junto con Juan y, dado que los invitados de el a eran muy pocos, no había participado en la distribución de los invitados en las mesas. Por eso le llamó la atención una mesa que parecía no estar integrada en el conjunto de mesas de los invitados, situada a la izquierda de la mesa presidencial, un poco más apartadas que el resto de mesas y con menos luz. Tres comensales festejaban la boda con el os, los tres eran extranjeros, aunque uno de el os vestía traje de chaqueta al estilo occidental. Los otros dos vestían *deerrá*⁵, lo que a Carmen le pareció una especie de túnica; la del más joven era de color azul celeste y la del que era

5 Vestimenta masculina típica saharauí, normalmente de color blanco o azul.

visiblemente más mayor, de color blanco, al igual que el *elzam6*, turbante que cubría su cabeza, siendo de color negro el del más joven.

De no ser por la música de fondo, si Carmen cerraba los ojos el rumor de toda aquella gente congregada, le daba la sensación de estar parada frente a un enjambre de abejas. De vez en cuando alguien les gritaba algo y todos a su alrededor reían, coreaban algún eslogan y pedían que los novios se besaran, mientras los invitados contaban hasta diez, para luego lanzar gritos y silbidos de júbilo. Ya en los postres, los comensales comenzaron a moverse, levantándose unos para visitar las mesas de otros, mientras la sonrisa y la alegría iluminaban la cara de todos, amén de los buenos vinos con que se regó la succulenta comida. Fue en aquel momento cuando Curro, junto con otro hombre que Carmen no conocía, se dirigieron a la mesa de los extranjeros, llevando una copa en una mano y una botella de agua en la otra, haciéndole un guiño y una seña a Juan para que se uniera a ellos. Éste tomó una de las copas vacías de la mesa y fue con ellos. Carmen vio cómo su esposo abrazaba y besaba la cabeza del más anciano, haciendo chocar la suya contra la de él repetidas

veces. Después, todos llenaron sus copas y el hombre que se había levantado con Curro preguntó audiblemente a los de la mesa:

—¿Estamos todos?

—Estamos —respondió el resto de la mesa.

Curro gritó:

—¡Cual legionarios!

—Cumplimos —coreó la mesa.

Y tomó la palabra Juan:

—¿A las mujeres?

—Amamos —afirmaron todos.

—Pero ante todo. . . —prosiguió con aquel a especie de juego el extranjero vestido de occidental.

—Bebamos —gritaron todos los de la mesa levantando sus copas y vaciando su contenido para exclamar después—: ¡Ah, cuánto tiempo que no bebíamos agua!

Y reían y se palmeaban las espaldas unos a otros.

6 Turbante saharauí por lo general de color negro de unos tres metros de largo
elzam

que usaban las tropas nómadas. El color blanco sólo lo lucen quienes han viajado

A Carmen le habían legado retazos de aquella especie de brindis, ritual o lo que fuera, pero no entendió a qué se debía. Sabía que Curro había servido en la Legión, pero no Juan, y seguramente aquellos extranjeros tampoco, así que para ella aquello no tuvo ningún sentido. Tampoco podía parar a pensarlo, porque Luci le estaba diciendo que tenía que congregarse a todas las mujeres solteras frente a ella y tirar su ramo para que alguna afortunada lo recogiera. Carmen protestó diciendo que apenas conocía a nadie y que pensaba que la mayoría eran casadas.

—Entonces, tienes que regalar tu ramo a alguien.

—Pero... ¿a quién?

—A quien tú quieras. Alguien habrá entre tanta gente que sea merecedora de tu ramo. Ve pensándolo.

Mientras Luci se alejaba, ella trataba de poner atención a lo que sucedía en la mesa en la que se había congregado Juan tratando de escuchar algo con sentido. Pasados unos momentos, lo que escuchó por

megafonía fue la voz de Luci pidiendo la atención de todos, puesto que la novia iba a regalar su precioso ramo a una persona muy especial para el a. Se quedó paralizada por el pánico y hubiese querido que un rayo fulminara a Luci, quien siguió hablando como para indicarle qué era lo que tenía que hacer.

—... Y nuestra flamante novia con su radiante sonrisa irá recorriendo las mesas.

Carmen tomó el ramo entre sus manos sintiendo todos los ojos sobre el a. Cuando oyó aquello de «su radiante sonrisa», se dio cuenta de que su cara estaba tensa y trató de sonreír, esperando que fuese una sonrisa creíble. Comenzó a andar entre las mesas, viendo las sonrisas bondadosas en las caras de todas aquellas mujeres que sabían que el ramo no era para ellas. Juan la vio andar sola por entre los invitados y supo que tenía que acercarse. Fue corriendo hasta ella y la rodeó por la cintura, diciéndole al oído:

—No pensarás hacer algo sin mí.

Todos silbaron con júbilo la intromisión del novio, pero ella se agarró a su cuello como a una tabla salvavidas y le preguntó en un susurro:

—Juan, ¿a quién le doy el ramo?

—A la niña de mis ojos, la tienes ahí mismo.

Carmen lo besó en el cuello y cuando se separó de él, la vio allí sentada al lado de su madre con los ojos mirando su postre para no ver el

vergonzoso abrazo de aquella mujer a Juan. Rodeó la mesa y se paró junto a ella. Entonces tuvo que levantar la vista y mirarla. Era la primera vez que la miraba de cerca: aquella mujer tenía unos hermosos y extraños ojos; no eran ni fríos ni tibios, eran enigmáticos, seductores; si los mirabas, no podías apartarte de ellos. Carmen cerró los ojos y sonrió. Al tiempo que le entregaba el ramo, los abrió de nuevo.

—Un ramo para la reina del corazón de mi esposo.

Nayara se levantó, tomó el ramo y la abrazó.

—Muchas gracias. Os deseo mucha felicidad.

El fotógrafo inmortalizó el abrazo de Nayara a la única persona que le inspiraba rencor. Y todos aplaudieron mientras a Luisa se le escapaba una lágrima y a Curro le dolía la nuez de la garganta.

Luci se acercó nuevamente a la mesa a la que ya Carmen había vuelto saludando con la mano a quienes le aplaudían.

—Has estado genial, tía, genial.

—¿Genial? ¿Sabes el trago que me has hecho pasar?

—Pero... ¡si has estado fabulosa! Ni que lo hubierais ensayado.

—Ésta me la pagas, Luci, te prometo que me la pagas —bromeaba Carmen a agua pasada, mientras su amiga se alejaba riendo y se sentaba junto a otras a comentar lo bien que había estado regalarle el ramo a Nayara.

Para cuando se sirvió la tarta nupcial, el banquete estaba ya totalmente descontrolado y todos visitaban las mesas de todos, haciendo casi imposible que los padrinos entregaran los recuerdos del evento con eficacia. La música de fondo se interrumpió para que el director de ceremonia pidiera atención y requiriera la presencia de los novios en la pista, puesto que tenían que abrir el baile con el vals nupcial. Juan susurró algo al oído de Gloria antes de dirigirse a la pista con Carmen. Ésta tomó a Ricardo del moisés y los siguió, pensando que era un milagro que siguiera durmiendo con aquel barul o. Casi todos se habían congregado en torno a la pista de baile, pero Nayara aún seguía sentada a la mesa. Gloria le hizo un gesto con la cabeza para que la acompañara. Al llegar a la pista, Juan tomó al pequeño Ricardo en brazos, y cuando comenzó el vals con la mano derecha, sujetó la cintura de Carmen por la espalda mientras que, con el brazo izquierdo, sujetaba al bebé, que seguía

dormido y sólo despertó ante los aplausos de los presentes. Al abrir desorbitados sus ojos por el clamor de los aplausos, la potente luz de fax

del fotógrafo lo terminó de asustar, comenzando a llorar ante las risas compasivas de todos. Después de algunos pasos, otros bailarines se incorporaron a la pista y Juan devolvió el niño a su madre, tomando entonces a Carmen con las dos manos, haciéndola seguir el ritmo con más brío. Una vez calmado Ricardo, Gloria lo depositó en brazos de Nayara y ella bailó con su esposo. Luisa, que seguía el ritmo marcado por Curro, le dijo:

—Baila con el a; lo estás deseando —mientras se desembarazaba de sus brazos y separaba a los novios deslizándose en los brazos de Juan, pasando Carmen a ser pareja de Curro.

Después de unos compases, Juan quiso bailar con la niña de sus ojos y sin perder el ritmo se acercaron hasta el a. Luisa tomó a Ricardo en brazos, mientras Juan, tomándola de las puntas de los dedos de su mano derecha, la condujo al centro de la pista. Nayara estaba rebotante de satisfacción, pero pronto todas y cada una de las chicas del clan fueron

disputándose el placer de bailar el vals con el novio.

Cuando Curro la tomó entre sus brazos le dijo:

—Estás preciosa, Carmen. Te deseo que seas muy feliz.

—Gracias, Curro. Eres muy amable. —Pausó un momento y preguntó mientras miraba a los extranjeros que desde una posición discreta miraban el baile, como esperando la ocasión para hablar con Juan—: ¿Quiénes son esas personas?

—¿Quiénes?, ¿los saharauis? ¿No te ha hablado Juan de ellos?

—No.

Y en ese momento fue arrebatada de los brazos de Curro por su hijo, con quien era un placer bailar, aunque él sólo había tenido ocasión de hacerlo el día de su boda con Gloria. El placer no duró mucho, pues entonces fue Eugenio quien la reclamó. Con él sí que había bailado en otras ocasiones, pero ya otro bailarín reclamaba a la novia. Se plantó a su lado e hizo una pequeña reverencia, mientras Eugenio le pasaba la novia. Luisa, desde su posición y con el pequeño Ricardo en brazos, era testigo del baile de Carmen. Aquella mujer que había luchado desde su juventud por tener una familia propia, que se había condenado a sí misma a una existencia de soledad, resultaba que era la mujer más arropada del mundo como confirmaba el último bailarín. Todos los hombres que

significaban algo para él y estaban ahí. Sí, todos los hombres de Carmen

habían bailado el vals con él. Su nieto, su esposo, el padre de su hijo, su hijo, su jefe y, por último, él.

Él la asió con firmeza y suavidad al mismo tiempo, mientras deslizaba sus pies sobre el blanco mármol de la pista. Era todo un espectáculo verlos y los demás bailarines hicieron corro a su alrededor, mientras el brillo blanco del bajo del vestido de la novia oscilaba al unísono con el bajo de la negra sotana, al compás de «El Danubio azul».

—Gracias por venir a una ceremonia civil. ¿No te causará problemas?

—Ya no me preocupa las consecuencias de mis actos. Pero me pregunto ¿por qué no he sido capaz de acercarme a Dios ni siquiera en esta ocasión?

El a lo miraba sonriente, aunque la pregunta en aquel momento fue trascendental.

—¿Realmente crees que existe?

El sacerdote también sonreía, pero el que él aún se planteara aquella cuestión bañó sus ojos de tristeza. Había trabajado tanto con él, le había

ayudado en todas sus campañas, había participado de una manera activa en todas las cosas que él organizaba desde la parroquia para ayudar a otros. . y ni una sola vez la había visto entrar en la parroquia para rezar.

Dios estaba vedado para el a.

Lleno de compasión respondió:

—Sí, Carmen, existe.

El a acercó la boca a su oído para decirle:

—Entonces estoy cerca de Él, porque seguro que tú serás un buen enchufe para mí. —Y rió, mientras el sacerdote ejercía más fuerza con su mano en la espalda de ella, no sólo para guiarla en la última vuelta, sino para transmitirle algo de la fuerza de Dios a través de sus manos.

El vals había terminado y todos aplaudían. Juan lo hacía desde atrás, donde estaba junto con los extranjeros. Carmen se acercó a el os. El anciano vestido de blanco le abrió los brazos y se dirigió a el a:

—¡ *Baraka7!*

Carmen se dejó abrazar, mientras el hombre continuaba:

— *Esmi Sidi Ali. Ana Sahabak. Daraili.8*

7 Don divino concedido a una persona.

8 Me amo Sidi Ali. Soy tu amigo. Dame un abrazo.

—Te pide un abrazo porque es tu amigo —tradujo Juan, añadiendo después—: Ya se marchan.

—Oh, pero si no he tenido tiempo de conocerlos. . —protestaba Carmen mientras saludaba a los otros que la abrazaban con menos fuerza que el anciano, y percatándose de que el más joven, el de la *derraá* azul, apenas podía estar pendiente de la despedida, pues sus ojos se dirigían una y otra vez hacia la pista de baile. Siguió la dirección de sus ojos ; exclamó levándose las manos a la boca—: ¡Oh, Dios mío! —Provocando que todos miraran hacia al í.

Juan la sujetó por los hombros y la besó en la frente, mientras a ella cientos de agujas le punzaban los lagrimales y la garganta se le quedó tan rígida que era incapaz de respirar.

En la pista, nuevamente, sólo dos bailarines.

Nayara conocía a través de Gloria que Rafael era un buen bailarín y que, entre sus bailes preferidos, estaban el mambo y el chachachá. El a

entonces comenzó a practicarlos como una especie de competencia contra él, con un rencor obstinado. Quería hacerlo igual o mejor que él. Pero lo cierto es que el rencor iba amainando conforme Gloria la hacía participe de sus vidas, y ella se dejaba mecer de vez en cuando en la agradable sensación de tener un hermano mayor. El rencor sólo reaparecía cuanto temía que su padre lo amase más a él, pero poco a poco asimilaba que su relación con las personas que ella amaba no corría peligro. Incluso Carmen reconocía que era la reina del corazón de Juan, así que se dejó llevar por la alegría del momento e hizo una petición al encargado de la música, para cuando terminara el vals. Después, se dirigió junto a Gloria y su esposo, que sonreían mientras el sacerdote alargaba sus pasos sobre la pista con Carmen entre los brazos. Cuando ya los aplausos amainaban y por megafonía anunciaban el próximo baile por petición de una joven, Nayara, hecha un manojito de nervios, adoptó una actitud desenfadada, le tomó la mano a Rafael y propuso:

—¿Puede una chica tener el placer de bailar con su hermano mayor?

Rafael se sorprendió. La música empezaba y algunas parejas comenzaban el baile. Él se desprendió del chaqué, que dejó en manos de Gloria, y se posicionó junto a su hermana para integrarse en el baile. Se complació de ver que ella marcaba bien los pasos y que se dejaba llevar.

Los demás bailarines dejaron de bailar, entre ellos, Luisa y Curro. En realidad fue cuando ellos dejaron de hacerlo y dos grandes chorretones de

lágrimas se precipitaron impetuosos por las mejillas de la emocionada Luisa, que los demás se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo y dejaron toda la pista para los dos jóvenes. Curro se escondió en la mejilla de Luisa para darle un beso y secarse las lágrimas que tampoco él supo contener por lo inesperado del momento.

Nayara lucía un precioso vestido corto con mucho vuelo que oscilaba al compás del ritmo de su cuerpo y que envolvía a su acompañante en cada vuelta. Rafael a cada paso confiaba más en la pericia de aquella compañera de baile, atreviéndose a conducirla a figuras más complicadas. El baile para él era casi una experiencia extracorpórea cuando conseguía tener para él solo una pista, como sucedía en aquel momento. Los movimientos con los que mecía su cuerpo y con los que sometía a su compañera, que se acomodaba a ellos con el mismo brío, conseguían que emergiera de él una energía que flotaba a su alrededor, como si su esencia misma hubiese salido de su cuerpo para observar sus movimientos y,

desde una perspectiva más global, fuese guiándolo hacia el próximo paso a una velocidad vertiginosa. Nayara lo acompañaba con una seguridad pasmosa, como si hubiese bailado con él en muchísimas ocasiones. Cuando el baile terminó, Rafael la estrechó contra sí y la besó en la frente.

—Muy bien, pequeña, muy bien.

Y comenzó a considerarla como parte de su familia.

Todos aplaudieron la pericia de los bailarines y la fiesta continuó. El clan de las chicas, testigos presénciales de lo sucedido —clan que aún continuaba dividido a causa de Curro y Carmen—, también lavó sus diferencias con las lágrimas que se les escaparon al ver a los dos hermanos bailar juntos, como si fueran uno solo.

Los extranjeros abandonaron la fiesta. Después, poco a poco, otros hicieron lo mismo, quedando ya sólo los invitados más íntimos, visiblemente agotados.

—Carmen, tenemos que irnos o se nos hará muy tarde —anunció Juan, y fueron despidiéndose de los invitados que quedaban.

Algunos los acompañaron hasta el coche y esperaron mientras Juan cargaba la maleta de Carmen en su coche, para asegurarse que las dos largas filas de globos siguieran atadas al parachoques trasero cuando el coche iniciara la marcha. De nada sirvieron las protestas de Juan a tal

respecto, puesto que se había librado de las típicas bromas de la noche de bodas de recién casado al contratar habitación para tal menester en un

hotel de Madrid. A la mañana siguiente, saldrían desde Barajas de viaje de luna de miel.

Juan se detuvo en el polígono industrial número 1 antes de incorporarse definitivamente a la CV-50 para deshacerse de los globos. Después de arrancar el hilo con el que estaban atados al parachoques trasero, los metió en un contenedor.

A Carmen le costó apearse del coche con el traje de novia.

—Sigo pensando que teníamos que habernos cambiado de ropa en casa.

Juan la miró. El único inconveniente era que ella por el momento tenía que viajar en el asiento de atrás, pero si pasaban por casa, como el a sugería, se dilatarían demasiado.

—Lo haremos por el camino. Anda, sube.

Cuando todo el traje estuvo de nuevo dentro del coche, Juan cerró y continuaron la marcha. Se detuvieron en la primera área de servicio.

Había un par de coches extranjeros con varios jóvenes tomando unos *snacks* mientras estiraban las piernas. Sonrieron divertidos al verlos apearse vestidos así y comentaron algo que no alcanzaron a oír. Juan los saludó con la mano mientras dirigía el coche detrás de la fachada del pequeño bar. Carmen se dirigió hacia allí a pie; aquella zona estaba desierta y podrían cambiarse de ropa. Abrió el maletero y buscó qué ponerse en su maleta, exclamando:

—Juan, no he cogido ninguna bolsa para guardar el traje.

—No te preocupes, lo dejaremos tal cual en el maletero. De todas formas tiene que pasar por la tintorería.

Juan desabrochó la espalda del vestido de Carmen, quien se bajó los hombros del vestido, se vistió una camiseta y terminó de sacarse el traje de novia por los pies. Se quitó los zapatos y las medias, se puso unos vaqueros y se calzó unas chancletas. Después se desprendió del casquete de la cabeza. Juan miraba divertido todos sus esfuerzos por deshacerse de la encantadora indumentaria, mientras para él todo resultó más fácil.

Hicieron el resto del viaje en silencio. Juan, pendiente de la carretera y angustiado por el temor que le había confesado Carmen durante la sesión de fotos; él, a su lado con el asiento reclinado y los ojos cerrados, revivía una y otra vez alguna de las escenas del día, siendo las más reincidentes el

estaba ido de amor que sintió por Juan cuando éste le dijo: «Si quieres irte, no te detendré», la desazón que sintió cuando tenía que buscar a alguien a

quien regalar el ramo y cómo Juan acudió en su ayuda, y la emoción que le embargó al ver a Rafael bailando con su hermana. Ese recuerdo le venaba vez tras vez los ojos de lágrimas. Él no había tenido hermanas, pero su hijo sí. No era hija suya, pero era hija de su padre y de la mejor mujer que ella había conocido.

La voz cansada y algo ronca en aquellos momentos de Juan la sacó de sus pensamientos.

—¿Quieres que cenemos antes de entrar en Madrid?

—Como quieras —respondió abriendo los ojos para comprobar que ya había anochecido y que no le había dirigido la palabra en todo el viaje.

Incorporó el asiento, lo miró y pronunció su nombre para asegurarse de que la escuchaba:

—Juan.

—¿Sí?

—Ha sido un día maravilloso. Nunca me he sentido tal feliz.

Él la miró un momento, deslizó su mano por la pierna de ella y tomó la suya del regazo llevándosela a la boca para besarla.

—Te quiero. —Fue lo único que dijo, aunque le hubiese gustado preguntarle por sus temores y otras muchas cosas.

Se detuvieron para cenar y entonces sí conversaron animadamente sobre los mil y un detalles que aquel día habían vivido, riéndose a agua pasada de algunas cosas. Carmen no recordó en ningún momento a los tres extranjeros, como no recordaría a muchos de aquellos invitados, y Juan no los nombró, como no nombró a muchos otros.

Cuando llegaron al hotel eran las doce de la noche; a primera hora de la mañana del día siguiente salía su avión.

Juan entró en la ducha después de preguntarle si quería usarla él primero, con la ilusión de que ella propusiera que podían ducharse al mismo tiempo, pero eso no sucedió. De todas formas, él no cerró el baño por dentro por si ella decidía entrar, cosa que tampoco sucedió.

Finalmente salió del baño pulcramente vestido con un pijama y la encontró sentada en la butaca, ojeando la información del hotel. Ella comentó algo de las instalaciones y que su piso estaba a pocas paradas de autobús de allí. Tomando un pequeño neceser, entró en el baño, cerrando la puerta tras de sí.

Juan sabía por las bromas que al respecto le habían comentado las chicas que en la despedida de solteras le habían regalado un camisón largo de raso blanco y un picardías rojo. Se dijo que dentro de aquel neceser no cabía el largo camisón, y se sentó en la butaca que Carmen usó unos momentos antes para verla salir cuando estuviera a punto. Decir que esperaba verla con el picardías rojo, caminando hacia él lentamente mientras se contorneaba insinuante, no sería cierto, pero tampoco la imaginaba con un largo camisón blanco, andando hacia él con la mirada baja y pudorosa.

Carmen no se hizo esperar demasiado. Salió del baño descalza. Juan fue deslizándose sus ojos hacia arriba por sus largas piernas, aún firmes, hasta que sus ojos tropezaron con el rizo de la toalla del hotel que apenas cubría sus partes íntimas y sus senos. Ella no se dirigía hacia él, sino a la cama, sentándose en su borde. La vio despojarse de la gran pinza que sujetaba su pelo en lo alto de la cabeza y cómo sus bucles caían pesadamente por su espalda mientras sacudía la cabeza hacia atrás y comentaba lo reconfortante que había sido la ducha. Era la sencillez en

estado puro. Juan subió a la cama por su espalda, se arrodiló tras ella, le apartó el cabello del cuello y la besó, obligándola suavemente a recostarse sobre la cama. Se tendió a su lado y besó su boca. Ella estaba sumisa, pero no respondía a sus besos. Retiró un poco su rostro y abrió los ojos; los de ella, fríos e inhóspitos, como un océano para un náufrago, le dolieron el pecho, mientras escuchaba su voz hiriente en un susurro:

—Y ahora lo haremos, porque se supone que es lo que tenemos que hacer.

Juan, confundido, molesto, desarmado, bondadoso, dulce, respondió:

—No, Carmen, no porque se suponga que es lo que tenemos que hacer, sino porque queremos. ¿Tal vez te apetece más que salgamos a dar una vuelta por la ciudad? —preguntó comprensivo.

—Oh, no, estoy agotada.

—Está bien, entonces descansa. —Y la arropó con la sábana, mientras se dejaba caer de espaldas, derrotado, con la cabeza de ella apoyada en su hombro.

Habían apagado la luz. Estaban yaciendo juntos, pero cada cual pendiente de sus propios pensamientos. Finalmente ella habló de nuevo en un susurro:

—Juan. .

—¿Hummm?

—Me cuesta más controlar mis ansias por ti que hacer lo que se supone que tendría que hacer.

Él también respondió en un susurro:

—No tienes que hacer nada que no desees hacer. Sólo ámame y permíteme que te ame.

El a comenzó a besarlo; él la dejó hacer. Notaba su cuerpo desnudo, pero no se movió. Quería que estuviera segura, que realmente lo deseara y sabía que si movía un solo músculo de su cuerpo ya no podría contenerse, ya no sería capaz de aguantar una nueva dilación. Sentía cada roce de el a en toda la superficie de su cuerpo, hasta en la yema de los dedos de sus manos o en las plantas de sus pies, y por primera vez supo que la sexualidad era algo más que lo puramente físico, era la comunión con otro ser en una dimensión para él desconocida hasta entonces. Y ya no se contuvo más, pues una energía nueva lo arrastró hasta la esencia íntima de el a.

De madrugada aparcaron el coche en el aparcamiento de Barajas y

desde allí tomaron el pequeño autobús que los llevaría hasta la terminal 3 de Barajas.

Catorce días después harían el recorrido a la inversa, después de haber recorrido la hermosa Austria, para pasar la noche en el mismo hotel y en la misma habitación que gozaron en su noche de bodas. A la mañana siguiente regresaron a Valencia, donde les esperaban en casa de Carmen el pequeño Ricardo junto con sus padres, quienes después de la comida salieron rumbo a su propia casa, a pesar de la insistencia de Carmen por que se quedaran. Prometieron que volverían a visitarla antes de incorporarse al trabajo. Cuando partieron, Carmen se alegró de que hubieran pedido plaza en Valencia, pues así le sería más fácil ver a su nieto.

Cuando los jóvenes se hubieron marchado, Juan también anunció que se marchaba, preguntándole si quería que cenaran juntos, a lo que ella respondió extrañada:

—Sí, por supuesto.

—¿Quieres que pase a recogerte o nos vemos en algún sitio?

—Como quieras —dijo tomando una actitud indiferente, dándose cuenta de que se esfumaba la magia de aquellos maravillosos días que habían pasado.

—Entonces nos vemos en la Moreneta a las nueve. —Le dio un cordial beso, alejándose después de su casa.

Carmen, contrariada y desconcertada, entró en la habitación para deshacer las maletas. Sólo entonces fue consciente de que Juan sólo había bajado la de él a y de que estaba cumpliendo su parte del acuerdo por el que cada cual viviría en su casa. Se suponía que debía sentirse satisfecha, pero más bien se sentía desvalida, abandonada. La presencia de Juan se estaba convirtiendo en una necesidad para él. Se vio vencida y débil por su propio anhelo por Juan y comenzó a llorar, mientras ponía la lavadora en marcha. Juan hacía lo mismo en la soledad de su apartamento, que de repente le pareció pequeño, y la blanca luz que entraba por su balcón le pareció agobiante: inundaba toda aquella estancia como él era inundado por una extraña soledad. Encendió el televisor para centrarse en la cháchara de la caja tonta y no reparar en sus propios sentimientos.

Aquel a noche se encontraron en el restaurante con dos de las chicas y sus esposos, y cenaron los seis juntos. Carmen, en un intento de llevar a Juan a su casa sin tenérselo que pedir, les invitó a todos a tomar café en la

terraza de su casa, sabiendo que no resultaba demasiado extraño que fueran en coches diferentes, porque Juan había salido unas horas antes para ver que todo estuviera como debía en su apartamento.

Después, cuando los dos matrimonios partieron, el a besó a Juan y lo acarició hasta conseguir que pasara la noche con el a, sintiéndose bien por estar con él y sintiéndose mal por traicionarse a el a misma. Cuando ya Juan la satisfizo, inundándola de una gran tranquilidad, se traicionó en la penumbra de la habitación al decir como para sí misma, como si nadie la escuchara:

—Sería maravil oso que te quedaras así, aquí para siempre.

—Estoy dispuesto a quedarme para siempre, cuando me aceptes completamente.

El a se sorprendió al darse cuenta de que había hablado en voz alta y él la había escuchado, pero reaccionó tratando de ganar sin arriesgar:

—Bueno, de momento aún tenemos por delante tres semanas de vacaciones.

Él se volvió hacia ella tratando de verla en la oscuridad.

—¿Quieres que me venga aquí estas semanas de vacaciones y después me vuelva a mi casa?

—Es una opción. —Trató de quitar importancia al asunto.

—Estás tensando mucho la cuerda —le dijo dulcemente mientras con el dorso de sus dedos acariciaba la suave piel que formaba la hendidura de entre sus senos.

—No estás obligado a hacerlo —respondió contrariada.

—Estoy obligado a hacer muchas cosas. El amor que siento por ti me obliga y no me siento maltratado por el o, al contrario, me siento feliz. Pero no te burles de mí, Carmen. Yo estoy dispuesto a quedarme aquí para siempre.

El a se sintió molesta de que descargara sobre el a toda la responsabilidad.

—¿Y tiene que ser o siempre o nunca? —dijo como un reproche.

—No, Carmen, también pueden ser tres semanas —accedió complaciente, dejándose caer sobre su espalda, sabiéndose esclavo de sus deseos e intuyendo que también ella se estaba esclavizando a sus propios deseos.

Aquel as tres semanas fueron maravil osas. Retozaban hasta tarde en la cama, jugaban a las escondidas o a hacerse cosquil as como niños de

tierna edad, nadaban desnudos. . Después de comer, cada cual atendía sus propios correos electrónicos. La siguiente actividad de la tarde era recoger la casa; no lo habían acordado de antemano, pero les salió de forma natural y resultó que Juan era tan eficaz como el a con la lavadora, la plancha y el aspirador. Más tarde se vestían para salir a dar una vuelta por el pueblo y lucirse mutuamente. Casi siempre encontraban a alguien del grupo y cenaban con el os en alguna terraza. En estas cenas surgió la idea de que ese año la fiesta de despedida del verano sería en casa de Carmen y que sería una fiesta marinera, por lo que todos tenían que preparase pantalones piratas y camisetas de rayas. La fecha, como era habitual, sería el primer fin de semana de septiembre.

Poco a poco, pero mucho más rápido de lo que el os hubiesen querido, las tres semanas tocaban a su fin. Rafael, junto con Gloria y Ricardo, pasarían ese primer fin de semana de septiembre con su madre, antes de que él se incorporara al trabajo; a Gloria aún le quedaba por disfrutar unas semanas de baja maternal. El padre Vicente también anunció su visita, puesto que ya marchaba hacia Bilbao y pensaba que, posiblemente, fuera la última vez que se vieran en mucho tiempo.

Aquel jueves también l amó Eugenio.

—¿Qué tal, Carmen? ¿Cómo va todo? —le oyó decir, y Carmen intuyó que algo no iba bien.

—Pues tratando de sacudirme el varano de encima. El lunes tenemos que comenzar a trabajar. ¿Y tú, qué tal estás?

—Aquí solito. Todas mis mujeres me habéis abandonado. —Y rió con amargura.

—¿Todas?

—Sí, mi madre está en su tierra, tú en la tuya y Laura en casa de sus padres.

Carmen sabía lo que aquello significaba: cuando Laura se refugiaba en casa de sus padres, es que tenían algún problema como pareja.

—¿Que sucede, Eugenio? —le preguntó, intuyendo que se encontraba lo suficiente mal como para amarla y hacerla participe de su soledad.

—Lo de siempre, ya sabes. Laura quiere un bebé, el bebé no llega. .

Este año hemos vuelto a París, por aquello de que los niños vienen de ahí.

—Volvió a reír con amargura—. Pero a ella nada le satisface. Está irritable y cualquier cosa hace que se ponga histérica y termine llorando.

No sé ni cómo hablarle. Me está volviendo loco.

Carmen no respondió. Su mente se aceleró tratando de comprender por lo que estaba pasando. En pocos años había pasado de ser un brillante estudiante sin ninguna responsabilidad, a ser un gran empresario con demasiadas empresas que gestionar. Había tenido que afrontar la muerte de quien él creía que era su padre y tomar las riendas de todo aquel imperio de manera casi traumática, conociendo, a partir de ese momento, mucha de la vida oculta de Alberto, lo cual resultó mucho más doloroso de aceptar que su propia muerte. «El estrés de todo aquello y no otra cosa es lo que seguramente le impide dejar embarazada a Laura», pensó Carmen.

Como ella no respondía, volvió a ser él quien tomó la palabra. La pregunta que hizo sacudió a Carmen sacándola de sus cavilaciones:

—¿Es cierto que mi padre no podía concebir y tuvo que recibir un tratamiento?

¡Dios Santo!, ¿de dónde había sacado Eugenio aquella información?

¿Y si se guardaban informes de los médicos que trataban a sus padres y Eugenio buscaba el asesoramiento del mismo profesional? Entonces descubriría que Alberto no era su padre y... ¡Dios Santo! ¡Dios Santo!

¿Qué podía hacer ella? No sabía cómo ayudarle, y sólo se le ocurrió distraerlo.

—Eugenio, ¿los padres de Laura están en Madrid o en el chalet de Alicante?

—En Alicante. Apurarán todo septiembre.

—Mañana viene a mi casa Rafael y Gloria. ¿Por qué no l amas a Laura y venís también? Laura lo pasa muy bien cuando está con el os.

—¿Ricardo estará con el os?

—Sí, claro —respondió dándose cuenta de que la presencia de un bebé tal vez podría ser contra producente.

—Está bien. No sé lo que hará Laura, pero yo no faltaré.

Capítulo XXV

El primero en llegar fue el padre Vicente. Aquella misma mañana, a las

siete, había oficiado su última misa en la parroquia. Después de leer un pasaje del evangelio de San Mateo, su homilía fue una sencilla despedida de todos aquellos colaboradores que durante años lo habían apoyado en su labor. Eran los responsables directos del éxito de todo su trabajo. Los animó a seguir colaborando con la misma prontitud con el nuevo párroco, que llegaría con una visión renovada y mejor. Terminó citando las palabras del apóstol Pablo a los Corintios: «De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que lo hace crecer», para enfatizarles que no eran colaboradores de hombres, sino de Dios, y que Él era el único digno de recibir la honra por los logros alcanzados. Él mismo se emocionó cuando vio que algunos de quienes lo escuchaban se enjugaban las lágrimas del rostro. Después, cuando la misa hubo terminado, pero él aún no había abandonado el recinto, su ayudante anunció que harían una oración a favor del padre Vicente para que siguiera contando con la bendición de Dios en su nueva andadura, con el propósito de retener allí a todos los feligreses mientras el padre Vicente se cambiaba de ropa y abandonaba la parroquia sin ser visitado por todos aquellos de quien ya se había despedido días antes.

Sus escasas pertenencias viajaban en el maletero de su coche. Seguía vistiendo sotana, y en su maleta, pulcramente doblado, el único traje que

tenía de color negro, al igual que la corbata que no recordaba haberse puesto nunca, esperaba pacientemente a que tuviera el ánimo de lucirlo.

Una inmensa tristeza se apoderó de él mientras dejaba atrás toda una forma de vida, cuyos logros ahora le parecían inciertos, y se dirigía como cabal o desbocado a otra forma de vivir, más incierta, si cabía.

¿Qué sucedería si a Estíbaliz no le complacía la convivencia con él cuando tuvieran que arrostrar el día a día juntos sin tener ninguna meta, ningún trabajo social que atender, sólo el complacerse el uno al otro?

¿Sería eso suficiente para llenar sus vidas? Las lágrimas le afloraron una y otra vez.

Condujo rápido y llegó temprano a casa de Carmen, quien estaba radiante. El sacerdote advirtió que Juan la abrazaba y la besaba en la frente y en las mejillas a la menor ocasión, y se relajó pensando que así sería su nueva vida junto a Estíbaliz, llena de demostraciones de cariño que brotarían del profundo amor que le tenía.

Carmen lo puso en antecedentes: era muy probable que también Eugenio llegara ese mismo día. El sacerdote se alegró ante la perspectiva

de volverlo a ver, aunque apenas hacía tres días que había cenado con el os, recién llegados de París, para despedirse. Eugenio lamentó que él también abandonara Madrid, pero, puesto que residiría en Bilbao, esperaba que visitara a su madre de vez en cuando. El sacerdote hizo referencia a este comentario de Eugenio, y tanto Carmen como él bajaron la mirada hacia su regazo, guardando silencio. Juan supo que estaban tratando un asunto que no le concernía, y se disculpó para ausentarse un momento.

—¿Lo sabe él? —preguntó el sacerdote refiriéndose a Juan.

—No, Vicente. De mi boca no lo ha sabido nadie nunca, pero creo que alguien tiene derecho a saberlo ya. —Y le contó la conversación que había mantenido el día anterior con Eugenio—. ¿Te imaginas que quiera ser tratado por el mismo médico que atendió a Alberto? Entonces la verdad sería muy bochornosa y las explicaciones más complicadas.

—¿Pero por qué esa muchacha lo tiene que presionar tanto? —preguntó consternado.

—El a no es el problema, no es de eso de lo que te estoy hablando.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer?

Pero ya no pudieron seguir con la conversación; Eugenio ya estaba al í.

Saludos, besos, abrazos. .

Preguntaron por Laura.

—No me ha cogido el teléfono. Le he dejado un mensaje diciéndole que nos reuniríamos todos aquí. Espero que me responda. —Su voz estaba velada por la tristeza.

Carmen y Juan los dejaron en la terraza, mientras el os preparaban un tentempié en la cocina. El sacerdote aprovechó la ocasión para preguntarle qué tal le iba todo, pregunta que ya le había formulado unos

días antes cuando se despidió de él y de Laura, pero ahora la respuesta le hizo patente la amargura interior que inundaba a Eugenio.

—Los negocios, muy bien; mi vida, muy mal.

Ninguno de los dos se habían sentado. El sacerdote, plantado sobre sus pies, veía a Eugenio dar pequeños pasos en círculo.

—¿Por qué, Eugenio?, ¿qué sucede?

Eugenio detuvo su paseo y lo miró. ¿Por qué no contárselo? Aquel hombre era lo mejor que nunca había tenido. Parecía que siempre sabía lo que le sucedía y siempre tenía alguna pauta que los había orientado tanto a él como a Rafael.

Durante un momento fugaz, su vida pasó por sus ojos y aquel hombre siempre estaba con él, en los buenos momentos y en los malos, hasta cuando de adolescente quiso separarse de él a conciencia. Él aparecía cuando estaba sufriendo alguna crisis, despejaba algún camino abierto para poder afrontarla y después desaparecía, como si no hubiese hecho ninguna intromisión, dejándolo en libertad de ser él quien reanudara la relación. ¿Tal vez ahora que no era capaz de soportar el peso de su existencia también pudiera despejar un camino por el que fuera más fácil seguir viviendo?

Le preguntó:

—¿Recuerdas a la mujer que viajaba con mi padre cuando murió?

El sacerdote no esperaba aquel o. Tomó asiento y Eugenio hizo lo mismo frente a él:

—Sí.

—¿Sabes qué tipo de mujer era? ¿Sabes a qué tipo de lugares invitaba mi padre a sus clientes para cerrar tratos y quiénes les acompañaban?

—No me es difícil imaginármelo, pero todo eso ya ha pasado.

Pero Eugenio había comenzado a hablar y no podía parar.

—¿Sabes lo que eran las secretarías personales de mi padre?

—Sí.

—La única persona que llevaba su agenda personal era un hombre. Dentro de unos meses se jubilará. Lo sabe todo de él. ¿Tú sabes qué clase de monstruo era?

Los ojos de Eugenio estaban a punto de estallar. La rabia y el dolor acumulados en su corazón afloraban a los ojos, quebrantando en pedazos el alma del sacerdote, que seguía escuchándolo:

—Este hombre pensaba que yo seguiría en la misma línea que mi padre y me facilitó todos los detalles y las pautas a seguir, pero no sólo él. Todos pensaban que yo soy igual que él: en la central, en las líneas aéreas, en la envasadora. . En todos los malditos lugares piensan que yo soy una réplica de mi padre y que tengo que comportarme como él.

Rompió a llorar con amargura en el preciso instante que Carmen y Juan salían con unos pinchos de tortilla y unos refrescos. Carmen frenó en seco, provocando que Juan chocara con ella, y le obligó a retroceder.

Desde el interior de la casa vio cómo el sacerdote hincaba una rodilla frente al joven y le tomaba las manos con las que se había cubierto el rostro, mientras Eugenio entre sollozos continuaba:

—He perdido clientes por no seguir en esas pautas de conseguir negocios. —Ahora se estiró orgulloso dejando de l orar—. Pero he ganado otros y demostraré a todos que no soy como él.

El sacerdote tenía los ojos repletos de lágrimas cuando comenzó a decir:

—No, Eugenio, no eres como él porque tú. .

Pero Eugenio aún no se había vaciado y continuaba:

—Cometí el error de contarle todo a Laura y desde entonces no me deja vivir, cuestiona a todas las personas que veo, todas las ausencias que tengo, y encima no soy capaz de hacerle concebir un hijo que le dé la estabilidad que necesita. ¡Maldita sea, hasta en eso tengo que parecerme a él! Pero se lo daré, juro por Dios que le daré un hijo y conseguiré que confíe en mí y que sea feliz.

Comenzó a l orar de nuevo.

—Laura es lo que más quiero en este mundo y me vuelvo loco si la veo desconfiar de mí y sufrir.

El sacerdote también l oraba en silencio.

—Todas las agendas personales de mi padre están guardadas bajo l ave en la central. Su secretario me dijo que en la agenda del año que yo nací o en la anterior estará la cita de mi padre con el médico que propicio mi

nacimiento. La mandaré buscar y Laura tendrá su hijo. Será en lo único que emularé sus pasos.

Había dejado de l orar ante esa perspectiva, por eso se compadeció de ver que el sacerdote l oraba mientras le hablaba.

—Eugenio, hijo, si esas agendas te hacen daño, puedes quemarlas todas. No guardes rencor a Alberto, porque era un enfermo y ese rencor sólo te hace daño a ti. No tienes que buscar a ese médico, no tienes que emular en ningún sentido los pasos de Alberto, porque no eres como él, no eres una réplica de él. . porque Alberto no podía concebir. No eres hijo suyo.

Las palabras le habían salido entrecortadas por la emoción, pero Eugenio las entendió perfectamente, aunque las dos últimas frases le abofetearon el alma, confundiéndolo. No sabía expresar palabra. Veía las cándidas lágrimas del sacerdote rodar mejil as abajo. Conocía las palabras que le decía, pero no alcanzaba a comprender su significado.

—¿Qué quieres decir? Si Alberto no es mi padre, ¿quién lo es?

Se miraron unos momentos en silencio. Las lágrimas del sacerdote se

sucedían unas tras otras. Seguía con una rodil a hincada frente a su hijo y bajó la cabeza con sumisión, mientras pedía perdón.

—Lo siento, hijo mío. Perdóname todo el sufrimiento que te he causado. Yo soy tu padre, y lo único que puedo alegar en mi defensa es que sólo he tratado de que tuvieras lo mejor. Tú y tu madre.

Conforme pronunciaba esas palabras, se dio cuenta de cuán hipócrita había sido su vida. Ciertamente era que Estíbaliz no consintió que él colgara los hábitos, cierto que nunca se aprobó el celibato voluntario, cierto que Estíbaliz quería que su hijo tuviera lo mejor: el mejor colegio, la mejor educación, la mejor ropa..., lo mejor de todo. Él egoístamente se dejó mecer en sus deseos para vivir a ojos de la comunidad de su parroquia como alguien excepcional, para que su propio hijo disfrutara de todo aquel o que él mismo predicaba que era superfluo, para que su hijo pudiera tener todas aquellas cosas materiales que a él le estuvieron veladas y que él decía que no eran importantes, privándole de lo que él mismo consideraba una riqueza imperecedera, como era disfrutar de una relación fraternal con su verdadero padre, consintiendo que la mujer que amaba sufriera toda clase de vejaciones y malos tratos. . ¿Y ahora? ¿Qué era lo que había hecho ahora? Trataba de que Eugenio supiese que aquel monstruo no era su padre y lo único que conseguía era mostrarle uno

peor.

Eugenio dio un manotazo para quitarse las manos del sacerdote de encima y se levantó, incapaz de soportar su presencia.

Carmen, al ver la brusquedad de su acción, consideró oportuno salir.

—¡Eugenio! —gritó con severidad ante la acción del joven, quien se le quedó mirando interrogativo.

—¿Tú lo sabías?

El a bajó los ojos para musitar.

—Sí.

Eugenio abrió los brazos, cerró los ojos levantando la cabeza hacia el cielo, como para mostrar a lo más alto el profundo dolor de su alma desnuda, mientras decía:

—¡Dios mío, qué farsantes! —Tras una pausa—: ¿Y mi madre, qué dice mi madre?

Marcó el número de Estíbaliz mientras los demás luchaban por salir de su consternación y esperaban inmóviles su reacción.

—Hola, hijo, pensaba que vendríaís a verme a la vuelta de París —

saludó jovial, pero Eugenio no estaba para saludos.

—¿Es verdad que el padre Vicente es mi padre? —Seco. Sin preámbulos.

Estíbaliz se demoró en su respuesta, que fue una pregunta:

—¿Quién te ha dicho eso?

Eugenio estaba fuera de sí, impaciente.

—Él, el padre Vicente me lo ha dicho. ¿Es cierto que él es mi padre?

—Sí.

Eugenio cortó la comunicación, levantó nuevamente la cabeza al cielo cerrando los ojos, dio unos pasos nervioso y anunció, incapaz de soportar aquello:

—Me marchó.

Carmen se interpuso en su camino y puso sus manos sobre su pecho; no permitiría que se marchara de su casa en aquel estado. Eugenio la hubiese derribado de un empujón, pero se contuvo y levantando las manos para tratar de controlarlas, la amenazó:

—No me toques, Carmen, no me toques.

Juan, que se había mantenido al margen y que asistía al espectáculo boquiabierto, reaccionó al ver a Carmen amenazada.

—Cálmate, Eugenio. Vamos a tomar algo y después con más calma lo

habláis.

—Tú no te metas en esto. A ti ni te va ni te viene.

Un coche tocaba el claxon desde la cancela. Carmen entró en la casa para abrir, mientras Eugenio se dirigía a su coche a grandes zancadas. Después de pulsar el interruptor, Carmen corrió hacia el coche de su hijo gritando:

—¡No lo dejes salir, no lo dejes salir!

Rafael, sorprendido, se paró nada más traspasar la cancela impidiendo el paso, mientras ésta volvía a cerrarse. El coche de Eugenio frenó a pocos centímetros del suyo, asustando a Gloria, que vio sorprendida cómo su amigo comenzaba a llover dándose cabezazos contra el volante. Rafael bajó para auxiliar a su amigo, mientras le preguntaba a su madre qué era lo que le pasaba y ésta respondía que estaba sufriendo una crisis nerviosa.

—Está bien, está bien. Marchaos y dejadnos solos.

De pronto recordó lo reconfortante que era en aquellos casos el agua y le pidió a Gloria que depositara a Ricardo en los brazos de su abuela.

—Tráenos una botella de agua.

Mientras Rafael se ocupaba de Eugenio, Carmen y Juan se ocupaban del sacerdote, que se reprochaba que tuviera que haber imaginado que reaccionaría de esa forma, pues aún recordaba la reacción de Carmen cuando se lo confesó hacía ya muchos años sin ser el a parte del drama. Y poco a poco Gloria y Juan fueron recogiendo palabras y preguntando aquel o que no entendían, hasta que recompusieron la historia del padre Vicente.

Más de tres horas estuvieron Eugenio y Rafael solos, en el coche. Media hora y medio litro de agua después pasearon por el jardín, pero el día era bochornoso y se refugiaron bajo la reconfortante sombra de los pinos, adonde Gloria les acercó unos tacos de jamón y una infusión con hielo en una bandeja, oyéndolos reír cuando se alejaba. Seguramente estaban comentando que aquel o sería uno de esos brebajes que el a preparaba.

Una vez superada la primera impresión y la crisis de Eugenio, y puesto que ya conocían la historia de Carmen y la verdad sobre la paternidad de Rafael, los dos jóvenes recapitularon su infancia y muchas de las cosas comenzaron a tener sentido. El recuerdo de los buenos momentos consiguió que Eugenio recobrar su talante habitual. Las situaciones

difíciles vistas ahora desde esta nueva perspectiva les hizo recapacitar y comprender lo dolorosas que habrían sido algunas de esas situaciones

para el padre Vicente. Después de hablar una y otra vez sobre lo mismo, por fin enmudecieron los dos, ensimismados en sus propios recuerdos y medio adormilados por la infusión, mientras la brisa fresca de los pinos besaba sus rostros. A las tres y media de la tarde Gloria volvió a acercarse a ellos para animarlos a que se unieran al grupo, que aún les estaban esperando para comer. Los dos la siguieron sumisos y hambrientos después de animarse el uno al otro. La mesa estaba servida en la terraza y todos esperaban de pie. El padre Vicente se acercó a Eugenio y le dijo: —Perdóname, Eugenio, perdóname.

Eugenio le abrazó, incapaz de pronunciar palabra, ante las miradas emocionadas del resto. Después todos se sentaron a comer, con apetito y ansias de cordialidad.

El pequeño Ricardo que, mientras humeaban las tazas de café, intentaba descifrar los gestos de la cara del sacerdote, quien lo sostenía en brazos y que abría desmesuradamente la boca y los ojos para decirle «ajo,

ajo», fue quien terminó por acaparar la conversación de los mayores.

Los ojos de Eugenio y del padre Vicente se buscaban continuamente sin que el otro se lo propusieran. Carmen estaba pendiente de ellos. Rafael y Juan estaban pendientes de Carmen, preguntándose si aún tendría guardado algún otro secreto. Y Gloria, sin perder detalle, trataba de adivinar los sentimientos de cada cual.

Sobre las cinco y media llegó Luisa con Curro y Nayara. Carmen estaba sorprendidísima de verlos allí, y sólo cuando Luisa le explicó que Gloria aquella mañana había llamado a Nayara diciéndole que estaban llegando a Alzira para invitarla a que viniera a ver a su sobrino, comprendió a qué se debía su presencia. Nayara saludó con un efusivo abrazo a Gloria, a Rafael y a Juan. Al padre Vicente y a Eugenio lo hizo con cordialidad, tratando de pasar por alto a Carmen, quien finalmente, para evitarle el suplicio de saludarla, entró en la cocina para traer unos refrescos a los recién llegados. Ahora sí que la conversación se distendió entre el grupo, mientras Gloria y Nayara paseaban por el jardín con el pequeño Ricardo.

Otro coche hizo sonar su claxon desde la cancela: era Laura. Carmen se dirigió a abrir y Eugenio corrió hacia ella, mientras el sacerdote y Juan lo miraban con compasión montarse en el asiento del copiloto. Laura se

detuvo a cierta distancia y saludó a todos con la mano; todos le devolvieron el saludo. Carmen sugirió que entraran en la casa para

refugiarse del calor que hacía en aquella terraza, y todos comprendieron que pretendía que Laura y su esposo pudieran hablar sin sentir las miradas de todos sobre ellos. Al entrar en la casa los hombres organizaron una partida de póquer con garbanzos como monedas, mientras que Carmen y Luisa se contaban las vacaciones sentadas en el sofá. No sabían cuánto tiempo había pasado cuando vieron a Eugenio entrar en la casa con Laura en brazos. Los dos tenían los ojos rojos de haber llorado, pero ahora reían felices, mientras ella decía visiblemente complacida.

—Bájame, no seas payaso.

Pero él la llevó en brazos hasta el centro del salón, seguido por Gloria y Nayara quienes ya sabían lo que iba a anunciar.

—Os presento a la madre de mi hijo. —Buscó los ojos del sacerdote repitiendo—: Voy a tener un hijo, voy a tener un hijo.

El sacerdote se arrojó en sus brazos, lo abrazó y lo besó. Se sentía pletórico; toda aquella emoción parecía no caber en su pecho y, por

primera vez, tuvo la sensación de que Eugenio compartía con él sus emociones, como hacen los hijos con sus padres. Por primera vez sintió que Eugenio lo abrazaba como a un padre.

—Enhorabuena, Eugenio. Enhorabuena, hijo mío. —Y le palmeó la espalda una y otra vez.

Cuando su abrazo terminó los demás pudieron felicitarlo. Las mujeres comenzaron con sus preguntas: «¿Para cuándo te toca?», «¿cómo lo vais a amar si es chica o chico?» y toda aquella retahíla de consejos: «Ahora tendrás que. .» y bla, bla, bla.

Unos minutos después ya todo se había calmado. Los hombres habían vuelto al póquer, esta vez acompañados por Eugenio. Las tres mujeres jóvenes, sentadas al borde de la piscina con los pies en el agua, hablaban de sus cosas y Carmen con su nieto en brazos se paró un momento cerca de la mesa de juego para ver la partida.

Luisa, desde la posición en la que estaba, la miró al í de pie, situada entre Rafael y Juan, sujetando a su nieto con el brazo izquierdo. Sobre su hombro derecho se podía ver la foto de su padre sobre la repisa de la chimenea. Por un momento Luisa tuvo la ilusión de que el padre de Carmen estaba al í realmente, sujetando el hombro de su hija y el hombro de Rafael, regocijándose por verlos al í unidos, y nuevamente tuvo aquel a

sensación de que alrededor de ella se congregaban todos sus hombres.

Al í estaban todos los hombres de Carmen.

Su padre representado en la fotografía, su nieto, su hijo, el padre de su hijo, su marido, su jefe y su mejor amigo, aquel sacerdote jubilado que aún no se había desprendido de su sotana.

A todos aquellos hombres les amaba y era amada por el os.

A Luisa la embargó una especie de paz al comprobar que, aunque a través de muchos escollos, las personas se aman y son felices.

Luisa se levantó y miró a través del visillo. Nayara, en medio de las dos mujeres casadas, participaba de su conversación y se sintió feliz de pensar que serían para ella como hermanas.

Al día siguiente todos estuvieron en la fiesta de despedida del verano.

Carmen consiguió que el padre Vicente vistiera, junto a sus pantalones negros, una camiseta de anchas rayas horizontales en blanco y negro. El esposo de Lucía llegó vestido de corsario, espada incluida. Otros llegaron con trajes a los que habían añadido galones marineros, y la fiesta, como siempre, fue alegre y eficaz. Todos dejaron en casa sus malos roles y sus

pequeñas miserias, y se dedicaron a tratar de qué todos fueran felices.

Llegó el domingo. Eugenio, Laura y el padre Vicente se marcharon después del desayuno; Rafael, Gloria y el pequeño Ricardo, después de comer, quedándose, por fin solos, y agotados, Carmen y Juan, que se tumbaron en unas hamacas en la terraza de la piscina, sintiendo un enorme peso sobre el os. Fue Juan quien decidió abordar el tema:

—Bien, ya han concluido las tres semanas. ¿Se rompe el hechizo y me vuelvo a mi casa o quieres que me quede aquí contigo?

—Oh, Juan, no me hagas elegir —suplicó, pero no había más demora, tenía que tomar una decisión.

—Carmen, mañana tengo que ir al despacho. Mis documentos, mis trajes, todo lo mío está en mi apartamento, no puedo quedarme aquí esta noche.

El a se sentó al borde de la hamaca y le miró. Aquel hombre le era de repente indispensable, necesitaba tener la seguridad de que al volver a casa después del trabajo se encontraría con él. La casa estaría vacía sin él y el a estaría vacía sin aquel as caricias y aquel os besos a los que la había acostumbrado. Y, lo que era más importante, él se sentía feliz de estar con el a y ella se sentía completa cuando notaba su felicidad. Rebuscó en su interior algún atisbo de temor, alguna excusa, pero no lo encontró. Se

sentía ligera y libre.

—Entonces vayamos a recoger todas tus cosas antes de que sea más tarde.

Juan también se incorporó en su hamaca y la miró agradablemente sorprendido.

—¿Estás segura?

—Nunca en mi vida he estado más segura de nada.

Él la besó, lleno de dicha.

Epílogo

Era la primera vez que Carmen entraba en el apartamento de Juan. Lo miró todo con curiosidad mientras él recogía lo más indispensable; ya iría cogiendo las cosas según fuera necesítandolas. El a hojeó sus libros — prácticamente eran de leyes y de aventuras— y las revistas —de deportes y también de leyes—; en la música coincidían más. De pronto reparó en aquel a fotografía que lucía enmarcada sobre el mueble del salón. Era de una mujer joven, envuelta en una *melfa* que sólo dejaba al descubierto el óvalo de su rostro y una dedicatoria que decía: «A Juan, mi padre. Con todo el amor, de su hija. Y firmaba la dedicatoria una tal Suelma.

En aquel momento recordó por primera vez a los tres saharauis del día de su boda y se dio cuenta de que no conocía mucho de la pasada vida de Juan. Notó los ojos de él sobre el a y se volvió con la fotografía entre las manos, como si la hubiesen pil ado haciendo una travesura. Él la miraba. Sabía que le debía una explicación y comenzó a andar hacia el a, mientras la oía decir con una sonrisa:

—No sabía que tuvieras una hija.

Se plantó frente a el a y buscó sus ojos. Su voz sonó dulce y profunda al decir:

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

A Carmen le pareció que ya había vivido aquella situación y recordó de pronto que habían mantenido idéntico diálogo una noche en el cine. El miedo intentaba abrir brecha a través de las dudas, pero Carmen no se lo permitió. Amaba a Juan, era su esposa y quería hacerlo feliz; no permitiría que las dudas le robaran todo aquello.

—Pues tendrás que contármelas. A partir de ahora pasaremos mucho tiempo juntos y tendrás ocasión.

Él le acarició la mejilla con el torso de sus dedos.

—¿Y si te enteraras de que estas mismas manos que te acarician hubiesen matado a algún ser humano?

Carmen intuyó por la gravedad de su voz que aquella hipótesis no era una broma. Su mente, como si fuese un ente separado de ella, comenzó un vertiginoso viaje por el diario de Curro, deteniéndose ahora en detalles que antes no había reparado. Y recordó que Luisa le había confesado que tanto Curro como él aún sufrían las secuelas de sus experiencias en el Sáhara.

—Estoy segura de que siempre hiciste lo que era apropiado

hacer.

La abrazó contra sí para que no viera cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. La abrazó porque la amaba y decidió que si ella estaba dispuesta, le contaría su vida.

Claro está que esa es otra historia.